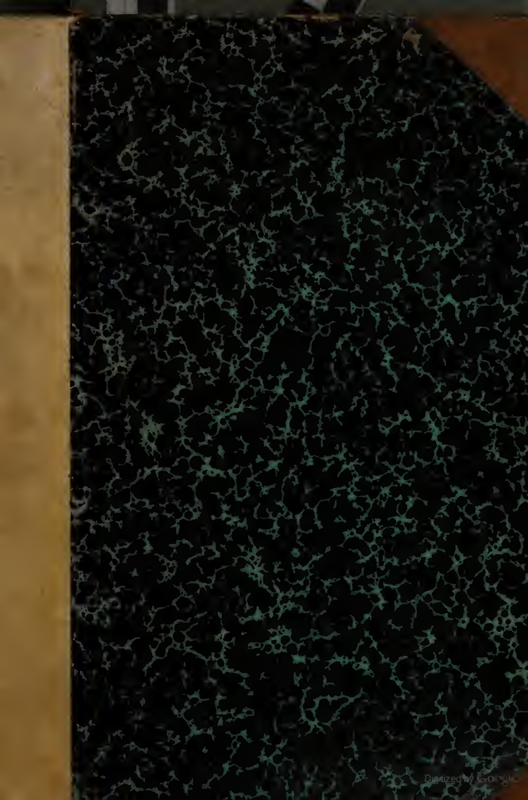




MUNDA

POMPEIANA.

MUNDA

POMPEIANA.

MEMORIA

ESCRITA POR

D. JOSÉ Y D. MANUEL OLIVER HURTADO.

Y

PREMIADA POR VOTO UNÁNIME

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN EL CONCURSO DE 1860





MADRID:
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 2.

1861

Hic, ut ait Ennius, *pes pede premitur, armis teruntur arma.*

HIRT., *Bell. Hisp.*, cap. XXXI.

ADVERTENCIA.

La Real Academia de la Historia ha coronado nuestros esfuerzos, otorgándonos por unanimidad el primer premio, ofrecido en el concurso abierto desde 1857: deber nuestro es ahora reiterarle nuestro profundo respeto. Vínculos aún más estrechos de reconocimiento nos unen á los señores Académicos que formaron la Comision Calificadora; y es para nosotros un deber, no menos sagrado, darles un público testimónio de gratitud, consignando aquí sus nombres. Han sido los señores D. Pascual de Gayangos, D. Serafin Estebanez Calderon, D. Antonio Delgado, D. José Caveda y D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. Este último, con motivo del concienzudo y detenido estudio que ha tenido que hacer de nuestra Memoria, para redactar, como secretario, el dictámen de la referida Comision, se ha servido comunicarnos sus observaciones, despues de la solemne adjudicacion del premio. Los singulares conocimientos del Sr. Fernandez-Guerra en la geografía antigua de nuestra España son bien notorios, para que nos detengamos á encarecerlos : por nuestra parte hemos correspondido á tan generosa deferencia, aceptando, con no escaso adelantamiento nuestro, todas sus indicaciones y noticias.

Ya que nos vemos levantados en brazos de la estampa, no hemos de olvidar á los que antes han contribuido al éxito de nuestro trabajo. El Sr. Marqués de Morante y el de Casa-Loring han puesto á nuestra disposicion sus ricas y escogidas bibliotecas, debiendo expresar que el primero de estos señores, con un desprendimiento que nos confunde, no sólo nos ha franqueado con toda amplitud sus más preciosos libros, sino que ha hecho venir del extranjero, mayormente de Alemania, á costa de considerables dispendios, los que de otro modo no pudieran ser habidos, para que nuestros estudios fuesen más completos sobre algunos de los puntos que abraza la presente obra.

Nuestro antiguo y distinguido amigo, el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, ha contribuido eficazmente á que se logre el levantamiento del plano geométrico de los alrededores de Ronda la vieja, necesario para la inteligencia y comprobacion de la parte topográfica. Y no es menor la deuda que nos obliga con nuestros muy queridos amigos, los Sres. D. Manuel Rodriguez de Berlanga y D. Emilio Lafuente Alcántara: ambos conocidos ya ventajosamente por los trabajos que tienen publicados. El primero nos ha favorecido con su especial erudicion en los diversos ramos de la anticuaria, y ha ilustrado varias de las muchas y árduas cuestiones que se rozan naturalmente con el objeto principal de esta Memoria. El segundo, deseoso de que tuviese todo el complemento posible, nos ha entregado los libros y manuscritos que poseia su señor hermano D. Miguel Lafuente Alcántara, y ha llevado su afectuosidad hasta el extremo de copiar por sí mismo, para responder de la exactitud de sus traslados, algunos de los manuscritos que necesitabamos de las bibliotecas de Madrid, antes de que nosotros hubieramos llegado á visitarlas. Al

propio tiempo contestaba nuestras consultas sobre bibliografía: tarea que hubiera sido menos penosa á estar dado entonces á luz el Diccionario de D. Tomás Muñoz y Romero. Desde que este señor nos honra con su aprecio y utilísima correspondencia, hemos aumentado, merced á ella, el número de nuestras noticias bibliográficas, como nos place en gran manera manifestarlo. Así tambien podemos mostrarnos enorgullecidos con las señaladas, y hasta cierto punto inmerecidas distinciones, que han dispensado á nuestra MUNDA POMPEIANA varios de los señores Académicos, que tan luego como aquella fué premiada, nos han concedido su amistad: nuevo galardon y de no menos estima que el lauro alcanzado. Debemos asimismo hacer una especialísima, y para nosotros honorífica mencion del doctor Emilio Hübner, cuyos vastos conocimientos, singularmente en la ciencia epigráfica, sólo son comparables á la modestia que los realza. Más de una vez tendrémos motivo para citar su nombre en nuestra obra, á fin de dar mayor autorizacion á nuestros asertos y conjeturas, é indicar los buenos oficios de que le somos deudores.

En el viaje que emprendimos para hacer las convenientes exploraciones topográficas y arqueológicas, en cumplimiento de la obligacion impuesta por la Academia, hemos recibido pruebas de simpatía y auxilios, que nunca podrémos dejar pagados, de diversos amigos, con particularidad de los de Ronda y Osuna. Justo es, pues, tributarles en esta ocasion nuestras más sinceras gracias.

PARTE HISTÓRICA.

Οὐδὲν ἀφετέον ἔργον οὐδ᾽ ἐν αὐτῇ τῇ φύσει κείμενον....... ἀποδεικτικῇ δὲ μᾶλλον τῇ διηγήσει χρηστέον.

Polyb. *Hist.*, Lib. IV.

Ninguna cosa ha de omitirse (*en la Historia*) ni aun lo que yace recóndito en la misma naturaleza..... pero mayormente se ha de usar de la narracion demostrativa.

LIBRO PRIMERO.

SUCESOS ANTERIORES Á LA BATALLA DE MUNDA.

INTRODUCCION.

En los tiempos de la segunda guerra púnica, era ya famosa la *Munda* que hemos apellidado *Pompeiana* (1), segun el testimonio que nos ofrece Silio Itálico. Relatando los nombres de las regiones y ciudades de España que ministraron soldados al ejército de Aníbal para pasar á Italia, canta nuestro poeta:

(1) Algunos la denominan *Cesariana*, aludiendo á la victoria alcanzada por Julio César contra el hijo de Pompeio; pero nosotros preferimos darle aquel otro nombre, porque fué entonces una de las ciudades, si no la principal, de las que con mayor afincamiento mantuvieron el bando pompeiano. No escribimos Munda Bética, porque dentro de los términos de esta antigua provincia romana, existieron acaso otras ciudades del propio nombre. En los mismos confines, y como sirviendo de aledaño á las provincias Bética y Tarraconense, habia una *Munda* que el Sr. D. A. Fernandez-Guerra ha fijado por cima de Somontin, al marcar la línea divisoria de ambas provincias, demostrando: «que desde las ruinas de *Urci*, ó sea »la ciudad del Garbanzo y Torre de Vi»llaricos ó Montroy, iba la linde Tarra»conense por los pueblos bastitanos de »*Egesta*, junto á Portilla; *Fines*, que »conserva su nombre; *Munda*, por cima »de Somontin; *Alba*, Abla; *Finiana*, Fi»ñana; hasta el puerto de la Ragua.» (*Estudios geográficos sobre la Bética y la Bastitania*. MS.) En la *Itacion*, mal llamada de Wamba, aparece esta *Munda*, como ciudad, término del obispado de *Urci*.

Armat Tartessos (1) *stabulanti conscia Phoebo,*
Et Munda, Hemathios Italis paritura labores (2).

Antes, por consiguiente, que las águilas romanas tendieran su vuelo por las feraces comarcas de la Bética, existia *Munda*, debiendo ser poblacion de las más antiguas y de grande importancia, cuando, refiriéndose al comienzo de aquella guerra, mereció ser conmemorada por el ilustre hijo de Itálica. Qué fué de nuestra Munda, durante la dominacion cartaginesa, nos es desconocido, sin embargo, hasta que bajo la de los romanos, á la vista de sus muros, entre César y el hijo mayor del Gran Pompeio, se decidió, no sólo la suerte de ambos partidos, sino tambien la de Roma, y por lo tanto la del imperio del mundo; lo cual ha dado orígen á que no haya historiador ni geógrafo de alguna importancia, que al mencionarla no recuerde este memorable suceso. Pero no se ha fijado todavía la atencion en los elementos que desde luengos años se iban agrupando en nuestro suelo, para levantar la borrasca que la fortuna de César disipó en aquella jornada. Si el Gran Pompeio hubiera escogido por campo de las contiendas civiles nuestra Iberia, puede aventurarse que en vez de sufrir el desastro de Pharsalia,

(1) Esta *Tartessos* no se ha de confundir con la antigua ciudad del mismo nombre, que existió en la isla de la desembocadura del rio Bétis, ni de aquí se ha de deducir que Munda debia ser ciudad vecina de aquella, porque el poeta cite ambas ciudades ligando sus nombres por medio de una partícula conjuntiva. Lo mismo están unidas en Silio Itálico, *Cástulo, Hispal* y *Nebrissa*, y nadie podrá asegurar que son poblaciones inmediatas. Es más: á veces refiere conjuntamente pueblos y regiones bien distantes. Convenimos en que el *Tartessos* de que habla el poeta, no sea *Carteia* la del estrecho; pero creemos que hace relacion á Cádiz. *Gádir* se llamaba tambien *Tartessos* antiguamente, segun Avieno, versos 268 y 269.

Gádir vocabat: ipsa Tartessus prius
Cognominata est.

Y el mismo Silio Itálico (lib. 5, versos 398 y 99) se ocupa de *Tartessos*, como de lugar muy próximo al estrecho; y así dice, que introduciéndose el revuelto mar en las carcomidas entrañas del monte Calpe con sus mugientes olas,

Dant gemitum scopuli; fractasque in rupibus undas
Audit Tartessos latis distermina terris.

En este supuesto nos inclinamos á que fuera Cádiz el nombrado *Tartessos* por Silio Itálico en ambos pasajes; porque al enumerar entre las banderas de Aníbal á *Hispal, Nebrissa, Munda, Córduba*, etc., omite á *Gádir*, y es imposible que esta no alistase sus hijos para aquella guerra, siendo la ciudad adonde Aníbal marchó inmediatamente despues de la toma de Sagunto, con el objeto de consultar á los adivinos del templo de Hércules, y el primer punto en que se aposentaron los cartagineses.

(2) C. Sil. Ital. *Punicor.* lib. 3, versos 399 y 400.

hubiera triunfado en *Munda :* que no es el mero acaso el que preside á los acontecimientos humanos. Arrojemos una mirada retrospectiva sobre esta parte de la historia, y nos convencerémos de que el levantamiento de España contra César fué un medio, beneficiado hábilmente por sus enemigos, que recogieron entonces la abundante mies de las discordias, segada en épocas anteriores.

Hasta aquella, en que comenzó la contienda pompeiana, los romanos batallaron en nuestro territorio, cerca de doscientos años, con gran derramamiento de sangre por una y otra parte. Muchas veces quedó afrentado, y algunas puesto en peligro el poderío de Roma: tanto que en la guerra Sertoriana, que precedió á la civil de César y Pompeio, no hubiera podido decidirse si en los romanos ó en los españoles residia la mayor pujanza, ó cual de los dos pueblos habia sobre el otro de alcanzar el imperio (1). Al principio la lucha no fué contra España, sino más bien con los cartagineses; pero de aquí el contagio, la série y causas de las guerras posteriores. En el fuego de Sagunto, segun la enérgica expresion de L. Floro, se forjó el rayo destinado hacia ya tiempo contra Roma: al punto lanzado con gran ímpetu, superó los Alpes, y como arrojado desde el cielo, descendió á Italia desde aquellas nieves de fabulosa altura (2). De batalla en batalla, como en triunfo, fué llevado el célebre caudillo cartaginés casi á las mismas puertas de Roma, y pudo, cual en otro tiempo Pyrrho, saciar su vista con el humo y el polvo de la ciudad consternada.

En aquella ocasion se experimentaron en Italia, como en Sicilia lo habian sido antes, el valor y el denuedo de nuestros soldados. Cneo Scipion fué el primero de los romanos, que asomó con sus legiones por las cumbres del Pirineo, para contrarestar el poder de los cartagineses; porque venciéndolos en nuestra Península se les privaba del semillero de sus ejércitos, como la denomina L. Floro (3). Los celtíberos formaron bien pronto alianza con Scipion, tomaron las armas, invadieron con una formidable hueste el territorio de los cartagineses, entraron por fuerza tres ciudades, y despues trabaron con el mismo Asdrúbal dos sangrientas batallas, matándole quince mil hombres y cogiéndole cuatro mil prisioneros con muchas enseñas militares (4). Llegado P. Scipion en ayuda de su hermano Cneo, á tiempo que los cartagineses se hallaban distraidos en esta guerra con los celtíberos, corrieron am-

(1) Vel. Pat. lib. 2, cap. 90.
(2) Flor. lib. 2, cap. 6.
(3) Flor. lib. 2, cap. 17.
(4) Liv. lib. 22, cap. 21.

bos el país sin obstáculo hasta Sagunto, formando nuevas alianzas, y atrayendo á su partido los principales pueblos de aquella banda (1). Así, los romanos se valian de nuestras propias fuerzas para humillar á sus constantes rivales y enemigos; y cuando de improviso por la astucia púnica se vieron privados del poderoso auxilio de las gentes celtibéricas, sucumbió Publio, y despues Cneo, encontrando los dos hermanos digna tumba en el suelo español, teatro de sus admirables proezas (2). Cuéntase entre las más notables la reñida batalla que Cneo dió á los cartagineses junto á Munda (3); pero esta es la Munda Celtibérica, situada en la España Citerior (4). Para vengar al padre y á la patria fué enviado con otro ejército Publio Scipion, y desde los montes Pirineos hasta las columnas de Hércules recobró toda la España, no sabiéndose si más pronta ó más fácilmente se ejecutó la empresa. Fué el primer golpe la súbita conquista de la *Cartago Spartaria*, augurio de la victoria que despues habia de alcanzar en África (5). Cuando para reposar de los triunfos se trasladó á aquella ciudad, y celebraba las exequias en memoria de su padre y de su tio, Lucio Marcio que antes habia militado bajo la conducta de aquellos dos héroes, recorria los campos de la Ulterior, poniendo cerco á *Astapa*, cuyos muros eran los pechos de sus habitantes. Partidarios leales de los cartagineses y enemigos irreconciliables de los romanos, á quien desde luego reconocieron por usurpadores en vez de sinceros aliados, presentaron una tenaz resistencia á las legiones de Marcio, y prefirieron entregarse á las llamas renovando el ejemplo de Sagunto (6): émulas ambas ciudades por su lealtad y esfuerzo en los contrarios bandos que apellidaban. Ausente de España P. Scipion, se sublevaron los ilergetas, confinantes con los celtíberos, gente levantisca de suyo, y que unas veces habia seguido las banderas cartaginesas, y otras las águilas romanas. Agregáronseles otros pueblos de aquella comarca, principalmente los ausetanos. Pero Indibil y Mandonio, cuyos nombres ya se habian hecho célebres en la anterior guerra contra los cartagineses,

(1) Liv. lib. 22, cap. 22.

(2) Liv. lib. 25, cap. 33, 34 y 36.

(3) Liv. lib. 24, cap. 19.

(4) Reducimos esta Munda al cerro de Bayona en la Mancha, no léjos de Uclés; á la cual hace tambien referencia lo que escribe el mismo T. Livio, sobre la guerra de Tib. Sempronio Graco contra los celtíberos. Sin embargo, muchos autores graves han atribuido estos sucesos á nuestra *Munda Pompeiana*, pero equivocadamente.

(5) Flor. lib. 2, cap. 6.

(6) Liv. lib. 28, cap. 22 y 23, Appian. *De Reb. Hisp.*, cap. 33.

perecieron entonces, el primero en el campo de batalla, y el segundo en afrentoso patíbulo. Cuando parecia con esto que España entraba en un período de reposo, comenzó á sentir la pérdida de su libertad bajo el yugo romano (1). Cartago sucumbió al fin, vencido el gran Aníbal por el no ménos famoso P. Scipion, el mismo que antes habia alcanzado tan repetidos triunfos en nuestra Península. Terminó la segunda guerra púnica, y en la páz ajustada se prohibió á los cartagineses volver á pisar nunca el territorio español (2).

Posesionados de la Iberia los romanos, comenzaron á ejercer desembozadamente un dominio despótico por medio de sus procónsules y pretores, lo cual dió orígen á nuevos trastornos. El levantamiento de Colca y Luscino en la España Ulterior fué la primer chispa de aquel mal apagado incendio (3). No tenemos pormenores de los sucesos; pero sin duda las huestes romanas no salieron bien libradas en aquella guerra, cuando guardan silencio sus historiadores. Por lo menos, en la Citerior aparece que el pretor Sempronio Tuditano fué muerto por los celtíberos, con otros muchos esclarecidos varones, y deshecho y puesto en vergonzosa huida todo su ejército (4). Roma debió comprender pronto la verdad de lo qno dice uno do sus escritores, refiriéndose á la rápida y gloriosa conquista del segundo Publio Scipion: «Más fácilmente se gana que se conserva una provincia (5).» Y así es que por todas partes, ya acá, ya allá, hubo que enviar capitanes expertos, que procuraron domar, á costa de gran trabajo y de sangrientos combates, estos pueblos, libres hasta aqnel tiempo, y no sufridores de yugo alguno, como de ellos escribe L. Floro. Caton el Censor vinó á nnestra Península, y en varias batallas quebrantó el poder de los celtíberos, que eran el nervio de España, segun los apellida el mismo historiador. Graco, el padre de los dos tribunos tan famosos en las sediciones intestinas de la República, vino tambien á España, recorrió toda la Celtiberia, y entre las ciudades conquistadas entonces lo fué una llamada Munda (6), qne es la misma donde antes habia derrotado á los cartagineses el primer Cneo Scipion. Segun el testimonio de Floro, Graco castigó á los celtíberos, echando por tierra ciento y cincuenta ciudades, cuyo número Polybio, citado por Strabon (7), hace subir hasta trescientas.

(1) Liv. lib. 29, cap. 2 y 3.
(2) Liv. lib. 30, cap. 43, 44 y 45.
(3) Liv. lib. 33, cap. 21.
(4) Liv. lib. 33, cap. 25, et in Epit.
(5) Flor. lib. 2, cap. 17.
(6) Liv. lib. 40, cap. 27.
(7) Strab. *Geogr.*, lib. 3.

Marcelo, que mereció el cognombre de Macedónico, mereceria tambien llamarse el Celtibérico, habiendo tomado por asalto con ejemplar castigo la ciudad de *Contrebia*, y perdonado con mayor gloria á los nertobrigenses. Lúculo peleó con los túrdulos y los vácceos, de los cuales el último de los Scipiones venidos á España, llamado Emiliano, recogió ópimos despojos en singular combate, provocado por el régulo de los intercacienses. Décimo Bruto extendió sus conquistas aún más léjos contra los célticos lusitanos y todos los pueblos de la Galicia: pasó el rio del Olvido, tan pavoroso para los soldados, y recorriendo triunfante toda la costa del Océano, no retrocedió con sus legiones hasta sorprender al sol, hundiéndose en los mares y apagando en las aguas su fuego; no sin cierto miedo y horror de aquel sacrilegio. Pero todo el peso de estos combates fué con los lusitanos y con los numantinos, y no sin motivo, porque fuéron los únicos pueblos de España que tuvieron caudillos; y hubiera sido mayor con los celtíberos, á no sucumbir al comienzo de la guerra el jefe de aquella sublevacion, Salóndico, hombre de extraordinaria astucia y osadía, quien blandiendo una lanza de plata, como si le hubiera sido enviada del cielo, semejante á un vaticinador, atrajo sobre sí los ánimos de todos. Mas habiendo una noche penetrado con su acostumbrada audacia en los reales del Cónsul, fué muerto junto á la misma tienda de aquel. Los lusitanos se levantaron por último á la voz de Viriato, varon esforzado y sagaz, quien de cazador se hizo guerrillero, y de guerrillero súbitamente capitan y jefe; y si le favoreciera la fortuna hubiera sido el Rómulo de España. No contento con defender la libertad de los suyos, lo llevó todo á hierro y fuego contra los romanos á una y otra banda del Tajo y del Ebro, hasta que perdió la vida á manos de domésticos asesinos sobornados por Pompilio, quien dió á su enemigo esta gloria, mostrando que de otro ningun modo le pudiera vencer (1). El nombre romano volvió á mancharse ante los muros de Numancia, cuyo heroismo llenó de espanto á sus contrarios, y de admiracion á los futuros siglos. Bajo la conducta de Scipion Emiliano, cognominado desde entonces el Numantino, aprendieron el arte de la guerra, un Iugurta, terrible enemigo de Roma en los arenales del África, y un C. Mario, cuya sombría figura empieza á levantarse de las humeantes ruinas de aquella ciudad celtíbero-arevaca, para ahogar un dia en sangre á toda la república

(1) Flor. lib. 2, cap. 17, Appian. *De reb. Hisp.*, cap. 48, 53, y 74.

romana. La rivalidad entre Sila y Mario fué orígen de una lucha parricida, primera en el número de las guerras civiles, y la sertoriana, consecuencia necesaria de las proscripciones de Sila; no sabiéndose, como escribe el tantas veces citado Floro, si debe esta llamarse guerra de enemigos, ó civil, porque la hicieron los lusitanos y los celtíberos con jefe romano (1). Sertorio demostró á Roma lo que podia ser España hábilmente gobernada, y sólo sucumbió á manos del traidor Perpena, que pagó despues tan odioso crímen con la vergüenza de la derrota y con la vida. Pompeio ganó reputacion de gran capitan en esta guerra; y lo que es más aún, logró captarse la voluntad de muchos pueblos ibéricos; de manera que esta region podia considerarse pompeiana, especialmente la España Citerior, donde habian sido grandes sus beneficios, y del mismo modo lo era el número de sus partidarios (2); así como las Galias siempre fuéron afectas á César. Cuando este vino á nuestra Península para guerrear contra los legados Afranio y Petreyo, el primero comandaba á los celtíberos, los cántabros y á todos los fieros habitadores de la costa del Océano, y el segundo tenia su caballería y auxiliares sacados de la Lusitania, con los cuales se incorporó aceleradamente á Afranio pasando por los vettones (3). Habráse notado por el relato de los diversos y contínuos levantamientos de los españoles, que la gente más belicosa en la Citerior eran los celtíberos, y en la Ulterior los lusitanos; y ambos pueblos hubieron de tomar parte en la guerra hispaniense, llevando la voz del hijo del Gran Pompeio. El jóven Cneo tenia un cuerpo auxiliar de fuertes y valerosos íberos y celtíberos (4). Estos merecian tanta confianza á los hijos de Pompeio, que el menor, llamado Sexto, sabida la rota de Munda, se refugió en la Celtiberia (5). En el libro de la *Guerra de España* se hace mencion á cada paso de los lusitanos, y esto prueba la activa parte que tomaron en ella, militando siempre á favor de la causa sostenida por el jóven Cneo Pompeio, á quien acompañaron en su última fuga hasta el momento de su muerte; y aun luego tomaron de ella cruda venganza en la persona de Didio y en los suyos, repitiendo el claro ejemplo de fidelidad que habian ya dado con Sertorio. Al contrario debíales suceder con respecto á César. No podia Lusitania consagrarle muy gratos recuerdos á causa del desastre que sufrió en el monte Herminio, cuando tan codicioso capitan

(1) Flor. lib. 3, cap. 22.
(2) Caes. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 18.
(3) Caes. *Bell. Civ.*, lib. 1, cap. 38.
(4) App. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 103.
(5) Flor., lib. 4, cap. 2.

durante su pretura, recorrió en son de guerra un país que estaba todo tranquilo (1). Despues volvió á España para la guerra contra los legados del Gran Pompeio, y entonces atrájose la voluntad de los pueblos oscenses, los de Calagurris, los de Tárracon y los iacetanos, la de los ausetanos y los ilergavones (2), todos de la Ulterior. Sin duda que seguirian su bando otros pueblos de esta provincia en la guerra pompeiana, pues que sabemos por Dion Casio, que atemorizado Cneo con el anuncio de la venida de César, se retiró á la Bética, y se alzó contra él toda la costa marítima (3). Así vemos despues que el lugar donde desembarcó César fué Sagunto (4), cuya ciudad, ya empezada la guerra, le envió cinco compañías con Arguecio (5). En la Bética habia ido César formándose tambien un partido poderoso, cuando vencidos Afranio y Petreyo junto á Ilerda, se dirigió contra M. Varron, legado de Pompeio en esta provincia. Córdoba, ciudad la más importante de ella, se habia declarado antes á favor de César y cerrado sus puertas á Varron: de modo que la llegada de aquel fué más bien un verdadero triunfo, porque todos acudian presurosos á postrarse delante del afortunado vencedor. Carmona, sin excitacion ninguna, habia lanzado fuera de su recinto á los pompeianos que la presidiaban (6). Cádiz se mostró tambien hostil á Varron, y desde luego sus habitantes se alzaron por César (7). Este correspondió hábilmente á tales demostraciones. Hizo que aquel restituyese todos los bienes y dinero que habia usurpado, y mandó que fueran devueltas al famoso templo de Hércules las riquezas que habia trasladado á su morada (8). Todos quedaron entonces pagados de la generosidad de César y adictos á su persona. Pero bien pronto cambiaron las cosas de aspecto en nuestra Península. Q. Casio Longino se puso al frente de la Ulterior á nombre de César, dándose tal traza para satisfacer su avaricia, que despues de una buena correría por el país lusitano, tornando victorioso á Córdoba (9), sus exacciones motivaron una vasta conjuracion entre los de la provincia, y estuvo aquel á punto de perder la vida y arrebatar á César el ejército y su dominio en España. En esta conjura suenan ya algunos nombres de los que más esforzadamente se mostraron como enemigos de César en la

(1) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 37, cap. 52 y 53.
(2) Caes. *Bell. Civ.*, lib. 1, cap. 60.
(3) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 31.
(4) P. Oros., lib. 5, cap. 16.
(5) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 10.
(6) Caes. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 19.
(7) Caes. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 20.
(8) Caes. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap 21.
(9) Hirt. *Bell Alex.*, cap. 48.

guerra pompeiana. Uno de aquellos fué Munacio Flacco, quien hirió con su espada al propretor Q. Casio, y parece ser el mismo que despues defendió la plaza de *Attegua*. Aprehendido en su fuga por los satélites de Casio, tuvo que sufrir el tormento, y debió quizás la vida á haber delatado á sus cómplices L. Racilio, L. Laterense y Annio Scápula. Era este hombre de grande autoridad y valimiento en el país, é íntimo amigo de Casio, como los otros dos anteriores, lo que no les valió para salvarse de la muerte á que fuéron condenados (1). Sin duda á la misma familia del Annio pertenecia T. Q. Scápula, y por vengar á su deudo se alzaria antes de que Pompeio el mozo abordara á las costas de España, haciéndose además cabeza de toda la sedicion de los esclavos y libertos (2), con la que se quisieron introducir en la Bética hasta los horrores de una guerra servil.

Cuando llegó á ser notoria en España la rota de Pharsalia, Casio no sabia de qué medios valérse para proseguir en su sistema de exacciones. Curadas sus heridas, se propuso pasar al África, como antes le habia encargado César, y exigió nuevos tributos á los de la provincia, con lo cual era cada vez más aborrecido (3). Dispuesta ya la partida de las tropas, muchas de ellas se le sublevaron, y eligieron por su jefe á T. Thorio, italicense (4). Condújolas este á Córdoba, y reconociéndose inferior en fuerzas á Casio, manifestaba desembozadamente querer recobrar la provincia para Cneo Pompeio, cuyo nombre era de tan grande autoridad entre aquellos soldados, quo hasta lo llegaron á poner en sus escudos (5). Salieron entonces de Córdoba muchos hombres, madres de familia, y jóvenes que aún vestian la toga pretexta, suplicando no les obligaran á obrar en contra de César. Movidos los soldados de los ruegos y lágrimas de aquellas gentes, borraron de sus escudos el nombre de Pompeio, y recibieron por jefe á Marcelo, el cual mantenia la ciudad á favor de César (6). La conducta de Casio, que entró á la sazon talando los campos cordubenses, obligó á Marcelo á presentarle batalla, pero rehuyendo combatir, porque la pérdida del vencedor y del vencido habia de redundar en detrimento de la misma causa (7). Q. Casio tenia enviadas cartas al Rey Bogud á la

(1) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 55.
(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 33.
(3) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 56.
(4) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 57.
(5) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 58.
(6) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 58 y 59. Dion., *Hist. Rom.*, lib. 42, cap. 15.
(7) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 60.

Mauritania, y á Marco Lépido, procónsul en la Citerior (1), para que acudiesen en su ayuda; y venido el primero, juntó aquel á las tropas que este le trajo muchas cohortes auxiliares de españoles, acreciendo más el fuego de la civil contienda, hasta que la llegada de Lépido templó algun tanto el furor de todos, pues no sólo los soldados sino tambien las ciudades se habian dividido en dos bandos, uno por Casio y otro por Marcelo. En este tiempo, habiendo obtenido Trebonio el mando de la Ulterior, Casio se embarcó precipitadamente en Málaga con todas sus riquezas, y haciendo rumbo á Italia, pereció en las bocas del Ebro (2). Aquellas contínuas excisiones en el ejército, y el levantamiento de algunas ciudades, eran las señales de que bien pronto brotaria con nueva fuerza el incendio. Los españoles, amantes de su independencia y cansados de la avaricia de los procónsules que los gobernaban, ponian su conato en sacudir el yugo de los romanos, y las nuevas opresiones y gravámenes franquearon la entrada en España al hijo del Gran Pompeio. Así es que, á su arribo á la Citerior, varias ciudades se le entregaron voluntariamente, pues hallándose agobiadas con los impuestos, cifraban en él sus esperanzas por la buena memoria que conservaban de su padre (3). Otros pueblos, sin embargo, le cerraban las puertas, obligándole á tomarlos por fuerza de armas, y si hemos de creer lo que afirma el autor del libro de la *Guerra de España* (4) en el comienzo de este, si el jóven Pompeio encon-

(1) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 58.

(2) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 62, 63 y 64.

(3) Dion., *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 30.

(4) En algunas ediciones corre este libro sin nombre de autor: *incerti auctoris.* Quién lo atribuye á Balbo, quién á Oppio; y aún en tiempo de Suetonio dudábase ya si seria de este último ó de Hircio. Algunos de nuestros modernos críticos hasta han dudado de que pueda ser autor latino quien lo escribiera, sino galo, germano, sirio ó africano; ó han asegurado que no tenemos hoy el verdadero y antiguo libro de la *Guerra Hispaniense*, sino su compendio, del que sólo parte hubiese llegado hasta nosotros. Ni Balbo, ni Oppio pueden considerarse autores del libro de la *Guerra de España*; y por el contrario, hay fundamentos bastantes para creer que sea de A. Hircio. Este hubo de escribirlo despues de la muerte de Cesar, y probablemente sólo algunos meses antes de entrar en el Consulado, y de haber perecido en la batalla contra M. Antonio delante de los muros de Módena; por lo cual faltóle tiempo para darle la última mano. Balbo ú Oppio, sus íntimos amigos, lo debieron dar á conocer tal cual se encontraba; y de aqui tal vez se originó suponerlos autores de aquel libro, que ha llegado hasta nosotros, pero tan corrupto, que ya á fines del siglo v, Julio Celso Constantino, conde del Imperio, y tambien, segun algunos, gramático, se dedicó á enmendarlo, como igualmente todos los *Comentarios de César*; esto mismo hubieron de practicar algunos

traba dentro de aquellos alguno que tuviese grandes riquezas, aun cuando hubiera prestado muchos servicios á su padre, buscaba cualquier pretexto para quitarle de en medio, y con sus bienes hacia larguezas que, aumentando el número de sus tropas, ponian en mayor aprieto á las ciudades que le eran contrarias; por lo que estas demandaban de Italia auxilios con que poder resistir la acometida de Pompeio (1).

Tal era la disposicion de los ánimos en nuestra Península, cuando sobre ella descargó la deshecha tormenta de las guerras civiles, que estallando en un principio dentro de Italia, dirigióse luego á la Galia y á la España, y volviendo del ocaso con toda su furia se asentó en el Epiro y en la Tesalia: desde allí súbitamente saltó al Egipto, de donde se extendió por el Asia; á seguida se vino á posar en África: por último, revolvióse sobre España, y aquí terminó por algun tiempo, sin que con ella acabaran los odios de los partidos, despues que sin intermision durante cuatro años habia atronado todo el orbe (2).

otros en siglos posteriores. Los copiantes para autorizar más sus nuevos traslados anteponian muchas veces la inscripcion de ser de J. Celso, y de esto resultó que unos le confundieran con César, achacándole sus *Comentarios*, y otros con Hircio, atribuyéndole los restantes y el Prólogo que precede al libro 8 de la *Guerra de las Galias*. En el siglo XI ó XII un monje italiano escribió unos *Comentarios de la vida de César*, sacados en su mayor parte de los mismos que este compusiera, pero con tantas interpolaciones de otros escritores y observaciones propias, que deben considerarse como obra muy diversa, siendo la última parte, ó la *Guerra Hispaniense*, el fragmento que poseyó Petrarca, y que equivocadamente atribuyeron unos á este célebre inaugurador de la época del Renacimiento y otros al mismo Julio Celso. Nosotros le citarémos bajo el título del *Anónimo*.



(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 1.

(2) Flor, lib. 4, cap. 2., P. Oros. lib. 6, cap. 16.

CAPITULO PRIMERO.

—

VENIDA Á ESPAÑA DE CNEO POMPEIO EL MOZO.—NOTICIA PRÉVIA DEL CURSO Y TÉRMINO DE LA GUERRA.

Sosegados los trastornos de la Bética con la muerte de Longino y la llegada de Trebonio, pero temiendo todavía los tumultuados las iras de César, que entonces se encontraba en la guerra de África, mandaron secretamente legados á Scipion (heredero del nombre, mas no de la pericia de sus mayores), para que los auxiliase en su nuevo levantamiento. Entonces les envió á Pompeio el mozo, el cual, de paso, se apoderó de las Baleares (1). Hircio dice, que M. Caton, hallándose en Útica, exhortó á Cneo Pompeio para que se hiciera digno del nombre de su padre, y que animoso tan ilustre jóven, emprendió una expedicion contra la Mauritania y el reino de Bogud. Desafortunado en esta, reembarcóse, y dirigió sus naves hácia aquellas islas (2).

Sus partidarios en España, sabida la rota y muerte de Scipion, eligieron por sus jefes á Tito Quintio Scápula y á Q. Aponio, los cuales sublevaron toda la Bética y arrojaron de ella á Trebonio (3). Restablecido Pompeio de una enfermedad que le aquejara en las Baleares, pasó á la España Citerior, apoderóse de varias ciudades, y combatió á Cartagena que le presentó alguna resistencia. Scápula y los suyos le ofrecieron el mando de todas las tropas. Estas se aumentaron con los fugitivos de la guerra de África, desde donde Sexto Pompeio, hermano de Cneo, Varo y Labieno llegaron tambien á España con sus naves (4). Reuniéronse allí, segun Appiano, las reliquias de los ejércitos de Phar-

(1) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 29.

(2) Esto expresa Hircio en su libro de la *Guerra de África*, cap. 22 y 23. Bien pudo ser que recibiese entonces el aviso de Scipion, y se dispusiera por ello á pasar á España, concordándose de ese modo los textos de A. Hircio y Dion Casio.

(3) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 29.

(4) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 30.

salia y África. Además militaba una multitud de siervos en el campo pompeiano (1). El jóven Cneo tenia puesta su mayor confianza en las dos legiones vernáculas, que habian abandonado las banderas de Trebonio, en otra legion sacada de las colonias del país, y en la Afraniana que habia traido consigo desde el África (2). El primer conflicto fué en el mar. Las naves pompeianas, bajo la conducta de Varo, antes de la llegada de César, tuvieron un peligroso encuentro con las de Didio, viéndose obligadas á encerrarse en el puerto de *Crantia*, que debe ser *Carteia*, aun cuando por Dion se escriba este nombre en aquella forma (3).

Tan desgraciado fué el comienzo de esta guerra, que prosiguió con la misma aciaga suerte para la causa de los Pompeios. El solo anuncio de la venida de César, les hizo perder cuanto Cneo se habia atraido ó conquistado en la Citerior, y á poco de la llegada de aquel, tuvo que dejar el cerco de *Ulia* para acudir en ayuda de su hermano Sexto, encerrado dentro de la cercana Córdoba. De aquí se vió obligado á partir al socorro de la importante plaza de *Attegua*, tambien próxima, estrechada por César, y vanamente intentó sorprender el castillo de *Castra Posthumiana* con el fin de favorecer á los sitiados. Abandonados estos á sí propios, despues de un largo y penoso esfuerzo, se entregaron á la clemencia de César, sin que le fuera dado á Pompeio evitar pérdida tan afrentosa. Habiéndose fortificado en los alrededores de *Ucubi*, sufrió nuevos desastres sobre la línea del *Salso* (hoy Guadaxoz) hácia *Soricaria*, y por sostener el castillo de *Aspavia*. Levantando su campo de estos lugares, lo asentó frente de *Ipagrin*, desde donde prosiguió su retirada dejando á *Ventipo* á merced de César, é incendiando al paso la rebelde *Cárruca*, hasta volver el rostro á su enemigo al amparo de los muros de Munda para ponerlo todo al trance de una batalla. La fortuna fué parte otra vez más en pro de la audacia y del genio militar de César, y deshecho el ejército pompeiano, huyó Cneo con pocos hácia la marina, refugiándose en *Carteia*, puesto que estaba en el estrecho de Hércules, mientras el victorioso dictador volvia sobre Córdoba, apoderándose de ella, de *Hispalis* y las demás ciudades. Los carteienses, levantados en favor del vencedor, hicieron que se acogiera á sus naves el infeliz Cneo; pero acosado por las de Didio, arribó no muy léjos, y alcanzado por sus perseguidores, murió á manos de ellos cerca

(1) App. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 103.
(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 7.
(3) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, capitulo 31. y Flor., lib. 4, cap. 2.

de *Lauro*. En Munda entraron, por fin, los cesarianos despues de un diluvio de sangre, y *Urso* fué el último baluarte de los vencidos. César, sujetos y destrozados sus contrarios, volvió á Roma con el ansia de recoger el fruto ópimo de su valor y fortuna. Pero cuando se creia dueño absoluto del mundo, vino á caer cubierto de heridas abiertas por el puñal de su propio hijo y de aquellos á quien más habia favorecido, y á morir á los piés de la misma estátua de su rival Pompeio. Aquella muerte con que se quiso salvar la idea republicana, fué por el contrario la que arrebató para siempre al pueblo su poder, y puso al arbitrio de un solo hombre el dominio absoluto de Roma.

Tales son los principales sucesos, cuyos interesantes pormenores se deslindan en esta parte de la presente Memoria.

CAPITULO II.

LLEGADA DE CÉSAR Á LA ESPAÑA ULTERIOR.

Dice Strabon que «afirman los historiadores haber llegado César desde Roma en veinte y siete dias á *Obulco* y al campamento que allí se hallaba, cuando vino á pelear en batalla cerca de Munda» (1). En Appiano consta el mismo número de dias (2). Suetonio refiere que César invirtió veinte y cuatro desde la ciudad de Roma hasta la España Ulterior (3). Paulo Orosio, que César llegó en diez y siete desde Roma á Sagunto (4). Hircio sólo dice que César, hechas antes muchas jornadas, llegó á España con acelerada precipitacion (5). Dion añade que los suyos y los adversarios le vieron antes que hubiesen oido hablar de su llegada (6). Tanta fué su celeridad segun estos autores (7).

(1) Φασὶ δ' οἱ συγγραφεῖς, ἐλθεῖν Καίσαρα ἐκ Ῥώμης ἑπτὰ καὶ εἴκοσιν ἡμέραις εἰς τὴν Ὀβούλκωνα καὶ τὸ στρατόπεδον τὸ ἐνταῦθα, ἡνίκα ἔμελλε συνάπτειν εἰς τὸν περὶ τὴν Μοῦνδαν πόλεμον. Strab. *Geog.* lib. 3, cap. 4, § 9. *in fine.*

(2) Ὁ δὲ Καῖσαρ ἧκε μὲν ἀπὸ Ῥώμης ἑπτὰ καὶ εἴκοσιν ἡμέραις, βαρυτάτῳ στρατῷ μακροτάτην ὁδὸν ἐπελθών. Appian. *Bell. Civ.* lib. 2, cap. 103.

(3) Suet. *Vit. Caes.*, cap. 56.

(4) P. Oros., lib. 6, cap. 16.

(5) Hirt. *Bell. Hisp.* cap. 2.

(6) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32.

(7) La aparente contradiccion que algunos críticos quieren encontrar en el número de dias que invirtió César en su último viaje á España, desaparece examinando separadamente los textos. Dice P. Orosio que César empleó diez y siete dias desde Roma á *Sagunto*, velocidad suma, considerada la distancia que media entre ambos puntos. Suetonio, hablando de los libros que César habia dejado escritos, dice que compuso el *Anticaton*, durante la campaña de Munda, y el poema que se titulaba *Iter* en el tiempo que invirtió *desde Roma á la España Ulterior*, que fuéron veinte y cuatro dias. Tenemos aquí el mismo punto de partida: *Urbe Roma*; pero no el de llegada. P. Orosio se refiere á *Sagunto* en la España Citerior. Suetonio á la España Ulterior: luego en llegar á los confines de la Bética, por la parte de lo que hoy forma la provincia de Jaen, desde Murviedro ó antigua Sagunto, empleó siete dias, que con los diez y siete de P. Orosio, se ajustan

No expresan si César vino á España por mar ó por tierra; pero parece indudable que este viaje hubo de ser por mar hasta Sagunto, puesto que afirma Orosio que en diez y siete dias llegó á esta ciudad; y para venir á la España Ulterior directamente desde Roma, cual la necesidad y urgencia del caso lo requerian, no era por cierto Sagunto, hoy Murviedro, cabe Valencia, el punto de tránsito por tierra, sino por mar. Desde Sagunto hasta *Obulco*, caminando derechamente, habia de atravesar el rio *Sucro*, hoy Xúcar, y así se desprende de un pasaje de los *Beneficios* (1) de Séneca, segun advierte J. Lipsio sobre este libro. Mayor dificultad hay en si vino ó no con grande ejército desde Roma. Hircio no da cuenta de esta circunstancia, que su texto, como de autor participante en los sucesos, pudiera poner fuera de toda duda. Sólo dice que hizo sabedores de su llegada á Q. Pedio y Q. Fabio Máximo, legados que antes habia puesto al frente del ejército, para que le enviasen de escolta la caballería que hubiesen levantado en la provincia, lo cual, más bien demuestra que él vino con poco ó ningun ejército, y lo que hizo fué tomar el mando del que antes habia enviado con sus legados (2). Dion parece convenir en esto mismo, pues en el cap. XIV

bien á los veinte y cuatro de Suetonio. El viaje terminaba propiamente en la Ulterior, teatro de la guerra, que sostenian los hijos de Pompeio; porque, como hemos visto por el texto de Dion, aterrado Cneo con la venida que esperaba de César, y pensando que sus fuerzas no eran suficientes para retener toda la España, se replegó á la Bética, y con su retirada toda la parte marítima le faltó. Redújose, pues, la guerra á la España Ulterior, y durante esta campaña César se dedicó ya á escribir otra obra, que fué el *Anticaton*. Strabon señala veinte y siete dias, pero dice que César invirtió todo este tiempo en llegar á *Obúlcon* y á los reales que estaban allí, como antes queda advertido. Lo mismo que pudiera decirse que en veinte y ocho ó veinte y nueve dias llegó á Córdoba, porque á proporcion que se aumente la distancia desde Roma, más largo ha de ser el viaje, y más dias necesariamente habrán de trascurrir. Fija el geógrafo griego la ciudad de *Obúlcon*, como término del viaje de César, porque allí estaban sus reales, ó los de sus lugartenientes Q. Pedio y F. Máximo, que le aguardaban; así como Suetonio fija la *España Ulterior*, y P. Orosio la ciudad de Sagunto: de modo, que aunque todos tres toman un mismo punto de partida, cual es *Roma*, varian en el de la llegada; y no hay, por consiguiente, verdadera contradiccion. Appiano sólo dice que el dictador invirtió en un camino tan largo veinte y siete dias, desde que salió de Roma; pero no designa el punto de llegada, pues aunque en la moderna version latina de la edicion Didot se lee *in Hispania*, no en el original griego; si bien desde luego se comprende que la venida fué á nuestra Iberia. Appiano hubo de copiar sin duda á los historiadores que siguió Strabon, y afirmando este último que César en veinte y siete dias llegó á *Obúlcon* y sus reales, es evidente que uno y otro se refieren al mismo punto, y no hay tampoco contradiccion.

(1) Senec. *Benefic.*, lib. 5, *in fine*.

(2) «*Ad quos* (como sigue diciendo

del libro XLIII afirma que César, llegado á Cerdeña de vuelta del África, envió desde allí tropas con C. Didio á España contra Pompeio, dirigiéndose él á Roma. Y en el cap. XXVIII del mismo libro dice, que primeramente envió contra Pompeio el mozo la armada desde Cerdeña, y en seguida mandó tambien ir á España legiones escogidas, esperando terminar esta guerra, no por sí, sino por medio de otros. En el cap. XXXII asevera el propio Dion que César llegó con pocos repentinamente, no sólo fuera de lo que esperaban los pompeianos, sino tambien sus soldados. Y despues añade que por esto dejó tras de sí grandísima parte de los suyos en el camino, los cuales llegaron á él, cuando aliviado de cierta dolencia que le atacó cabe Córdoba, se disponia para combatir á *Attegua*. Dedúcese tambien de Hircio, que las tropas continuaron viniendo aún bastante despues de la llegada de César (1). Appiano, en el cap. CIII del libro II de sus *Guerras Civiles*, parece contradecir lo que tan claramente se ve de los dos antes citados historiadores (á lo menos por el texto de Dion), pues asevera que César, al venir á España, recorrió un larguísimo camino con un ejército considerable. Parte de él hubo más bien de precederle en esta guerra, ya con C. Didio, ya con sus legados Q. Pedio y F. Máximo: parte dejó tras de sí en el camino, llegando solo con pocos, como dice el Coceyano.

»Hircio) *celerius, quam ipsi opinati sunt,* »*appropinquavit; atque ut ipse voluit, equi*»*tatum sibi praesidio habuit.*» *Bell. Hisp.*, cap. 2.

(1) «*Insequenti luce Arguetius ex Italia* »*cum equitatu venit: is signa Saguntino*»*rum retulit* v. *quae ab oppidanis cepit.* »*Suo loco praeteritus est quod equites ex* »*Italia cum Asprenate ad Caesarem venis*»*sent.*» *Bell. Hisp.*, cap. 10.

CAPITULO III.

—

OBULCO.

Ya se ha visto por lo que dice Strabon que la ciudad de *Obulco*, donde estaban los reales del ejército de César, es el primer punto fijo que hay de su entrada en la España Ulterior. Hircio escribe solamente que, habiendo llegado á esta, se le presentaron mensajeros de los cordubenses que se habian separado de Cneo Pompeio, los cuales manifestaron que, durante la noche, podia ser tomada su propia ciudad, porque habia él penetrado en la provincia sin que los contrarios lo supiesen, y al mismo tiempo habian sido sorprendidos los correos que por Cneo Pompeio estaban dispuestos en todos los lugares para que le hicieran sabedor de la llegada de César. Añade Hircio que además proponian aquellos muchas cosas verosímiles, movido por las cuales, avisó César á sus legados, como ya se ha dicho, y vino luego á ellos, antes de lo que los mismos esperaban (1). No puede saberse, por tanto, el lugar donde César recibiese á los enviados cordubenses; sólo sí, que fué á su entrada en la España Ulterior, y antes de hallarse en *Obulco* donde estaba el campamento de sus legados. Morales en su *Corónica* escribe que, «llegado César á Porcuna, Córdoba le envió luego sus embajadores secretos» (2), y tambien Medina Conde, en su *Disertacion MS. sobre Munda*, supone por el texto de Strabon, que César ocupó primero á *Obulco*, y de aquí quiere avisase de su llegada á los legados, recibiendo en aquella ciudad á los enviados de Córdoba y á los de *Úlia*. Ciertamente estos escritores no han hecho alto en que Strabon dice se hallaban en *Obulco* los reales, y de consiguiente el ejército y legados de César, siendo de notar que en la version latina de Xilandro se omiten las palabras que así

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 2.

(2) Mor. *Corón.*, lib. 7, cap. 39.

lo expresan, como acontece tambien en la castellana de D. Juan Lopez; pero están conservadas en el texto original, como se ha indicado en el capítulo anterior (1). Es preciso, pues, para poner de acuerdo al geógrafo griego con el historiador latino, suponer, por el contrario que Morales y Medina Conde, que César recibió los mensajeros de Córdoba, antes de llegar á *Obulco*, porque en este punto estaba acampado su ejército con los legados, que al frente de él habia puesto antes, á los cuales avisó su venida, llevado de las cosas que los emisarios cordobeses le proponian, viniendo luego á aquellos, como escribe Hircio; y hé aquí la llegada á *Obulco* y los reales de que Strabon hace referencia. En este mismo pasaje de su obra el insigne geógrafo griego expresa que la ciudad de *Obúlcon* dista de Córdoba cerca de trescientos estadios (2), que son unas nueve leguas. Plinio coloca la misma ciudad á distancia de catorce mil pasos, ó sean tres leguas y media separada del Bétis en lo mediterráneo, y la adscribe al convento jurídico de Córdoba (3). Ptolomeo, hablando de las ciudades mediterráneas en la region de los túrdulos, sitúa á dicha ciudad entre los diez grados y diez minutos de longitud, y treinta y ocho grados de latitud (4). Stéphano Byzantino nombra tambien una ciudad á que llama Ὄβολκων (5), aunque no expresa el país á que pertenece; pero segun Pinedo en sus notas al mismo autor, indudablemente es la de nuestra España (6). Estos datos geográficos y topográficos convienen á la actual villa de Porcuna. Lo propio confirman las muchas inscripciones geográficas que allí se encuentran, en las cuales aparece el nombre latino de *Pontificense* que le da Plinio, y consta por ellas que gozaba de la cualidad de municipio.

(1) En la version latina más antigua, que es la de Guarino, se encuentra todo el pasaje de este modo: «*Ad rerum sane scriptoribus traditum est Caesarem é Roma Obulconem VII ac XX die pervenisse in castra. Illa ibidem ex tempore fuerant: quo ad Mundam Martem consecuturus erat.*» La traduccion francesa de 1805 es en este lugar como sigue: «Les historiens rapportent que César mit vingt-sept jours pour se rendre de Rome à son armée campée à Obulcon lors qu' il vint donner la bataille de Munda.» (Tom. I, pág. 469.) Y Cortés en su Strabon traduce de este modo: «Y hay historiadores que refieren que César en veinte y siete dias vino desde Roma á Obúlcon donde estaban sus reales.» (*Diccion.*, tom. I, pág. 108.)

(2) Διέχει δὲ τῆς Κορδύβης ἡ Ὀβούλκων περὶ τριακοσίους σταδίους. Strab. *Geog.*, libro 3. cap. 4. § 9.

(3) *Conventus vero Cordubensis circa flumen ipsum* (BAETIM) *Ossigi..... Silia, et XIV.M. passuum remotum in mediterraneo Obulco, quod Pontificense appellatur.* Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 1.

(4) Ptolom. *Cosmograph.*, lib. 2, cap. 4.

(5) Stéph. *De Urbibus*, pág. 505.

(6) Steph. *De Urbibus*, pág. 105, nota quinta.

Copiáronlas Ambrosio de Morales y su discípulo el licenciado Franco en el siglo XVI, Rus Puerta y el anónimo de las *Noticias de la villa de Porcuna* en el siglo XVII, y P. Bayer en el siglo pasado. Franco, en su *Compendio de Numismas*, M. S. dice: «se encuentran muchas medallas de *Obulco* en la comarca de Córdoba, especialmente en los pueblos de la provincia de Calatrava, Porcuna y Arjona» (1). Los primeros expositores de Ptolomeo, como Moletio y el Villanovano identificaron aquella ciudad con la de Úbeda, añadiendo que Úbeda era tambien la que César llama en sus *Comentarios Ulla*: error que sin duda copiaron de Marineo Síeulo, quien creyó que Úbeda fué la antigua *Ulla* del comentarista. Los modernos anotadores de la *Historia natural* de Plinio la reducen con manifiesta equivocacion á Andújar (2). Simlero, sobre el *Itinerario* de Antonino, confundió la *Abúcula*, ó mejor, *Obúcula*, primera mansion en el camino de Sevilla á Córdoba, con nuestro *Obulco*. *Obúcula* corresponde á la Moncloa, como se demuestra por la distancia de XLII. M. P. que marca el referido *Itinerario* (3), y se ha confirmado en nuestros dias con la invencion de los vasos apolinares de *Vicarello* donde se señalan XX millas desde Carmona á *Obucla*, que así se lee este nombre en las indicadas inscripciones argentinas.

(1) En estas medallas se ve una cabeza bárbaramente esculpida, añade el citado Franco, y con estas letras: OBVLCO; y en el reverso unas espigas grandes. «Estas letras OBVLCO deben de ser el nombre propio deste príncipe bárbaro, del cual se debiera llamar *Porcuna* en el tiempo de los gentiles *Obulco*,» escribe el mismo Franco. Pero engañóse en esto, porque la cabeza varonil, que á él pareció ser de un príncipe bárbaro, representa al dios Apolo, como dice el P. Florez, explicando la medalla núm. 7 de la tabla 34. *(Colec. de Med. de Esp.*, tom. II, pág. 507.) Las diversas conjeturas que se han formado sobre lo que representa la cabeza de mujer que se advierte en otras medallas de *Obulco*, pueden verse en la citada *Coleccion* del P. Florez (tom. II, pág. 497), y en la *Disertacion sobre las medallas antiguas de la provincia Bética*, que escribió en 1752 D. Livino Ignacio Leirens, publicada recientemente en las *Memorias Literarias de la Academia Sevillana de Buenas Letras.* (Tom. II, pág. 305.) Pueden consultarse además la obra de Eckel *Doctrina Nummorum Veterum*, y la de Sestini *Descrizione delle Medaglie Ispane.* (Vol. I, Baetica, pág. 26 y 27.) Sobre la explicacion de las letras desconocidas, que se notan en varias medallas de *Obulco*, véase el *Alfabeto de la lengua primitiva de España*, por D. Juan Bautista Erro (capitulo 25 y 26: Madrid, 1806) y tantas otras obras apreciables que sobre este punto se han publicado hasta nuestros dias.

(2) Plin. *Hist. Nat.* Edit. Panckou: Paris 1829. P. 3, pág. 360.

(3) *Itiner.* Edit. Wessell. pág. 413.

CAPITULO IV.

ÚLIA.

Cuenta Hircio en el cap. III, que al mismo tiempo que César se reunió á sus legados, que tenian los reales del ejército puestos en *Obulco*, como de Strabon se ha visto, Sexto Pompeio, hermano menor de Cneo, mantenia con guarnicion á Córdoba, la cual era considerada cabeza de esta provincia, y mientras Cneo Pompeio el mozo combatia la plaza de *Úlia*, llevando casi meses de estar allí detenido. De esta ciudad, vinieron emisarios á César, ocultamente de las tropas de Cneo Pompeio, y comenzaron á pedirle que les socorriera en el más breve tiempo posible. César, añade Hircio, sabiendo que aquella poblacion habia sido siempre muy meritoria del pueblo romano, maudó partir á ella aceleradamente, durante la segunda vigilia, seis cohortes é igual número de caballos (1), á los cuales dió por jefe un varon conocido de esta provincia y no poco experto, llamado L. Junio Pacieco (2).

(1) Los MSS. y ediciones antiguas, segun Oudendorpio, ponen VI cohortes, y cree que los impresores de la edicion Plantiniana hubieron de introducir el número XI, en vez de VI. XI cohortes se lee tambien en las ediciones Elzevirianas, y en las de Cellario y Goduino. Algunos Cdd. ponen en letras *sexdecim* : así el Cd. Granatense; y el de Ciaconio, citado por Oudendorpio, *Sedecim*, cual la edicion Vascosana de 1543. El texto de Hircio añade *parique equites numero*, é igual número de gente de á caballo. Ciaconio leyó, acaso con más acierto, *DC. pedites*, ó lo que seria mejor, *parique turmas equitum numero* : pues de otro modo no parece clara la manera de expresarse de que usa Hircio, á no ser que se juzgue con Oudendorpio que este autor habló aquí elípticamente, diciendo como más breve *pari numero*, es decir, tantos de á caballo como de á pié iban en aquellas cohortes.

(2) El Códice Granatense tiene una variante notable : en vez de Julio ó Junio, dice Vivio. De este Pacieco se hace referencia en una epístola de Ciceron dirigida á Lepta. (*Epist. Ad. Fam.*, lib. 6, capitulo 18.)

La estratagema de que se valió este para penetrar en la plaza sitiada, la refiere Hircio en el mismo cap. III. A tiempo que llegaba á los reales de Pompeio, se levantó una violenta tempestad con un fortísimo viento, siendo la oscuridad tan densa, que apénas podian conocerse aún los que más próximos se encontraban. De este accidente sacó Paciceo gran ventaja para los suyos; pues mandó marchar los caballos dos á dos, y encaminarse derechamente á la ciudad por medio de las tropas de los adversarios. Algunos de estos les preguntaron quiénes eran, á lo que uno de los otros respondió que guardasen silencio, porque llevaban el designio de acercarse á la muralla en tan favorable ocasion, para tomar la ciudad. Los centinelas, ya porque la tormenta lo estorbase, ya porque les contuvieran tales razones, no opusieron resistencia ninguna. Cuando llegaron aquellos á la puerta dieron la señal, y fuéron recibidos por los de la plaza (1). Luego que se reunieron los de *Úlia* y los de Paciceo, caballos é infantes, levantada gran vocería y dejando buena guarnicion en la plaza, hicieron una salida contra los reales enemigos; lo cual, como aconteciese estando los pompeianos desapercibidos, muchos de los que allí se encontraban creyéronse hechos prisioneros.

Entre Hircio y Dion Casio hay alguna diferencia en la narracion de tales sucesos. Dion dice: que correspondiendo la marcha de César sobre Córdoba al fin que él se habia propuesto, Cneo, dejando parte de su ejército delante de *Úlia*, fué á Córdoba, y habiéndola fortificado, César desistió de su ataque, y Cneo encomendó la guarda de aquélla á su hermano Sexto. Vuelto Cneo á *Úlia*, es cuando, segun Dion, envió César de noche el socorro á esta ciudad, y puso de nuevo sus reales cabe Córdoba, estrechándola entonces con formal asedio (2). Por ello al fin Cneo volvióse á Córdoba con todo su ejército. Hircio, como se ha visto, sólo habla de esta segunda marcha de Cneo desde *Úlia* á Córdoba, tal vez porque la primera tentativa de César sobre esta última ciudad no fuera más

(1) El texto dice: *jubet binos equites incedere*: mandó (Paciceo) caminar los caballos, dos á dos; pero aquí nada se habla de la gente de á pié que le dió César. Por eso es preferible la leccion *jubet binos equites conscendere*, que traen los Cdd. Petaviano, Leidense I y el Dorwilliano, y las antiguas ediciones de Roma, Venecia y Milan; pues, como interpreta Oudendorpio, cada uno de los de á caballo tomaria á la grupa uno de los peones, porque igual debia ser el número de los infantes y de los de á caballo. De esa manera se comprende muy bien el paso por el campo enemigo, practicado con regularidad, á pesar de la tormenta; y no podian extrañar los de Pompeio caminasen en aquella forma, cuando se les decia que se trataba de una sorpresa.

(2) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 42.

que un amago, y no tuviera todo el éxito que se propuso. Más extraño es que Dion enumere entre las causas porque Cneo abandonó el cerco de *Úlia*, la de que en él no adelantaba nada, y Hircio diga que, apremiado por las cartas de su hermano Sexto, se dirigió á Córdoba, abandonando á *Úlia* cuando ya estaba á punto de ser tomada (1). Ignoramos los datos que pudo tener Dion siglos adelante para ser más minucioso que Hircio, testigo presencial de los sucesos (2).

Ptolomeo es el único geógrafo que más seguramente ha tratado de nuestra *Úlia*, pues en el libro II, cap. IV, tabla 2.ª de la Europa, en-

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 4.

(2) El nombre de *Úlia* ha querido generalmente encontrarse entre los de aquellas ciudades, en que Strabon refiere fuéron derrotados los hijos del Gran Pompeio (*Geog.*, lib. 3, cap. 2, §. 2.) y háse supuesto al efecto que la voz Ἰουλία, que se advierte en el texto de aquel geógrafo, debia corregirse en Οὐλία, suprimiéndole la I inicial, que se dice pudo ser añadida por los copistas, como lo han hecho con otras voces que empezaban con vocal. En varias ediciones de Plinio se lee la voz *Úlia*; pero como nombre de poblacion adscrita al convento gaditano. La voz, sin embargo, está de más en el texto, y como nota el P. Florez, no fué Dalecampio el primero que la introdujo, aunque Harduino asegura falta en los MSS. y en todas las ediciones anteriores á la de aquel (*Emmendat.* 17 ad lib. 3); pues que ya la escribió Gelenio, cuya edicion es más antigua. Así es que tambien la mencion de esta *Úlia* se encuentra en la de Froben de 1549, y además se halla en la de Juan Nicolás Victorio de 1553; del mismo modo que en la Elzeviriana, ya posterior de 1635. Las dos de Parma, 1480 y 1481, y la Veneciana de 1487, aunque ponen á *Ulula*, no denotan á *Úlia*, sino á *Barbésula*, precediendo *Barbes*, con cuya voz debe unirse la diccion siguiente. Cortés y Lopez hace un severísimo cargo al P. Hierro, porque guiado este sin duda de las ediciones antes citadas, supuso pertenecer *Úlia* al convento jurídico de Cádiz, (*Dicc.* tom. III, pág. 493.) En este mismo error incurrió mucho antes el Cl. D. Fernando de Mendoza (*De Concilio Illiberritano confirmando ad Clementem VIII*, lib. 1, cap. 7, pág. 89, Edit. Lugd.), y el P. Florez que lo notó, á pesar de ello en parte le disculpa. Convencidos de que la voz *Úlia* no se encuentra en los mejores MSS. ni en las ediciones primeras, ni en las más castigadas de Plinio, nuestros críticos han ido á buscar la mencion de aquella ciudad pocos renglones antes, y han creido encontrarla en las voces *Iulia quae Fidentia*, de que usó Plinio al hablar de las ciudades más célebres colocadas tierra adentro, entre el Bétis y la boca del Océano. Suponen que ha pasado en este lugar lo mismo que algunos quieren hacer en el antes citado de Strabon, y guiados de esto y del nombre latino de *Fidentia*, que presumen le fuera impuesto por la fidelidad que mostró á J. César en esta guerra *Hispaniense*, no han titubeado en identificar la *Iulia* de Plinio con la *Úlia* de Hircio y de Dion. Además, en este caso, de notar es que Plinio va relatando las ciudades, dándoles sus nombres antiguos y añadiendo los latinos, que nuevamente le impusieron los romanos: por lo cual parece más adecuado el que la denominacion autónoma fuera *Úlia*, que no *Iulia*, palabra enteramente latina, para no darlo luego otro nombre nuevo de la misma clase, el de *Fidentia*.

tre las ciudades mediterráneas de los túrdulos pone una que los textos griegos de Erasmo y Bereio escriben Οὐλία, aunque otras ediciones, como la Argentina de 1513 y la del Villanovano de 1535, en su lugar tienen Ἰουλία, dándole la primera á esta ciudad ocho grados y cuarenta y cinco minutos de longitud, y la segunda nueve con treinta, y ambas treinta y ocho de latitud (1).

El *Itinerario* atribuido á Antonino fija, como la última mansion en el camino de Cádiz á Córdoba, la ciudad de *Úlia*, señalando desde este punto hasta Córdoba diez y ocho mil pasos, M.P.XVIII, ó sean cuatro leguas y media. En los Codd. del Concilio Iliberitano se hace mencion del presbítero *Víctor de Úlia*, cuyo nombre ocupa el lugar décimo quinto entre los de su clase. El anónimo de Rávena al tratar de *Spania* coloca tambien á *Úlia* cerca de Córdoba (2). Hircio en el libro de la *Guerra alexandrina*, hablando de las turbulencias promovidas en la España Ulterior por el mal gobierno de Casio Longino, menciona á *Úlia*. *Ulla in edito monte posita est* (3). El nombre de *Ulla* que aparece en Hircio siempre que se ocupa de esta ciudad, es el mismo de *Úlia* segun dictámen de todos los eruditos: así es que en las modernas ediciones se ha puesto *Ulia* en vez de *Ulla*. Dion Casio, que es el que más correctamente escribe este nombre, dice, que fué la única ciudad que no se hallaba unida con Pompeio al comienzo de esta guerra en toda la España interior ó mediterránea (4). Aunque esto debe entenderse sólo de la Bética, pues á ella dice se habia reducido Cneo Pompeio á la llegada de César, por no poder conservar lo demás; de cuyas resultas se apartó tambien de él toda la costa. Por el relato que hacen ambos historiadores, se ve, igualmente que por la colocacion que los geógrafos dan á esta ciudad, que *Úlia* debió estar situada en las inmediaciones de Córdoba. Esto mismo confirman las inscripciones geográficas y las muchas antigüedades halladas en Montemayor, villa cuatro leguas y media distante al Sur de aquella ciudad, y asentada en la cima de un cerro árido y seco, cuyas circunstancias convienen exactamente, así al número de millas señaladas por el *Itinerario*, como á lo que expresa Hircio en el libro de

(1) La de *Ulma* de 1486, así como la de Basilea de 1552, escriben *Iulia*, y le dan, aquella los mismos grados y minutos que la Argentina, y esta otra nueve con treinta y ocho de longitud y treinta únicamente de latitud: la antiquísima de Hernan de Levilapide (Vicenza: 1475), escribe *Úlia*, y le da idéntica graduacion que la de *Ulma*.

(2) *Item juxta suprascriptam Cordubam est civitas quae dicitur Úlia.* (Anónym. Ráven. *Geog.*, lib. 4, cap. 42.)

(3) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 61.

(4) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 31.

la *Guerra alexandrina*. Florez dice que en el sitio de Montemayor «tambien suelen descubrirse monedas de su nombre(1)». Geógrafos, historiadores, antigüedades y medallas romanas, y las inscripciones copiadas por Alonso Franco y Ambrosio de Morales, concurren, pues, á demostrar que la antigua *Úlia* estaba situada donde hoy Montemayor (2).

(1) Flor. *Medallas*, tom. II, pág. 620.

(2) No ha faltado quien haya querido suponer que en Montilla estuvo *Úlia*. El licenciado Juan Fernandez Franco, llevado de falaces inductivas, se inclinó á esta opinion, habiendo colocado antes á *Úlia* con bastante fundamento en Montemayor y sus inmediaciones. (*Franco ilust.*, pág 34.) D. Lúcas Jurado y Aguilar y D. Antonio Marzelo Jurado y Aguilar escribieron en el pasado siglo, el primero una apologia histórica, titulada *Úlia en su sitio y Montilla en su centro*, que se publicó en 1763, y el segundo una obra, que lleva por nombre *Úlia Romana y fundacion de Montilla*, la cual se conserva inédita en la biblioteca de los Duques de Medinaceli en esta córte; pero ambos títulos prometen más de lo que alcanzan sus autores, pues no aducen copia de razones bastantes para probar su intento. Poseemos un ejemplar de la primera obra todo apostillado por un curioso anónimo, que, aunque sucintamente, demuestra lo débil de los fundamentos de esta *Apologia Histórica*. La falta de rastros de antigüedad que Morales dice, y se nota efectivamente en la ciudad de Montilla; la mayor distancia á que se halla de Córdoba, que no se ajusta con la señalada á *Úlia* por el *Itinerario*; y su situacion topográfica, que no conviene de ningun modo con la que Hircio da á *Úlia* en el *Bell. Alexand.*, pues en Montilla no hay monte, ni cerro ó eminencia notable en que esté fundada la ciudad, todo conduce á rechazar la reduccion de *Úlia* á Montilla.

CAPITULO V.

CÓRDUBA.

Enviado el socorro á *Ulia*, refiere Hircio que César se dirigió á Córdoba para que Pompeio se apartase del asedio de aquella otra ciudad, y en el camino despachó César delante soldados fuertes, cubiertos de loriga, acompañados de caballería; los que luego que dieron vista á la ciudad montaron á la grupa con los de á caballo. Esto no podia advertirse de ningun modo por los cordobeses; y así es que habiéndose aquellos aproximado, salió de la plaza una gran muchedumbre para atacar la caballería: mas los lorigados, antes referidos, descendieron de los caballos é hicieron grande matanza, en tal manera que de aquella infinita multitud de hombres, pocos se recogieron á la ciudad. César habiendo llegado al rio Bétis, y no pudiendo pasarlo á causa de su altura, echó unos cestos llenos con piedras; y de este modo, formando encima un puente, pasó las tropas á los reales en tres partes (1). Ve-

(1) Despues de esto sigue escribiendo Hircio: «*Tenebant adversus oppidum é regione pontis trabes, ut supra scripsimus, bipartito.*» Este es un pasaje que á Davis le ha parecido mutilado ó corrupto, á Clarke asunto muy oscuro, y que Goduino se esfuerza en explicar con suposiciones. La primera dificultad que se presentó á Davis, fué la voz *Tenebant:* él habia leido en la edicion de Stéphano *tendebant*. Lo mismo leyó Glandorpio, y se advierte en la edicion Vascosana, en las Griphias de 1546 y 1563, y en la de Strada de 1575. Oudendorpio, sin embargo, no opinó ni por *tendebant* ni por *tenebant*, sino por *tenebat*, fundado en el Cd. Leid. primero, y en que la oracion hace referencia á César. En apoyo de esta leccion pudiéramos citar el Cd. Granatense, que dice igualmente *tenebat*. La segunda dificultad fué la voz *trabes*. Como Hircio añade *ut supra scripsimus*, Davis observó que nada se habia hablado antes de vigas, y por ello aceptando, aunque con temor (*forte* dice él), la variante de la edicion de Stéphano supone que ha de leerse «*Tendebant adversus oppidum é regione pontes*,» y luego «*Transisse ut supra scripsimus*». Y Clarke interpreta la leccion de Davis «*Tendebant, id est tentoria figebant*;» pero él, aun cuando dice que esto conviene mejor con

nido Pompeio con su ejército, puso por igual razon su campo al lado opuesto. César, para cerrarle el paso á la ciudad, comenzó á dirigir una línea de trinchera hácia el puente. Lo mismo con idéntico objeto verificó Pompeio. De aquí se hizo cuestion de los dos jefes, cuál de entre ambos ocuparia primero el puente: de cuyo empeño resultaban cada dia parciales combates, que terminaban con ventaja ya de estos, ya de aquellos. Habiendo llegado el punto á mayor contienda, y por unos y otros trabada la batalla de cerca, cuanto mayor era su ahinco por ganar terreno, tanto más se estrechaban en la angostura del puente, y comprimidos en tan pequeño espacio eran arrojados al rio los que se aproximaban á sus orillas. Aquí unos y otros aumentaban á cada momento el número de los cadáveres, igualando montones á montones (1).

Para la inteligencia de este pasaje, debe tenerse presente que César, marchando desde *Obulco*, habia pasado el Bétis, al llegar á él, y establecido á la derecha banda sus reales contra la ciudad. Que Pompeio al venir aquí, puso su campamento *ex adverso*, á la parte opuesta, es decir, á la banda izquierda ó contraria, por lo cual César, dirigiendo una trinchera hácia el puente, podia ocuparlo é impedir á Pompeio su paso y comunicacion con la ciudad. Con objeto de evitar esta incomunicacion quiso ganar Pompeio del mismo modo el puente desde sus estancias, y por ello las contínuas batallas en que estrechados los

los precedentes, creo que si puede haber lugar á una conjetura en cosa tan oscura, ciertamente que en vez de *trabes* se debe reponer *castra*, lo que le parece menos duro que aquella otra enmienda de Davis. De tal modo que se lea: «*tenebant adversus oppidum é regione pontis* CASTRA *ut supra scripsimus*:» porque de campamentos (*castris*) es de lo que se está tratando, y lo que aparece inmediatamente de lo que subsigue. «*Pompeius... ex adverso pari ratione castra ponit.*» Davis ha corregido tambien la voz *bipartito* en *tripartito*, por uno de los códices Thuanos, que asi la trae escrita, lo cual nota tambien Goduino, y cuya correccion aprueban Clarke y Oudendorpio; y diciendo Hircio *ut supra scripsimus*, es manifiesto debe decir lo mismo en este otro lugar. A Goduino parecióle tan incierta la oracion, que juzgó debia suprimirse todo el pasaje, pues que el MS. régio omite todas estas cosas, y despues del *transduxit*, escribe á continuacion: «*Huc quum Pompeius*, etc.» Del mismo modo faltan tambien aquellas palabras en el Cd. Norviciano, y por el Petaviano se suprime todo este periodo, segun nota Oudendorpio. Si, no obstante, quiere mantenerse su lectura, aunque como advierte Graevio: «*Haec verba sunt scabra.*» (Ad. Cicer. 3.° *Catil.*, cap. 2), parécenos que la única leccion que puede darle una inteligencia clara, es la de «*Tenebat adversus oppidum é regione pontis castra, ut supra scripsimus, tripartito*:» tenia César sus reales contra la ciudad, y enfrente del puente, como antes escribimos, en tres partes.

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 4 y 5.

que se agrupaban sobre ambas riberas (1) eran precipitados, y seguian aún causándose la muerte. Morales hubo de entender esto de otra manera, pues supone que estos combates se entablaban pasado el puente, y de aquí dedujo uno de sus mayores argumentos para asegurar que Córdoba no estaba en aquel entonces donde hoy, orillas del rio, puesto que entre el puente ya pasado y la ciudad era donde, segun él, tenian lugar estas batallas (2). Mas no puede entenderse de semejante modo el texto de Hircio, porque si el puente y rio fuesen ya pasados para ambos ejércitos, no pelearian por la ocupacion de aquel, innecesario ya para Pompeio, con objeto de mantener la comunicacion con la ciudad, pues que sus tropas estaban á la parte de esta; ni diria el texto que los contendientes se aproximaban á ambas orillas del rio, cuando el combate se verificaba en una sola (3). Hircio sigue refirien-

(1) El texto dice: «*Et fluminis ripas adpropinquantes.*»

(2) Mor. *De Cordubae urbis origine, situ et antiquitate.*

(3) En el texto de Hircio no parece se hace referencia más que de un puente, pero no de modo que deje de caber la duda ó la interpretacion, de si es ó no uno mismo aquel al cual se refieren todas sus circunstancias. Ya el Gerundense supuso que Córdoba tenia otro puente, por el que se pasaba á la otra parte de la Bética. Y Clarke en su nota á este lugar de Hircio, opina que el puente, por cuya ocupacion disputaron los ejércitos, era otro distinto y más próximo á la ciudad que el que echó César sobre el rio para pasar sus tropas. Con efecto, parece propio que una ciudad como Córdoba, que se juzgaba cabeza de la provincia, segun Hircio, tuviese vecino un puente para comunicarse con la parte más importante de aquella, que quedaba á la banda izquierda del Bétis. Además, en el cap. 4. del *Bello Hispaniense*, se refiere que, llegados á la vista de Córdoba los *loricatos* y la caballería que César habia enviado delante de sí, salieron á ellos los de la ciudad, con los que trabaron recia batalla, y no pudieron aquellos venir á las manos con los de César, sino pasando por un puente el rio que entre ellos mediaba, y que iba muy crecido entonces, segun se expresa en el mismo capítulo. En el siguiente se dice, que César puso sus reales enfrente del puente que habia construido, y no podia, por tanto, ser el mismo por el que Pompeio intentaba comunicarse con los de la ciudad; ni César hubiera tratado de impedirle el paso por este puente, pues su objeto, como escribe Hircio al terminar este capítulo, fué por muchos dias atraerlo de cualquier modo á una batalla campal con que terminar la guerra, y ninguna circunstancia más favorable le hubiera sido, que la de atravesar Pompeio el rio por enfrente de sus reales: tampoco hubiera tenido que dirigir desde aquellos una línea de trinchera para cortar el paso del puente, hallándose establecido frente por frente de él, ni Pompeio hubiera osado atravesarlo de este modo, cuando tanto evitaba arriesgar una batalla en campo abierto. En el cap. 23, escribe tambien Hircio, que los fugitivos de la rota Mundense ocuparon el puente al llegar á Córdoba, desde el cual empezaron á defenderse; y no podia este ser el que tan provisionalmente echó antes César sobre el rio.

do que como conociese César que los adversarios de ningun modo querian venir á terreno igual (1), pasadas las tropas al otro lado del rio, mandó hacer de noche grandes fuegos. Dion Casio asegura que llegado Cneo á Córdoba, tanto adelantó, que César, que entonces estaba aquejado de cierta enfermedad, se retrajo sabida la venida de aquel. Pero que, recobrada la salud y llegados á él los soldados que se habia dejado atrás en el camino, se vió obligado á continuar la guerra durante el mismo invierno; á pesar de que su ejército se hallaba fatigoso teniendo que usar de tiendas pequeñas y con otras incomodidades, careciendo además de bastimentos (2).

Strabon menciona á Córdoba, al hablar de la Turdetania, y segun sus palabras fué esta ciudad la primera colonia que los romanos dedujeron en estas regiones (3). Plinio declara que le dieron el nombre de *Colonia Patricia*, y que estaba situada á la derecha del Bétis y orillas de él, pues que desde ella, añade, empezaba á ser navegable el rio (4). Pomponio Mela habia ya dicho que entre las ciudades interiores fuéron esclarecidas en la Bética *Ástigi*, *Hispal* y *Córduba* (5). Ptolomeo la designa entre las ciudades mediterráneas de los túrdulos, y la coloca entre los grados nueve con veinte de longitud y treinta y ocho con cinco de latitud (6). El *Itinerario* atribuido á Antonino tambien la nombra diversas veces, pues en Córdoba empezaban y terminaban varios caminos, que la ponian en comunicacion con diferentes puntos. Todo lo cual prueba la importancia de esta ciudad. El anónimo de Rávena la menciona con repeticion, y señaladamente donde refiere las que á ella están más próximas, cuyo lugar se ha citado ya al tratar de *Úlia*. Silio Itálico, hablando de las ciudades que se alistaron bajo las banderas de Aníbal, dice de Córdoba:

(1) *Quos ideo á via retraxerat*, añade el texto en este pasaje. *Pulcherrima* parece á Clarke la enmienda de Ciaconio, que en vez de *á via* leyó *ab Úlia*, aun cuando en esto, dice, no hay nada cierto; y Oudendorpio no sólo aprueba la leccion de Ciaconio, sino que añade que en lugar de *ideo*, se ha de leer *Córdubam*. Preciso es confesar que aunque, sobre todo, esto último sea demasiado arbitrario, es esta la manera de dar al texto una sencilla inteligencia.

(2) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32.

(3) Strab. *Geog*, lib. 3, cap. 2, § 2.

(4) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 1.

(5) Mel. *De. Sit. Orb.*, lib. 2, cap. 4.

(6) Ptol. *Cosmog.*, lib. 2, cap. 4. En la edicion Argentina se escribe treinta y ocho y tercio, es decir, treinta y ocho con veinte. Algunos códices y la edicion de Erasmo, añaden al nombre de Κορδύβη la voz μητρόπολις: falta sin embargo, en el códice Coisliniano y en el de Mendoza, en la edicion Argentina y en la del Villanovano (Lugduni, 1535).

Nec decus auriferae cessavit Corduba terrae
Hos duxere viro flaccenti vertice Phorcys (1).

Y el poeta Ausonio canta de ella:

Corduba non, non arce potens tibi Tarraco certat (2).

Dicuil, escritor irlandés del siglo IX, llama á la Bética, *Cordubense: Cordubensis Baetica* (3). Esto confirma cuál habria sido su importancia, cuando á esta parte de España se la designaba con el nombre de *Cordubense*. Es tan grande el número de las inscripciones de Córdoba, que Cean Bermudez asegura en su *Sumario* haber examinado por sí mismo doscientas cuarenta y ocho copias de otras tantas piedras romanas, pertenecientes á esta ciudad, y de ellas da el traslado de las geográficas en la segunda parte de su referida obra. En todo lo de Córdoba nos contentamos sólo con indicaciones, como de cosa harto sabida. Basta lo expuesto para conocer que la *Córduba* antigua ocupó el mismo sitio quo la Córdoba moderna, á la orilla del Bétis y á su derecha. A. de Morales hubo en esto de equivocarse, como ya se ha indicado. Sentó en sus *Antigüedades* la extraña opinion de que la primitiva *Córduba* fué trasladada por Marcelo á la que hoy se llama *Córdoba la Vieja*, una legua distante al Occidente de la actual, cerca del monasterio de San Jerónimo, y que estuvo allí aún harto más adelante del emperador Neron; es decir, que en tiempos de J. César no ocupaba el lugar que ahora. Garibay supone al contrario, que Marcelo la trasladó del sitio llamado Córdoba la Vieja á la ribera del rio (4). Ni uno ni otro dictámen tiene fundamento. Indujéronles á esta equivocacion las ruinas árabes que se encuentran en *Córdoba la Vieja*, y que Diaz Rivas con grande acierto tuvo por las del castillo y poblacion que edificó Abderraman III, y del cual habla como existente el arzobispo D. Rodrigo en su *Historia de los Árabes*. Observaciones hechas

(1) Sil. Itál. *Punicor.*, lib. 3, vers. 401 y 402.

(2) Auson. *Clarae Urbes.* IX.

(3) Dicuil. *Lib. de Mensura orbis terrae*: cap. 1, pág. 6. Edicion Letrenne. Paris: 1814.

(4) Garib. *Compendio Hist. de Esp.*, lib. 6, cap. 2.

Ninguna de dichas opiniones es sostenible; pero la de Morales se convence más todavía de errónea con el texto de Hircio. Roa y Bravo, Ribas y Ruano, asi lo han demostrado, y últimamente el P. Florez, en su tantas veces citada y nunca bien ponderada *España Sagrada* (tom. X, tratado 33, cap. 1). El P. Harduino incurrió á su vez en otro error colocando á Córdoba en la banda meridional del Guadalquivir; pues Plinio fija su situacion á la derecha del Bétis, y la de-

modernamente han robustecido esta opinion, mostrando infinitos fragmentos de frisos, arquitrabes, columnas y capiteles, todos del gusto byzantino árabe, con inscripciones cúficas, y noticia de los artífices que trabajaron en aquel encantado alcázar (1). El museo provincial de Córdoba conserva uno de los ciervos de metal que, como los leones de la Alhambra, adornaban sus fuentes; y guarda tambien otros restos árabes por demás curiosos.

recha, siguiendo el curso del rio, como corresponde, es á la banda boreal y á la izquierda toca por consiguiente la meridional.

Cortés y Lopez, en su *Diccionario*, corrigió oportunamente esta equivocacion de Harduino, pero ya la habia rectificado antes el P. Florez. (*Dic. Geog.*, tom. II, pág. 393. *Esp. Sag.*, tom. X, pág. 145.)

(1) En 1859 se encontró allí un pedazo de capitel con la leyenda:

عمل مظفر الرخام عبد الله

«*Obra de Mudhafar el marmolista, siervo de Dios.*»

Existe en el gabinete del Sr. Fernandez-Guerra.

CAPITULO VI.

—

ATTEGUA.

Sigue escribiendo Hircio en el cap. VI, que «habiendo repasado César el rio con sus tropas, se dirigió á *Attegua*, plaza fortísima de Pompeio, el cual, habiéndolo sabido por los fugitivos, mandó retirar en este dia por las angosturas de los caminos muchos carros y ballestas, y se entró en Córdoba (1). César comenzó á combatir á *Attegua* y á levantar trincheras á su alrededor, de lo que, habiendo recibido aviso por un mensajero Pompeio, marchó allá en el mismo dia. A su venida, César habia ocupado muchos castillos con objeto de guarnecerse, parte de ellos en que la caballería, parte en que las tropas de á pié pudiesen servir de defensa al campamento en puestos de guardia y como en avanzada».

«Acaeció que á la llegada de Pompeio hacia una niebla espesísima al tiempo de la mañana, y asi en aquella oscuridad, como fuesen cerca-

(1) Las antiguas ediciones, despues de exponer del mismo modo la marcha de César sobre *Attegua*, expresan de esta otra manera aún más clara, la ocasion que tuvo Pompeio con aquella marcha para conducir sus carros y bagajes por las angosturas de los caminos, y refugiarse en Córdoba: *«Id cum Pompeius ex perfugis rescisset: ea die nactus facultatem per viarum angustias carra complura: multosque lanistas retraxit et ad Cordubam se recepit.»* Asi la edicion Veneciana de 1471, pero las de 1482 y 1494 truncan el sentido, que se conoce sin embargo ser el mismo, suprimiendo las palabras *per viarum*, como las ediciones más modernas han omitido el *nactus facultatem*, que tanto explica el pasaje. Por el contrario, las tres antes citadas ediciones oscurecen el concepto de los hechos que subsiguen, escribiendo á continuacion: *Caesar muniliones atigs* (VEL *antiquas*) *opugnare et brachium circumducere coepit;»* y muy poco adelante: *«Hoc in aduentu Caesaris incidit Pompeio ut matutino tempore nebula esset crassisima:* etc.» Cuando la llegada no ha de ser de César á Pompeio, sino al revés, cual lo pide el órden de los hechos, y expresa el texto en las ediciones comunes.

dos los caballos de César por algunas cohortes y turmas de Pompeio, los destrozaron de tal modo, que fuéron pocos los que escaparon de esta matanza» (1). Dion Casio describe así los sucesos (2). «Luego que César estuvo dispuesto á proseguir la guerra en el rigor del invierno, abandonando la expugnacion de Córdoba, por conocer que esta plaza estaba sostenida con numerosa guarnicion, se dirigió á la ciudad de *Attegua*, que aunque muy fortificada, habia oido que estaba provista de trigo, esperando apoderarse de ella, aterrados los enemigos con la multitud de sus soldados y lo repentino de su llegada; y así, la cercó con un ligero vallado y foso. Pompeio, fiando en la naturaleza del lugar, y juzgando que César, por causa de la estacion, no podria proseguir el asedio mucho tiempo, así como porque no querria molestar á sus soldados con los rigores de un invierno, no pensó al principio en defender la ciudad; mas despues que fué circunvalada por César, y estrechada, temiendo su pérdida, se dirigió á socorrerla, y aprovechando una noche nebulosa, invadió de repente las primeras guardias, matando muchas de ellas.» Añade la circunstancia de que, «entendiendo carecian de jefe los de *Attegua*, hizo que se introdujese hasta ellos Munacio Flaco (3). Entrado este en la plaza, acaeciéronle luego algunas adver-

(1) Clarke ha encontrado este texto ambiguo, no sabiendo si los cesarianos fuéron los que derrotaron á los de Pompeio, ó estos á aquellos; inclinándose más bien á lo primero, por lo que luego dice Hircio, de que los suyos eran muy superiores en la caballería por el valor y el número. Lo contrario, sin embargo, es lo que creemos se deduce del mismo texto de Hircio, y más claramente del de Dion.

(2) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 33 y 34.

(3) En el capítulo siguiente refiere Dion el artificio de que se valió Munacio para pasar hasta la ciudad, diciendo se acercó de noche, solo, á algunos centinelas como si fuese enviado por César, para reconocer las guardias, y les pidió la *tessera*, que recibió de ellos, pues como no sabian quién era, y lo viesen solo, no parecia que esto lo hiciese sino un amigo. Marchó de aquí, y rodeando las fortificaciones por otro lado, cuando llegó á otros centinelas, les mostró la *tessera*, y fingiendo que venia de parte de César, para la entrega de la plaza por traicion, se introdujo, no sólo sin oposicion de aquellos, sino conducido por ellos mismos; annque le engañó ciertamente la esperanza de mantener la ciudad. Estas últimas palabras de Dion dieron sin duda lugar á la manera con que Morales supone estos sucesos, pues escribe, que cuando Munacio se introdujo en *Attegua*, estaban derribadas una parte del muro y una torre, y que los de dentro pedian ya partido á Cesar (lib. 8 de su *Corónica*, cap. 42); y aún parece lo refiere á la segunda venida de Pompeio en socorro de la plaza, que Hircio omite, al expresar que aquel desde sus reales empezó á dirigir una trinchera hasta el rio *Salso* (*Bell. Hisp.*, cap. 13), pero que se deduce de su contexto. Del de Dion, sin embargo, parece más bien que la intro-

sidades, porque aunque los de aquella arrojaron fuego diversas veces á las máquinas y vallados de los cesarianos, no les causaron, sin embargo, ningun detrimento notable; pero ellos sí recibieron de esto grandísimo daño. Levantándose un fuerte viento en contra de la ciudad, se incendiaron sus edificios, y perecieron muchos de sus defensores entre el humo, heridos con piedras y con dardos.» Por este fracaso y otros que refiere el historiador, comenzaron los ciudadanos á dividirse en facciones, y el primero, el mismo Munacio Flaco, envió á César á pedir la paz, y gracia para él y los suyos, la cual no obtuvo, porque no queria entregar las armas, y entonces los ciudadanos, enviando mensajeros á César, recibieron de este la paz, cuando ya más bien les fué impuesta. Así es como refiere Dion la toma de *Attegua* en el capítulo citado. Hircio emplea muchos más en describir los diversos pormenores del asedio; y como no todos sean precisos para fijar su situacion, tomarémos los únicos que puedan hacer referencia á ella. En primer lugar dice, que César pasó el Bétis con sus tropas para venir á *Attegua*, como ya se ha indicado, lo que prueba desde luego que esta ciudad debia hallarse situada á la banda izquierda de este rio, porque César tenia sus reales contra Córdoba, á la orilla opuesta. Natural es que César, al pasar el Bétis lo hiciese por el mismo puente que habia echado antes y que tenia enfrente de sus estancias, así como que Pompeio se entrara en Córdoba por el que se ha supuesto más próximo á esta ciudad, y cuyo paso no le era ya disputado. Habiendo ido César á Córdoba desde *Obulco*, si volvió á pasar por el mismo puente, prueba de que lo hizo para tomar un camino en direccion semejante á la de aquella ciudad. En el cap. VII, hablando de las ciudades de *Attegua* y *Úcubi*, entre las cuales habia puesto Pompeio su campo, dice Hircio, que estos lugares son montuosos y dispuestos por la naturaleza para la guerra, y que aquellas estaban divididas por una llanura con el rio *Salso*, más próximo, sin embargo, á *Attegua*; de modo, que desde esta al rio habia cerca de dos mil pasos. Que la llanura que mediaba entre los montes sobre que estaban las dichas ciudades, era cortada por el rio *Salso*, de modo que *Attegua* quedase á una de sus orillas, mientras que *Úcubi* estuviese á la banda fronteriza, es cosa manifiesta del texto; aunque por algunos se ha interpretado de otra manera. Ya se ha expuesto que Pompeio á su

duccion de Munacio Flaco tuvo lugar á la primera venida de Cneo, cuando este, aprovechándose de la niebla, invadió de repente las avanzadas de César, segun lo que dice al final del cap. 33.

llegada sorprendió las avanzadas de los reales de César; y despues es cuando dice Hircio que Cneo incendió los suyos, y atravesando el rio *Salso* por unos valles, acampó entre las dos ciudades. De consiguiente, las estancias de las tropas de César que cercaban á *Attegua*, y ésta asimismo, debian estar á la márgen del *Salso* á que se venia desde Córdoba, pues que Pompeio sorprendió las centinelas antes de pasar el rio; y *Úcubi* debia caer á la banda contraria, cuando tuvo que atravesarlo para colocarse entre esta ciudad y *Attegua*. Lo mismo se convence de otros muchos lugares del texto de Hircio, en los que se ve que el rio mediaba entre ambos campamentos, é indudable es que César tenia el suyo sobre *Attegua* y Pompeio estaba del lado de *Úcubi*, y aún á esta ciudad aproximó luego más sus reales, cuando supo por los fugitivos la toma de *Attegua* (1). En el cap. X dice Hircio que en la misma noche en que César recibió refuerzos de Italia, Pompeio incendió su campo y tomó la vuelta de Córdoba; y que el rey llamado Indo, que habia traido sus tropas de á pié y de á caballo, como auxiliar, persiguiendo ávidamente al ejército de los adversarios, fué cogido y muerto por los de la legion vernácula. En el cap. XI escribe el mismo Hircio que al dia siguiente los caballos de César persiguieron hasta cerca de Córdoba á los que llevaban los víveres desde aquella ciudad á las estancias de Pompeio, y de ellos cogieron cincuenta con caballerías, que fuéron llevados al campamento cesariano. Por el relato de estos sucesos y las frecuentes comunicaciones que se ven mediar, entre Córdoba y el campamento de Pompeio, frontero al de César, se infiere que estas ciudades tenian que estar bastante próximas, para dar congruente explicacion á todos estos hechos. Del mismo modo Dion escribe en el pasaje antes citado, que César esperaba aterrar á los de *Attegua* con su *repentina* llegada, y que Pompeio, al venir desde Córdoba al socorro de aquella plaza, invadió tambien *repentinamente* las avanzadas de César. Todo lo cual demuestra que debian estar á una bien corta jornada, cuando de este modo se causaban las sorpresas, sin tener antes aviso del movimiento de los enemigos.

Strabon, al referir las ciudades en que fuéron vencidos los hijos de Pompeio (2), natural es hiciera mencion de *Attegua;* pero como en su obra no aparece este nombre de tal manera escrito, han dudado los

(1) «*Quod Pompeius ex perfugis quum deditionem oppidi factum esse scisse, castra movit Ucubim versus.*» Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 20.

(2) Strab, lib. 3, cap. 2, § 2.

eríticos entre si le corresponde el de 'Ατέγουα ó el de Αἴγουα, que son los dos con los que puede haberse confundido en el texto Straboniano. En el de Plinio tambien se ha leido *Ilegua* entre las ciudades celebérrimas que situaban en el interior, entre la orilla izquierda del Bétis y la boca del Océano, hasta que Harduino corrigió en sus ediciones *Attegua*, por haber hallado en los MSS. régios que tuvo á la vista, *Singiliattegua*, lo que dividió en *Singili* y *Attegua* (1).

En el Concilio de *Illiberis* aparece mencionado en sexto lugar entre los presbíteros, *Felicísimo* de *Ateva*, que Mendoza entendió ser la *Attegua* de esta guerra (2).

De esta ciudad no han quedado inscripciones geográficas, ni se conocen medallas; pero en vista de la situacion que se deduce de geógrafos é historiadores, á la izquierda del Guadalquivir ó Bétis, entre este y la corriente del *Salso*, distando de ella cerca de dos mil pasos, hácia el lado de *Obulco*, fortalecida sobre un monte y cercana á Córdoba; parecen convenir todos los datos con el lugar, que en cierto modo conserva tambien el nombre, llamado *Teba la Vieja*. Hállase á cuatro leguas al Mediodia oriental de Córdoba, á la banda que á ella mira del rio Guadaxoz, ó sea la derecha de este rio que se identifica con el *Salso*, como se dirá más adelante, distando de su corriente un tercio de legua, ó sea cerca de dos mil pasos, que dice Hircio, y manteniendo vestigios de fortaleza en la cima del monte en que situa. Morales en su *Corónica* redujo desde luego *Attegua* á este lugar: «en que agora (dice) se parece su sitio despoblado en el camino derecho que va á Castro-el-Rio, y reteniendo el nombre antiguo harto corrompido, le llaman Teba la Vieja. Tiene su asiento bien alto, con tener buen aparexo de ser muy fortalecido, y así lo estaba entonces con dos murallas y muchas y fuertes torres en ellas» (3). D. Lorenzo de Padilla en su *Historia de España*, todavía inédita, dice, aunque explicando erradamente los sucesos, lo que sigue sobre la reduccion de la ciudad de *Attegua*. «Socorrida *Ula*, Pompeio vino la vuelta del rio *Salso*, que llaman hoy Guadaxos, y corre por la comarca de Córdoba, y cercó un pueblo llamado *Atte-*

(1) *Attegua* se escribe asi y por separado en el Códice Parisiense, núm. 6797, y *Alegua* en el Riccardiano y el Parisiense núm. 6795. El Códice Toledano escribe únicamente *Tegua* por haberse unido la A inicial de este nombre al final del de *Singili* que le precede, como acaece en la edicion Dalecampiana y en otras más antiguas.

(2) Mend. de *Concilio Illib. confirmando*, lib. 1, cap. 10.

(3) Mor. *Corón.*, lib. 8, cap. 41.

gua, que está cuatro leguas de Córdoba hácia Castro-el-Rio, y es llamado al presente Teba la Vieja, que consuena con su antiguo nombre, y allí se ven hoy sus edificios junto á una venta que llaman de Iuestrosa» (1).

El Licenciado Juan Fernandez Franco en su *Demarcacion de la Bética Antigua* (2), Mariana en su *Historia de España*, (3) y Pineda en su *Monarchía Eclesiástica* (4), el P. Florez en su *España Sagrada* (5), Medina Conde y D. José Ortiz en sus *Disertaciones* respectivas (6), Perez Bayer en su *Carta sobre Munda*, y Cean en su *Sumario de Antigüedades*, convienen todos en esta reduccion, suscribiendo completamente á la opinion de Morales y de Padilla. Del mismo modo Cortés y Lopez en su *Diccionario;* pero suponiendo equivocadamente que el castillo de Teba la Vieja se encuentra á la izquierda del rio *Salso* ó Guadaxos. Hoy dia sólo se registra en este lugar una torre arruinada y vestigios de mayor fortaleza.

Marineo Sículo, en su obra *De las cosas memorables de España*, opinó que *Attegua* fué Marchena, cuyo dictámen ha seguido Castro en su *Historia de Cádiz;* pero á esta ciudad no convienen de ningun modo las circunstancias que se desprenden del libro de Hircio, y además el nombre actual es patente corrupcion de *Marciana*, lo cual se confirmaria epigráficamente si fuese cierta la inscripcion que trae Grutero (7). El Navaggiero en su *Viaggio in Espagna* redujo *Attegua* al sitio de Alcalá la Real, cuyo parecer siguió Cellario en su *Geographia Antigua;* pero no hay en esto más fundamento que la proximidad al castillo de Locubin, á cuyo punto reduce el Navaggiero el *Úcubi* de Hircio; aunque estos dos lugares tampoco se encuentran en la posicion respectiva que señala á *Attegua* y *Úcubi* aquel historiador. Rodrigo Caro, en su *Chorographia de Sevilla*, rechaza como poco acertada la opinion de Marineo Sículo, «porque aquel lugar, *Attegua* (dice), caia más interior, ora sea cerca de Alcalá la Real, ora *Teba la Vieja*, como quiere el coronista Morales». D. Francisco Bermudez de Pedraza en su *Historia Eclesiástica de Granada*, al hablar de Feliciísimo, Presbítero de Ateva, siente

(1) Pad. *Hist. de Esp.* MSS. de la Biblioteca Nacional, letra Q, núm. 19, sin título ni foliacion.
(2) *Franc. Ilust.*, pág. 195.
(3) Mar. *Hist. de Esp.*, lib. 3, cap. 21.
(4) Pin. *Monar. Ecles.* part. 2, lib. 10, cap. 3.
(5) Flor. *Esp. Sagr.*, tom. X, página 149.
(6) Cond. y Ort. *Disert.* MSS. *sobre el sitio de Munda.*
(7) Grut. *Corpus Inscriptionum, ex recensione Graevii*, pág. 435, núm. 2.

con Mendoza que esta es la *Attegua* de César, y la reduce á la villa de Teba, próxima á la de Hardales, en la provincia de Málaga. Esta última opinion no hemos hallado tenga más eco que en los *Anales MSS. de Antequera* por D. Francisco Barrero Baquerizo, y en la *Carta sobre Munda-Bética* de D. Ildefonso Marzo (1).

(1) Hace poco más de treinta años que entre Espejo y las mesas de *Teba la Vieja* se encontró la siguiente inscripcion sepulcral, que hoy posee D. Benito Vilá, de Málaga; hallándose la piedra quebrada, segun se advierte por la copia

D · M · S
L · P · CE · LE · RI · N . .
L · POL · C · AN . . . . .
LXXI · PI . . . .

Como se lleva dicho no haberse hallado inscripcion alguna geográfica de *Attegua*, no será fuera del caso apuntar aquí el descubrimiento, que de ocho tarjetas de bronce de diversos, pero pequeños tamaños, tuvo lugar con ciertas ceremonias, por dar algun valor á esta superchería, en los dias 14, 15 y 16 de Noviembre de 1765, en el sitio que llaman el Hunear de Vuelma, entre los caminos que van desde Montilla á la Rambla y á Montemayor. En las dichas láminas parece entenderse alguna referencia de *Ulia* y de *Attegua*, de Lucio Junio Pacieco, al que se le supone ciudadano Uliense, y de Q. Pompeio Nigar, caballero romano, al parecer el mismo cuyo combate con Antistio Turpion (nombre que ha jugado tambien en otras mucho más célebres falsedades) describe Hircio en el cap. 25; aunque tan depravado se halla el libro del *Bell. Hispaniense* en este pasaje, que es imposible adivinar el término de esta singular contienda. La sola vista, aún en las meras copias, de los extravagantes epígrafes, con que se ha pretendido ilustrar la memoria de las referidas ciudades, y de los indicados hechos y personajes, bastaria para convencer al menos perito de la falta de autenticidad de tales documentos; pero hace inútil el trabajo de transcribirlos la noticia exacta, que de los autores, tiempo, manera y objeto de su falsificacion, darán acaso oportunamente personas más ilustradas. Así no añadirémos sobre este punto, por lo que pueda tocar de él á la cuestion presente, sino que el hallazgo de las citadas láminas se hizo constar en su época, por testimonio del escribano público de Montilla, J. Ignacio Gonzalez, y se conservaron aquellas en el archivo de la misma ciudad; mas hoy, segun entendemos, paran en poder de un sujeto de ella, que dicen intenta hacerlas valer en esta cuestion.

CAPITULO VII.

FLUMEN SALSUM.

Se ha expuesto ya que Hircio, hablando de *Attegua* y *Úcubi*, entre las cuales Pompeio habia puesto su campo, dice que: «estos lugares son montuosos y acomodados naturalmente para la guerra, estando divididos en la llanura por el rio *Salso;* más próximo, sin embargo, á *Attegua*, de modo que desde esta al rio hay cerca de dos mil pasos» (1). Este rio ha de buscarse, por consiguiente, á la orilla izquierda del Bétis y cerca de Córdoba, siguiendo la reduccion que se ha hecho de *Attegua* á las ruinas de Teba la Vieja; y á ningun otro rio más que al que hoy lleva el nombre de Guadaxoz, y entra en el Guadalquivir por la banda de la izquierda, poco más de una legua por bajo de Córdoba, pueden convenir mejor todas las circunstancias que refiere el autor de la *Guerra Hispaniense* en el discurso de su historia. Pasa tambien precisamente al Mediodia de las ruinas de Teba la Vieja, y deja á la banda de la izquierda á *Úcubi* (hoy Espejo), cortando la llanura que hay entre ambos lugares, más cerca, sin embargo, de dichas ruinas, pues hasta el rio no hay sino un tercio de legua, ó sean cerca de dos mil pasos: todo como lo relata Hircio en el capítulo citado. Desde la orilla del rio hasta Espejo, ó sea la *Úcubi* de este historiador, hay una legua completa en línea recta (2). Entre *Atte-*

(1) *Haec loca* (Attegua et Úcubi) *sunt montuosa, et natura edita ad rem militarem, quae planitie dividuntur Salso flumine; proxime tamen Atteguam, ut ad flumen sint circiter passuum duo millia.* Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 7.

(2) El Padre Florez, como no estudió el *Bello Hispaniense* sobre el terreno, interpretó del referido cap. 7, que hasta *Úcubi* habia de mediar casi la misma distancia que desde el rio *Salso* á *Attegua*. Dice, hablando de la situacion de esta ciudad, que: «Es muy famoso el nombre de *Attegua* en el *Commentario de la Guerra de César en España*, donde se coloca en la comarca de Córdoba, cerca de *Ucu-*

gua y *Úcubi* no todo el terreno debia ser llano: necesariamente habian de mediar montes, que separasen á *Úcubi* de la llanura que cortada por el rio se prolongaba hasta cerca de *Attegua*; porque Hircio refiere que Pompeio, al colocar su campo entre ambas ciudades, lo verificó en un monte, *in monte constituit*, el cual, como se verá despues, no puede ser otro que el cerro de los *Valles perdidos;* y desde Espejo hasta encontrar la llanura, nombrada hoy dia de Cabriñana, frontera al rio, habrá media legua larga de distancia, y hasta las ruinas de Teba la Vieja dos leguas, como dice A. de Morales (1), aunque en verdad escasas.

Demostrado que el *Flumen Salsum* de Hircio ha de reducirse al actual Guadaxoz, oportuno es darle á conocer, describiendo su curso. Nace á un cuarto de legua al Sudoeste de Alcalá la Real; pasa por el castillo de Locubin, como á unas cien varas de distancia; atraviesa despues las tierras de Alcaudete, por bajo de esta villa, donde se junta con el rio Susana, y ambos con el Víboras más arriba de la aldea de Albendin. Estas aguas reunidas toman el nombre de rio Guadaxoz, que corre en seguida por Castro del Rio y término de Espejo, dejando á la orilla derecha las ruinas de Teba la Vieja, y más adelante el lugar de Santa Cruz, recibiendo allí por la banda opuesta el pequeño rio Carchena; continúa su curso por tierras de Córdoba, y desemboca poco más abajo de esta ciudad. Pasa por lugares muy salitrosos, y en sus inmediaciones se encuentran las célebres salinas de Duernas y la de Cuesta Palomas, quedando así bien justificado el nombre de *Salsum* que le impusieron los romanos, y con el cual todavía se conoce el Guadalcoton ó rio del Castillo de Locubin, que hoy indistintamente *Salso* y *Falso* se denomina.

La propia reduccion del *Flumen Salsum* al Guadaxoz parece ser la de Marineo Sículo, pues hablando de los rios de España, dice: *Sunt praeterea juxta Cordubam amnes duo non ignobiles, quorum alter, auctore Bocatio, Bacchus, alter Falsus nomen habet* (2). Esta opinion es igualmente

bi ó *Áttubi*, divididos los dos lugares por el rio *Salso*, que corria entre ellos á distancia de media legua de cada uno, con poca diferencia.» (*Esp. Sag.*, tom. X, página 149.) No expresa Hircio la distancia á que el rio *Salso* corria de *Úcubi*, sino la que habia hasta aquel desde *Attegua*, diciendo solo que de esta corria más próximamente, de modo que de *Úcubi* debia correr á mayor distancia de los dos mil pasos, ya fuera á tres ó á cuatro mil de ellos; pues en el exceso de esta otra distancia no hay fijeza.

(1) Mor. *Corón.* lib. 8, cap. 41.

(2) Mar. Sic. *De Rebus Hispaniae Memorabilibus.*

la del arcediano D. Lorenzo de Padilla (1), y la siguieron Morales (2), Argote de Molina (3), el licenciado Franco y su ilustrador el cura de Montoro (4), Cárlos Clusio, citado por Ortelio (5), Mariana (6), Roa (7), el Padre Florez (8), Masdeu (9), Medina Conde (10), Perez Bayer (11), Ortiz (12), Rui Bamba (13) y Cortés y Lopez (14), aunque este último no entendió bien en esta parte el texto de Hircio; y así parece confundir á veces el Guadaxoz con el rio Salado, que entra en el Genil, suponiendo además arbitrariamente que Morales y el Padre Florez identificaron con este rio el *Flumen Salsum*: quien incurrió en esta equivocacion fué Cellario (15). Por lo que escribe Jerónimo Paulo, Barcinonense, en su tratado de *Fluminibus Hispaniae* hablando del mismo rio (16), no puede bien averiguarse á cuál alude, porque el Guadaxoz (aún cuando algunos de los rios ó nacimientos de él sean en término del reino de Jaen) lleva sus aguas por la campiña de Córdoba; y el rio á que parece referirse este escritor del siglo XV, es, ó al Salado de Arjona, ó al Salado de Porcuna, ó al mismo rio de Jaen: pues de estos sí puede decirse con propiedad que riegan el campo de los gienenses. Más apartado estuvo de la verdad Mario Aretio (17). Para el Cosmógrafo de Siracusa el *Salsum* es el rio Guadalimar, como el Bétis ó Guadalquivir es el Guadarmena, pues ambos rios Guadarmena y Guadalimar nacen de la misma Sierra de Alcarras ó Alcaráz, como dice el citado escritor del siglo XVI; pero en ello cometió doble error, porque el Bétis ó Guadalquivir no nace en esta sierra, sino en la de Cazorla (18).

(1) Lor. de Pad. *Hist. de Esp. MS.*

(2) Mor. *Antig. de Esp.*

(3) Arg. de Mol. *Nobleza del Andalucia*, lib. I, cap. 8.

(4) *Franc. Ilust.*, pág. 195 y 196.

(5) Ortel. *Thesaur. Geograph.*

(6) Mar. *Hist. de Esp.*, lib. 3, cap. 21.

(7) Roa. *Écija y sus Santos*, lib. 3, capítulo 12.

(8) Flor. *Esp. Sag.*, tom. IX, pág. 59.

(9) Masd. *Hist. Crít.*, tom. IV, pág. 516.

(10) Cond. *Disert. MS. sobre la situacion de Munda.*

(11) Bayer. *Carta sobre el sitio de Munda.*

(12) Ort. *Disert. MS. sobre la situacion de Munda.*

(13) R. Bam. *Notas MSS. al Strab.*

(14) Cort. y Lop. *Diccion.*, tom. III, página 330.

(15) Cell. *Notitia Orbis Antiqui*, tomo I, pág. 76, y nota sobre el cap. 7 del *Bell. Hisp.*

(16) *Salsus turdetanorum, id est Baeticolarum, fluvius aquarum amaridutine infamis, Geennesium praeterfluit agrum. Meminit Caesar in Commentariis.* (Hieron. Paul. *De Fluminibus Hisp.*)

(17) *Baetis insuper Salsum admitit fluvium, qui ab eo, quo ipse Baetis, erumpit monte, nunc Guadalemar dictus, apud quem cum Pompeio filio manus Caesar conseruit.* (Aret. *Hispaniae Cosmographia.*)

(18) El Bétis ó Guadalquivir frecuente-

El Navaggiero identificó el *Flumen Salsum* con el Salobral, sin duda tomando este rio por el Guadalcoton, pues este es el que pasa cerca de Alcalá la Real y el Castillo de Locubiu, á cuyos puntos reduce él las ciudades *Attegua* y *Úcubi* de Hircio. Castro en su *Historia de Cádiz* (pág. 50), opina porque el *Salsum* sea el rio Corbones; pero este es el *Siliceuse*, de que habla Hircio en su *Guerra alexandrina* (1). En ello convienen hoy los eruditos. La novedad introducida por Castro ni á él propio puede favorecer. Reduce al Corbones el *Flumen Salsum* del *Bello Hisp.* porque adopta la concordancia de *Attegua* con Marchena. Y lo cierto es que si *Attegua* fuese Marchena, el Corbones no podia ser el *Flumen Salsum* de Hircio: porque *Attegua* estaba situada á la banda de arriba ó septentrional del *Salsum*, como queda antes dicho; y Marchena se encuentra precisamente á la banda opuesta. Hé aquí

mente se confunde, ya con el Guadarmena, como lo hace Aretio, ya con el Guadalimar, con el que lo equivocan, entre otros, los editores valencianos de la *Historia del P. Mariana*. Tal confusion, estaba indicando que la *Mentesa Oretana*, que nuestros eruditos colocan en Santo Tomé, ó en Montiel del adelantamiento de Cazorla, llevados de la proximidad al verdadero nacimiento del Bétis, que es en la sierra de Cazorla, debia buscarse en las fuentes del Guadalimar ó del Guadarmena en la Sierra de Alcaráz, explicándose de esto modo el error que Plinio reprende en los antiguos, cuando escribe: «*Baetis in Tarraconensis provinciae, non ut aliqui dixere, Mentesa oppido, sed Tugiensi exoriens saltu*, etc.» (*Hist. Nat.*, libro 3, cap. 1.) D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe ha resuelto ya el problema que por tantos años ha fatigado á nuestros anticuarios. El reciente descubrimiento de los Vasos Apolinares de Vicarello, que se custodian en el Museo Hircheriano de Roma, ha sido en manos de este distinguido escritor la demostracion más cumplida de lo que para nosotros, sin tener prévia noticia de la exacta observacion de nuestro amigo, era una dificultad inexplicable. «Con sólo fijar la vista en el mapa (nos escribia el señor Guerra) se repara quo desde Villanueva de la Fuente hasta Andújar camina derechamente un rio caudaloso, en el cual van entrando muchos de soslayo, y cuesta trabajo creer que no sea el renombrado Betis aquel que primero se llama Rio do Villanueva (tan poderoso nace), y á poco Guadarmena, y luego Guadalimar, y despues Guadalquivir. Hidrográficamente considerado, Villanueva, Guadarmena y Guadalimar, son el rio verdadero, y Guadalquivir un torrente que por sesgo en él se introduce.» Con tal aclaracion, debida al Sr. Guerra, quedaria fijada de una manera indudable la situacion de la *Mentesa Oretana* en Villanueva do la Fuente, cuyo rio tomaron algunos, *ut aliqui dixere*, por el origen del Betis, si ya esto no se hallase hoy comprobado por eficacísimos fundamentos, que no son de este sitio. Asi se resuelven á la par dos de las más graves cuestiones de nuestra geografía antigua, y puede por ello considerarse como el descubrimiento geográfico do mayor importancia en nuestros dias.

(1) Hirt. *Bell. Alex.*, cap. 57.

debatidas todas las opiniones sobre este rio, para cuya reduccion sólo se ha tenido presente el texto de Hircio (1).

Concluyamos repitiendo que, aún cuando son muchos los rios que en las provincias de Jaen, Córdoba y parte de la de Granada llevan el nombre de *Salado*, sólo puede reducirse conforme á buena crítica el *Salsum* de Hircio al rio Guadaxoz, que naciendo cerca de Alcalá la Real muere en el Guadalquivir por bajo de Córdoba.

(1) A la verdad no se conoce ningun otro autor, que de él haga referencia. Nosotros, sin embargo, creemos haber encontrado otra en Rufo Festo Avieno: este es el pasaje en que nos fundamos:

«Qua dehinc ab aequore
Salsi fluenti vasta per medium soli
Regio recedit, gens Etmaneum accolit.»

(*Orae Maritimae*, lib. 1. vers. 298 y siguientes.) Toda la dificultad de este lugar de Avieno consiste en dar la verdadera interpretacion á la voz *aequore*, que significa llanura, tanto del campo, como del mar y de los rios: así dice Virgilio: «*Camporum patentia aequora:*» y hablando de un rio cuya corriente es mansa, se dice *amnis aequoreus*, como del rio Bétis canta Ausonio (*Clarae. Urbes.* IX. Hispal); y si se quiere expresar lo extendido y plano de un rio, cuando casi no se percibe su corriente, que es á lo que se da el nombre de *tabla*, se emplea entonces la voz *aequor*. En el citado lugar de Avieno esta voz no puede significar el *mar*, como se ha interpretado, porque el mar no corre, ni se desliza por medio del campo, *aequore Salsi fluenti per medium soli*, sino los rios; y del Guadaxoz puede decirse con toda propiedad, que es mansa su corriente, y escribir Avieno *aequore* por la tabla del *Salso*; porque lleva con efecto muellemente sus aguas por la campiña de Córdoba, no en ondas y grupadas, como otros rios que se precipitan á manera de torrentes. Interpretado de este modo el texto de Avieno, se ve que la gente *Etmanea*, de que habla el poeta, no pueden ser los *Emmanici*, que Plinio pone en la Beturia Céltica, como quiere Cortés; ni los *Ileates*, de que á seguida habla el propio Avieno, pueden ser los de Cantiliana, como pretende el citado escritor. (*Dic.* tom. I, pág. 324, not. 4 y 5.) En vista de nuestra interpretacion todas estas gentes habian de caer, no á la banda derecha del Bétis, sino á la izquierda, por donde entra el *Salsum* ó Guadaxoz. Parécenos mucho más acertada en este punto la reduccion que de estos pueblos hicieron Ocampo (*Corónica de España*, lib. 2, cap. 31) y Rodrigo Caro (*Antig. de Sevilla*, lib. 3, cap. 1, y 23). Los *Cempsios*, de que se hace referencia en el mismo lugar de Avieno, son los que Dionisio Afro Alexandrino pone juntamente con los *Tartesios* sobre el estrecho de Hércules, en su obra titulada *Periegesis* (vers. 334 y siguientes), que tradujo del griego el propio Rufo Festo Avieno Y así han de colocarse todas estas gentes, entre Calpe y el Bétis hasta la corriente del *Salsum* ó Guadaxoz.

CAPITULO VIII.

—

CASTRA POSTHUMIANA.

«Teniendo establecidas Pompeio sus estancias entre *Attegua* y *Úcubi*, y á la vista de estas dos ciudades, estaba de aquellas cerca de cuatro mil pasos un cerro elevado que se llamaba *Castra Posthumiana*, y allí César tenia un castillo con objeto de guarnecerse (1). Pompeio, que se hallaba cubierto con el mismo monte por la naturaleza del terreno, y que consideraba el lugar apartado de los reales cesarianos, comprendia la ventaja de aquel puesto, y juzgaba que César no se atreveria á venir á su defensa, hallándose interceptado por el rio *Salso*. Arrastrado de esta opinion, marchando á la tercera vigilia, comenzó á combatir el castillo para socorrer á los sitiados (2).» «Los nuestros, prosigue Hircio, cuando se aproximaron (los de Pompeio, como explica Clarke) con repentino clamor empezaron á arrojar multitud de dardos, de modo que hirieron á una gran parte de sus enemigos: despues de ello, habiendo comenzado á defenderse desde el castillo, y enviado un aviso á los reales mayores de César, acudió este con tres legiones (3), y á su llegada, aterrados los adversarios, fuéron muertos muchos en la fuga, y otros quedaron prisioneros (4). Muchos además fuéron

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 8.

(2) *Ut laborantibus succurrere*, dice el texto: lo cual ha dado mucho en que pensar á los eruditos; pero en último resultado parece sostenible la leccion vulgar, entendiendola, como lo hace Clarke, que Pompeio trataba de socorrer con el ataque de este castillo á los de *Attegua*, cercados por César, y no que este sea el que socorra, como ineptamente interpretó Goduino.

(3) El códice Granatense escribe *cum tert. leg.*

(4) En el mismo códice Granatense se lee en este lugar *in quibus duo millia*, como en la edicion Beroaldina. En la mayor parte de las ediciones, solamente *in quibus*: en la de Oudendorpio y en la de N. Moore, *in quibus duo*. En los códices Leidense primero y en el Scaligeriano, *in quibus duo M*, lo cual procuró explicar Scaligero escribiendo *capti*, *in*

despojados de sus armas, habiéndose recogido ochenta escudos (1).»

Sólo en el libro de la *Guerra Hispaniense* se nombra á *Castra Posthumiana:* ni los geógrafos, ni otros historiadores nos dan cuenta de semejante lugar; y esto consiste en que *Castra Posthumiana* no era ninguna antigua ciudad de la Bética, era únicamente un monte, *grumus*, que se llamaba *Castra Posthumiana, qui appellatur Castra Posthumiana,* y allí César tenia establecida una fortaleza ó castillo con guarnicion: *Ibi praesidii causa Caesar castellum habuit constitutum* (2).

Nuestros modernos escritores, suponiéndola no obstante, una antigua ciudad, han querido reducirla á la actual villa de Castro del Rio. Fué el primero Morales; aunque sólo escribe que parece le llamaban entonces con aquel nombre, que quiere decir reales de Posthumio (3). Franco expresó tambien que la fortaleza llamada *Castra Posthumiana* es hoy Castro del Rio (4); y la opinion de estos dos célebres antiquarios la adoptaron el P. Mariana (5), el maestro Florez (6), el abate Masdeu (7), Bayer (8), Cean Bermudez (9), y Cortés y Lopez (10). Todos

*quibus duo**. *Multi....* Oudendorpio dice que parece haber sido borrada la voz con la que se designaba cuáles fuéron estos dos, como tribunos ó centuriones, ú otros semejantes. En este caso se diria que habian sido hechos muchos prisioneros, entre ellos, *in quibus*, dos tribunos, etc. Atendido el texto del Cd. Granatense y de la edicion Beroaldina, parece que indica Hircio que muchos más quedaron prisioneros, en número de dos mil *in quibus duo millia*. Como el texto está truncado, nada puede asegurarse.

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 9.

(2) Nada encontramos aqui que nos induzca á creer que esta fortaleza ó castillo, establecido por César en un monte llamado *Castra Posthumiana*, fuera una antigua ciudad de la Bética. Hircio debiera al nombrarla alguna vez, calificarla con la designacion de *oppidum*, como lo hace generalmente con las demás. Sin duda nuestros críticos se han dejado llevar, de que otras antiguas ciudades de España se llamaron tambien *Castra;* pero estas, consta por documentos incontestables que eran *oppida*. Asi *Castra Aelia* era con efecto una ciudad, pues se sabe por el fragmento de Tito Livio, publicado por Giovinazo..... *oppidum quod Castra Aelia vocatur*: *Castra Iulia* y *Castra Caecilia*, eran ciudades contributas ó adscritas á la *Norbense Caesariana*, como dice Plinio el Naturalista: «*Norbensis Caesariana cognomine. Contributa sunt in eam Castra Iulia, Castra Caecilia*»: *Castra Gemina* era uno de los pueblos estipendiarios del Convento Astigitano, y *Castra Vinaria* una de las ciudades célebres entre el Bétis y la boca del Océano en lo interior; y lo mismo pudiera afirmarse de otros pueblos que en lo antiguo llevaban el nombre de *Castrum*.

(3) Mor. *Corón.*, lib. 8, cap. 41.

(4) *Franc. Ilust.*, pág. 196.

(5) Mar. *Hist. de Esp.*, lib. 3, cap. 21.

(6) Flor. *Esp. Sag.*, tom. X, pág. 150.

(7) Masd. *Hist. Crít.*, tom. IV, pág. 526.

(8) Per. Bay., *Carta sobre el sitio de Munda*.

(9) Cean. Berm. *Sumar. de Antig.*, página 306.

(10) Cor. y Lop. *Diccion.*. tom. II, página 327.

estos críticos convienen en la misma reduccion. Mariana se singulariza, sin embargo, porque supone que Castro del Rio y Espejo antiguamente se llamaron *Castra Posthumiana*. Cean concuerda á Castro del Rio con varias poblaciones antiguas al mismo tiempo.

No existen medallas ni inscripciones con el nombre de *Castra Posthumiana*; ni lo tienen por consiguiente ninguna de las varias encontradas en Castro del Rio. Morales publicó en su *Corónica* (1) la que refiere estar grabada en una gran piedra, que se hallaba en una iglesia pequeña llamada Santa Sofía, de la villa de Castro del Rio. Otra inscripcion copia Cean en su *Sumario* (2), que dice hubo asimismo en el cementerio mayor de esta villa; aunque tambien asegura se habia llevado como la de Morales á Córdoba. El P. Florez (3) publicó otra muy importante, por copia que le remitió D. Pedro de Villa-Ceballos, y que él pone como existente en Castro del Rio, aunque Cean afirma, con referencia al mismo Ceballos, que se encontraba en Espejo. En esta inscripcion se leen los nombres de Colonia *Claritas Iulia*, Municipio *Contributo Ipscense*, Municipio *Florentino Illiberitano* y *Respublica Contributa Ipscense*. Pero en ninguna de ellas, como ya se ha dicho, se encuentra el de *Castra Posthumiana*. Las inscripciones, pues, nada nos dicen acerca de este lugar.

La villa de Castro del Rio, no fué ni pudo ser el *Castra Posthumiana* del *Bell. Hisp.* Convence de ello el mismo texto; pues segun Hircio, Pompeio atacó el castillo establecido sobre el cerro llamado *Castra Posthumiana*, porque César, sitiando á *Attegua*, estaba separado de aquel por el rio *Salso*; y reduciendo aquella ciudad al despoblado de Teba la Vieja, á la márgen septentrional del Guadaxoz, es contradictorio concordar el sitio de *Castra Posthumiana* con la actual Castro del Rio, que se halla á la misma banda.

A la izquierda ó meridional del Guadaxoz entre los cortijos *Nuevo de los Prados*, *Montefrio el alto* y la *Dehesa de Cabriñana*, hay varios cerros de elevacion considerable y valles de extensa magnitud, que dan nombre al sitio de los *Valles perdidos*. Aquí asentó su campo el ejército Pompeiano entre *Attegua* y *Úcubi* (4); porque desde aquellos cerros se descubren los dos de Teba la Vieja y Espejo, y es el único punto donde se verifica

(1) Mor. *Corón.*, lib. 9, cap. 24.

(2) Cean. Berm. *Sumar. de Antig.*, página 306.

(3) Flor. *Esp. Sag.*, tom. XII, pág. 13.

(4) *In sequenti nocte castra sua incendit Pompeius, et trans flumen Salsum per convalles castra inter duo oppida Atteguam et Úcubim in monte constituit* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 7.)

esta circunstancia, que señala el historiador, de hallarse fronterizo á la plaza, y en los montes á la vista de ambas ciudades (1), y tambien la de que Pompeio se cubriera con la misma eminencia, á causa de la disposicion del terreno (2), teniendo para ocultarse los extensos valles de que se ha hecho referencia. Colocando á Pompeio á la banda meridional del Guadaxoz, entre Teba y Espejo, en los cerros del sitio de *Valles perdidos*, á este lado, y á la distancia de cerca de cuatro mil pasos del campamento Pompeiano, y con notable lejanía y separacion del de César, se ha de buscar al *Castra Posthumiana* (3), cuyas señas convienen al sitio llamado hoy Cabriñana, que aun todavía parece retiene algo del primitivo nombre. Hállase á tres cuartos de legua entre N. y E. de Espejo, á la misma orilla izquierda del rio. En este sitio se encuentran glandes de plomo, saetas, espuelas y muchos pedazos de armas de que hablan Franco y su anotador el cura de Montoro (4).

El Sr. Fernandez-Guerra recogió y conserva algunas de estas glandes encontradas tambien en Cabriñana. Como es sabido, se disparaban con hondas, y consta se usaron durante el asedio de *Attegua* (5).

(1) *Ex ea regione oppidi in montibus castra habuit posita Pompeius in conspectu utrorumque oppidorum.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 7.)

(2) *Pompeius, qui eodem jugo tegebatur loci natura.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 9.)

(3) *A suis castris circiter millia passuum IV, grumus est excellens natura, qui appellatur Castra Posthumiana.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 8.)

(4) *Franc. Ilustr.*, pág. 196 y 197.

(5) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 18.

El carmelita Fr. Miguel Rodriguez Carretero en sus *Memorias antiguas y modernas de Castro del Rio*, concluidas desde 1816 y hasta hoy no publicadas, á pesar de ser natural de esta villa, fué de la opinion que indicamos: «El cortijo de Cabriñana (dice), donde estuvo establecida la antigua poblacion de *Castra Posthumiana*, dista de Castro una legua. En el asiento del cortijo se registran rastros de poblacion ó de un famoso castillo, viejas ruinas do cimientos, edificios, cascos de tejas, ladrillos y otros vestigios del referido pueblo».

Lo mismo estimó reconociendo estas ruinas el laborioso Fr. José María Jurado de los Dolores, religioso menor descalzo de San Francisco en el convento de San Pedro Alcántara de Córdoba: y lo consignó en su *Historia abreviada de la villa de Espejo*, de donde era natural, el año de 1831.

El Sr. Fernandez-Guerra visitó aquellos parajes en 1834 y siguió igual parecer en sus *Estudios geográficos sobre la Bética*, que refundidos en obra de mayor extension, piensa dar á la estampa.

CAPITULO IX.

—

ÚCUBI.

«Á la noche siguiente de la inútil expugnacion que emprendiera Pompeio contra el castillo de *Castra Posthumiana*, dió fuego á su campo y se dirigió hácia Córdoba (1).» No dice Hircio precisamente cuándo volvió Cneo, por dónde, ni en qué lugar sentó nuevamente sus reales; pues que sin duda en esta parte se encuentra falto el libro de la *Guerra de España;* mas segun lo que se desprende de los capítulos XI y XII, la ausencia de Pompeio pudo sólo durar dos ó tres dias, porque en el capítulo siguiente expresa que al otro dia Cneo desde sus estancias empezó á dirigir una trinchera al rio *Salso:* en el cap. XIV añade que Pompeio levantó una fortaleza, pasado el *Salso*, y no habiéndoselo impedido los de César, envaneciése, por tener un lugar suyo, casi en los puestos enemigos. Todo esto justifica bien que Cneo ocupaba con sus reales la misma posicion que la vez anterior, entre *Attegua* y *Úcubi*, dividiendo á ambos ejércitos la corriente del *Salso*, que era militarmente la línea de defensa. Trabábanse escaramuzas entre los puestos avanzados de uno y otro campo, y César no cesaba por ello de combatir la plaza de *Attegua*, á pesar de la obstinada resistencia que esta le oponia. Al terminar Hircio el cap. XV da cuenta de la horrible y cruelísima maldad que cometieron los sitiados, empezando á degollar á los que les habian dado albergue en la ciudad, y arrojándolos desde la muralla: lo que nunca (afirma el historiador) ha tenido igual en la memoria de los hombres. Esta abominacion mereció ser consignada por Valerio Máximo, como uno de los grandes ejemplos de crueldad, en su obra *Dictorum Factorumque memorabilium* (2),

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 10.
(2) Val. Max. *Dic. Fac. Mem.*, lib. 9, cap. 2, núm. 4.

donde á los de *Attegua* da el nombre de *Attinguenses* (1). En el capítulo XVI relata Hircio que, al terminar aquel dia, Pompeio envió á estos un correo, ocultamente de los cesarianos (2), encargándoles quemasen aquella noche las torres y trincheras, y á la tercera vigilia hicieran una impetuosa salida. Los de *Attegua* abrieron la puerta, que estaba enfrente, y á la vista del campamento Pompeiano, y salieron todas las tropas de la plaza (3). Habíaseles encargado tambien que llevasen plata y vestidos, para que cebándose los de César en el pillaje, ellos, hecha gran matanza, se recogiesen á las defensas de Pompeio; y juzgando este que podrian lograr su intento, toda la noche tuvo sus tropas formadas á la banda opuesta del *Salso* (4). Rechazados los de *Attegua* perdió Cneo la esperanza de salvar la guarnicion, así como antes habia ya perdido la de mantener la ciudad. En el capítulo XVII y en el comienzo del siguiente, Hircio da cuenta de las negociaciones entabladas con César por los de la plaza para verificar su entrega, que por el pronto no tuvo efecto (5); continúa en el cap. XVII

(1) En algunas ediciones, como la Elzeviriana de 1671, se lee más correctamente *Atteguenses*.

(2) *Clam nostros* vel *clam nostris*, creemos con Clarke, Davis y Oudendorpio que debe escribirse en este pasaje, y no *clam ad nostris*, como se lee vulgarmente; á no ser que se pusiera *«ad oppidanos, clam nostris,»* segun aconseja el mismo Clarke.

(3) *Portam, quae é regione, et in conspectu Pompeii castrorum fuerat, aperuerunt; copiaeque totae eruptianem fecerunt.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 16.)

(4) *Nam quod existimabat eos posse conatum efficere, nocte tota ultra ibat flumen Salsum in acie.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 16.)

(5) Hay aqui varias lagunas, que hacen imposible explicar el sentido del texto, particularmente en el pasaje del cap. 18.: *«Ita, litteris aceptis, quum in oppidum revertissent, qui mittere glandem inscriptam solebant.»* N. Moore dice comentando las voces *litteris aceptis*: *«Quis accepit? Unde? Quales?»*; y anotando las otras *qui mittere solebant* añade: *«Ergo nunc plures mittebant? Mihi totus locus obscurus est: nihil satis distincte narratum reperire possum. Multa hic exciderunt, aut scriptor scribere voluit, sed non potuit.»* El códice Granatense despues de *solebant* pone punto final, y sigue: *«In sequenti tempore duo lusitani fratres transfugae nunciarunt CN. Pompeium contionem habuisse quam oppido subsidio non posset venire: noctu ex adversariorum conspectu se deducerent ad mare versum.»* Goduino anotando las voces *noctu ex adversariorum conspectu* etc. escribe: *«Ne sibi dedecori esset, si se praesente, oppidum á Caesare caperetur.»* Un conocido humanista del siglo pasado, traduciendo este pasaje, ha interpretado ineptamente que los que habian de dirigirse hácia el mar, eran los sitiados en *Attegua*, cuando esta determinacion, tomada en el consejo habido en el campo pompeiano, fué con referencia al ejército de Cneo. Este les dijo antes, al encargarles hicieran aquella impetuosa salida, que se acogiesen á sus defensas, *ad Pompeii praesidia se reciperent*, como ya queda expuesto; y viendo lo infructuoso de

relatando otros pormenores del asedio, y lo mismo en el cap. XIX, el cual concluye con la rendicion y toma de *Attegua*, cuyo importante acontecimiento tuvo lugar el 18 de Febrero, y César, apoderado de aquella plaza, fué aclamado *Imperator* (1). Habiendo sabido Pompeio por los fugitivos la entrega de *Attegua*, movió sus estancias hácia *Ucubi*, levantó en seguida fortalezas alrededor de estos lugares, y empezó á mantenerse dentro de sus reparos. César movió tambien sus reales, y los puso más cerca de los de Pompeio (2); pero sin pasar todavía el rio *Salso*, como se colige claramente del cap. XXIII. César apoyaba su campo en la plaza de *Attegua*, que acababa de conquistar, y Pompeio se amparaba de la ciudad de *Ucubi*. En el cap. XX refiere Hircio que Pompeio habia convocado á los ucubenses, y les habia ordenado que inquiriesen con gran diligencia quiénes eran de su faccion, y quiénes de la contraria. En el cap. XXI añade, que Pompeio degolló á setenta y cuatro de estos últimos, mandando fueran llevados los restantes á la ciudad, y de ellos se fugaron ciento y veinte, y se vinieron á César. Todo lo cual prueba evidentemente que Pompeio imperaba en *Ucubi*, de grado ó por fuerza, contradiciendo lo que piensan algunos de que Cneo jamás pudo apoderarse de ella (3).

esta salida, entonces decidió en consejo que, no pudiendo socorrer á la plaza, de noche para evitar la vista de los enemigos, tomarian la direccion hácia la marina: no le sirviera de deshonor, que estando él presente, César se apoderara de la ciudad, como dice Goduino. A. de Morales, ocupándose del asedio de *Attegua*, al llegar á este pasaje, expone: «Mas no se puede entender nada claro de esto, ni de lo demás, hasta que dice cómo dos hermanos de Extremadura se pasaron á César, y le dieron aviso como Pompeio habia tenido consejo, y propuesto en él, que pues era imposible socorrer á *Tegua*, seria bien levantar el campo de allí, y acercarse más hácia la mar. Uno de los que estaban presentes respondió, que mucho mejor era dar á César la batalla, que dar ninguna muestra de huida. Por este parecer que dió, fué luego degollado.» (*Corón.* lib. 8, cap. 42.) Y Bernardo Brito sobre este mismo pasaje escribe: «Estando as cousas neste estado, vieram dous portugueses dos de Pompeijo, ambos irmaos, et derao aviso á César do que passava *en seu real*, et como mandara degolar hum capitan dos seus, porque lhe aconselliara, que desse logo batalha, et nao fosse recolhendose ao mar, como elle determinnava. A qual nova César estimou em muito por entender ó temor dos contrarios.» (*Monarquía Lusitana*, lib. 4, pág. 16, tom. I, fól. 367 vuelto.)

(1) *Ita, ante diem XI kalend. Martii, oppido potitus, Imperator est appellatus.*

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 20.

(3) A esta matanza ordenada por Pompeio, parécenos que debe referirse el caso de la muerte de P. Curcio, que consta de la Epístola de Ciceron á Lepta, antes citada, y cuyo pasaje copiamos aquí, por contener un hecho de la guerra de España, que no ha traido á cuento ningun otro escritor, al ocuparse en aque-

Este nombre *Úcubi* no se ha encontrado por los eruditos en ningun otro historiador ni geógrafo. Morales, siguiendo el texto corriente de Plinio, dijo á este propósito que «su nombre era entonces *Áttubi*, que así se ha de leer forzosamente en Hircio y no *Úcubi*» (1). Esta correccion ha sido aceptada por todos nuestros escritores, el P. Florez (2), Masdeu (3), Medina Conde (4), Ortiz (5), Perez Bayer (6), Cean (7), y Cortés y Lopez (8). Las ediciones de Plinio no han escrito con efecto sino *Attubi quae Claritas Iulia*, cuando habla aquel de las colonias inmunes del Convento Astigitano: pero los diversos códices del Historiador Naturalista, que comprenden el lib. III, cap. I, en que trata de la Bética, escriben el nombre de este pueblo con mayor diversidad. El códice Suakenburgiano escribe *Atui quae;* el Ricardiano *aut ubique;* y el Leidense, que es el códice más antiguo de cuantos contienen este pasaje, lo mismo que el Parisiense núm. 6797, escriben *Úcubi;* de modo que la identidad del pueblo que refiere Hircio, con el que Plinio relata en el lugar citado, no es ya una conjetura, sino una cosa evidentemente probada.

Ni el nombre de *Áttubi* ni el de *Úcubi* se encuentran en Strabon; pero la 'Ατέγουα que pone el geógrafo griego en la Turdetania, no léjos de

lla: «*Scripserat etiam Messala Q. Salattio, P. Curtium, fratrem ejus, jussu Pompeii, inspectante exercitu, interfectum, quod consensisset cum Hispaniis quibusdam, si in oppidum, nescio quod, Pompeius rei frumentariae causa venisset, eum comprehendere, ad Caesarem que deducere.*» Entendemos que esta ciudad, que Ciceron no sabia designar con fijeza, seria acaso la de *Úcubi*, y qne para castigar la traicion de sus naturales (suponiendo que estos fueran los españoles, qne concertaron con P. Curcio sorprender á Pompeio, cuando entrase en la plaza para atender al bastimento del ejército, y entregarle á César) ordenaria aquel la muerte de Curcio á la vista de sus soldados, y la matanza de los ciudadanos desafectos á su partido; pues de otro modo no son dables en el hijo del Gran Pompeio tales crueldades, que quitádole hubieran de un solo golpe las simpatias del pais, que eran su más firme apoyo. En el relato de Hircio se nota siempre una marcada tendencia á hacer ver como odiosas las acciones de sus adversarios, callando los motivos que pudieron al menos disculparlas, si se toman en cuenta los horrores, á que las contiendas civiles han dado lugar en todos los tiempos. En el cap. 26 se refiere que dos caballeros de *Asta*, que huyeron á César, dieron cuenta de otra conjura habida en los reales de Pompeio.

(1) Mor. *Corón.*, lib. 8, cap. 41.

(2) Flor. *Españ. Sag.*, tom. X, página 150.

(3) Masd. *Hist. Crit.*, tom. IV, página 195, y tom. V, pág. 79.

(4) Med. Cond. *Disert. MS. sobre Munda.*

(5) Ort. *Disert. MS. sobre Munda.*

(6) Per. Bay. *Carta sobre Munda.*

(7) Cean. *Sumar. de Antig.*, pág. 308.

(8) Cort. *Dicc.*, tom. II, pág. 183, y tom. III, pág. 476.

Córdoba, y entre las ciudades en que fuéron debelados los hijos de Pompeio, necesariamente ha de ser *Áttubi*, ó el *Úcubi* de Hircio, si el nombre de Ἄγουα que despues se halla en el mismo geógrafo, corresponde á la ciudad de *Attegua*, como parece lo más probable. No ha faltado quien piense que el *Úcubi* de Hircio fuera la ciudad de *Iulia*, en que dice Strabon que tambien fuéron vencidos los hijos de Pompeio: así al menos parece fué la opinion de Franco, segun la dejó consignada en uno de sus MSS.

El órden con que Plinio va enumerando lás colonias del Convento Astigitano, como observa el P. Florez, es descendiendo desde *Tuci* (hoy Martos), *Ituci* (Castro-el-Rio), á *Urso* (hoy Osuna); y así puede reducirse á la actual villa de Espejo, conviniendo con Ambrosio de Morales, la *Áttubi* ó *Úcubi* del Naturalista.

El licenciado Juan Fernandez Franco copió algunas inscripciones, que en su tiempo existian en aquella villa. En el *Memorial* ó *Cuaderno que contiene ciertas historias y antigüedades, que pasaron en término de la ciudad de Córdoba y en el estado del Marquesado de Priego* (MS. letra E. núm. 187, est. 27, gr. 6.ª de la Biblioteca de la Academia de la Historia, fólios 127 vto. y 128) escribe entre otras cosas: «y que fuese Espejo *Iulia*, ó *Claritas Iulia*, compruébase con un mármol que está en aquella villa, junto á la plaza, de muy linda piedra, y es columna redonda con esta inscripcion:

DRVSO·IVLIO
CAESARI
COL·CLARIT·IVL
D·D

Se encuentra publicada por Muratori en su *Thesoro de inscripciones*, pág. CCXXV núm. 4, copiándose tambien por el mismo Franco en la obra titulada *Monumentos de inscripciones romanas de varias piedras halladas en Espejo. Montemayor*, etc., y además un fragmento de otra en esta forma:

« SC
Espejo NVS
CLAR·IVL
HR·HOC
D·D»

Añadiendo el referido escritor: «En la misma villa de Espejo, en casa

de Pedro Hernandez de Baena, contador que fué del Marques mi Señor, que aia gloria, está una piedra de mármol cárdeno, quebrada, con estas letras, y por estar quebrada no se puede colegir su entendimiento; pero en el un renglon haco memoria de *Claritas Iulia*, que era el nombre de la ciudad, y así son dos los letreros por donde se comprueba dicho nombre.» Pero el propio Fernandez Franco, que en vista de estos documentos afirmó ser *Áttubi* Espejo, supuso luego que más bien seria *Aspavia*, sin tener presente, como dice su ilustrador el cura de Montoro, los graves fundamentos con que antes habia colocado á *Úcubi* ó *Áttubi* en aquella poblacion. Franco, en su *Compendio de Numismas* (MS.) creyó confirmar su último dictámen con una inscripcion que copió tambien en la villa de Espejo, y en la cual suple él lo quebrado de la piedra leyendo *Aspaviensium*, donde ciertamente mejor debiera decir *Ucubiensium* ó *Attubiensium*, puesto que allí se encontraron otras inscripciones con el nombre de *Claritas Iulia*, que corresponde al de *Úcubi* ó *Áttubi* segun Plinio (1). De esta última opinion de Franco se ori-

(1) Hé aquí lo que Franco escribió comentando en su citado *Compendio de Numismas* una medalla de *Faustina*, mujer del emperador Marco Aurelio el Filósofo: «y aún en la misma villa de Espejo, á la »venida, hallé un titulo suyo, en una »tabla de mármol cárdeno aunque que»brado, que está en casa de Anton de »Luzena, que dice asi:

...CAES·M·AVRELIO·ALEXANDRO
INVICT·PONTIFIC·MAXIM·TRIB·POT
PROCOS·PP·OPTIMI
PRINCIPI·N·RESPVBLICA
......VM·DEVOTA·NVMINI

»por manera, que aunque está quebrada »en la primera parte de la piedra hasta »abaxo, y no se puede colexir el perfec»to entendimiento, veesse ser dedicacion »á Marco Aurelio, y en el renglon vajo »deviera dezir *Respublica Aspaviensium* »*Devota Numini eius*, y está quebrado »en el nombre propio del pueblo, que »no hay mas que estas letras VM, que »eran las ultimas de ASPAVIENSIVM: »por donde afirmo todavia, y tengo por »cierto ser *Aspavia* Espejo, como en el »quaderno de VS. dixe.» En la obra titulada «*Monumentos de Inscripciones Romanas de varias piedras halladas en Espejo, Montemayor, etc.*,» que compuso el mismo Juan Fernandez Franco, y aunque inédita, puede verse en el tom. III de la *Coleccion de Güseme*, MS. núm. 102 de la Bibliot. de la Acad. de la Hist., se copia esta inscripcion, como si en ella por el contrario se leyese *Attubensium*. Lo que hemos notado en este MS. es que en él se dice: «está la piedra en una casa que era de Anton de Lucena»; y en el *Compendio de Numismas* se afirma que está en casa de Anton de Lucena; lo cual indica que lo escrito en los *Monumentos de Inscripciones Romanas* es posterior; y por consiguiente que Franco opinó al principio por que Espejó fué *Aspavia*, y despues se decidió por *Áttubi*, al contrario de lo que cree el cura de Montoro. Ayuda á nuestra conjetura lo que Franco dice tambien en el citado MS., refiriéndose á otra inscripcion: «En la misma villa de »Espejo en casa de Pedro Hernandez de »Baena, Contador que fué del Marques »mi Señor que aia gloria.» Fué su Señor

giuó, que algunos, como Clarke, creyesen, que *Aspavia* estuvo donde hoy Espejo, y otros, como Muratori, que la colonia *Claritas Iulia* era ahora *Áttubi* ó *Aspavia*, cual si existierau actualmente eu la Audalucía ciudades ó villas con este nombre; si bien el propio Muratori, en otro lugar de su *Thesoro de inscripciones* (1), no pudo menos de contradecir que *Aspavia* fuera lo mismo que *Áttubi*, porque los dos uombres ocurren eu el libro de Hircio (2), quien los señala como dos lugares distintos.

De que *Áttubi ó Úcubi* corresponde á la actual villa de Espejo, no debe quedar la menor duda, pues no sólo se ajusta su situacion á los textos de Strabon y Plinio, sino que se demuestra por los títulos de inscripciones mencionadas, que en ella se hau encontrado, y se confirma por la posicion eu que la coloca Hircio. Ya se ha visto en el capítulo sobre *Attegua* que esta corresponde á las ruinas de Teba la Vieja, y en el capítulo sobre el *Flumen Salsum* que este rio ha de reducirse al Guadaxoz. Espejo está en un cerro alto, redondo y puntiagudo, como dice Morales, (copiamos sus palabras, porque ellas dau una exacta y verdadera idea de la situacion de esta villa), y por su demasiada altura está desembarazado en todos sus derredores; cuyas circunstancias convienen con lo que dice Hircio de que estos lugares (*Attegua* y *Úcubi*) sou montuosos y dispuestos para la guerra, estando divididos por una llanura con el rio *Salso*, que es precisamente la que forman los cortijos de ambas riberas hasta las ruinas de Teba la Vieja, que tambien se hallan en alto, como queda dicho en su lugar respectivo.

No puede ser *Úcubi* ó *Áttubi* el cortijo de Cubillas, ó más bien el cortijo de Cuba, que tal es su verdadero uombre, porque este cortijo está en llano, á la banda septentrional del Guadaxoz, ó sea á la misma en que se encuentran las ruinas de la ciudad de *Attegua:* además, las tierras de este cortijo lindan con el Guadaxoz, y *Úcubi* debiera encontrarse

el Marqués de Comares, y á este precisamente dedicó el mismo Franco su *Compendio de Numismas* en 1564, segun Lopez de Cárdenas. Por último, en los *Monumentos de Inscripciones* advertimos que Franco escribe: «Ahora en el mes de Abril de este año de 1565, abriendo una zanja.» Parece, por tanto, lo más natural que en este año hubiera visto las dos Inscripciones de *Claritas Iulia*, que copia tambien en dicho MS., y reformase su juicio decidiéndose por *Áttubi*, en contra de la opinion que dejaba consignada en su *Compendio* tantas veces citado: opinion que al parecer habia seguido antes en su *Cuaderno de Inscripciones*, dedicado igualmente al Marqués de Comares. Nosotros nos abstenemos de proponer estas conjeturas de una manera decisiva, respetando los fundamentos, que para formar el concepto opuesto tuviera el cura de Montoro, aunque este no los expuso.

(1) Mur. *Thes. Insc.*, pág. 1105, núm. 6.

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 21.

algo apartado, segun se ha expuesto ya en el capítulo sobre el *Salsum*. El Navaggiero redujo el *Úcubi* de Hircio á Lucubi, que tambien llaman Locubin; pero tal vez dejóse llevar sólo de la semejanza del nombre. Castro en su *Historia de Cádiz* se inclina á colocar á *Úcubi* en Alcalá de Guadaira (1); pero á esta poblacion debiera reducirse *Hienipa*. Si bien no se conserva memoria de este pueblo en ningun historiador ni geógrafo de la antigüedad, Caro vió y leyó en Alcalá de Guadaira una inscripcion geográfica, que aunque gastada en parte, dejaba entender

.............RDO HIENIPENSIVM (2)

Otros anticuarios leyeron sólo

.............IPENSIVM

Sea lo que fuere, nunca es esta la terminacion del patronímico *Ucubiensium*.

Ya hemos visto la variedad con que en los códices de Plinio aparece el nombre de esta poblacion, denominándose *Áttubi* en los más, y *Úcubi* en muy pocos. De aquí el haber prevalecido el primero de tales nombres, despreciando el segundo á pesar de ser el que muestran constantemente los códices y las ediciones de Hircio.

Una feliz casualidad ha resuelto la duda, casi en los momentos mismos de comenzar á imprimirse este libro. La fortuna, que tan favorable se muestra al Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra en punto á descubrimientos y novedades arqueológicas, ha llevado á sus manos á deshora el dibujo de una inscripcion singularísima, grabada en el pedestal que sostiene la pila bendita de la parroquial de Val-de-Caballeros, provincia de Badajoz. Dice así:

IMP·DOMITI
ANO·CAES·AUG
DIVI·AUG·VESP·F
AVGVSTALIS·TE
RMINVS·C·C·C·IVL
VCVBITANOR
INTER·AVG·EMER

El Sr. Guerra ha excitado el celo de la Real Academia de la Histo-

(1) Cast. *Hist. de Cád.*, pág. 49.
(2) Rod. Car. *Antig. de Sev.*, lib. 3, cap. 40.

ria para que se obtenga un esmerado calco de esta preciosa piedra terminal perteneciente al siglo I, que en efecto, como dicho señor ha manifestado, resuelve de una manera definitiva el verdadero nombre de tan famosa ciudad, y además ofrece un inapreciable dato para conocer la constitucion civil y económica de los pueblos españoles en aquellos tiempos, tan parecida á la que hallamos despues durante la edad media en algunas villas y ciudades. El laborioso académico, nuestro amigo, infiere de esta piedra, que una república en la dominacion romana podia tener tierras y jurisdiccion ó colonos dependientes de ella en un territorio lejano. Los ucubienses de la region túrdula entre el Geuil y el Guadalquivir, tenian por lo visto colonos avecindados en la Oretania, entre el Guadiana y las sierras de Guadalupe, cuyas tierras partian término con el de Mérida. *Augustalis Terminus Colonorum Coloniae Claritatis Iuliae Ucubitanorum* dice la inscripcion (1); y á la vez que muestra juntos el nombre ibérico y el que le sobrepuso la política romana, para hacer más estimable el monumento nos presenta una diferencia gramatical con el texto de Hircio. Los que en la piedra se denominan *Ucubitanos*, son *Ucubienses* en el historiador de la *Guerra de España*. La inscripcion es más lógica y gramatical, como lo prueban los ejemplos de *Astigi* astigitanos, *Tucci* tuccitanos, *Sexi* sexitanos, y otros que fuera prolijo referir. Acaso esté la diferencia en la que hacian los antiguos de *romanus* y *romensis*, siendo este el natural de Roma, y aquel el partícipe ó comparticipe en sus derechos.

La ambigüedad de los códices de Plinio es facilísima de comprender, pues la *c* y la *t* se confunden en los MSS. de la edad media, no menos á veces que la *a* y la *u*; y así pudieron algunos copiantes leer *Áttubi*, donde ciertamente dijese *Úccubi*.

(1) La inversion de *terminus colonorum... inter Augustam Emeritam*, en lugar de *terminus inter colonos*, etc... *et Emeritam*, es muy latina y del gusto antiguo, como ha observado á este propósito nuestro amigo el entendido Doctor Hubner.

CAPITULO X.

—

BURSÁVOLA.

«Pasado este tiempo (en que los ejércitos llegaron á afrontarse entre *Attegua* y *Úcubi)*, los bursavolenses que habian sido hechos prisioneros en la ciudad de *Attegua*, fuéron enviados en calidad de legados con los de César para que expusiesen á los de *Bursávola* lo acaecido, y lo que podian esperar de los de Pompeio, cuando veian degollar á los que les daban hospitalidad, y otras muchas maldades que cometian los pompeianos (1)».

Este nombre *Bursavolenses* sólo consta del libro de la *Guerra de España*. Muchos como Ciaconio, Glandorpio y Clarke han creido que deba enmendarse el texto y leerse *Ursaonenses*, de los cuales Hircio habla despues en el cap. XXVI; pero por el relato que este historiador hace de los *Bursavolenses* en el cap. XXII, no parece probable sean unos mismos; porque siendo los *Ursaonenses* del cap. XXVI los de la ciudad de Osuna, la cual está bien distante del sitio de Teba la Vieja ó antigua *Attegua*, y no pudiendo esta ciudad hallarse muy apartada de aquella á que correspondieran estos *Bursavolenses*, que fuéron cogidos prisioneros en la misma *Attegua*, lo más seguro es mantener la version del texto. Menos todavía pueden confundirse estos *Bursavolenses* de Hircio, á pesar de la mayor semejanza del nombre, con los *Bursaonenses* de Plinio, á cuya opinion parece inclinarse Abrahan Hortelio en su *Tesoro geográfico* (voz *bursaonenses*) y Giovinazzio en sus *scolios* al fragmento de T. Livio (voz *bursaonum*), porque los *Bursaonenses* que Plinio nombra como pueblos estipendiarios del Convento Cesaragustano en la España Citerior (2) y los *Bursaones* que T. Livio (3) refiere ocupándose de la

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22.
(2) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 3.
(3) Tit. Liv. Fragmento citado, pagina 27.

guerra Sertoriana, habian de encontrarse muy apartados del teatro de esta guerra hispaniense que era en la Bética.

Hircio continúa refiriendo en el cap. XXII, que «habiendo llegado (los bursavolenses) á la ciudad, los de César, que eran caballeros romanos y senadores, no se atrevieron á entrar, sino solos los que eran vecinos de aquella (1).»

«Habidas contestaciones de una y otra parte, y regresando los legados, cuando llegaron á los de César, que habian permanecido fuera de la ciudad, los que les seguian desde la plaza los degollaron (2). Los que quedaron huyeron y refirieron á César lo acaecido; y los bursavolenses enviaron entonces espías á la ciudad de *Attegua*. Habiéndose convencido de la verdad de cuanto les habian dicho los legados, se levantó un tumulto por los de *Bursávola*, empezaron á apedrear al que habia degollado los legados, y á apoderarse de él diciendo (3) que por su causa se veian perdidos. Apenas libertado de aquel riesgo, pidió á los mismos ciudadanos le permitiesen ir como legado á César para darle satisfaccion. Fuéle otorgado, y habiéndose partido, aparejó una especie de escolta allegando buen golpe de gente, é introduciéndose en la ciudad de noche y con engaño, hizo una gran matanza, y muertos los principales que le eran hostiles, se alzó con el mando de la poblacion.»

«Pasado este tiempo, unos siervos tránsfugas anunciaron que se vendian los bienes de los de la ciudad (4); y que desde el dia en que fué to-

(1) En la voz *oppidum*, que emplea Hircio, Rheticano creyó debia sobreentenderse *Attegua;* pero erradamente como dice Clarke, quien con mucha oportunidad escribe anotando este pasaje: «*Venerunt enim Attegua: Bursavolam proficiscebantur.*» Y no sólo venian de *Attegua*, donde habian sido hechos prisioneros, sino que de esta ciudad ya se habia apoderado César, y no habia que enviar legados para atraerla á su devocion. Goduino pensó como Clarke: Cellario dudó entre esta opinion de Goduino y la de Rheticano, alegando que todas estas cosas se encuentran trastornadas en el texto. «*Adeo turbatae haec sunt disposita.*» Clarke se admira, y con fundamento, de que Cellario abrigue dudas en cosa tan manifiesta. Y más de admirar es todavia que Oudendorpio, que anotó, despues de todos estos críticos, el mismo pasaje del *Bell. Hisp.*, escriba: *Nihil ego definio.*

(2) *Aversione* se lee en los MSS. y primeras ediciones; *animadversione*, en las ediciones más recientes, con lo que quiso dar á entender el autor, segun Oudendorpio, que los hirieron por la espalda.

(3) Súplese en este pasaje el participio *dicentis*, como quiere Goduino, ó *vociferantes*, cual supone Glandorpio.

(4) De la de *Ucubi* (en cuyos alrededores acampaba Pompeio), segun entendemos; pues Hircio pone en boca de estos siervos lo que pasaba en el campo pompeiano, como lo acredita lo que añade á continuacion, de que á nadie era permitido salir fuera del vallado, sino desceñido; porque desatado el cíngulo mili-

mada *Attegua*, muchos aterrados se refugiaron en la Beturia, no teniendo ya esperanza ninguna de victoria (1).»

De todo cuanto se ha expuesto tomado de Hircio, se conoce bien que *Bursárola* no podia estar léjos de *Attegua;* pero averiguar su verdadera situacion no es tan fácil por falta de datos. El P. Ruano en su *Historia de Córdoba* (2), al que han seguido otros escritores, la reduce á la actual villa de Bujalance, que está á media jornada de las ruinas de Teba la Vieja. Segun él los árabes corrompieron el nombre de *Bursárola* en Burjalhauce, como se lee en escrituras antiguas, y de aquí hoy Bujalance. Cortés y Lopez intentó reducirla á la actual villa de Torrejimeno, sin fundamento crítico razonable. El Sr. Fernandez-Guerra en sus trabajos geográficos cree tambien que *Bursárola* estaba donde hoy Bujalance. Hé aquí la base de su raciocinio: «El nombre de la *Búrsao* celtíbera se ha trocado en Borja porque la *u* y la *o* se confunden, y por la facilidad con que la *s* latina se ha convertido en *x* y últimamente en *j*. De *Saetabis* salió Xátiva y Játiva; de *Singilis*, Xenil y Genil; de *Sigila*, Xigüela y Jigüela y de *Suramba* Xarama y Jarama: de *Búrsao* se hizo, pues, Borxa y Borja. Otra *Bursao*, hubo en el país de los túrdulos, segun el irrefragable texto de Hircio. ¿Dónde pudo estar esta? *Bursárola* ó *Bursároli*, indica un diminutivo de *Bursao* ó *Bursavo*. En un privilegio de 1272, que se conserva en el archivo catedral de Córdoba, se lee lo siguiente: «Et el derecho que há el cabildo en la iglesia de Borjalhauz, et de Horavona, et de Villafranca, que es carrera de Écija, esto fazemos una estimacion para un canónigo.» Si en los primeros tiempos de la reconquista hallamos tal omonimia entre la que parece Borja de Andalucía con la Borja de Aragon, y recordamos en ambos territorios dos antiguos pueblos de un mismo nombre, ¿cómo

tar, de donde pendia la espada, quedaba entonces inerme el soldado romano, lo cual, como poco viril, se numeraba entre las penas militares.

(1) Esto de que se acogian á la Beturia, no debe entenderse de los de *Bursárola*, como expone Cortés y Lopez en su *Diccionario*, sino de los del campamento pompeiano, y por eso la prohibicion de salir fuera del vallado sino desceñidos; en seguida de lo cual escribe Hircio: «*Idcircoque ex quo die oppidum Attegua esset captum metu conterritos complures profugere in Baeturiam*, etc.» Esta es otra prueba de que *Attegua* y *Ucubi* debian estar en las cercanías de Córdoba, porque la Beturia era la region que mediaba entre el Ana y el Bétis. Hircio termina este cap. 22 diciendo, que si algunos de los de César se pasaba á los pompeianos, eran destinados á los de ligera armadura, y no recibian más de diez y seis ases diarios, segun interpretan los críticos el número 16 del texto.

(2) Ruano, *Hist. de Córd.*, tom. I., página 349.

vacilar en suponer á la villa de Bujalance heredera de la *Bursávoli* Hirciana, mientras descubrimientos decisivos no prueben lo contrario? Y no se diga que Borjalhanz tanto vale como Boria ó Bora del Castillo, porque semejante trasposicion repugna á la lengua arábiga, y la *Bora Cereal* existe aún en el castillo de Bíboras.» Hasta aquí nuestro amigo.

Mas ya urge averiguar la posicion de ambos campamentos; y así continuando la exposicion del libro del *Bell. Hisp.* pasarémos al cap. XXIII. «Al dia siguiente César puso sus reales frente de los de Pompeio, y empezó á levantar una trinchera hasta el rio *Salso*. Mientras estaban ocupados los de César en la obra, muchos de los adversarios bajaron corriendo desde el lugar más elevado, y no deteniéndose los de César (ó no dejando estos su trabajo, sino persistiendo en levantar la trinchera, como explica Glandorpio y aprueba N. Moore), arrojaron aquellos una multitud de dardos con que hirieron á muchos. Aquí, sin embargo, los cesarianos cejaron un poco; y cuando advirtieron los de César que cedian los suyos tan fuera de costumbre, dos centuriones de la legion quinta, pasando el rio, lograron restablecer el combate. En auxilio de estos dos centuriones (que luego perecieron) pasaron tambien el rio los caballos de César, y empezaron á hacer retroceder á los adversarios hasta la trinchera.»

Todo este combate cuenta Hircio muy por menor, y de cuanto refiere se desprende que el ejército de César acampaba sobre la orilla derecha del *Salso*, estrechando cada vez más á su enemigo, teniendo sus estancias frente á las de Pompeio, que se hallaban á la banda opuesta, apoyándose en la ciudad de *Úcubi*. Para venir á las manos ambos ejércitos, y dar una batalla campal, como apetecia César, era preciso que uno de los contendientes pasase el *Salso*, y no habiendo Cneo abandonado todavía por aquel entonces á *Úcubi*, César hubo de pasarlo, y con esta ocasion tuvo lugar la batalla de *Soricaria*.

CAPITULO XI.

SORICARIA.

«Al dia siguiente las tropas de unos y otros se avistaron delante de *Soricaria* (1). Los de César empezaron á levantar trincheras. Pompeio advirtiendo entonces que le excluian del castillo de *Asparia* (ó que le cerraban el paso á este castillo), que estaba á cinco mil pasos de *Úcubi*, comprendió que esto hacia necesario descender y trabar batalla. Sin embargo, no se aventuró á darla en lo llano, sino que intentó desde un collado ocupar un lugar más alto, á pesar de verse obligado á exponerse en un terreno desigual.»

«Dirigiéndose á este monte elevado las tropas de entrambos ejércitos, los de César impidieron la subida á los pompeianos, y los arrojaron á la llanura,» no de la llanura, como otros interpretan (2).

Hircio continúa relatando los detalles de este encuentro, que fué fatal á los pompeianos, pues perecieron trescientos setenta y cuatro soldados de los armados á la ligera, y ciento treinta y ocho de los legionarios, y además se recogieron muchas armas y despojos. Así dice el historiador, que este castigo de los adversarios fué ofrecido en

(1) Vulgarmente se escribe *ab Soricaria*, pero entre las lecciones variantes pone Oudendorpio *ad Soricariam*, lo cual se ajusta mejor al sentido del texto: no asi al régimen en ablativo *ab Soricaria;* porque el ejército de César ocupaba la orilla derecha del *Salso*, contra *Attegua*, y Pompeio la banda meridional, contra *Úcubi*, como repetidas veces queda expuesto. Ambos ejércitos no podian, por consiguiente, partir de un mismo punto, y si reunirse pasando cualquiera de ellos el *Salso*. Esto fué lo que aconteció, trasladándose César á la orilla izquierda de este rio. Por eso dice Hircio á continuacion que los cesarianos empezaron á levantar trincheras.

(2) Glandorpio y Goduino aconsejan se lea *in planitiem*, y Davis *planitiae* lo que es igual. N. Moore conjetura que *planitie* sea una antigua forma en vez de *planitiei, id est in planitiem*; pues la llanura era lo más ventajoso para los de César.

sacrificio por la muerte de los dos centuriones del dia anterior (1).

Soricaria es un punto, de que no habla ningun otro historiador, ni se nombra por ningun antiguo geógrafo; y aún se ofrecen sérias dudas de si seria ó no ciudad. Cellario, dice á este propósito: *Ignotum nomen loci: nec divinare licet, oppidum aut villa aut simile fuerit.* Los anotadores de la *Corónica* de Morales, en la edicion de Cano, dicen tambien que *es dudoso* si era pueblo ó sólo altura, á lo menos Hircio no lo aclara bien. Muchos al contrario, opinan que fué ciudad. Su reduccion se ajusta perfectamente al Castillo ó Villar de Dos Hermanas, á una legua corta de Montilla, sobre la banda derecha del rio Carchena y á media legua de la Torre de Duernas, que está sobre la orilla izquierda, al Poniente de Espejo, de la que dista una legua larga el referido castillo. La llanura donde fuéron arrojados los pompeianos, corresponde á la que se extiende delante del Villar de Dos Hermanas, desde el rio Carchena hácia la Torre de Duernas mencionada. Aún parece conservarse algo del nombre *Soricaria* en el actual de Dos Hermanas (*Sororum caria*, alquería de Las Hermanas). Existe en este sitio un castillo desmantelado, de que sólo se conservan hoy la torre y los cimientos de la muralla, ruinas de un acueducto hácia el Carchena, casquillos de barros romanos y muchas señales de antigüedad. Nuestro coronista Ambrosio de Morales dice con su acostumbrada ingenuidad, que no se puede bien saber qué lugar fuese *(Soricaria)*, aunque se ve claro que era muy cercano de por allí. Pero su discípulo Franco ya apuntó la reduccion de *Soricaria* al castillo de Dos Hermanas (2). El P. Ruano en su *Historia de Córdoba* la sitúa en la Torre del Puerto. Medina Conde (3) y Cean, adoptaron tambien esta opinion, añadiendo este último que allí subsisten sus ruinas, trozos de estátuas, lápidas sepulcrales y otras antiguallas (4). Los anotadores ya citados de la *Corónica* de Morales, Ortiz (5) y Cortés y Lopez la re-

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 24.

(2) En el *Memorial de Antigüedades*, MS. antes citado, dice: «Acabados muchos reencuentros de Teba, y Castro, y Espejo y *Úlia*, que era Montemayor, y *Soricaria*, que segun el sitio que César le pone, y distancia desde Teba, podia ser el que ahora nombran Castillo de Dos Hermanas, se fué haciendo la guerra más adentro de Andalucía.» (Franco. *Memor. de Antig.* MS. E. núm. 187. Est. 27, gr. 6.ª, Bib. de la Acad. de la Hist.)

(3) Med. Con. *Disert.* MS. *sobre el sitio de Munda.*

(4) Cean Berm. *Sumar. de Antig.*, página 379.

(5) Ort. *Disert.* MS. *sobre la situacion de Munda.*

ducen al cortijo de Xorquera, en las cercanías de Espejo, y dicen que los árabes sin duda del latino *Soricaria* formaron el nombre de Xorquera. La Torre del Puerto es una de las tres que hay en el monte Xorquera, haciendo un triángulo con el de las Vírgenes, y el montecillo que los vecinos de Baena llaman las Trévedes de España. El monte Xorquera está entre Montilla y Baena, y á legua y media de Espejo. Castro en su *Historia de Cádiz*, conjetura que *Soricaria* puede ser el cortijo de *Sarracatin*, á tres leguas al Mediodia de Utrera, por encontrar cierta analogía entre ambos nombres; pero á este cortijo corresponde la antigua *Siarum*, segun las inscripciones geográficas encontradas en sus contornos y copiadas por R. Caro en sus *Antigüedades de Sevilla*. (1). De todas las reducciones es, pues, la más probable la de suponer á *Soricaria* en el Villar y cortijo de Dos Hermanas, al Sudoeste de Espejo.

(1) Car. *Antig. de Sev.*, lib. 3, cap. 20.

CAPITULO XII.

—

ASPAVIA.

La batalla de *Soricaria*, como se acaba de exponer, fué á consecuencia de que César cortó á Pompeio la comunicacion con *Aspavia*. Hircio en el citado cap. XXIV dice que este punto era un castillo, el cual distaba de *Ucubi* cinco mil pasos: «*Quod est ab Ucubi millia passum V* (1).» *Aspavia* debió ser uno de los varios castillos que Cneo dispuso cuando movió su campo hácia *Ucubi*, segun expresa Hircio en el cap. XX. Algunos han conjeturado que *Aspavia* era del partido de César, y que Pompeio, intentando apoderarse de este castillo, fué de él separado. Otros han sentido que era del bando pompeiano, y que procurando aquel apoyarse en tal fortaleza, César le impidió el paso. Esta última interpretacion parece que se ajusta mejor al sentido del texto.

En ningun otro historiador, ni en ningun geógrafo de la antigüedad se encuentra nombrada *Aspavia*. Tampoco se conoce ninguna inscripcion con tal nombre; porque en la que trasladó el Ldo. Franco en su *Compendio de Numismas* no se leia *Aspaviensium*, como él suplió, sino solamente VM, por lo quebrado de la piedra, como ya se ha visto. De medallas, el Marqués de Valdeflores fué el primero que en su *Ensayo*

(1) En el códice Leid. primero, en el Dorwill., y en el Granatense se lee *Aspanias*, pero incorrectamente. Unos MSS. y ediciones ponen *est* y otros MSS. y ediciones *distat*, que es la leccion vulgar. Oudendorpio prefiere, sin embargo, la primera de estas dos. En el Cód. Granatense se ven escritas ambas voces, pero solo una de ellas ha de conservarse en el texto, siendo indiferente, en nuestro sentir, adoptar cualquiera de las dos. La voz *castellum*, que emplea Hircio para designar á *Aspavia*, parece indicar que no era una ciudad, como han creido muchos, sino sólo un castillo ó fortaleza, como han pensado otros, cuyo dictamen es más seguro.

sobre los alfabetos de letras desconocidas (1) atribuye á *Aspavia* una que trae en la tabla XVIII núm. 7, cuyas letras bástulo-fenicias interpreta *el señorío y gobierno de Aspavia*, y Sestini cree que significan mejor *opus vel numus Aspaviae* (2), cuyas interpretaciones demuestran el ingenio de sus autores; pero son harto aventuradas para que en su consecuencia pueda afirmarse que el *castellum Aspavia*, de que habla Hircio, batia monedas. Eckhel ni aun quiere mencionarlas. La moneda de que se trata, no es ni española siquiera, en sentir de respetables anticuarios.

En vista de los datos que ofrece el *Bell. Hisp.*, algunos han reducido á *Aspavia* al castillo de *Apea*, junto á la orilla de Castro del Rio: otros, como Cárlos Clusio, al mismo Castro del Rio; pero aunque la distancia conviniera, *Aspavia* no puede buscarse á la orilla septentrional del Guadaxoz, sino á la meridional, donde está Espejo ó antigua *Úcubi*, en cuyos contornos estaba acampado Pompeio, que no volvió á pasar el *Salsum*, lo cual necesitaba practicar para dirigirse á *Aspavia*, si este castillo se colocara en Castro del Rio ó en sus inmediaciones. Franco opinó porque *Aspavia* seria la villa de Espejo, pero sin fundamento, segun ya se ha demostrado. El P. Ruano la situó en el castillo de Dos Hermanas, reduccion mucho más acertada que todas las anteriores; pero cuadra mucho mejor la distancia de cinco mil pasos al castillo de Duernas, que está exactamente á legua y cuarto de la villa de Espejo. Dicho castillo se halla situado entre el de Dos Hermanas y la banda meridional del Guadaxoz, por donde entra en este el rio Carchena, y cerca de las célebres salinas de Duernas. Cean afirma que «en sus alrededores están los vestigios de una poblacion antigua que debió ser *Aspavia*» (3): mas hoy no se encuentran tales vestigios, y ni aún existe el castillo, sino sólo el cerro donde aquel estaba, que se conoce tambien con los nombres de cerro del *Alcaparro* y *Silla del caballo* (4).

Al dia siguiente de la batalla de *Soricaria*, dice Hircio que los pompeianos, segun lo tenian de costumbre, volvieron al mismo sitio. En este cap. XXV relata aquel un combate singular que hubo entre *Antistio Turpion* de los pompeianos y *Q. Pompeio Niger* de los cesarianos. Empieza el autor del *Bell. Hisp.* á describir tal combate con gran pompa, como

(1) Velazq. *Ensayo sobre los Alfabet. de Let. descon.*, pág. 160.

(2) Sest. *Descriz. delle Med. Hisp.*, página 32.

(3) Cean. *Sumar. de Antig.*, pág. 362.

(4) Hácia el año de 1828 un religioso Alcantarino, Fray José Jurado, natural de Espejo, reunió una preciosa coleccion de

cosa muy notable; pero se halla tan falto su libro en este lugar, que por tres veces se vo obligado Goduino á reconocer lagunas manifestisimas en el texto, y Davis confiesa que todo esto se encuentra tan corrupto y mutilado, que se necesita ser demonio y no hombre para deducir algun sentido de aquel pasaje. Lo que parece, segun puedo conjeturarse al fin del citado cap. XXV, es que despues hubo de generalizarse la lucha, en que los pompeianos sin duda no hubieron de sacar la mejor parte. En este dia, continúa Hircio (1), se pasaron á César A. Baebio, C. Flavio y A. Trebellio, caballeros romanos de *Asta*. Tambien en este dia, añade, fué interceptada la carta que Cneo Pompeio remitia á los de *Urso*, llena de presuncion y arrogancia.

Todos estos sucesos debieron verificarse al dia siguiente de la batalla de *Soricaria*, segun terminantemente lo expresa el propio Hircio, diciendo: ***In sequenti die..... Hoc die...... Item hoc die......*** lo cual conviene tener muy en cuenta, porque desde el cap. XXVII empiezan las marchas de uno y otro ejército, siguiendo siempre el de César á los alcances de su contrario.

noticias pertenecientes á su patria, pudiendo decirse que no dejó de ver y poseer cuanto hace relacion á ella. Con tales materiales discurrió mucho, escribió no poco, algo envió á la Real Academia de la Historia, y habria desaparecido el fruto de tan discreta constancia, á no venir á manos de nuestro amigo el señor Guerra, á quien el padre Jurado profesaba tierno cariño. Habiendo juntado aquel religioso la más completa coleccion de inscripciones romanas de Espejo y sus alrededores, y un sin número de documentos de la edad media y de la época del renacimiento, sacó por si mismo una fidelisima copia del privilegio expedido en la era 1341 (año 1372) por el Rey D. Fernando el IV en favor de Payo Arias de Castro, que labró el Alcázar de Espejo. Gracias á la diligencia del P. Jurado, vemos resueltas las cavilaciones á que da ocasion la semejanza del nombre ibérico *Aspavia* y el actual de Espejo, pareciendo éste procedente de aquel. «Por faser bien y merced á Pay Arias de Castro (dijo el Rey) Alcayd por nos del Alcázar de Córdoba y nuestro portero mayor del Andalusia, por mucho servicio que nos fiso y nos fase; y porque el su castiello á que solian desir *Alcalá, á quien nos toviemos por bien de mudar el nombre, y quel digan* Espeio, y sea mejor poblado...» Sabemos pues que la sucesora de *Ucubi* debe á Fernando el Emplazado el nombre de *Espejo*, con que actualmente es conocida; y es verosimil que se la puso por ser estimada tan famosa altura como espejo y luz de la frontera, distinguiéndose por sus continuas hazañas la gente de guerra, que al comenzar el siglo XIV, se habia amparado en aquel fuerte. La historia y los documentos paleográficos ponen por conguiente fuera de duda que son cosas enteramente distintas la moderna *Espejo* y la *Aspavia* de la edad romana.

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 26.

CAPITULO XIII.

SORICIA.

«Aconteció (despues que fuéron sorprendidas las cartas que Pompeio enviaba á *Urso)* que estando los soldados de César temerariamente diseminados en sus trabajos, fuéron muertos algunos de á caballo en un olivar, mientras que hacian leña: y á esta sazon pasáronse unos siervos al campo de César, y anunciaron era grande el miedo en el de Pompeio, desde el tiempo en que se dió la batalla cerca de *Soricia*, el dia tercero de las nonas de Marzo,» ó sea el cinco de dicho mes (1).

(1) *In sequenti tempore cum nostri temere in opere distenti essent, equites in oliveto, dum lignantur interfecti sunt aliquot. Servi transfugerunt, qui nunciaverunt* A. D. III. *Nonarum Martii praelio ad Soritiam quo factum est, ex eo tempore metum esse magnum.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27.) Unas ediciones, como la Griphia de 1565, la Plantiniana, la Aldina y la de Cellario ponen *ad* III *Nonas Martias*, ó *ad* III *Non. Martii.* Otras ediciones, como la de Goduino, las dos Elzevirias de 1635 y 1661, la de Francofurti de 1669, las de Oudendorpio y N. Moore, en nuestro sentir con más correccion, dividen la *A* de la *D*, abreviatura de *ante diem.* En los códices Real Anglicano y de Vossio se escribe *Nonas Martias*, segun Clarke, quien optaria por esta leccion, que se encuentra además en algunas ediciones, como en la de Venecia de 1494, y la Griphia ya citada. En las primigenias, lo mismo que en muchos MSS., se halla, *Non. Martii*, segun Oudendorpio, quien parece preferir ésta otra leccion. Si como ya se ha dicho, la voz *ad*, ó más bien las siglas *a. d.* son abreviatura de *ante diem*, debe leerse entonces *ante diem* III *Nonarum Martii*, vel *ante diem* III *Nonas Martias*, vel *ad tertium nonas Martii;* como en la ed. Veneciana, 1471, cuyo sentido es el mismo. *Proelium* en vez de *proelio* se lee en muchos códices: *in plerisque Codicibus*, segun Clarke; y así este insigne crítico adoptó la primera de estas dos lecciones. *Proelium* dan tambien todas las ediciones anteriores á Scaligero, quien, al contrario de Clarke, volvió á escribir *proelio* en el texto, siguiendo el MS. Ursino, y así las de Cellario, Goduino y las dos Elzeverianas. Oudendorpio á su vez, siguiendo la autoridad de cuantos MSS. consultó, escribió *proelium*, y lo mismo N. Moore. Antes de Scaligero, seguidamente de *proelium* se encontraba la voz *affore* en todas las ediciones. Oudendorpio afir-

Este pasaje del libro de la *Guerra de España*, ha sido el tormento de los eruditos.

Presentando el texto íntegro en sus distintas formas, se comprenderá el orígen de las diversas interpretaciones que hasta ahora se le han dado. Antes de Scaligero decia el texto: «*Servi transfugerunt, qui nunciaverunt ad III (vel tertium) Nonas Martias (vel Martii) proelium affore ad Soriciam, quod factum est, ex eo tempore metum esse magnum*;» y despues de Scaligero, en vista de las variantes ya notadas, debe leerse: «*Servi transfugerunt, qui nunciaverunt, a. d. III Nonarum Martii proelium ad Soriciam quo factum est, ex eo tempore metum esse magnum.*» La primera leccion parece indicar que la batalla de *Soricia* iba á darse el dia *III* de las Nonas de Marzo: la segunda demuestra que en este dia la batalla ya se habia verificado. De ello se deduce que *Soricia* y *Soricaria* son un mismo punto (1).

ma que *affore*, se lee en ve: de *ad Soriciam* en el Cód. *Leid Seg.* y en el *Dorevilliano*: «*Unde patet* (añade) *id ex illis verbis natum esse. Affore* no se encuentra en los demás MSS., segun el mismo Oudendorpio, ni se lee ya en las ediciones posteriores á Scaligero, quien lo borró del texto por faltar tambien en el Códice Ursino. Goduino, sin embargo, lo halló en el Códice Victorio, y aunque anotando este pasaje escribe: «*Quae lectio an melior sit, ignoro*», en su edicion tampoco aparece la voz *affore*. Glandorpio leyó «*proelio multos aufugisse ad Sor.*»; pero sin fundamento alguno. *Quo* en vez de *quod* ofrecen las ediciones *Vascosona* de 1543, las *Griphias* de 1546 y 1565, la de *R. Stephano* de 1544 y la de *Strada* de 1575; y aún cuando *quod* aparezca en otras ediciones, la leccion *quo* debe preferirse. La expresion *factum est* indica bien claramente que el historiador habla de un hecho pasado, y no hay otro en su texto, á que pueda aludir, que el de la batalla de *Soricaria*, de que se ocupa en el capitulo 24, siendo por consiguiente aquella ciudad la misma á que hace referencia en el cap. 27. La expresion *ex eo tempore* indica tambien tiempo pasado, y á ella ha de referirse el relativo *quo*, para que todo este pasaje, escabroso (*salebrosus*), como le llama Petavio, y cuya sintáxis es dura, como dice N. Moore, pueda entenderse rectamente.

(1) Clarke, anotando la voz *Soriciam*, escribe: «*Forte Soricariam: ut supra.*» Cellario dice: «*Non puto alium locum esse, quam qui supra*, cap. 24, *dicitur Soricaria.*» Para Oudendorpio ya en esto no cabe la menor duda: lo mismo que para N. Moore, que se adhiere á la opinion de Oudendorpio. Chacon opina que en uno y otro lugar debe leerse *Soritia*; sin embargo, creemos que más bien debe escribirse *Soricaria*. Primitivamente en los códices esta voz hubo de hallarse en el cap. 27, abreviada *Soric.* con tanto más motivo cuanto que de *Soricaria* se habia hecho mencion poco antes en el cap. 24. El copista formó entonces sin duda, de la voz abreviada *Soric.* la de *Soricia*, y su vicio se comprueba, porque unas veces se encuentra esta voz escrita con *c*, *Soriciam*, y otras con *t*, *Soritiam*. Y aunque de este último modo se lee en algunos MSS. y ediciones, parécenos que esto más es enmienda posterior que leccion genuina del texto. Lo cierto es que Oudendorpio volvió á escribir *Soriciam*, siguiendo la autoridad del códice Peta-

Nuestro A. de Morales supuso que *Soricaria* y *Soricia* eran dos pueblos distintos, y así como del primero dice en su *Corónica* «que no se puede bien saber qué lugar fuese», de la situacion del segundo se expresa en los propios términos alegando : «que no sabe dar buena razon de dónde caia». El P. Ruano, que opinó como Morales que estos eran dos pueblos diferentes, redujo el de *Soricia* á la actual Montilla, cuyo dictámen adoptó M. Conde en su *Disert. MS.* Pero hoy ya no queda la menor duda entre los críticos modernos de que *Soricaria* y *Soricia* son un mismo y solo punto; y así cuanto se ha expuesto sobre la reduccion geográfica de la primera, se ha de entender igualmente de la segunda.

viano; y además añade leerse *Suricam* en el códice Leid. primero, y *Soricam* en el Scaligeriano : todo lo cual justifica lo depravado de esta voz, y que la verdadera leccion debe ser la de *Soricariam*.

CAPITULO XIV.

—

HÍSPALIM.

«En este dia (en el mismo en que los siervos tránsfugas anunciaron el gran miedo que habia en el campo pompeiano desde la batalla de *Soricaria*, y no en el dia III de las Nonas de Marzo en que aquella hubo de verificarse, como han creido algunos) Pompeio movió sus reales é hizo alto en un olivar cerca ó enfrente de *Hispalim* (1).»

En todas las ediciones se lee *constitit* (2). Esta leccion, que es la verdadera y antigua del texto, prueba que Cneo no podia encontrarse á larga distancia del punto donde acampaba anteriormente : porque la voz *constitit* indica que hizo alto á cosa de media jornada y que habia de hallarse solamente á algunas horas de camino y á poca distancia de la plaza de *Úcubi*, en cuyos contornos estaba antes acampado. Si esta marcha del ejército pompeiano fué de algunas horas, es imposible que Cneo levantando su campo de los alrededores de *Úcubi* (hoy Espejo, como queda demostrado en su lugar respectivo), hiciera alto cerca ó enfrente de la moderna Sevilla, que estará unas veinte leguas de la actual Espejo ó antigua *Úcubi*. «Antes que César partiese al mismo sitio (continúa el historiador) se dejó ver la luna cerca de la hora sexta» : es decir, la hora sexta del dia, no de la noche ; lo que se expresa como prodigio, segun advierten Goduino y N. Moore. «Movidos así los cam-

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27. Las voces *contra* y *circa* se confunden frecuentemente en los MSS., porque los copistas las escribian abreviadas del mismo modo, en esta forma : *cra*; y de aquí que unos leían despues *contra* y otros *circa*.

(2) Lo mismo acontece en los MSS., á excepcion del Ursino, Petaviano y Letdense primero, donde se lee *constituit*, segun Oudendorpio, quien á pesar de ello no condena lo de *constitit* : «*Non hoc damno* :» asi es que lo conserva en su edicion. En el códice Granatense se lee *consistit*, que expresa la misma idea que la voz *constitit*.

pamentos, mandó César á sus soldados que incendiasen la plaza de *Úcubi*, que Pompeio habia abandonado, y quemada la ciudad se acogiesen á los reales mayores». Este último pasaje se lee de muy diverso modo en varias ediciones. El texto, que parece más correcto, es el de la edicion de Cellario, que ha de preferirse por ajustarse mejor al sentido de lo que va relatando Hircio. Resulta, pues, segun el historiador, que ambos ejércitos levantaron el campo: que Cneo hizo alto en un olivar, *circa vel contra Hispalim*; y que César se dirigió entonces al mismo punto. Averiguar cuál sea este, toda vez que no puede reducirse á la moderna Sevilla, segun queda ya demostrado más arriba, es la grave dificultad con que han luchado los eruditos. Indudablemente debe estar depravada en el texto la voz *Hispalim* (1). De las diversas conjeturas que se han formado sobre la voz que primitivamente debió existir en el texto, y que los copistas confundieron con la de *Hispalim*, es la más probable la del Sr. D. A. Fernandez-Guerra. Segun él, Hircio debió escribir *Ípagrim*, que conforme al comun dictámen de los eruditos, corresponde á la actual Aguilar. Y con efecto, esta ciudad se encuentra á media jornada corta de la de Espejo (*Úcubi*), y pudo muy bien Cneo hacer alto en medio de sus frondosos olivares, cerca ó enfrente de ella. Compruébase además la exactitud de esta conjetura, recordando que en el consejo habido en el campo pompeiano, á los alrededores de *Úcubi*, se tomó la resolucion de dirigirse hácia la mar, *mare versus*, como anteriormente queda expuesto; y el camino desde Espejo á Aguilar, indica precisamente que Cneo habia tomado ya esta direccion hácia la marina. La voz *Hispalis* en los documentos de la edad media, y con particularidad en las noticias y monumentos eclesiásticos, se encuentra escrita *Spalis*. En Philostrato, que es de la

(1) Nadie ignora cuán poco firmes son en el libro de Hircio los nombres de los pueblos. *Articula* y *Antiquas*, en vez de *Attegua*, se lee en los MSS., y en las primeras ediciones, así como *Saonem* en vez de *Ursonem* y *carcelenses* por *carteienses*: *Ullam* en vez de *Mundam* se lee en el cap. 41 del mismo libro, en el códice Granatense; y *Numidia* en vez de *Munda* en algunos antiguos MSS. del *Epitome Rerum Romanorum* de Floro, segun Salmasio. Sériamente no puede objetarse que en el fragmento de J. Celso, se cita igualmente á *Hispalis*, como arguye un escritor moderno. Esto, si algo prueba, es que los copistas viciaron con efecto el texto, escribiendo un nombre tan conocido como el de *Hispalis*, en vez de otro que no lo fuera tanto: así como el autor de este fragmento, creido de Celso, escribió constantemente *Córduba* por *Attegua*, atribuyendo á la primera todos los sucesos que refiere Hircio, como correspondientes á la segunda.

época del emperador Septimio Severo, se leia ya tambien sin aspiracion *Íspolon*. Era, pues, muy natural entonces que un copista no entendiendo el nombre *Ípagrim*, creyera debia escribirse *Íspalim*, ciudad tan conocida en todos tiempos, y que precisamente Hircio cita en algunos de los capítulos posteriores, lo cual contribuyó sin duda á viciar el texto; del mismo modo que muchos de nuestros críticos han entendido que debia leerse *Ursaonensium*, en vez de *Bursavonensium*, porque *Urso* ó *Ursao* es una ciudad mucho más conocida, y de ella habla tambien Hircio en otros capítulos posteriores (1).

Perez Bayer sospecha que en lugar de *Hispalim* debe sustituirse *Singilim*, alegando que pudo dar ocasion al error una causa igual á la que acaba de indicarse; pero no parece tan probable la conversion de *Singilim* en *Hispalim*, como la de que esta voz se formara de la de *Ípagrim*.

Otros escritores queriendo conservar el texto tal cual hoy ha llegado hasta nosotros, suponen otra ciudad *Hispalis*, distinta de la que todos los geógrafos é historiadores colocan á orillas del rio *Baetis*, ó *Guadalquivir*. El P. Ruano, que fué el primero que pensó de esta manera, supone que esta *Hispalis*, de que habla Hircio en el cap. XXVII, corresponde á la actual villa de Monturque, como veremos (añade) en el Convento jurídico de Córdoba (2). Ortiz, en su *Disertacion MS. sobre Munda*, dice, que «la *Hispalis* á que se dirigió Pompeio, excluido de *Aspavia*, y se acampó en unos olivares, no pudo ser Sevilla, y nos inclina á reconocer otra *Hispalis* diferente de aquella, que dista de Es-

(1) En varias antiguas ediciones, como en las de Venecia de 1482 y 1494, se lee *Íspalim* en vez de *Hispalim*, en este lugar, cuando las mismas escriben *Hispalis* ó *hispalis* en otros pasajes en que se refieren evidentemente á la verdadera ciudad de este nombre; lo cual no sólo demuestra que es distinta la que pertenece al caso de que se trata, sino que ayuda mucho á confirmar la conjetura del Sr. Guerra.

(2) Ruan. *Hist. Gen. de Córdoba*, libro 1., cap. 27. De este Convento trata en el lib. 2., el cual aún no se ha publicado, pero nada hay en él acerca de esta otra *Hispalis*, tal vez porque reformara ya aquel dictámen. Los libros 2. y 3., que componen el segundo tómo de la referida *Historia de Córdoba*, se hallan originales en la Academia de la Historia, est. 2., núm. 164. De todos modos no pueden saberse hoy las razones que movieron al P. Ruano á sentar una opinion tan extraña. Sin embargo, no ha dejado de haber quien haya adoptado este dictámen. Ortiz escribe: «Tengo por cierto que hubo otra *Hispalis* á quatro ó cinco leguas de *Ucubi*, y parece seguro que estuvo donde hoy Monturque.» *Compendio de la Hist. de España*, lib. 3., capítulo 11, nota 46.

pejo ciento veinte millas». Luego, añade, darémos otra razon que confirma esta conjetura (1). Pero esta razon nada prueba en pro de su sentir, porque consiste en atribuir equivocadamente el incendio de *Cárruca* por Cneo á esta *Hispalis*, en cuyo olivar hizo alto el ejército pompeiano.

(1) «Quizás esta *Hispalis* (termina diciendo) corresponde á Estepa, unas dos leguas de Osuna, y como tres del paraje donde yo creo estuvo Munda.» (Ort. *Disert.* MSS.)

CAPITULO XV.

—

VENTIPO.

Queda expuesto en el capítulo anterior que César movió sus reales, y se dirigió al mismo sitio donde habia hecho alto Pompeio cerca, ó enfrente de *Ípagri* ó Aguilar. Desde aquí hubo de marchar á la ciudad de *Ventiponte*, porque Hircio continúa diciendo en el cap. XXVII, que en seguida, ó á poco tiempo, empezando á combatir esta ciudad, rindiósele, hizo una jornada á *Cárruca*, y puso su campamento frente de Pompeio (1). De esto se deduce que en *Ventiponte* César hubo de detenerse muy poco, pues apenas comenzó su expugnacion, se le entregó, sin que Hircio refiera ningun incidente, que induzca á creer opusieran resistencia los de aquella ciudad á las tropas de César (2). Hoy, segun el comun dictámen de los eruditos, se corrige el nombre de esta poblacion, por las inscripciones y medallas de que despues se hablará, en *Ventipo*,

(1) *In sequenti tempore Ventiponte oppidum quum opugnare coepisset deditione facta, iter fecit in Carrucam, contraque Pompeiumcastra posuit.* Hirt., *Bell. Hisp.*, cap. 27.

(2) El nombre de *Ventiponte* se encuentra manifiestamente corrupto en el libro del *Bello Hispaniense. Ventiponte* se lee en el códice Leid. primero y en el Dorwilliano, y en las ediciones primigenias; *Ventiponti* en el códice Scaligeriano; *Ponti* en el Petaviano; y *Veteri Ponte* en el Granatense: todo lo cual prueba bien cuán depravada se halla esta voz en el texto de Hircio. Aunque en las modernas ediciones se lee generalmente *Ventisponte*, en las más antiguas se escribe mejor *Ventiponte*. Así en la que imprimió Nicolás Icnson, en Venecia, año 1471. *In sequenti tempore ventiponte oppidum*, etc. y del mismo modo en la de Octaviano Scoto, Venecia, 1482. En la de Felipe de Pincuns, Venecia, 1494, dice: «*in sequenti tpe. venti ponte.....*; donde parece leerse el *venti* separado del *ponte*, y de esto tomó ocasion sin duda Fray Diego Lopez de Toledo, para verter este pasaje en sus *Comentarios de Gayo Iulio César*, lib. 6, cap. 7, de la manera que aquí trasladamos: «En el tiempo siguiente como comenzase á combatir el lugar por la puente del Viento, dándose el lugar fué á *Caurruca*...... etc.»

debiendo, por tanto, escribirse *Ventiponem* (1). Ningun otro escritor de la antigüedad, ni historiador, ni geógrafo, hacen, sin embargo, mencion de *Ventipo;* pues es grave error confundirla con *Basilippo*, una de las mansiones que pone el *Itinerario* de Antonino en el camino de Cádiz á Córdoba, segun opinaron R. Caro (2) y Vesselling (3), que querian se leyera *Basilipponem* en el libro de Hircio, cuyo dictámen adoptó ciegamente Oudendorpio; pero se opuso el P. Florez, quien con su acostumbrado buen juicio rechazó esta opinion, que ya nadie sigue.

De esta ciudad no se habia publicado inscripcion alguna, hasta que el mismo P. Flores dió á la estampa la que le comunicó D. Luis José Velazquez, el cual le aseguró haberse encontrado media legua de *Casaliche*, camino de la *Puente de D. Gonzalo*, en un sitio que llaman *Vado Garcia* (4). D. Antonio Marcelo Jurado y Aguilar, en la obra que intitu-

(1) El libro de Hircio nos ministra ejemplos que justifican esto mismo. El nombre *Bursavolenses*, que se lee en la mayor parte de los códices, en el Dorwiliano está escrito *Bursavonientes* y *Bursavonentibus*, y en el Petaviano *Bursavonensibus;* y asi como los copistas escribieron *Bursavonentibus* y *Bursavonensibus*, creemos tambien escribieran *Ventiponte* en vez de *Ventipone*.

(2) Rod. Caro. *Antig. de Sev.*, fól. 168.

(3) Wessell. *Ant. Itinner.*, pág. 410.

(4) Flor. *Esp. Sagr.*, tom. X, pág. 80. En las *Observaciones del viaje de Extremadura y Andalucía* de D. L. J. Velazquez, Marqués de Valdeflores, MSS. de la Bibiloteca de la Academia de la Historia, tom. XXV de la *Colec.* que lleva el nombre de aquel, se lee asi el lugar y copia de este epigrafe: «En *Casaliche*, aldea cercana á Estepa, hai esta inscripcion traida de un sitio inmediato, que llaman Vado Garcia, y está una y media legua de la Puente de D. Gonzalo á la parte meridional de Xenil en el camino de la puente á dha. aldea de Casaliche.» Y despues de copiar la inscripcion, prosigue escribiendo Valdeflores: «Aqui hay memoria de un pueblo antiguo llamado *Ventipo* que tambien se encuentra en las medallas, y por ambos monumentos se debe corregir un lugar de Hircio, quando dice que César despues de haber quemado á *Ucubi*, tomó á *Ventisponte*, y de allí pasó á Carruca, *in sequenti tempore Ventiponte oppidum quum oppugnare coepisset, deditione facta iter fecit in Carrucam.* Donde debe leerse *Ventiponem* por *Ventisponte*. El sitio de *Ventipo* parece que es el de Vado Garcia, donde se halló la inscripcion.» Hasta aqui Velazquez sobre este punto, en su citado MS. original. En la *Coleccion de inscripciones* de D. Cándido Maria Trigueros, que se conserva MS. en la Bibiioteca de la Real Academia de la Historia, est. 18, gr. 6, núm. 73, se halla otra copia del mismo epigrafe, en que se le divide en dos, por los distintos sujetos á que se refiere, y con las solas variantes de la de Valdeflores, de escribir EQITVS en vez de *equitivs*, y PRS en vez de *pri* en la segunda linea, hijas manifiestamente de la incorreccion de este traslado. A su continuacion se añade: «Esta piedra está en la Puerta de las casas de Bartolomé Vesejo, vecino de Casaliche, Aldea de Estepa, la cual se halló en un sitio que llaman Vado Garcia, media legua de dicho lugar, y una

la *Ulia Romana y fundacion de Montilla*, y que MS. se conserva en el archivo de la casa de Medinaceli, al lib. II, cap. II, pág. 138, par. 377, escribe acerca del mismo epigrafe: «En la puerta de las casas de Bartholome de Soxo, natural y labrador de *Casaliche*, que es hoy aldea de Estepa, sirve de poyo y asiento un cipo ó tabla de jaspe blanco, su longitud de dos varas, su ancho como de dos tercias, y cerca una de grueso. Descubrióse subterránco en el Villar ó Villeta (como le nombró Francisco Pablo de Sanz, que es el que nos dió el informe dia 22 de Enero de este año de 1763), que llaman el Atalaya, que dista un cuarto de legua de esta aldea: su epitafio es el siguiente: etc.» Al márgen dice: «Esta lápida se trajo á Lucena desde *Casaliche*, á contemplacion de D. Francisco Lopez de Bruna, Caballero del Hábito de Calatrava y Oidor del Acuerdo de Sevilla, y fué dicha traslacion á principios de Octubre de este año de 1764.»

Treinta años despues del viaje, que con objeto de recoger monumentos para nuestra historia, emprendió el Marqués de Valdeflores, Perez Bayer en el que hizo año de 1782 por Andalucía y Portugal, sacó otro traslado de la misma inscripcion en Lucena, à donde fué llevada la piedra, sin que en esto quepa la menor duda, pues el citado Perez Bayer escribe á continuacion (1): «Esta me dixo (2) se habia encontrado en *Casaliche*, pueblo del marquesado de Estepa.»

En el presente año el Dr. Emilio Hübner, que recorre nuestra España para la formacion del cuerpo general de inscripciones de toda ella, por encargo de la Real Academia de Berlin, ha tenido la suerte de descubrir, por mero acaso y bajo una cubierta gruesa de cal, cuatro buenas lápidas que se conservan en Lucena, en las casas que fuéron del Oidor de Sevilla D. Francisco Bruna, en las cuales vió Perez Bayer la de *Ventipo*. De esta última ha tenido dicho señor la amabilidad de remitirnos un traslado, que reproducimos, poniendo á continuacion las observaciones hechas por aquel acerca del mismo epígrafe, y que del propio modo debemos á su amistad:

de la Puente de D. Gonzalo. Es de mármol blanco muy duro, de siete palmos de largo y un pié de grueso: ambas inscripciones se hallan continuadas.»

(1) Per. Bay. *Diar. del Viaj. de And. y Port.*, 1782: MS. de la Bibliot. Nac., segunda parte, fól. 39.

(2) D. Gerònimo Garcia, Pbro., à quien vió en Lucena, casa de D. Francisco Bruna, Oidor de Sevilla.

D·M·S
Q·EQvITIVS· Q·LIB· PRI
MIGENIVS·VENTIPONE
NSIS· ANN· LXX· PIVS
IN· SVIS·HIC SITVS
EST. S·T·T·L·
EQVITIA· Q· LIB· FVSCA
VENTIPONENSIA
ANN· LX·PIA· IN
SVIS· HIC· SITA EST
S·T·T·L

«El carácter de las letras, la forma constante que se observa en la Λ, »la falta de algunos puntos, etc., demuestran evidentemente una época »ya bastante baja : en mi concepto, la segunda mitad del tercer siglo, »del tiempo de Caracalla en adelante; y así tambien ha de explicarse »la forma enteramente *rústica* y *plebeia* de *Ventiponensia*, que yo nunca »hubiera creido existir efectivamente en ningun escritor español, si no »lo mostrara indudablemente el calco de la lápida que poseo.»

En la *Coleccion* de Trigueros MS., con el rótulo, *Inscripciones: Muratori* (1), que están en cuartillas sueltas, hay una de estas, copia, dibujada á la pluma y con hermosas letras capitales, del que al márgen se dice de letra cursiva de Trigueros: «Fragmento de jaspe negro, que se halló en Casaliche, junto al Puente de Don Gonzalo (R.° de Granada), y hoy está en Lucena en casa de Don Francisco de Bruna.» Parece colegirse de lo que ha quedado de esta inscripcion, que es sepulcral, pero tambien al mismo tiempo verdaderamente geográfica, pudiendo leerse en ella *MunIci*PIO VENT*iponensi;* y en prueba de absoluta imparcialidad y para más autorizarla, presentamos, en vez de la calculada por nosotros, la restitucion del mismo epígrafe hecha por el referido doctor Hübner.

c. titio NIGRI· F· VE*stino et l. titio*
nigri F· TVSCINO *ii. viris. in*
*mun*ICIPIO· VENT*iponensi. primis*
*Fabia. marce*LLINA· SIBI *et filiis suis. f. c*

(1) Est. 18, gr. 5, núm. 72 de la Bibliot. de la Real Acad. de la Hist.

De modo que son dos las piedras halladas en Casaliche, en las que se lee con repeticion el nombre del pueblo de *Ventipo*. Estas dos piedras son el mejor comprobante de que *Ventipo* estaba en el lugar donde fuéron halladas, porque verificándose bien en Vado García, ó mejor dicho en la Torre del Atalaya, el proceso del ***Bello Hispaniense***, por estar en el camino que traian los ejércitos desde ***Ucubi*** ó Espejo y sus contornos en direccion á la marina, ***mare versus***, no hay fundamento para decir que las personas nombradas en las dos inscripcione- murieron fuera de su patria, como á este propósito sostiene el P. Florez (1), y que no fuéron enterradas en el campo de *Ventipo* (2); y más aún, hablando la segunda del *Municipio Ventiponense*.

En el sitio, donde fuéron halladas las inscripciones, se encuentran medallas con el nombre de *Ventipo*, de las cuales posee hoy varias D. Domingo de Silos Estrada, vecino de Osuna y persona curiosísima. Tambien puede decirse que el P. Florez fué el primero que publicó una moneda con la verdadera leyenda *Ventipo* (3); pues aún cuando el Dean Marti en su carta á Montfaucon cita otra donde se lee *Venipo* (4), corresponde á la misma ciudad, y debe leerse *Ventipo*: porque indudablemente, segun el P. Florez, la medalla que examinó el Dean de Alicante, no se encontraria tan bien conservada, y no advertiria que la T estaba enlazada con la N, como efectivamente se observa así en la del P. Florez, (VENTIPO), y en las varias que hemos tenido ocasion de examinar (5).

(1) Flor. *Esp. Sag.*, tom. X, pág. 81.

(2) Confirmase esto con la costumbre, que á veces tenian los romanos, de poner el patronímico á los naturales de una ciudad, para distinguirlos de los que no lo eran. Así en *Aesona* se puso un epitafio á Lucio Fulvio Restituto aesonense, en *Ammaia* otro á Aventino ammaiense, en *Aratispi* otro á Lucio Lucinio Luciniano aratispitano, en *Augustóbriga* otro á Flavia Rufina augustobrigense, en *Aurigi* otro á Julio Fabio Florino aurigitano: en *Ipocobulcoli* otro á M. Urbicio Faventino ipocobuiciense ó Ipocobulconense, otro á M. Urbicio Rústico ipocobulconense y otro á Lucinia Modestina ipocobulconense, y asi de otras muchas inscripciones sepulcrales, en que se nombra por patria del difunto la misma ciudad en que se lo puso la memoria.

(3) Flor. *Med. de Esp.*, tom. II, página 617.

(4) Mart. *Epist.*, lib. 8, epist. 3.

(5) No somos del mismo dictámen en cuanto á la explicacion que nos da el P. Florez de la figura del reverso, que segun él, representa al Gladiador *Retiario*, de cuya singularidad hace gran fiesta el citado maestro. Ya Eckhel contradijo esta opinion (*Doc. Numam. Veter.*, tom. I, pág. 31 y 32), á cuyo parecer suscribe Sestini (*Descrizione delle Medaglie Ispane*: pág 92). Y lo que quita toda duda, es otra medalla, de gran bronce, que detenidamente hemos tenido ocasion de examinar, donde se ve claramente al

Consérvanse en este mismo sitio ruinas romanas, pregoneras de la existencia de la antigua *Ventipo*: todavía se registran cimientos de torres y otros edificios, y se hallan en pié dos trozos del circo, cuyas paredes tienen dos varas de altura, notándose aún en ellas una de las entradas, cuyo hueco sólo llega al comedio de la pared, siendo preciso inclinarse para entrar, sin duda por haberse elevado el piso. Estas ruinas son muy poco conocidas. D. Antonio Marcelo Jurado en su obra ya citada, añade á continuacion del pasaje que dejamos copiado: «Por este título funeral se colige claramente que la plaza y fortaleza de *Ventiponte* estuvo en las cercanías del Villar de la Atalaya, en el cual se conservan algunas torres desmanteladas y tapiales de muro destrozados, como asegura como testigo de vista dicho Bartolomé Sanz.» Cean, hablando de *Ventipo* en su artículo *Casaliche* ó *Casariche*, da algunas noticias, diciendo: «Todavía se conservan en este sitio (el paraje de Vado García) las ruinas de su antigua poblacion, y se encuentran lápidas y monedas» (1). Hállanse estas ruinas en terreno bajo, á un tiro de arcabuz del lugar de *Casaliche* ó *Casariche*. De la Puente de Don Gonzalo, ó de Genil, á Casariche, hay dos leguas cortas, y poco antes de llegar á esta última villa, á la mano izquierda del camino, dirigiéndose de la Puente á Casariche, hay un molino en el sitio de Vado García, é inmediatas á dicho molino las ruinas romanas, donde se encontraron las inscripciones y las medallas de la antigua *Ventipo*, y donde se verifica el proceso del libro de Hircio; por lo cual no debe quedar la menor duda de que en este sitio de *Vado García*, ó Torre del Atalaya, junto á *Casariche*, estuvo situada la ciudad de *Ventipo*, ó sea el *Ventiponte* del *Bello Hispaniense*. Compruébase además con las ruinas de la puente romana, que se registran sobre el

soldado con su *clypeo*, arma defensiva que no llevaba el *Retiario*; pues el mismo Juvenal, cuya sátira octava cita el P. Florez para apoyar su sentir, en los versos anteriores á los que copia en el tomo de sus *Medallas*, principia la descripcion del noble Gracho, Gladiador *Retiario*, diciendo:

«et illic
Dedecus Urbis habes, nec mirmillionis in armis
Nec clypeo Grachum pugnantem, aut falce supina
(Damnat enim taleis habitus, sed damnat et odit.)
Nec galea faciem abscondit.»

Por donde se convence que, segun la descripcion de Juvenal y la explicacion del P. Florez, no puede ser Gladiador *Retiario* el de su medalla de *Ventipo*, que tal vez por no estar tampoco muy bien conservada, no presentaria tan claramente los detalles de la figura, como se notan en la que hemos examinado.

(1) Cean, *Sum. de Antig.*, pág. 304.

Genil, hácia el Poniente de su confluencia con el rio Anzul, siendo de notar que en cinco ó seis leguas no se conservan ni rastros de otro puente antiguo. El que da nombre al lugar de *Puente de Don Gonzalo*, es manifiestamente moderno, en parte sólo de fábrica, y de madera lo que de aquella está sin concluir. Así, pues, caminando los ejércitos desde las orillas del Guadaxoz en direccion al mar, y haciendo alto, cerca ó enfrente de *Ípagri* ó Aguilar, esta puente es la que se ofrece al paso para continuar el camino, y llegar á *Ventipo* ó *Ventiponte*, cuyas ruinas están á unas dos leguas al Mediodia de dicha puente, ahora quebrada, y á una jornada de Aguilar. El Genil no es vadeable, y por fuerza hubieron de pasarlo por un puente, que no puede ser otro que el que hoy ostenta todavía sus ruinas entre Aguilar y Casariche. Y á nadie espante que Hircio no mencione el paso del rio Genil por los ejércitos. Su silencio nada prueba, porque entonces se argüiria que César no habia pasado el *Salsum* despues de la toma de *Attegua*, alegando que Hircio nada dice: lo que el silencio del autor hace suponer es que el paso del Genil no ocasionó batalla. Es, pues, incuestionable que la ciudad, que tan corta resistencia opuso al ejército de César, á la cual en el *Bello Hispaniense* Hircio da el nombre de *Ventiponte*, y que de comun acuerdo con los eruditos hemos identificado por las inscripciones y medallas con *Ventipo*, se hallaba situada en el Villar de la Atalaya, junto á la villa de Casariche.

Muchos la reducen á la Puente de Don Gonzalo; pero para ello no hay más fundamento que la alusion hecha al nombre de esta villa por el P. Florez, quien escribe: *parece conserva algo del nombre antiguo* (1). Mas leyéndose *Ventipo* y no *Ventipons*, como propone el mismo Florez, ya ni aún esta alusion hay con el nombre actual de Puente de Don Gonzalo. Más exacto anduvo en la reduccion de *Ventipo*, cuando trató de sus medallas, donde dice que su situacion «quadra al lugar de Casaliche, entre las villas de Estepa y Puente de Don Gonzalo, en cuyo término se encontró la inscripcion» (2). En su Mapa de la Bética que publicó en el tom. IX de su *España Sagrada*, sitúa á *Ventipo* á la banda Septentrional del Genil, lo que conviene á la Puente de Don Gonzalo; pero en el que dió á la estampa en el tom. I de sus *Medallas*, y en el que reprodujo en el tercero añadiendo los demás pue-

(1) Flor. *Esp. Sag.*, tom. X, pág. 80.
(2) Flor. *Med. de Esp.*, tom. II, pág. 617.

blos que batian moneda, coloca á *Ventipo* á la banda Meridional del mismo rio, y algo apartada: lo que se ajusta á Vado García y Villeta de la Atalaya, ó á Casaliche. Tambien Cean, que tuvo presentes los manuscritos del marqués de Valdeflores, reduce á este punto la ciudad de *Ventipo*.

Ni refutacion merece la reduccion á Cantillana que Caro y Wesselling hacen de esta ciudad, convirtiéndola en *Basilippo*, como ya se ha indicado. Si otra prueba no hubiera para demostrar lo inseguro de esta conjetura, los documentos alegados serian bastantes para convencer de que *Basilippo* y *Ventipo* son dos pueblos distintos. D. Fernando Lopez de Cárdenas, conocido por el cura de Montoro, sitúa esta ciudad en el castillo de Anzur (1).

(1) *Franc. Ilustr.*, part. 2, pág. 47.

El Sr. Fernandez-Guerra y Orbe posee autógrafas de este laborioso anticuario unas memorias de la antigua Bética, que se rotulan: *Noticias pertenecientes á la topografía de muchos lugares antiguos de la Bética, con muchas inscripciones inéditas*. En el artículo de *Ventipo* se lee lo siguiente: «Su sitio lo reconocen en la Puente de Don Gonzalo; pero aquí no hay vestigios de antigüedad. Más arriba, á una legua y á la parte meridional del rio, junto á el de las Quebradas ó de las Yeguas que entra en el Genil, hay un sitio que llaman la Fuente de los Peces, y se han hallado conductos de agua y argamasones. A la banda opuesta del Genil, cerca dél, está el sitio de Castillo Anzur, poblacion antigua, de la que existe hoy el castillo en monte muy elevado con vestigios de antigüedad. Mientras no se descubra otra cosa tengo por más verosímil que estuvo aquí *Ventipo*.» De estas memorias, hasta ahora no publicadas, hizo mencion el cura de Montoro, en su *Franco ilustrado*, pág. 195.

CAPITULO XVI.

—

CÁRRUCA.

«Desde *Ventipone* (ó sea el Villar de la Atalaya) César hizo una jornada á *Cárruca*, y sentó sus reales frente de Pompeio. Cneo incendió esta ciudad, porque habia cerrado las puertas á sus tropas» (1).

La voz *Cárruca* se halla depravada en el texto, pues los nombres propios de ciudades, algunas de ellas poco conocidas, se prestan con más facilidad à los vicios de los copistas (2). Esto ha autorizado à los eruditos, para buscar en los antiguos geógrafos el nombre de una ciudad, que pueda convenir al de *Cárruca*. Glandorpio y Goduino la identificaron, pero ineptamente, con la *Caurasia* de Plinio, en cuya voz desde R. Caro es comun dictámen de los críticos leer dos nombres de dos ciudades distintas, *Caura* y *Siarum*. Otros escritores la confunden con la *Calúcula* que Plinio menciona como ciudad estipendiaria del Convento Astigitano, y la *Calicula* que Ptolomeo coloca en la region de los túrdulos. Otros, y estos son en mayor número, como D. Fernando de Mendoza (3), Wesselling (4), Oudendorpio (5), el P. Ruano (6), Hierro (7), y Cean Bermudez (8) con la *Cárula* del *Itinerario* de Antonino en el camino de Cádiz á Córdoba. A este dictámen hubieron de inclinarse algun tanto Ortiz (9),

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27.

(2) *Carrucam* se lee en el Cod. Leid. primero, *Courucum* en varias ediciones primigenias, *Cauracam* en la de Venecia de 1471, *Caurucam* en la de 1482, y *Caurnca* en la de 1494, tambien venecianas.

(3) Mend. *De Concilio Iliber. Confir.*, pág. 89.

(4) Wess. *Anton. Itiner.* pág. 411.

(5) Ouden. *Bell. Hisp.*, nota 7 sobre el cap. 27.

(6) Ruan. *Hist. de Córd.*, tom. I, capitulo 27.

(7) Hier. *Discur. sobre la Bética Rom.* MSS.

(8) Cean. Berm. *Sum. de Antig.*, página 324.

(9) Ort. *Comp. de Hist. de Esp.*, lib. 3, cap. 11, nota 58.

y Cortés y Lopez (1); si bien este último rectificó posteriormente su juicio en su artículo *Cárruca* (2). Otros, entre los cuales fué el primero el P. Ruano en su citada *Historia de Córdoba*, reduce la *Cárruca* de Hircio y la *Cárula* del *Itinerario* á la villa de la Roa; pero el mismo *Itinerario* se opone á esta reduccion; porque desde Sevilla á la Roa hay mucha mayor distancia que la de once leguas y cuarto, que señala el *Itinerario* desde *Hispali* á *Cárula*. El texto del *Bello Hisp.* comprueba además cuán equivocada es esta reduccion de *Cárula* y *Cárruca* á la Roa. Distando esta villa solamente una legua de Casariche, en cuyas inmediaciones, como queda demostrado en el capítulo anterior, estuvo situada la antigua *Ventipo*, ó el *Ventiponte* de Hircio, no podia escribir este historiador que desde *Ventipone* á *Cárruca* César hizo una jornada (3). Las marchas regulares ú ordinarias, segun Vegecio, eran

(1) Cortés, *Diccion. Geogr.*, tom. I, página 258, not. 10, tom. II.

(2) Cortés, *Diccion. Geogr.*, tom. II, página 308.

En las «*Observaciones del viaje de Extremadura y Andalucía del Sr. Velazquez*», MS. de la Biblioteca de la Academia de la Historia, tom. XXV de la coleccion de sus papeles, dice este hablando del citado tercer camino del Itinerario de Cádiz á Córdoba: «Desde Sevilla torcia este camino hácia Oriente hasta Antequera, poniendo las mansiones en *Basilippo*, *Cárula*, *Ilipa*, *Ostippo* y *Barba*, pueblos todos cuia situacion se ignora; pero se deben buscar en el camino que oi va de Sevilla á Antequera, que como quiera que es por tierra llana, y nada fragosa, se puede creer que fuese el mismo que señala el *Itinerario*, pues no se veria obligado á torcer por otros rodeos para buscar el terreno más cómodo. Este camino sale de Sevilla y sigue hasta Antequera de esta suerte:

Sevilla á Gandul. . .	3	leguas.
Al Arahal.	3	id.
A la Puebla de Cazalla ó de Osuna. . .	4	»
A Osuna.	3	»
A la Pedrera.	3	»
A la Roda.	2	»
A Mollina.	2	»
A Antequera.	2	»

»Por todo este camino se descubren los vestigios de la calzada antigua, principalmente desde la Puebla hasta Osuna donde está más clara y entera. Las millas que el *Itinerario* pone desde *Hispalis* á *Anticaria* son 121, que componen 20 ¼ leguas, y las leguas que hoy se cuentan desde Sevilla á Antequera por el camino que hemos dicho, son 22: donde se ve que es muy poco en lo que discrepan las distancias del camino de hoy y las del *antiguo*.» Hemos transcrito literalmente todo lo que Velazquez dice sobre este punto, porque sus observaciones deben ser de más peso, como de escritor que anduvo la tierra tan de propósito.

(3) Desde la villa de la Roa á la de Monda, a donde reducen la antigua *Munda*, los que colocan á *Cárruca* en la primera de estas dos villas, la jornada que tendria que hacer el ejército cesariano, no sólo es demasiado larga, sino tambien muy penosa, pues hay que franquear primero las sierras que separan á la Roa de Campillos, despues la de Ardales, y por último la de Casarabonela, que es de las sierras más ágrias que hemos reconocido. Por esta razon M. Conde, que en su *Memoria MS. sobre Munda*

de veinte á veinte y cuatro mil pasos en cinco horas de la estacion del invierno, con arreglo al paso militar más ó menos acelerado que se empleaba. Algunos (1) pretenden por este pasaje del escritor de *Re Militari*, que una jornada regular ú ordinaria de un dia, *justum iter diei*, equivalia á la distancia de veinte y cuatro mil pasos; pero era bastante mayor ol espacio de camino que se andaba, segun lo largo del dia (2); y el escritor de *Re Militari*, antes citado, habla de las marchas para prepararse á las más precipitadas, ó que se requiriesen en los casos prácticos de la guerra, las cuales, como apunta el mismo Vegecio, aumentaban la distancia y las horas de camino al dia, de una manera indeterminada. Las circunstancias podian obligar á que las jornadas de dos dias se efectuasen en uno solo, y esta es una de las estratagemas que refiere Frontino (3). Suetonio asegura que César verificó larguísi-

identifica tambien la *Cárruca* del *Bell. Hispaniense* con la villa de la Roa, hace pasar los ejercitos por Ardales, y dejando á la derecha á Casarabonela, los lleva por los campos de Casapalma y Coin, para encaminarlos á Monda, con lo cual hace todavía mucho mayor esta última jornada.

* Aún más desacertada es la reduccion, que P. Bayer hizo de *Cárruca* á la villa de Carcabuey, fundado únicamente en que esta *conserva su antiguo nombre Cárruca ó vestigios de él.—(Carta sobre Munda.)* Cortés y Lopez, á quien convenia esta reduccion, porque Carcabuey se halla á una jornada de *Montilla*, donde él coloca la antigua Munda, admitió sin exámen esta conjetura de Bayer. Pero el texto de Hircio la contradice; porque si repetidamente se ha dicho que la direccion tomada por Pompeio, desde *Ucubi*, en cuyos alrededores estaba acampado su ejército, fué hácia la mar, *mare versus*, para arriesgarlo todo en el trance de una batalla, á lo que se resolvió desde la pérdida de *Attegua*, como asegura Dion. (*Hist. Romana*, lib. 43, cap. 35), no puede buscarse á *Cárruca* á la banda septentrional del Genil, porque este rio ya se habia pasado, cuando César se apoderó de *Ventipo* ó Vado García. La villa de Carcabuey tampoco puede ser la *Cárruca* del *Bell. Hisp.*, porque á ella corresponde la antigua ciudad de *Ipocobulcoli*. Asi lo acreditan las inscripciones geográficas encontradas en aquella villa, de que se da cuenta en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tom. VI, pág. 65 y 66; y además, otras tres inscripciones que menciona Cean en su *Sumar. de Antig.* (pág. 360, art. Carcabuey), donde igualmente se lee Ipocobulconense, dos de las cuales fueron halladas en la citada villa, y la otra en Alcalá la Real, de la que aquella dista muy poco. De *Ipocobulcoli* hicieron *Carcabuli* los árabes, y los cristianos *Carcabuey*.

(1) Guischard. *Mémoires critiques: Guerre de César en Espagne. Du chemin que les Armées des Anciens faisaint par jour, et du justum diei iter.* Sect. 2, tomo I, pág. 40.

(2) *Iustum iter diei non est ut aliqui tradunt ex Veg. Mil., I. q. viginti vel viginti quatuor mille pas., sed satis magnum viae spatium pro diei longitudine.* (Forchellini Lexicon.) Caes. *Bell. Civ.*, lib. 3, cap. 76. *Confecto justo itinere: ejus diei quod proposuerat Caesar.* (Oberlini, not. ad. l. c.)

(3) Frontin. *Strateg.*, lib. 3., cap. 1, número 2.

mas jornadas con increíble aceleramiento, caminando cien mil pasos en cada uno de los dias (1). Y Ciceron le llama mónstruo, *Hoc τέρας*, de espantosa vigilancia, de inteligencia y celeridad (2).

Bien averiguado el espacio de camino que comprende la jornada militar de un dia, resta saber la direccion que llevarian ambos ejércitos para encaminarse por *Cárruca* á *Munda*.

La huida que tomó una parte de las reliquias del ejército pompeiano, despues de la rota mundense, con el desventurado Cneo á *Carteia*, y la marcha que hizo el ejército vencedor á la plaza de *Úrso*, despues de la toma de Munda, de todo lo cual se hablará con extension en sus lugares respectivos, demuestran que el camino que seguian ambos ejércitos no podia ser muy apartado ni de *Úrso* ni de *Carteia*, en cuyo puerto estaban ancladas las naves pompeianas; con lo cual se viene á probar en último término en el proceso del *Bell. Hisp.* que el ejército caminaba *versus mare*, ó habia tomado la direccion hácia la marina. Marchando desde *Ventipo*, ó Torre del Atalaya, en direccion á *Carteia* y á *Urso*, hoy *Osuna*, precisamente á una jornada como dice Hircio, *iter fecit in Carrucam*, se encuentra la villa de los Corrales, que sólo dista de Vado García poco más de cuatro leguas. Puede conjeturarse, y á ello nos inclinamos, que *Cárruca* era un pueblo de poca importancia en la natural direccion del camino que llevaba Pompeio, y que se encontraba casualmente acomodado para hacer en él jornada. Si aquel se dirigia hácia el mar, si temia á la caballeria de César, y procuraba el abrigo de los parajes algo elevados, para no ser sorprendido en desventajosas circunstancias, como se ve por todos los incidentes de esta guerra, que antes dejamos relatados, el camino desde la Torre del Atalaya y Vado García, pasando por Vado Febrero, y despues entre la Pedrera y la Roda, para dirigirse á Martin de la Jara y los Corrales, se verifica por terreno llano, resguardado á la parte Norte por la Sierra de Estepa, y por la de Yeguas al Mediodia.

Cuando faltan datos, y hay que entrar precisamente en el campo de las conjeturas, lícito es buscar lo más natural y sencillo, y lo que parece conforme con el órden regular de los sucesos; y en guerras como esta, en que se ventilaban tan altos y trascendentales intereses, emprendidas por generales expertos y conocedores del terreno, nada se debia hacer sin causa que lo justificase. Ahora bien: el objeto de

(1) Suet. *in Cæs*, cap. 57.

(2) Cicer. *Epist. ad Att.*, lib. 8, epist. 9.

Pompeio, como demostraron los hechos, era acercarse á *Osuna* y á *Carteia*, á fin de llegar á Munda, lo que le acomodaba realizar cuanto antes para volver frente al enemigo, despues de haber tomado sus precauciones, y colocádose de conveniente manera. Si pues Munda ha de buscarse al Mediodia de *Osuna* y al Norte de *Carteia*, *Cárruca*, en nuestro sentir, es un punto intermedio entre *Ventipo*, ó el Villar del Atalaya, y Munda, ó el lugar, que á una jornada más, reunia las otras circunstancias, y la de hallarse precisamente en la direccion del presidio marítimo á que se acogió Cneo Pompeio; y por ló tanto la reduccion geográfica de *Cárruca* á la villa de los *Corrales*, que aún pudiera decirse algo retiene del nombre, es la que más se ajusta con la distancia y direccion que necesariamente han de buscarse.

LIBRO SEGUNDO.

BATALLA DE MUNDA Y SUCESOS POSTERIORES.

CAPITULO I.

CAMPO MUNDENSE.

«Desde *Cárruca* (cuyo punto dejamos reducido á los Corrales), despues de hecha otra jornada, habiendo llegado César al Campo Mundense, sentó sus reales frente de Pompeio (1).» Hubieron de seguir los ejércitos la propia direccion que antes llevaban, hácia el mar y hácia *Carteia*, á donde fuera el plan de Pompeio refugiarse en el caso de una derrota, para ampararse de su escuadra, cuidando siempre de caminar, segun se ha dicho, al abrigo de parajes algo elevados, por temor de la numerosa caballería de César. Este hubo de completar otra jornada, como de cuatro leguas, en las alturas de los Andenes, al Oriente de la villa de Torre Alháquime, habiendo pasado para ello al Oeste del cerro nombrado de *Sábora*, en busca del rio Corbones (que por allí trae muy poco caudal de aguas), entrando en la Cañada de Valle Hermoso, y continuando su camino por la ancha y apacible Dehesa del Tomillo, hasta llegar á los Andenes de la Torre. Desde este sitio arrancan los térmi-

(1) *Hinc itinere facto, in campum Mundensem quum esset ventum, castra contra Pompeium constituit.* Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27 *in fine.*

nos de Olvera, Setenil, Ronda y Cañete: divísanse en los dias claros á Marchena, Mairena, Arahal, el Viso y Carmona, sin que haya otro punto de mejores vistas, despues del de Ronda la Vieja, y es este, en fin, paso muy acomodado para un grande ejército, por numerosa caballería que lleve. Fórmanse los Andenes por extensos bancales, que se aran con bueyes, y pueden servir para un campamento, por la natural defensa que cada bancal ofrece. Hay en lo alto una llanura como de trescientos pasos, ó mil piés de diámetro, que llaman plaza de armas, y á su frente una caballería de tierra, ó sea vega pequeñita, que hoy (¡cosa singular!) lleva el nombre de *Munda*. Síguense los hermosos llanos de la Torre de Alháquime, en sentido opuesto al rio de Setenil, que los limita: de allí empiezan los llanos del Galapagar, hasta igualarse con la falda de un elevado y espacioso monte, coronado por las magníficas y celebradas ruinas que llaman de Ronda la Vieja, y que en los tiempos de la reconquista se conocian por *Monda la Vieja* y la *Gran Monda*. De semejante voz han sido fieles custodios en todos los siglos los vecinos de Setenil, y todavía creen oir en aquellas soledades el estrépito de las huestes de César y Pompeio, decidiendo la fortuna del venturoso pueblo romano.

CAPITULO II.

—

BATALLA DE MUNDA.

La rota de Cneo Pompeio, el mozo, junto á Munda hizo célebre el nombre de esta ciudad, por ser uno de los más señalados acaecimientos que ha habido; como que en ella se peleaba por el poderio del mundo, y cuanto Roma, señora del universo, habia conquistado en setecientos años, todo se ponia agora al tumbo de esta victoria, como dice nuestro coronista Ambrosio de Morales.

Desatentado Cneo desoyó las amonestaciones de los veteranos más experimentados con los combates de Pharsalia y África, quienes le aconsejaban dilatase la guerra, y privando de bastimentos á los enemigos, los redujera á la mayor necesidad en una tierra extraña (1). Esto cuenta Appiano; pero sólo debió desechar aquellos prudentes consejos despues de levantar su campo de los alrededores de *Úcubi*, puesto que antes rehusó constantemente venir á trance de una batalla campal.

Dion, más exacto, relata que despues de la pérdida de *Attegua*, las otras ciudades no hacian resistencia á César, y, ó ya se le entregaban por medio de legados, ó ya recibian los que el mismo César les enviara. Así que, irresoluto Pompeio, vagando algun tiempo de aquí á allá, sin órden ni concierto, y receloso de que las restantes poblaciones, movidas de aquella desercion, tambien le abandonaran, determinó aventurarse á un lance decisivo, por más que los númenes le anunciaban su derrota. Pues aún cuando el sudor de la frente de los idolos, el ruido de ejércitos en el aire, muchos partos monstruosos de animales, fantasmas que recorrian el cielo de Oriente á Poniente, cuyos

(1) Appian. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 103.

portentos á la sazon se divulgaban á un tiempo por España, no indicasen á quién amenazara aquella calamidad, sin embargo, las águilas de las legiones romanas agitando sus alas, y arrojando los rayos que de oro llevaban algunas en sus garras, anguraban manifiestamente á Pompeio su ruina, y las mismas parecian volar hácia César (1), cuyo prodigio relata tambien Julio Obsequens (2). Pero Pompeio nada se curaba de esto, y ya á tal punto se habia conducido la guerra, que era preciso decidirla de poder á poder.

Queriendo César al dia siguiente de asentar sus reales en el campo de Munda, hacer con sus tropas otra jornada, fuéle avisado por los exploradores que Pompeio desde la tercera vigilia tenia formadas sus haces. Llegada esta nueva, César puso en alto su estandarte de batalla (3).

Al decir del autor de la *Guerra de España*, Pompeio habia ordenado sus tropas por haber enviado antes cartas á la ciudad de los ursaonenses, que eran de sus favorecedores, diciéndoles que César no queria presentarse en terreno llano, á causa de ser bisoña la mayor parte de su ejército; cuyas cartas aseguraban fuertemente las voluntades de los ciudadanos; y asi alentado por esta opinion, se imaginaba poder lograrlo todo (4).

El ejército pompeiano estaba formado en batalla con trece águilas ó legiones, cubiertas á los costados por la caballería, y además le aumentaban seis mil hombres armados á la ligera, y casi otro tanto de auxiliares. Las tropas de César consistian en ochenta cohortes, ó sean diez legiones, y ocho mil caballos (5).

(1) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 35.

(2) Jul. Obs. *De Prodig.*, cap. 126.

(3) Esta bandera, ó estandarte, consistia en una túnica de grana, levantada sobre la tienda de campaña del *Imperator*, segun se ve por Plutarco en la *Vida de Favio*. En las escuadras se enarbolaba en la nao capitana.

(4) «*Idcirco enim copias eduxerat, quod Ursaonemsium civitati, qui fuissent fautores, antea litteras miserat, Caesarem nolle in convallem descendere, quod maiorem partem exercitus tironem haberet. Hee litterae vehementer confirmabant mentes oppidanorum. Ita, hac opinione fretus, totum se facere posse existimabat*, etc.» Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 28. Adoptamos esta leccion, y la inteligencia del texto que queda expuesta, por creerlas las más conformes al sentido y órden gramatical, entre las que resultan de la multitud de variantes que los códices y ediciones antiguas ofrecen én este pasaje, asi como las más acordes al relato que antecede en el mismo libro de la *Guerra Hispaniense*, en que se habla de estas cartas enviadas por Pompeio á los de *Urso* (cap. 26) con las jactanciosas palabras que se repiten aqui de nuevo.

(5) Mariana dice: «que César sobre-

Los decumanos se hallaban en su puesto, el cuerno derecho, que era el de más honor y preferencia : en el izquierdo la tercera y quinta legion, y además los cuerpos auxiliares y la caballería. Ignoramos los nombres de los que los comandaban (1).

Tampoco sabemos los de aquellos que lo hiciesen en el ejército pompeiano (2) : sólo puede conjeturarse, por lo que se verá más adelante, que Labieno gobernaba el cuerno derecho.

En uno y otro bando, además de los romanos y soldados estipendiarios (ξενικοῖς), hallábanse muchos de la España y de la Mauritania, pues Boccho habia enviado sus hijos en auxilio de Pompeio (3), y Bogud en persona militaba con César. Sin embargo, la lucha fué sólo entre romanos. Los de César, amaestrados en el arte de la guerra y principalmente alentados con la presencia misma de aquel, afanábanse por poner término á sus campañas y á las penalidades que por tanto tiempo ya habian sufrido. Los pompeianos, inferiores ciertamente bajo este respecto, no obstante, con la seguridad de que no tenian esperanza de salvacion sino en el vencimiento, parecíales que este se retardaba, y se mostraban anhelosos del combate. Muchos de ellos, bajo la conducta de Afranio y de Varron, habian sido antes vencidos por César, quien les hizo gracia de la vida; seguidamente se pasaron á

pujaba en número y valentía de los suyos». Lo primero no es exacto, sino en cuanto á la gente de á caballo.

(1) Medina Conde en su *Disert.* MS., afirma que era comandante del ala derecha Octaviano, sobrino de César, y de la izquierda Bogud. Ni lo uno ni lo otro es exacto. El jóven Octavio, que entonces sólo contaba diez y ocho años, llegó mucho despues á España, segun claramente aparece de las *Excerptas* de Nicolás de Damasco. Esta es una equivocacion en que incurrió Conde, copiando al P. Ruano en su *Historia de Córdoba*, y este á su vez tomaria la idea del coronista Morales, quien supone acompañaba por aquel tiempo á César su sobrino Octaviano. Bogud debia estar formado detrás de la tercera y quinta legion, en el cuerno izquierdo ; pero no se dice por ningun historiador que comandara este ala, ni nunca regian los jefes auxiliares los cuerpos de tropas romanas. Más probable es que Q. Pedio y Q. Fabio Máximo mandaran los dos cuernos del ejército Cesariano.

(2) Medina Conde en su citada *Disertacion* MS. supone á Varo comandando el ala izquierda pompeiana. Nada dicen los historiadores ; pero pudo ser así, y en este caso gobernaria el centro T. Scápula, jefe de aquella sedicion, levantada en España contra César.

(3) Mariana se equivocó colocando á los dos reyes de la Mauritania en el ejército de César ; y así lo hacen notar los editores valencianos de su *Historia general de España*. Dos fueron las Mauritanias : la Bogudiana, que despues se llamó *Tingitana*, y la de Boccho, que posteriormente se apellidó *Caesariense*. Plin. *Hist. Nat.*, lib. 5, cap. 2.

Longino, despues que tambien habian desertado de sus banderas: así no tenian esperanza de perdon, si perdian la batalla; y los incitaba el furor de modo que resolvieron, ó sucumbir, ó salir victoriosos. No fué preciso exhortarlos para la pelea, que habiendo ya combatido tantas veces, desechaban todo temor (1). La *tessera* del ejército cesariano fué *Vénus*, y la *Piedad* la del ejército pompeiano (2). César en aquel dia no debió hallarse menos acongojado que Cneo al entrar en la batalla, pues fuera de su costumbre se presentó más triste ante los suyos, ó por reflexionar sobre la inconstancia y riesgo de las cosas humanas, ó por concebir sospecha de que no continuase su prosperidad, ó temiendo ambas cosas á la vez, como dice L. Floro (3).

Despues de referirnos Hircio las veces que habia hecho alto el ejército cesariano en la llanura, para atraer al enemigo á campo abierto, dice, que habiéndose aproximado en la extremidad de aquella al terreno quebrado ó desigual, era muy peligroso seguir más arriba, lo que advertido por César, para que no se comprometiera el lance temerariamente por culpa suya, señaló el sitio del que no habia de pasarse. Oido esto por los suyos, lo llevaron á mal, porque se les impedia poder trabar la batalla. Esta detencion de los cesarianos fué la primera circunstancia que les favoreció para conseguir la victoria, pues ensoberbecidos los de Pompeio, tomando por miedo la prudencia de César, saliéronse del terreno desigual, por el que se hallaban antes protegidos, y se presentaron al descubierto, de modo que ya no era tan peligroso el acercárseles. Entonces desplegóse en batalla el ejército cesariano en la forma que antes hemos indicado, y estando las haces en este concierto, fronteras las unas de las otras, levantada gran vocería, comenzóse la batalla (4).

Aunque en valor eran superiores los de César, se defendian los contrarios tenazmente desde lo alto: por una y otra parte alzábase atronadora gritería, y chocaban las flechas disparadas; de manera que los cesarianos casi desconfiaban del triunfo; pues el ataque y el clamoreo, con que mayormente se espanta al enemigo, eran iguales en ambos lados. Y así, de una y otra línea de batalla, habiendo traido para pelear la

(1) Dion Cas. *Hist. Rom.*, lib. 43, capítulo 36.

(2) Appian. *Bell. Civ.*, lib. 2., capítulo 104. César llevaba en su anillo la imágen de Venus armada (Dion *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 43), de cuya divinidad se decia descender, y el nombre de Venus era la *tessera* que daba César frecuentemente en los trances más arriesgados, segun el mismo Dion; y así fué tambien la de la batalla de Pharsalia.

(3) Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 4, capítulo 2.

(4) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 30.

misma pujanza, cayó en montones multitud de combatientes heridos con las lanzas arrojadas. Los decumanos, que como se ha dicho, tenian el cuerno derecho, aunque pocos, no obstante, se hubieron tan bravamente con sus contrarios, que les imponian pavor; y para evitar los pompeianos ser atacados por este flanco, comenzóse á llevar en su auxilio una legion (1). Tan luego como se movió esta legion, la caballería cesariana empezó á cargar sobre el ala derecha del enemigo. En tal paraje fué lo más bravo y récio de la pelea; y tan cerrados se apretaban unos con otros para rechazar á sus contrarios, que no dejaban lugar por el que penetrasen los de atrás en su socorro. Mezclándose los lamentos con los gritos de guerra, é hiriendo los oídos el choque de las espadas, infundian espanto en el ánimo de los menos experimentados. Aquí, como dice Ennio: «*Pes pede premitur, armis teruntur arma* (2)»; y al cabo los de César empezaron á hacer retroceder á los enemigos, que briosamente pelcaban, y á quien la ciudad sirvió de refugio (3).

Aún más nutrida parece la relacion que de esta batalla hace Dion Casio, y que procurarémos completar con las circunstancias que nos han conservado otros escritores de la antigüedad. A la primera acometida, al punto volvieron las espaldas los auxiliares de uno y otro bando, y se entregaron á la fuga; pero aunque así lo verificaran, Bogud hubo de detenerse para ser espectador de la lucha, por lo que despues afirma el propio Dion Casio. Las haces romanas viniendo entonces á embestirse, sostuvieron por largo tiempo entero todo el peso de la batalla. Nadie se movia del lugar donde estaba; ó matando ó sucumbiendo, permanecia en aquel sitio, como figurándose cada uno que en él casi estaba librada la victoria ó la rota de todos los demás. Así sin tener cuenta con el ayuda de otro, en sólo su esfuerzo y brio ponian

(1) El texto pone *transduci coepta sit ad dextrum*, porque para Hircio es *derecha*, lo que para los pompeianos *izquierda*: así es que esta legion fué á reforzar el cuerno izquierdo del ejército de Pompeio, y hubo de sacarse del derecho. Por lo tanto, cuando Hircio escribe seguidamente: *Quae simul est mota, equitatus Caesaris sinistrum cornu premere coepit*; debe decir *dextrum cornu*: porque, colocada la caballeria de César en el cuerno izquierdo del ejercito cesariano, como antes nos deja indicado, no puede oprimir el ala izquierda, sino la derecha de los de Pompeio.

(2) El verso debe ser: «*Pes premitur pede, et arma teruntur armis*»; pero ó Hircio se curaba poco de la métrica, ó lo transcribió apresuradamente en su libro.

(3) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 31.

la esperanza de salvarse : ni se oia vocinglería militar ; ni se escuchaba gemido alguno ; tan sólo gritaban unos y otros «hiere», «mata» ; y era decirlo con la lengua y ejecutarlo mucho antes con las manos (1). En el mismo lance, segun Floro, pasó lo que nadie recordaba hubiera acontecido jamás. Cuando por mucho tiempo con igual éxito las legiones no hacian otra cosa que destrozarse, en medio del ardor de los combatientes, de súbito un profundo silencio sucedió en uno y otro campo, como si se hubieran puesto de acuerdo. Al fin un espectáculo inusitado se ofreció á los ojos de César : (¡oh prodigio!) la banda de veteranos, experimentada despues de catorce años, dió un paso atrás (2); porque aunque todavía no huyeran, aparecia, sin embargo, que más que por valor, resistian por vergüenza (3). Esto viene á afirmar tambien Veleyo Patérculo (4).

Ambos jefes á caballo contemplaban la lucha desde lugar elevado (5), combatiendo entre el temor y la esperanza. Viendo tan dudosa la batalla, uno y otro no pudieron contenerse por más tiempo, y bajándose de sus caballos, se mezclaron en lo más récio de la pelea (6). J. Frontino pone entre sus *Estratagemas* que César mandó se llevaran de su presencia el caballo (7). Furioso, voló á las primeras líneas : allí detenia á los fugitivos y los alentaba : finalmente, discurria por todo el ejército, levantando los ojos y las manos, y dando voces. Se cuenta que en aquella perturbacion, y revolviendo en su pensamiento acabar consigo, casi estuvo á punto de darse por sí mismo la muerte, y se manifestaron señales de ello en su semblante (8), previniendo

(1) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 37.

(2) Estos eran los de la legion décima. Mariana escribe que «los cuernos izquierdos de entre ambas partes fuéron vencidos y puestos en huida». Con fundamento advierten los editores valencianos que el izquierdo de César no fué vencido. El derecho si hubo de cejar un paso, pero espantando despues por su valor á los contrarios, hizo retroceder el ala izquierda de Pompeio. La de César nunca cedió el campo.

(3) Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 4, capitulo 2.

(4) Vell. Paterc. *Hist. Rom.*, lib. 2, capitulo 55.

(5) Cesar cruzó con su ejército la llanura, dejándosela por consiguiente á su espalda, al trabar la batalla. Para colocarse en lugar elevado tenia que situarse hácia cualquiera de las dos alas : creemos que se pondria cerca del cuerno derecho, como lugar de preferencia, y en el que estaba la legion Decumana ; conviniendo esto con lo que dicen los historiadores sobre el espectáculo inusitado que aquella ofreció á la vista de César, dando un paso atrás en lo más fuerte del combate.

(6) Dion. Cas. *Hist. Rom.*, lib. 43, capitulo 37.

(7) Front. *Strateg.*, lib. 2, cap. 8.

(8) Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 4, capitulo 2.

con aquella la afrenta del vencimiento, como dice Paulo Orosio (1).

Corriendo por entre sus soldados, los exhortaba, levantada la visera para que le viesen, y la vergüenza inflamase su corazon y su brazo; y ni aún de este modo perdieron el miedo: entonces arrebatando un escudo de uno de los suyos, así increpó á los tribunos que estaban más inmediatos: «Este será ya el fin de mi vida, y el de vuestra milicia»; y al propio tiempo llegó hasta ponerse á diez pasos del enemigo. Doscientas saetas le fuéron á este punto disparadas: unas burló, hurtando el cuerpo, y otras recibió en el escudo. Entonces los tribunos cubrieron á porfía sus costados, y el ejército entero con grande ímpetu, echándose á prisa contra los adversarios, prolongó dudosa la lucha por todo el dia, hasta que, por último, á la caida de la tarde alcanzó la victoria (2). Hasta aquí el historiador Appiano. Combatiendo como lo hacian, esforzadamente unos y otros, nadie se retiraba de la pelea, y el triunfo quedara indeciso, si César proveyendo maravillosamente donde quiera que sentia necesidad, y discurriendo entre los mayores peligros, no dejara trabajo ni afrenta, donde no mostrase su persona: en lo cual convienen, aunque varien en los detalles, Veleyo Patérculo, Frontino, Plutarco, Appiano, Orosio, Dion y Floro. Pero únicamente estos dos últimos nos han conservado la memoria del lance que dió el triunfo á César; porque su esfuerzo realmente sólo consiguió restablecer la pelea, sin que en gran espacio del dia pareciese mejoramiento, ni de la una, ni de la otra parte.

Era el ánimo igual, y sostenian la lucha cuerpo á cuerpo, y á no ser porque Bogud, que se habia detenido con los suyos fuera de las haces, se les metió por la zaguera, para apoderarse de los reales pompeianos, ciertamente, ó todos quedaran en el campo de batalla, ó la noche con dudosa victoria hubiera interrumpido el combate. Hallábase Labieno colocado frente á frente de Bogud, y abandonando su línea dirigióse contra este: los pompeianos creyeron que huia, y cayeron de ánimo; y aunque despues conocieron su intento, sin embargo no pudieron ya recobrarse, sino que huyeron, y unos se ampararon en la ciudad, y otros del campamento, donde resistieron hasta lo postrero de sus fuerzas, no bastando á tanto que no fuesen derrocados y muertos; pero no sin matar antes igual número de enemigos (3).

(1) P. Oros. *Histor.*, lib. 6, cap. 16.
(2) Appian. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 104.
(3) Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, capitulo 38.

Aún más exacto nos parece en este incidente el historiador latino L. Floro. Relata que César se hubiera dado la muerte, si cinco cohortes movidas por el flanco, las cuales enviara Labieno en socorro de los reales que peligraban, no hubiera parecido que más bien huian. Esto, ó lo creyó el propio César, ó capitan mañoso aprovechó la coyuntura, y cargando contra el enemigo, al mismo tiempo levantó el ánimo de los suyos, é hirió el de sus adversarios. Porque mientras se figuraban que ellos vencian, continuaban con más denuedo, á la vez que los pompeianos, creyendo que los suyos emprendian la fuga, empezaron á declararse en completa derrota (1). Vése, pues, que Labieno no abandonó aquel dia su puesto, si bien la disposicion que adoptó de mover las cinco cohortes para socorrer los reales, que ya debian hallarse á cierta distancia, comprometió el éxito de la batalla; porque á las voces de César de que huian, revolviéndose los delanteros de las líneas pompeianas, para mirar lo que pasaba en la rezaga, tomaron por fuga el movimiento de flanco que ejecutaron aquellas cinco cohortes. Desafortunado Labieno en todas ocasiones, lo mismo que ahora lo fué de esta, habia sido antes la causa de la rota pharsálica: allí, oponiéndose el Gran Pompeio en el consejo de guerra, votó el primero porque se diera la batalla; y en Munda vino á rendir tambien la victoria á César por este accidente imprevisto, pero que á él costó la vida, y la libertad á la república romana.

Del hijo de Pompeio no puede juzgarse por el fin desgraciado de esta lucha; sin embargo, siendo aún mancebo de veinte y cuatro años, y por la desfavorable opinion que de sus prendas Casio tenia formada (2), es indudable que no igualaba ni con mucho á su padre (3). Nadie ignora las palabras de César, terminada la batalla, de que antes habia sólo combatido por la victoria, pero que entonces tambien lo habia hecho por la vida (4). A discurrir por la braveza porfiosa que los pompeianos mostraron en Munda, puede aplicárseles lo que el propio César dijo, despues de rendidos Afranio y Petreyo en la campaña del Segre: «que en aquella ocasion habia vencido á un ejército sin gene-

(1) Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 4, cap. 2.

(2) Cicer. *Epist. ad famil.*, lib 15, epistola 19.

(3) Sexto, se demostro despues mas digno del nombre que llevaba; pero no tomó parte en la accion, como pudiera creerse por el texto de Plutarco, sino que permaneció en Córdoba, segun expresa terminantemente Hircio en su libro de la *Guerra de España*.

(1) Plutar. *Vit. Caes.*, App. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 104 *in fine*.

»ral, así como en la jornada de Pharsalia á un general sin ejército».

En esta contienda perecieron de los pompeianos cerca de treinta mil hombres, ó algo más, entre ellos Labieno y Accio Varo, y hasta tres mil caballeros romanos (1), parte de la ciudad y parte de la provincia. De los de César murieron hasta mil hombres, ya de á pié, ya de á caballo, y quinientos fuéron heridos. El número de muertos de uno y otro bando es el mismo que pone Plutarco, quien sin duda hubo de copiarlo del libro de Hircio, como igualmente el dia en que se verificó la memorable rota de Munda. Por último, refiere aquel fuéron cogidas trece águilas de los pompeianos, y las banderas y fasces. Además, fuéron hechos prisioneros diez y siete capitanes principales. Tal fué el éxito de la batalla (2).

(1) Mariana interpreta impropiamente *equites Romani*, por *hombres de á caballo*, suponiendo que sucumbieron treinta mil peones y tres mil del arma de caballería; pero este último número se refiere en Hircio al estado civil, no á la clase en que militaban.

(2) Hirt. *Bell: Hisp.*, cap. 31.

CAPITULO III.

—

DIA DE LA BATALLA DE MUNDA.

El dia, en que se dió la batalla de Munda, consta de los historiadores Hircio, Plutarco y P. Orosio. «Los que en este dia de las fiestas de Baco (dice el primero) emprendieron la fuga y se dispersaron, no hubieran sobrevivido, si no se hubiesen refugiado en el mismo lugar de donde habian salido (1).» Plutarco dice, hablando de este mismo acontecimiento : «Ganó César esta batalla el dia de las Bacanales, refiriéndose que en igual dia habia salido Pompeio Magno para la guerra, y el tiempo que habia transcurrido era el de cuatro años (2).» Paulo Oro-

(1) *Ita, ipsis Liberalibus fusi fugatique non superfuissent, nisi in eum locum confugissent, ex quo erant egressi.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 31.) *Liberalia* eran las fiestas del Dios *Libero*. (Paul. Diac. *Excerpta ex lib. Pomp. Festi de significat. verb.* lib. 10.) *Liber* era uno de los nombres del Dios Baco, que tenia otros muchos, como pueden leerse en Ovidio. Tales fiestas se celebraban en Roma el 17 de Marzo; asi consta del citado poeta :
tertia post Idus lux est celeberrima Baccho. (Ovid. *Fast.* lib. 3. vers. 713); y tambien del antiguo *Kalendario Romano*. En el dia 16 de las Kalendas de Abril, que corresponde al 17 de Marzo, se señalan estas fiestas escribiendo LIB. N. P., que el insigne español Pedro Chacon interpretó *Liberalia Nefastus primo* — (*P. Ciacon. Explanatio Veteris Kalend. Rom.*); ó *Nefastus priore*, como quieren los criticos modernos. Por esta razon la voz *Liberalia* puede tomarse en dos sentidos, ya por las fiestas que en ese dia se celebraban, ya por el mismo dia, como lo hace Ciceron en varias de sus epistolas. (*Epist. ad fam.*, lib. 12, epist. 25: *Epist. ad Attic.*, lib. 9, epistola 9.) Y en este último es como Hircio emplea la voz *Liberalibus*, para dar cuenta del dia en que se verificó la memorable batalla de Munda. Rellicano interpretó por esta voz *Liberalibus : hoc est iis qui liberaliter ingenue ac fortiter pugnantes occubuerant.* Clarke con harto fundamento censura duramente esta interpretacion. En el códice Granatense y en la edicion Griphia de 1565, no aparece aquella voz.

(2) Ταύτην τὴν μάχην ἐνίκησε τῇ τῶν Διονυσίων ἑορτῇ, καθ' ἣν λέγεται καὶ Πομπήιος Μάγνος ἐπὶ τόν πόλεμον ἐξελθεῖν· διά μέσου δὲ χρόνος ἐνιαυτῶν τεσσάρων διῆλθε. (Plut. *Vit. Caes.*, cap. 56.) Baco se llamaba entre los griegos Διόνυσος, voz que se compone de dos griegas, Διός genitivo de Ζεύς, *Jú-*

sio hace notar la misma circunstancia que Plutarco; pero da á entender que el dia de la batalla se cumplieron al justo los cuatro años, desde que Pompeio el Viejo salió de Roma para comenzar estas guerras (1). «La verdad de esto es (dice nuestro coronista A. de Morales) que no se cumplieron los cuatro años de la salida de Pompeio de Roma, que habia sido en Enero, sino del dia que salió de Italia, y desamparándola se pasó en Grecia por aparejar y tratar allí la guerra. Esto parece claro por lo que Marco Tulio escribe á su amigo Attico (2) de esta partida de Pompeio, que lá pone á los diez y siete dias de Marzo, y así viene á concertar con lo que Plutarco dijo, y á certificar tambien el dia en que fué esta batalla de Munda (3).»

Fijado el dia de la rota mundense, el tiempo que hubo de transcurrir desde que Pompeio levantó su campo y tomó el camino de la marina, pasando los ejércitos por frente de *Ipagri* ó Aguilar, y continuando sus jornadas por *Ventipo* ó Torre del Atalaya, *Cárruca* ó los Corrales, á *Munda* y al campo de *Munda*, es una nueva prueba que confirma la exactitud de este Itinerario, y que demuestra que la batalla no

piter, y νῶσος, *claudus*: porque Baco, segun la fábula, estuvo encerrado en el muslo de Júpiter. (Friderici Creuzesi. *Dionysius: Heidelbergae*: 1809: vol. 1. pág. 244.) Por eso cantó el desterrado del Ponto:

Imperfectus adhuc infans genitricis ab alco
Eripitur patrioque tener (si credere dignum est)
Insuitur femori, maternaque tempora complet.

El dia pues de la batalla, segun Plutarco, es el mismo que refiere Hircio, el de las Bacanales ó Fiestas Dionysiacas.

(1) *Et quidem eo die hoc bellum actum est, quo Pompeius pater ab Urbe bellum gesturus aufugerat, quatorque annis hoc civile bellum indesinenter toto orbe tonuit.* (P. Oros. *Hist.*, lib. 6, cap. 16).

(2) Esta carta, á no dudarlo, es la de Macio y Trebacio (lib. 9 *Epist. ad Attic.*) En ella dicen: «que cuando salieron de »Cápua, habian oido en el camino que »Pompeio habia partido de Briudis el »XVI de las Kalendas de Abril (17 de »Marzo) con todas las tropas que te»nia.» Esto parece confirmarse, por un pasaje de las *Guerras Civiles*, y lo que escribe el mismo César á Oppio y Cornelio. Dice César: (*Epist.* 2, que sigue á la número 13 de las de Ciceron á Attico en el lib. 9.) «El siete de los Idus de Marzo» (9 de Marzo) «llegué á Brindis, y acam»pé cerca de sus murallas.» Entonces comenzó el famoso sitio de Briudis, y contando el mismo dia de la llegada en que, como escribe César: *ad murum castra posui*; hasta el 17 inclusive por la noche, en que Pompeio se huyó á Grecia, van exactamente nueve dias, que es el tiempo que invirtió César en levantar parte de las obras para el asedio; y mientras tanto llegaron al puerto las naves, que sirvieron á Pompeio para su fuga: «*Prope dimidia, parte operis á Caesare efferta, diebusque in ea re consumptis novem, naves á Consulibus Dyrrachio remissae, quae priorem partem exercitus eo deportaverant, Brundissium revertuntur.*» (Caes. *Bell. Civ.*, lib. 1, cap. 27.)

(1) Mor. *Corón. Gen. de Esp.*, lib. 8, cap. 44.

debió verificarse en la provincia de Córdoba. La de *Soricaria* aconteció el 5 de Marzo, como se ha expuesto en el capítulo sobre este punto: al siguiente dia, *insequenti die*, que corresponde al 6 de Marzo, verificóse el combate singular entre Antistio Turpion y Q. Pompeio Niger (1) : en este dia, *hoc die*, se pasaron á César A. Bebio y C. Flavio y A. Trebelio (2) ; y tambien en este dia, *item hoc die*, fuéron interceptadas las cartas que Cneo dirigia á los de Osuna (3). A poco tiempo, ó al dia siguiente, *insequenti tempore*, estando ocupados los de César en la obra de fortificaciones, algunos de á caballo fuéron muertos, mientras hacian leña en un olivar (4). Seguidamente, dice Hircio, pasarónse los siervos que anunciaron habia gran miedo en el campo pompeiano, desde que se dió la batalla de *Soricaria* ó *Soricia* (5) ; y en este mismo dia, *hoc die*, fué cuando Pompeio levantó ya sus reales (6).

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 25.
(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 26.
(3) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 26.
(4) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27.
(5) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27.
(6) Este dia, en que Cneo levantó el campo, tuvo que ser el 7 de Marzo: porque Hircio dice que antes de marchar allá César, se vió la luna cerca de la hora sexta: *«Caesar priusquam eodem est profectus, luna hora circiter VI visa est* (cap. 27). Scaligero, José Blanchini y Petavio han procurado ilustrar este pasaje del *Bello Hisp.*, pero con infeliz éxito. Erró el grande Scaligero en creer que la luna debió verse cerca de la hora sexta el *III Kal. Martiarum*; porque, como prueba el celebre Petavio con el mismo texto de Hircio, hubo aquello de suceder despues de el *III Nonas Martias*. Erró Blanchini al afirmar que semejante acaecimiento, fuese en este último dia, suponiendo además como Scaligero, que la guerra de España tuvo lugar durante el año de la confusion; cuando aquella pasó toda en el primer año Juliano, como tambien habia ya demostrado, antes de Blanchini, el referido Padre Petavio. Opinan estos insignes escritores, que la luna debió verse en la noche precedente á el dia en que César empezó la expugnacion de *Ventiponte*, segun Scaligero y Blanchini, y en la noche siguiente á la llegada de los siervos, y despues que Pompeio en aquel dia levantó sus reales, segun Petavio; cuya noche, con arreglo á nuestra cuenta deducida del texto de Hircio, es una misma, y fué la que antecedió á el dia 8 de Marzo. Convienen los referidos escritores en que para dejarse ver la luna cerca de la hora sexta de la noche, necesitaba ser la luna vigesima prima ó vigésima segunda, y por eso Petavio juzga que debia verse cerca del 21 ó 22 de Marzo; pero este suceso fué antes de la batalla de Munda, segun Hircio, y la batalla se dió el 17 del mismo mes, como se demuestra en el presente capitulo. Los tres ilustres cronólogos citados partieron sin embargo, de un mismo errado concepto, cual es el de suponer que la hora sexta, en que se vió la luna, debia ser la de la noche, por lo que topaban con el inconveniente, de que antes de mediar aquella, no podia nacer la luna cerca, ó en las Nonas de Marzo, como advierte Petavio, pues en onces se encontraba bajo nuestro horizonte; pero por la propia razon cerca de la hora sexta del dia 8 del mismo mes, debió estar sobre aquel, entrando en su cuarto creciente de la tercera lunacion acaecida en el primer año Juliano. (Véase

No es posible que habiendo transcurrido desde entonces hasta la batalla de Munda, nueve ó diez dias, aquella se verificase en los campos de Córdoba (1); porque si Munda estuviera en el territorio, que hoy comprende la provincia cordubense, la batalla se hubiera verificado desde luego, sin necesidad de tantas marchas, para volver precisamente al

á Scalígero: *De Emendatione temporum*: lib. 5, pág. 411: *Lugd. Batavorum*: á Petavio: *De Doctrina temporum*, lib. 10, cap. 62, pág. 145 y 146: *Antuerpiae*: y á Blanchini: *Demostratio Historiae Ecclesiasticae*, tom I, pág. 52 y 54: *Romae*.) Téngase en cuenta que el dia 1.° de Enero del primer año Juliano por la tarde entró la luna en su novilunio, y que á aquel año correspondia ser bisiesto. Y porque el verse la luna tuviera lugar cerca de la hora sexta del dia, es por lo que Hircio anotaria en su libro este suceso como extraordinario; que si aconteciólo hubiese á igual tiempo do la noche, nada tuviera de extraño para ser mencionado. Tal ha sido el dictámen de varios críticos, y el nuestro, como queda expuesto en el capítulo sobre *Hispali*; y ahora en el presente resulta ya con evidencia demostrado. (Véase el *Diario de los sucesos* comprendido en el Apéndice núm. I.)

(1) Fuera de lo quo conduce á esta demostracion, aún para la cronología en general, es do tal importancia tener presente el dia en que se dió tan célebre batalla, que el Cl. Florez, por haberlo olvidado, incurrió en graves equivocaciones, que conviene rectificar para mayor esclarecimiento. Explicando las siglas del antiguo *Kalendario Romano*, supone que César venció á los hijos de Pompeio el dia 2 de Agosto (*Esp. Sag.*, tom. 11, página 311), contradiciendo sin advertirlo á Hircio, Plutarco y P. Orosio, y aun á Dion Casio, arguyéndole de error, porque escribe que la noticia de esta victoria se celebró perpétuamente en Roma en el dia del aniversario de la fundacion de la ciudad, que era el 21 de Abril, por cuanto la víspera por la tarde llegó á Roma la nueva del triunfo; y es claro que la noticia de la victoria conseguida el 17 de Marzo, como consta de los textos alegado, pudo muy bien llegar al Senado el 20 de Abril: casi el mismo tiempo tardó César en venir desde Roma á *Obulco*, como queda expuesto en su lugar oportuno. El motivo de los que aplican estas fiestas, señaladas en el *Kalendario Romano* el 2 de Agosto, á la victoria de Cesar en la Citerior, es un fragmento de otro *Kalendario Romano*, que se conserva en la Casa Capránica, el cual en este mismo dia 2 de Agosto escribe: «FERIAE QUOD HOC DIE IMPERATOR CAESAR HISPANIAM CITERIOREM VICIT. (*Iani Gruteri Inscriptiones antiquae totius orbis Romani, ex recentione Graevii: Amstelodomi*: 1707: tom. I, pág. 84.) Así, pues, en el *Kalendario* quo perteneció á la casa de Maffei, que es el que copia el P. Florez, donde dice: «FER. HOC DIE C. CAESAR. HISP. VICIT»: se ha de entender *Hispaniam Citeriorem*; y de ninguna manera *Hispanias*, como lee el citado maestro, fundado en el pasaje de Suetonio, *Caesar, post receptas Hispanias.* —(*Vit. Aug.*, cap. 8.) Nada prueba tampoco para justificar esta leccion el quo se ponga tambien en el *Kalendario Maffeiano* á los pocos dias la toma de Sevilla, como capital de la Ulterior. *Hispali* fué tomada muchos meses antes por César en esta guerra hispaniense; porque segun Hircio en el cap. 39, la cabeza de Cneo Pompeio fué llevada el dia 12 de Abril á Sevilla, cuya conquista deja referida en el capítulo 35 el propio historiador. Y desde *Hispali* ya escribió César á Ciceron por la muerte de su hija *Tullia* el dia último del mismo mes de Abril.—(Cic. *ad Attic.*,

mismo sitio; pues Montilla y Monturque, adonde la reducen los que más han esforzado esta opinion, se encuentran á muy poca distancia de la villa de Espejo ó antigua *Úcubi*, en cuyos alrededores acampaba Cneo, y en el camino que tomaron ambos ejércitos.

lib. 13. epist. 20), lo que prueba estaba en poder suyo mucho antes del mes de Agosto. A. de Morales —(*Corón.*, lib. 8, cap. 45), Mariana —(*Hist. de Esp.*, lib. 3, cap. 21) y R. Caro —(*Antig. de Sev.*, libro 2, cap. 15) cayeron en este mismo error, porque en el mármol de Maffei se leia en el dia 9 de Agosto (no el 10 como dicen Morales y Mariana): *Hoc die Caesar Hispali vicit*: pero sin duda los eruditos copiaron mal, y donde ellos pusieron *Hispali* debia leerse *Pharsali*, segun conjetura de Mr. Merkel: así se ve escrito en el *Kalendario* de Amiterno: «FER. Q. EO D. C. CAES. C. F. PHARSALI DEVICIT»; y en el de Antiatino: «DIVVS IVL. PHARS. VICIT» —(Foggini: *Fastorum anni Romani*: 1779, pág. 112; y Orelli. *Inscrip. lat. ampliss. Collet*: 1828, vol. II, pág. 397). De modo que no hay contradiccion entre los *Kalendarios* romanos y los textos de Hircio y de Dion Casio, y queda por consiguiente bien averiguado el dia en que se dió la batalla de Munda. Tal vez donde se grabara la memoria de hecho tan señalado fuera en el fragmento Farnesiano, que segun el mismo Merkel, sólo conserva estas letras: CAESAR HI.....: precisamente en el dia correspondiente al en que tenian lugar las fiestas de Baco, *Liberalibus*, y en el cual fué, como se ha visto, la batalla de Munda. (Véase á Merkel, en el tratado *De Obscuris Ovidii Fastorum*, pág. 36 y siguientes, que precede á su edicion de los mismos *Fastos*: Berlin: 1841.)

CAPITULO IV.

CIRCUNVALACION DE MUNDA.

«Habiéndose amparado de Munda los fugitivos de la batalla, los cesarianos se vieron obligados necesariamente á circunvalarlos» (1). El historiador presencial de esta guerra, á seguida de tales palabras explica el modo con que esto hubo de verificarse; pero este pasaje se halla tan mutilado y corrupto, que, como dice Clarke, sin mejores códices no puede restituirse por completo; y así es preferible trascribirlo al pié literalmente, tal cual hoy se conserva (2). De todo ello dedúcese lo que en términos más concisos dice L. Floro (3). Valerio Máximo en su obra, *Rerum Memorabilium*, hace tambien mencion del horrible cerco de esta plaza (4),

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 32.

(2) *Ex hostium armis, pro cespite cadavera collocabantur, scuta et pila pro vallo· insuper occisi, et gladii, et mucrones; et capita hominum ordinata, ad oppidum conversa universa hostium timorem, virtutisque insignia · proposita viderent, et vallo circumcluderentur adversarii · Ita Galli tragulis jaculisque oppidum ex hostium cadaveribus sunt circumplexi, oppugnare coeperunt.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, capítulo 32).

(3) *quod a proelio profugi, quum se Mundam recepissent, et Caesar obsideri statim victos imperasset, congestis cadaveribus agger effectus est, quae, pilis jaculisque confixa, inter se tenebantur.* (Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 4, cap. 2.)

(4) *Divi Julii exercitus, id est, invicti duci* (*idem invicti ducis* en los códices Atrebatense y Gemblacense con más correccion, segun Pighio) *invicta dextera, cum armis Mundam clausisset, aggerique extruendo materia deficeret; congerie hostilium cadaverum, quam desideraverat, altitudinem instruxit. Eamque tragulis et pilis, quia roboreae sudes deerant, magistra novae molitionis necessitate usus, vallavit.* (Val. Máx. *Rer. Mem.* lib. 7, cap. 6, núm. 5.) Este texto de Valerio Máximo, necesita alguna explicacion. Dice este escritor que habiendo el invicto César rodeado á Munda con sus soldados, *cum armis*, y faltando ocasion para construir la trinchera, formó el terraplen que deseaba con un monton de cadáveres enemigos. El *vallum*, ó trinchera, se hacia con tierra y estacas; faltaba tiempo en aquella sazon para levantarlo, porque hasta la tarde duró la batalla, y

que aun cuando impotente para evitar el ataque de los sitiados, hubo de levantarse provisionalmente, porque segun expresa Dion Casio, habida en esta batalla tan grande mortandad de romanos por una y otra parte, y dudando los cesarianos de qué medio valerse para circunvalar la ciudad, con objeto de que ninguno se evadiese por la noche, formaron el vallado con los mismos cadáveres (1).

Appiano dice que, despues de hecha tan gran matanza, obligados los pompeianos á entrar en Córdoba, y receloso César de que escapándose el enemigo volviera á renovar la batalla, mandó circunvalar la ciudad. Los de César, cansados ya por las fatigas de la lucha, clavaron en la tierra con las lanzas los cuerpos y las armas de los muertos amontonados, y velaron en esta especie de trinchera (2).

asi cansados por tantas fatigas no podian ni cavar la tierra, como explica Goduino sobre el cap. 32 del *Bello Hispaniense*. No era que dejara de encontrarse madera en el campo de Munda, porque lo contrario consta de Suetonio y Dion Casio, segun se expondrá en su lugar respectivo. Si la voz *materia* en Valerio Máximo significase madera, seria una redundancia lo que añade en seguida, de que para afirmar el terraplen, César se valió de dardos galos (*tragulis*) y de dardos romanos (*pilis*), porque faltaban estacas de roble, *quia roboreae sudes deerant*. Pero esto último tampoco prueba que no hubiese árboles en el campo mundense; porque sabido es que cada soldado romano llevaba lo que llamaban *vallum*, que eran tres ó cuatro estacas de encina ó de roble aguzadas por ambas extremidades, y estas eran las *roboreae sudes*, que segun Valerio Máximo faltaban entonces al ejército de César.

(1) τοσοῦτον δ' οὖν τὸ σύνολον τῶν Ῥωμαίων πάθος ἑκατέρωθεν ἐγένετο, ὥστ' ἀπορήσαντες ὅπως τὴν πόλιν, μὴ καὶ νυκτός ἀποδράσωσί τινες, ἀποτειχίσωσιν, αὐτὰ τὰ σώματα τῶν νεκρῶν αὐτῇ ἐρανίσαι. (Dion. *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 38 *in fine*.)

(2) Φόνου δὲ πολλοῦ γενομένου, καὶ φυγῆς τῶν Πομπηίου στρατιωτῶν ἐς τὴν Κορδύβην, ὁ μὲν Καῖσαρ, ἵνα μὴ διαφυγόντες οἱ πολέμιοι πάλιν ἐς μάχην παρασκευάσαιντο, ἐκέλευε τὸν στρατὸν ἐκτειχίσαι τὴν Κορδύβην. Οἱ δὲ κάμνοντες τοῖς γεγονόσι, τά τε σώματα καὶ τὰ ὅπλα τῶν ἀνῃρημένων ἐπεφόρουν ἀλλήλοις, καὶ δόρασιν αὐτὰ διαπηγνύντες ἐς τὴν γῆν, ἐπὶ τοιοῦδε τείχους ηὐλίσαντο. (Appian. *Bell. Civ.*, libro 2, cap. 105). Esto demuestra evidentemente que Appiano confundió la ciudad de Munda con la de Córdoba, pues aplica á esta lo que Hircio, Valerio Máximo, Floro y Dion Casio dicen de Munda, como anotando el texto de este historiador observó ya su ilustrador Reimaro; y N. Moore comentando el cap. 31 de la *Guerra de España*, despues de hacerse cargo de este error de Appiano, y de combatirlo con grande esfuerzo, afirma que por Córdoba se ha de poner necesariamente *Munda*. Todo cuanto añade Appiano en el cap. 105 de su lib. 2 de la *Guerra Civil*, concurre á demostrar que confundió á Munda con Córdoba. Dice que al siguiente dia fué tomada la ciudad, lo cual es exacto entendiéndose al dia siguiente de haber vuelto César á Córdoba, segun se desprende de los capitulos 33 y 34 del *Bello Hispaniense*; pero no de la ciudad circunvalada con el vallado de cadáveres, cual supone Appiano, pues esta ya se ha visto fué Munda, y Munda fué tomada despues de Córdoba y Sevilla, segun Dion Casio (lib. 43, cap. 39);

Hircio continúa, por el contrario, relatando que de esta batalla Valerio el mozo huyó á Córdoba con pocos de á caballo, y refirió el suceso á Sexto Pompeio, que se encontraba en aquella ciudad. Algunos críticos, como el licenciado Franco, han creido que, segun Plutarco, ambos hermanos se hallaron en el combate, fundándose sin duda en el pasaje del biógrafo griego en que dice, hablando de esta guerra, que trabada finalmente cerca de la ciudad de Munda una gran batalla, vió en ella César sus haces doblegarse y que resistian débilmente, y exclamó, discurriendo por entre las filas y los soldados, que los avergonzase el ir á entregarle á aquellos muchachos (1). Pero esta exhortacion de César á sus tropas no supone precisamente que estuviesen en el campo de batalla los dos hijos del Gran Pompeio. El resultado adverso de aquella lucha le ponia en sus manos, y esto es lo que el dictador echa en rostro a sus soldados, afrentándolos con decirles que su falta de valor iba á dejarlo á merced de aquellos mancebos (2).

«Divulgada la nueva (la de la rota mundense), añade Hircio, Sexto Pompeio distribuyó el dinero que tenia á los de á caballo que le acom-

y segun Hircio despues del 12 de Abril, porque en este dia refiere al concluir el cap. 39, que la cabeza de Cneo fue expuesta al público en *Hispalis*, y en el cap. 41 es cuando da cuenta de la expugnacion y conquista de Munda. Tambien relata Appiano que despues de haber tomado César á Córdoba, le fuéron llevadas las cabezas de Varo y de Labieno, lo cual es enteramente contrario á la relacion de Hircio sobre este punto, porque en el cap. 31 nos dice aquel que á Labieno y á Accio Varo se hicieron, terminada la batalla, las honras fúnebres, *funus est factum*: luego las cabezas de Labieno y Varo hubieron de ser presentadas á César en el campo de *Munda* y no en Córdoba, porque Cesar no tomó á Córdoba sino algun tiempo despues de la batalla, como lo demuestra el quo Hircio refiere este hecho en el cap. 31, y la toma de Córdoba más tarde en el capítulo 34. Y á nadie espante esta desconformidad de Appiano con los demás historiadores, pues sabido es que en muchas de las cosas de nuestra Iberia se separa de las relaciones de Polybio y T. Livio, escritores más verídicos y exactos en esta parte.

(1) Ἡ δὲ μεγάλη μάχη περὶ πόλιν συνέστη Μοῦνδαν, ἐν ᾗ Καῖσαρ ἐκθλιβουμένους ὁρῶν τοὺς ἑαυτοῦ καὶ κακῶς ἀντέχοντας ἐβόα διὰ τῶν ὅπλων καὶ τῶν τάξεων διαθέων, εἰ μηδὲν αἰδοῦνται λαβόντας αὐτὸν ἐγχειρίσαι τοῖς παιδαρίοις. (Plutarc. *C. J. Caes.*, cap. 56.)

(2) En el cap. 76 del lib. I del *Bello Civile*, hablando César de los medios de que Petreyo se valió para reprimir la desercion de los suyos, añade: «*Quibus rebus confectus, flens Petreius manipulos circuit, militesque appellat; neu se, neu Pompeium absentem, Imperatorem suum, adversariis ad supplicium tradant, obsecrat.*» Hé aquí una exhortacion muy parecida á la que usa Plutarco, y en verdad quo el Gran Pompeio estaba bien léjos de ser entonces entregado en manos de sus enemigos para recibir la muerte, hallándose *ausente*, como se expresa en el mismo texto citado.

pañaban (1), dijo á los de la ciudad que iba á avistarse con César para tratar de la paz, y partió de Córdoba á la segunda vigilia.» Si la batalla estuvo dudosa durante el dia hasta que se decidió por la tarde á favor de César, á la caida de la misma tarde, ó al anochecer de aquel dia, fué cuando Valerio el mozo emprendió su fuga á Córdoba, y partiendo Sexto de esta ciudad, á consecuencia de la noticia dada por Valerio, á la segunda vigilia, ó Córdoba y Munda estaban muy inmediatas, ó Munda habia de hallarse situada á veinte horas de camino, por lo menos, distante de Córdoba; porque es preciso suponer que Valerio llegase en la tarde del dia siguiente para que Sexto en las primeras horas de aquella noche preparase y emprendiera su marcha, repartiendo antes su dinero entre los que le acompañaban, y diciendo á los de la ciudad que iba á tratar de paz con César, lo cual indica que no salió en precipitada fuga. Mas como Hircio no expresa á qué dia corresponde la noche en que Sexto abandonó á Córdoba, nada cierto puede argüirse alegando este pasaje.

(1) Este pasaje del *Bello Hispaniense* está corrupto: Goduino propone que se lea, siguiendo los dos códices Thuanos: «*Quos equites secum habuit, quod pecuniae secum habuit, eis distribuit*;» y N. Moore opina casi del mismo modo, alegando los códices Norvicense y Petaviano, donde se lee: «*Quos equites secum habuit, his, quod habuit secum pecuniae distribuit.*» La edicion Veneciana de 1471 escribe, cual los códices Thuanos: «*Quos eqtes. secum habuit: quod pecuniae secum habuit: eis distribuit.*»

CAPITULO V.

—

CARTEIA.

Despues del gran desastre sufrido en Munda, «Cneo Pompeio, con pocos de á caballo y algunos peones, partió por otro lado al presidio naval de *Carteia*, cuya ciudad distaba de Córdoba ciento setenta mil pasos (1). Habiendo llegado á ocho millas de esta plaza, P. Calvicio, que habia sido antes prefecto en los reales de Pompèio, despachó un mensajero con cartas de este, en que decia que hallándose enfermo le llevasen una litera en la que pudiera ser trasportado á la ciudad. Enviadas las cartas, Pompeio fué conducido á *Carteia*.

Strabon en el lib. III de su *Geografia*, hablando de la distancia de *Munda* á *Carteia*, añade: «á cuya ciudad huyó Cneo Pompeio, vencido en la batalla.» Y Dion Casio en su *Historia Romana*, escribe: «que Pompeio, escapado de la rota, llegó al mar con la esperanza de servirse de su escuadra, que estaba en *Carteia*» (2). Finalmente, Appiano dice que: «Pompeio huyó de la batalla con ciento y cincuenta de á caballo hácia *Carteia*, donde tenia su escuadra» (3). A pesar de esta admirable uniformidad entre los autores citados, algunos críticos no se hallan todavía acordes sobro esta huida de Cneo Pompeio. Unos han creido que despues de

(1) *Cn. Pompeius autem, cum equitibus paucis nonnullisque peditibus, ad navale praesidium parte altera contendit Carteiam; quod oppidum abest a Corduba millia passum CLXX.* (Hirt. *Bell. Hisp*, capítulo 32.) En algunas de las ediciones más antiguas dol *Bello Hispaniense* se suprime la voz *Carteia* en este pasaje, como en las de Venecia de 1471 y 1494 que dicen sólo: «*Cn. Pompeius cum eqtibus. paucis: nonnullisq. peditibus ad navale praesidium parte altera contendit: quod oppidum abest*, etc.» Sin embargo, del relato que sigue, se deduce bien claramente en estas mismas ediciones que el presidio naval, á que se encaminó Cneo Pompeio, no era otro que la ciudad de *Carteia*.

(2) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 40

(3) Appian. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 105.

la batalla se refugió en la misma ciudad de *Munda*. Otros, que del campo mundense huyó á Córdoba, y desde aquí se dirigió á *Carteia*. Y por último, el dictámen de casi todos los eruditos, de acuerdo con lo que afirman Hircio, Dion, Strabon y Appiano, es que Pompeio el mozo escapó de la rota mundense, refugiándose en *Carteia* (1). Suponiendo equivocadamente que Cneo se refugiase en Munda ó en Córdoba, era preciso explicar la frase *parte altera*, de que se vale Hircio para indicarnos la direccion que Cneo tomó en su huida, y cada uno interpreta esta frase segun el punto adonde supone que se acogió Cneo Pompeio (2). Cuál era este se ignoraba en los primeros dias despues de la

(1) El texto do Strabon mal interpretado dió lugar á la primera de estas opiniones. En el original griego se halla escrito de la siguiente manera: εἰς ἣν ἔφυγεν ἡττηθεὶς ὁ Γναῖος· εἶτ' ἐκπλεύσας ἔνθεν καὶ ἐκβὰς ἔς τινα ὑπερκειμένην θαλάττης ὀρεινὴν διεφθάρη. (Strab. *Geogr.*, lib. 3, cap. 2, § 2.) Casaubon comentó este pasaje del modo siguiente: «*Victus Cneus eo proelio, quod describitur ab Hirtio*, CAP. 4, BELLO HISPANIENSI, *ex hac fuga oppidum Mundam sibi constituit praesidium.*» Reimaro, anotando el pasaje de Dion Casio, en que esto historiador dice que despues de la rota, parte de los pompeianos se huyeron á la ciudad, y parte al campamento, advierte que entre los primeros está comprendido Cneo segun testimonio de Strabon: *In his qui Mundam confugerunt ipse fuit Cn. Pompeius, texte Strabone, III*, pág. 141.» Y finalmente, nuestro Masdeu, hablando de esta fuga, dice: «Cneo huyó con ciento cincuenta caba»llos á *Carteia*, donde estaba ancorada su »escuadra: *Strabon dice que se refugió »en Munda*: pero se *equivocó.*» (*Hist. Crít. de Esp.*, tom. IV, pág. 514.) Quien se equivocó fue Masdeu, y Reimaro y Casaubon; y vamos á demostrarlo. Todo el error proviene do haber aplicado el relativo εἰς ἣν á *Munda*, y no á *Carteia*. Verdad es que la voz *Munda* está más próxima, en el original griego, al relativo εἰς ἣν que la voz *Carteia*. Pero el mismo texto, bien examinado, decide la controversia. εἰς ἣν, *in quam*, ó *ad quam*, traducido gramaticalmente, ó como interpreta Guarino Veronense *quo*, ó como Xylandre *huc*: aquí huyó Cneo Pompeio despues de vencido en la batalla: *huc fugit Cneus Pompeius proelio victus*; y desde aquí fué conducido en una nave, *indeque navi avectus*. Luego no pudo refugiarse en Munda, porque aquí no podia embarcarse, pues Munda no era presidio naval, como lo era *Carteia*. Esto no deja lugar á duda de que las palabras εἰς ἣν ἔφυγεν del texto do Strabon se refieren precisamente á esta última ciudad, y que no fué la mente do Strabon referirlas á *Munda*, á la que ni él, ni ningun geógrafo ni historiador ha colocado en la costa. Y lo que es más todavía, así lo comprendió tambien su compendiador: tanto que copiándole muchas veces, casi palabra por palabra en sus *Excerptas*, resulta de ellas que á *Carteia* y no á *Munda*, entendió él que se referia Strabon. Hé aquí este texto de las *Excerptas* escritas en el siglo X. Ὅτι οἱ Πομπηίου παῖδες, Γναῖος μὲν ἡττηθεὶς, ἔφυγεν εἰς Καρτηΐαν, κἀκεῖ διεφθάρη.

(2) Ortiz creyó que teniendo Cneo por cierto que César cercaria y tomaria á Munda sin remedio, huyó de ella por el lado opuesto con ciento cincuenta caballos: esto es, por el lado opuesto de donde habia penetrado en *Munda*. Cortés que opinó que Cneo, perdida la batalla, se refugió en Córdoba, dió muy distinta

jornada mundense. El mismo Hircio, testigo presencial de los sucesos de esta guerra de España, escribió á Ciceron, cuando ya Sexto habia salido de Córdoba, que ignoraba á qué parte hubiera huido Cneo, de lo cual Ciceron dice á Attico que ni se curaba de saberlo (1).

La retirada de Cneo á *Carteia* desde el mismo campo de batalla, prueba, en nuestro sentir, que Munda no debia estar muy apartada de aquella plaza. Combatiendo Fariña la reduccion de Munda á Ronda la Vieja, en sus *Antigüedades MSS. de Ronda*, al hablar de la fuga de Cneo y los suyos despues de la rota mundense, hace las siguientes reflexiones: «¿Á qué propósito habian de ir á recogerse á Córdoba, como dice Strabon, para irse á *Carteia*, y habian de dejar las huidas por las sierras y montañas seguras y ocultas de esta tierra?» (2) Luego si Cneo, segun Strabon, no se refugió en Córdoba, sino que desde el campo mundense se dirigió á *Carteia* terminada la batalla, como todo extensamente queda probado, es buena conjetura creer que Munda debia estar á mayor distancia de Córdoba que de *Carteia* y en direccion manifiesta de este puerto.

Era *Carteia* presidio naval, segun Hircio, y distaba de Córdoba ciento y setenta millas romanas, ó sean cuarenta y dos leguas y media; pero este dato por sí solo no es bastante para decidir cuál fuera su asiento, pudiéndose sólo asegurar que *Carteia* debia ser una de las plazas marítimas de la Bética, y esto es tambien lo que se deduce de los textos de los otros dos historiadores, Dion Casio y Appiano. Pero su situacion queda bien averiguada por los textos de los antiguos geógrafos. Strabon en su lib. III, dice hablando de ella, luego que ha

inteligencia á la frase *parte altera* de Hircio. (Cort. y Lop., *Dic.* tom III, pág. 205.) Esta fuga de Cneo es con relacion á la de Valerio, y no á la de Sexto Pompeio. Valerio y Cneo huyeron los dos de la batalla, tomando el primero la direccion de Córdoba, y el segundo por otro lado, es decir, en direccion distinta, se huyó á *Carteia*. Con esto queda comprobado, con arreglo al mismo texto de Hircio, en que se apoya Cortés, que Cneo no huyó á Córdoba despues de la batalla, porque si el jóven Valerio se fué á esta ciudad, y Cneo partió por otro lado á *Carteia*, «*parte altera contendit Carteiam*,» es claro que no se refugió en Córdoba.

(1) «*Hirtius ad me scripsit Sext. Pomp. Corduba exisse et fugisse Hispaniam Citeriorem, Cneum fugisse nescio quo, neque enim curo.*» (Cicer. *Epist. ad Attic.*, lib. 12, epist. 37.) En la que posteriormente hubo de dirigirle Ciceron, que es la 44 del mismo lib. 12, parece aludir á esta huida de Cneo á *Carteia*, si en vez de la voz *arctim*, que se lee en el siguiente pasaje de la citada carta: «*Sed quid est quaeso? Philotimus nec arctim Pom. teneri*»: se sustituye la voz *Carteia*, como quiere Lambino, siguiendo la conjetura de Aldo Manucio.

(2) Far. *Antig. de Ronda*. MS. cap. 10.

descrito el monte Calpe (que para los que navegaban de nuestro mar, como llamaban los romanos al Mediterráneo ó mar interno, hácia fuera, cae á la derecha), que: «á cuarenta estadios (cinco cuartos de legua) de él está la ciudad de *Calpe*, antigua y memorable estacion, en otro tiempo, de las naves españolas. Dicen algunos (añade el citado geógrafo) que fué fundada por Hércules, entre los cuales se cuenta Timosthenes, quien refiere que esta ciudad se llamó antiguamente *Heraclea*, y muestra todavía el gran circuito de sus murallas y los arsenales» (1).

Nuestro Pomponio Mela, que llevando la misma direccion que Strabon, de Oriente á Occidente, nombra al entrar en el estrecho el monte Calpe, el cual se detiene en describir con minuciosos detalles, coloca despues á *Carteia* en el seno que está más allá del monte (2). Y á continuacion del famoso pasaje, que por lo corrupto ha dado en qué entender á todos los eruditos, nombra tambien, como Strabon, primero à la ciudad de *Mellaria*, y en seguida á la de *Bélon*, entrado ya el estrecho. Tenemos, pues, que buscar á *Carteia* á cuarenta estadios del monte Calpe, ó sea legua y cuarto del Peñon de Gibraltar, y situada en el seno ó bahía inmediata, dentro ya del estrecho, entre el monte Calpe y las

(1) καὶ πρὸς αὐτὸ Κάλπη πόλις ἐν τετταράκοντα σταδίοις ἀξιόλογος καὶ παλαιά, ναύσταθμόν ποτε γενομένη τῶν Ἰβήρων. ἔνιοι δὲ καὶ Ἡρακλέους κτίσμα λέγουσιν αὐτήν, ὧν ἐστι καὶ Τιμοσθένης, ὅς φησι καὶ Ἡρακλείαν ὀνομάζεσθαι τὸ παλαιόν, δείκνυσθαί τε μέγαν περίβολον καὶ νεωσοίκους. (Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 1, § 7.) Casaubon y Bochart creen que no ha existido ciudad con el nombre de *Calpe*, y proponen se sustituya en el texto esta voz con la de *Carteia*. Spanhemio, el cardenal de Noris y Wesselling entre los extranjeros, Fariña, Cean y Cortès entre los nuestros, juzgan que *Calpe* es ciudad, pero distinta de *Carteia*: Cellario opinó que acaso *Carteia* se llamó tambien *Calpe* ó *Calpia*: el P. Florez afirmó algo más, que el *Calpe* fué ciudad no fué diversa de *Carteia*: Lopez de Ayala, en su *Historia de Gibraltar*, que *Calpe* y *Carteia* fuéron una misma ciudad: lo propio aseguran Valesio sobre el Damasceno, y Harduino sobre Plinio. Kramer en su edicion Straboniana ha escrito resueltamente Καρτηία en vez de Κάλπη en este lugar. Pero preciso es convenir (mientras no se aleguen MSS. del texto Straboniano en contra), en que hubo ciudad llamada *Calpe*, y antiguamente *Heraclea*, y que esta es la misma *Carteia*, ajustándose, como se ajustan á la *Calpe* de Strabon, todos los datos que los demás geógrafos de la antiguedad nos suministran acerca de la situacion de *Carteia*.

Continúa Strabon la descripcion de la costa ibérica del estrecho de la columnas, y el primer pueblo que nombra despues del de *Calpe* es *Mellaria*, y en seguida *Bélon*. Εἶτα Μελλαρία, ταριχείας ἔχουσα, καὶ μετὰ ταῦτα Βελὼν πόλις καὶ ποταμός. Esto servirá para comprobar por el texto de los demás geógrafos la situacion de *Carteia* en el estrecho, y que la que ellos llaman *Carteia*, es la misma á que Strabon da el nombre de *Calpe*.

(2) *Sinus ultra est, in coque Carteia, ut quidem putant aliquando Tartessos.* (Pom. Mel. *De Situ Orbis.*, lib. 2, cap. 6.

ciudades de *Mellaria* y *Bélon*. El Historiador Naturalista, despues de nombrar estas mismas ciudades, *Bélon* y *Mellaria*, y el estrecho formado por el mar Atlántico, añade: «*Carteia Tartessos a Graecis dicta: mons Calpe, deinde littore interno Barbesula cum fluvio*» (1). Ptolomeo, que divide los pueblos por regiones, coloca á *Baelon* en los túrdulos, y en los bástulos-penos á *Menralia* ó *Mellaria*, y en seguida á nuestra *Carteia*, y el monte Calpe lo nombra ya en el mar interior ó Mediterráneo. Antes de *Carteia* coloca Ptolomeo á la ciudad de *Barbèsula*; pero por lo que resulta de Strabon, Mela, Plinio y tambien del *Itinerario* (2), *Bar-*

(1) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 1.

(2) *Iter a Malaca Gádis* M. P. CXLV.

Sivel.	M. P. XXI.
Ciluiana.	M. P. XXIIII.
Barbariana.	M. P. XXXIIII
Calpe Carteiam. . .	M. P. X.
Portu Albo.	M. P. VI.
Mellaria.	M. P. XII.
Belone Claudia. . .	M. P. VI.
Besippone.	M. P. XII.
Mergablo.	M. P. VI.
Ad Herculem. . . .	M. P. XII.
Gádis.	M. P. XII.

Ant. Itinerar. curante Petr. Wesselling., pág. 405.

Aquí aparece el nombre de la ciudad *Calpe Carteia*, como una de las mansiones del camino de Málaga á Cádiz; pero este pasaje del *Itinerario* parecióle á Casaubon tan perturbado y corrupto que nada cierto, segun él, podia deducirse de su contexto. Es verdad que en algunas ediciones antiguas se lee esto de muy distinto modo, porque despues de *Belone* colocan además á *Barbésul* (que segun algunos eruditos es la misma *Barbariana*) y á *Calpe Carteiam* separadamente en esta forma:

Belone Claudia. . .	M. P. VI.
Barbésul.	M. P. XXXIIII.
Calpe.	M. P. X.
Tartheiam.	M. P. X.

Tal cual acabamos de copiar este pasaje indudablemente está viciado, como dice Casaubon. Pero desde luego se comprende que están repetidas y trastornadas algunas mansiones, no ocupando su verdadero lugar. Así se demuestra con la mayor parte de los MSS. Schoto advierte que estas mansiones no se hallan repetidas en el códice Cesaraugustano. Wesselling, quien sin duda es el que mayor número de MSS. ha tenido á la vista, asegura que tampoco se encuentran en ninguno de los suyos aquellas mansiones, tal cual las ofrecen algunas ediciones antiguas. Exactamente acaece lo mismo en el códice membranáceo del *Itinerario*, que se conserva en la Biblioteca Nacional, L. 129, y que hemos tenido ocasion de examinar. Cualquiera que sea la causa de este error, es lo cierto que sin contradecir la doctrina de los geógrafos Strabon, Mela y Plinio, no puedo colocarse á *Calpe Carteia* despues de *Bélon*, para el que navega del mar interior al Atlántico, ó sea de Oriente á Occidente, que es la direccion que lleva naturalmente el *Itinerario* en este camino de Málaga á Cádiz. Hay, pues, que restituir en las citadas ediciones estas mansiones á su verdadero lugar, colocándolas despues de *Ciluiana*, y no separando á *Calpe* de *Carteia*, sino escribiéndolas reunidas, como en la mayor parte de los MSS. aparece, y ha de practicarse, si estos dos nombres corresponden á una misma ciudad, segun se ha demostrado al tratar del texto de Strabon.

bésula estaba en el mar interno, y despues del monte *Calpe*, y no antes. Marciano Heracleota, como principalmente lo que hizo fué copiar á Ptolomeo, colocó tambien á *Barbésula* en el estrecho, antes del monte Calpe, para el que viene del mar Atlántico. Para nosotros es igual, no separándonos los cuarenta estadios de este monte, colocando á *Carteia* á su occidente y en el seno ó bahía inmediata. A ninguna de estas circunstancias se opone Ptolomeo, ni Marciano Heracleota, antes bien las confirman; porque ambos nombran á *Carteia* inmediata al monte Calpe, y Marciano está más detallado todavía, diciendo que: «despues del monte Calpe, que está en el principio del mar interior (como él expresa) para el que navega hácia el estrecho y el Océano, teniendo á su mano derecha el continente ibérico, á los cincuentas estadios se halla situada *Carteia* (1)»: lo que es casi la misma distancia que señala Strabon. El anónimo de Rávena, despues de *Malacca*, *Suel* y *Barbésola*, nombra á *Carteia*, y más adelante á *Mellaria* y *Baelone* (2).

Rodrigo Caro, que publicó sus *Antigüedades de Sevilla* en 1634, habla ya de las ruinas de *Carteia* (3). Poco tiempo despues Macario Fariña, que recorrió toda esta costa, escribió tambien de aquellas en sus *Marinas*, al tratar de la mansion del *Itinerario Calpe Carteia* (4). Pero los que han descrito más detalladamente estas ruinas son los ingleses, J. Conduik, que las visitó á fines del siglo XVII, y Carter que las registró en el último tercio del XVIII. Extractarémos de las obras de ambos viajeros, lo necesario á nuestro intento. Véase todavía las grandes ruinas de *Carteia*, que hoy existen en el centro de la bahía de Gibraltar, y cerca de cuatro millas inglesas al Nordeste de esta plaza. Este lugar se llama Rocadillo. Encuéntranse allí algunas chozas, y una torre cuadrada y moderna, que parece haber sido levantada sobre los cimientos de un edificio mucho mayor. No es difícil descubrir los rastros de las murallas de la antigua ciudad, y parece que estas tenian cerca de dos millas inglesas de circunferencia. El espacio interior está lleno de ruinas, entre las cuales se ve un gran número de trozos de mármol, muy hermoso y bien trabajado, y una infinidad de vasos de tierra roja, se-

(1) Ἀπὸ Κάλπης τοῦ ὄρους καὶ στήλης, ἥτις ἐστὶν ἐν ἀρχῇ τῆς ἐντὸς θαλάσσης, ἐκπλέοντι ἐπὶ τὸν πορθμὸν καὶ τὸν ὠκεανόν, δεξιὰν τὴν ἤπειρον Ἰβηρίας ἔχοντι, εἰς Καρτηΐαν στάδιοι ν'. (Marcian. Heracleot. *Peripl. partium Baeticae a Calpe usque ad terminos Lusitaniae. Perip. Mar. Ext.* lib. 2. § 9.)

(2) Rav. *Geograph.*, lib. 4, cap. 42.

(3) Rod. Car. *Antig. de Sev.*, lib. 3, cap. 21.

(4) Far. *Marinas*. MSS. de la Real Academia de la Historia.

ñal cierta de una ciudad romana, segun Ambrosio de Morales, cuyos vasos opina sean de barro saguntino. Se ven tambien en Rocadillo los restos de un edificio construido en semicírculo y levantado sobre arcos : tiene un declive insensible, y parece haber sido un teatro. Se ha desenterrado cerca de la torre cuadrada, de que se ha hecho mencion, un pedestal de mármol de una antigua estátua, sobre el que se registran todavía las señales de los piés de aquella, las extremidades del ropaje y las letras VARIA MARCE, muy bien grabadas. Dicen que se han leido estas otras tres letras LLA (1). Las demás que se encuentran sobre este pedestal, están casi enteramente borradas. Hay tambien un considerable número de medallas, que han sido descubiertas entre las ruinas del Rocadillo, la mayor parte de las cuales representa una cabeza coronada con una torre y la voz *Carteia* en caractéres muy legibles, y en el reverso un Neptuno ó un timon. Rocadillo está regado por el rio Guadarranque, que es muy profundo y que tiene su nacimiento en el Castellar, á distancia de unas cuatro leguas. Se ve á lo largo de este rio mucha mamposteria y restos de un antiguo muelle. Encuéntrase tambien, hácia el Oriente, sobre una altura un poco apartada, ruinas de un castillo cuadrado, que parece haber sido un antiguo edificio muy fuerte. Las gentes del pais lo llaman Castillon ; pero se asegura que se llamaba, no hace mucho tiempo, *Torre de Cartagena* (2). Todos los españoles que habitan á los alrededores de las ruinas de Rocadillo, dicen que estos son los restos de una antigua ciudad de paganos, que se llamaba *Cartago*. La tradicion ha cambiado el nombre de *Carteia* en el de Cartago, que era mucho más conocido (3). Velazquez en su *Viaje de Extremadura y Andalucia* y Perez

(1) Velazquez, *Observaciones del viaje de Extremadura y Andalucia* : MS. de la Bibliot. de la Acad., tom. XXV, la pone más completa.

(2) En la relacion de los lugares que conquistó Tariq Ben Zeyad, comprendida en las historias de Al Andalus por Aben Adhari, tituladas el *Bayan Almogreb*, se dice que los árabes abrieron su conquista por el castillo de Cartagena. De él tambien se hace asi referencia en el cerco de Algeciras. Cuenta la *Corónica de D. Alfonso el Onceno*, que : «en este »tiempo (año 1342) el rey envió gentes »que tomasen la torre de Cartagena, que »es entre Algecira et Gibraltar, que te»nian los moros, et los christianos co»bráronla en dos dias.» (*Crón. cit*, capitulo 274.) Y más adelante refiriendo : de como el Rey puso una celada á los moros del real, et de lo que y pasó, dice : «et »porque los christianos tenian la torre de »Cartagena, que era entre el real de los »moros et el rio de Guadarranque.» (Ca»pitulo 316.)

(3) J. Cond. *A Discourse tending to shaw the situation of the ancient Carteia* : cuyo epitome publicó H. Jones en el to-

Bayer en el que hizo en 1782 por Andalucía y Portugal (1), se detuvieron tambien para registrar las ruinas del Rocadillo, pero poco ó nada nuevo hallaron, porque aquellas han ido desapareciendo en los años sucesivos, tanto que hoy apenas se encuentran ya algunos restos de dichas antigüedades, quedando todavía en pié solamente algunos arcos del teatro, del cual trata Carter muy por extenso en su citado *Viaje de Gibraltar á Málaga.*

Las antiguallas, de quo todos estos escritores nos hablan, justifican la existencia de la célebre *Carteia* en aquel sitio, que hasta retiene casi el nombre en el de *Cartaya*, que, segun Fariña, dan en Gibraltar al Rocadillo. Y la circunstancia de ser tambien muy bueno y seguro surgidero, y descubrirse los muelles, como aseveran Fariña y el referido Carter, nos confirman más y más de que aquí fué la ciudad llamada *Calpe Heraclea* por Strabon, que celebra la excelencia de su puerto, y en cuyo tiempo todavía se conservaban el arsenal y sus murallas: que es la *Carteia* de Mela colocada en el seno próximo al monte Calpe: la misma llamada *Tartessos* por los griegos, que Plinio nombra inmediatamente antes de este monte, como lo hace tambien Ptolomeo que la menciona entre los pueblos bástulo-poenos: que dista del monte Calpe cuarenta estadios, segun Strabon, ó cincuenta segun Marciano Heracleota; y que segun el *Itinerario* estaba á diez mil pasos de *Barbariana* ó venta de Barajabii (2). Todo lo cual se ajusta perfectamente

mo XXX de las *Transac. Filosóficas de Lóndres*, tom. VI de la *Bibliot. inglesa*, pág. 264 y siguientes. Cart. *A Journey from Gibrattar to Málaga*, vol. I, página 94 y siguientes.

(1) P. Bay. *Diario del viaje desde Valencia á Andalucía y Portugal*. MS. de la Bibliot. Nacion. antes citado.

(2) He aquí las mansiones de este camino con sus correspondencias, debiendo advertir que las millas romanas están computadas escrupulosamente sobre las leguas actuales:

Suel: Castillo de la Fuengirola	5 $^1/_1$	leguas.
Cilniana: Torre de las Bóvedas	6	»
Barbariana: Venta de Barajabii, entre los rios Guadiaro y Horgarganta	8 $^1/_2$	»
Calpe Carteia: Rocadillo ó Torre de Cartajena	2 $^1/_2$	»

Desde Estepona el camino se va gradualmente separando de la costa hasta llegar al rio Guadiaro, en el punto donde se halla establecida la venta de dicho nombre, y una barca para pasarlo: desde aquí dirígese el camino á la venta de Barajabii, y atravesando el rio Horgarganta, que más abajo se reune con el Guadiaro, va en línea recta el camino á San Roque, Torre de Cartagena y ruinas de *Carteia*, sobre la orilla del Guadarranque y costa del mar. Fariña, que recorrió toda esta costa en el siglo XVII, y escribió el tratado que se titula *Ma-*

al sitio llamado Torre de Cartagena ó Cortijo de Rocadillo, y no á las ciudades de Tarifa, Algeciras ni Gibraltar, adonde otros han reducido la antigua *Carteia*.

Sólo sabemos que se hayan encontrado en las ruinas de Rocadillo dos inscripciones, que no son geográficas. Cópialas Velazquez en sus *Observaciones* MSS. *del viaje de Extremadura y Andalucia*, y son las mismas que traslada Cean á su *Sumario de Antigüedades* (1). La primera fué remitida á Velazquez por el canónigo Trabuco, segun asegura aquel en otra parte de sus MSS. (2). La segunda es la de *Varia* (fuera acaso y mejor *Valeria*) *Marcella*, de que se ha hecho referencia : tambien fué remitida á Velazquez, y lo seria probablemente por el citado canónigo, aunque aquel no lo expresa; sólo si que ambas inscripciones fuéron llevadas á Gibraltar.

rinas de Málaga á Cádiz ; el marqués de Valdeflores en su *Viaje de Extremadura y Andalucia* : el P. Hierro en su *Ilustracion* MS. *del Itinerario de Antonino*; Carter en su *Viaje de Gibraltar á Malaga*; y Mr. Alexandre Laborde, que publicó su *Itinerario descriptivo de las provincias de España* en 1809, se han ocupado de las distancias de este camino, pero con inexactitud; asi es que á veces no hay conformidad entre ellos mismos. Para que pueda hacerse la debida comparacion se pondrán aqui las distancias entre diversos puntos de esta costa :

Desde Málaga á la villa de la Fuengirola.	5	legs.
Desde esta villa al castillo del mismo nombre.	1/4	»
Desde dicho castillo á Marbella.	4	»
Desde Marbella á Rio Verde.	1	»
Desde este rio á la Torre de Bóvedas, donde todavia se registran ruinas romanas.	1	»
Desde las Bóvedas á las ruinas conocidas por *Estepona la Vieja*, que ya hoy no existen, y se encontraban en el sitio de la actual Venta de Casasola, á cuyas ruinas ha de reducirse forzosamente la antigua *Salduba*, supuesta *Cilniana* en las Bóvedas, porque á esta Torre se ajustan las millas del *Itinerario*.	1	»
Desde Estepona la Vieja á la villa de Estepona. . .	2 1/2	»
Desde esta villa al rio Guadiaro y venta de dicho nombre.	4 1/2	»
Desde el Guadiaro á la venta de Barajabil.	1/2	»
Desde esta venta á San Roque.	2	»
Desde San Roque á las ruinas de *Carteia* en el Rocadillo.	1/2	»
	22 1/4	legs.

Ó séanse ochenta y nueve millas romanas, que son exactamente las que marca el *Itinerario* desde Málaga hasta *Carteia*.

(1) Cean. *Sumar de Antig.*, pág. 246.

(2) Velazq. *Memorial del Viaje de España*, tomo I. MS. núm. 103 de la Bibliot. de la Acad.

Hay tambien de *Carteia* gran número de medallas, que con frecuencia se encuentran en medio de estas ruinas, como antes queda indicado, las cuales pueden estudiarse en la preciosa coleccion del P. Florez, que enumera hasta treinta y dos (1); en la obra de Francisco Carter (2), en la de Eckhel y en la de Sestini, anteriormente citadas (3).

(1) Flor. *Med. de Esp.*, tom. I, página 293 hasta la 316, y tom. III, pág. 36 hasta la 42.

(2) Cart. *A journey from Gibraltar to Málaga*, vol I, pág. 115 y siguientes.

(3) En los historiadores T. Livio y Polybio han creido encontrar algunos otras dos *Carteias*, distintas de la que sitúan los geógrafos en el estrecho de las columnas; pero hoy ya es punto convenido entre los eruditos que sólo ha existido en la antigüedad una ciudad llamada *Carteia*. (Véase la *Esp. Sag.* del P. Florez, tom. IV, pág. 22 y siguientes.)

CAPITULO VI.

TOMA DE CÓRDOBA.

«César, despues de la batalla, dejando circunvalada á *Munda* con fortificaciones, se dirigió á Córdoba» (1). Perez Bayer, en la marcha de César sobre Córdoba, encuentra una prueba de que Munda no estuvo léjos de aquella ciudad. Dice en su tantas veces citada carta: «El mismo Hircio cuenta que cierto jóven pompeiano llamado Valerio, habiendo con pocos de á caballo escapado de la rota de *Munda*, fué á dar aviso á Sexto Pompeio del suceso, y que César tambien acudió luego con sus gentes, y halló que los que habian huido de la batalla tenian ocupado el puente. Otra señal (añade Bayer) de que *Munda* no estuvo léjos de Córdoba.» Cotejando con el libro de Hircio todo el pasaje que hemos trascrito de la carta de P. Bayer, se notará que forma un sólo período de dos hechos, que se refieren separadamente en el libro de la *Guerra Hispaniense :* el de la huida del jóven Valerio á Córdoba en el capitulo XXXII, y el de la marcha de César sobre Córdoba en el capitulo XXXIII (2). Valerio el mozo huyó *ex hoc proelio*, como dice Hircio, y César marchó cuando ya habia dejado á Munda circunvalada con fortificaciones: *munitione circumdata:* y en esto hay notable diferencia, porque Hircio señala dos épocas distintas, y por eso cuenta estos dos sucesos separadamente. Segun queda expuesto en el capitulo anterior,

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 33.

(2) Pero prescindamos de esto. Si porque el jóven Valerio huyó á Córdoba, y César tambien acudió luego con sus gentes, se prueba que Munda no estuvo léjos de Córdoba, la huida de Cneo á *Carteia* con algunos caballos y peones prueba igualmente que Munda no estuvo léjos de *Carteia*. El argumento es el mismo, y reflexionando sobre este punto, se colige que si Cneo tomó distinta direccion que el jóven Valerio, *parte altera contendit Carteiam*, como queda demostrado en el anterior capitulo sobre *Carteia*, Munda habia de estar situada entre Córdoba y aquel presidio marítimo.

unos se refugiaron en los reales y otros en *Munda*, para buscar amparo en sus murallas. En tal estado fuéles necesario á los de César circunvalar á los de la ciudad, y entonces levantaron aquella horrible empalizada con las armas y los cadáveres de los enemigos, la cual se formó provisionalmente, para evitar que durante la noche se escapasen los de Pompeio. Entre los cadáveres hubieron de encontrarse los de Labieno y A. Varo, á quien se hicieron honras fúnebres (1). Todos estos hechos han de suponerse (por más que se quiera precipitar el curso de los acontecimientos) trascurrida la tarde del dia de la batalla, que, como de la estacion de invierno, no podia ser muy larga, y por lo tanto, en aquella noche y en la mañana del dia siguiente. Estos sucesos corresponden á los capítulos XXXI y XXXII del libro de la *Guerra de España*. Ya en el XXXIII es donde habla Hircio de la marcha de César sobre Córdoba, la cual, segun cuanto queda referido, no debió verificarse hasta el otro dia lo más pronto, ni pudo tampoco realizarse antes por lo que se expresa en el comienzo de este capítulo (2). Es, pues, evidente que César no abandonó el campo de Munda en el mismo dia de la batalla. Además, si César hubiera marchado al propio tiempo que el jóven Valerio, ó pocos momentos despues, hubiera llegado á Córdoba, cuando Sexto todavía no hubiera podido abandonarla; y que Sexto habia salido de esta ciudad á la llegada de César, queda ya demostrado por los textos de Hircio y de Dion Casio.

«Los que habian huido de esta rota ocuparon el puente (prosigue Hircio en el capítulo XXXIII): cuando César hubo llegado empezaron (los pompeianos) á insultar á los de aquel (diciéndoles) que pocos habian quedado de la batalla, que á dónde huirian:» para inspirar á los de la ciudad la confianza de que ellos no habian sido vencidos, sino vencedores, como interpreta Goduino sobre este pasaje (3); lo cual indica que la batalla no pudo darse en las cercanías de Córdoba, porque en tal caso

(1) *Funus est factum.* (Hirt. *Bell. Hisp.* cap. 31.) El *Funus* era entre los romanos una ceremonia larga y solemne; si hubiera sido simplemente quemar sus cadáveres, diria el texto *rogum.*

(2) *Caesar ex proelio, munitione circumdata, Cordubam venit.* (Hirt. *Bell. Hisp.* cap. 33.) La voz *munitione* indica que cuando César partió de Munda para Córdoba, ya habia dejado á la primera de estas dos ciudades rodeada con algo más que el simple vallado de cadáveres; porque *munitione circumdata* y *circummunitos,* que se repite al concluir el cap. 34, hablando de los mundenses, quiere decir que *Munda* ó los *mundenses* fuéron cercados con obras y fortificaciones.

(3) «*Ut fidem facerent incolis se non esse* »*victos, sed victores*». (Goduin. *in* Hirt. *Bell. Hisp.* cap. 33.)

era imposible engañar de ese modo á los cordubenses. «Entonces empezaron á combatir desde el puente (continúa Hircio): César pasó el rio, y sentó sus reales. Scápula, cabeza de toda la sedicion de los esclavos y de los libertinos, habiendo venido despues de la batalla á Córdoba, convocó á su familia y libertos, hizo levantar una hoguera para él, mandó le aderezasen una opípara cena, y además que extendiesen sobre la hoguera sus mejores vestidos: en aquella sazon donó á los de su familia el dinero y alhajas: luego cenó temprano (es decir, antes de anochecer, segun cree Natan Moore) (1): rocióse todo repetidas veces con vino y nardo (2); y últimamente mandó á uno de sus siervos y al liberto quo habia sido su concubino, al uno que le degollase y al otro que encendiese la hoguera.» Esto mismó relata Appiano, aunque muy sucintamente, pues dice que de los capitanes pompeianos Scápula se quitó la vida arrojándose á una hoguera. El reposo con que el jefe de aquella sedicion procedió en todas las particularidades referidas por Hircio, prueba bien que aunque César estaba ya á la vista de Córdoba, y habia sentado sus reales, aún no se habia apoderado de la ciudad, segun el órden con que el historiador de la *Guerra Hispaniense* va refiriendo los sucesos en este cap. XXXIII; porque la muerte de Scápula, por lo más breve, debió acontecer en la tarde, ó ya entrada la noche del dia en que llegó César, y la toma de Córdoba fué al dia siguiente, como se entiende por Appiano en el lugar citado, y terminantemente se deduce del cap. XXXIV de Hircio. Prosigue este: «Luego que César sentó sus reales enfrente de la ciudad, promovieron discordia entre sí los cordubenses de su partido y los del de Pompeio, hasta tal punto que el clamor casi llegaba al campamento cesariano (3). Las legiones que aquí (*hic*, es decir en Córdoba) se habian alistado de los fugitivos, y en parte de los siervos de los de la ciudad, que habian sido

(1) Esto debió acaecer en la tarde del dia siguiente á la salida de Sexto, porque dicha salida fué á la segunda vigilia, segun se ha visto que expresa Hircio en el capítulo anterior.

(2) Las ediciones modernas tienen *resinam et nardum*: varios MSS. sólo *vinum et nardum*, y así las ediciones anteriores á Ursino: en otros códices, entre ellos el Granatense, se lee *vinum, resinam et nardum*.

(3) Algunos han creido que el rumor de la batalla y los gritos de los combatientes en *Munda* era lo que se percibia en Córdoba, de donde deducen que ambas ciudades debian hallarse muy inmediatas; pero vése claramente cuán equivocados caminan, pues el clamor que se oia era el producido en Córdoba por las discordias de ambas facciones, llegando á percibirse en los reales de César, que ya habia acampado delante de esta ciudad.

9

manumitidos por Sexto Pompeio, empezaron entonces á marcharse (ó á salirse de Córdoba) á la llegada de César (1). Cuando la legion XIII empezó á defender la ciudad, opusiéronse sus habitantes, ocuparon en parte las torres y el muro, y nuevamente enviaron legados á César para que introdujese en su auxilio algunas legiones. Advirtiendo esto algunos de los fugitivos, empezaron á incendiar la ciudad, mas últimamente fuéron vencidos por los nuestros y muertos hasta veinte y dos mil, además de los que perecieron fuera del muro: Así César se apoderó de la plaza» (2). Esto debió suceder, por la parte más corta, al otro dia de la muerte de Scápula, para que pudiesen tener lugar todos estos sucesos, que posteriormente refiere Hircio en el cap. XXXIV, y al siguiente dia de la llegada de César, como ya queda indicado al explicar las palabras de Appiano. Dion Casio da cuenta tambien de la conquista de Córdoba en los siguientes términos: «César, dueño ya de este modo de la victoria, tomó á Córdoba prontamente, porque antes de la llegada de él, Sexto habia partido de esta ciudad, é hicieron entrega de ella sus habitadores, aunque los siervos, por haber sido manumitidos, lo resistieron: así es, que muertos de ellos los que fuéron encontrados con armas, César vendió los restantes; y de la misma manera se apoderó de Sevilla» (3).

Cortés ha creido encontrar en este pasaje otra prueba de que la batalla de Munda se verificó en las inmediaciones de Córdoba, porque supone dice Dion en el lugar citado, «que César *al punto* que logró la victoria *se presentó* delante de Córdoba» (4). Refiérese el adverbio

(1) En el texto se lee: «*Tunc in Caesaris adventum descendere coeperunt.*» Goduino interpreta este pasaje: «*Tunc venire coeperunt ad Caesarem advenientem se dedituri.*» N. Moore pregunta: «*¿Quid hoc est? Ex loco Dionis Cassii* 43, 39, *video, oppidanos Caesari favisse, manumissos ei restitisse, et oppidum defendisse. Ergo saltem* DESCENDERE *in* DEFENDERE *mutandum est; sed plura essent porro mutanda, ut orationi sensus perspicuus tribui posset. Sufficit rem indicasse.*» *Discedere* se lee en el códice Granatense, y asi pudiera interpretarse: Habiéndose levantado discordia entre ambos bandos, las legiones formadas de los fugitivos y de parte de los siervos mannmitidos por Sexto empezaron á abandonar la ciudad cuando llegó Cesar; tal vez para ponerse á su devocion, como interpreta Goduino, ó quizás para evitar sus iras. Y el que se saliesen de la ciudad parte de los siervos manumitidos no se opone á lo que dice Dion. El historiador griego afirma que á César opusieron resistencia parte de los manumitidos; y como efectivamente parte de estos pudo quedarse dentro de la misma ciudad, no existe contradiccion ninguna entre ambos historiadores.

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 34.

(3) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 39.

(4) Cort. y Lop. *Dicc.*, tom. III, página 201. Lo que expresa el historiador griego es, que lograda la victoria de

εὐθὺς que emplea aquel historiador, á la celeridad con que César conquistaba las ciudades, despues de la victoria de Munda; y no á que César se presentase delante de Córdoba en el mismo dia ó en el siguiente de la batalla, con lo cual quiere Cortés inducirnos á creer que *esta se dió á las inmediaciones de Córdoba*. Y buena prueba de aquella verdad es que el propio Dion añade que *del mismo modo* (César) *se apoderó de Sevilla* (1): en cuyo caso, segun Cortés, debiera sostenerse por igual razon que Munda estaba á las inmediaciones de esta otra ciudad. Hircio por último nos dice, al terminar el cap. XXXIV, que mientras César se detenia en Córdoba, los que despues de la batalla habian quedado antes circunvalados, hicieron una salida, y muertos muchos de ellos, los demás fuéron rechazados á la plaza (2).

Munda, César tomó derechamente á Córdoba, sin que ofreciese detencion grave su conquista; y aún da la razon por qué fué ganada sin obstáculo, añadiendo ser tan pronta la toma porque Sexto habia dejado la ciudad y los habitantes la entregaron, aún contra el querer de los siervos manumisos por Pompeio. El adverbio εὐθὺς de que usa el Cocciano, equivale con más propiedad al latino *recta*, lo que quiere decir que César, una vez vencedor no se paró á otra cosa antes de tomar á Córdoba, y que la tomó derechamente, sin oposicion ni obstáculo. La batalla tuvo lugar el diez y siete de Marzo: César pudo partir del campo mundense el diez y ocho, en cuya noche, habiendo salido ya Sexto de Córdoba, se verificó que al llegar César el dia diez y nueve á esta ciudad, Sexto no se encontraba dentro de ella; y dándose muerte Scápula en la tarde del mismo diez y nueve, César se apoderó de Córdoba en el siguiente que fué el veinte.

(1) τὸ δ᾽ αὐτὸ τοῦτο καὶ τοὺς τὴν Ἴσπαλιν ἔχοντας ἔδρασε. (Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 39.)

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 34 *in fine*. Scalígero y otros escriben: «*dum hic detinetur ex proelio, quos*, etc.» lo cual turba el sentido, como dice Clarke; y así ha de leerse «*dum hic detinetur, ex proelio quos.*» Este relativo, convienen el citado Clarke, Cellario y N. Moore, en que se refiere á los *Mundenses*: estos son los que César habia dejado circunvalados despues de la batalla, como dice Hircio en el cap. 33, y por eso expresa en este 34 «*quos circummunitos superius demonstravimus*».

CAPITULO VII.

—

ENTREGA DE HÍSPALIS.

«Habiéndose César dirigido á *Hispalis* (sigue refiriendo Hircio) vinieron enviados á pedirle gracia para aquella ciudad. Diciéndoles entonces que él la defenderia, hizo entrar en ella, á su llegada, á Caninio, con tropas que la guarneciesan, y puso sus estancias cerca de la misma plaza. Habia dentro de la ciudad una fuerte guarnicion de los de Pompeio, la cual indignóse de que hubiera sido recibida la de César, por lo que ocultamente cierto Philon, que era acérrimo defensor del bando pompeiano, y muy conocido en toda la Lusitania, marchó á esta, á escondidas de la guarnicion de César, y juntóse cerca de la ciudad de *Lenio* con Cecilio Niger, por sobrenombre Bárbaro, que tenia un gran golpe de gente lusitana. Vuelto otra vez á la ciudad de *Hispalis* (1), de noche fué recibido por el muro, y degollando la guarnicion y las centinelas, cerraron las puertas y empezaron á defenderse desde adentro (2). Mientras estas cosas acaecian, trajeron mensajeros de *Carteia* al real de César la noticia de que tenian en su poder á Pompeio, juzgando, porque antes le habian cerrado á aquel las puertas de su ciudad, que con semejante servicio compensarian su anterior malhecho. Los lusitanos no cesaban un momento de combatir desde *Hispalis* (3). Y viendo César que si intentaba tomar la ciudad, como hombres perdidos la darian á las llamas y destruirian las murallas, habido consejo, dejó que los lusitanos hicieran de noche una salida, lo cual no creyeron ellos se les consentia con premeditado designio. Así fué que saliendo impetuosa-

(1) Preferimos como Clarke la leccion *reversus* á la de *versus*.

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 35.

(3) Glandorpio escribe *propugnare* en vez de *oppugnare*, á lo que se inclina Heinsio; otros *Hispali pugnare*, fundándose en varios MSS.

mente, prendieron fuego á las naves que estaban en el rio *Baetis*, y mientras los de César se hallaban detenidos por el incendio, procuraron huir ellos; pero fuéron alcanzados y muertos por la gente de á caballo. Esto hecho, y recuperada la ciudad, emprendió César su camino á *Asta*, de la cual vinieron legados para hacer la entrega de ella» (1). Dion da cuenta tambien de la toma de *Hispali* por César, diciéndonos que los de esta ciudad, habiendo recibido al principio casi voluntariamente la guarnicion que César les impuso, despues de matarla, se alzaron en son de guerra. César, marchando allá con el ejército, púsoles cerco no muy apretado, de modo que les ofrecia la esperanza de huir: y habiéndoles dejado que saliesen, mató á los que dieron incautamente en las celadas; y así recuperó la ciudad, desamparada tambien insensiblemente por las demás tropas (2).

«Muchos de los mundenses que de la batalla se habian refugiado en la ciudad, (prosigue Hircio) viéndose cercados por tanto tiempo, se entregaron, y habiendo sido distribuidos en las legiones, conjuraron entre sí que de noche, dada cierta señal, los que estaban en la ciudad hiciesen una salida, y ellos repartirian la muerte en los reales. Descubierta esta conjura, en la noche siguiente á la tercera vigilia, entregada la *tessera*, todos fuéron muertos fuera de la estacada (3).»

Uniendo cuanto refiere aquí Hircio sobre lo que acontecia en *Munda*, con lo que relata sobre la marcha de César y el encuentro de los legados en el camino de *Asta*, han supuesto equivocadamente algunos que los mundenses, que despues de su conjura sufrieron esta matanza, fuéron muertos junto á aquella ciudad (4). Nosotros hemos creido que cuando Marineo Siculo, escribe: *Xericium, quod ego Mundam esse opinor*, en la obra de *Rebus Hispaniae*, lo hizo por suponer, que en *Asta*, ó cerca de esta ciudad, ocurrió el lance de la muerte de los mundenses, que relata Hircio en el cap. XXXVI. Y más nos confirmamos en nuestro dictámen, al ver que un escritor moderno ha deducido de este pasaje precisamente la misma consecuencia, para sostener en nuestros

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 36.

(2) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap 39.

(3) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 36 *in fine*.

(4) *Iusta quam* como expuso Luis Nonio en su *Hispania* (cap. 13); ó en la cual, *in qua*, como escribe Taraffa en su obra *De Regibus Hispaniae*, al hablar de Octaviano César. Lo mismo asegura en las *Grandezas de España* de Pedro de Medina su ampliador Diego Perez de Mesa (lib. 2, cap. 124). Otros, como Salazar de Mendoza (*Monarquía de España*, tomo I, pág. 170), y Masdeu (*Historia Crítica de España*, tom. IV, pág. 525), han interpretado tambien violentamente todo este lugar de la *Guerra Hispaniense*

dias la opinion de Marineo Sículo (1). Pero cuán equivocadas sean todas estas interpretaciones, es bien fácil de demostrarse. La partícula conjuntiva *que*, unida á la voz *Mundenses* por las ediciones en este pasaje, falta en los MSS., segun Ondendorpio. Ni por ella queda ligada esta oracion con la anterior, en que se habla de los legados de *Asta;* porque despues de la voz *venerunt* ha de ponerse punto final, como aparece en el MS. Granatense, en la edicion de Venecia de 1482, en la Griphia de 1565, y en la Elzeviriana de 1661 : la de Cellario tiene dos puntos; y aunque se escribiera solamente una coma, segun otras ediciones, no seria razon bastante para enlazar ambas oraciones. El libro de Hircio es un Diario de la campaña de César; y así es que refiere juntamente hechos, que acontecen á un mismo tiempo, aunque en lugares distintos. Si se admitiera aquí la interpretacion contraria, igualmente podria sostenerse que Munda estaba junto á Córdoba, por lo que Hircio escribe hablando de la toma de esta ciudad (2), y del mismo estilo hay repetidos pasajes en este libro, cuya cita seria cansada é inútil para el que empapado se halle en su lectura.

(1) Cast. *Hist. de Cád.*, pág. 56.

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 34.

CAPITULO VIII.

MUERTE DE CNEO POMPEIO, EL MOZO.

«Los capitanes carteienses, mientras César en su camino atacaba las ciudades restantes, empezaron á discutir sobre la resolucion que habian de adoptar, respecto á Pompeio. Era un partido el de los que habian enviado los legados á César, y el otro el de los que favorecian la faccion pompeiana (1). Encendida la sedicion (continúa Hircio) ocuparon las puertas, y hubo una gran matanza. Pompeio, herido, se apoderó de veinte galeras y huyó. Al punto empezó á seguirle Didio, que comandaba la escuadra en Cádiz, al cual fué llevada la noticia, al mismo tiempo que aceleradamente caminaban en persecucion de aquel algunos peones y gente de á caballo.»

Este lugar de Hircio se halla muy confuso. Nosotros interpretamos que Didio se encontraba á la sazon en Cádiz, *Gádir;* y no que comandaba la escuadra de *Cádiz :* hallábase sin duda apostado en este puerto, esperando el éxito de la guerra; si se hubiera quedado delante de *Carteia,* donde se encerró la escuadra pompeiana, Hircio no escribiria que á Didio fué llevada la noticia de la fuga de Pompeio. «Así, terminado el cuarto dia de navegacion (añado aquel en el mismo capítulo) Didio alcanzó á

(1) Este pasaje del cap. 37 es uno de los más corruptos del libro de Hircio. Antes se leia *concisi Mundenses Duces;* pero Davis por el códice Norv. lo enmendó escribiendo : «*occisi. Carteienses, dum Caesar in itinere reliqua oppida oppugnat.*» Con cuya distinta puntuacion aclaró este pasaje. *Pulcherrima* llama Clarke esta enmienda de Davis. Goduino encontró en el códice Thuano *omnes sunt concisi Mundenses. Carteienses Duces.*» «*Quod melius arbitror;*» añade el propio Goduino. Oudendorpio es de igual dictámen, y cita además los códices Pettaviano y Leidense primero, donde se lee : «*concisi. Carteienses Duces, dum C. in i. r. o. opp.*» N. Moore, despues de alegar estos manuscritos, concluye diciendo : «*Et sic iam Cellarius ediderat, conveniique historiae.*»

Cneo y los suyos; porque habiendo salido de *Carteia* sin prevencion de agua, tubieron que saltar à tierra. Mientras hacian aguada llegó Didio con su escuadra, incendió unas naves y se apoderó de otras (1). Pompeio huyó con pocos, y ocupó cierto lugar fuerte por naturaleza. La gente de á caballo y los peones, que habian sido enviados en su persecucion, despachando delante corredores se hicieron sabedores de esto, y caminaron de dia y de noche. Pompeio estaba gravemente herido en el hombro y en la pierna izquierda, á lo que se agregaba que tambien se le torció un pié, lo cual era para él de grande embarazo» (2). Lo que sigue en este cap. XXXVIII está ininteligible (3). Aceptando la leccion *ad turrem*, interpretamos : «Así se necesitaba llevarlo en la misma litera, en que habia sido trasladado á la torre; ó casa de campo» (4). El pasaje siguiente es todavia más incomprensible (5). Todo cuanto relata despues Hircio en el cap. XXXVIII, ofrece las mismas graves dificultades, y se reduce á los medios de que se valieron los de César para atacar á los de Pompeio. Al fin fuéron estos puestos en fuga, despues de una tenaz resistencia; y de la huida de Cneo, que

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 37, *in fine.*

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 38.

(3) La locucion «*Ita, lectica à turre qua esset allatus, in ea ferebatur*» es frase hebráica, segun el dictámen de Godulno; y Oudendorpio dice tambien : «*Ita loquuntur Hebraei, et ad eorum morem Novi Testamenti scriptores.*» Reconócese aqui la mano del *corrector* anónimo, y ya se lea *á turre* VEL *turri*, como vulgarmente se ve escrito, ó *ad turrem*, como en las ediciones Vascosana, Griphia, Stephaniana, y en la de Strada, debe precisamente faltar algo en el texto, pues de *torre* nada se ha dicho antes.

(4) *Turris*, es lo mismo que *Villa (*VIDE *Bell. Afric.)* Y corrobórase la interpretacion dada á todo este pasaje por lo que dice Appiano, de que para curarse la herida que se le habia ocasionado al embarcarse en *Carteia*, mandó Cneo arribar á cierta granja, ó casa de campo, que tal es la inteligencia que se da á las voces ἔς τι χωρίον. Glandorpio lee : «*Ita lectica a turri, in quam erat allatus ferebatur.*»

(5) «*Lusitanus more militari.*» Rhellicano lo explica diciendo : «POMPEIUS *habitu* LUSITANI *militis ;*» y esto mismo entendió Carter, cuando dice (en su capitulo sobre *Carteia*, antes citado) que fué acometido aquel por la chusma de Didio, á pesar de haberse disfrazado de soldado portugues : «having in vain disguished himself in the habit of à portuguesse soldier». Clarke escribe hablando de la interpretacion de Rhellicano: «*Mihi illud potius videtur, ut* LUSITANUS *positum sit pro* LUSITANI MILITES *Pompeium stipantes. Sic enim infra capitulo* 4., LUSITANI, QUI EX PUGNA SUPERFUERUNT.» Esto se ve confirmado por un antiquisimo MS., que examinó Brito, y con el cual castiga este pasaje del modo siguiente : «*Lusitani more militari, cum Caesaris praesidium fuissent conspecti celerrime equitibus cohortibusque circulum duxunt.*» «Como se dissera (añade el citado Brito) que emos portugueses vendo os Cesarianos que lhe vinhaon no alcance, cerraraon hum caracol com os ginetes, et infanteria, seguindo seu costume de guerra.» *(Monarchia Lusitana*, tom. I, fól 372.)

es la que hace á nuestro intento, se dan pormenores en el cap. XXXIX.

«Pompeio, como arriba hemos dicho, herido y torcido el pié, no podia por esta causa huir de prisa; y además por la dificultad del lugar tampoco podia valerse para su salvacion, ni de caballo, ni de vehículo. Los nuestros repartian la muerte por todas partes. Arrojado del lugar fuerte, y perdidas sus tropas, Pompeio se dirigió hácia un valle y un sitio profundo, para ocultarse en una cueva; de modo que difícilmente hubiera sido encontrado por los nuestros á no ser por indicacion de los cautivos; y allí fué muerto. Hallándose César en Cádiz, se llevó la cabeza á *Hispalis* el doce de Abril, y fué puesta á la espectacion pública (1).» De aquí vemos que Didio hubo de salir de Cádiz á principios de Abril, y pasados cuatro dias de navegacion alcanzó á Pompeio: pocos dias despues tuvieron lugar los sucesos que se han referido, del incendio y apresamiento de las naos pompeianas, lucha y defensa de los lusitanos, y por último, la muerte de Cneo; ajustándose perfectamente este discurso con que en el dia doce de Abril su cabeza fuese llevada á *Hispali* y expuesta al pueblo. En el capítulo siguiente, ó sea el XL, Hircio relata la sorpresa que los lusitanos, que quedaron de la lucha anterior, hicieron contra Didio, y la muerte de este valeroso capitan de César. Nada de esto interesa á nuestro propósito; sólo sí consignar que no deja de admirarnos cómo Cellario y Goduino creyeron que estos lusitanos fueran los que quedaron de la lucha tumultuaria de Sevilla. Cuando Hircio escribe *Lusitani, qui ex pugna superfuerunt*, entiéndese de los soldados que acompañaron á Cneo, y que defendieron tan tenazmente á este desventurado hijo del Gran Pompeio.

Strabon, despues de decirnos, como se ha visto en el capítulo sobre *Carteia*, que á esta ciudad huyó Cneo vencido en la batalla, añade que conducido desde aquí en una nave, y habiendo desembarcado en una montaña prominente al mar, fué muerto. Veleyo Patérculo da cuenta de la muerte de Cneo en estos tan concisos como elegantes términos: *Cn. Pompejus, gravis vulnere, inventus inter solitudines avias, interemtus est* (2). Dion, hablando de la huida de Pompeio hácia la mar

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 39. J. Scaligero escribió: «*Quum Caesar gradiebatur Hispalim;*» en voz de *Quum Caesar Gadibus fuisset:*» cuya leccion es la legítima, porque César á la sazon se hallaba en Cádiz, y de Cádiz pasó otra vez á Sevilla, despues de la muerte de Didio, como todo consta del cap. 40 del libro de Hircio.

(2) Vel. Pat. *Hist. Rom.*, lib. 2, capítulo 55.

para valerse de su escuadra ancorada en *Carteia*, añade: «Habiendo descubierto que esta le habia hecho traicion, pasándose al vencedor, con la esperanza de fugarse se embarcó en un bajel. Pero entonces, recibiendo allí una herida, perdió esta esperanza, y de nuevo arribó al continente. Desde aquí, recogidos algunos que se habian reunido en este sitio, se dirigió á los lugares interiores. En tal cuita, habiendo venido á dar en manos de Cesennio Lento, fué vencido, y ocultándose en una selva, pereció» (1). Appiano, dice: «Que despues que advirtió (Pompeio) desesperaban los suyos tambien de su salvacion, temiendo no le entregasen, tomó la fuga, embarcándose en una navecilla. Pero habiéndosele enredado el pié con una cuerda, aconteció que, queriendo, uno cortarla, equivocadamente hirió á Pompeio en el pié; por cuya causa mandó arribar la nave á una casa de campo, á fin de curarse la herida. Tan luego como á este lugar fuéron dirigidos los que andaban buscándole, huyó por sitios fragosos y llenos de zarzas punzándole en la herida las espinas; y finalmente, cansado sentóse bajo un árbol, donde, sorprendido por sus perseguidores, sucumbió defendiéndose valerosamente. Llevada la cabeza á César, mandó darle sepultura» (2). Plutarco afirma que la cabeza del hijo mayor de Pompeio la llevó Didio pocos dias despues de la batalla (3). Pero engañóse en esto el Biógrafo griego. Segun Hircio, Didio se retiró á un castillo próximo á la costa (4); y segun Dion Casio, ignorante Didio del suceso desgraciado de Pompeio, vagando por todas partes para haberle á las manos, cayó en poder de otros enemigos, y fué muerto por estos (5). Floro trata igualmente de la huida y muerte de Pompeio, y confirma lo que dice Dion Casio sobre Cesennio, al que da aquel otro escritor el nombre de Ceosnio (6), como tambien le llama Paulo Orosio al referir el desventurado fin de Pompeio (7). Los demás historiadores no añaden circunstancia ninguna, y dicen solamente que fué muerto Cneo Pompeio.

La ciudad de *Lauro*, delante de la cual acabó este sus dias, ha de buscarse en la Bética y sobre la costa del Mediterráneo, porque hallán-

(1) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, capitulo 40.

(2) Appian. *Bell. Civil.*, lib. 2, capitulo 105.

(3) τοῦ δὲ πρεσβυτέρου μεθ' ἡμέρας ὀλίγας Δείδιος ἀνήνεγκε τὴν κεφαλήν. (Plut. *Caesar*, cap. 56.)

(4) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 40.

(5) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 40.

(6) «*Cneum praelio profugum, crure saucio, deserta et avia petentem, Cesonius apud Lauronem oppidum consequutus, pugnantem (adeo nondum desperabat) interfecit*» Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 4, capitulo 2.

(7) Paul. Oros. *Hist.*, lib. 6, cap. 16.

doše Didio en Cádiz, la huida natural de Pompeio, saliendo de *Carteia*, era el mar interior y no el Atlántico. La costa donde debia arribar para hacer aguada, segun Hircio, ó para curarse su herida, segun Appiano, no puede ser la de Valencia, como quieren muchos, sino la de la Bética, porque con arreglo al libro de la *Guerra Hispaniense*, á los cuatro dias de navegacion le alcanzó Didio, que estaba con su escuadra en Cádiz; y navegacion de cuatro dias en aquellos tiempos no podia ser de Cádiz á Valencia.

En la costa de la actual provincia de Málaga, no léjos de la mar, hállase situada la villa de Alhaurin el Grande. Llamábase entre los árabes *Laurin*, y así se lee en escrituras antiguas que hemos registrado (1). Teniendo en cuenta que Didio empleó cuatro dias de navegacion para dar vista á las naves de Cneo, que este desembarcó para hacer aguada, y que se amparó de una montaña inminente al mar, como dice Strabon; parece todo convenir á la playa y torre de Fuengirola y rio de este nombre, donde bien pudo abastecerse del agua que le faltaba (2), y acogerse á la inmediata sierra de Mijas, donde le empezaron á cercar los soldados de César. Escapando de este lance, debió huir por aquella sierra por espacio de dos ó tres leguas, porque más, ni lo consentian sus heridas, ni lo escabroso del terreno. Y así bajando al valle que hay al pié de dicha sierra y frente de Alhaurin, *apud Lauronem*, fué encontrado y muerto por los de César. Lafuente Alcántara (3) cree fuese *Lauro* la villa de Alhaurin de la Torre, que está poco más de una legua de Alhaurin el Grande, y cae más cercana á la mar; pero aún cuando esta circunstancia parece favorecer mejor la retirada de Cneo, nosotros nos inclinamos á Alhaurin el Grande, como hizo el marqués de Valdeflores (4), porque en esta villa se tienen noticias de haber existido ruinas de tiempos de romanos: no así en Al-

(1) En la segunda creccion de los beneficios del Obispado de Málaga, hecha en 1510 por el Sr. D. Diego Ramirez de Villaescusa, segundo prelado de esta diócesis despues de la conquista, se escribe el nombre de la villa de Alhaurin con dos *ll Allaurin*, ó sea *Laurin* con el artículo árabe *Al*: todo lo cual prueba evidentemente, que del nombre *Lauro* para los latinos, ó *Laurin* para los árabes, quedó entre nosotros el de *Allaurin*, y más modernamente el de *Alhaurin*.

(2) Conviene mucho á este propósito lo que Alfonso de Palencia asegura al fólio 100, en su *Historia* MS. *de la Guerra Granatense* (Bib. de la Acad. de la Hist.): *«Fongirolam dicunt, quippe fons peremnis ad radicem illius arcis scaturit. Unde nautici tantummodo in longo tractu aquationem habere possunt.»*

(3) Laf. Alc. *Hist. de Granad.*, tabla al final del tom. I.

(4) Velazquez, *Esquedas Geográficas* manuscritas.

haurin de la Torre, donde no se han encontrado ni vestigios : sólo hay una torre al lado del Mediodia, que está hoy arruinada, y es fábrica del tiempo de los árabes. Esta torre es la que ha dado el nombre al pueblo. Menos puede acomodarse la reduccion de tal ciudad á la actual villa de Álora, como quiere Cortés (1), porque á ella parece corresponder el antiguo *Iluro*, segun la inscripcion que en sus inmediaciones se ha encontrado (2).

Lauro debia existir en el siglo IV, porque tuvo representacion en el concilio Iliberitano, y por ella suscribió en noveno lugar el presbítero Ianuario de Lauro : *Ianuarius a Lauro*. En la *Crónica del Moro Rasis* se lee el nombre de *Liaron*, que debe ser *Lauron* ó *Lauro*, como pueblo de la Cora de Raya : donde se ve cuán equivocado anduvo R. Caro, reduciendo dicha antigua ciudad á un despoblado no léjos de Estepa en el camino á Granada (3).

La diversidad, aunque escasa del nombre, y sobre todo la distancia á que este lugar se encuentra de la marina, hacen bien dificultosa la opinion de Caro. Mayor dislate cometió el Coronista Ambrosio de Morales, y los que le siguieron, en reducir el *Lauro* de Floro á Liria en Valencia. Proviene este error de que no distinguieron entre esta *Lauro* que era de la Bética, y la otra ciudad del mismo nombre que era de la Tarraconense. De esta última habla tambien el mismo Floro, al tratar de las guerras sertorianas (4). Así se reconoce ser ciudades muy diversas, como ya dijo D. Fernando de Mendoza (5), y posteriormente

(1) Cort. y Lop. *Dicc.*, tom. III, pág. 126.

(2) Hé aquí la inscripcion :

(IMP·)CAESARI·L·AURELIOVERO·AVG
ARMENIACO·TRIB· POTEST IIII
IMP (II) COS II PROCOS DIV*i*
ATONINI·F·DIVI·HAD(*a*) IAN*i*
NEP DIVI TRAIANI·PAR PRONE*p*
DIVI NER ABNEP RESPVP·ILV*ren*
SIVM DECR· ORDINIS D·D
SVB CVR VIBIANI

Debemos á nuestro amigo el Doctor Berlanga, la fiel reproduccion de este epigrafe, existente en el Cortijo del Almendral, entre Cártama y Alora, donde lo copiaron tambien el siglo pasado Velazquez y Perez Bayer, en sus *Viajes* MSS.; publicándolo Muratori en su *Thesaurus*, y Medina Conde en sus *Conversaciones Malagueñas*.

(3) En este despoblado se hallaron inscripciones de *Olauro*, que fuéron llevadas á Sevilla, y que se encuentran copiadas en la *Coleccion* MS. de Trigueros, en la de Velazquez, y en otras varias; y aún una de ellas está publicada por Muratori: Clase 15, pág. 1.065, núm. 5, tom. II.

(4) Flor. lib. 3, cap. 22. Esta *Lauro Tarraconense*, ya no debia existir en tiempo de Pompeio el mozo, puesto que P. Orosio afirma que Sertorio asoló aquella ciudad, y transportó á la Lusitania la restante poblacion de los lauronenses (P. Oros. *Hist.*, lib. 5, cap. 23.)

(5) Fern. de Mend. *De Concil. Iliber. confirmand.*, pág. 89.

el citado marqués de Valdeflores en sus *Esquedas geográficas* manuscritas.

Reconociendo en la Bética una ciudad con el nombre de *Lauro*, deja de existir la aparente contradiccion que se ha querido encontrar entre los textos de Strabon y de Plinio. Casaubon sobre el pasaje del geógrafo griego en que este afirma se extraia de la Turdetania trigo y vino en abundancia, dice: «Plinio, lib. VI, cap. VI, hablando de los vinos celebrados, menciona como tales los laletanos, tarraconenses, lauronenses y baleáricos; pero de la Bética ninguno». El lugar de Plinio, á que alude el referido anotador, es como sigue: *Hispaniarum Laletana copia nobilitantur; elegantia vero Tarraconensia, atque Lauronensia; et Balearica ex insulis conferuntur Italiae primis*. Harduino entendió que estos vinos lauronenses eran de *Lauro* en la Citerior, lo mismo que Casaubon; pero además de que aquella ciudad se hallaba destruida de mucho tiempo atrás, segun lo que hemos visto asegura P. Orosio, y de que semejante supuesto no se aviene con el dicho de Strabon, á lo que hace observar aquel su ilustre comentador, creemos que basta examinar detenidamente el texto de Plinio, para conocer que este al nombrar los vinos lauronenses se refiere á nuestra *Lauro* en la *Bética*; pues escribe *Hispaniarum*, es decir que de *las Españas*, así de la Citerior como de la Ulterior, eran renombrados tales y cuales vinos; y perteneciendo indudablemente los demás que relata á la primera de estas provincias, claro es que los lauronenses al menos han de corresponder á la segunda; ni fuera posible que el Naturalista en su maravillosa proligidad y exactitud, omitiese la mencion de vinos tan notables, como han tenido que serlo en todas épocas los de la Bética por su excelencia y generosidad.

CAPITULO IX.

TOMA DE MUNDA Y ASEDIO DE URSO.

«Vuelto César de *Gádes* á *Hispalis* (escribe Hircio en el cap. XLI), Fabio Máximo, á quien aquel habia dejado para combatir la plaza de Munda con obras contínuas de sitio, encerró tan estrechamente á los enemigos que estos dieron en pelear entre sí, y habida una matanza bastante grande, hicieron una salida. Los cesarianos no desperdiciaron la ocasion para apoderarse de la ciudad, y cogieron vivos á los restantes hasta catorce mil, marchando en seguida á *Urso*.»

Este pueblo jugó mucho al final de la guerra pompeiana, pero lo falto que se encuentra el libro de Hircio, hace que se ignoren las circunstancias del asedio que le puso Fabio Máximo, y sólo se sabe el comienzo de aquel, por el capítulo antes citado. D. José Ortiz ha creido encontrar en este la resolucion del problema que ha fatigado por tanto tiempo á los eruditos, fijando la situacion de *Munda* á cinco ó seis millas á lo más de *Urso*. Expuso su sentir en las notas que escribió á su *Compendio Cronológico de España* (1). Pero donde más ha esforzado sus razonamientos, ha sido en la *Disertacion* que presentó á la Real Academia de la Historia, sobre el mismo asunto, y que todavía se conserva inédita en la Biblioteca de dicha Academia. Principia Ortiz afirmando que: «conociendo César que en la toma de *Munda* habia poca dificultad, dejó el sitio á Q. F. Máximo, y marchó contra Córdoba» (2). Lo que consta de los antiguos historiadores es, sin embargo, todo lo contrario. Quedan ya expuestas anteriormente las graves dificultades que ofrecia la toma de *Munda*; y si César dejó encomendado el sitio á F. Máximo,

(1) Ort. *Comp. Cron.*, tom. I, lib. 3, capitulo 12, not. 54.

(2) Ort. *Disert.* MS. *sobre el sitio de Munda*.

fué porque atendiendo á lo inexpugnable de la plaza, comprendió que iba á emplear mucho tiempo en su conquista; cuando su objeto principal era apoderarse cuanto antes de las ciudades de mayor importancia, como *Córduba, Hispalis, Gádes*, especialmente de la primera, que siendo cabeza de toda la provincia, fué el punto que se propuso ocupar desde su llegada á *Obulco*. Que *Munda* se resistió tenazmente durante el asedio, lo prueba además el citado cap. XLI del *Bell. Hispaniense;* y cuando Hircio refiere que F. Máximo habia entrado en *Munda*, ya César se habia señoreado de casi toda la Bética, como nos dice en los capítulos anteriores, lo cual justifica tambien las grandes dificultades que presentó el cerco y toma de aquella ciudad.

Quedaba *Urso* por el bando pompeiano, y á ella marcharon los conquistadores de *Munda: ac deinde proficiscuntur.* Reflexiónese sobre esta voz *proficiscuntur*, que usa Hircio; pues esto demuestra que *Munda* no podia hallarse á cinco ni á seis millas de *Urso*, porque para llegar á esta última ciudad tuvo el ejército que emprender una marcha, más ó menos larga, desde *Munda;* y una marcha supone una distancia de cinco á seis leguas, cuando menos, ó séase la jornada que un ejército puede hacer en un dia. Tampoco diria Hircio con mucha propiedad *proficiscuntur*, si *Munda* estuviera á cinco ó seis millas de *Urso:* en este caso debia escribir *convertuntur*, ú otra voz equivalente; y el no usar de estas, y sí de otra, que indica cierta lejanía, da desde luego á entender que era mayor la distancia, que la que Ortiz se empeña tanto en sostener, como la más larga que podia mediar entre *Urso* y *Munda*.

Despues de describir Hircio la situacion de *Urso*, y decirnos la falta de agua que se notaba en su campo, hasta la distancia de ocho millas (1), prosigue dando cuenta de los demás obstáculos que presentaba

(1) Ortiz hace una gran inculpacion al P. Florez, al explicar este pasaje. Hablando aquel en su citada *Disertacion* MS. del arroyo pantanoso que pasaron los de César, para trabar la batalla, añade: «El maestro Florez, (tom. XII de la *Esp. Sag.*) empeñado en sostener á Monda por la Munda en cuestion, pretende que este arroyo, es el llamado Rio Grande, que pasa á ocho millas de Monda. Dice que esta distancia cuadra maravillosamente con lo que escribe Hircio, cap. 41, á saber: que cerca de Munda y su campo, no habia agua á menor distancia de ocho millas. Una preocupacion hace ver cosas que no hay, ni hubo, como le sean favorables. Florez aplica á Munda lo que Hircio dice de Osuna; pues era la que no tenia agua dentro de las ocho millas á su contorno..... El arroyo que corria por la falda ó pié del cerro de Munda es el mismo de que hablamos, y pasa hoy unas ocho millas de Osuna. Pero Munda tenia la agua de este arroyo mismo, á cosa de una como queda dicho y repetido arriba. Luego si Florez hubiera leido á Hircio

el asedio de esta ciudad (1). De la narracion del historiador latino deduce Ortiz un argumento favorable á su dictámen, y convincente segun lo califica. «.... Es que si por no haber madera en seis millas alrededor de Osuna la fuéron á traer de *Munda*, Munda distaba de Osuna las mismas seis millas á lo más, ó quizás menos» (2). Cuando se quiere esforzar demasiado un argumento, se reconoce más todavía su debilidad. Si *Munda* estuviera situada á menos de las seis millas, ya se encontraban maderas á menos de esta distancia; las mismas que sirvieron para el sitio de *Munda*. Hircio nos dice expresamente: ***proprius millia passum VI non reperiebantur;*** hablando de la falta de maderas: luego *Munda* no podia encontrarse ni á cuatro ni á cinco millas. Este raciocinio tan obvio hubo de ofrecerse al mismo Ortiz, y previniéndolo, dice: «Que la corta de madera por Pompeio alcanzó tambien á *Munda*, consta de que los cesarianos no la tuvieron para cercarla, como vimos.»

con más paciencia en esto, hubiera concluido que su Monda no podia ser la *Munda* que buscamos; pues el Rio Grande, dista ocho millas de aquella.» Prescindiendo del modo poço lógico, con que Ortiz conduce su argumento, lo peor es que este se vuelve contra él. Si el arroyo que pasaba á ocho millas de *Urso, es este arroyo mismo á cosa de una milla de la antigua Munda*, es claro que esta no podia estar situada precisamente á seis ni á cinco millas de Osuna, pues entonces este *arroyo mismo* correria á siete ó seis millas de *Urso*, lo cual es contrario al texto literal de Hircio. «*Nam circumcirca rious nusquam reperiabatur proprius millia passuum* VIII.» La equivocacion de Florez es bien fácil de explicarse. Este Cl. escritor, se valia (segun aparece de varias citas de su *Esp. Sag.*) de la edicion Oudendorpiana de los *Comentarios de César*, la cual se publicó por primera vez en 1737, corriendo en la época del Padre Florez, como el texto más castigado. Oudendorpio corrigió este pasaje: «*Huc accedebat, ut aqua, praeterquam in ipso oppido Munda, circumcirca nusquam reperiretur.*» La voz *Munda* no es del texto; pero el citado editor, se empeña temerariamente en introducirla, y en su nota termina diciendo: «*Unde patet luce clarius rescribendum*, UT AQUA PRAETERQUAM IN IPSO OPPIDO MUNDA. *Hoc enim depravatum est in* NAM CIRCUM CIRCA NUSQUAM REPERIRETUR. *Quo modo exhibui.*» *(C. J. Caesaris. Com.* Edit. Oudendorp. 1737, tom. II, pág. 983, not. 1.) El P. Florez, llevado de este error (pues la voz *oppido* se refiere á *Urso* y no á *Munda*), y preocupado con la inscripcion del rio *Sigila*, (de la que se tratará en su lugar oportuno) creyó identificar el *Sigila* con Rio Grande, y la distancia de las ocho millas, que media entre este rio y Monda, con la que se señala en el cap. 41 del libro de Hircio. La preocupacion es cierta; pero bien merece en ello disculpa el Cl. autor de la *España Sagrada*.

(1) «*Tum praeterea accedebat, ut agger, materiesque, unde solitae sunt turres agi, proprius millia passuum VI non reperiebantur. Ac Pompeius, ut oppidi oppugnationem tutiorem efficeret, omnem materiam circum oppidum succisam intro congessit. Ita necessario diducebantur nostri, ut a Munda, quam proxime ceperant materiam illo deportarent.*» Hirt. *Bell. Hisp.*, capitulo 41.

(2) Ort. *Disert* MS. *sobre el sitio de Munda.*

Antes advierte Ortiz que «en efecto puso César sitio á *Munda*, y por no haber madera para el vallado, levantóle con los cuerpos muertos, escudos y lanzas, sirviendo esto de fagina.» Y añade á continuacion el pasaje ya citado del cap. XXXIII del libro de Hircio. Pero ya queda demostrado, al ocuparnos de la circunvalacion de Munda, que *no fué por no haber madera para el vallado* el rodearla con los cuerpos muertos, sino que terminada la batalla *por la tarde* (1), y habiéndose amparado de *Munda* los fugitivos, César mandó circunvalarlos *inmediatamente* (2) *para que no se evadiesen por la noche* (3), *y para infundir mayor consternacion en el ánimo de los sitiados* (4). Al dia siguiente, César emprenderia formalizar el asedio, pues cuando Hircio refiere que César marchó de *Munda* para Córdoba, afirma que dejaba ya sitiada á *Munda*, no con un simple vallado, sino con fortificaciones, que tal es la significacion de las voces *munitione circundata*, que emplea en el cap. XXXIII. Despues F. Máximo iba adelantando contínua y diariamente estos trabajos (5). Tampoco un vallado formado de cadáveres hubiera podido permanecer más de un solo dia, sin que la corrupcion de aquellos hubiera diezmado el ejército cesariano. Este artificio, que tanto horror inspira al historiador L. Floro, era buen expediente para impedir que los pompeianos se evadiesen aquella noche, y para infundirles mayor consternacion; pero despues debia ser aún más perjudicial á los sitiadores que á los sitiados.

No encontrándose madera á seis millas de *Urso*, los cesarianos la llevaron de *Munda*, y hay que buscar por consiguiente la razon que tuvieron para llevarla de *Munda*, y no de los demás alrededores de Osuna, á igual distancia de las seis millas; porque á esta distancia, á la redonda de *Urso* igualmente podian y debian encontrarse maderas, puesto que la tala de Pompeio sólo se extendió á las seis millas; y en esto precisamente estriva todo el argumento de Ortiz. Luego si el historiador Hircio se fija en un punto determinado, como es *Munda*, claro es que los cesarianos fuéron á buscar á esta ciudad, no los árboles que hubieran quedado sin sufrir la tala de Pompeio, sino la madera labrada, los aparejos, los pertrechos de guerra, los blindajes en fin, como

(1) Appian. *Bell. Hisp.*, lib. 2, capítulo 105.

(2) Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 2, capítulo 2.

(3) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 38.

(4) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 32.

(5) *Opperibus assiduis diurnisque*; como todo se ha hecho notar en su lugar oportuno.

10

ahora se diria, para emplearlos contra Osuna. Tal es la interpretacion que todos unánimemente han dado á la voz *materiem*, de que se vale Hircio al concluir el cap. XLI, que se ha de interpretar en distinto sentido del que tiene, cuando dice faltaban el césped y la madera á los alrededores de Osuna (1). Adviértase que lo que querian los de César eran torres (2) para tomar á Osuna. Con este objeto buscaban madera, y no habiéndola á seis millas, más conveniente les era trasportar de *Munda* los mismos aparejos, que les habian servido para la toma de esta ciudad, que no talar y labrar la madera que encontrasen fuera del rádio de las seis millas de Osuna. Desde luego convenimos en que *Munda* habia de estar situada cerca de Osuna, porque de aquella llevaron á esta los pertrechos de guerra; pero no podemos convenir en que *Munda* estuviese precisamente á seis millas de Osuna.

Ortiz comprendió, lo mismo que todos los críticos, que alguna razon especial tuvieron los cesarianos para ir á *Munda*, y no á un punto cualquiera del rádio de las seis millas; y para satisfacer á esta dificultad, dice que *habia madera dentro de Munda como en Osuna*. Esto es, presentar por prueba lo propio que se intenta demostrar: justifique antes Ortiz que dentro de *Munda* habia madera como en Osuna. Esto ni lo dice Hircio, ni ningun otro historiador. Es una suposicion gratuita por parte de Ortiz. Pero cuando se da á la voz *materiem*, que Hircio emplea al terminar el cap. XLI, la interpretacion de todos los demás eruditos, esta se encuentra bien justificada, porque en *Munda* habia pertrechos de guerra, como ya se ha demostrado; y estos pertrechos iban á buscar los cesarianos, para emprender el asedio de Osuna.

Ortiz camina de suposicion en suposicion, para probar su aserto. Afirma primeramente que César conoció habia poca dificultad en la toma de *Munda*. Despues sienta como un hecho incontestable que la tala de Pompeio alcanzó tambien á *Munda*. En seguida asegura, por propia autoridad, que dentro de ella habia madera como en Osuna. Y últimamente, nos dice que «donde César habia tenido sus reales antes de la batalla, que era á la parte contraria del campo mundense, habia madera». Su fundamento es el pasaje de la *Vida de Augusto* (3), por

(1) «*Tum praeterea accedebat ut agger materiesque..... proprius millia passuum VI non reperiebantur.*» Hirt. *Bell Hisp.*, cap. 41.

(2) «*Unde solitae sunt turres agi.*» Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 41.

(3) «*Apud Mundam Dicus Julius castris locum capiens, cum silcam caederet, arborem palmae repertam, conservari, ut omen victoriae, jussit.*» Suet. *Vit. Aug.*, cap. 94.

Suetonio, al cual da Ortiz interpretacion distinta de la que pasamos á exponer.

Precisamente en este pasaje, donde viene Ortiz á encontrar como la demostracion matemática de su dictámen, encontramos la contraria. Él supone que César tenia sus reales á la parte opuesta del campo mundense. Hircio afirma que César castramentó en el mismo campo (1); Suetonio que César acampó en *Munda*, no en el campo mundense. Luego este autor no se refiere á los reales, que el dictador sentó enfrente de Cneo Pompeio, en el campo mundense, sino á los que puso enfrente ó delante ya de la misma *Munda*. Ortiz supone tambien que la palma pequeña, á que alude el biógrafo latino, fué encontrada antes de la batalla, y mandada conservar por César, como augurio de la victoria que esperaba alcanzar, ó séase de la victoria de *Munda*. Y ni esta palma fué encontrada antes de la batalla, ni pudo mandar por consiguiente César se conservase, como augurio de la próxima victoria que esperara. Consta así todo de la *Historia Romana* de Dion: «Esta fué la última guerra que sostuvo César, y esta (la de *Munda*) la última victoria que consiguió, aunque revolvia en su ánimo dar cima á empresas mayores, entre otras causas, porque en el mismo sitio en que se habia peleado, *inmediatamente despues de la victoria*, εὐθὺς ἐπὶ τῇ νίκῃ, nació el renuevo de una palma.» Y tan cierto es que no fué mandada conservar como augurio de la victoria de *Munda*, que no sólo nació despues de la batalla, sino que además seguidamente añade el propio Dion: «No niego que alguna cosa grande anunciase aquel augurio, pero no ciertamente á César sino á Octavio, sobrino de César, que militaba con él, y que por los trabajos y peligros de César habia de alcanzar grande esplendor» (2). A esto mismo alude Suetonio en el citado cap. XCIV de la *Vida de Augusto*, hablando de lo que en pocos dias creció este renuevo de la palma. César, con efecto, pensaba despues de esta guerra hispaniense, dirigirse contra los partos, en cuya empresa habia perecido Craso; pero muerto á puñaladas en la Curia Pompeiana, antes de cumplirse un año desde la batalla de *Munda*, no pudo llevar á cabo sus pensamientos. La adulacion atribuyó entonces el augurio de la palma, no ya á victorias para César despues de la de *Munda*, sino al esplendor y gloria que con las suyas alcanzó poste-

(1) «*In campum mundensem quum esset ventum, castra contra Pompeium constituit.*» Hirt. *Bell. Hisp.* cap. 27.

(2) Dion. *Hist. Rom.* lib. 43, cap. 41.

riormente su sobrino Octavio. Si esta palma pequeña fué encontrada en la selva que César mandó talar, cuando acampó en *Munda* despues de la batalla, se encontraba madera, no á la parte contraria del campo mundense, sino en la parte ocupada antes por el ejército pompeiano; y no dentro de la ciudad, sino en sus contornos. Con lo cual queda destruido el argumento de Ortiz: porque si ya habia madera en *Munda, apud Mundam*, esta ciudad precisamente no podia estar situada á menos de seis, ni á cinco millas de Osuna. Salvando el círculo de las seis millas alrededor de esta última para encontrar á *Munda*, es claro que ya lo mismo puede buscarse esta ciudad á diez ó veinte millas de Osuna, porque el convincente argumento de Ortiz ha quedado sin el fundamento en que lo apoyaba su autor (1).

Lo que Hircio escribe al terminar el citado cap. XLI, prueba igualmente contra la opinion de Ortiz. Afirma aquel historiador, despues de poner ya á los cesarianos delante de *Urso*, que habiendo Pompeio in-

(1) Pero prescindase por un momento de los textos de Suetonio y de Dion: basta el de Hircio, en que se funda Ortiz, para demostrar que su dictámen no puede admitirse. Supóngase que César mandó talar esta selva para sentar sus reales antes de la batalla. Supóngase que esta selva se encontraba á la parte contraria del campo mundense, á una ó dos ó tres millas de Munda. Supóngase por último, que hasta la selva habia llegado la corta mandada por Cneo Pompeio, y que aquí se completaban, por consiguiente, las seis millas de que nos habla Hircio, al decirnos que no se encontraba madera en los alrededores de *Urso*. En estas suposiciones, todas favorables al dictámen de Ortiz, Munda se hallaria situada, segun este erudito, á cinco, cuatro, ó tres millas de aquella ciudad. Y distando Munda del arroyo, *como una milla*, segun Hircio (transcribimos las mismas palabras de Ortiz), este arroyo correria entonces á seis, cinco, ó cuatro millas de *Urso*. El autor del *Bello Hispaniense* afirma que en los contornos de *Urso* no se encontraba ningun arroyo, *rivus nusquam reperiebatur*, hasta la distancia de ocho millas, *proprius millia passuum* VIII. Luego si el arroyo que pasaba como á una milla de Munda, es *este arroyo mismo*, que corria á ocho millas de Osuna, es imposible que Munda estuviese situada, ni á tres, ni á cuatro, ni á cinco, ni á seis millas de *Urso*. Y aunque fuera otro arroyo distinto, tampoco podia ser, porque en ese caso se encontraba ya este á seis, á cinco, ó á cuatro millas de Osuna; y no á las ocho que señala Hircio. Para salvar esta dificultad, supóngase ahora que Munda estaba á siete millas de aquella ciudad, y que de Munda al arroyo habia la milla, que falta para completar las ocho del texto. Entonces se cae en otra dificultad mayor si cabe todavía: ó Cneo desmanteló los alrededores de *Urso* hasta la misma distancia de siete millas, lo cual es contrario al texto del *Bello Hispaniense*; ó en los contornos de *Munda*, y aún antes de llegar á esta ciudad, ya habia madera, que es precisamente lo que niega Ortiz, y con fundamento, porque entonces (volvemos á repetir) desaparece el que sirve de base á su dictámen.

troducido en la ciudad toda la madera cortada en sus alrededores, los de César necesariamente se separaron para transportar allí los apréstos, desde la plaza de *Munda*, que acababan de conquistar. Ahora bien, ocúrrese naturalmente que si los cesarianos estando en *Munda* se encontraban á cinco ó seis millas de *Urso*, segun el dictámen de Ortiz, apercibidos, como tenian que estarlo, de la falta de maderas, puesto que se hallaban dentro del rádio de las seis millas, ¿cómo no llevaron desde luego la que habia en *Munda* para emprender el sitio de *Urso?* No parece, segun esto, sino que estaban á mucha más distancia, y que encontrándose sin madera al llegar al frente de esta plaza, parte de los cesarianos dieron la vuelta para transportarla desde *Munda;* ya se lea en el texto *diducebantur* ó *deducebantur* (1). Hasta en la última voz *deportarent* con que Hircio termina su cap. XLI, se encuentra justificado que habia de mediar alguna distancia, mayor que la de las seis millas, entre *Munda* y *Urso*. Dice que los cesarianos se dividieron ó dieron la vuelta á *Munda* para *trasportar*, para *acarrear* desde una á otra ciudad los aparejos de guerra, *illo deportarent*, cuya voz parece indicar que habia no tan corta distancia como la de cinco ó seis

(1) La voz *diducebantur* se lee en el codice Leid. primero, en las primitivas ediciones y en otras más modernas, como la Griphia de 1563 y la de Cellario. En otros MSS. y en otras ediciones *deducebantur*. Pero preferimos la primera leccion, porque si el verbo *deduco* significa *traer, llevar, conducir*, esto mismo significa la voz *deportarent* que subsigue, y hace inútil la anterior. Asi no ha de escribirse *deducebantur*, sino *diducebantur*. «*Ita necessario diducebantur nostri.*» Asi necesariamente se dividieron los nuestros, para transportar los apréstos de guerra desde Munda, cuya ciudad acababan de conquistar. De lo cual se desprende que el ejército de F. Máximo se dividió, y mientras los unos iban á *Munda* en busca de los pertrechos, los otros permanecian frente de la plaza de Osuna. Ninguna dificultad hay tampoco en admitir la voz *deducebantur*, si se le da la interpretacion que queda expuesta, porque los romanos tambien decian *in colonias deducere*, significando que se enviaban ciudadanos para fundar colonias; y puede traducirse entonces: «así necesariamente fuéron enviados los nuestros; marcharon, dieron la vuelta, para transportar,» etc. A lo que se agrega que las voces *diducebantur* y *deducebantur* se confunden muchas veces en los MSS. (Vide Eteph. *Thesaur. Ling. Lat.*, tom. II, voz *diduco.)*

Hacemos notar la conformidad que resulta, entre lo que aquí nos refiere Hircio, y lo que poco antes habia dicho: «*ac deinde* URSAONEM *proficiscuntur:*» los cesarianos caminan ó hacen jornada desde Munda á *Urso:* y cuando al presentarse delante de esta plaza, se encuentran sin madera, porque Cneo la habia cortado hasta la distancia de seis millas, se ven precisados á separarse, para volver á Munda por sus apréstos.

millas, pues esta extension la salva el grueso de un ejército, sin tener que dividirse para conducir lo que de tan cerca habia que trasladar (1).

Basta lo expuesto; pero ocúrrense todavía algunos argumentos de razon, que convencen más y más de cuanto llevamos dicho. Los argumentos de esta clase no tienen para nosotros la misma fuerza que los sacados de los textos: sin embargo, procurarémos siempre en el presente caso ajustarnos al de la *Guerra de España*.

Cneo Pompeio escribió una carta á los de *Osuna*, en que les decia tener pensado enviarles algunas cohortes: *Cohortes in animo habeo ad vos mittere:* carta que interceptaron los de César. A Cneo desde que escribió esta carta, se le ve huir constantemente delante de su enemigo, evitando las llanuras, hasta que presenta la batalla apoyado en *Munda*. Si esta ciudad estuviese á cinco ó seis millas de *Urso*, no hubiera escrito á los *ursonenses* que pensaba enviarles varias cohortes, cuando tan próximo de ellos venia á colocarse en seguida con todo su ejército.

Otra observacion es, que despues de dada la batalla, parte de los pompeianos se refugian en *Munda*, y parte en *Carteia* y Córdoba, segun consta de Hircio; pero nada se sabe de que se amparasen de Osu-

(1) Aquí es ocasion oportuna de contradecir la inteligencia que Cortés da á esta voz *deportarent* en su artículo *Munda Baetica*: «Para sitiar á Osuna (dice) se llevaron desde Munda los pertrechos; Montilla está al Oriente de Osuna, y allá se habian de llevar, no traer, los materiales del cerco». (*Dic.*, tom. III, pág. 207.) Cortés escribia sin duda desde Madrid, y por eso se expresa de este modo. Cámbiese la posicion del que escriba, y resultará entonces su argumento en contra. Si se admitiera el raciocinio de Cortes, el que escribiese en Málaga, podia alegarlo en favor de Monda ó Ronda, y el que en Cádiz, en pro de Xerez, ó de la sierra de Gibalbin. Lo cierto es, que la voz *deportarent* lo mismo puede significar *llevar* que *traer*, y así no debe afirmarse por esto que Munda estuviese al Oriente, al Norte ó al Mediodía de Osuna. Puede sí asegurarse que se hallaba no léjos de esta ciudad, puesto que los cesarianos transportaron desde la una á la otra los pertrechos; mas no por eso habian de estar tan inmediatas, como pretende Ortiz, segun ya extensamente se ha demostrado, explicando detenidamente el texto del cáp. 41 del libro de Hircio. Y á nadie extrañe que se condujeran los apréstos desde un punto distante más de seis millas. En la *Corónica* de D. Alonso XI, relatándose cómo el rey puso cerca á la villa de Teba, se añade: «Et otrosí envió luego por engeños que habia mandado facer en Córdoba et en Écija: et otrosí envió por madera para acer castiellos con que podiese combatir et entrar aquella villa». (*Corón. del Rey D. Alonso el Onceno*, cap. 86.) Ciertamente que encontrándose Córdoba y Écija á una distancia tan grande de la villa de Teba, basta recordar este suceso, para no suponer imposible que Munda y *Urso* distasen entre sí, por lo menos una jornada.

na, cuando esta ciudad les debia ofrecer tan inmediato y seguro refugio.

Consideraciones estratégicas convenceu igualmente de que *Munda* no podia estar colocada á cinco ó seis millas de *Urso*. Ni antes de la batalla, ni en los momentos de trabarse la lucha, suena el nombre de *Urso*. Parece imposible que siendo esta plaza tan fuerte, por arte y por naturaleza, Cneo no apoyara uno de los cuernos de su ejército en ella, y el otro en *Munda*. No debió aventurarse sino apoyado en ambas plazas, colocando el grueso de su ejército en el corto espacio, que segun el sistema de Ortiz, vendria á quedar entre *Munda* y *Urso*, con tanta más razon cuanto que el mismo Cneo escogió el campo, y con tal industria que la batalla pudo costar á César fama y vida en aquel dia. Para el capitan que buscaba con tal arte el campo, con objeto de decidir de una vez aquella guerra, *Urso* no podia quedar trasmano, ni antes, ni en el mismo trance de la batalla. Aún todavía sorprende más que para nada suena el nombre de *Urso*, durante el asedio de *Munda*. Esta ciudad ofreció grandes obstáculos á F. Máximo para su conquista, como se ha visto por el texto de Hircio. ¿Cómo los de Osuna, si estaban tan inmediatos, no molestaban á los sitiadores, á lo menos con contínuas correrías? Hircio nos refiere hechos, que muestran bien el grande aprieto en que se hallaban los de *Munda*, el mucho tiempo que resistieron al ejército sitiador, y la extrema resolucion que adoptaron para que este abandonase el asedio (1). No puede creerse que los de *Munda* y *Urso*, siendo estas, como se supone, ciudades tan inmediatas, no se comunicasen por algun medio, y combinasen sus operaciones prestándose mútuo auxilio. Ni era posible que los *ursonenses* presenciaran impávidos todos los sucesos del cerco de *Munda*, cuando conquistada esta ciudad, F. Máximo habia de volver sus armas contra la misma Osuna. Á no querer congraciarse con el vencedor, ó estar en connivencia con él, no puede explicarse esta conducta de los de *Urso*. Y cuando esto lo contradice la historia, en vista de la resolucion que tomaron de defenderse, á pesar de haber ya sucumbido *Munda*, segun el mismo Hircio, es evidente que estas dos ciudades no podian estar tan inmediatas como afirma Ortiz. Otra razon nos ministra el arte de guerra observado por los romanos al fundar sus ciudades. Una de las cosas, de que más se curaban, era de llevar aguas potables por acueductos hasta la ciudad fortificada, ó dejar dentro de su recinto alguna mina

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 36.

de agua, como refiere Hircio acontecia en *Urso*. Estos son los preceptos, digámoslo así, del arte militar, que expone Vegecio en el capítulo X del lib. IV de su obra: preceptos que han seguido y seguirán siempre practicándose al edificar una ciudad, y mucho más si esta es plaza fortificada. Tal circunstancia no podia faltar en *Munda*, siendo ciudad tan fuerte, y habiendo resistido por muchos dias el cerco que le pusieron los cesarianos. Y si cuando marcharon estos contra Osuna, fué despues de tomar á *Munda*, claro es que si esta ciudad se coloca á seis millas ó menos de *Urso*, debieron ya tener agua á mucha menos distancia de las ocho millas, á que dice Hircio faltaba alrededor de aquella plaza; y no puede buscarse á *Munda*, á la distancia que señala Ortiz; porque á las seis millas ó menos de Osuna ya se encontraria el agua de la plaza de *Munda* (1).

Strabon, en el lib. III de su *Geografía*, nombra esta ciudad de *Urso* entre aquellas en que fué vencido el bando pompeiano, colocándola en la Turdetania, no léjos de Córdoba. Tambien la menciona Plinio entre las colonias inmunes del Convento Astigitano (2). Y Ptolomeo en sus *Tablas* bajo el nombre de Οὔρβωνι: tal vez por el título de *Urbana*, que llevaba esta colonia, *Genua* ó *Gemina Urbanorum*, segun Plinio, ó por haber formado los copistas de Οὔρσονι, Οὔρβωνι (3).

(1) El cura de los Palacios en su *Historia* MS. *de los Reyes Católicos* (cap. 86) que ya corre dada á la estampa, habla de «dos fuertes lugares e fortalezas, que estaban entre Málaga y Fuengirola, que llaman al uno Mijas é á otro Osuna». De esta *Osuna* se hace tambien mencion en el libro capitular primero de Málaga. En carta que un curioso de Mijas dirigia al provisor y vicario del obispado de Málaga, por el año de 1773, y que se conserva en la Biblioteca Episcopal de la misma ciudad, escribia aquel sobre el sitio de esta *Osuna*: «A la parte de Levante, tres cuartos de legua distante de esta poblacion (Mijas) poco más, en el partido dicho de Pajares y cerca de un sitio, que llaman Cartabajal, se descubren unos paredones de mezclas muy fuertes y finas que indican ser arruinados muros, y por consiguiente se presumen serán de la antigua poblacion de Osuna». Este sitio se conoce hoy todavia con el nombre de *Osunilla*, y para evitar que un apasionado mantenedor de la concordancia *Munda-Monda*, crea quizás algun dia presentar un argumento incontestable con el descubrimiento de que habia una *Osuna*, plaza fuerte, tan cerca de la Monda malagueña, hemos querido adelantar estas noticias, pareciéndonos inútil el detenernos en probar que la antigua *Urso*, á la cual se llevaron los pertrechos desde Munda, no es otra que la actual *Osuna* de la provincia de Sevilla. La *Osuna* de la provincia de Málaga fue sin duda fundacion del tiempo de los árabes, como lo fué tambien la actual Monda.

(2) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 1.

(3) Ptol. *Cosm.*, lib. 2. tab. 2. Aunque la situacion no es puntual, como advierte Florez (*Esp. Sag.*, tom. X, pág. 76), porque no se ajustan los grados que le

La voz *Urso* se lee tambien en las medallas, y RESP. URSONESIUM en sus inscripciones. Esta ciudad aparece mencionada en las suscripciones de los presbíteros que asistieron al Concilio de *Illiberis : Natalis*, presbítero de *Orsuna*, ó *Ursuna*, segun Loaysa y Mendoza. En el Ravenate se lee *Cirsone* por *Ursone*. El Nubiense le da ya el nombre de *Oxuna*, que hoy conserva, y la sitúa al Mediodia de Écija y á media jornada de esta ciudad (1).

Hircio, en el capítulo citado, la describe de tal modo, que al decir de Nonio, es como ponerla gráficamente á nuestra vista. Refiere el autor del *Bello Hispaniense* que esta plaza estaba defendida con grandes fortificaciones (2); y que aquel lugar era levantado, no sólo por el arte, sino tambien por la naturaleza; á lo que se agregaba no haber más agua que la de la ciudad, pues ningun arroyo se encontraba á los alrededores hasta ocho millas de distancia, como ya se ha dicho: cuyas circunstancias todas se ajustan bien con la topografía de la actual Osuna. Hállase esta situada al pié de un cerro elevado y de grande extension, cuya cumbre ocupaba la antigua *Urso;* conviniendo así las señales que da Hircio, de lugar fuerte por naturaleza, y tambien por el arte, pues lo acreditan todavía los restos de muralla que se registran en la cumbre. Ningun rio fertiliza los términos de esta ciudad: sólo el Corbones pasa á unas ocho millas. Los arroyos Peinado y Salado corren inmediatos, pero su agua no es potable; y así los habitantes sírvense de la que nace en una antiquísima mina, dentro ó cerca del palacio del Duque, ya destruido, y la cual va por un amplísimo acueducto á la Plaza de Santo Domingo, de donde se surte principalmente ahora la ciudad. Este nacimiento ó mina de agua se encuentra precisamente dentro del ámbito de las antiguas murallas de *Urso*, verificándose de este modo lo que asevera Hircio.

Encuéntranse dichos vestigios de poblacion antigua al Este de la actual Osuna, camino de Granada, y aún se conoce el sitio donde es-

señala el cosmógrafo alexandrino, con los de la actual Osuna, á donde unánimemente convienen todos los eruditos ha de reducirse la antigua *Urso*, por la descripcion que de este lugar nos hace Hircio en el cap. 41 de la *Guerra Hispaniense*. En las antiguas ediciones de este libro se lee *Versaonem*; pero es notorio error del copiante. En las ediciones posteriores *Ursaonem*, que ha de corregirse en *Ursonem*, como se lee en el códice Dorvvilliano; porque además resulta así escrito en Strabon y en Plinio, y en las *Historias* de Appiano, al hablar de las guerras de Viriato.

(1) Xerif Aledrisi. *Trad. de Conde*, página 94.

(2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 41.

taba el circo, que el arado ha destruido completamente. En medio de estas ruinas se goza de magníficas vistas. Es este cerro el más gustoso mirador que tiene la Andalucía. Desde su elevada cumbre se registran muchas leguas de una dilatada campiña; y allá á lo léjos distínguense la Sierra Morena, y más inmediatas las de Ronda y Grazalema.

El Navaggiero, que visitó estos sitios, afirma haber visto en Osuna piedras antiguas, donde se hallaba escrito el nombre de *Urson;* de lo que conjeturamos podrian ser inscripciones geográficas. Caro, que visitó esta ciudad despues del Navaggiero, sin duda no hubo ya de encontrarlas, cuando sólo da el traslado de las que trae Grutero; pero omite la más importante, por ser geográfica, que copia este mismo colector, sacada de *esquedas* de Antonio Agustin, y como existente en Osuna (1).

Nosotros sólo hemos encontrado en Osuna la siguiente inscripcion, que por ser inédita la transcribimos, á pesar de no ser geográfica:

L· SERGIO · REGIS · F
ARN · PLAVTO · Q
SALIO · PALATINO
PATRONO

En una columna de mármol pardo, de cinco cuartas de alto y tres de diámetro, colocada junto á la pared, á la derecha de la portada de la casa de D. Antonio de Castro, que es la núm. 1, de la calle de San Pedro en dicha ciudad. La inscripcion está perfectamente conservada.

Las medallas de *Urso* pueden consultarse en la obra del P. Florez (2).

(1) Gruter. *Thessaur.*, tom. I, pág. 259, núm. 2.

(2) Flor. *Col. de Med.*, parte 2, página 625 y siguientes, y parte 3, pág. 130 y siguientes. La medalla, en que por el anverso se lee URSONE, y por el reverso ULI, es falsa, aunque los tipos son verdaderos. La buena fe del P. Florez fué sorprendida por el ingenioso artificio de que se valieron los falsificadores, á quien debemos desarrebozar, para poner de relieve tales embelecos. La fragua de este engaño fué en casa de un platero, llamado Alonso de Cázares, que vivia el siglo pasado en Osuna, y el falsificador un tal Conde Gober, francés de nacion. El método para esta superchería es muy sencillo. Por medio de las cajas de que usan los plateros para las fundiciones de su arte, se estampa en una de ellas una medalla de *Urso*, y otra de *Ulia* en otra media caja, y uniéndolas despues, se hace la fundicion; resultando de dos medallas verdaderas una tercera verdaderamente falsa. D. José Gutierrez Navarrete, escribano real de la villa de Pedrosa, tuvo alguna de estas medallas fingidas, de las cuales dió una á D. Antonio Mosti, vecino de Cádiz, y este se la envió al P. Florez en la buena fe de que

en la de Eckhel, *Doctrina Nummorum Veterum* (1), y en la *Descrizione delle Medaglie Ispane* por Sestini (2).

era un documento legítimo. Cayó en el engaño el Cl. Maestro, y dióla á la estampa, citando al D. Antonio Mosti. (Veanse los *Diálogos Críticos*, titulados *Las Colonias Gemelas:* su verdadero autor el P. F. Alex. del Barco, pág. 81 y 82.)

(1) Eck. *Doc. Num. Vet.*, vol. 1, página 32, y 33.

(2) Sest. *Descriz. delle Medag. Isp.*, página 94, 95 y 96.

CAPITULO X.

—

CONCLUSION.

Mientras pasaban estas cosas en Munda y en Osuna (1), habiéndose vuelto César desde Cádiz á Sevilla, al dia siguiente convocada una asamblea, trájoles à la memoria los beneficios que habia procurado siempre á esta provincia, afeándoles la ingratitud con que siempre le pagaron. Hircio trae semejante alocucion en el cap. XLII, que es el ultimo de su libro: algunos la han tenido por espúrea y otros por legitima (2). El discurso está truncado, y hay que suplir lo que falta de la *Guerra de España*, por medio de los demás historiadores, con

(1) Bayer ha creido encontrar en esto una prueba de que Munda no estaria muy distante de Osuna. Asi es en verdad, y más próxima de lo que presumia Bayer; pero no se deduce precisamente de este pasaje de Hircio. Su libro hemos dicho, y volvemos á repetir por última vez, es un *Diario*, y lo que se prueba por el citado texto es la inmediacion de tiempo, no de lugar: de modo que con corta diferencia acontecieron, casi al propio tiempo la toma de Munda, el comienzo del sitio de Osuna y la peroracion que César dirigiera á los hispalenses. Todo lo cual debió verificarse en la segunda mitad del mes de Abril, pues el dia 12, como se dice al final del cap. 39, César hallábase todavia en Cádiz, y el 30 ya dirigió desde *Hispalis* la carta á Ciceron, consolándole por la muerte de su hija Tulia.

(2) En verdad se notan periodos que más parecen afectacion de un declamador, que no de un orador romano, como dice Doweley; pero tampoco convenimos con este ilustre critico en que alguna de sus locuciones, como *provinciam depopulavit*, pueda considerarse barbarismo de los siglos siguientes. De cualquier modo esta oracion se halla mutilada. El anónimo escribió á continuacion: *Multa hujus historiae in loco, scriptorum vitio confusa, praetereo, ad finem properans. Hic ergo bellorum civilium in Hispania finis esto.* De lo cual rectamente deduce Heinsio es cosa manifiesta ser muy antigua la corrupcion de este libro, y que debe perderse la esperanza de poder restituirlo por medio de otros códices. Su autor debió escribir hasta la época de la muerte de César, segun lo que expresamente afirma en su prólogo al lib. 8 de la *Guerra de las Galias*.

especialidad de Dion Casio, que es el más extenso. Dice éste que despues de haber tomado (César) á Córdoba y Sevilla, se apoderó tambien de Munda y las restantes ciudades, parte por la fuerza y con inmensa mortandad de los que le resistian, y parte por entrega: que proveyó á su deseo, sacando riquezas, hasta el punto de no perdonar los donativos consagrados en Cádiz á Hércules; y que tambien á unos quitó tierras, á otros aumentó los tributos. Guardaba esta conducta con los que se le habian rebelado; pero con aquellos con quien le avino usar de clemencia, hizo á unos donacion de terrenos, á otros concedió la inmunidad, á varios la ciudadanía, ó el derecho de las colonias romanas; aunque tampoco esto fué gratuitamente. La guerra Hipaniense duró poco más de medio año, pues segun Nicolás de Damasco en sus *Excerptas sobre la vida de Augusto*, este llegó al lado de César, cuando habia hecho ya toda la guerra en siete meses (1). Sin duda deberá comprenderse en todo este espacio de tiempo, el que hubo de invertir César desde su salida de Roma hasta la completa pacificacion de todas las ciudades de la Ulterior. El encuentro de Octavio con su tio fué cerca de la ciudad de *Calpia* (2). Desde aquí haciendo rumbo á Car-

(1) σύνεγγύς τε ἦν Καίσαρι, διαπεπολεμηκότι ἤδη τὸν σύμπαντα πόλεμον ἐν μησὶν ἑπτά. (Nicol. Damasc., *Frag. Vit. Caes.*, cap. 10, *in fine*. *Frag. Hist. Graec.* Edit. Didot., vol III, pág. 432.) De esta venida de Octavio, habla tambien Suetonio (*Aug. Vit.*, cap. 8), y á ella aluden Dion Casio, (*Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 41), y Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.*, lib. 2, cap. 59). El texto de este último, es el que en nuestro sentir ha sido causa de que el coronista Morales supusiera que César tuvo consigo á su sobrino Octaviano en la jornada de *Munda*. Nosotros creemos con Justo Lipsio que en Paterculo se ha de leer: «*Hispaniensi militia*, y no *Hispaniensis militiae*; ó que este es un helenismo, como dice Vossio, que es á lo que más nos inclinamos; pero de ningun modo se ha de regir este genitivo *Hispaniensis militiae* de la voz *comitem*, segun pretenden Boecler y Hiensio, porque esa voz corresponde ya á la oracion subsiguiente.

(2) ἀφίκετο δὲ εἰς Ἰβηρίαν πρὸς Καίσαρα περὶ πόλιν Καλπίαν. (Nicol. Damasc., *Fragmenta. Vit. Caesaris*, cap. 11, *Frag. Histor. Graec.* Edit. Didot., vol. III. pág. 432). Castro en su *Historia de Cádiz*, pág. 64, confundiendo esta ciudad de *Calpe*, ó *Calpia*, de que habla el *Damasceno*, con la ciudad de *Tartessos*, á la que Pausanias da tambien el nombre de *Carpia*, cree encontrar un poderoso argumento para probar que Munda debia hallarse muy cerca de *Tartessos*, la del Guadalquivir; pero esta ciudad, que segun el testimonio de Pausanias, estaba situada entre los dos brazos, que formaba el *Bétis* en su desembocadura, no existia ya en tiempo de Strabon, que escribió poco despues de la batalla de Munda. Δυεῖν δὲ οὐσῶν ἐκβολῶν τοῦ ποταμοῦ, πόλιν ἐν τῷ μεταξὺ χώρῳ κατοικεῖσθαι πρότερόν φασιν, ἣν καλεῖσθαι Ταρτησσόν. (Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 2, § 11, *é recensent. G. Kramer.*) Castro rechaza en otro lugar (*Historia de Cádiz*, pág. 10) la autoridad del geógrafo griego, alegando la del poeta R. Festo Avieno, que escribió sus *Orae Maritimae*, en la

tageua, maudó (César) se embarcara Octavio en su nave con cinco servidores, además de los tres compañeros que consigo trajo (1). Eu el cap. XII habla el referido Nicolás de Damasco de la llegada á Cartagena, y de lo que allí pasó; pero las dos páginas que faltan, hacen que ignoremos el resto del itinerario de César hasta su vuelta á Roma. Sin embargo, de un pasaje de la oracion de Ciceron en favor de Déiotaro, se infiere que el Dictador pasó por Tarragona, porque aquel rey envió á César un legado á España desde la Galacia, el cual le entregó sus cartas en dicha ciudad. Por otro de Suetonio sobre la *Vida de César* se averigua que el 13 de Setiembre estaba ya en *Labicano*, que era una *Villa* que poseia en la campaña romana, pues con tal fecha hizo allí su testamento, el cual despues de su muerte se leyó eu casa de M. Antonio (2). César debio permanecer todo el restó de Setiembre á las puertas de Roma, eu observancia de la antigua costumbre que tenian los romanos, de que no penetrase en la ciudad el triunfador, *Imperator*, hasta el mismo dia de su triunfo. Su entrada en Roma se verificó eu

segunda mitad del siglo IV, de la Era Christiana. Mas esto nada prueba, porque Avieno no fué español, como generalmente se ha creido, sino que nació en *Vulsinia*, en la Etruria, y hoy hasta ponen en duda los críticos modernos que hubiese viajado por las costas de España. Y en verdad que así lo hace presumir, no sólo este punto, en que se separa de Strabon, sino tambien algunos otros, como el de hacer una sola ciudad de *Malaca* y *Maenace*, cuando Strabon las distingue terminantemente, y contradice á los que confundieron á *Maenace* con *Malaca*, afirmando que la primera distaba más del monte Calpe que la segunda; y esto mismo confirman Mela, Plinio, Ptolomeo y el autor del *Itinerario*. Implicitamente estos y todos los demás geógrafos, justifican tambien cuanto dice Strabon, de que la ciudad de *Tartessos*, entre los dos brazos del Bétis, ya no existia en su tiempo; porque ninguno de ellos la menciona: omision tanto más notable cuanto que se trata de un emporio opulentísimo, y de una ilustre ciudad, como dice Scyno de Chio. Luego hay que concluir, ó que Avieno al hablar de esta ciudad como existente, se expresó más bien como poeta que como geógrafo, ó que sin duda así la supone por haberlo leido en los autores púnicos y griegos, que le sirvieron para componer sus *Costas Marítimas*. Esto en cuanto á la parte geográfica; en cuanto á la histórica, nada prueba tampoco para el intento el texto del Damasceno, porque en él no aparece la voz *victorioso*, con la que Castro, aplicándola á César, da á entender que cuando Octavio hubo de alcanzar á su tio cerca de *Calpia*, fué á poco tiempo de la batalla de Munda. La voz *victorioso*, no es del original griego. El P. Florez la empleó al citar este mismo pasaje en su *España Sagrada* (tom. IX, pág. 31), tomándola á su vez del cardenal de Noris, que en sus *Cenotaphia Pisana (Dissert. sec.* cap. 14) añadió de su cuenta la voz *victorem*, aludiendo ciertamente al feliz término de toda la campaña.

(1) Nicol. Damas., *Frag.* antes cit. capítulo 11.

(2) Suet., *Vit. Caes.*, cap. 83.

Octubre, segun consta expresamente de la *Historia* de Veleyo Patérculo (1). Entonces tuvo lugar el *triunfo Hispaniense*, que fué el quinto y último de César, como se lee en el mismo historiador citado, y en Dion Casio, Suetonio y Floro (2), en el *Epitome* de Livio atribuido al propio Floro, y en Plutarco, el cual dice que el triunfo de los hijos de Pompeio fué triste y cruel para los romanos. Este suceso debió acontecer en los primeros dias del mes de Octubre, aunque al fijo no puede señalarse cuál sea, porque los *Mármoles Capitolinos* se hallan faltos en esta parte de los triunfos de César. Pero consta por ellos que Q. Fabio Máximo triunfó el dia 13 de Octubre, y este triunfo fué precisamente pocos dias despues del de César: *post dies paucos;* como dice por incidencia Quintiliano en sus *Institutiones Oratorias* (3). César despues de su regreso á Roma, disfrutó poco más de cinco meses de paz, y cubierto de honores que la adulacion del Senado le prodigaba, cayó al fin, el dia de los *Idus* de Marzo siguiente, bajo el puñal de los conjurados, como una víctima adornada para el sacrificio (4).

(1) Vel. Pater., lib. 2, cap. 56.

(2) Un traductor francés del *Epitome Historial* de Lucio Floro, en nuestros dias anota *mensonge*, refiriéndose al pasaje del lib. 4, cap. 2, en que aquel dice que César no celebró jamás el triunfo de Munda: *et Munda nusquam*. Probar la exactitud del citado historiador latino nos llevaria demasiado léjos: basta consignar que de *Thapsos* escribe Floro lo mismo que de Munda: «*nusquam*»; y no obstante, expresa terminantemente el triunfo de la guerra de Africa.

(3) Quint. *Inst. Orat.*, lib. 6, cap. 3.

(4) Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 2, cap. 2, *circa finem*.

PARTE GEOGRÁFICA.

....alibi mutato provinciarum modo, alibi itinerum auctis, aut diminutis passibus. Incubuere maria tam longo aevo, alibi proccessere litora, torsere se et fluminum, aut correxere flexus. Praeterea aliunde aliis exordium mensurae est, et alia meatus ; ita fit, ut nulli duo concinant.

Plin. *Hist. Nat.*, Lib. III. cap. I.

LIBRO PRIMERO.

TEXTOS GEOGRÁFICOS.

CAPITULO I.

STRABON.

Al dar comienzo al exámen de los antiguos textos geográficos referentes á Munda, aparece en primer término la obra que Strabon, nacido en *Amasia*, ciudad del Ponto, por los tiempos en que mayor fama daban al Gran Pompeio sus heróicos hechos, escribió hácia la época de Tiberio con el título de *Geografía*, dividiéndola en diez y siete libros, de los cuales empleó todo el tercero en hacer la descripcion de la Península Ibérica y sus islas (1).

Conveniente es tomar para mejor conocimiento el relato que va haciendo acerca de ellas, desde el punto en que puede dar orígen á confusiones sobre cuáles fueran los precisos límites, dentro á los que tenga que buscarse la ciudad antes referida, segun se entienda eran los de la region, á la que se adscribe aquella por el mismo geógrafo.

No hay sobre esto una seguridad tan completa, ni es posible avenirse al dicho general de los modernos escritores acerca de ello, de modo

(1) Vide Siebelis (Car. Godfr.) *Disputationem de Strabonis patria, genere, aetate, operis geographici instituto, atque ratione qua veterem descripsit Graeciam:* Budissae: 1828.

que deba considerarse ocioso el parar la atencion de nuestros lectores en lo que resulta del texto anterior de la obra misma, cuando por otros conceptos tambien ha de producir muy diversa inteligencia en el pasaje respectivo á la cuestion principal.

Siguiendo el geógrafo del Ponto su ordinaria marcha descriptiva de Occidente á Oriente, despues de indicar los pueblos que habitaban la comarca mesopotámica formada por los rios Tajo y Ana, nos dice que: «En verdad la region esta es medianamente rica; pero la que luego se sigue hácia el Oriente y Mediodia, con cualesquiera parte que de la tierra habitada se compare, no se deja exceder por ninguna en la bondad de sus producciones, así terrestres como marítimas»; y añade que «esta region es por la que corre el rio Bétis;» cuyo curso y orígen á continuacion describe, expresando de seguida que «de él toma aquella el nombre de Bética, de sus habitadores el de Turdetania, aunque se les llama turdetanos, y túrdulos tambien se les denomina, habiendo quien con certeza los juzga unos mismos, quien diversos, de los cuales es Polybio, que refiere habitan ayuntados los turdetanos al Septentrion de los túrdulos». «Ahora sin embargo (añade el propio geógrafo), entre ellos no aparece ninguna diferencia» (1).

De este pasaje han inferido muchos de los modernos escritores, que las palabras Bética y Turdetania son sinónimas en Strabon, hasta el punto de suponer que siempre deba entenderse por cualquiera de ellas una misma comarca. Pero examinando más latamente su texto, creemos que al indicar aquel que la region que comienza á describir toma diversos nombres, ora por su más caudaloso rio, ora por sus más notables habitadores, no asegura este geógrafo otra cosa sino que la denominacion propia de la parte principal que ocupaban aquellos, era á veces extensiva al país que, así comprendia los dichos pueblos, como otros varios de los que con ellos confinaban. De otro modo seria preciso admitir que Strabon llamaba Bética á una region bastante más limitada que la provincia, que ya en su tiempo se hallaba demarcada bajo aquel nombre; pues que siguiendo su relato vemos que despues de conceptuar á los turdetanos como los más sabidores y dados al cultivo de las letras entre los pueblos ibéricos, dice luego que «se extiende la region que ellos habitaban, *dentro* á el Ana (2), hácia el Levante hasta la

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3, c. 1, § 6, *ex recent.* G. Kram., p 212, v. I, Berlin: 1844.

(2) Las palabras ἐντός *intra*, *dentro*, ἐκτός *extra*, *fuera*, ὑπέρ *supra*, *sobre*, ὑπό

Oretania, hácia el Sur hasta la comarca marítima desde la desembocadura de aquel rio hasta las columnas»: expresando á continuacion, que «le es necesario hablar con grande amplitud acerca de este distrito y de los próximos lugares, cuanto conduzca á mostrar la abundancia de ellos y su riqueza» (1). Así es que comienza por tratar de la region marítima en la que desaguan el Bétis y el Ana, y que forma con la opuesta de la Mauritania el estrecho de las columnas. En esta dice se halla el monte de los iberos llamados bastetanos, que se nombran tambien bástulos, ó séase el monte Kalpe (2); y tomando desde él la direccion opuesta, sigue el órden en que va hallando hácia el Ocaso las diversas ciudades de la mar vecinas, hasta las bocas del Ana; y despues que ha terminado la descripcion de esta costa, como para dejarla completamente excluida y fijar aún más claramente los límites que antes ha indicado, expresa que: «de la manera misma *dentro* al Ana, *sobre* la region marítima que acaba de describir, yace extendida la Turdetania, á la que el rio Bétis divide y sirven de aledaños, hácia el Occidente y Norte el rio Ana, hácia el Oriente algunos de los kalpetanos y los oretanos, hácia el Mediodía los bastitanos que de Kalpe á *Gádes* habitan una estrecha orilla, y el mar externo hasta el Ana. Tambien los bastitanos, de que dice haber antes hablado, añade el mismo geógrafo, son adyacentes á la Turdetania; y que de *fuera* del Ana muchos otros pueblos hay confinantes de aquella, escribiendo de seguida, que la extension mayor de la region esta es, así en lo largo como en lo ancho, de dos mil estadios» (3).

Basta con el señalamiento de esta medida, como la más grande á que alcanzaba el territorio de los turdetanos, para demostrar que no puede llevarse el término de tal region hasta el que se supone de la Bética al Oriente de las columnas. El texto del geógrafo griego suministra el comprobante de ello, para contradecir por sí mismo lo que han querido se deduzca de él.

Dícenos el propio geógrafo que mediaban de Kalpe á Gades setecientos cincuenta estadios, ó segun la voz comun ochocientos (4), y tomán-

sub, infra, bajo, significan en el lenguaje geográfico de los antiguos, al Oriente, al Ocaso, al Norte, ó al Mediodía, respectivamente.

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3. cap. I, § 6. páginas 212 y 213, vol. I, ed. cit.

(2) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 1, § 7. página 213, vol. I, ed. cit.

(3) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 2, § 1, página 215, vol. I, ed. cit.

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. I, § 8, página 214. vol. I, ed. cit.

dolo por el extremo contrario, cuenta desde el desagüe del Ana al del Bétis cien miliarios, y setenta más hasta *Gádes* (1), los que son en junto equivalentes, cuando menos á mil trescientos sesenta estadios, y unidos estos al número menor de los anteriores, sobrepujan al de dos mil: donde se ve que es preciso atenerse á medir en una sola línea recta la extension que por esta parte corresponde á la Turdetania, y hacerlo por más arriba de la costa, para alcanzar tan sólo del Ana hasta las columnas, sin exceder del número de estadios prefijado por Strabon. No puede suponerse que haya error en él, como algunos han pretendido en vista de este mismo resultado, pues que siendo un sólo número con el que señala el geógrafo griego, así el largo, como el ancho de la region de que se trata, si en la latitud de ella se encuentra exacto, como todos afirman, preciso es considerarlo de igual modo en la longitud; fuera de que tan acorde resulta con lo que asevera el dicho geógrafo, que por el Mediodia se extendia la Turdetania desde el Ana hasta las columnas. Por otra parte, expresa el mismo Strabon que á la region esta la ponian término hácia Oriente algunos de los kalpetanos, y estos de ninguna manera pueden tomarse como si fuesen los carpetanos de que antes ha dicho que habitaban *sobre* el Ana (2); y así es que malamente corrigió su anotador Xylandre la leccion que sin discrepancia ofrecen todos los códices (que en este pasaje escriben καλπητανῶν), convirtiendo esta voz en la de Καρπητανῶν, enmienda que han seguido las ediciones posteriores, pues no es posible comprender cómo los carpetanos, que ocupaban sólo el centro de la Iberia, podian servir de límite oriental á la Turdetania, cuando además mediaban los oretanos entre esta y aquellos. Mejor y más conforme á la escritura de los códices es entender que Strabon da aquí el nombre de kalpetanos á los pueblos que alindaron por esta parte con el monte Kalpe. Vese por Stéphano de Bizancio en la voz ΚΑΛΠΑΙ *(Calpe)*, que algunos decian carpetanos, así como calepianos á los de la ciudad *Calpeia* (3). Probado queda que se llamaba tambien *Calpe*, *Carpia* y *Carpessos* á la ciudad de *Carteia*, vecina de dicho monte por el lado opuesto: de modo que nada más natural que aparezcan en Strabon al Oriente de la Turdetania, que hallaba término hácia aquel lado en las columnas, algunos de los que se dijeron kalpetanos, calepianos y aun carpitanos. Confírmase más esto por lo

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 1, § 9, página 215, vol. I, ed. cit.

(2) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 1, § 6.

(3) Steph. *De Urbibus*, voz ΚΑΛΠΑΙ.

que añade el mismo geógrafo, de que los bastitanos, de que ha hablado antes, son tambien adyacentes á la Turdetania, pues que se refiere indudablemente á aquellos de los que lleva dicho que era propio el monte Calpe, del cual por tanto hubieron de tomar los nombres ya referidos algunos de ellos, que ciertamente se extendian desde aquel monte, cayendo luego en parte por *bajo* á los oretanos, pues así más adelante lo declara Strabon, cuando marca los estadios que mediaban de Calpe á *Cartago nova* (1); y á poco tambien añade, que arrancando de este monte, corria una gran cordillera por la Bastetania y por los oretanos, cubierta con una espesa selva y grandes árboles, la cual separaba la parte marítima de lo mediterráneo ó más interno (2). Resulta, pues, que Strabon distingue evidentemente de la region á que en especial da el nombre de Turdetania, la comarca que de Calpe á *Gádes* habitaban los bastitanos, y cuanto al Oriente de aquel ocupaban estos otros pueblos del mismo nombre, de los cuales algunos se decian kalpetanos, llamándose tambien bástulos á lo largo de la costa, y corriendo al Levante de esta á juntarse con los oretanos, dejando por tanto en ambos lados menos extendida la region indicada que la Bética, cuyo territorio comprendia además de la misma Turdetania los pueblos referidos, los cuales, por el contrario, ponian á esta término al Oriente y Mediodia.

Fijados así con mayor exactitud los límites de la region de que principalmente va á hablarnos el geógrafo de *Amasia*, debe atenderse á la ilacion con que conduce su relato, hasta llegar, llevados por ella misma, al pasaje que ha de ser objeto de más extenso debate. Volviendo al punto en que dejamos su narracion, tratando del número de estadios que alcanzaba á medir la Turdetania, vemos, que escribe á seguida: «haber en ella gran número de ciudades; hasta doscientas, á lo que dicen; y son las más conocidas las próximas al mar, á sus esteros, ó á los rios, por el uso que de ellos hacen. Grandemente (continúa diciendo) creció *Córduba*, hechura de Marcelo, mucho más que las otras en gloria y poderío, como tambien la ciudad de los gaditanos, ya á causa de sus navegaciones, ya porque de los romanos se hizo socia» (3); y relatando del mismo modo los motivos de engrandecimiento de aquella otra ciudad, afirma que: «despues de esta y la de los gaditanos es

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 4, § 1, página 242, vol. I, ed. cit.
(2) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 4, § 2.
(3) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 2, § 1, página 215, vol. I, ed. cit.

Hispalis la que resplandece» (1), expresando en igual forma las causas de su excelencia : despues de lo cual escribe literalmente : «A seguida de estas *Itálica* é *Ílipa*, junto al Bétis : *Ástenas* más léjos, y *Cármon* y *Obúlcon*. Además, en las que los hijos de Pompeio fuéron combatidos, *Munda* y *Alletua* y *Úrson* y *Tucci* y *Iulia* y *Aegua* : todas estas de *Córduba* no léjos. En algun modo metrópoli fué constituida de la region esta, Munda. Dista de *Carteia* Munda (cierto número de estadios, que en las primeras ediciones aparece ser el de seis mil y cuatrocientos) (2).»

Que Strabon despues de *Córduba*, *Gádes* é *Hispalis* (sin que al caso venga si esta última es ó no la misma ciudad que parece llamar *Bétis*) menciona como principales tambien en la Turdetania á *Itálica* y á *Ílipa*, es cosa en que no hay duda ni variante. Pero añade que *Ílipa* se halla junto al Bétis, y ya aquí unos interpretan *super Beti* ó *supra Baetim*, lo que no puede entenderse sino de esta ciudad sola; otros comprenden, sin embargo, que lo mismo se asegura de *Itálica*. Nosotros traducimos *junto á*, *ó cerca de*, porque estando la preposicion ἐπί unida con dativo, tiene más bien la significacion que las latinas *ad*, *apud*, *adversus*, etc., y queda así indiferente entender una cosa ú otra. Coray en su edicion escribe Βαίτει, mas esto no cambia en nada la inteligencia.

Síguese Ἀστήνας, que el códice Parisiense, núm. 1397, y el núm. 1393 de la misma biblioteca, y el Matritense, por nosotros examinado, escriben ἀστίνας. El Mediceo, pluteo 28, núm. 5, y el Veneciano de San

(1) μετὰ δὲ ταύτην καὶ τὴν τῶν Γαδιτανῶν ἡ μὲν Ἴσπαλις ἐπιφανής. loc. ant. cit.

(2) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 2, § 2, página 216, vol. I, ed. cit. El texto griego dice así en la edicion primigenia : Μετὰ δὲ ταύτας Ἰτάλικα, καὶ Ἴλιπα ἐπὶ τῷ βαίτι· Ἀστήνας δ' ἀπωτέρω, καὶ Κάρμων, καὶ Ὀβούλκων· ἔστι δὲ ἐν αἷς οἱ Πομπηίου παῖδες κατεπολεμήθησαν, Μούνδα, καὶ Ἀπέτουα, καὶ Οὔρσων, καὶ Τοῦκις, καὶ Ἰούλια καὶ Αἴγουα. ἅπασαι δ' αὗται Κορδύβης οὐκ ἄπωθεν· τρόπον δέ τινα μητρόπολις κατέστη τοῦ τόπου τούτου Μούνδα· διέχει δὲ Καρτηίας ἡ Μούνδα σταδίους ἓξ χιλίους καὶ τετρακοσίους.

ΣΤΡΑΒΩΝ ΠΕΡΙ' ΓΕΩΓΡΑΦΙΑΣ.

Strab. *De Situ Orbis.*, Aldus. M. R. (AD CALCEM OPERIS) «*Venetiis in aedibus Aldi et Andrae Soceri, mense Novembri.* 1516» (pág. 61.) En la antigua version latina, cuya publicacion precedió á la del texto griego, como aconteció generalmente con las obras de esta clase, en los primeros tiempos en que el arte tipográfico vino á auxiliar los estudios del renacimiento, dióse á luz el citado pasaje vertido de este modo: «*Post has Itálica et Ilipa super Beti, longius vero est Astina, et Carmo, et Obulco. Sunt et in quibus Pompeii liberi debellati sunt, Munda, et Atetua, et Urso, et Tuccis, et Iulia, et Egua. Hae autem omnes non longe distant a Corduba. Quodam autem modo eius regionis primaria urbs est Munda, id est Metropolis. Distatque a Carteia Munda stad. sex millibus et CCCC.*» (Strabonis, *Geographici.* Anno Domini 1472.) (Sin foliar.) *Ex interpretatione Guarini Veronensis et Gregorii Typhernati.*

Márcos, núm. 377, como la edicion *graeca princeps*, ó sea la de Aldo, y las posteriores de Xylandre y Casaubon dicen Ἀστήνας. El *Epitome* del compendiador Straboniano pone sólo Ἄστινα, de lo que el último anotador citado conjeturó debiera leerse Ἀστίγα, y así lo dió en el texto la edicion de Coray. Mas ya el mismo Casaubon no dudó de que esta ciudad era la que otros geógrafos llaman Ἀστιγί; y como este nombre se escriba Ἀστιγίς por Ptolomeo, *Ástigi* por Plinio y Mela, y en una y otra forma se encuentre en las inscripciones y en las medallas, Kramer en su edicion, y Meieneke en la suya, aún más reciente, han escrito en el texto Ἄστιγις de un modo resuelto. Nadie ha dudado en verdad de que este fuese el nombre que Strabon debió escribir, y que de la ciudad á que pertenece pudo añadir ἀπωτέρω; pero este adverbio Casaubon parece quiso entenderlo de modo que constituya á *Cármon*, ciudad cuyo nombre subsigue, lejana de *Ástigi*, pues que extraña que en el *Itinerario* atribuido á Antonino, aparezcan estas ciudades como inmediatas ambas. La version de Xilandre es, sin embargo, que *Ástenas* estaba más remota del *Baetis* que las dos anteriores, *ab eo remotior*, no de la ciudad siguiente. Tampoco debió entender, á pesar de ello, este ilustrador de la *Geografía* Straboniana, que la dicha lejanía del *Baetis* era extensiva por el texto á *Cármon* y *Obúlcon*, cuando concertó con sólo *Ástenas* el comparativo *remotior*.

En nuestro sentir, el original griego aún expresa menos, tomado literalmente, pues sólo dice que *Ástenas* estaba más léjos, y puede entenderse, así del Bétis, como de las ciudades de que antes ha hablado: que á la verdad cercanas eran entre sí *Itálica* é *Ílipa*, y ambas á *Hispalis*, mientras que *Ástenas* caia más léjos de esta y de aquellas.

En ninguna de las dos interpretaciones seria igualmente exacta esta mayor distancia, respecto á *Cármon*, aunque lo sea con más razon respecto á *Obúlcon*, y de ello dé testimonio Plinio al hablar de esta última en el primer capítulo de su tercero libro. Por tanto, no puede ni debe referirse á ellas lo que el texto dice sólo de *Ástenas*, y mal lo han vertido los que aplican tambien el adverbio ἀπωτέρω, *longius*, *más léjos*, á *Cármon* y *Obúlcon*, en cuyo caso debiera estar despues de estas, como lo está el ἐπὶ τῷ Βαίτι despues de *Itálica* y de *Ílipa*. Mucho más aberrados andan los que, como cierto escritor patrio, han creido que esta circunstancia de lejanas del Bétis, era extensiva por el texto á las ciudades que Strabon relata á seguida como dignas de memoria, porque en ellas fuéron vencidos los hijos de Pompeio.

Ἔστι δὲ ἐν αἷς comenzaba de estas diciendo el texto en las ediciones anteriores á la de Siebenkees, sin embargo de que Casaubon habia puesto por nota: *Scribe* ἔτι δὲ ἐν αἷς. Pero lo que no era más que una conjetura en este célebre anotador, hallólo confirmado Siebenkees en los códices que él denomina *Regius* y *Venetus* B., y de la autoridad de estos llevado, introdujo en el texto la correccion que Casaubon propuso. Por idéntica causa lo mismo han hecho en sus respectivas ediciones Coray, Brequigny, Groskurd, Kramer, Muller y Dubner, y tambien Meieneke.

Esta diferente leccion no varía en nada esencial el sentido del texto, que de cualquier modo debe entenderse sin más referencia á lo anterior que la unidad de region á que pertenecian, así las ciudades cuyos nombres siguen, como las que ya van mencionadas de la Turdetania. Pero si es posible, la correccion tan unánimemente hoy recibida, aclara más el concepto indicado, pues expresa que las ciudades célebres por la adversa suerte de los pompeianos son, además de las antes referidas, notables entre las de la region que describiendo se halla el geógrafo de *Amasia*. Siguense al señalamiento de la triste causa de su celebridad, los nombres de las dichas ciudades, y de ellos es el primero Μούνδα, como el de aquella que más notoria se hizo por el último y decisivo trance de esta guerra. Despues va el de Ἀπέτουα en las antiguas ediciones, que así lo copiaron de la Aldina primigenia, aunque en la interpretacion primera se escribió *Atetua*, y el Abreviador en su *Epitome* tambien Ἀτέτουα, como notó Casaubon, que halló la misma escritura en los códices de que tuvo noticia, y juzgó que esta ó la que luego se nombra Αἴγουα, debian ser la que por Hircio y los escritores latinos se llama *Attegua*, por Dion y los griegos Ἀττέγουα. Todos los códices, excepto el Mediceo segundo, que por correccion trae Ἀπέτουα, dan la misma leccion de este nombre que el *Epitome*; mas la conjetura de Casaubon fué tan admitida de Groskurd, que introdujo en el texto el nombre Ἀτέγουα en lugar de aquel otro, y Kramer aceptó la correccion, de él tomándola despues Muller y Dubner, y Meieneke en sus recientes ediciones.

Los intérpretes parienses (1) han querido, sin embargo, leer más bien en este lugar Ἀτέπουα, cuyo nombre debiera referirse al *Áttubi* ó *Úcubi* de Plinio, pues visto ya ser este el mismo que el *Úcubi* de Hircio, en verdad que Strabon no debiera omitir la referencia de tal pueblo, al hablar de aquellos en que sufrió el bando pompeiano los reveses de la for-

(1) Mr. de la Porte du Theil, y Mr. de Coray.

tuna. Y aunque es no menos cierto que tambien los sufriera en *Attegua*, por lo que igualmente debió mencionarla el geógrafo griego, creemos más aceptable la segunda parte de la misma conjetura de Casaubon, á saber: que el verdadero nombre de esta otra ciudad debe sustituir al de Αἴγουα, que luego viene en el texto Straboniano. Ciertamente deben buscarse en este, así la referencia de una ciudad, como la de la otra; y si el nombre de *Áttubi* ó *Úcubi* no se pone por el de 'Ατέγουα, habria que sobreentenderlo por el de Αἴγουα, como tambien proponen los indicados traductores franceses; y si en lugar de Αἴγουα se escribe *Attegua*, habrá que buscar á *Áttubi* ó *Úcubi* en los antecedentes, cual advierte con grande oportunidad F. T. Friedemam en sus notas añadidas á la edicion de Siebenkees (1).

Del nombre de Οὔρσων, que sigue en Strabon, no hay duda en que corresponde á la *Urso*, sobre que se ha hecho capitulo en la parte histórica de este trabajo. El de Τοῦκκις, que va despues de aquel, se escribió Τοῦκις en la edicion Aldina; pero léase de este modo ó del anterior, como lo traen varios códices y las modernas ediciones, todos lo han referido al Τοῦκι de Ptolomeo y al *Tucci* de Plinio, á pesar de que no aparece de otro escritor antiguo cómo ó cuándo fuéron los Pompeios combatidos en esta ciudad (2).

Más diferencia ha habido sobre el nombre de 'Ιουλία que subsigue. Falconer juzgó debia ser Οὐλία, pues que de *Ulia* hay noticia cierta de que tomó parte en esta civil contienda. Los anotadores franceses ya referidos quieren que esta *Iulia* sea la *Itucci* que Plinio nombra inmediatamente despues de *Tucci*, y á la que da el *cognomen* de *Virtus Iulia*, pues dicen que esta proximidad pudo ser la causa de que Strabon se contentase con designarla por el nombre latino, ó que no es menos posible que los co-

(1) De la edicion de Siebemkees, antes citada, es el tom. VII, el primero y único dado á la estampa, del *Commentario* de Casaubon, con las notas integras de Xilandre, Morelli y Palmier, y las selectas de Merula, Meursio, Cluverio, etc., á las cuales se unen las animadversiones de Car. Her. Tzschuchzii y de otros varones doctos, y añadió más variantes y sus notas Friderico T. Friedemam: *Lipsiae*, 1818.

(2) Conveniente nos parece apuntar aqui la conjetura del Sr. D. A. Fernandez-Guerra, que opina ha de leerse en éste lugar Ἰτοῦκκις, pues que debiendo *Itucci* reducirse á Castro del Rio, como queda indicado en la parte histórica, de este lugar, ó de sus inmediaciones, si puede decirse con certeza, que allí fuéron vencidos los hijos de Pompeio, cuando tantos desgraciados encuentros tuvo su ejército en los parajes próximos á Teba la Vieja y Espejo. Paleográficamente se comprende muy bien, que los copistas omitiesen la I inicial, por ser repeticion de la misma letra final de la antecedente particula καί,

pistas, engañados de esta misma inmediacion, ó por la semejanza de los dos nombres, hubiesen alterado el texto en que antes diria Τοῦκκις, καὶ Ἰτοῦκκις ἢ καὶ Ἰουλία. Groskurd en sus *Observat. Crit. in Strab. Iberiam*, diserta largamente diciendo, que si bien muchas ciudades de nuestra Iberia fueron llamadas tanto *Iulias* como *Augustas*, ninguna, sin embargo, hay, segun recuerda, que fuese así dicha simplemente, y como κατ' ἐξοχήν; aunque no puede menos de confesar que en Plinio se halla el *Iulia quae Fidentia*, y en Ptolomeo una ciudad de sólo nombre Ἰουλία cerca de Córdoba. Mas como quiera que en ambos geógrafos se ha entendido por la mayor parte de los neotéricos, que es de *Úlia*, y no de *Iulia*, de la que aquellos hablan, corrige resueltamente el texto Straboniano, escribiendo Οὐλία en este lugar, y del mismo modo lo han hecho Kramer y los editores posteriores. La última ciudad, cuyo nombre nos da Strabon en este pasaje, es Αἴγουα, que Casaubon tuvo por la Ἔσκουα de Ptolomeo y *Hegua* de Plinio.

Otros han querido sustituir aquel nombre por el de *Aegabro*, mas sin razon ninguna, pues no consta que esta ciudad fuese partícipe en la guerra hispaniense. Por el contrario, como antes se ha indicado, por la voz Αἴγουα hay que sustituir en este caso, ó la de *Áttubi* ó *Úcubi*, ó la de *Attegua*; y más fácil es sobreentender esta última, pues por igual razon que este mismo nombre se halla en Plinio corrompido en *Aegua*, es de suponer lo fuese en la propia forma en el texto Straboniano.

Ἅπασαι δ' αὗται Κορδύβης οὐκ ἄπωθεν, continúa diciendo el geógrafo griego: «Todas estas ciudades, de *Córduba* no están léjos.» De estas palabras nunca debió inferirse que Strabon hiciese vecina de *Córduba* precisamente á alguna de aquellas ciudades, cual pretende Xylandre, pues además de que las frases οὐκ ἄπωθεν, no léjos, no indican propiamente vecindad, esta debia aplicarse en tal caso á todas, no á una ni á dos de ellas: ἅπασαι αὗται, *omnes hae*, «todas estas», dice Strabon, y por fuerza de la misma expresion hay que convenir con nuestro insigne Nicolás Antonio en que «esto no se ha de entender tan rigorosamente, pues *Urso* ó *Ursao*, que es Osuna, cae de aquella ciudad (ó sea de Córdoba) más de doce ó catorce leguas» (1). Hablaba el geógrafo amasiano á larga distancia de nuestra Iberia, que por sí no conocia sino por relaciones diversas, y describia esta region á grandes rasgos; todo lo cual aquí se debe tener en cuenta.

Τρόπον δέ τινα μητρόπολις κατέστη τοῦ τόπου τούτου Μοῦνδα. «En algun mo-

(1) Nic. Ant. *Censura de Historias Fabulosas*, obra póstuma, publicada por don Gegorio Mayans y Siscar. Valencia, 1742, lib. 6, cap. 3, pág. 309.

do metrópoli fué constituida de la region esta, Munda.» Omitió Xylandre en su version latina el dar cualquiera equivalencia á la voz τόπου, como le acontece harto frecuentemente con otras muchas del texto griego, y dió á la de τούτου la impropia traduccion de *harum*, siendo esto causa de que muchos, guiados de la sola version latina, hayan querido interpretar que pues Munda fué en cierto modo metrópoli de estas ciudades, debia estar en medio y como rodeada de todas ellas. Otros han creido que el τόπου debia significar sólo el lugar en que aquellas se hallaban, ó entenderse por él una especie de distrito ó comarca incalificable, en que estuviesen todas estas ciudades como adscritas á la de Munda, sin reparar que ni el τόπου τούτου hace ninguna referencia á ellas, ni puede ser sino imaginario un distrito, en el que tengan que enclavarse únicamente las ciudades en que fueran derrotados los hijos de Pompeio. Ni aún así habia una razon precisa para que Munda, por haberse en otro tiempo considerado como metrópoli de esta comarca, hubiese de estar en medio y rodeada de todas las ciudades, de que se le supusiera como principal ó cabeza, y menos tratándose de toda la region de que va hablando el geógrafo griego, ó séase la Turdetania. *Ástigi* lo fué del Convento que de ella tomaba nombre, á pesar de hallarse en el extremo más al Ocaso y septentrional de su territorio. *Gádes* estaba en la línea meridional del suyo, y *Córduba*, tan poco distante de *Ástigis*, estaba por ello muy próxima al limite en que su jurisdiccion colindaba con la de esta otra ciudad. El mismo Strabon nos suministra el ejemplo más adecuado, cuando dice algo adelante en este su tercer libro, hablando de *Tárraco*, en idéntica forma que de Munda, que era aquella ciudad, como, ó á manera de metrópoli, no sólo de la parte oriental al Ebro, sino tambien de mucha de la occidental á este rio (1). Esto equivale á expresar que *Tárraco* era tenida como metrópoli de toda la provincia que de ella tomó nombre, y lo mismo dijo de Munda, con respecto á la Turdetania, cuando hacia la descripcion de esta region, menos extensa por cierto que la provincia tarraconense (2). Nadie, sin embargo, buscará á *Tárraco* en medio de esta provincia, por el dicho de Strabon de que era como metrópoli de ella, pues bien manifiesto es á todo el mundo su antiguo asentamiento en el mismo lugar que hoy Tarragona, y esta se halla en el límite mismo y al extremo más oriental de la que antes fué la provincia

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 4, § 7, pág. 247, vol. I, *ex recensione*. G. Kramer Berlin, 1844.

(2) Así en la antigua version latina escribió Guarino: *huius regionis;* lo que se mantuvo en todas las ediciones pos-

romana más extensa de la España. De que Munda, pues, hubiese estado constituida en algun tiempo como metrópoli de la Turdetania, no puede inferirse más sino que estaba dentro de los confines de esta region, de la que fué sin duda una de las ciudades de mayor importancia. Mas no escribió el geógrafo griego, como de *Tárraco* ἐστιν, al hablar de Munda, sino κατέστη, lo cual demuestra qué habia una notable diferencia entre las circunstancias que parecen comunes á ambas ciudades, á saber: que las de aquella primera eran presentes en su tiempo, y pasadas ya las que por el mismo concepto se relacionasen con la segunda. Vertió por tanto mal Xylandre este pasaje cuando tradujo: ***Munda quodam modo harum metropolis est*** (1), pues convirtió en tiempo presente el aoristo κατέστη, que como tal viene á ser un pretérito indeterminado; y asi debió interpretar que Munda en algun modo habia antes sido constituida, establecida, tenida ó mantenida, ó por costumbre y uso recibida, ó considerada como metrópoli de la region esta; porque todas las dichas son significaciones propias del verbo καθίστημι, y de la voz κατέστη, que de aqui nace en su aoristo segundo (2).

Acaso esta idea de que Munda fuese antes de Strabon tenida como metrópoli de la Turdetania, ofrezca contradiccion para algunos con otros textos, que convendrá traer á cuento para desvanecer las dudas que puedan originarse sobre este punto. Hay quien, guiado de las ediciones que hasta su tiempo corrian, y más aún en la version latina Xy-

teriores por los varios correctores de la interpretacion primera del Veronense. Nuestro Luis Nuñez, en su *Hispania*, comprendida en la *Ilustrata* de Schotto, desde luego entendió por *la region esta* la Turdetania.

(1) Στροβῶνος Γεωγραφικῶν βίβλοι ιζ. *Strabonis rerum Geogrophicarum*, lib. 17: *edente* Teodoro Jansonio *ab* Almeloveen. Amstelaedami. *Apud* J. Wolters, 1707, pág. 208.

(2) Vide *Thesaurum Graecae Linguae ab.* H. Stephano *constructum*: voces Καθίστημι *et* Καθίσταμαι: columnas, 4586, 4587, 4588, edic. de Lóndres, 1822, vol. IV. La voz τόπος úsase generalmente entre los griegos en los mismos sentidos que entre los latinos la de *locus*, y entre los retóricos equivalia á la de *locus communis*. De ella se forman las de τοπογράφος, *locorum descriptor*, y τοπογραφία, *loci alicuius, vel locorum aliquorum descriptio*, que han llegado hasta nuestro idioma. Del mismo modo significa con toda propiedad *region* (Vide *Lexicon Latinum*, Dr. E. F. Leopold), y se usa indistintamente en este sentido con la voz χωρίον, que tambien significa igualmente *locus* y *regio*. De lo dicho ofrece ejemplo el mismo Strabon, que hace sinónima á la voz τοπογραφία la de χωρογραφία, segun advierte H. Etienne en su *Thesaurus* antes citado, col. 9561, vol. VI, voz Τοπογράφος. En la edicion Didot han repuesto Muller y Dubner la interpretacion de Guarino, escribiendo como este, *huius regionis*, en exacta correspondencia del τοῦ τόπου τούτου, de que usa Strabon.

landre, ha deducido de lo que Strabon dice á pocos más renglones, y aquel su corrector é intérprete ha vertido de este modo : *Ad aestuaria autem Asta, in quam Turditani conveniunt* (1); que esta ciudad era, segun el geógrafo griego, la metrópoli de los turdetanos, pues que en ella celebraban sus reuniones ó juntas. Pero, aparte de la más ó menos exacta que pueda ser la version de Xylandre, hay que saber no es este el texto de los códices, sino que en vez del Τουρδιτανοί, que en este lugar presentaban antes las ediciones (y no todas, pues la antigua version latina dice *Turgaditani)*, no escriben aquellos sino τουνγαδιτανοί; de modo que en todas las modernas ediciones que se han hecho con presencia y colacion de los MSS. Strabonianos, no se lee ya turdetanos sino gaditanos en este pasaje; é indudablemente es más que manifiesto, como anota Kramer, que aquí se trata de los gaditanos y no de los turdetanos. No queda razon alguna, por consiguiente, para suponer que *Asta* fué metrópoli de la Turdetania, ni menos que esto fuese obstáculo á que Munda en algun tiempo se considerase como tal, segun Strabon lo afirma de manera mucho más terminante. Fundados otros en el lugar de Hircio en que asevera que Córdoba se juzgaba cabeza de la provincia: *quod caput ejus provinciae existimabatur* (2); deducen que las palabras μητρόπολις κατέστη del geógrafo griego no pueden aplicarse sino á *Córduba*, y aún se atreven á corregir el texto introduciendo en él este nombre en vez del de Munda.

Parten, los que esto han imaginado, de varios errores, de los cuales bastará apuntar por ahora el de que así Strabon como Hircio se refieran ambos á la Bética en los lugares de que tratamos, pues el uno habla sólo de la Turdetania, que no era lo mismo exactamente con aquella, como queda demostrado; y aún cuando lo fuese en efecto, Hircio habla por el contrario de una provincia que no podia ser la Bética sola en su tiempo, pues que aún no estaba separada de la Lusitania, sino toda la España Ulterior, que con la Citerior formaban las dos provincias, únicas dichas así por aquel entonces. De ello nos da una prueba patente el mismo Hircio, cuando en el primer capítulo de este su libro escribe que Cneo Pompeio estaba señoreado de la España Ulterior: *cum ulterioris Hispaniae potitus esset*. De esta, pues, se juzgaba cabeza *Córduba*, por lo que su hermano Sexto la mantenia con buena guarnicion; y no hay punto de semejanza entre este aserto del historiador

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3, pág. 219, ed. cit. (2) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 3.

del *Bello Hispaniense* y el dicho de Strabon, de que Munda se hubiera considerado en un tiempo, que probablemente debió ser anterior á la guerra Pompeio-Cesariana, como metrópoli de una region, que era parte no más, de la provincia á que Hircio se refiere. No falta, por último, quien de los dictados de μητρόπολις, que se hallan adscritos en algunas ediciones de la *Cosmografía* de Claudio Ptolomeo á los nombres de *Córduba* y de *Hispalis*, haya inferido que aquella era metrópoli de los túrdulos y esta otra de los turdetanos, pues que la primera pertenece á aquellos y á estos la segunda, segun el cosmógrafo de Alejandria.

Pero ni tales dictados son muy seguros, pues no se leen en los mejores códices y ediciones de la obra de aquel, ni para Strabon hubo metrópoli de los turdetanos que fuese distinta de la de los túrdulos, pues él mismo dice que estos pueblos estaban ya confundidos en su tiempo; ni menos lo que relata de Munda como pasado en su época, tiene que ver con lo que Ptolomeo dijese en la suya, por el contrario tan posterior á aquella (1).

Διέχει δὲ Καρτηίας ἡ Μοῦνδα σταδίους ἓξ χιλίους καὶ τετρακοσίους. «Dista de *Karteia* Munda seis mil y cuatrocientos estadios.» En la edicion griega primigénea, ó séase la de Aldo, y en la siguiente de Marco Hoppero, léese ἓξ χιλίους, en vez de ἑξακισχιλίους, por lo cual Xylandre tuvo ocasion de notar que aquella manera de expresarse no era propia de los griegos, los cuales no dicen *seis mil*, á lo que equivalen exactamente las voces ἓξ χιλίους, sino *seis veces mil*, ó sea ἑξακισχιλίους. No teniendo, como no tuvo Xylandre ningun códice á la vista, por lo que todas sus correcciones están hechas por inducciones del texto mismo de Strabon, ó por razones gramaticales, apoyóse en la que queda indicada, y en la de que Strabon antes dice que la longitud de toda la Iberia no era mayor de seis mil estadios (2), para acortar el número de seis mil cuatrocientos que en las citadas ediciones aparecia marcando la distancia de *Carteia* á Munda; y al efecto borró la voz ἓξ en el texto griego, y dejó únicamente la de χιλίους además de las de καὶ τετρακοσίους, cuatrocientos.

(1) El Sr. D. A. Fernandez-Guerra, en la obra que está escribiendo sobre nuestras antiguas regiones y distritos en que estas se hallaban subdivididas, con motivo de ilustrar la *Itacion de Wamba*, cree que Munda fué hasta los tiempos de César la capital de una de las cuatro capitanías de que los túrdulos constaban; que entonces la capital se trasladó á Astigi; y que por ello Astigi tuvo muy luego la honra de ser silla episcopal, cuando de otra suerte lo hubiera sido Munda. Fúndase para opinar así, en las palabras de Strabon precisamente.

(2) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 1, § 3, página 209, vol. 1, *ex recentione*, G. Kramer.

Al ilustrar nuevamente la gran obra del príncipe de los geógrafos griegos, halló Casaubon plausible sobremanera la correccion introducida en el texto por Xylandre, excluyendo de él la voz ἕξ, que aquel su segundo castigador asegura no encontrarse en los más de los antiguos códices: en algunos de estos, sin embargo, confiesa haber hallado la voz completa y propia de ἑξακισχιλίους; pero esto dijo ser falso manifiestamente. Palmier, muy al contrario, al anotar posteriormente el texto Straboniano, consideró errado el número de mil cuatrocientos estadios, y opinó que el de ἑξακισχιλίους, que Casaubon habia leido en algunos MSS., era la desfiguracion del verdadero ἑξήκοντα, de modo que debió estar escrito ἑξήκοντα καὶ τετρακοσίους, ó sean cuatrocientos y sesenta estadios de distancia. Del mismo modo opinó Groskurd, aún antes de haber á las manos la edicion de Jansonio Almeloven, en que vió cómo Palmier habia pensado en idéntica forma sobre este punto (1); y afirmóse tanto en tal juicio, que al publicar por separado de sus *Observationes* el texto griego de la misma *Iberia*, ó tercer libro de Strabon, escribió en él resueltamente: διέχει δὲ Καρτηίας ἡ Μοῦνδα σταδίους ἑξήκοντα καὶ τετρακοσίους. Dista de *Carteia* Munda cuatrocientos y sesenta estadios (2).

La misma leccion ofrece tambien el lugar este de la *Geografía* Straboniana, cuyo texto puro ha sido publicado por Mr. Coray, en Paris, á principios del presente siglo (3). D. Tomás Lopez, en su traduccion castellana, Falconer, cuyas notas aparecen en la hermosa edicion de Oxford, y los traductores franceses ya citados en la suya no menos apreciada, opinaron asimismo por la correccion Palmeriana, y aún estos últimos la introdujeron en su texto (4). Hállanse, pues, tres lecciones diversas, ya en los códices, ó ya en las ediciones de la *Geografía* de Strabon, sobre el número de estadios que distaba Munda de *Carteia*: la de que estos fuesen seis mil y cuatrocientos, ἓξ χιλίους, ó mejor ἑξακισχιλίους καὶ τετρακοσίους, la de mil y cuatrocientos χιλίους καὶ τετρακοσίους,

(1) Grosck. *Observat. Criticae in Strabonis Iberiam, sive Rerum Geographicarum*, lib. 3, cap. 2, § 2, pág. 27, 28 y 29.

(2) *Iberia, seu rerum Geog.*, lib. 3, *edente* Grosk., Stralsumdiae, 1819, pág. 11, cap. 2, § 2.

(3) Στράβωνος Γεωγραφικῶν Βιβλία Ἑπτὰ καὶ δέκα· Ἐκδιδόντος καὶ Διορθοῦντος Α. Κοραη. Ἐν Παρισίοις: 1815-19, vol. I, pág 184.

(4) Kramer cree que esta suma de cuatrocientos sesenta estadios debiera disminuirse más todavia, queriendo que Strabon hubiese escrito τριάκοντα en vez de ἑξήκοντα, por suponer que la fácil mutacion de la Λ en Α, ó la precedencia de la ς á la sigla ϛ, pudo dar ocasion al error de los copistas; é igual opinion indican Muller y Dubner en la edicion Didot.

y la de cuatrocientos y sesenta ἑξήκοντα καὶ τετρακοσίους (1). El resultado de las tres dichas lecciones, es en gran manera diferente, segun la que de ellas se adopte: y como quiera que este, sin embargo, sea el dato de mayor importancia, y al que hay que subordinar todos los demás que nos ofrece el texto Straboniano, menester es examinar con mucho detenimiento cuál de las tres lecciones aparece con más visos de autenticidad, y al mismo tiempo sea la más acomodada á los otros indicios que sobre la situacion de Munda nos ministran los demás geógrafos é historiadores. Para resolver sobre las probabilidades de autenticidad que presente cada cual de estas varias lecciones, hay que tener en cuenta la mayor ó menor antigüedad de los códices que las ofrecen, y las razones paleográficas que, atendida aquella, pueden explicar así la corrupcion que manifiestamente se encuentra en este pasaje, como el orígen de la diversidad que se advierte en su escritura. Si se ha de llevar al ánimo de los lectores el convencimiento sobre este punto, á fin de que por sí juzguen, hay que hacer una reseña breve, pero lo más completa posible, de los códices de la *Geografía* de Strabon conocidos en la república de las letras, que si bien por desgracia son pocos para ilustrar su texto como merece, por fortuna en este caso no son tantos que abrumar pueda su relato. Pero todo esto lo harémos por separado en el Apéndice, núm. 11, para no distraer el ánimo de los lectores de la cuestion principal que nos ocupa.

Resta averiguar entonces cuál de las varias lecciones expresa una distancia de *Carteia* á Munda, que aparezca más congruente con los otros datos, que acerca de la situacion de esta última nos quedan de la antigüedad.

Ya se ha dicho repetidamente que el mismo texto del geógrafo griego suministra motivos concluyentes para desechar la leccion primera de seis mil cuatrocientos estadios, pues que la longitud que el mismo Strabon señala á la Iberia, es al todo de seis mil estadios, y la latitud mayor, de cinco mil (2); de lo cual se deduce que para distar Munda de *Carteia* mayor número de estadios, habia de caer fuera de España.

La leccion segunda que resulta en los códices y ediciones, como correccion de aquella, segun queda indicado, es la de mil cuatro-

(1) Sin contar la enmienda propuesta por Kramer de τριάκοντα καὶ τετρακοσίους, porque no se ha introducido en ninguna edicion, ni está autorizada por ningun códice.

(2) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 1, § 3

cientos estadios; y no siendo esta distancia inconcebible cual la primera, debe probarse á medir con ella para ver si conviene ó no con las otras circunstancias que de Munda constan. Situada *Carteia* sobre la costa del Océano é inmediata al monte Calpe, claro es que se hallaba próxima al extremo meridional y oriental á un tiempo mismo de la Turdetania, pues que esta, segun el geógrafo de *Amasia*, extendiase sobre la region marítima desde el Ana hasta las columnas. No es posible dirigirse hácia el Sur de aquella ciudad para computar una distancia de ella á Munda, pues que seria buscar á esta fuera de España, ni tampoco hácia el Oriente porque se traspasarian, de cualquier modo que esto fuese, los límites de la Turdetania; ni aún es tolerable el medir hácia Occidente, pues esto conduciria cerca del Ana, bien allende del Guadalquivir ó Bétis. Sólo es dable tomar hácia el Norte, ó dicho con mayor propiedad en la direccion de *Córduba*, pues que del frente de ella partieron los ejércitos, y no léjos de la misma estaban las ciudades todas en que fuéron sucesivamente combatidos los hijos de Pompeio. En esta direccion resulta tambien que el número de mil cuatrocientos estadios no puede completarse sino á la parte septentrional del Bétis y bien al Norte de *Córduba*. El mismo Xylandre queriendo dar más apoyo á su correccion, ha sido el primero en traer á cuento la prueba más palmaria de este resultado. Hallóse con que el autor del *Libro de la guerra de España* fijaba precisamente en ciento setenta millas la distancia de *Córduba* á *Carteia*, y computando á ocho estadios por cada miliario, supone equivalentes aquellas á mil trescientos sesenta estadios, cuya suma tuvo por muy conforme á la de mil cuatrocientos estadios, ó cerca de ellos, para demostrar que esta última fuese la señalada por Strabon como distancia entre *Carteia* y Munda. Coenestar supuso la diferencia que entre ambas cantidades aparecia, indicando la conjetura de que acaso debiera leerse ὡς ό εἰς (*id est: circiter, ad*) en vez de ἐξ, á fin de que no fuese tan precisa ó exacta la suma de mil cuatrocientos estadios. Pero aunque se admitiese esta supuesta forma de expresarse (contraria á la observada generalmente por Strabon en el señalamiento de casi todas las demás distancias, que en números fijos se ven marcadas), por escasamente que fuese, mayor debe en cualquier caso considerarse la suma de Strabon que la de Hircio, y á Munda por lo tanto más distante de *Carteia* que Córdoba, circunstancia no estimada seguramente por Xylandre. Pero aún hay otra que agrava más la dificultad propuesta, y es que la distancia señalada

por Hircio, siendo este un historiador á diferencia de Strabon que es un geógrafo, hay que computarla de muy distinta manera, que la por estotro determinada, pues de aquella hay que descontar los naturales rodeos de las vías romanas, para compararla con la del geógrafo griego que mide siempre en línea recta, como es corriente entre los escritores de su género, y nótase en la comprobacion de todas las distancias que en su grande obra se hallan designadas.

Juan Stadio en sus *Notas sobre Lucio Floro* (1), Fariña en sus *Antigüedades de Ronda* MSS., Perez Bayer en su *Carta sobre el sitio de Munda*, Ortiz en su *Disertacion* MS., Rui Bamba en sus *Notas* MSS. al geógrafo del Ponto, y Cortés en su *Diccionario*, han comparado tambien esta distancia de los mil cuatrocientos estadios de Strabon con los ciento setenta mil pasos que Hircio pone de *Carteia* á Córdoba; y de la combinacion de estas dos sumas deduce el primero que la diferencia de cinco mil pasos que entre ambas resulta, constituye exactamente la distancia entre Córdoba y *Munda*; y los otros escritores adoptando idéntica combinacion, cada cual viene á establecer una distancia distinta de Córdoba á *Munda*, no ajustándose bien ninguna á la de mil cuatrocientos estadios de *Munda* á *Carteia*. Además, de que esta última distancia sea casi la misma que la señalada desde *Carteia* á Córdoba, no se deduce lógicamente la consecuencia que sacan estos eruditos. El propio Strabon dice que de *Málaca* á Calpe hay casi igual distancia que de Calpe á *Gádes*; y nadie por ello querrá suponer que *Málaca* diste muy poco de *Gádes*. Sólo puede sostenerse esa combinacion fundándose en las palabras Κορδύβης οὐκ ἄπωθεν, *non procul a Córduba*, y ya se ha visto que esta frase puede interpretarse de muy diversa manera. Asi no hay esa seguridad, ni puede haberla, en averiguar la distancia entre Munda y Córdoba, comparando los mil cuatrocientos estadios de Munda á *Carteia* con los ciento setenta mil pasos de *Carteia* á Córdoba. Al contrario, por este último número de pasos, que equivalen á mil trescientos sesenta estadios, se comprobaria en ese caso que hay error en el de mil cuatrocientos; porque resultaria entonces que siendo la distancia de *Carteia* á Munda mayor que la de *Carteia* á Córdoba, Munda estaria más lejana de *Carteia* que Córdoba; y esto no puede ser.

Perez Bayer, que previó la dificultad, para eludirla traza una línea

(1) Stad. *in* Flor. *Epit. Rer. Rom. edente*, Salmas. 1648.

desde *Carteia* á Córdoba, « la cual en llegando á Ronda, ó algo más adelante, se divida en dos, y la de la derecha se ladee insensiblemente prosiguiendo con direccion Norte hasta ponerse al par de Córdoba, pero á seis, siete ú ocho leguas á Oriente de esta ciudad ». Esta segunda línea que proyecta Bayer, si se prolonga en la forma propuesta hasta completar los mil cuatrocientos estadios, llegará á tocar los límites de la Tarraconense, cerca de *Iliturgi*, dejando más abajo á *Obulco*, como no puede menos de confesarlo el propio P. Bayer; y *Obulco* pertenecia al Convento Cordubense, segun Plinio (1). Es más todavía: á medida que esta segunda línea de la derecha se inclina insensiblemente, formando un ángulo más abierto con la de la izquierda, nos irémos alejando cada vez más de Osuna; y esto tampoco puede ser. Así es ocioso buscar á Munda en el castillo de Bíboras, en cuya direccion el ángulo seria todavía más abierto, y la colocaríamos á mayor distancia de Osuna que la que resulta de los demás puntos adonde se ha reducido la antigua *Munda*. Otra prueba de que el número de mil cuatrocientos estadios precisamente ha de estar equivocado, es lo que de esta guerra nos refieren los historiadores, desde la rendicion de *Attegua* hasta la batalla de Munda. Pasado el *Salso*, despues de haberse apoderado César de la plaza de *Attegua*, el movimiento de ambos ejércitos fué en direccion hácia la marina, como se ha demostrado antes extensamente, no volviendo ni Cneo ni César á repasar el *Salso*. En este caso la línea que tira Bayer nos conduciria precisamente á la banda Norte de este rio, más allá de la villa de Porcuna ó antigua *Obulco*, como ya se ha dicho; y siendo cierto que « á esta villa no llegó la llama de la guerra de que se trata, se hace preciso (copiamos textualmente las palabras del mismo Bayer) acortar algun tanto el extremo de aquella línea », lo cual equivale á decir que hay error en el número de mil cuatrocientos estadios. Pero este yerro no puede ser de corta consideracion, como pretende el erudito valenciano, porque en el original griego no aparece que haya habido depravacion en el número de cuatrocientos, sino en el de *mil* que le precede. Convenidos en que hay error, este ha de ser de gran monta, y es lo que toca ahora demostrar. Tenemos que la voz τετρακοσίους no está corrupta, porque así se lee en todos los MSS. y ediciones. Encontramos tambien que á la voz antes enunciada precede la partícula conjuntiva καί, lo cual supone otro número entre la

(1) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 1.

voz σταδίους y la de τετρακοσίους. Por consiguiente es indudable que el número de la distancia señalada por Strabon era mayor de cuatrocientos estadios. ¿Mas cuál es este número? No es difícil convencerse de que no podia ser *mil y trescientos*, *mil y doscientos*, ni *mil y ciento*, ni ninguno de los números intermedios, porque entonces seria preciso alterar la voz τετρακοσίους, y en vez de ella se leeria en el texto τριακοσίους trescientos, διακοσίους doscientos, *vel* ἑκατόν ciento; y menos todavía ἐνακοσίους novecientos, ὀκτακοσίους ochocientos, y así sucesivamente hasta llegar al número noventa y nueve, porque habria que borrar por completo la voz τετρακοσίους, y esta voz ni puede desaparecer ni alterarse, pues uniformemente se lee así en todos los MSS. y ediciones. Donde ha de existir depravacion imprescindiblemente es en la voz χιλίους, que en los MSS. más antiguos se lee ἐξακισχιλίους; y en ese caso forzoso se hace reemplazarla con la voz ἑξήκοντα, ú otra que signifique un número menor que una centena, para que de ese modo se ajuste bien con las de καὶ τετρακοσίους; á no ser que el número anterior llegue al de mil, lo cual se ha visto ya dar un resultado excesivo para todas las reducciones posibles (1). Debemos advertir que si por el contrario de hallar error en el texto Straboniano, se pretendiese buscarlo en las ciento setenta millas, que señala el de Hircio de *Carteia* á *Córduba*, como quiere Perez Bayer, en vez de favorecerse la opinion de este, ó cualquiera otra de las más admitidas, seria preciso llevar á Munda bastante más léjos, colocándola en una situacion mucho más opuesta á los demás datos geográficos ó históricos que de ella se tienen; pues que habria que situarla con mayor distancia de *Carteia* que *Córduba*, es decir, más al Norte de esta, cuanto más excedieran los mil cuatrocientos estadios de Strabon á las millas de Hircio. Rui Bamba conjetura que «el texto de Hircio está estragado, y que en vez de *Córduba* se ha de leer *Munda*, ó lo que es lo mismo que Hircio se ha de corregir por Strabon» (2). Ningun códice ni edicion del *Bello Hispaniense* ofrece en el cap. XXXII la variante de *Munda* por *Córduba*, que es completamente arbitraria, é

(1) Otra razon más hay para demostrar que el numeral que precediera al τετρακοσίους, debia ser menor que este mismo, y es el hallarse usada la conjuntiva καὶ para unirlo con el anterior, pues es regla gramatical el empleo de esta partícula cuando el número menor precede al mayor, forma muy frecuente en los escritores griegos, que por el contrario omiten generalmente la copulativa, cuando expresan los numerales en el órden opuesto.

(2) Ambrosio de Rui Bamba. *Notas al Strabon*, MS. en la Biblioteca de la Academia de la Historia (sin foliacion), lib. 3, § 6, nota 17.

ínterin no se autorice por algun MS. ó libro édito, es imposible admitir tal conjetura. El fundamento alegado de que la distancia de ciento setenta millas se ajusta bien, con corta diferencia, á la de mil cuatrocientos estadios, que pone el geógrafo de *Amasia* desde Munda á *Carteia*, descansa en un supuesto, y es que este número se tenga como la leccion genuina del texto griego, cuando no es sino una correccion hecha por los apógrafos y por Xylandre; de modo, que en virtud de un pasaje corrupto y enmendado se pretende corregir y corromper el texto del historiador latino, siempre uniforme, introduciendo una variante tan injustificada como caprichosa, cual es la de *Munda* por *Córduba*. Es bien singular que precisamente Xylandre se apoyase en el texto de Hircio para corregir el número de estadios de Strabon, y que Rui Bamba se funde en este número ya enmendado por aquel, para cambiar la voz *Córduba* por la de *Munda*, ó sea destruir la base principal que tuvo para su correccion el ilustrador primero del geógrafo griego (1).

Resulta, pues, que en sana crítica aparece contraria á todos los demás datos que se tienen acerca de la situacion de Munda, el distar esta ciudad de la de *Carteia* mil cuatrocientos estadios; y por tanto es de todo punto inaceptable la leccion de σταδίους χιλίους καὶ τετρακοσίους, que

(1) Bastar debiera á cuantos sobre la correlacion de las dos citadas medidas han hecho tan quiméricos como diversos cálculos, para fijar con ellos la situacion de Munda, advertir la calidad diferente de los autores y de las obras, de que aquellas procedian, para no perder el tiempo en inútiles elucubraciones; cuando ya nuestro Rodrigo Caro les habia advertido la imposibilidad de admitir como cierta, la distancia de mil cuatrocientos estadios, entre *Carteia* y Munda, por tan claras razones, como las que asi expresa. «Reparo mucho en esto, que dice Strabon, que Munda distaba de *Carteia* la del Estrecho mil y cuatrocientos estadios, que hacen á razon de ocho estadios por milla, como contaban los romanos, cincuenta leguas poco más ó menos: lo cual totalmente no puede ser, porque Córdoba que cae más septentrional que Munda, y distaba de ella más de quince ó diez y seis leguas, aún no distaba tanto del Estrecho; y dado que pudiera estar más septentrional que Córdoba, tampoco esto es verdad, porque Plinio la pone en el Convento jurídico de Écija entre las demás colonias inmunes......................... Estando pues Munda en el Convento jurídico de Ecija, porque Écija y su jurisdiccion están más al Mediodia que Córdoba y más cercanas todas al Estrecho: luego aquella cuenta de Strabon no es cierta y está errada. Añádase á esto lo que dice Hircio en el libro del *Bello Hispaniense*, que César truxo de la Batalla de Munda los pertrechos de guerra con que alli habia vencido á sus contrarios, para combatir á Osuna; y Osuna aún no dista del Estrecho veinte leguas: y está claro que Munda no caia lexos de Osuna, pues los impedimentos ó pertrechos de guerra quo habian servido en Munda, se pudieron fácilmente mudar á Osuna.» (Rod. Car. *Ant. de Sev.*, lib., 3. *Acinipo* cap. 57, fól. 180 vuelto y 181.)

es además poco autorizada, como correccion prudencial que en los códices hubieron de introducir los apógrafos de los siglos XV y XVI, á la manera que Xylandre lo hizo en las ediciones, segun se demuestra en el Apéndice antes citado.

La leccion tercera que presentan, cual ya se ha dicho, varias de las ediciones críticas, que han venido despues de la de Casaubon, es la de σταδίους ἑξήκοντα καὶ τετρακοσίους, ó séanse cuatrocientos sesenta estadios de distancia desde *Carteia* á Munda. Aplicada sobre el mapa la medida correspondiente á dicho número de estadios, bajo el concepto de caber seiscientos de ellos en el grado medio del meridiano terrestre, se ve que desde el sitio del Rocadillo y Torre de Cartagena, donde se ha probado que asentaba la antigua *Carteia*, tomando la direccion hácia Osuna y Córdoba, se completan los cuatrocientos sesenta estadios en el lugar en que yacen las ruinas llamadas de Ronda la Vieja, dos leguas de diez y siete y media al grado al Norte de la ciudad de Ronda, inclinándose ligeramente hácia el Ocaso, una legua corta al Poniente de Setenil de las Bodegas. Hállase este lugar bajo el mismo meridiano casi que el monte de Gibraltar ó columna septentrional de las de Hércules, é igualmente bajo el de Osuna, ó antigua *Urso*, y algo más occidental que *Córduba*. De modo, que siendo aquel monte el término hasta el cual se extendia al Sur la Turdetania, y tambien propias de esta region aquellas otras ciudades, cuya actual correspondencia está en los dichos puntos seguramente fijada, se encuentran las expresadas ruinas dentro de los límites de la Turdetania. Están además, como queda expuesto en la parte histórica de este trabajo, á una jornada natural de Osuna, igualmente que á dos de las inmediaciones de Casariche, tan próximo á las ruinas de *Ventipo;* en precisa direccion entre Córdoba y *Carteia*, marchando desde la parte de aquella ciudad hácia la marina, y en el punto más adecuado para tener una fácil huida á esta otra por terreno que impide la persecucion y alcance de la caballeria. Por último, se hallan situadas, á más de esto, no muy léjos de Córdoba y al igual que otros pueblos de reduccion conocida adscritos por Plinio al Convento Astigitano, como se verá al ocuparnos en el texto del Historiador Naturalista; resultando así conforme la distancia de cuatrocientos sesenta estadios entre *Carteia* y Munda con los otros datos que acerca de la situacion de esta última nos suministran los demás escritores de la antigüedad. Siendo tambien la leccion σταδίους ἑξήκοντα καὶ τετρακοσίους la que paleográficamente mejor se explica por la más auto-

rizada de los códices σταδίους ἑξακισχιλίους καὶ τετρακοσίους, convéncese de lo fundado de su escritura en las ediciones citadas; y el texto del geógrafo griego encuentra de este modo por completo exacta aplicacion en todas sus partes sobre un mismo sitio, en el cual de igual manera convienen las circunstancias todas que de Munda son conocidas, como sucesivamente ha de irse viendo en el discurso de este trabajo.

CAPITULO II.

—

PLINIO.

Despues de examinado el texto de Strabon, corresponde que tratemos del de Caio Plinio Secundo (1), quien en su obra de *Historia Natural* dedica algunos de sus libros á la geografía. Por dos veces menciona á Munda el Historiador Naturalista; pero ahora sólo ha de tratarse de aquella en que nombra las colonias del Convento Astigitano, al capítulo primero de su tercero libro. Investigarémos antes cuáles eran los límites de este Convento, así como lo hemos practicado con los de la Turdetania, al hablar del geógrafo griego: para que explicada que sea esta parte corográfica, descendamos al exámen de las diversas interpretaciones que se han dado al controvertido pasaje de Plinio, respectivo á las indicadas colonias.

La Bética, segun este escritor, se dividia en cuatro Conventos jurídicos, el Cordubense, el Hispalense, el Astigitano y el Gaditano (2).

(1) Su patria no fué Verona, cual muchos han creido, sino *Como*, segun demostró victoriosamente el conde de la Torre Rezzónico (*Disquisitiones Plinianae*, tom. I, págs. 60 á 81), á fines del pasado siglo. Uno de los códices que más favorecen el dictámen del referido conde, es el de la santa iglesia de Toledo. La carta de Rezzónico y la contestacion del P. Burriel sobre este punto, existen originales en el archivo de la casa del marqués de Valdeflores. Vivia Plinio en los tiempos de Vespasiano, y estuvo de *Procurator* en nuestra Bética, cuya circunstancia hace más digno de crédito todo cuanto de aquella nos escribe. Murió el año 79 de la Era Cristiana, queriendo indagar las causas de la erupcion primera del Vesubio, sobre lo cual es notable la elegantísima carta que á Tácito dirigió C. Plinio Cecilio.

(2) Generalmente se ha creido que hasta los tiempos de Augusto no hubo Conventos jurídicos en nuestra España; pero ya van conviniendo los eruditos en que antes de esta época los habia, por lo menos en la Bética. Queda esto fuera de toda duda por el capítulo de la *Vida de César* por Suetonio, en que habla de la primera venida de aquel; donde se ve que por encargo

Que *Munda* pertenecia al Convento Astigitano es indudable, porque así se deduce del texto de Plinio; pero averiguar con exactitud los términos ó aledaños de este Convento, es harto difícil, y cosa en que todavía no han podido convenir nuestros geógrafos y anticuarios. Para señalar estos límites no hay más que recurrir á la situacion de las ciudades que Plinio va nombrando y adjudicando á cada uno de los cuatro Conventos jurídicos. Esto, no obstante, ofrece tambien sus dificultades. Es la primera que los nombres de los pueblos aparecen escritos en los códices de la obra que nos ocupa, de muy distinta manera por impericia de los copiantes, y ha sido precisa la asídua constancia de los más eminentes críticos, para depurar el texto con el auxilio de las medallas y de las inscripciones, y á veces lo que han hecho ha sido corromperlo más todavía: porque no es fácil el acierto en un punto tan oscuro como es la geografía antigua.

Es la segunda dificultad, que Plinio, aún cuando expresó que el número de ciudades ascendia en la Bética á ciento setenta y cinco, no las nombró todas ni con mucho; de modo que no pueden fijarse con exactitud los términos de cada Convento, no teniendo otra guia que las ciudades adjudicadas á cada uno de ellos por el Historiador Naturalista.

Es otra dificultad, y tal vez la mayor que puede en este caso ocurrir, que no hace la enumeracion de los pueblos de la Bética solamente por Conventos, sino que nombra varias ciudades al describir las costas, y otras muchas, tomando por base las bandas derecha é izquierda del Guadalquivir. Y como Plinio se propuso, segun observacion de los críticos, designada ya una ciudad en cualquiera de estas tres descripciones, no volver á nombrarla, resulta que hay que conjeturar las más de las veces á qué Convento correspondia. Á todas es-

del pueblo romano (ó del *Praetor*, segun las modernas ediciones), recorriendo los Conventos de la Ulterior, llegó á Cádiz, etc.; con lo cual se comprueba, que *Gádes* en aquel tiempo constituia ya Convento jurídico. Confírmase esto mismo por un pasaje de Ciceron en su *Oratio pro Balbo*, en que alude á la pretura que ejerció César la segunda vez que vino á España. Puede asegurarse en vista de tales textos, que antes de Augusto ya existian Conventos en la Bética. Créese hoy entre algunos eruditos, que lo que hizo este emperador fué fijar para siempre los Conventos en ciudades determinadas, como *Córduba*, *Hispalis*, *Astigi* y *Gádes*, porque antes quedaba al arbitrio del *praetor* elegir la ciudad, que le pareciera más proporcionada, para constituir el Convento; lo cual no impide que ya los hubiera, y que se conociesen tal vez con los mismos nombres de *Cordubense*, *Hispalense*, *Gaditano* y *Astigitano*.

tas dificultades que presenta el texto, se agrega otra, que es casi insuperable. Desde que escribió Plinio, la mayor parte de los pueblos que cita han sido completamente destruidos, y casi todos han variado de nombre : de modo que fijar los términos de los Conventos de la Bética, presupone la investigacion de los lugares que ocupaban en lo antiguo las ciudades de que habla el Historiador Naturalista. Á esto se han dirigido todos los esfuerzos de nuestros eruditos ; pero como en estas investigaciones, cada cual ha formado un dictámen distinto sobre la situacion de muchas de aquellas ciudades, originase naturalmente que cada uno señala los límites de los Conventos á su capricho; y aún no falta quien encontrando el obstáculo de que varios pueblos de los adscritos expresamente á un Convento, quedan fuera de los límites que él le prefija, quiera salvar la dificultad, diciendo que le estarian asignados á aquel por atribucion, pero no por razon del terreno.

Procuremos, pues, llevar adelante la empresa de que tratamos, sin dar en inconvenientes, que conduzcan á una resolucion tan absurda á todas luces. Primeramente el Naturalista escribe del Convento *Cordubense*, á seguida del de *Hispalis*, en tercer lugar del de *Ástigi*, y en último término del *Gaditano*. Segun la situacion de las respectivas ciudades que les asigna, el de *Ástigi* debia hallarse limitado al Sur, por la costa del mar interno, ó Mediterráneo, al Oriente por la línea divisoria entre la Bética y la Tarraconense, confinando al Norte con el Convento de Córdoba y parte del de Sevilla, y al Occidente con parte de este mismo Convento y con la línea oriental del Gaditano. En esto no hay tanta divergencia entre los eruditos como acerca de los límites precisos de cada Convento, que es la grave cuestion, todavia no resuelta, y la cual intentarémos esclarecer cuanto nos sea posible, sin separarnos del texto de Plinio. Las ciudades que correspondian al *Convento Astigitano*, cuyos aledaños son los únicos que nos proponemos señalar, eran, segun el citado escritor, en clase de colonias inmunes, la misma *Ástigi*, y *Tucci*, *Itucci*, *Áttubi* y *Urso*, en cuyo número antes debió contarse tambien nuestra *Munda Pompeiana*. Como ciudades libres, el Naturalista hace mencion de *Ástigi vetus* y *Ostippo;* y en clase de estipendiarias, de *Callet*, *Calúcula*, *Castra Gémina*, *Hipula minor*, *Mérucra*, *Sacrana Obúcula* y *Oningis* (1). Este Convento debiera ser,

(1) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 1.

por lo tanto, de grande importancia y extension, puesto que siendo nueve las colonias inmunes de toda la Bética, al Astigitano tocaban cinco. Además, dentro de su demarcacion estaban situados municipios, ciudades que gozaban del derecho antiguo del Lacio, y federadas, de las cuáles sólo existian tres en la provincia Bética. Plinio se abstuvo de nombrar muchas de estas ciudades, por haberlo ya hecho en otra parte, siguiendo la regla que hemos advertido anteriormente.

Los límites de nuestro Convento Astigitano han de establecerse por medio de la reduccion geográfica de las que Plinio le adjudica de una manera expresa; y la de gran parte de ellas puede hoy darse ya por incontrovertible: con lo cual adquiere gran fuerza de exactitud la circunscripcion que pasamos á exponer. Nadie duda en la actualidad que *Ástigi*, sea Écija; *Tucci*, Martos; *Ittuci*, Castro del Rio; *Áttubi*, Espejo; *Urso*, Osuna; *Ástigi vetus*, Écija la Vieja; *Ostippo*, Estepa, y *Obúcula*, la Moncloa. Todavía son dudosas las reducciones de varias de las otras ciudades estipendiarias que restan, no habiendo aún convenido en ellas los eruditos, por falta de pruebas históricas ó de documentos litológicos, que las justifiquen; pero generalmente se cree que correspondian al territorio comprendido entre Osuna y Ronda.

De las concordancias, que anteriormente dejamos fijadas, resulta que el límite oriental del Convento Astigitano debia ser una línea que partiendo desde *Murgis* (ó sea el término por este lado de la costa marítima de la provincia Bética, segun el mismo Plinio) corriese por las vertientes del monte *Solorio* (Sierra Nevada) en union con los aledaños de la Tarraconense, hasta tocar en el fin de ellos por su parte occidental; comprendiendo por consiguiente dentro de su circunscripcion las ciudades de *Illurco*, *Iliberri* y *Ártigi* en el interior, *Salambina* y *Ábdera* en la costa. El P. Florez fué entre nosotros el primero que toda esta parte de la Bética la adscribió al Convento Cordubense (1). No podemos convenir con el Cl. Maestro en que el Astigitano terminase en *Ménoba* (Velez), y subiendo desde este punto hasta *Tucci* (Martos), formara esta línea el límite oriental de dicho Convento, quedando las ciudades de *Iliberri* y *Ártigi* adscritas al Cordubense, lo mismo que todas las otras ciudades más orientales en la Bética. La razon que tenemos para oponernos á dar una

(1) Flor *Esp. Sag.*, tom. X, pág. 73, núm. 6; y tom. XII, pág. 93, núm. 21.

extension tan dilatada por este lado al Convento de Córdoba, consiste en que el P. Florez no tuvo otro fundamento para ello que la mala puntuacion, aplicada caprichosamente por Harduino al pasaje en que habla el Naturalista de la Bastitania *vergens ad mare*, convirtiendo en coma el punto que va despues de estas palabras, para colocarle detrás de las que siguen, *conventus vero Cordubensis* (1). Pero es más : no sólo el Naturalista estuvo léjos de decir expresamente que *Iliberri* y *Ártigi*, y los demás pueblos de la Bastitania *vergens ad mare*, correspondiesen al Convento de Córdoba, sino que más bien parece indicar lo contrario, ó dejar incierto á cuál de ellos estaban adscritas (2); porque despues de enumerar todos estos pueblos que estaban situados entre el Bétis y la boca del Océano, añade : *Conventus vero Cordubensis circa flumen ipsum Ossigi quod cognominatur Laconicum, Illiturgi quod Forum Iulium*, etc. Cuando despues del período precedente emplea Plinio la partícula adversativa *vero*, indica bien claro que afirma de *Ossigi*, *Illiturgi*, etc., una circunstancia que implícitamente niega de las ciudades anteriormente nombradas. Es decir, que de estas no puede asegurarse lo mismo que de aquellas, á qué Convento corresponderian.

La línea septentrional del Convento Astigitano, sin separarnos en nada del texto del Naturalista, y fundándonos en las reducciones geográficas que ya se tienen por incontrovertibles, ha de partir desde el confin de la Bética con la Tarraconense, donde termina hácia el Norte la línea oriental de aquella, y pasando por *Tucci* (Martos), *Itucci* (Castro del Rio), y *Áttubi* (Espejo), cortar en seguida el *Singilis* (Genil), por entre *Décuma* que era ya del Convento Cordubense, hallándose á la

(1) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. I. Cortés y Lopez corrigió la mala puntuacion de Harduino y Florez; pero quiso al mismo tiempo sostener en el texto una variante notable, afirmando debia leerse *obvia*, y no *omnia*, y referirse la voz *obvia* al nombre de la ciudad *Tucci Vetus*, que inmediatamente le precede. Pero esta alteracion es contraria á la escritura de todos los MSS. del Naturalista, en los cuales sin excepcion ninguna se lee *omnia*. Algunas de las ediciones primigenias pusieron la misma voz, abreviándola en esta forma *oia.*, que otras posteriores interpretaron *obvia*, siendo este el único orígen de una leccion, que rechaza por sí sólo el régimen gramatical, pues que sigue el genitivo *Bastetaniae vergentis*, y la palabra *obvia* no rige sino dativo, como se ve en el propio ejemplo que cita Cortés y Lopez : *Gádes insula, quae egressis fretum obvia est*.

(2) Tan grave error es en Harduino afirmar que esta Bastitania correspondia al Cordubense, como fantasear Cortés y Lopez creando una Bastitania, «que propende *al mar Océano*», para hacerla depender del Convento Hispalense.

banda septentrional de aquel rio, y *Ástigi* (Écija); para terminar en *Obúcula* (la Moncloa), ciudad estipendiaria del Astigitano, segun se ha visto por el texto de Plinio.

D. Fernando Lopez de Cárdenas, más conocido por el cura de Montoro, escribió despues que el P. Florez sobre los términos de los Conventos de la Bética, proponiéndose demarcar á su manera los correspondientes al de *Ástigi* ó Écija. El citado cura conviene con el Cl. Maestro en señalar una misma línea oriental al Convento Astigitano; discrepan, sin embargo, ambos escritores en la línea del Norte, pues el segundo prolonga su línea oriental hasta *Tucci* (Martos), y el primero solamente hasta el Genil: de manera que, segun Lopez de Cárdenas, el límite Norte del Astigitano lo formaba la banda meridional del Genil, correspondiendo la opuesta al Convento Cordubense (1): lo cual es grave error, como queda demostrado, trazada la línea septentrional segun lo hemos hecho.

El límite occidental de nuestro Convento debia partir desde *Obúcula* (la Moncloa), donde se ha fijàdo ya el término de la línea del Norte, y buscando á *Ástigi* (Écija), y *Urso* (Osuna), colonias inmunes del mismo Convento, prolongarse hasta la costa entre *Sálduba* (Estepona la Vieja, dos leguas y media al occidente de Marbella), y *Barbésula* (ruinas á la boca del rio Guadiaro), y *Lacippo* (Alechipe, media legua de Casares, y banda oriental del rio Genal); dejando estas dos últimas ciudades, como confin ya del Gaditano, al cual correspondian, segun el propio Naturalista (2). Quedaban por consiguiente dentro del Astigitano, Setenil, Ronda la Vieja, Ronda, Coin y Alhaurin (3), y en la

(1) «Quedando Martos incluido en el territorio de este Convento; no obstante que este, que fué *Tucci*, con *Itucci*, y *Áttubi* pertenecian al Convento jurídico Astigitano; pues debemos pensar, que esta asignacion de estas colonias á *Ástigi* fue por atribucion, y no por razon de el terreno: pues para ir desde Ecija á cualquiera de las tres colonias, por cualquiera parte que se piense, era preciso pisar el Convento jurídico de Córdoba; no teniendo comunicacion, ni aún con los lugares del Astigitano, como es claro á los que conocemos el pais y sabemos la situacion de los pueblos pertenecientes al Convento jurídico de Córdoba.» (Lop. de Card. *Franco ilustrado*, páginas 93 y 94.)

(2) *Barbésula* no corresponde á Marbella, como se creyó en otro tiempo por los anticuarios, y Perez Bayer volvió á indicar en su *Carta sobre Munda*, para extender el Convento Gaditano hasta Marbella y la Fuengirola, donde equivocadamente supone á *Baesippo*.

(3) Cortés dice hablando de Alhaurin que estaba dentro del Convento Gaditano, porque este llegaba hasta Coin; y cuando le toca hablar de esta ciudad, dice lo mismo, fundándose en que *Lacip-*

costa *Sálduba*, *Súel* y *Málaca*, cuyas ciudades hasta *Márgis* formaban la línea meridional del Convento de que tratamos (1).

La más grave dificultad que se suscita, tratándose del límite occidental que dejamos trazado, es la interpretacion que se ha pretendido dar por algunos al pasaje de Plinio sobre la *Beturia Céltica*. De esto nos ocuparémos más detenidamente en su lugar oportuno. Ahora basta á nuestro propósito consignar que aún cuando supusiéramos por el texto del Naturalista una *region céltica*, distinta de la *Beturia céltica*, en cuyo territorio colocásemos las ciudades de *Acinipo*, *Arunda*, *Arucci*, *Saepona*, *Salpesa*, etc., estas ciudades no corresponderian al Convento Hispalense, porque Plinio solamente le adscribe las de la *Beturia céltica;* y como para no dejar duda, añade : «*celticos qui Lusitaniam attingunt*, *Hispalensis conventus*» (2). De modo que si se dan *célticos* que no habitasen ó que no fueran confinantes con la Lusitania, estos célticos no expresa el Naturalista á qué Convento pertenecian (3). Así es que cuando enumera

po estaba en Setenil, y para comprobar esta reduccion fija el mojon del referido Convento en Ronda, donde sitúa la antigua *Cappagum* de Plinio, dando entonces por toda razon que la Chancillería de Cádiz llegaba hasta Coin. Ciertamente que no: luego no hay fundamento para llevar el Convento Gaditano hasta Alhaurin, Coin, Ronda y Setenil.

Alhaurin es la antigua *Lauro*, donde acabó sus dias el hijo del gran Pompeio, como anteriormente se ha demostrado. Coin, que antes se decia el castillo de *Castro Dzcuan*, es ámulacion del tiempo de los árabes, segun consta del texto del *Bayan Almogreb*, que se expondrá más adelante. En Ronda existió una ciudad llamada *Arunda*, y en Setenil, ó en sus imediaciones, otra ciudad nominada *Acinippo;* ateniéndonos al contexto literal de las inscripciones, de que en ocasion oportuna extensamente habrémos de ocuparnos. Las reducciones de Cortés y Lopez no sólo son improbables, sino que se oponen á todas las pruebas históricas y litológicas.

(1) Conviniendo como convienen *hoy todos los eruditos* en reducir á *Barbésula* á la boca del Guadiaro, y á *Lacippo* á la banda oriental del rio Genal, siendo estas ciudades el término del Convento Gaditano por esta parte, como ya se ha dicho, no puede reducirse *Munda* á Xerez, segun el dictámen de Marineo Sículo, ni suponerse cerca de esta ciudad en la sierra de Gibalbin, como modernamente se ha pretendido; porque Xerez y su comarca precisamente habian de corresponder, ó al Convento de Cádiz, ó al de Sevilla.

(2) Plin. *Hist. Nat.*, lib. 3, cap. 1.

(3) El Cl. Florez en este lugar añade, despues de copiar el citado pasaje de Plinio: «Y luego aplicó al mismo Convento de Sevilla los pueblos de la *Céltica*, haciendo alguna distincion entre el territorio de unos y otros, pues aquellos confinaban con la Lusitania, y estos no; siendo unos de la Beturia, y no los otros.» (*Esp. Sag.*, tom. IX. pág. 21.) Plinio no *aplicó luego* al Convento Hispalense ciudad ninguna, únicamente escribe: «*Praeter haec in Céltica Acinippo, Arunda, Arucci*, etc.;» y ó estas ciudades célticas eran de la region Beturiense, y confinaban con la Lusitania, ó no: si se afirma lo primero, todos estamos convenidos; si lo segundo, solamente de los célticos,

las ciudades de la otra *Beturia*, ó sea la de los túrdulos (los cuales deja dicho antes que correspondian al Convento Cordubense), escribe seguidamente de citar á *Acinipo*, *Arunda*, *Arucci* y demás ciudades que se suponen de region distinta : «*Altera Baeturia, quam diximus turdulorum et conventus Cordubensis*». Luego Plinio, no sólo no señaló en este lugar region diversa de la Beturia, sino que únicamente adjudica á cada Convento parte de ella, la de los túrdulos al Cordubense, la de los célticos al Hispalense : estos tocando ó lindantes con la Lusitania, aquellos con la Lusitania y la Tarraconense. No existian, pues, célticos que fuesen del Convento Hispalense en la Serranía de Ronda, porque ni esta confina con la Lusitania, ni se halla situada entre el Bétis y el Ana, que es la region beturiense, segun el propio Naturalista.

Para corroborar nuestra opinion, vamos á exponer algunas observaciones de gran valía. Es una de ellas, la que ha hecho D. A. Fernandez-Guerra y Orbe sobre la formacion de los Obispados de la antigua Bética (1). Al penetrar la luz del Evangelio en nuestro país, se establecieron las sillas apostólicas, siguiendo la circunscripcion de los Conventos jurídicos: pues como estaba prescrito por los primeros cánones de la Iglesia, el órden de las diócesis debia acomodarse á las formas civiles y públicas existentes en el imperio (2); sólo que siendo grandes las necesidades del catolicismo en aquellos tiempos, para atender á su propagacion hubo necesidad de erigir dos, tres ó más Obispados den-

que confinaban con la Lusitania, aseveró Plinio que correspondian al Hispalense, como ya se ha visto.

(1) Hay tanta exactitud en esta observacion del Sr. Fernandez-Guerra, que habiendo sido mayor por su dilatada extension el Convento Hispalense, mayor tambien fué y es la del Arzobispado de Sevilla; y siendo menor el territorio del Convento Gaditano, la silla episcopal Asidonense, que despues fue trasladada á Cádiz, es la que ahora comprende menos extension de territorio. El Convento de *Hispalis* por la parte marítima, comprendia desde la desembocadura del Ana hasta el Guadalete, y hoy acaece que el Puerto de Santa María, colocado á la banda occidental de este rio, pertenece ya al Arzobispado de Sevilla, cuando está á pocas horas de Cádiz, asiento de la silla Gaditana. Si atendemos á su límite septentrional, el Arzobispado Hispalense comprendia, segun el repartimiento de San Fernando y el de D. Alonso el Sábio, no sólo parte de Extremadura, sino tambien de Portugal. ¡Coincidencia notable! Diéronle por jurisdiccion *Moura (Arucci nova)* y la sierra de *Aroche (Arucci)*, es decir, todo el territorio de la Beturia Céltica lindante con el Guadiana, que era precisamente, segun Plinio, lo que correspondia al Convento Hispalense.

(2) «*Si qua civitas, ab imperatoria auctoritate innovata est, vel deinceps innovata fuerit, civiles et publicas formas ecclesiasticarum quoque parochiarum ordo consequatur.*»(*Concil. Chalcedon.*, can. 17.)

tro de cada Convento. Aprovecháronse para ello (segun el Sr. Fernandez-Guerra) las capitanías, en que estos se hallaban subdivididos. Del Astigitano se formaron, el que llevaba este antiguo nombre, el *Egabrense*, el *Iliberritano*, y el de *Málaca*. En el segundo Concilio Hispalense, que se celebró el año 619, consta por el primer cánon, que Theodulpho, Obispo de Málaga, presentó reclamacion, afirmando que su diócesis habia sido mermada en las guerras anteriores reteniendo parte de ella las iglesias de *Ástigi*, *Eliberri* y *Egabro* (1): lo cual prueba que los términos de estos Obispados limitrofes se confundian, y las hostilidades y trastornos de aquella época ocasionaban las usurpaciones contra las cuales reclamó Theodulpho en el Concilio. El Obispado de *Málaca* no podia confinar por otra parte con el Astigitano, más que por Ronda y su comarca, así como por Archidona y la suya debia lindar con el de *Egabro* (hoy Cabra), y por tierras de Torrox y Sedella con el Eliberritano. Ronda, pues, con su territorio era aledaño de los Obispados de *Ástigi* y *Málaca*; y habiéndose formado ambos del Convento Astigitano, la comarca de Ronda debia corresponder en lo antiguo á este mismo Convento.

La *Itacion*, atribuida á Wamba («breve apuntamiento de persona curiosa, hecho en el siglo VII, y despues aumentado, adobado y refundido en el XI por el fabulador Obispo de Oviedo, D. Pelayo», como dice el erudito arriba citado), viene á robustecer estas observaciones. Segun se lee en esta antigua division de Obispados, la iglesia de *Elepla*, que corria su término por encima del Obispado Asidonense, llegando hasta *Cortésan* (que debe ser Córtes el viejo, cerca de la villa de Córtes en la Serranía de Ronda), confinaba por este lado con la de *Málaca*, que se extendia desde *Data* (límite asimismo por esta parte del Obispado Eleplense) hasta *Malexcam*, cerrando con la costa del Mediterráneo. La iglesia de *Eliberri*, que lindaba con la de *Málaca* por Oriente, llegaba, segun la citada *Itacion*, hasta *Sedille*, que es Sedella, cerca de Torrox: y el Obispado Astigitano, que partia términos por el Norte, alcanzaba hasta *Rauca*, al Occidente de Ronda. Por consiguiente, conforme á la referida *Itacion*, Ronda y su comarca estaban comprendidas dentro del territorio del antiguo Convento Astigitano, de que se formaron los Obispados de *Ástigi* y *Málaca*.

(1) «*Prima actione Theodulphi Malacitanae Antistitis Ecclesiae ad nos oblata precatio est asserentis, antiquam ejusdem urbis parochiam, militaris quondam hostilitatis discrimine fuisse decisam, et ex parte aliqua ab Ecclesiis Astigitanae, Eliberitanae, atque Egabrensis urbium esse retentam.*»(*Concil. Hispal.* II, can. 1.)

Lo mismo aconteció precisamente, bajo la dominacion de los árabes, en la division de *coras* ó regiones, que estos hicieron de nuestra Bética. La titulada *Crónica del moro Rasis* (aún cuando no se conozca el original, y lo que hoy poseamos contenga interpolaciones del traductor, fáciles de conocer), siendo indudable que Ar-Razi la escribió en el siglo x, merece crédito como documento de la edad media. Despues de señalar los términos que separaban la cora de *Raya*, de la de Écija, añade el escritor, que mereció entre los suyos el sobrenombre de *At-tariji*, ó «el cronista»: «Et en el término de *Ézija* ha villas et castillos et montanuas, de las quales es la una la montanya que va á par de *Teairva* (1). Et en esta montanya ha villas et castillos tan fuertes que non ha cosa en el mundo á que teman, de los quales es el uno *Ronda*» (2). Resulta, pues, comprobado que durante la dominacion sarracena, Ronda y su comarca pertenecieron á la *cora de Ézija*, que vale tanto como decir, que era del antiguo territorio astigitano.

Llegamos, por último, al período de la restauracion, en que, al propio tiempo que nuestros progenitores conquistaban plazas á fuerza de armas, se levantaban las sillas apostólicas sobre el territorio de los antiguos Obispados, en cuanto lo permitian las circunstancias. Écija ya habia perdido el esplendor que antes tuviera en tiempo de los romanos, y aún de los godos, y pasó á formar parte del Arzobispado de Sevilla en la época de San Fernando. Las ciudades que en siglos posteriores se fuéron arrancando al poder de la morisma, fuéron agregándose á la silla Hispalense, que llegó hasta Antequera, conquistada por D. Fernando de Aragon; pero tan luego como fuéron tomadas Ronda y Málaga, y se volvió á establecer en esta última la silla episcopal Malacitana, Ronda y su comarca formaron parte del Obispado de Málaga, sin que nunca Ronda haya correspondido al Arzobispado de Sevilla, y consecuentemente á cuanto queda expuesto, tampoco al Convento de *Hispalis*

Fijados ya los límites ó aledaños del Convento Astigitano, pasemos á

(1) El códice de Morales dice que «*Caja* yaze sobre el rio Guadigenil, y que el término de *Caja* (ha) muchas villas y muchos castillos et montañas, en las cuales la una es que ha apar de *Caja*»: donde se ve que escribe *Caja* por Ézija en el lugar en que el códice Toledano pone *Teairva*, de modo que puede conjeturarse que en uno y otro deba leerse *Ézija*, como indica oportunamente en sus notas el Señor Gayangos; pues con efecto de los montes de Ronda, puede decirse que van á par, ó están fronteros á *Écija*.

(2) *Crón. de Rasis* publicada en el tomo VIII de las *Memor. de la Acad. de la Hist.*

examinar debidamente el texto en que el geógrafo naturalista trata por primera vez de Munda (1). Han sido tantas las versiones ó interpretaciones que se han dado á este pasaje, que el simple relato de ellas, por más ligeramente que se haga, parecerá largo á los que no pretendan el esclarecimiento absoluto de la cuestion que debatimos. En la version, que de la *Historia* toda de Cayo Plinio el anciano, hizo en lengua italiana el intérprete Cristóbal Landino, natural de Florencia, y que fué impresa en Venecia, sobre membranas en fólio mayor, año 1476, se traduce de este modo el lugar antes citado: «El resto delle colonie diquesto conuento sono exempte. *Tucci* decta *Augusta gemella : Itucci* decta *virtu de Iulio : Attubi* decta *clarita di Iulio : Ursone* decto *genua deglurbani*. Trale quali fu Monda presa insieme colfigluolo de Pompeo.» El doctor Francisco Hernandez, médico del invictísimo Rey D. Felipe II, en su traslacion castellana de la misma *Historia Natural*, vierte asi el lugar de que se trata, al fól. 241 vuelto: «De esta Chancillería son las Colonias libres, conviene á saber : *Tucci* que tiene por sobrenombre *Augusta Gemella, Itucci* ó *Virtus Iulia, Áttubi* ó *Claridad Julia*, y *Urso* ó *genua urbanorum*, y entre estas Munda que fué conquistada con los hijos de Pompeio» (2). El licenciado Gerónimo de Huerta en su version, tambien castellana, de la obra del Naturalista, cuyo primer tomo se imprimió en Madrid, en 1624, pág. 118, anduvo casi acorde con la interpretacion de Hernandez hasta el final del referido pasaje, en el que tradujo de este otro modo: «entre las quales fué presa Munda con el hijo de Pompeio». D. Macario Fariña en sus *Antigüedades de Ronda* MSS., cap. X, quiere verter el pasaje Pliniano en esta forma : «entre las cuales estuvo Munda, la

(1) «*Hujus conventus sunt reliquae coloniae immunes. Tucci, quae cognominatur Augusta Gemella. Itucci, quae Virtus Iulia; Áttubi, quae Claritas Iulia; Urso, quae Genua Urbanorum; inter quae fuit Munda cum Pompeii filio capta.*» De las frases que componen el último miembro de este periodo, de las cuales debemos ahora tratar más especialmente, habiendolo ya hecho de las anteriores en su lugar oportuno, aparecen en los códices y antiguas ediciones las variantes que pasamos á indicar: En el códice Snakenburgiano, en las ediciones de Parma de 1480 y 81, en la de Venecia de 1498, y en algunas otras de los incunables, se encuentra la leccion *Nunda* en vez de *Munda*. Los códices Ricardiano, Leidense y Toledano escriben *Pompeio* en lugar de *Pompeii*; y los mismos códices con el Parisiense, núm. 6797, *rapta* en vez de *capta*, por lo que se halla esta modificacion aceptada en la reciente edicion de J. Sillig, para la cual se han colacionado todos los MSS. y ediciones existentes de la obra del Naturalista.

(2) MS. letra L., núm. 22, Bibliot. Nac.

que fué rendida y ganada cuando César venció á los hijos de Pompeio» : interpretacion muy semejante á la que le da Rui Bamba en sus *Notas á Strabon*, traduciendo : «entre las cuales estuvo Munda, que fué tomada con el hijo de Pompeio» (1). Esta última es exactamente la version que han hecho en su idioma los traductores franceses de la edicion Pankoue. Cortés y Lopez en su *Diccionario*, al traducir los capítulos de Plinio relativos á España, ha expresado de este modo el lugar que se debate : «y en medio de estas dos (*Áttubi* y *Urso*) fué rendida Munda juntamente con el hijo de Pompeio» (2). En la reciente traduccion de Mr. E. Littré, que forma parte de la Coleccion Nisard, se vierten de esta manera las últimas palabras del Naturalista : «Au nombre de ces colonies était jadis Munda, prise avec le fils de Pompée» (3). Otros escritores, sin hacer una verdadera traduccion de las palabras de Plinio, les han dado, sin embargo, distintas inteligencias. El arcediano de Ronda, D. Lorenzo de Padilla, en su libro de la *Geografía de España* (MS. de la Biblioteca de la Academia de la Historia) en el capítulo sobre lo que escribió Strabon acerca de esta en su tercero libro, supone que «la ciudad de Munda se perdió y fué destruida en las guerras que pasaron en tiempo de Neron en la Bética, segun parece por Plinio ser ya en su tiempo destruida esta ciudad»; y en la segunda parte de la misma *Geografía de España*, que versa sobre lo que Plinio escribió de ella, da más directa inteligencia al texto del Naturalista, expresando que este nombra la colonia llamada *Áttubi*, y luego pone á *Urso*, «entre las quales, dice, que fué edificada Munda».

El licenciado Juan Fernandez Franco, en su libro *Antorcha de la Antigüedad*, cap. VI, en que trata de las *Antigüedades de Estepa*, transcribiendo íntegro el lugar de Plinio, entiende sólo que este pone en el Convento de Écija á *Tucci*, *Itucci*, *Áttubi* y *Urso*, y luego á Munda cautiva con el hijo de Pompeio. El jesuita Harduino en las notas á su edicion Pliniana, publicada por primera vez en Paris, 1685, sobre las frases *fuit Munda*, de que se vale el Historiador Naturalista, escribe : *Hac familiari forma loquendi fuit, excisum deletumque aevo suo oppidum, cui hanc praefigit voculam, innuit* (4). Cellario, aunque parece entender

(1) MS. de la Real Acad. de la Hist. Paris, 1848, tomo I, página 155.

(2) Cort. y Lop. *Dic. Geog.*, tom. I, página 169.

(3) Plin. *Hist. Nat.*, Collect. Nisard.

(4) Hard. *in* Plin. *Hist. Nat.*, tom. I, pagina 259, not. 5

el verbo *fuit*, como de situacion, confiesa que esto de hallarse colocada Munda entre *Áttubi* y *Urso*, *laxo situ capiendum* (1). El P. Florez dice á este mismo propósito en su *España Sagrada* que: «el verbo *fuit* denota haberse ya acabado aquella colonia, y la expresion *inter quae* no debe entenderse de suerte que la situacion de Munda estuviese entre las ciudades mencionadas..............., sino de modo que apele sobre el concepto de colonias inmunes, entre las cuales se habia contado Munda en otro tiempo, y no cuando escribia Plinio» (2). Perez Bayer, en su tan citada *Carta*, expone: «*inter quae* (dice Plinio) *fuit Munda*, cuya expresion muestra que en tiempo de Plinio ya no existia». Ortiz en su *Disertacion* MS., despues de hacerse cargo de las graves dificultades, que ofrece la traduccion del último período de que se trata, tiene por la interpretacion menos absurda la de referir el verbo *fuit* al participio *capta*, queriendo Plinio significar que Munda fué sitiada y tomada por César, vencido el hijo de Pompeio.

Del relato que llevamos hecho de las distintas versiones ó interpretaciones del período que finaliza el pasaje de Plinio, transcrito anteriormente, aparece que son tres las diversas inteligencias que se le han dado: unos han traducido dichas últimas palabras, «entre las cuales (las ciudades ya mencionadas) Munda fué presa ó tomada juntamente con el hijo de Pompeio»; otros, «entre las cuales estuvo ó existió Munda, la que fué tomada con el hijo de Pompeio»; y otros, finalmente, «entre las cuales (colonias) se contó Munda la tomada con el hijo de Pompeio».

La primera de estas versiones parece hacer sólo referencia al hecho histórico de la toma de Munda, durante la guerra entre César y los hijos de Pompeio, en cuyo caso el Naturalista hubo de tener en cuenta la circunstancia que fué comun á Munda, con las ciudades antes enumeradas, de haber sido conquistadas ó arrebatadas al bando pompeiano, pues, como queda probado en la parte histórica de este trabajo, lo fuéron, *Áttubi* antes, y *Urso* despues de tomada Munda, y en Tucci ó en *Itucci*, segun se ha visto al examinar el texto del geógrafo griego, tambien fuéron vencidos los hijos de Pompeio. La manera de expresar este concepto, que se entiende usada por Plinio, debe considerarse con razon como poco elegante é inadecuada, y tenerse como impropia, gra-

(1) Cell. *Notitia Orbis antiqui*, tom. I, pág. 75.

(2) Flor. *Esp. Sag.*, tom. X, pág. 73.

maticalmente hablando, entre los puristas. Entonces el texto debiera decir, refiriéndose á las otras ciudades: *inter quorum expugnationes Munda capta fuit;* ó para conformarse á lo menos al conciso lenguaje del Naturalista: *inter quae capta etiam Munda cum Pompeii filio.* Algunos, aceptando la misma traduccion literal que queda expuesta, han querido que su inteligencia sea la de que Munda fué materialmente tomada ó aprehendida, ya entre las dos, ya entre las tres, ó entre las cuatro ciudades, de que antes va hecha mencion: que de todo ello hay intérpretes diversos, segun la situacion que á Munda han pretendido se le suponga. Absurdo es, en verdad, el decir que una ciudad sea tomada materialmente, ó aprehendida con otras, ó entre otras, como pudiera serlo un pequeño objeto entre los dedos de la mano. Pero se dirá, que la accion ó el movimiento de tomar puede tener efecto en un lugar determinado, y esto es lo que Plinio quiso expresar con la preposicion *inter*, señalando el sitio en que Munda fué tomada entre las cuatro colonias que acababan de mencionarse. Cuando se trata de un objeto movible ó semoviente, natural es fijar el lugar en que ha sido cogido ó tomado: por lo que aquella seria buena explicacion, si se hablase de sólo el hijo de Pompeio, del cual pudo muy bien decirse que fué alcanzado y preso entre *Tucci*, *Itucci*, *Áttubi* y *Urso;* aunque ni estas ciudades estaban tan próximas, que fueran términos oportunos para señalar el lugar de su captura, que podia especificarse mejor de cualquiera otro modo, ni vendria conforme en este caso el texto de Plinio con los de Strabon, Hircio, Floro y Appiano, que hacen extraña á las cercanías de aquellas ciudades la prision de Cneo Pompeio. Pero tratándose de la toma de una ciudad, es impropio señalar el lugar donde aquella aconteciera, pues que no podia ser otro que el que tuviese la ciudad misma. La preposicion *inter*, de consiguiente, no puede indicar situacion en este caso, porque se la une al verbo *capio*, que manifiesta accion ó movimiento; y para adoptarla en la dicha acepcion debiera referirse sólo á un tiempo del verbo *sum*, considerado como sustantivo, con el cual si expresaria existencia ó localizacion.

Más lógicos son, por consiguiente, los que buscando la fijacion del lugar que ocupó Munda, en el pasaje de Plinio, han supuesto que el Naturalista escribió *fuit*, para denotar que aquella ciudad habia antes existido situada entre las que acaba de relatar. Esta idea de que Munda habia sido destruida, y ya no subsistia en la época de Plinio, es bien antigua entre nuestros escritores.

Florian de Ocampo (aparte de lo que queda indicado de D. Lorenzo de Padilla), en la *Corónica general de España* que aquel escribia, reseñando la batalla que Neyo Scipion trabó con el ejército cartaginés cerca de la ciudad de Munda, trae á cuento los sucesos posteriores de la guerra pompeiana, suponiendo ser la misma la ciudad á que se refieren, y añadiendo de seguida: «Pero de lo tal más adelante hablarémos en los diez y nueve libros desta primera parte, quando se trataren las guerras españolas del emperador Julio César, y la destruicion desta ciudad hecha con tanta fiereza, que despues acá nunca tornó jamás en su ser» (1).

Sin embargo, la voz *fuit* jamás debió entenderse de ese modo. Hircio, que no olvida referir cómo los cesarianos quemaron á *Ucubi*, y los pompeianos á *Cárruca*, hubiera señalado la destruccion de Munda, ciudad la más importante en aquella memorable campaña. Algunos años despues de la rota mundense, Strabon escribia de ella como existente, que era una de las ciudades dignas de mencionarse entre las de la Turdetania, y que distaba, διέχει, de Carteia cierto número de estadios, segun antes queda expuesto. Asi no puede decirse que Munda habia sido destruida por aquella época, aunque entonces no gozase ya de la consideracion de ser en cierto modo metrópoli. ¿Pero qué más? Del mismo Plinio, de cuyo texto ha nacido la duda, aparece que en su tiempo existia Munda. Hablando de varias clases de mármoles, en el lib. XXXVI, cap. XVIII de su *Historia Natural*, dice se encuentran piedras palmadas á las cercanías de aquella ciudad, y esta es precisamente la otra vez en que de ella hace mencion. Mal hubiera designado el Naturalista el lugar de tales piedras escribiendo *circa Mundam*, si de esta ciudad no quedaba otra cosa que la memoria histórica: además, en el dicho de que las piedras se encontraban *circa Mundam*, va envuelta la aseveracion de que *Munda* existia entonces. Si Plinio, pues, escribió *fuit* en esta parte, no pudo ser para indicar de aquella ciudad, ni la existencia, ni la situacion, para cuyos casos hubiera escrito *est*; pues que de presente existia y situaba, y el tiempo pasado sólo podia convenir á una circunstancia, que á *Munda* fué antes peculiar, ó comun con las demás poblaciones de que acaba de hacer referencia. La frase *inter quae*, entre las cuatro ciudades últimamente nombradas, demuestra que aquella circunstancia fué comun á todas

(1) Ocamp. *Crón. Gen. de Esp.*, lib. 5. cap. 33.

ellas, pues la preposicion *inter* no sólo se toma como de lugar, sino con no menor frecuencia como de número y de tiempo.

De ello resulta que siendo de colonias de lo que va hablando el Naturalista en el primer miembro del período ya transcrito, y esa circunstancia la comun á las ciudades anteriores, las cuales no sitúa aquel, pues que en tal caso hubiera escrito: *In hoc conventu sunt*, en este convento *están;* y no: «*Hujus conventus sunt*», de este convento *son*, ó á él pertenecen; del mismo modo pudo seguir diciendo: «*inter quae fuit Munda*», en el número de dichas colonias lo fué Munda antes de ahora. La relacion entre el verbo *sunt* y el *fuit* de la segunda parte del mismo período es tan inmediata, que sólo se diferencian en el tiempo, siendo presente en el un caso y pasado en el otro; y por consiguiente, si en aquel significa la voz *sunt*, *son*, y no *están* ó *se hallan*, en este la voz *fuit* ha de tener la propia significacion *fué*, y no se *halló* ó *estuvo*. Cuando Plinio va dando cuenta de estas colonias, emplea el relativo *quae*, al mencionar las ciudades: «*Tucci quae cognominatur Augusta Gemella, Itucci quae Virtus Iulia, Áttubi quae Claritas Iulia, Urso quae Genua Urbanorum.*» En esta última, si no hiciera referencia á la voz colonia, debiera escribirse *qui* y no *quae*, porque *Urso*, por su terminacion, es de los exceptuados de la regla comun, que á todo nombre de ciudad se le sobreentiende *civitas* ó *urbs;* pero aquí se van nombrando como colonias, y para todas ellas se emplea el mismo relativo. Despues añade el Historiador Naturalista: «*inter quae fuit Munda*». Florez y los que adoptan la interpretacion ya dicha, sostienen que: «la expresion *inter quae* apela sobre el concepto de colonias, entre las quales se habia contado Munda en otro tiempo, y no cuando escribia Plinio». Faltábales probar que el relativo *quae* apelase sobre colonias, y por esta razon Ortiz arguye que no parece debiera decir *inter quae*, sino *inter quas*, á no sobreentenderse *oppida*, *municipia*, ó *loca* (1). Esta última voz no es la más propia en tales circunstancias, ni la de *municipia* puede suplirse, porque las ciudades acabadas de mencionar no son municipios sino colonias. Resta solamente la voz *oppida*, que pudiera concertarse con el relativo *quae*, de que se trata. Pero en este caso no debia ser el *capta* terminacion femenina del participio regido de Munda, porque á esta se le habria de sobreentender *oppidum*, como al *inter quae*, *oppida;* y de consiguiente á aquella estaria unido necesariamente *captum*, y no *ca-*

(1) Ort. *Disert. MS. acerca del paraje de la célebre Munda.*

pta. De lo contrario habria de resultar que en un mismo período á unas poblaciones se les daba el género femenino, luego el neutro, y por último se volvia á aceptar aquel, vicio gramatical que no tiene ejemplo. Podria presumirse que la voz *quae* estuviese representada antes por la sola letra inicial *q*. bien con una raya suscrita ó sobrepuesta, lo cual se nota casi generalmente en los MSS. y ediciones primeras, de donde los copistas ó editores posteriores, llevados acaso de la repeticion continuada de la misma terminacion, hubieran interpretado *quae* en vez de *quas*. Esto, sin embargo, no pasa de una simple conjetura, puesto que no conocemos códice ó edicion que autorice la leccion *quas*. Pero ni aún es preciso recurrir á ella, toda vez que el relativo *quae* en terminacion neutra del plural puede referirse á los antecedentes que sean femeninos, como colonias; porque no es extraño en la lengua latina usar de neutro, cuando la relacion se hace á varias cosas en conjunto, en vez del femenino ó masculino que á las mismas corresponda. De ello se encuentran ejemplos á cada paso en los autores clásicos, singularmente cuando no pertenecen al siglo de oro de la literatura romana, como sucede á Plinio, y pueden citarse entre otros los siguientes. En Salustio: «*Ex summa laetitia atque lascivia, quae diuturna quies pepererat, repente omnis tristitia invasit*» (1): y en el mismo escritor: «*Nox, atque praeda castrorum, hostiis, quominus victoria uterentur, remorata sunt*» (2).

Pero más determinada se encuentra esta concordancia en el verso 4 del *psalmo* VIII, en el tom. II de la *Biblia*, conocida con el título de *Vetus Itálica*, que se imprimió en Paris, 1751, *ex typographia regia*. En el citado pasaje, tres son las versiones latinas que presenta la obra indicada: una, que denomina *Vulgata hodierna*, del texto griego de los LXX, otra hecha por San Gerónimo sobre el original hebreo, y la última que llama el editor *Versio antiqua*, tambien *secundum* LXX.

En la primera se dice:

Lunam et stellas, quae tu fundasti.

En la segunda:

Lunam et stellas, quae fundasti.

En la tercera:

Lunam et stellas, quas tu fundasti.

(1) Sal. *Catilin.*, pág. 39, edicion Ibarra de 1772, dicha del infante D. Gabriel.

(2) Sal. *Bellum Iugurt.*, pág. 164, edicion cit.

Es decir, que sólo la version antigua usa el relativo femenino, concertando con *Luna* y con *Stellae*, y la version moderna, lo mismo que San Gerónimo, concuerda estos antecedentes con el plural neutro *quae*, que es un caso de todo punto igual al citado de Plinio el anciano.

Resta probar que Munda pudo y aún debió ser colonia antes de la época de Plinio. Que hubo colonias, las cuales dejaron de serlo por el tiempo de la guerra pompeiana, es circunstancia que pone fuera de toda duda el texto del historiógrafo del *Bello Hispaniense*, cuando dice hablando de las legiones de que constaba el ejército de Pompeio: «*una facta ex Coloniis quae fuerunt in his regionibus*» (1). Donde se percibe claramente que habia en la Ulterior ciudades con la consideracion de colonias, durante aquella guerra, de modo que de sus habitadores se alistaban legiones romanas; y que dichas colonias ya habian dejado de serlo al tiempo en que Hircio escribia su libro, cuando emplea la frase *quae fuerunt* al hablar de ellas. Que Munda se hallase comprendida entre aquellas ciudades á las que avinieron estas circunstancias, parece deducirse del texto del geógrafo griego, que antes hemos examinado, cuando dice: que Munda habia sido en algun modo considerada metrópoli de la region que va describiendo; siendo notable la semejanza con que Plinio escribió *inter quae fuit*, hablando de Munda, con referencia á las colonias anteriores, á la manera que Strabon τρόπον δέ τινα μητρόπολις κατέστη τοῦ τόπου τούτου, lo cual hace del mismo modo referencia á un tiempo ya pasado (2).

Por lo demás, bien corriente debe ser el admitir que Munda habia trocado su antigua condicion civil para el siglo de Vespasiano, segun la inteligencia dada al texto de Plinio. El cambiar una colonia su carácter político en el de otra especie no es una cosa extraña y nueva, pues entre los tratadistas de *Re municipali*, es muy conocido el pasaje de Aulo Gelio, en que escribe cómo el emperador Adriano en una oracion al Senado habla admirándose de que los del municipio italicense, de los cuales él mismo traia orígen, y algunos otros antiguos

(1) Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 7.

(2) Para aclarar este concepto, seria preciso examinar con algun detenimiento lo que puede significar el titulo de *Metrópoli*, agregado al nombre de algunas antiguas poblaciones. Siendo esto, sin embargo, una cuestion puramente de jurisprudencia clásica, se encuentra por lo tanto fuera del verdadero objeto de nuestra obra; asi es que remitimos á los amantes de aquella ciencia á el contenido de una *Carta* del Doctor M. R. de Berlanga, dirigida al marqués de Morante, que verá pronto la luz pública.

municipios, entre los que nombra el de los uticenses, gestionasen para ser mudados en colonias: y refiere además que los prenestinos rogaron con grande instancia á Tiberio ser convertidos de colonia, que antes eran, al estado de municipio (1).

Otro insigne ejemplo de mutaciones de esta especie nos ofrece la ciudad de *Málaca*, que siendo comprendida expresamente por Plinio en la clase de las federadas, á la época de Domiciano ya habia abandonado esta calidad por la de municipio, segun que notoriamente consta del bronce descubierto en sus arrabales, y publicado por vez primera, con un crítico comentario, por el Doctor Berlanga en dicha ciudad, año 1853.

Atendidas todas estas circunstancias, parécenos la interpretacion más cierta y genuina del texto de Plinio que se ha examinado, la de que relata á Munda entre las colonias del Convento Astigitano, por haberlo sido en época anterior á la suya: de modo que por sus palabras no puede deducirse otra cosa, respecto á la situacion de dicha ciudad, sino que debia hallarse precisamente dentro de los términos ó aledaños del Convento indicado; y con ciertas probabilidades, mirando al órden en que menciona estas colonias el Naturalista, puede suponerse que sigue el de su situacion respectiva del Septentrion á Mediodia; y así nombra primero á *Tucci*, hoy Martos; despues á *Itucci* ó Castro del Rio; en seguida á *Áttubi*, ó sea Espejo; luego á *Urso*, que es Osuna; y por último, á Munda, que seria por consiguiente la más meridional de todas ellas.

(1) A. Gel. *Noct Attic.*, lib. 16, cap. 13, §§ 4 y 5.

CAPITULO III.

PTOLOMEO Y DEMÁS TEXTOS GEOGRÁFICOS.

El geógrafo mayor, cuyo texto nos resta examinar, es Claudio Ptolomeo. Nacido en el Egipto, habitó mucho tiempo en la gran ciudad de Alexandria, donde compuso varias de sus obras. Escribió su *Cosmografia* bajo el imperio de Marco Aurelio el Filósofo, hácia el año 139 de la era de Nuestro Divino Redentor, segun unos, ó hácia el año 150, segun Pinkerton.

Como esta *Cosmografia* pretende ser una descripcion tan universal de la tierra, que en ella se enumeren los pueblos todos que tuviesen cierta importancia, parece propio hiciese mencion de una ciudad tan célebre como Munda. Pero es lo cierto que este nombre, escrito al menos en idéntica forma, no resulta sino del rio Munda de la Lusitania, en la obra del cosmógrafo Alexandrino. Por ello Casaubon, en sus notas al texto Straboniano, opinó que manifiestamente debia leerse Μούνδα, donde Ptolomeo escribe Δητούνδα ó Βητούνδα, ciudad que aquel numera entre las mediterráneas, que *sobre* los bástulos que ocupan la costa del mar interno, habitaban los túrdulos en direccion á la Tarraconense. Bercio, en la edicion Elzeviriana de Claudio Ptolomeo, al márgen de Δητούνδα, escribe *Munda Straboni*. Rui Bamba en sus *Notas MSS. á Strabon* parece adherirse á este dictámen, cuando escribe: «Ptolomeo en las ciudades mediterráneas de los *túrdulos* sitúa á *Detunda* en 8°40', 37°25'. Algunos con Casaubon quieren que sea esta Munda, y á la verdad que llevan mucha más razon que aquellos otros que piensan que la *Arunda* de Ptolomeo es la *Munda* de los otros geógrafos, pues por de contado la graduacion de Ptolomeo favorece á los

primeros, y la posicion de *Detunda* en este autor corresponde con la *Munda* de Strabon y Plinio» (1).

Como quiera que estas no son más que conjeturas, no hacemos aquí otra cosa que dejarlas indicadas, para que no aparezca omitida la referencia de un escritor tan importante como Ptolomeo, al examinar los textos geográficos antiguos con relacion á Munda.

Tampoco se encuentra el nombre de esta ciudad en la obra de Pomponio Mela, anterior á la del cosmógrafo Alejandrino y aún á la de Plinio: pero teniendo en cuenta que aquel no describe especialmente más que los límites ó términos de cada pais, y del interior sólo menciona las ciudades principales, no es tan extraño dejase de nombrar á Munda, contentándose con citar á *Hispalis*, *Córduba* y *Ástigi*, como las más esclarecidas en la Bética; donde se ve que hizo sólo referencia de las que eran cabezas de los Conventos jurídicos, establecidos en aquella. En el *Itinerario*, atribuido á Antonino, no se señala á Munda como principio, tránsito ni término de ninguna de las vias demarcadas en este documento, último entre los geográficos que nos restan de la época romana; y de su silencio sólo puede inferirse que la ciudad en cuestion debia estar fuera del paso de aquellas vias, y tal vez á la entrada de algun territorio ó comarca enteramente montañosa, por donde no era fácil atravesasen los grandes caminos, á no ser por cerca de la marina, como ha acaecido en todos tiempos con la Serranía de Ronda.

En la *Itacion* mal llamada de Wamba aparece como término del Obispado Urcitano una Munda, de la cual ya hemos hecho mencion, y que no puede ser la Pompeiana, por corresponder á otra region distinta completamente de la de esta.

El anónimo de Rávena (2) relatando las ciudades de España, pone tras de *Toletum*, *Lebura* y *Augustabria* á *Lomundo*, que algunos pretenden se deba entender Munda; pero en tal caso no era posible suponer que fuese sino la Celtibérica por su inmediacion á Toledo y los demás pueblos, de que va hablando el mismo escritor. El Sr. D. Serafin Estébanez Calderon ha creido tambien hallar el nombre de Munda en el texto árabe del *Bayan Almogreb* publicado por Mr. Dozy (3), donde se

(1) R. Bam., *Not. al Strab.* MSS. en la Bibliot. de la Acad. de la Hist., lib. 3, párrafo 6.

(2) Rav. *Geog.*, lib. 4, cap. 42.

(3) Leiden, 1858 á 59.

dice que: «en el mismo año (1) fué conquistada *Almundat* en la frontera de Córdoba y de la comarca de *Raya*» (ó en la jurisdiccion de Córdoba por donde confina con la provincia de *Raya*) (2). No juzgamos que esta referencia pueda aplicarse á la moderna villa de Monda, á pesar de que en el citado texto se haga inmediata relacion de que en el propio año se edificó el castillo de *Castro Dzacuan*, hoy Coin, como antes hemos indicado; y esta sucesion en el relato de ambos hechos parezca inducirnos á sospechar hubiese entre los lugares, de que se trata seguidamente, la proximidad que existe entre las villas de Coin y Monda. Esta se llamaba entre los árabes como ahora, y no demuestran los restos de su antigua fortaleza que pueda remontarse su existencia ni aún á la época que dejamos apuntada. Pero lo que de manera ninguna conviene á la expresada villa, es la circunstancia de hallarse en la frontera de Córdoba y de la comarca de *Raya*, ó en la jurisdiccion de aquella por donde confinase con esta provincia. Si alguna alusion se quiere buscar en el texto del *Bayan Almogreb*, al nombre de Munda, es preciso hacerlo al de la *Gran Monda*, ó *Monda la Vieja*, pues que al paraje de Ronda la Vieja es al que mejor cuadra la indicada situacion; toda vez que Ronda y sus montañas al Norte eran el extremo meridional de la cora de Écija, segun hemos observado por la *Crónica del Moro Rasis*, la cual dice que parte el término de *Raya* con el de Écija, «et Éciza yace entre Septentrion et Meridien de *Raya*, et el Occidente de Córdoba»; de modo que la jurisdiccion de esta ciudad debia comprender la cora de Écija, para confinar con la provincia de *Raya*, siendo por tanto Ronda y su comarca septentrional la frontera única que podia mediar entre esta y aquella.

En la obra de *Ebnul Jathib*, que contiene las biografías de los personajes célebres del reino Granadino, y de que Casiri publicó varias *excerptas*, traduciendo el título de aquella por el de *Granatensis Encyclica*, se refiere que: «Abdallah Ben Iahya, Ben Abd Suleiman Abul-Cásim, conocido por Ebn Arrabi, natural de Córdoba, Philólogo y Jurisconsulto no inferior á ningun otro en su tiempo, habia sido gobernador de *Munda*, Ronda, Málaga y Granada, donde fué el primero que estableció una Academia Koranítica, y que murió el dia primero del mes de *Scheval*, año de la Hégira 666». Considerando la poca antigüedad

(1) El 308 de la Egira, que corresponde al 920 de la Era Cristiana.

(2) *Bayan Almogreb*, parte 2, pág. 189, ed. cit.

de esta fecha, que corresponde al año 1268 de la Era Cristiana, entendemos que la *Munda* aquí expresada por el biógrafo árabe juntamente con Ronda y Málaga, debe ser la moderna villa de Monda, que en la época de que se trata, tenia ya que estar trasladada de la antigua ó *vieja* á su actual asiento; sin que nada obste á ello el que Casiri escriba en la traduccion *Munda*, en vez de Monda, en este pasaje, pues para leer *Monda* ó *Munda* no hay más que atenerse ó no á la diversa pronunciacion que los árabes andaluces daban á las vocales.

Desde el mismo siglo XII ya la gloriosa espada del Rey San Fernando arrancó al poder de la morisma las principales ciudades de la Andalucía, como Jaen, Córdoba y Sevilla, y casi todos los pueblos que forman hoy las provincias de estos anteriores reinos. Siendo de notar que, si hubiera existido tradicion del sitio de Munda, en el territorio de Córdoba, Jaen ó Sevilla, debió ser entonces conocida. En la primera correria de S. Fernando, para entrar en el territorio de la antigua Bética, suena ya el nombre del castillo de Biboras; y Alcaudete, Baena, Priego, Monturque y Montilla, fuéron sucesivamente ensanchando los límites de la Monarquía castellana.

A principios del siglo XV, el infante D. Fernando, el de Antequera, con la toma de esta ciudad, y antes con las de Zahara, Cañete y Torre-Alháquime, desmembró el reino moro de Granada, por la parte que hoy es provincia de Málaga. Habíase retirado pesarosamente de la villa de Setenil, de la que no pudo apoderarse; y á poco tiempo el Rey D. Juan II por escritura otorgada en Madrigal, á 2 de Setiembre de 1430 (cuyo privilegio original hemos visto en el archivo de la casa de Medinaceli en esta córte), trocó con D. Diego de Rivera la villa del Viso, que este poseia, por las de Cañete la Real y Torre-Alháquime.

Por los años de 1430 á 1440 rompió Rivera la frontera que los moros mantenian, batallando hasta que, llegado á Álora, murió en su asalto, sucediéndole su hijo Per Afan con el título de Adelantado mayor de Andalucía. Entre las propiedades, que heredadas de unos en otros, en el término de la villa de Torre-Alháquime, como pertenecientes al señorío de la misma, han venido poseyéndose por sus sucesores los señores duques de Medinaceli, se encuentran treinta y ocho caballerías de tierra, una de las cuales es la que lleva el nombre de *Munda*, sin que haya noticia del tiempo ni del motivo porqué le fuera impuesto. En la actualidad, forma parte del cortijo llamado del Paredon, compues-

to de 430 fanegas, situadas en el partido de las Vegas, lindando por la cabezada con tierras de los propios de la expresada villa, por el pié y un costado con otras tambien del duque de Medinaceli, y por el opuesto con las de otros particulares, segun resulta del estado de fincas dado por el administrador de aquel, D. Mariano Garcia Tejera, á 15 de Abril de 1857, y que obra en las oficinas de contaduría de la casa de Medinaceli; comprobándose asimismo el nombre de la caballería de tierra antes mencionada, por la escritura de arrendamiento celebrada en 1848, de cuyo testimonio, expedido en debida forma, puede verse copia en el Apéndice núm. IV, documento núm. 7.

No es verosimil, por más que así lo crean algunas de las personas instruidas que habitan en los pueblos inmediatos de Olvera, Setenil y Torre-Alháquime, que en el mismo sitio que hoy ocupa la referida caballería de tierra existiese el solar de la antigua Munda; pues ni convienen de ningun modo la situacion y demás circunstancias de esta con las de aquella, ni se registran en tal paraje ruinas, ni otros vestigios que tengan el menor carácter romano, habiendo nosotros reconocido los restos de edificios notoriamente árabes, únicos que aparecen sobre el terreno de que se trata; ni puede ser tampoco razon suficiente para asegurar la existencia de una poblacion ibérica, el hallazgo de algunas monedas de oro encontradas en el llano de Torre-Alháquime, y cuya remota antigüedad se nos asegura por sus poseedores.

Algunos de los nombres de las otras caballerías de tierra, que completan el número de treinta y ocho, como son los de Troya y Baldovinos, están indicando, que si su origen puede remontarse á la época de la reconquista, fuéron hijos de las ideas y recuerdos propios de las historias más en boga por aquel tiempo. Y para nuestro concepto el de *Munda* conservado en los llanos de Torre-Alháquime, no tiene otro fundamento que la tradicion de que en estos se dió la última batalla entre César y los hijos de Pompeio, á la vista de las grandes ruinas fronterizas que se han llamado de *Monda la Vieja*, ó la *Gran Monda*, y *Ronda la Vieja*, tradicion que hoy se mantiene arraigada en los vecinos de los pueblos inmediatos, y que los conquistadores de Setenil y Ronda hallaron entre los cristianos cautivos (1), cuando las vence-

(1) «Llaman á *Acinipo* Ronda la Vieja, »porque juzgaron era todo Ronda, ó más »bien la célebre Munda, donde vencieron »los cesarianos á los pompeianos: contar»rilla que los conquistadores de Setenil »y Ronda hallaron entre los xrisptianos »cautivos, pues la célebre Munda caia en »otra parte.» (Medina Conde. *Diccionario*

doras armas de los Reyes Católicos lograron la toma de ambas poblaciones á fines del siglo xv (Setiembre de 1484).

Geográfico MS. *del Obispado de Malaga*: voz *Acinipo*.) Este escritor cuyo testimonio pudiera parecer sospechoso, si hubiera seguido otro dictámen, es una prueba irrecusable del hecho que afirma, puesto que para el Ronda la Vieja era *Acinipo* y Monda *Munda*, como extensamente se propuso probar en la *Disertacion* todavia inédita que dejó escrita sobre este último punto.

LIBRO SEGUNDO.

INSCRIPCIONES Y MEDALLAS.

CAPITULO I.

INSCRIPCIONES DE LOS TOROS DE GUISANDO.

Como uno de aquellos engendros que produjo el raro empeño, habido dentro y fuera de España, en prestar antiquísima celebridad á todos los pueblos y lugares, desde que comenzó la época del renacimiento, debemos considerar los afamados letreros de los llamados Toros de Guisando, ó sean las informes moles que se hallan junto á las ruinas del monasterio y al pié de la sierra del mismo nombre, entre Cebreros y Cadalso, poco más de media legua al Norte de esta poblacion, en el partido judicial de San Martin de Valdeiglesias, dentro del término de Castilla la Vieja, que confina por esta parte con la Nueva (1).

(1) Aún antes de ser generalmente conocidas, formaban parte las citadas inscripciones de los siguientes códices extranjeros, de que debemos noticia al Dr. Emilio Hübner. En el códice Vaticano 6009 se hallan al número 160, con la cita de Metello y Tavera, y en el 6037 á los números 80, 81, 82 y 83. En el códice llamado *Reginense* por haber pertenecido á la Reina Cristina de Suecia, núm. 949, tambien de la Biblioteca Vaticana, está á la pág. 72 la inscripcion que principia BELLVM CAESARIS, etc., y es la única de las de Guisando que interesa á nuestro objeto, por cita del médico, al parecer de Talavera, Damiano Roderico, que asegura haberla visto.

Dió ya noticia de estos epígrafes el tambien supuesto coronista de la célebre Reina Católica, Pedro de Medina, en su *Libro de las grandezas y cosas memorables de España* (1). Despues, transcribiólos Pedro Anton Beuther en su *Primera parte de la Corónica general de toda España* (2). Ambrosio de Morales, aún cuando bien dudoso de la legitimidad de tales letreros, y observando que es mucho de espantar lo que dice uno de los Toros de Guisando, de que allí se acabase la guerra entre César y los hijos de Pompeio, puso en su *Corónica* lo que afirmaban que aquel tenia escrito (3), copiando á continuacion las no menos falsas inscripciones de Cáparra, alusivas á personajes y sucesos inventados con referencia á esta guerra, é indicando ser de aquellas de Ciriaco Anconitano.

El licenciado Juan Fernandez Franco halló tambien dificultades en admitir lo que expresaban los letreros de los famosos Toros; sin embargo de decir, hablando de ellos en su *Memorial de antigüedades* (4): «Diómelos el doctor Sepúlveda, y los vido y leyó con atencion». Pero es lo cierto, que á pesar de esta aseguranza, y de la de otros muchos que, dan á entender la realidad de tales inscripciones (5), aún cuando no

(1) Ped. de Med. *Libro de las Grand. de Esp.*, cap. 80, fól. 88 vuelto.

(2) Ped. Ant. Beut. *Corón. Gen. de Esp.*, lib. I, cap. 23.

(3) Amb. de Mor. *Corón.*, lib. 8, capitulo 48.

(4) Franc. *Mem. de Ant.*, MS. de la Real Acad. de la Historia.

(5) El célebre Nicolás Antonio no se desdeñó de reproducirlas en su *Censura de Historias Fabulosas*, y no atreviéndose á calificarlas de apócrifas, más bien se inclinó á creer que aquellos toros fuéron trasladados del Andalucia al sitio que hoy ocupan, por Aben-Juza, ú otro príncipe moro, en la destruccion de España, en tiempo de D. Rodrigo. «Yo hallé (escribe el referido Nicolás Antonio) entre los papeles y libros del Mariscal de Alcalá, un manuscrito de inscripciones romanas y de algunos pueblos de Andalucia, recogidas por un hombre curioso y entendido en antigüedades, dedicado al Señor que entonces era de la villa de Lucena, en tiempo del Emperador don Cárlos, que es cuando parece que se escribió. Allí pone las destos cinco toros, y dice que Aben-Juza................ viniendo por Tarifa y de allí por Andalucia, vió esta memoria: y como dicen algunos historiadores por mostrar su grandeza, tomó en carros y en ingenios los toros de piedra, y llevólos con su ejército para memoria hasta que los puso donde hoy se hallan.» (*Censura de Hist. Fab.*, lib. 6, capitulo 3, pág. 309). Esto mismo cuenta el licenciado Franco (á cuyo cuaderno de inscripciones hace aquel relacion), refiriéndose á D. Lorenzo de Padilla, varon docto y cronista, quien le dijo lo habia leido en una Historia. (Franc. MS. antes citado de la Real Acad.) Igual conseja hemos leido tambien en la *Historia MS. de Antequera* por el P. Cabrera. Ponz en su *Viaje de España* asegura haber reconocido los toros; pero por lo que añade de que «con dificultad se lee alguna letra de las antiguas inscripciones» (*Viaje de España*, tom. II, pág. 271), se conoce que no vió ni aún la única que hay, que es la del cuarto toro. La autoridad de Conca, quien asevera lo mismo que Ponz, en su

aciertan á explicarlas en aquel paraje, ni á fijar la parte en que los indicados simulacros de piedra las tuviesen escritas, jamás han existido aquellas grabadas en ninguno de estos, segun el insigne testimonio que de ello nos ofrece el Sr. D. A. Fernandez-Guerra, en la segunda de sus *Cartas á un amigo sobre las antiguallas de Cadalso de los Vidrios, Guisando y Escalona* (1), sino solamente la inscripcion que hay entallada en el costado derecho del cuarto toro, con buril muy profundo, y que dicho señor ha leido de esta manera:

LONGINVS
PRISCO·CALA
ETIO·PATRI·F·C

La que hace relacion á nuestro propósito se traslada de este modo en los MSS. de Franco.

BELLVM·CAESARIS·ET PATRIAE·EX
MAGNA·PARTE·CONFECTVM·EST
SEX·ET·CN·MAG·POMPEI·FILIIS
HIC·IN·AGRO·BASSETANORVM
PROFLIGATIS

Ahora nos proponemos probar en qué época se escribió, por qué se supuso entre Cadalso y Cebreros, diócesis de Ávila, y quién pudo ser el autor de tal letrero. Observa el licenciado Franco, y con harto fundamento, cómo es que se pone en la inscripcion primero á Sexto, sien-

Descrizione Odepórica della Spagna, tomo II, pág. 171, nada añade á la del viajero español, porque aquel no vino á España, como lo hace presumir el fastuoso título de su obra, la cual remitió al mismo Ponz, para que la examinase; y asi es que hasta copia sus propias palabras en este pasaje el escritor italiano. El abate Masdeu demostró en este punto bien poca crítica, pues no sólo tiene por verdaderas tales inscripciones, sino que pretende satisfacer la dificultad que algunos escritores habian propuesto de que cinco toros de semejantes proporciones fuesen llevados á tantas leguas de distancia. (*Historia Crítica*, tom. IV, pág. 532.)

El distinguido historiador de las provincias granadinas, despues de hablar de la famosa inscripcion, concluye diciendo: «Asi creemos que los toros de Guisando son una antigualla de origen desconocido y de forma enigmática». (Lafuente Alcántara *Hist. de Gran.*, tom. I, pág. 124, nota 1.)

(1) Está publicada en el *Semanario Pintoresco Español*, núm. 39, correspondiente al 25 de Setiembre de 1853.

do mayor Cneo (1). Consiste esto en que los escritores de los siglos medios tomaron un hermano por otro, y hasta atribuyeron á Cneo lo que pasó con Sexto, y al contrario (2). Y aún puede asegurarse que esta confusion se originó entonces de la depravacion de los manuscritos de Paulo Orosio (3). Todo lo cual justifica concluyentemente que la inscripcion no es de tiempo de romanos, sino de época mucho más moderna. La segunda prueba es la otra dificultad que indica el mismo Franco, cómo pudieron ser allí vencidos, *in agro Bassetanorum*, los hijos de Pompeio, cuando los campos de Ávila no podian ser de los bastitanos, sino de los vettones ó de los carpetanos. Así es la verdad; pero nótese mucho que en la antigua copia de Sepúlveda, que sin duda ha de ser la misma que trae aquel en su *Demarcacion de la Bética*, se lee *Bassetanorum* y no *Bastitanorum*, como debiera ser si la inscripcion fuera de la época romana. *Bassetanorum* se decia en la edad media, y hasta Xylandre puso en su version latina de Strabon *Basistanorum*, en vez de *Bastitanorum*. Finalmente, el adverbio *hic*, que se emplea en la inscripcion, justifica á todas luces que esta es apócrifa. Por pocos conocimientos que se tengan en epigrafía, se comprende que el que escribió *hic* estableció una opinion, demostrada si se quiere para su autor; pero que no se grabaron en los toros aquellos letreros en los antiguos tiempos, cuando se sabia fijamente el sitio de Munda: bastaba levantar el monumento con la inscripcion en el lugar de la batalla, para perpetuar su memoria.

¿Pero por qué se supondrian allí, junto al monasterio de Guisando, y se tuvieron por grabados aquellos enigmáticos letreros? Este monasterio se halla enclavado en la diócesis de Ávila. La moderna Ávila cor-

(1) Franco. *Demarcacion de la Bética Antigua*, pág. 204.

(2) Asi es que, el Arzobispo D. Rodrigo escribe: «*et Sextus filius Pompeii major, fuit fugiens interfectus: Cneus cum centeno milite vix evasit.* (*Hist. Rom.*, capitulo 10, *circa finem*.)

(3) En Paulo Orosio, de cuyos MSS. trata el Arzobispo D. Rodrigo, al hablar de los dias que César empleó para venir desde Roma á Sagunto, se hallaba esto tan corrupto, que Fabricio se vió precisado á restituirlo por el libro de R. Etienne, segun nos dice en su nota. «*Haec nos ex Roberti Stephani lib. sic restituimus, cum in aliis libris e duobus fratribus Cn. Pompeius aufugisse: Sextus interfectus contra historiae veritatem legatur.*» (Edit. Havercamp., pág. 425, nota 25). Y como por otros escritores no se ignoraba que el mayor fué muerto y que el menor habia huido, de aquí que el buen Arzobispo, siguiendo la autoridad de los MSS. de P. Orosio, escriba que Sexto era el hijo mayor de Pompeio, y que el autor de la inscripcion ponga antes á Sexto que á Cneo.

responde á la *Óbila*, que Ptolomeo pone en la Lusitania; pero no faltaron escritores que, confundiéndola con la *Ábula* (cuyo nombre cuadraba mejor al de aquella) que el mismo Ptolomeo sitúa en la Bastitania de la España Tarraconense, redujeron esta *Ábula* á la ciudad de Ávila, en tierras de Castilla la Vieja, cuya region se hallaba muchas leguas distante de la antigua Bastitania Tarraconense. Y de aquí, en nuestro dictámen, por qué el autor del letrero, incurriendo en igual confusion, puso *in agro Bassetanorum*, cuando aquellos campos correspondian á los vetones. Hasta aquí parece comprobado parte del error; mas ¿por qué se supone la batalla de Munda en los campos bastitanos? En los siglos medios sonaba el nombre de Munda, punto que era término del obispado de *Urci*, parte de cuyo territorio correspondia á la Bastitania de la Tarraconense. Y así como se confundieron regiones tan distantes, bien pudo el nombre de una Munda bastitana hacer creer á los modernos bastitanenses de Ávila, que en su region se habia dado la célebre batalla. Añádase tambien, que la Munda celtibérica no le caia tan léjos á los de la diócesis de Ávila; pues el cerro ú hoya de Bayona se halla cerca de Toledo, y á esta ciudad se supuso en el siglo XIV que vino César para batallar contra los hijos de Pompeio. En la *Crónica* conocida por *del Moro Rasis*, trátase toda esta parte de la historia de una manera tan desfigurada, que da el nombre de Junares al padre de los Pompeios, y se cita con frecuencia á Toledo, hablando de las guerras de Julio César en España, cuando nada se sabe de que hubiera estado en aquella ciudad, bien insignificante por cierto en tiempo de los romanos (1).

Muchos, siguiendo el parecer de D. Antonio Agustin, reputan esta inscripcion parto de Ciriaco Anconitano, que vivió en el siglo XV (2). Pero hoy los modernos eruditos alemanes vindican su memoria, argu-

(1) La copia de esta *Crónica*, que existe hoy en la Santa Iglesia de Toledo, es del año 1400; pero aunque la del moro Rasis sea mucho más antigua, lo que toca de ella á la Historia de los Romanos es sin duda interpolacion y adicion del traductor portugués Gil Perez, ó quien quiera que sea, el cual debió hacer su version á principios del siglo XIV. El ilustrado orientalista D. Pascual de Gayangos en su *Memoria sobre el moro Rasis*, (inserta en el tom. VIII de las de la Academia de la Historia), se inclina á este dictámen.

(2) Asi lo ascvera aquel eminente Arzobispo: *Hinc taurorum in Bastitania adfert titulos: quos tauros vulgo de Guisando appellamus, confictis inscriptionibus* (*Dialog.* XI. *Antiq.*, pág. 163, número 17.), hablando de las inscripciones falsas de Ciriaco de Ancona.

yendo que tales inscripciones fuéron interpoladas entre las de los papeles de Ciriaco por manos extrañas. Hay más todavía; Ciriaco, segun conjeturó el célebre Hagenbuch, no viajó por España, y siendo esto ya una cosa demostrada desde que escribió Tiraboschi su *Historia de la Literatura italiana* (1), parece no debe atribuirse semejante inventiva, sino á alguno de los monjes del monasterio inmediato, para cebar tal vez la curiosidad de los viajeros, y hacer nombrados aquellos montes. Allí existen las cuevas donde se retiraron cuatro ermitaños de los que vinieron de Italia durante la centuria XIV, y se extendieron por todo el reino de Toledo, muerto el senense Fr. Tomás Sucho. Despues levantaron el monasterio de Orden gerónima en aquella misma Sierra de Guisando, erigido en 1375 por Fr. Pedro Fernandez Pecha, con autoridad apostólica. Pór consiguiente, es úna conjetura harto más que probable que uno de estos ermitaños ó monjes, que habian recorrido el reino toledano, poco perito en historia, y lleno de las fábulas de su tiempo, escribió aquellos letreros en algun papel ó pergamino, ó en las tablas de cera que se dicen conservadas en la hospedería del monasterio, con los cuales tanto ha dado que discurrir, lo mismo á sábios eruditos que á simples aficionados á antigualla (2).

(1) Tirab. *Hist. de la Lit. Ital.*, tomo VI, part. 1., pág. 163: Milan, 1824.

(2) Quien desee más pormenores sobre el particular, vea las *Cartas* ya expresadas, que se publicaron en el *Semanario Pintoresco Español* en Setiembre y Octubre de 1853.

CAPITULO II.

INSCRIPCION PUBLICADA POR AMBROSIO DE MORALES.

Ambrosio de Morales, en su *Corónica general de España*, dió á la estampa la siguiente inscripcion, de la cual dice: «está á la puerta de la iglesia en Monda, cabe Málaga, que, como se ha dicho, es la antigua Munda» (1):

IVL·NEMESIVS NOMENT· VI
CE·M·AVRELII IMP· SACRA
BAETICAM GVBERNANS
PRAETORIVM IN VRBE MVN
DA QVO PATRES ET POPV
LVS OB REMP· RITE AD
MINISTRANDAM CONVE
NIANT· F· MAND·

Esta parte de la *Corónica* salió á luz en el año 1574, y fué la vez primera que se publicó la citada inscripcion. En 1596 la reprodujo, copiándola del coronista español, el médico Adolfo Occon, en su obra titulada: *Inscriptiones veteres in Hispania repertae* (2). Poco despues

(1) Amb. de Mor. *Corón.*, lib. 9, capítulo 38.

(2) En la dedicatoria dice: *Habes tandem, illustris et generose Dom. M. Fuggere, inscriptiones romanas per Hispaniam magno labore et diligentia hinc inde conquisitas, nonnullas etiam ab amicis, qui earum αὐτόπται fuerunt, liberiter mihi communicatas, plerasque tamen ex doctissimi viri Ambrosii Moralii Hispaniarum Regii Philipi historici libris (quos benefico G. T. tandem sum nactus) ea quae in rebus eius modi requiritur fide, descriptas.* La mayor parte de las inscripciones están tomadas con efecto de Morales, por cuya razon no comprendemos por qué se dice en el titulo: *nunc primum in lucem editae.*

Luis Nuñez, ó *Nonio*, la transcribió en la suya, que lleva el título de *Hispania* (1); pero desde luego se conoce que no tuvo otro fundamento que la autoridad de Morales, á quien cita; y así casi son las mismas palabras del coronista las que en latin pone *Nonio*, al trasladarla en su libro (2). Transcurrieron algunos años, y en 1634 R. Caro copióla en sus *Antigüedades de Sevilla* (3). Corroborando su opinion de que *Munda* era Monda, añade: «Tambien se ve oy dia una muy hermosa y clara inscripcion sobre la puerta de la iglesia parroquial que contiene estas palabras». La expresion, *se ve oy dia*, parece indicar que Rodrigo Caro hubo de inspeccionar por sí mismo la piedra en la villa de Monda; de modo que Morales en el siglo XVI y R. Caro en el XVII, pretenden ser los dos testimonios de su existencia en aquella villa: sin embargo, del primero muchos han dudado hubiese estado en Monda, otros lo niegan abiertamente, y para cualquiera que visite este pequeño pueblo, y lea la descripcion que de sus campos inmediatos hace el coronista, será un punto demostrado que no estuvo en la citada villa.

Caro está bien terminante, y aunque de sus escritos sólo hemos podido adquirir el convencimiento de que llegó hasta la villa de Teba, en la provincia de Málaga, esto no nos autoriza para negar que alguna vez hubiera visitado la villa de Monda y copiado la inscripcion: pero otro escritor, que era precisamente contemporáneo suyo, contradijo entonces su existencia en Monda, y así se lo escribió á R. Caro, cuando se acababa de publicar su *Corographia y Convento jurídico de Sevilla*. Macario Fariña en sus *Antigüedades* MSS. *de la ciudad de Ronda* (4), que es á quien aludimos, se expresa en tales términos que nada más conveniente que copiar sus propias palabras: «Ambrosio de Morales, gran investigador de las antigüedades, conociendo este error, dijo que Ronda la Vieja no habia sido Munda, y cayó en otro tal creyendo que habia sido Monda, un lugar pequeño en la Sierra, entre Ronda y Málaga. Dejóse llevar de la analogía del vocablo, y probó su sentir con la relacion de una piedra, *que algun embustero le envió* diciendo que está sobre la puerta de la iglesia. No vió el lugar, y habló por agena relacion. Á este por su autoridad signió el doctor Rodrigo Caro en el *Comento á Flavio Dextro*, y otros varios doctos.» Y en el capitulo siguiente, continuando la impugnacion de los que redu-

(1) Lud. Non. *Hisp.*, cap. 38.

(2) *Suffragatur vetus inscriptio templi foribus praefixa.* (L. Non. *Hisp.*, cap. 38.)

(3) Rod. Car. *Antig. de Sev.*, lib. 3, cap. 57.

(4) Far. *Antig. de Ron.* MS., cap. 9.

cen la antigua Munda á la actual villa de Monda, añade: «lo primero, en la iglesia de este lugar no hay la piedra que refiere Ambrosio de Morales, ni la ha habido: así lo afirman todos los ancianos; además, que la iglesia se está en la misma forma que se le dió en la primera fábrica, recien conquistada por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, y no tiene señal de haber tenido piedra.....» (1). Como es sabido, Fariña comunicaba con R. Caro sus descubrimientos y observaciones sobre antigüedades, y habiéndole este contestado respecto á la inscripcion de Munda, que rectificaria su juicio acerca de su existencia en la puerta de la iglesia de Monda, porque se habia dejado ir tras de la autoridad de Morales, como se expondrá más adelante, sólo el testimonio del coronista es el que puede presentarse; y como quiera que él no estuvo en Monda, no pudo ver la lápida, teniendo que valerse de relacion agena, segun dice el referido Fariña.

De qué parte debió venirle aquella, no es del todo imposible de averiguar. Años antes de que Morales pensase siquiera en que iba á ser el continuador de la *Corónica de Ocampo*, se hallaba ya un traslado del mismo epígrafe comprendido en una coleccion existente en Roma, que poseia el médico francés Juan Metello, y hoy se contiene en el códice Vaticano 6039. Del mismo modo aparece la citada inscripcion en el

(1) Fray Bernardo Brito, que pasó por Monda despues de estar publicada la *Corónica* de Morales, á quien cita en su *Monarchia Lusitana*, á pesar de que se propuso con esta visita explorar el sitio de la antigua Munda, ni aún indica la existencia de tal inscripcion en la puerta de la iglesia, que como sitio tan público no podia ser ignorado. Pocos años transcurrieron desde la publicacion de Morales hasta el viaje de Brito, que hubo de pasar por Monda antes de terminar el siglo XVI, pues su *Monarchia Lusitana*, se dió á la estampa en 1597. Este silencio confirma implícitamente la negativa de Fariña, que escribia á mediados del siglo XVII. Tampoco Vicente Espinel, que era contemporáneo de Morales y de Brito, y que sin duda, ó debió estar en Monda, ó tener por lo menos conocimientos más exactos de aquella villa, no da noticia de tal piedra en la puerta de la iglesia. En el último tercio del XVIII visitaron á Monda Perez Bayer y Francisco Carter, y ni uno ni otro hallaron rastro ni memoria de la citada inscripcion. Por último á mediados del presente siglo hicimos una prolija investigacion, durante nuestra permanencia en aquella villa, para averiguar lo que hubiese. La iglesia parroquial tiene tres puertas y en ninguna, ni encima ni á los lados, se encuentra la citada lápida romana. Al principio creimos existia la señal de haber estado colocada en la parte superior de la puerta principal; pero se nos informó por el señor cura que era el hueco de una ventana, que él mismo habia mandado tapiar. A la entrada del pueblo por el camino de Málaga, existe una ermita que sólo data de principios del presente siglo, y estas son las únicas iglesias de la villa.

códice tambien Vaticano 6037 (1). Conocido es de todos el gran comercio literario que medió en el siglo XVI entre nuestros escritores pátrios y los que moraban en Roma, y no es menos sabida la permanencia en esta ciudad de muchos de los mismos españoles. Entre otros ejemplos merece citarse en este caso el del célebre doctor Juan Ginés de Sepúlveda, que anduvo veinte y dos años por Italia (segun nos asegura D. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova*), llegando á Roma precisamente en la época á que nos estamos refiriendo. No parece, por lo tanto, sino muy verosímil, que este fuese quien comunicase á Ambrosio de Morales la inscripcion de que tratamos, así como habia dado á Franco los letreros de Guisando; puesto que el traslado de aquella se hallaba tan repetido, y era tan corriente entre los aficionados á antigüedades, habitadores de su verdadero centro en la ciudad Eterna.

Cuál pueda ser bajo este concepto el valor que debamos dar á la inscripcion, no puede ser muy dudoso para los que tienen noticia de las innumerables que se inventaron entonces, así con respecto á España como á las demás naciones, principalmente por los diestros falsificadores italianos, amaestrados en la escuela práctica del estudio de la antigüedad romana, que brotaba de nuevo en su nativo suelo á cada paso del renacimionto (2).

El traslado del mismo epígrafe que nos ofrece Occon, es visto que lo tomó del publicado por Morales, aún cuando no hace la misma designacion de lugar que este, sino sólo dice: *Mundae*, como los códices Vaticanos; y el mérito que pudiera darle el haberlo incluido en su coleccion, resulta ser demérito, y grande, pues de aquella, á pesar de ser pequeña, rechazó ya Grutero como fingidas cerca de quinientas inscripciones; y aún mucho mayor es el número de las espúreas que aparecen en la obra de Occon, si añadimos las que Grutero tuvo por verdaderas, comprendiéndolas en su *Thesoro*, segun advierte Hagenbuch

(1) Se encuentra en el primero de estos códices al núm. 225, y en el segundo (que no es otra cosa que una mala repeticion de aquel) al número 156 de la numeracion que hoy se les ha dado. Hállase tambien, con notables variantes, en las *Schedas Ambrosianas*, entre los papeles de Acursio.

(2) Un Pirro Ligorio habia atestado la Biblioteca de Turin, la Vaticana, la Barberina, la Farnesiana, la Ottoboniana, y las de muchos Príncipes y señores italianos, con 120 tomos en fólio imperial, rellenos de pinturas y diseños, de inscripciones y medallas, la mayor parte apócrifas, compuestas de retazos de las muchas que habia visto y copiado durante su larga vida y profesion de pintor, de arquitecto, y si se quiere de anticuario.

en sus *Notas* al Orelli. El mismo Grutero copia la inscripcion de Julio Nemesio en su *Thesoro*, pág. 168, núm. 4, tomándola de las *Schedas* de Andrés Schotto, en las cuales se encuentran los epígrafes de España mezclados los verdaderos con los falsos; y de esta última clase son generalmente los que resultan en la coleccion Gruteriana, como afirma el propio Hagenbuch en las *Notas* citadas (1).

Averiguada ya la procedencia extranjera y probablemente espúrea de la inscripcion Mundense que nos ocupa, pasemos á ver si el exámen crítico que hagamos de ella puede vindicar ó no su legitimidad. Los nombres de Julio Nemesio Nomentano son más propios del bajo imperio, que no del tiempo á que la inscripcion hace referencia. El título de *Vice-Sacra* corresponde á una época bastante posterior, y nunca se encuentra dividido, como lo está en aquella por el nombre del emperador. Cierto es que la adulacion del Senado llegó hasta á dar el título de *Sacras* á las ocupaciones de Tiberio, aunque este obligó á mudar las palabras, «*et pro auctore suasorem, pro sacris laboriosas dicere coegit*», como escribe Suetonio en la *Vida* de aquel (2); y segun Tácito, *divinas* es como hubieron de intentar que aquellas se llamasen (3), teniendo así principio los nombres de *Sacra domus*, *Sacrae largitiones*, *Sacra Scrinia*, *Sacer comitatus*, etc., que á cada paso ocurren en los códices Justinianeos y en el Theodosiano. Pero no se hubo de aplicar este título de *Sacra*, que indicaba por sí sólo la persona del emperador, á los que le representaban ó hacian sus veces, formándose de aquí el de *Vice-Sacra*, sino en tiempos muy posteriores; y no hay ejemplo de que aparezca en inscripciones, que puedan llegar cuando más á la época de Cómmodo (4).

No haciendo relacion nunca el título de *Sacra*, más que á la persona del emperador, no debiera el de IMP*erator* estar pospuesto al nombre

(1) Es observacion de los Sres. Mommsen, Henzen y Hübner que todos los colectores, cuyas *Schedas* sirvieron para las publicaciones posteriores, tuvieron á la vista generalmente los mismos manuscritos, que andaban anónimos ó con el nombre sólo del posesor, ó colector anterior, en manos de cuantos mostraban aficion á estos estudios: de modo que era bastante que en uno de ellos se introdujese uno ó más títulos falsos, para que corriesen luego juntos con los otros hasta hallarse en todas las colecciones, que entonces se formaban de buena fe y con escasa crítica.

(2) Suet. *in Tib.*, cap. 27.

(3) Tac. *Annal.*, lib. 2. cap. 87.

(4) La que trae Grutero, pág. 273, número 5, que se refiere á Trajano César, á ser legítima, debe corresponder á Q. Trajano Décio, como ya observára Gudio en el *Thesoro de Muratori*; sin que sean suficientes las razones que alega en contra Finestres (*Sylloge inscript.*, pág. 36), que-

de M. Aurelio, pues debe significar el sumo imperio propiamente dicho, ó sea el poder supremo fuera de Roma: y en este sentido se anteponia siempre, habiéndolo usado todos como prenombre, desde que en tal concepto fué otorgado á César (1). El mismo título pospuesto entre los demás que servian para halagar la vanidad de los Augustos, ó expresar las dignidades que obtenian, indicaba el número de sus triunfos, que no es seguramente lo que en la inscripcion se quiso ni se debió poner, al menos concebido el resto de ella tal como se encuentra. Todavía es más impropio é inadecuado, y aún es verdaderamente exótico el título de ***Gubernans***, que aparece en la inscripcion de que tratamos. Frecuentísima es la mencion que se hace en otras (que pertenecen, sin embargo, á los tiempos subsiguientes) de los títulos ***Vice Sacra Cognocens*** (2), VEL ***Cognocens Vice Sacra*** (3), VEL ***Vice Sacra Iudex Cognitianum*** (4), VEL ***Iudex Cognitionum Vice Sacra*** (5), VEL ***Vice Sacra Iudicans*** (6); pero la fórmula de ***Vice Sacra Gubernans*** no ha existido jamás, ni se halla usada sino en la inscripcion que hubo de forjarse para nuestra Munda. Como se ha visto, el título de ***Vice Sacra*** fué más aplicable á los cargos judiciales que á los gubernativos, si los equivalentes á los que hoy asi llamamos, pudieran designarse con este nombre, como la inscripcion tambien supone (7). Gobernar es propiamente regir, ó dirigir la nave, tomado del verbo griego κυβερνάω, y en sentido traslaticio es como se usa por administrar en general, regir ó mandar; de modo que la inteligencia que se le atribuye en la inscripcion cuadra mal con la pureza y rigorismo de la epigrafía latina.

Menor dificultad seria para nosotros el que Julio Nemesio gobernase la Bética á nombre de Marco Aurelio, aunque esta provincia fué de

riendo atribuirla á Nerva Trajano; pues si se refiriese á este emperador, seria preciso calificarla de falsa y mentirosa, como la juzga Morcelli. (*De Stilo inscriptionum*, lib. 2, part. 1, cap. 2, § 1, núm. 2.)

(1) Suet. *in Caesarem*, cap. 76.—Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 44.

(2) Gruter, pág. 246, núm. 3.

(3) Orel., núm. 1694.

(4) Gruter, pág. 28, núm. 2.

(5) Orel., núm. 2352.

(6) Gruter, pág. 193, núm. 10; página 361, núm. 1; pág. 1090, núm. 19.—Orelli, nums. 28, 1082, 1124, 1129, 2133, 3160, 3328, 3672, 6472, y 6480.

(7) Tenemos asimismo por falsa la inscripcion que pone Masdeu (*Hist. Crít.* tom. V, pág. 103, núm. 479), en que se dice, que *L. Aelio* fué procónsul de la Bética, OB PROVINCIAM VICE SACRA MAXIM. HERCVLEI. COS. AVG. OPT. ET FORTISS. ADMINIST.; y que Morales copió en su *Corónica* (lib. 10, cap. 39), diciendo no ser muy cierta, y Rodrigo Caro en sus *Antig. de Sev.* al fól. 157, advirtiendo que la traen Grutero y otros; pero que él no la vió, sino ser cierto estuvo en Carmona.

las encomendadas al Senado, cuando Augusto hizo entre este y él la division de todas las del Imperio, segun refieren Dion Casio en su *Historia Romana* (1) y Strabon al final del libro III de su *Geografía;* pues repetidamente hubo luego mutaciones en el cargo de las provincias. El mismo Dion atestigua que el propio Augusto permutó la Galia Narbonense con la Dalmacia, que despues volvió al emperador, dándose en su lugar al pueblo, Cypro y la Galia Narbonense: otros cambios semejantes resultan de Tácito y de Suetonio (2); y aún precisamente de M. Aurelio nos dice J. Capitolino que trocó esta condicion de las provincias, segun la necesidad de las guerras lo requeria (3).

La voz *Praetorium*, como ella misma está indicando, significa el lugar en que moraba el *Praetor*. Así en los campamentos se llamaba *Pretorio* la tienda del jefe del ejército, porque á este, como á tal, se le daba el nombre de *Praetor*, cualquiera que fuese, sin embargo, el cargo ó magistratura de que se hallase investido. De aquí el que se dijese tambien *Pretorio* la casa del Príncipe, y la junta de los demás jefes militares que se agrupasen en torno del emperador, considerado como cabeza principal del mismo ejército, y por último, el lugar en que se aposentaban las cohortes *pretorianas*, por estar destinadas á la guarda inmediata de su persona. En lo civil se dijo *Pretorio* el lugar en que habitaba el *Praetor*, ó en el que declaraba el derecho *(jus dicebat);* y llegaron á llamarse *Pretorios* las casas más elegantes y adornadas construidas en los campos, ó las pequeñas villas ó caserios en que fuera todo de recreo, ó aquella parte de la poblacion más culta y eminente, que se distinguia, sobresaliendo ó resaltando entre las demás. Pero en el sentido recto y natural de la expresion, y en el que es preciso darle tratándose de actos oficiales y solemnes, no es lógico ni conforme al rigorismo romano, designar con el nombre de *Praetorium* un edificio, que se construyese expresamente para aplicarlo desde luego á un objeto, que no está relacionado con la persona ni el carácter del *Praetor*.

Del mismo modo (aunque en concepto opuesto, y aún dando por corriente, que no lo es, la fórmula *quo patres et populus ob rempublicam*, etc.), no es propio el que se use de la voz *administrandam;* pues que la reunion de las diversas clases en que se dividian los colonos y munícipes, á la manera que los ciudadanos en Roma, podia formar un

(1) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 53, cap. 12.

(2) Tac. *Annal.*, lib. 1, cap. 76.—Suet. *in Claud.*, cap. 25.

(3) J. Capit. *in M. Aurel.*, cap. 22. (INTER *Scrip. Hist. Aug.*)

cuerpo consultivo, ó deliberativo si se quiere, como se diria hablando á la moderna, pero no administrativo; porque el administrar era propio únicamente de los magistrados, segun el cargo ú oficio en que cada cual se hallaba constituido (1).

Por último, hasta la fórmula final que ofrece la inscripcion de Munda, es en este lugar completamente extraña al estilo epigráfico, que tantas y tan variadas nos las presenta, sin embargo, en los casos semejantes; pero sin faltar nunca á la propiedad de las voces, sin separarse en lo más mínimo de su directa y genuina significacion, y teniendo siempre en cuenta la calidad y circunstancias de las personas, del lugar, del objeto y de los demás accidentes que hagan relacion al contexto del epígrafe. El *mandare* no es lo mismo que el *praecipere*, ni este lo propio que el *jubere*. El *mandato* no era tan imperioso entre los romanos como lo es entre nosotros; se dirigia á los iguales, y aún los superiores. Mandar era más bien encomendar, encargar, dar á otro la comision de que hiciese lo que el mandante, por su ausencia ú otra causa análoga, no podia desempeñar por sí. El nombre del mandatario debia expresarse entonces, porque este era la persona que ejecutaba la obra, ó quien la disponia, ó la dirigia, y el que una vez terminada la dedicaba; aún cuando siempre advirtiera que lo hacia todo en representacion de otro, y tuviese que consignarlo así en el monumento.

Creemos, pues, por cuanto queda dicho, que sobran motivos para asegurar que la inscripcion de Iulio Nemesio Nomentano, publicada por Morales, fué parto de la inventiva amañada de alguno de los muchos falsificadores de aquellos tiempos, que hacian industria de este género, aunque no fuese más que por adquirirse el renombre de eruditos, archivando entre sus papeles ó comunicando á sus amigos tan podridas mercedes, cuando no les sirviesen para captarse el valimiento de los grandes, y el aprecio y favor aun de los mismos reyes. Que franqueado á nuestro coronista el conocimiento del tal epígrafe, probablemente desde Roma, donde aparece su primer traslado, lo estampó de la mejor fe en su obra, entendiendo hacer con ello un servicio á su patria y á la historia, y que divulgado luego por aquella, y por la coleccion Gruteriana, que lo tomó de fuentes tan impuras como pudieran serlo las que

(1) Recuerda algun tanto la fórmula usada en este caso por el autor de esta inscripcion, la que se supuso en el letrero del quinto de los toros de Guisando, en el cual se queria dijese: L. PORCIO OB PROVINCI. OPTIME ADMINISTRATAM; y aún aquí á la verdad se hallaria usada más razonablemente.

sirvieron á Ambrosio de Morales, ha preocupado á muchos en pro de la opinion de que Munda fuese la actual villa de Monda, á la que aquel aplicó el título de ***Mundae***, que indicaria el lugar de la inscripcion en la copia que de esta hubieran de remitirle, y que él quiso designar más afirmando ser á la puerta de la iglesia, llevado de la propia fantasia con que describió los campos de la expresada villa.

CAPITULO III.

—

INSCRIPCION PUBLICADA POR ADOLFO OCCON.

Adolfo Occon, en su obra antes citada, despues de la inscripcion que tomó de Morales, pone otra bajo este lacónico epígrafe « *Ibidem* »; con lo cual se da á entender que existia tambien en Munda. Hé aquí su contenido :

EGO·T·BATILLVS·MVLTOR·MONT·AGRICOLA
ET·VBERI TERRA DIVES ANNIVERSARIO DEAE CERERI
SACRO·PORCA ILLI MACTAT·BATILLO PATRE MEO
PERP·OBSERVAND· VT·III IDVS·QVINT·VNO QVOQ·AN
REDEVNTE·PORCA·IMOL·ET·PVBL·COLLEG·EIVS DEAE
EPVLVM·DET·S·FILIVS·MEVS INTERMIS·CONSTITVTA
A·PRAET·MVND·MVLCTA·PVBL·ILLVM PLECTI

No sabemos si aquel coleccionador de inscripciones comprenderia esta en el número de las que asegura en su prólogo adquirió con gran diligencia y trabajo, ó de las que mereció á la liberalidad de algunos amigos ; pero hallándose el mismo epígrafe en los códices Vaticanos ya mencionados, al núm. 227 en el 6039 y bajo el 158 en el 6037, es de presumir que lo tomase de estos, ó de otras colecciones semejantes de las muchas que corrian MSS. en aquel tiempo, segun dejamos indicado.

El licenciado D. Antonio Baca, Obispo de Segovia (1), compuso una *Historia de España*, que todavía se conserva inédita ; y á su final trae,

(1) Dícese que por los años 1566, lo que otros niegan y con razon, porque desde 1565 hasta 1577 lo fué el célebre D. Diego de Covarrubias. (Véase á Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro Ecco.* tomo I, pág. 579 y siguientes.)

entre varias inscripciones de diversos puntos de España, la de *T. Batitillus* al fól. 145 vuelto bajo el epígrafe *in Munda. Monda*, no siendo al parecer sino traslado de otra (1).

Vazquez Siruela, natural de Alborge, provincia de Málaga, que vivia en el primer tercio del siglo XVII, traslada en su coleccion MS. la citada inscripcion de Munda, bajo el epígrafe «*ibid., en Monda que es la Munda antigua*» (2). Ignoramos de quién tomaria la copia: sólo puede asegurarse que no tuvo presente la coleccion de Occon, puesto que no le cita al enumerar los anticuarios de cuyas obras habia formado la suya (3).

En la primera mitad del siglo pasado, el dominicano fray Antonio Agustin de Milla y Suazo escribia una *Historia eclesiástica y secular de la ciudad de Málaga y su Obispado*, todavía inédita, y en ella insertó la misma inscripcion: si dice que la copió por sí mismo es cosa que no sabemos, porque no hemos podido hallar los MSS. del P. Milla; pero Carter, que cita esta *Historia*, sacó de aquí el traslado que trae en su Viaje, y añade: «que nunca se ha publicado»; lo cual prueba que Milla no expresa que la tomase de Occon, cuya obra *Inscriptiones veteres* se dió á la estampa en 1596, y por consiguiente siglo y medio antes de escribir Milla. D. José Cornide, ignorando sin duda esta circunstancia, al trascribirla en su *Memoria sobre las ruinas de Talavera la Vieja*, cita únicamente al dominicano malagueño por la autoridad de Carter (4). Este curioso viajero inglés visitó la villa de Monda en el último tercio del siglo pasado, y ya no hubo de encontrar tal lápida. P. Bayer, que poco despues de Carter pasó por Monda, no encontró esta piedra, ni memoria de ella. En una *Disertacion* MS. y anónima sobre dicha villa, que se compuso por aquella misma época, se habla de una inscripcion, aunque gastadas sus letras, la cual se hallaba colocada en un edificio que antiguamente sirvió de cárcel de moriscos, se-

(1) Ant. Baca, *Hist. de Esp.*, MS. original E. e, 129, Bibliot. Nacion.

(2) Trigueros, *Antigüedades é inscripciones*. Bibliot. de la Acad. de la Hist. Est. 18, gr. 6, núm. 14.

(3) «*Inscripciones pertenecientes á la* »*mitología de España* estraidas de las »que recogieron Gerónimo Zurita, Flo»rian de Ocampo, Honorato J. de Val». »(Maest. del Sr. D. Cárlos,) licenciado »Martin Velasco, Luis Resende, el P. »Alviniano de Rosas (valenciano); el »bachiller Alonso Franco (cordobés), »y Gerónimo Sepúlveda: tuvo esta el »Doctor D. de Ustarroz de que las copió »en Zaragoza el Doctor Siruela: cuyo »original tiene en Sevilla el Sr. Conde »del Aguila.» (MS. antes citado.)

(4) *Mem. de la Real Acad. de la Hist.* tom. I, pág. 369, not. 1.

gun el citado anónimo (1), y hemos averiguado es hoy la planta baja de uno de los torreones de la Casa Capitular, que da frente á la fachada de la casa que fué del Sr. D. Feliciano Liñan y Miralles.

Con respecto á la autenticidad de este epígrafe no disertarémos largamente, pues su simple lectura basta para convencer de que en él han querido imitarse las antiguas fórmulas del testamento romano, pero con tan mal concierto que no hay necesidad de comentarios que puedan ir demostrando lo absurdo de cada cláusula. Aunque diéramos por cierta la existencia de la inscripcion en la actual Monda, y por legítimo el contexto de ella, nada se probaria en este caso, porque, segun Hurtado de Mendoza, las estátuas y letreros que se trasladaron de Monda la Vieja, se llevaron á Ronda y *otras partes*. Y una de estas pudo ser *Monda*, adonde con el nombre transportarian los moros muchas de sus ruinas, segun la costumbre que ellos tenian para edificar sus nuevas ciudades. Las circunstancias que un escritor moderno quiere hacer valer con esta inscripcion en favor de Monda, porque en sus montes aún se conserva la industria de cebar cerdos, podria alegarse con harto más fundamento por Ronda la Vieja, pues en sus campos y los del inmediato pueblo de Setenil se cria en grande abundancia tal clase de ganado, y constituye una de sus principales riquezas. Pero filatería es esta que no merece mencionarse sériamente, y más cuando se trata de un documento litológico, de fe harto sospechosa para muchos eruditos, y que desde luego debió ser rechazado como apócrifo.

(1) Contestando al canónigo Conde sobre el interrogatorio que este le dirigia, dice acerca de inscripciones antiguas: «y »asi no hay de ellas noticia, pues aunque »pocos años há, se notaba una inscrip»cion de letras mayúsculas castellanas, »intrusa en una pared de casa antigua, »que se dice fué en tiempo de moros cár»cel donde purgaban sus delitos, la cual »ocupaba más de una bara en cuadro, á »manera de lápida, no pudo leerse, aun»que un curioso lo pretendió, por estar »ya las más borradas y las otras deshe»chas.» (Tom. I, del *Suplem. al Dicc. Geog. Malac.* de Conde en el cual incluyó esta *Disertacion anónima*.) Donde se expresa: «una inscripcion de letras mayúsculas *Castellanas»:* Conde anotó *Romanas*. Nos inclinamos á esto mismo, porque á ser letras *góticas* ó *árabes*, el autor de la *Disertacion*, que parece no era muy erudito, no las hubiese calificado de mayúsculas castellanas, que es idéntico carácter al de la letra de las antiguas inscripciones latinas.

CAPITULO IV.

INSCRIPCIONES PUBLICADAS POR FRAY BERNARDO BRITO.

Fray Bernardo Brito, cronista general del reino de Portugal, en la primera parte de su *Monarchia Lusitana* (1) dice: que siguiendo la verdadera relacion de Vasco y de Pineda, y lo que vió con sus ojos dos ó tres veces en el reino de Granada, estuvo la ciudad de Munda á cinco leguas de la de Málaga, muy cerca de las villas de Cohin y Cártama, tan celebrada de nuestro portugués Jorge Montemayor por la hermosa historia de Rodrigo de Narvaez y el moro Abencerrage, donde ahora se ve un pequeño lugar llamado Monda; que con este nombre tan propio se conservan las ruinas de la antigua ciudad de Munda. Y que, llegando él allí una noche con grande lluvia, se alojó en casa de un morisco viejo, que entre otras cosas que le contó de aquel reino de Granada y de sus antigüedades, le mostró dos monedas de plata de Augusto César, y le dijo ser tradicion vulgar, que allí acabaron las reliquias del Gran Pompeio; lo que el moro sólo sabia de oidas, porque no tenia conocimiento del latin, y no sabia mucho de nuestras historias.

Al dia siguiente le dijo que si queria hacer un pequeño rodeo en el camino, é ir con él á una heredad suya, le mostraria cosas maravillosas, y añade: «Eu que do principio de meos annos, fuy sempre inclinado á naon deixar passar vistas semelhantes, acompanhando meu hospede, fuy com elle té hum recosto do monte Tolox, junto do qual esteve a cidade edificada, et no meyo de quatro, ó ú cinco arvores grandes, me mostrou hum arco de pédra lavrada, ja arruinado, et quasi desfeito, em huna pedra do qual estavano hunas letras Romanas aças bem

(1) F. B. Brit. *Monarch. Lusit.*, lib. 4, cap. 17, fól. 368 vuelto.

talhadas, que trasladei em hum livrinho de memorias, et tinha a leitura seguinte: »

D·M·S
Q·HEL·OPTATVS·Q·F·H·S·E·
ET·ORD·MVNDEN·CIVI·BENE
MERENTIS·MEMORIAM·D·D·
IVLIA·HEL·OPT·ET·FIRMICA
HEL·FILIAE·PIENTISS·
FIRMICAE·MATRIS ANN·XXXXVII·
CINERES·SIMVL IVNXIT·
S·S·T·L·

«Quer dizer. Memoria consagrada os Deoses dos defunctos. Aquí está sepultado Quinto Helvio Optato, et os do governo de Munda, dedicarano esta memoria á seu cidadano benemérito, et suas piedosas filhas Julia Helvia Optata, et Firmica Helvia, poserano juntamente neste lugar as cinzas de sua may Firmica, que morreo de quarenta, et sette annos. Seijalhes a terra leve. Outra pédra mais pequenna, et de menos obra tinha o arco, com as letras taon gastadas, que naon pude ler todas as que avia nella : mas porque nas poucas que li achei o nome de Munda, as porei ó menos mal que me for possivel : Diz pois o letreiro deste modo: »

D·//////////
FIR·////////// XXXVII FLAMINIC //////
AVGVST·MVN·MVND·////////// Q·
SIMPHOR·FR ////////// HERES //////////
P·C·
S·T·T·L·

«Quer dizer. Sepultura consagrada á os Deoses do inferno. Quinto Simphoriano irmano, et erdeiro de Firmiea, Flaminca Augustal do Municipio de Munda. trabalhou que se lhe posesse esta memoria. Seijate a terra leve».

Fariña en sus *Antigüedades de Ronda* MSS., anteriormente citadas, despues de contradecir la existeneia de la inscripcion de Morales en la puerta de la iglesia de Monda, rechaza tambien las de Brito, y está por

atribuirlas á inventiva del célebre Cisterciense. Vazquez Siruela en sus *Inscripciones escogidas*, extracta varias de Brito, entre las que se halla la de la *Flaminica Mundense*, diciendo: «en Munda, que es Monda cerca de Málaga» (1). El marqués de Valdeflores cita igualmente estas inscripciones, y se funda en ellas para sostener lo mismo que Brito y Vazquez Siruela, que Munda es Monda; pero es lo cierto que ni Siruela ni Velazquez ni ningun otro escritor más que Brito, vieron ni copiaron por sí semejantes inscripciones; y es extraño en gran manera suponiéndolas existentes, que hubiesen escapado á la diligentísima investigacion de todos nuestros aficionados pátrios, anteriores, coetáneos y posteriores al monje de Portugal, y que este fuese el único que guiado por un morisco (tan ignorantes y poco cuidadosos como estos serian de las cosas romanas, cual lo fuéron los mismos árabes en el período de su mayor ilustracion) viniese á dar en un solo dia y caminando de paso con lo que debió estar á la vista de todos, por hallarse en un campo y á poco desvio del camino cursado. Lo que es por nosotros podemos asegurar que hemos hecho personalmente las más activas diligencias, y registrado todo el terreno que media entre la villa de Monda y de Tolox, y el que comprende la Sierra de este nombre, indagando de los habitantes de pueblos y de campos aún la menor noticia, sin que se haya podido descubrir el más pequeño dato ni memoria, ni el rastro, vestigio ni señal más insignificante que confirmase el relato del cronista lusitano; ni hay siquiera por aquellos contornos un paraje, que sea posible identificar con el recuesto junto al cual asegura estuvo edificada la ciudad, y en el que le mostraron el arco de piedra labrado, ya arruinado y casi deshecho, en cuyas piedras leyera los letreros sepulcrales que copia. A la verdad, nos parece que cuanto refiere desde su llegada á Monda, tiene todo el sabor de un cuento portugués, y que corre parejas con la invencion del *Concilio Primero Bracarense* que dió á luz en el libro VI, cap. II de su *Monarchia;* documento que la crítica rechazó bien pronto como fingido, lanzando sobre Brito la nota de falsario. Puesto que ya la tiene por esta causa, no es mucho que se le acrezca por las inscripciones que publicó de Munda, y si es ó no razonable el hacerlo asi, nos lo dirá el exámen de los varios pormenores que se expresan en aquellas.

(1) En la Bibliot. de la Acad., bajo el título de *Trigueros, Antigüedades é Inscripciones*. Est. 18, gr. 6, núm. 74, fól. 91 vuelto.

Despues de los nombres de Quinto Helvio (ó más bien *Aelio*, como sostienen los modernos epigrafistas, que está escrito en los casos en que antes se ha leido de aquel modo), debiera hallarse el prenombre del padre, *Quinti Filio*, antes del cognombre *Optato*, y no despues de este, para seguir el órden legítimo que en las demás inscripciones se encuentra observado (1). Terminado el concepto con la fórmula *Hic Situs Est*, lo que viene á continuacion es una manifiesta añadidura; tanto que su autor tuvo que cometer nuevo yerro por disimularla, esforzando el sentido con la partícula conjuntiva, opuesta al estilo y forma epigráficos, que consienten mejor repetir los nombres tres y cuatro veces que no unir con aquella los títulos, cargos, honores y grados de la misma persona, y mucho menos los periodos que son enteramente diversos, aunque tambien se refieran á una sola (2).

Mejor hubiera sido que escribiese el monje cisterciense: *Civi optime merito*, que no CIVI BENEMERENTIS*simo*, pues que este superlativo no nos parece compatible con la pureza latina en inscripciones que se han de suponer del siglo de Augusto; y menos lo es el que la voz *memoriam* se usurpe aquí en vez de *monumentum*, pues esto no comenzó á tener lugar hasta la época del bajo imperio, y sólo fué corriente en la edad media (3). De aquí la mala costumbre que se infiltró en nuestros modernos escritores, y de que vemos participaba el mismo Brito, de interpretar las siglas D· M· S, *memoria consagrada á los dioses de los difuntos*. No fué tampoco ordinario, sino entre las personas de calidad y matronas esclarecidas, y aún esto ya bien entrada la época del imperio, el uso de los prenombres (4), ó el llevar tres nombres, como se adscriben á Iulia Helvia Optata; y más naturales serian los de su hermana si estuviesen trocados, antecediendo el de Helvia, recibido de su padre, al de Firmica, que tomaba de su madre. Ni aún construccion gramatical comun hay en las frases, que ni siquiera nos atrevemos á llamar fórmula, de CINERES SIMVL IVNXIT, pues con el adverbio *simul* ha querido hacerse una relacion tan violenta á las cenizas

(1) Morcelli, *De Stilo inscriptionum*, lib. 2, part. 3, cap. 1. *De nomenclatura inscriptionum*, § 1, pág. 236, vol. II. — Orelli. *Inscrip. Lat. Amp. Col.*, cap. 8. *Nominum ratio apud Romanos*, pág. 472, volúmen I. — Gruter. *Thes. Inscrip.*, páginas 506 y 507.

(2) Morc. *De Stil. Inscript.*, lib. 2, parte 3, cap. 6. *De junctura verborum et particulis inscriptionum connexis*.

(3) Car. Dufresne. *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis*.

(4) Borghesi, (APUD FURLANETUM) *Le antiche lápide patavine*, pág. 146. Pádova, 1847.

de Quinto Helvio Optato, que se suponen enterradas tal vez antes en aquel lugar, que no se necesita ser epigrafista para comprender que sólo cuando se comete una falsedad se incurre en semejantes despropósitos. Si entrásemos eu la aplicaciou del derecho municipal, no podriamos alcanzar de qué manera se hiciese la introduccion de las nuevas cenizas en el monumento erigido por el Orden mundense, ni cómo sin la autoridad de este se renovase el titulo, y se diese un nuevo objeto al lugar destinado á un solo cuerpo, y dedicado á la memoria de otra persona.

No contento el monje de Alcobaza con el fingimiento de una inscripcion, en que apareciese el nombre de Munda, tentó fantasear otra que corroborase á la primera, con el tinte y carácter de menos conservada, para adobar mejor el fraude, aunque bastante clara, á fin de que no ocurriese duda acerca de su supuesta inteligencia: y es lo cierto, que asi como él trató de quo se confirmasen mútuamente, en realidad se perjudican y contradicen.

Parece al menos, que la Firmiea á que alude este segundo epígrafe, es la misma cuyas cenizas se dicen en el anterior mezcladas con las de Q. Hel. Optato, por las hijas de este y aquella, segun quiere conjeturarse por la identidad del nombre y la del número de años que alcanzaba á su muerte, pues lo gastado que se indica en la piedra es al justo para suplir la nota AN, y la X que complete hasta XXXXVII.

Aquí es más de notar que pudo serlo en el caso anterior, el que esta Firmica carecia de nombre geutílico, que declarase la familia de que trajese descendencia; pues que afirmándose ser Flaminica de Augusto, no debia carecer de àquella, ni dejar de ser esta bien conocida; porque los que ejercieron semejante clase de sacerdocio fuéron siempre escogidos de entre los primeros de la ciudad, siendo de los nombrados en Roma á su creacion, Tiberio, Druso, Cláudio y Germánico, segun refiere Tácito eu sus *Anales* (1); á diferencia del *Sevirato Augustal*, que fué más bien propio y casi exclusivo de los libertos. Además, Flaminica era la mujer del Flámen, *uxor Flaminis*, al cual se unia con los ritos más solemnes del matrimonio, consagrándose ambos al culto de una divinidad determinada, con cuyo nombre se apellidaban, como explica Varron en su libro IV de *Lingua latina* (2), no pudiendo el

(1) Tac. *Annal.*, lib. 1, cap. 54.

(2) Es el fragmento 84 del lib. 5, con arreglo á la variacion numerica de los libros, introducida por Müller, y

matrimonio del Flámen romperse sino por la muerte, segun resulta de Aulo Gelio (1); así como tambien era ley que la Flamínica fuese *univira*, ó mujer de un solo marido (2). Debe por lo tanto considerarse que asegurándose en el segundo epígrafe de los copiados por Brito, que la Firmica, que aparece como una misma con la de la primera inscripcion, habia sido Flamínica de Augusto en el municipio mundense, tuvo que ser Flámen en este su marido Q. Helvio Optato, cuya circunstancia justo es que se hiciera constar en la dedicacion puesta á aquel por el Orden del mismo municipio, como á ciudadano que lo habia tan grandemente merecido.

De igual manera que esta omision del primero es de extrañar en el segundo epígrafe, que Quinto Simphoriano se encuentre sin nombre de familia, corroborando ser oscuro ó extraño el linaje de su hermana la Flamínica; pues, como ya hemos indicado, la dignidad de Flámen (más que otra ninguna sacerdotal, que pasase á las provincias y á las ciudades de estas) fué de carácter elevado y distinguido, no obteniéndola sino personas de claro orígen, en recuerdo al menos de aquellos requisitos y condiciones con que se creaban por el pueblo en los comicios curiados, y se consagraban en Roma por el Pontífice Máximo.

Y no menor tropiezo ofrece el que se diga heredero el mismo Simphoriano de la Flamínica Firmica, pues que esta por su solemne matrimonio habia roto todos los vínculos de la agnacion, y pasado á la potestad y á la familia de su marido; y este por consiguiente, si vivia á la muerte de su mujer, ó las hijas que se quiere uniesen las cenizas de ambos cónyuges, debieron ser las herederas de su madre, y no el hermano con quien habia perdido legalmente todo enlace civil y por ello el de sucesion (3).

seguida en su edicion y las extranjeras posteriores.

(1) Aul. Gelio. *Not. Attic.*, lib. 10, capítulo 15.

(2) Tertul. *De exhort. ad castitat.*, capítulo 13.

(3) Como muestra de imparcialidad y confirmacion de nuestro dictámen, trasladamos aquí las observaciones que acerca de los dos citados epígrafes se ha servido comunicarnos el Dr. Hübner, algunas de las cuales coinciden exactamente con las que dejamos indicadas.

«En Peñaflor existen las siguientes dos lápidas : la primera en la esquina de las casas capitulares, pero blanqueada y muy maltratada. Indico entre paréntesis lo que ya no se lee; pero de la copia del Morales (*Antig.* fól. 89) que todos los demás editores trasladan, sin haber visto el original (Grutero 855, 1 : Roa, *Écija* fól. 7 vuelto: Caro, *Ant. de Sevilla*, fó-

Mal fraguado vemos que hubo de ser el engaño del cronista de la órden de San Bernardo, cuando dió rienda suelta á su levantada fantasía para ir combinando las fórmulas, que debió recoger de varias ins-

llo 101 vuelto y Cean, pág. 277) se puede restituir con bastante certeza en esta forma:

Q·AELIO·Q·F·OPTATO
AELIA·Q·F·OPTATA
TEST(AMENTO·PONI
IVSSIT·C·APPIVS
SUPERSTES·C·ANNIVS
MONTANVS
H · P · C

La otra existe en la esquina de una muralla junto á la iglesia parroquial, á la izquierda de la entrada principal. Grutero la trae tres veces, poniéndola una vez en Arjona (684, 2) y dos veces en Málaga (413, 10 y 872, 8). Muratori (1.465, 11) la pone justamente en Peñaflor; pero la copia muy mal: Franco la ha copiado mejor. Dice así:

Q·FULVIO·Q·F·LUPO
CALPURNIA·C·F·OP(TA)TA
TESTAMENTO·PONI·(IVSSIT)
C·APPIVS·SUPERST(ES·C·AN)
NIVS·MONTANVS
H · P · C

Este es el origen del Q. *Hel(ius*—nombre que nunca ha existido) *Optatus* del Brito. La de la Firmica se condena principalmente por lo facil de su restitucion:

D *m*
FIR*mica*·*an*·XXXVII·FLAMINIC*a*
AVGVST·MVN·MVND........ Q
SIMPHOR·FR·*et* HERES......
P·C· S·T·T·L

Es indudablemente falsa por las siguientes causas:

1.ª De una flaminica suele indicarse constantemente el gentilicio, nombre del padre, y aún la patria; y no sólo el *cognomen*.

2.ª Este *cognomen* de Firmica es invencion del autor en la lápida del *Helius Optatus*.

3.ª Parece que habia dos clases de *flámines* y *flamínicas* en las colonias y en los municipios: los del Augusto ó de la Augusta, ó de los Augustos ó Augustas, y los del municipio ó de la colonia. Puede ser que la misma persona haya obtenido sucesivamente los dos diferentes *flaminatus (ó flamonia)*, porque eran anuales; pero un *flamen Augusti*, ó una *flaminica Augusti* ó *Augustae mun(icipii) mund(ensis)* es una *contradictio in adiecto*.

4.ª El *Q(uintus) Simphor(us!!, pro Symphorus) fr(ater) et heres* sin gentilicio se condena á sí mismo.

5.ª Y últimamente el *s. t. t. l.* despues del *p(oni) c(uravit)* y con tanto intervalo del nombre y edad de la difunta, no tendrá ejemplo. Lo mismo el *d.m.*, en una lápida más bien *dedicatoria* y *honoraria*, que puramente *sepulcral*.

Analizando del mismo modo la otra lápida, que sueltas las abreviaciones, debe decir:

d. m. s. Q(uintus Hel(ius) Optatus Q(uinti) f(ilius) h(ic) s(itus) e(st), et ord(o) munden(sis) civi bene merentis(simo?) memoriam d(edit) d(edicavit). Julia Hel(ia) Opt(ata) et Firmica Hel(ia) filiae pientiss(imae) Firmicae matris ann(orum) XXXXVII *cineres simul iunxit. Sit (vobis?) t. l.*

resultan todavia más barbaridades. Pero seria efectivamente perder el tiempo, el explicar todas estas tonterias: con sólo lo de *cineres simul iunxit* basta para condenarla; yo no veo ni construccion, ni gramática en ella.»

cripciones en sus viajes por España y por Italia, y prestarles la unidad, que nunca tuvieron sino en su mente, de la cual transcribió al papel lo que fué obra exclusiva de su imaginacion aficionada, como la de otros muchos en aquella época, al descubrimiento de antiguallas que fijasen los lugares y sucesos de importancia.

CAPITULO V.

INSCRIPCION PUBLICADA POR EL PADRE MARTIN DE ROA.

Otro epígrafe, en el que se ha querido hacer cierta referencia á la Munda Pompeiana, es la inscripcion que se supone hallada en una de las torres del alcázar de Écija, si bien teniendo gastados algunos renglones y letras, segun lo que indica el P. Martin de Roa en su obra titulada, *Écija, sus santos, su antigüedad eclesiástica y seglar* (1), en la cual copia la misma inscripcion en esta forma:

....
.....AD·MVNDAM·F·P.....
ASTIGI........COL......SVI·N......
AVG·FIR·.......E·ME·COM........VIT
ET·MVROS·REPAR·

Supliendo lo que en su concepto se descubre que falta, pretende restituirla ó trasladarla de la siguiente manera:

C·IVLIVS·CAESAR·IMP·
VICTO·AD·MVNDAM·F·POMP·
ASTIGITAN·COLON·SVI·NOM·IVL·
AVG·FIR·DE·SE·MER·COMMVNIVIT·
ET·MVROS·REPAR·

Lo absurdo de semejante leccion no hay para qué detenerse á demostrarlo (2), que ya sus dificultades saltaron á la vista del mismo Roa,

(1) M. Roa. *Écij.*, lib. 1, cap. 2.

(2) Medina Conde, que no era escru-

haciéndole advertir que el nombre de Augusto no lo tuvo J. César ni otro alguno antes, sino su sobrino Octaviano; pero trató de responder á este argumento diciendo que la piedra se pondria en tiempo de Augusto ó de otro emperador, con relacion de lo que César habia hecho antes en aquella ciudad.

Aún es más de notar lo que asevera, á propósito del traslado de esta inscripcion, el médico, como él se dice, astigitano, licenciado Andrés Florindo, en la obra que compuso y se titula *Adicion al libro de Écija y sus grandezas* (1). De cuanto se expresa por este otro escritor, es manifiesto que él no vió por sí la piedra, ni sacó de ella la copia de la inscripcion, á pesar de la ambigüedad de sus palabras en este punto; pero sí que tenia en su poder y estudio el mismo traslado originario de Roa, y de él la transcribe puntualmente como está. En vista de aquel, se comprende que Roa no hubo de copiarla de la piedra hallada en el alcázar, que no asegura haber por sí examinado, como lo advierte al poner otras en su obra; porque estando borrada, en el traslado de su letra, la última sílaba del FIRMA, que es MA, y la diccion EMERITA reunida, sin punto que separe la E primera, se conoce bien á las claras que estas correcciones fuéron hechas sobre el papel á fin de que resultando el hueco y separacion bastantes, pudiese leerse DE-SE-MERITAM, en vez de FIRMA-EME*rita*, para contradecir la opinion de que

puloso en aceptar cuanto podia favorecer á su dictámen, escribe tratando de la adicion del citado P. Jesuita: «dejémonos de adivinaciones mal formadas, »que ponen sospechosa la inscripcion.» (*Conversaciones Malag.*, tom. II, página 139.) El Marqués de Valdeflores en sus *Excerptas* MSS. (Archivo de la casa de Valdeflores en Málaga) la traslada de la obra del P. Roa, y se esfuerza por convencer el intento del escritor cordobés, que era afirmar que la colonia *Astigitana, Augusta Firma*, llevó tambien el título de *Iulia*.

(1) »De cuias maiores grandezas i ma»gestad» (de la ciudad de Écija) «tene»mos otro autor peregrino que nos dexo »una piedra (suficiente testigo de toda la »verdad que buscamos, sin ser necesario »buscar los apochriphos:) i es la que el »P. Martin de Roa pinta i declara en el ca»pitulo 2 de su historia, fól. 18. Allí se »puede ver: i para quien no la tuviere, »esta estampa es la misma que está donde »su paternidad la sacó, como io la pinto, »por estar en mi poder y estudio. Estas »son sus letras y puntos.

=ADMVNDAM·F·P·
ASTIGI=COL=SVI=N
AGVS·FIRMA·EME·CON=VIT·
ET MVROS=REPAR·=

»Esta Inscripcion está puntualmente »en el originario de su traslado, i otras »muchas piedras: con advertencia que la »última sylaba del Firma (que es Ma) »está borrada de fresco. Y en la diction »EME*rita*, no está apartada la E con »punto de la ME: sino en una diction y no dos.» (And. Flor. *Adicion al libro de Écija i sus Grandezas*: Lisboa, 1632, fólios 33 vuelto y 34.)

Astigi se llamó tambien EMERITA, que antes habian otros sosteuido. La sola refereucia de Roa (1), cuya crítica no es tan intachable, pues á continuacion precisameute copia eu la misma obra otra inscripcion reconocida como falsa, no es bastante á sostener la que nos ocupa, sieudo su lectura por lo menos bien extraña. Mas aun considerando el epígrafe como cierto, entrará la cuestion sobre la exactitud de su copia, en que se observa tan poco seguro al mismo Roa, que la altera desde el momento de escribirla, y en que se ve no hubo más empeño en los que sucesivameute la tomaron uno de otro, que el de dar ya dos, ya tres dictados ó sobrenombres á la colonia Astigitana. Fuera de esto, como en la misma copia se presentan borrados los renglones y palabras todas que preceden, y son las únicas que pudieran hacer relacion clara y terminante al nombre de Munda, es absolutamente hipotética la forma cualquiera que se admita, en que se intente referir la inscripcion á esta ciudad (2).

Legítima ó supuesta, como más bien lo indican su contexto y antecedentes, á nada puede, por lo tanto, conducir sobre este punto, y el tratar de ella ha sido sólo por hacer mencion de todo lo que parece haber tenido impreso el nombre de la Munda Pompeiana.

(1) En el dia hemos procurado encontrar el alcázar de Écija en una de cuyas torres se supone hallada la piedra en que estuviese la inscripcion, así como adquirir noticias acerca de esta; y no hemos obtenido otro resultado que saber existia el alcázar hácia el picadero; pero que en la actualidad se halla destruido, y convertido el sitio de aquel en patio de una casa, no teniendo nadie el menor conocimiento sobre la existencia de la lápida, ni de cuál hubiese sido su paradero; á pesar de que el Sr. Garay, sujeto aficionado de aquella poblacion, ha hecho grandes diligencias por averiguarlo, para citarla en una obra que está escribiendo, aunque en vista de ello omitirá su mencion, como de cosa no positiva.

(2) Pudiéramos suponer que en ella se enumeraban diversas obras públicas indistintamente ejecutadas á nombre de algun emperador, y que entre estas se expresaban las millas reparadas en un camino que condujese hasta la dicha ciudad. Pero semejante hipótesis, además de obligarnos á desfigurar la copia que creyésemos auténtica, no haria saber otra cosa sino que Munda se hallaba enclavada en el territorio de *Ástigi*, y acaso no debiera caer de esta muy lejana. Ambas circunstancias nos son bien conocidas, ya del texto de Plinio, ya del *Libro de la Guerra de España*, por el proceso de esta y la llevada de los apprestos, despues del asedio de Muuda, á *Urso*, hoy Osuna, tan cercana de Écija, que se divisa esta poblacion á simple vista desde el cerro que domina á aquella.

Sobre este particular es notable el *Apunte* del Sr. D. Juan de Cueto, incluso en carta al Sr. Fernandez-Guerra, que puede verse en el Apéndice núm. IV., documento núm. 6.

CAPITULO VI.

INSCRIPCION PUBLICADA POR VICENTE ESPINEL.

El maestro Vicente Espinel, en su *Vida del Escudero Márcos de Obregon*, nos da cuenta de este lacónico epigrafe:

MVNDA IMPERATORE SABINO

encontrado en las ruinas de Ronda la Vieja, que para aquel eran la antigua Munda. La existencia de un objeto en que se leyese algo semejante, parece que no haya de negarse, porque nada nos induce á sospechar de la buena fe de tan juicioso escritor (1). Si todo hubiese sido inventiva de su fantasía, naturalmente hubiera puesto el nombre de cualquier emperador conocido, y no el extraño de *Sabino;* y esta circunstancia, que hace ver tan á las claras lo extravagante de la supuesta inscripcion, nos confirma en que algun letrero parecido hubo de encontrarse en el cortijo de Ronda la Vieja, cuya heredad en la época de Fariña habia pasado á D. Bernardino de Luzon, descendiente del D. Juan, á que alude el citado autor, y que vivia en tiempo de Espinel.

El referido maestro no era epigrafista, aunque sí humanista famoso, ni él tampoco por si mismo vió la piedra; y asi debemos dudar que la inscripcion estuviera tal como nos la ofrece. El título de *Imperator*, ya preceda ó subsiga á un nombre romano (que en este último caso, como

(1) «Me acuerdo que oi decir á Juan »Luzon, caballero de muy gentil entendimiento y buenas letras, y aun hidalgo, »nieto y hijo de conquistadores, que en »un cortijo suyo que está en el mismo sitio de Munda, arando unos gayanes, hallaron una piedra en que estaban estas »letras: *Munda Imperatore Sabino.*» (*Vida del Escudero Márcos de Obregon*, descanso 20.)

es sabido, tiene ya otra significacion distinta), se representa generalmente por medio de la abreviacion IMP. No habiendo existido ningun emperador llamado *Sabino*, es más que probable que las letras que precedieran á este cognombre fuesen las siglas del nombre y prenombre (1). Desgraciadamente, habiéndose perdido el objeto que contenia aquella inscripcion, hoy nada debe asegurarse para no exponerse á equivocaciones.

(1) Una conjetura pudiera aventurarse, teniendo en cuenta quo á consecuencia de las oxcavaciones practicadas en Ronda la Vieja, el año 1824, á expensas y bajo la direccion do D. Rodrigo Aranda, entro otras antiguallas se hallaron restos de una bajilla de búcaro, que en todas sus piezas tenian esta inscripcion Q·F·SABINVS. *(Dic. Geog. Univ.,* Barcelona, 1833, t. 8, art. *Ronda,* pág. 294.) Acaso este mismo nombre, grabado en otro objeto semejante, construido en la propia fábrica, y que se hubiese hallado anteriormente, fuera ol epigrafe, que malos informes hicieron creer á Espinol, estaba escrito en una piedra, queriendo darle mayor importancia y suponerlo dedicacion á algun emperador.

CAPITULO VII.

—

INSCRIPCION PUBLICADA POR GORIO Y MURATORI.

Una de las pruebas que con mayor esfuerzo se ha alegado en favor de que la antigua *Munda* tuvo su asiento en la moderna *Monda*, es la inscripcion del emperador Adriano, en que aparece que este reconstruyó el camino entre Munda y *Cártima*, despues de haber perdonado cierta suma á las provincias. No correspondiendo á la Munda Pompeiana, parecia deberse omitir su referencia; pero puesto que sobre la aplicacion de ella á esta ú otra Munda se ha debatido hasta en nuestros dias, oportuno será exponer brevemente cuanto á la misma concierne, aunque ya este punto se halle fuera de discusion entre los eruditos.

El que hubo de ver la inscripcion, ó por lo menos obtener la primera copia que ha llegado á nuestra noticia, fué el Obispo de Cuenca don Juan B. Valenzuela y Velazquez, de que habla con grande encomio Nicolás Antonio (1). Nació Valenzuela en el último tercio del siglo XVI, y murió en 1645. Dejó escrita una obra, cuyo título, segun el citado bibliógrafo, debia ser *Vetera aliqua Hispaniae monumenta seu lapides et inscriptiones*, que en Roma vió MS. Nicolás Antonio, en la biblioteca del cardenal Barberini.

Juan B. Donio, familiar que fué de aquel purpurado, formó una coleccion de inscripciones, y en ella incluyó las del Obispo Valenzuela, cuya coleccion permaneció inédita hasta que se dió á la estampa en 1731 por Antonio F. Gorio. Posteriormente copió dicha inscripcion, tomándola de Donio, el conocido epigrafista Luis A. Muratori, y la publicó en su *Nuevo Tesoro de antiguas inscripciones* (2). El P. Florez la

(1) Nic. Ant. *Bibliot. Nova*, tom. I, pág. 654.

(2) Lud. A. Murat. *Novus Thesaurus Vet. inscrip.*, página 451, número 1.

En la *Coleccion* de Donio se encuentra á la pág. 91, bajo este epígrafe: «*In colu-*

copió de Muratori, y la publicó en el tom. XII de su *España Sagrada*, asegurando «que el sitio donde existe la piedra es la ermita de Nuestra Señora de la Guerra, junto á Cártama» (1). Este error fué motivado por causa de que D. Francisco Bruna, en 1753, hubo de remitir al P. Florez unas *Apuntaciones sobre la colonia Munda*, que siguió incautamente el reverendo maestro (2). Florez no estuvo en Cártama; pero escritores como Carter y Medina Conde, que visitaron las antigüedades de esta villa con posterioridad á la publicacion del P. Florez, pudieron haber rectificado semejante equivocacion, y sin embargo no lo hicieron. Parece esto imposible, cuando ni tal ermita de Nuestra Señora de la Cuesta, Güerta ó Guerra, existe ni ha existido jamás en la villa de Cártama (3).

Hé aquí ahora el contenido de la inscripcion:

IMP· CAESAR· D· NERVAE
TRAIANI F· NERVAE NEPOS
HADRIANVS TRAIANVS AVG
DACICVS MAXIMVS BRITAN
NICVS· MAXIMVS GERMANICVS
MAXIMVS· PONTIFEX MAXIMVS TRIB
POTEST· II· COS II P·P· PRAETERQVAM
QVOD PROVINCIIS REMISIT DECIES
NONIES CENTENA MILLIA· N·
SIBI DEBITA· A MVNDA ET FLVVIO
SIGILA AD CERTIMAM VSQVE
XX· M· P· P· S· RESTITVIT·

Sacada de su asiento, no era fácil su recta interpretacion; y asi varian acerca de su inteligencia los que la han supuesto en Cártama,

mna milliaria, quae adhuc extat in via antiqua inter Alconchel, a qua non longe stetit Cértima, scilicet, ubi est aedes de nuestra Señora de la Cuesta, et Cabeza del Griego, ubi olim fuit Munda». Muratori, siguiendo á Donio, transcribió casi lo mismo, aunque reduciendo dicho epígrafe: *Prope Cértimam ad aedem Sanctae Mariae de la Cuesta. In Hispania.=ex Donio.=*

(1) Flor. *Esp. Sag.*, t. XII, p. 291 y 292.

(2) Véase el Apéndice núm. IV, documento núm. 1.

(3) «Tiene una ermita por cima la »poblacion, en un alto risco, donde se »halla colocada una imágen aparecida de »*Nuestra Señora con el titulo de los Remedios*, la cual es titular patrona de esta »villa........... á la entrada de esta villa »viniendo de la ciudad de Málaga, se »halla con alguna distancia de la pobla»cion, otra distinta titulada Sr. San Se»bastian............ á la entrada viniendo »de Coin, con separacion de la pobla»cion, se halla otra ermita titular de Se-

desde cuyo lugar computan las veinte millas, que se señalan en la piedra. Carter y Medina Conde identifican el Rio Sigila con Rio Grande, lo mismo que hicieron Bruna y el P. Florez; pero no convienen en la direccion que habia de llevar la calzada romana, que ellos fingen en las cercanías de Monda. Mientras Bruna, Florez y Conde miden las veinte millas desde el nacimiento de Rio Grande, ó supuesto Sigila, en la Sierra de Tolox, pasando por Monda, hasta Cártama; Carter computa igual distancia desde Sierra Blanquilla, donde coloca equivocadamente á Monda la Vieja, y atravesando por Rio Grande, llega hasta Cártama. En el primer caso Monda queda á la misma banda del Rio que Cártama; en el segundo resulta aquella á la orilla contraria. Y no ha faltado quien crea, como ha sido el P. Fr. Juan de Rojas, que el Guadalhorce que pasa por Antequera, es el *Fluvius Sigila* de la inscripcion, de donde deduce la peregrina idea de que esta ciudad tomaria el nombre de *Singilia* (1). Pero es ocioso tomar por lo sério tales dislates, á que ha dado orígen el suponer la inscripcion en lugar muy diferente de aquel en que se encontró.

Otros la han reputado apócrifa, como Mayans (2), Martinez Falero (3) y Cortés y Lopez (4); pero ó no han expuesto razones algunas, ó las que han alegado son tan poco valederas, que no deben ni aún mencionarse. Al contrario acaece con las dos dificultades que le encuentra el célebre epigrafista Orelli (5). Á ser cierta, sin embargo, hay

»ñora Santa Ana y San Roque...........
»Hácia dicha parte, con separacion y en »lo alto del cerro, por cuyo pié va el ca»mino que de esta villa sale para la de »Alhaurin, se halla otra ermita, su titu»lar el Santismo Cristo de la Veracruz...
»Y no hay más iglesias ni ermitas en su »territorio.» (*Suplemento al Diccionario Geográfico del obispado de Málaga*, MSS. de Medina Conde, en la Biblioteca Episc. de aquella ciudad.) Esto se escribió en la misma época del P. Florez. Hoy sólo existe la ermita de Nuestra Señora de los Remedios; de las otras dos sólo se conservan las ruinas, y de la de Veracruz no quedan ni aun vestigios. En la jurisdiccion de la villa de Cártama hay además otra que se llama de las Tres Cruces.

(1) *Memorias antig. y mod. de la M. N. Ciudad de Antequera*, MSS.: su autor el P. Cabrera, ilustradas por D. Luis de la Cuesta, y corregidas últimamente por el P. Fr. Juan de Rojas: año 1790.

(2) May. *De Hisp. Prog. Vocis Ur.*, capitulo 4, núm. 92.

(3) Falero, *Impugnaciones al papel del P. Risco*, insertas en el tom. IV de las *Mem. de la Acad. de la Hist.*

(6) Cort. y Lop. *Diccionario*, tom. II, pág. 355.

(5) Despues de transcribir la inscripcion, advierte: «*Ceterum hoc quoque Hispaniense marmor suspectum est, tum propter Britannici titulum Hadriano tributum*, cfr. Eckhel D. N. 6. p. 478, *tum propter titulum P. P. ante Trib. Pot. XII.*» (Orelli, *Inscrip. Latin. Select. Amplissima Colectio*, Turici: 1828, vol. I, pág. 194.)

que considerarla como inscripcion importante, porque en ella se determina la cantidad que Adriano condonó á las provincias de España (1), á lo que alude Sparciano en la *Vida* del referido emperador, aunque sin expresar al fijo la suma (2); y al propio tiempo se comprueba con este documento epigráfico la existencia de la otra Munda en la Celtiberia.

Eckhel únicamente dice acerca de esta piedra en el lugar citado por Orelli: «*Haberem quod adderem, marmor aliud Hispaniense ex Donio, a Muratorio transcriptum, atque idem argumentum continens, sed cui, quod insolentia multa continet, fides exigua habenda videtur*». Por lo que se ve que nada decisivo expone el crítico aleman; y no podia ser do otro modo, porque más adelante se hace cargo de que en las colecciones de Grutero y Muratori resultan otras muchas inscripciones, en las cuales se pone el título de *Pater Patriae* antes de la Tribunicia Potestad XII, y lo atribuye á error de los copiantes. (Eckhel *Doctr. Num.*, tom. VI, pág. 516.) Bien pudo suceder así en la presente inscripcion, y en este caso el copista omitiria la X, debiendo leerse XII en la piedra, resultando entonces este epígrafe posterior al año 118 de la era cristiana, á cuya época lo refiere Muratori.

En cuanto al título de Británico, es cierto que ignoramos lo obtuviera alguna vez; pero nada tiene de extraño que de este modo aconteciera, y pudo merecerlo por alguna circunstancia particular, puesto que estuvo en la Bretaña, segun Sparciano (pág. 100, 110 y 111 de la *Historia Augusta*, tom. I), y arreglados los asuntos en este país, pasó á la Galia, y despues vino á España.

(1) Suponemos que de España, pues por otras inscripciones, que traen Salmasio y Casaubon sobre Sparciano, consta que la suma total condonada, ascendia á nuevecientos millones de sestercios *(sestertium novies millies)*; lo cual se ha de entender de todas las provincias del Imperio Romano.

(2) Muratori pone con tal motivo al pié de la inscripcion este pasaje de Sparciano: «*Aurum coronarium (tributum videlicet) Italiae remissit, in provinciis minuit*». Creemos que el epígrafe de que se trata, hace más bien referencia á lo que se dice en el cap. 7, que es el siguiente de la *Vida* del mismo Emperador.

CAPITULO VIII.

—

INSCRIPCION PUBLICADA POR D. RAFAEL ATIENZA.

En la obra que ha publicado D. Rafael Atienza, titulada *La Munda de los Romanos*, se ha dado á la estampa un monumento litológico, que á ser legítimo, tendria en la presente cuestion la mayor importancia. Consiste en lo que se califica de *ara*, que hoy sirve de brocal de pozo en una casa de la calle de Linaceros en la ciudad de Ronda, y que tiene en el centro de uno de sus frentes toscamente grabadas las letras que siguen:

S. P. Q. R.
D· MARTI
ARAM. C.

alrededor por bajo:

CÆSAR MUNDNSI HANC

y en uno de los lados:

CÆSAR.

El primero que lo publicó fué D. Ildefonso Marzo (1), á quien se lo comunicó el referido Atienza. A pesar de ello, sus traslados no son exactamente iguales. Aquel pone IAN en vez de HANC, y este escribe AN· I· (2).

(1) Marz. *Carta al Excmo. Sr. D. Serafin Estevanez Calderon sobre Munda-Bética.*

(2) Esto se ha interpretado por *año* I; y una de las personas consultadas por el Sr. Atienza cree que puede ser el *año* I

Basta la simple inspeccion ocular de aquellas letras para condenar las inscripciones por apócrifas. Prescindiendo de que su contenido es contra las buenas reglas epigráficas, obsérvese por la copia fiel, ya transcrita, que en la voz CÆSAR están enlazadas la A y la E, cuyo diptongo unido Æ, siendo de letras mayúsculas, fué desconocido en la antigüedad, como dice Cellario (1). Si en algunos denarios ó inscripciones se encuentran este y otros nexos semejantes, sucede raras veces, y sólo es propio de las medallas, por el poco espacio que estas ofrecen para grabar las letras, segun advierte tambien el citado Cellario (2). Lo mismo decimos de la D y la E, que aparecen igualmente unidas en la voz MUNꟈNSI, y la H y la A en la voz ĦN ó ĦNC, lo que no llegó á usarse sino ya en las inscripciones góticas. Además, en la primera de estas dos voces es muy notable que la V tenga esta otra forma U, lo cual arguye ser inscripcion de época más reciente. Sabido es, y lo consigna el mismo Cellario, que esta letra ya significase vocal ó consonante, tuvo generalmente para los romanos siempre la misma forma, cuando se halla trazada con la regularidad debida, como consta por las inscripciones y medallas. Hace pocos siglos que se introdujo esta otra U, para distinguirla de la consonante. Así es que los eruditos, autores de epígrafes latinos, se curan mucho de imitar la forma antigua, y escriben constantemente V y nunca U, la cual empezó á introducirse y generalizarse por los holandeses y franceses, en época no muy lejana (3). En vista de lo expuesto creemos ocioso hablar más de tal inscripcion, que nuestra imparcialidad condena por apócrifa.

Si se desea saber en qué tiempo se escribiria, y quién fuera acaso su autor, téngase presente el empeño que, á fines del pasado siglo, hubo por encontrar el asiento de la antigua Munda, como se expondrá mas

del Consulado de César, ó mejor todavia el *año* I de su imperio. No hay para qué refutar tales interpretaciones.

(1) *De Latinis diphthonguis autem aliter in mainscula et Romana scriptura sentiendum est, qua semper dividuntur* A E, O E, *et eliminanda figura Æ, tamquam ignota antiquitati.* (Cel. *Orthographia Latina*, pág. 16.)

(2) *¿Quid vero dicemus de Æ in denariis quibusdam per nexum expresso? ¿an iccirco satis antiquae illa est connexio? Est antiqua, sed rarissima, et nummorum fere propia, quibus spatii angustia varias litteras, non tantum* A E, *sed plures alias et saepius alias, quam* A E, *connectit.* (Cel. *Orthographia Latina*, pág. 17.)

(3) *Maiusculae, id est, veteris romanae scripturae una figura* V *fuit, sive ea vocalem, sive consonantem significaret, id quod ex nummis et inscriptionibus manifestum est. Necdum centesimus annus est, quum altera* V, U *vocalis litterae quae nota esset adiiceretur.* (Cel. *Orthographia Latina*, pág. 13.)

adelante; que la Sociedad de anticuarios de Lóndres gestionó con tal objeto cerca del gobierno español; que este comisionó al ingeniero Bellestá, para que practicase un viaje de exploracion; y que precisamente por aquella misma época escribióse una *Memoria* por un catedrático de latinidad de Ronda, quien puede decirse fué el primero que redujo á esta ciudad la célebre Munda, y describió sobre su terreno la batalla. Tal vez entonces se grabara aquel epígrafe; pero como esto no pasa de una simple conjetura, nos abstenemos de asegurarlo, ínterin no se ofrezcan datos fidedignos que nos lo comprueben.

CAPITULO IX.

—

INSCRIPCION TOMADA POR DON RAFAEL ATIENZA DE DON JUAN M. DE RIVERA.

En la obra antes citada del Sr. Atienza se ha copiado otra inscripcion, que en vano han luchado por interpretar varios ingenios de Ronda; y ciertamente que, desconociendo su orígen, es imposible entender semejante logogrifo, parto moderno (como dice el erudito escritor de los artículos sobre la misma obra del Sr. Atienza), debido á alguno, que ignorase de todo punto las reglas epigráficas.

Hé aquí la inscripcion:

ARVNDA DOMVS FIET MVNDAM MIGRATE QVIRITES
SI NON ET MVNDAM OCVPAT ISTA DOMVS

Atienza la traslada seguramente de las *Memorias Eruditas* que escribió Rivera, y donde á la verdad ya se indica que no es inscripcion de tiempo de romanos, sino dispuesta á imitacion de otra tal, que se puso en Roma poco despues de los años de cincuenta y cinco de Christo. Esta no es otra que el conocido epigrama que hizo un poeta del tiempo de Neron, con motivo del acrecentamiento de la ciudad, que habiendo ocupado en un principio sólo el monte Palatino, luego llegó á extenderse de modo que todo el espacio de este quedó comprendido en el palacio de los Césares; y así dijo:

Roma domus fiet: Veios migrate, Quirites;
Si non et Veios occuppat ista domus.

Por lo que no puede dudarse que el epígrafe que nos ocupa, es de mano reciente, y aún podemos señalar la época de su composicion, que fué en el pasado siglo.

Segun el citado Rivera los mencionados versos se hallaban escritos

«en la portada antigua de las casas del Regidor D. Juan de Rivera Chavero, á el sitio de las tiendezuelas y plazuela, que hoy llaman de las *Delicias*» (1). Este anticuario de Ronda aderezó su morada con varias inscripciones, en las que sin duda quiso hacer gala de erudicion. Grabólas en grandes ladrillos, que dispuso á manera de mármoles, colocándolos en la muralla que circundaba el jardin de su casa (2). La que motiva este capítulo estaba, como queda advertido, en la portada, aludiendo tal vez á los curiosos que pasasen é intentaran penetrar en la habitacion de Rivera, quien debió vivir muy ageno de que llegase un tiempo en que creyeran de buena fe que esta lápida correspondia á la época de César (3).

(1) Riv. *Mem. Erud.*, pág. 27.

(2) *Noticia de las Inscripciones del gran puente de Ronda y de los coloquios de la Espina*, por D. Antonio Moreno Ramos, pág. 6. Este papel, que se compone de diez y ocho fojas, y que debió escribirse el año 1788, da cuenta de tres conferencias que se tuvieron en dicha casa por varios vecinos de Ronda, gente desocupada y burlona. En la primera trataron del puente y sus inscripciones. En la segunda se dispuso dar á la estampa las otras inscripciones de la casa de Rivera, y la que todavia existe en la que vivió Vicente Espinel. En la tercera se repartieron ejemplares de los primeros números de los *Coloquios de la Espina*. Estos los publicaba á la sazon en Málaga D. Juan María Chavero y Eslava, vecino tambien de Ronda; pero el verdadero autor de los *Coloquios*, sátira punzante contra D. Tomás Iriarte, es D. Juan Sedano, quien, ocultando su nombre, defendió en estos diálogos su publicacion del *Parnaso Español*. El Canónigo de Málaga Medina Condo corrió con la impresion, y aún conservamos parte del original de los referidos *Coloquios*, cuyo autor ha quedado hasta hoy arrebozado con el velo del misterio.

(3) Hemos visitado esta casa de Rivera, que hoy se encuentra en un estado ruinoso, y el que parece haber sido jardin, lleno ahora de escombros. Las inscripciones, segun nos informaron, fuéron muy loadas por un extranjero, y temiéndose que quedaran sepultadas entre aquellas ruinas, se trasladaron al convento de la Merced. Pasamos á este edificio, que tambien casi todo se halla destruido: consérvanse, sin embargo, los elegantes arcos del patio, y en uno de los ángulos vimos colocadas las inscripciones que se buscaban. En una de ellas se lee el nombre de Rivera, como en las que pone el mencionado papel; pero no encontramos la que contenia los versos de la portada de su casa. Tal vez alguno, creyendo ser un documento precioso y raro, la ocultara al verificarse su traslacion.

CAPITULO X.

MEDALLAS.

Despues de haber examinado las inscripciones, en que se ha querido hacer referencia á nuestra Munda, parece debemos tratar ahora de sus medallas; pero igualmente desafortunados somos en esta parte, porque ni una sola es legítima, y las que lo son, ó corresponden á otras ciudades, ó á la Munda Celtibérica. Por lo tanto, ninguna circunstancia puede ministrarnos la Numismática acerca de la célebre Munda Pompeiana. Sin embargo, siendo nuestro objeto contradecir los errores, que hayan nacido de un deseo exagerado de ofrecer monumentos referentes á una ciudad que alcanzó tan grande fama, no podemos dispensarnos de hablar de las medallas que se le han atribuido (1)

La primera que con el nombre de Munda ha sido conocida, es la imperial de Tito, que publicó Huberto Gotlzio (2). Harduino la citó por autoridad de este anticuario (3), de quien otras veces escribe, «*Sunt Goltziana Latina numismata pleraque adulterina et ficta* (4)». Tal es tambien el comun sentir entre los críticos españoles, y muchos de los extranjeros. En el presente caso ocúrrese desde luego la prueba de que la medalla citada por Gotlzio es falsa, porque sabido es que las ciudades de España dejaron de batir moneda bajo el imperio de Calí-

(1) En este trabajo nos ha precedido D. Guillermo Lopez Bustamante, bibliotecario que fué de S. M., el cual á fines del pasado siglo publicó una curiosa y erudita Memoria titulada «*Exámen de las Medallas antiguas atribuidas á la ciudad de Munda en la Bética.* Madrid: 1799.» Este concienzudo opúsculo que merece desde luego consultarse, es el que nos ha servido de guia en el presente capítulo.

(2) Gotlz. *Thesaur. rei antiquar.*, página 139.

(3) Hard. *Numism. antiqui, Pop.*, página 330.

(4) Hard. *Not. in Plin.*, lib. 3, voz *Iulia quae Fidentia.*

gula (1), y la medalla que nos ocupa, siendo de Tito, pertenece á época posterior; bastando esta razon para convencernos de la falsedad de ese documento, que nadie ha visto sino el Herbipolita Venloniano.

El P. Florez dió á la estampa una medalla en que se leia *Munda*, y teniéndola por la primera que se conocia de esta ciudad, hizo gran fiesta del descubrimiento (2). Medina Conde, despues de calificarla de rarísima, se atreve á asegurar que fué «*descubierta*» en Monda (3). Perteneció primitivamente dicha medalla á D. Bernardo de Estrada (4), intendente que fué de Soria, y D. Tomás Gúseme la describió en su *Diccionario Numismático* cuando todavía estaba en el gabinete de Estrada (5). De este pasó al del infante D. Gabriel, y entonces la vió é hizo grabar el P. Florez. D. Guillermo Lopez Bustamante dice que se conserva la misma medalla original en el Museo de la real Biblioteca. El dibujo que nos dió Florez es muy diferente, y para rectificar su afirmacion, pone Bustamante en la tabla II de su obra, bajo el número 1, el que estampó el P. Florez, y bajo el número 2 el de la medalla tal cual existe, por cuyo medio se demuestra evidentemente que no hay exactitud en el primer dibujo; y lo que es más notable, que la mencionada medalla de Munda está manifiestamente adulterada sobre una de *Sacili*, conociéndosele aún las letras borradas de propósito de este otro nombre, y el caballo de su reverso trocado groseramente en esfinge. Todo esto se percibe con claridad en el dibujo segundo, y lo demuestra Lopez Bustamante (6). Domingo Sestini, despues de hacer iguales observaciones para comprobar su adulteracion, añade: «que se quedaron sin borrar los tres puntos, que tienen en esta forma ˙.˙ las medallas de *Sacili*», en la parte superior de la cabeza del anverso (7), lo cual ya habia notado tambien Bustamante, y cuyos puntos tomó el P. Florez por astro, cuando se ocupó en las de *Sa-*

(1) Flor. *Medall. de Esp.*, tom. I, página 72.

(2) Flor. *Medall. de Esp.*, tom. III, página 95, tab. 63, fig. 11.

(3) Med. Con. *Disert.*, MS.

(4) Medina Conde en su *Diccionario* MS. *del Obispado de Málaga*, dice en su artículo *Munda*: «Aunque no sabiamos que Munda »hubiese batido moneda, ya debemos la »noticia al mismo erudito investigador de »estas antigüedades, D. Bernardo de Estrada, en cuio precioso gabinete se halla »una que estampa al núm. 10 de su primera lámina». Segun esto debió publicarse antes que lo verificara el P. Florez, mas no conocemos la obra de Estrada, y sólo sabemos, que el Sr. Fernandez-Guerra tiene las láminas, que son dos ó tres, sin texto ni fecha, pero lindamente grabadas.

(5) Gúsem. *Dicc. Num.*, tom. V, página 178.

(6) Lop. Bust. *Exám. de las Med.*, página 5 y siguientes.

(7) Sest. *Descriz. delle Medag.*, pág. 69.

cili, y Sestini dice que indican el valor de tres onzas en la medalla.

La tercera atribuida á Munda es la autónoma del *Museo* de Guillermo Hunter publicada en Lóndres, 1782 (1), y en el *Lexicon Numorum* de Rasche (2), y por Eckhel (3), siendo MVN la leyenda de su reverso; mas esta medalla, segun Bustamante (4), la que Florez publieó con el mismo reverso como de *Gádes*, la que en la *Descripcion del Museo* de D. Pedro Ocrouley (5) se apropió á *Munigua*, la que Florez atribuyó á Abdera (6), y otras parecidas que se conservan en el Museo Real, son todas de una misma ciudad, y la legítima leyenda dé su anverso L·Æ·DEC· y L·AP·DE.; y no GADES ni ABDE, y la del reverso MVRT y no MVN: de modo que ni en aquel dice *Gádes* ni *Abdera*, como quiso Florez, sino Lucio Apio Decio ó Décimo, ni en este *Munda*, ni *Munigua*, sino *Myrtilis*, ciudad de los turdetanos sobre el Guadiana en la Lusitania

La cuarta medalla en que se ha leido el nombre de Munda, es la que poseyó D. Pedro Ocrouley, residente en Cádiz, á fines del pasado siglo, la cual se describe en su citado *Catálogo* de esta manera: «MVNDA, ined., cabeza con ropa al cuello.=Jinete que corre sin distintivo: debajo MV MVNDA. (B.)» esto es, segunda forma (7). Es la última que examina Bustamante, y aunque no alcanza que las siglas MV puedan tener otro significado, precediendo al nombre de un pueblo que el de denotar la cualidad de municipio de que gozaba, ni en el *Lexicon* de Rasche se les da otra interpretacion á aquellas siglas (8), se le ofrecen, sin embargo, algunas objeciones contra su legitimidad, porque aparece «esta medalla cortando ó desenlazando las dudas que se han suscitado siempre acerca del fuero de Munda y de su situacion.......... mayormente cuando este es uno de los secretos ó arbitrios de que se han valido los falsarios, para dar documentos terminantes y decisivos que pusiesen en clara luz algunos puntos obscuros y controvertidos en la Numismática de España» (9). El mismo Bus-

(1) Hunt. *Mus.*, tab. 38, fig. 14, página 205.

(2) Rach. *Lex. Num.*, tom. III, parte 1., col. 954.

(3) Eck. *Doctr. Numór. Veter.*, tom. I, pág. 25.

(4) Lop. Bust. *Exám. de las Med.*, página 9 y siguientes.

(5) Impresa al fin de la traduccion de los *Diálogos* de Addison, Madrid, 1795.

(6) Flor. *Medall. de Esp.*, tom. III, página 5.

(7) Ped. Ocroul. *Cat.*, pág. 207.

(8) Rasch. *Lex.*, tom. III, part. 1, columna 886.

(9) Lop. Bust. *Exám. de las Med.*, página 23.

tamante, conviniendo, por último, en que la medalla puede ser legítima, opina debe aplicarse á la *Munda Celtibérica*; «porque la cabeza con ropa al cuello, y el jinete que corre, son justamente empresas peculiares de la Celtiberia y otras regiones de la Tarraconense». Nada tenemos que oponer á este dictámen, y en este caso el referido documento nos suministra un nuevo comprobante de la existencia de esta otra Munda, si es que de él se necesitase todavía.

Demostrado que no tenemos medalla que corresponda á nuestra Munda Pompeiana, la que recientemente se ha publicado en las *Glorias Nacionales*, como existente en el gabinete de D. Buenaventura Hernandez Sanahuja, de Tarragona, seria un descubrimiento de la mayor importancia si no fuera apócrifa, como lo sospechamos. En nuestro sentir, se ha cometido con esta medalla otro fraude, idéntico al que hemos visto se verificó con la publicada por el P. Florez. La adulteracion debe haberse practicado igualmente sobre otra medalla de *Sacili*. Reconócese en el dibujo que se nos ofrece de la medalla del Sr. Hernandez, que ha de hallarse raspada parte de la cabeza del caballo que por el reverso tienen las medallas de *Sacili*, como se hizo con la del P. Florez, para formar la esfinge de la supuesta medalla de Munda; y así nótase, tanto en el original publicado por Bustamante como en el dibujo de la que nos ocupa, que la cabeza de la esfinge se representa sin el largo y esbelto cuello que vemos en otras medallas de la Bética. El anverso ofrece la leyenda *Munda* en la misma disposicion que la del P. Florez. No teniendo á la vista aquella medalla no nos es posible asegurar si el falsificador habrá hecho desaparecer por completo las letras del nombre *Sacili*, que debian estar á la izquierda de la cabeza varonil que ostenta en el anverso: no es extraño que esta no tenga semejanza con la de la medalla de la del P. Florez, porque ni su dibujo es exacto, ni todas las medallas de *Sacili* presentan la misma figura, y en algunas faltan los tres puntos, de que antes se ha hecho referencia. Aunque la esfinge de la del Sr. Hernandez tiene levantado el pié izquierdo delantero, y en las de *Sacili*, que pone el P. Florez, el caballo tiene levantado el derecho; Sestini trae otras de esta última ciudad (1), en que se ve de muy diversa manera; y así bien puede ser que del caballo de una medalla de *Sacili* se haya formado la esfinge para esta nueva medalla de *Munda*, sin necesidad de

(1) Sest. *Descriz. delle Med. Isp.*, tab. 3, números 6, 7 y 8.

que el falsificador tocase los piés de aquel, como acaeció en la del P. Florez.

De cualquier modo, parece lo más seguro que hasta ahora no se han descubierto medallas legítimas con el nombre de *Munda*, por lo que es de extrañar lo que escribieron al Licenciado Franco, de que en Ronda la Vieja «se hallan monedas en que parece haber sido Munda» (1). Pero tampoco se ha de creer que exclusivamente en estas ruinas se encuentran sólo monedas de *Acinipo*, y en tal número que indiquen fuera allí mismo aquella antigua ciudad. Rivera, que harto empeño mostró en esta reduccion geográfica, escribe: «Hállanse por el suelo muchas y diversas monedas de municipios, colonias de la Bética é imperiales, y del mismo *Acinipo*» (2). Se ve, pues, que tambien se han encontrado medallas de otras ciudades, y que las de *Acinipo* no lo han sido en tanto número, como vulgarmente se asegura. Parécenos que en esto influye no poco creer que aquella ó la otra poblacion tuvo su asiento en las expresadas ruinas. Cuando se hablaba de *Munda*, las medallas eran de esta ciudad: luego que se afirmó que aquel lugar era *Acinipo*, sólo se mencionaban las que llevan este nombre; y ya hemos visto, por autoridad del citado Rivera, que se hallan *muchas y diversas monedas de municipios y colonias de la Bética*. Las de *Acinipo* tambien se encuentran efectivamente, pero deben referirse á otro lugar inmediato, no á las mismas ruinas de *Ronda la Vieja*.

(1) Fran. *Papeles varios de Antig.* MS. de la Real Acad. de la Hist.

(2) Riv. *Mem. Erud. para la Hist. de Ronda*, núm. 1, pág. 45.

LIBRO TERCERO.

TOPOGRAFIA.

CAPITULO I.

TEXTOS TOPOGRÁFICOS.

El primer dato que nos presentan los escritos de los antiguos acerca del sitio donde estuvo asentada la antigua *Munda*, es el que ofrece el historiador latino en su *Libro de la Guerra de España*, asegurando repetidamente que *Munda* ocupaba un lugar elevado. Refiere Hircio que Pompeio apoyaba su campamento en las fortificaciones de la plaza (1): de modo que las tropas pompeianas hallábanse protegidas por dos defensas, la ciudad encumbrada y la naturaleza del terreno (2); y nos lo confirma despues el mismo historiador en todos cuantos incidentes nos relata de la batalla. Así dice « que los cesarianos marcharon á pelear, creyendo que lo propio harian los adversarios, y que estos, sin embargo, no se atrevian á separarse más de mil pasos de la ciudad, al abrigo de cuyos muros habian decidido combatir (3). Aunque los cesa-

(1) «*Etenim et natura loci defendebatur (Pompeius) et ipsius oppidi munitione, ubi castra habuit constituta.*» Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 28.

(2) «*ut auxilia Pompeii duabus defenderentur rebus, oppidi excelsi et loci natura.*» Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 29.

(3) «*Itaque nostri ad dimicandum procedunt, id quod adversarios existimabimus esse facturos; qui tamen a munitio-*

rianos volvieron á marchar, los de Pompeio no desistieron de su propósito, y no se apartaban del lugar encumbrado ni de la ciudad. Cuando los de César á paso lento se aproximaron entonces más cerca del arroyo, sus contrarios no dejaban por ello de ampararse del terreno quebrado» (1). Al aproximarse los cesarianos á este terreno, «el enemigo estaba colocado en lugar más alto, y así era peligrosísimo pasar más arriba: lo cual advertido por César, para que nada desfavorable se acometiera temerariamente por culpa suya, señaló el sitio», hasta que habian de avanzar; ó proseguir la marcha, como explican los intérpretes, comentando este pasaje. «Habiendo llegado esto á oídos de todos los suyos, sufrian con fiera impaciencia que se les impidiese poder empeñar la batalla. Esta detencion hizo más osados á los adversarios, suponiendo que á las tropas cesarianas embargaba el temor de trabarla. Así es que, saliéndose del terreno quebrado, los de Pompeio se presentaron al descubierto: de modo que aún cuando los de César pudieran llegarse hasta ellos, era, no obstante, con gran peligro» (2). Los pompeianos, aunque abandonaron entonces sus dos mayores defensas, que eran el lugar más alto y las murallas de la ciudad, todavía ocupaban terreno quebrado, puesto que los de César no podian acercárseles sin grave riesgo. Por consiguiente *Munda* debia hallarse asentada sobre un elevado monte, y sus muros coronar la espaciosa cima en que estuviera edificada la ciudad. Desde las murallas, contra las cuales estaba el campamento pompeiano, hasta el lugar que ocupaba

ne oppidi millè passibus longius non ardebant procedere: in quo sibi prope murum adversarii proeliandum constituebant.» Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 29.

De lo cual se deduce lógicamente que el monte donde estaba situada Munda, debia tener mucha mayor altura que la de una milla, pues los pompeianos todavía se hallaban al abrigo de las murallas y no habian descendido del lugar alto, á pesar de haberse alejado mil pasos de la plaza.

(1) *«Itaque nostri procedunt....... neque tamen illi a sua consuetudine decedebant, ut aut ab excelso loco, aut ab oppido, discederent. Nostri pede presso propius rivum quum adpropinquassent, adversarii patrocinari loco iniquo non desinunt.»* Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 29 *in fine.*

(2) *«Ita quum in extrema planitie iniquum in locum nostri adpropinquassent, paratus hostis erat superior, ut transeundi superius iter vehementer esset periculosum. Quod quum a Caesare esset animadversum, ne quid temere, culpa sua secus admitteretur, eum locum definire coepit. Quod quum hominum auribus esset objectum, moleste et acerbe accipiebant, se impediri, quo minus proelium conficere possent. Haec mora adversarios alacriores efficiebat, Caesaris copias timore impediri ad committendum proelium. Ita se efferentes iniquo loco sui potestatem faciebant, ut magno tamen periculo accessus eorum haberetur.* Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 30.

el ejército formado en batalla, debia ser muy considerable la elevacion del terreno á mucha mayor distancia que la de un cuarto de legua, para que el frente de las haces quedase todavía á grande altura con respecto á las cesarianas; y el terrible trance ó acometida entre ambos ejércitos, debió verificarse en la ladera del mismo monte, despues que los de Pompeio bajaron más aún, dejando de cubrirse con las quiebras y asperezas del lugar. Así no podemos menos de admirarnos de que algunos busquen á *Munda* donde se encuentre una tendida é inmensa llanura para dar la batalla. Buscar unos extensos y dilatados llanos en que juegue la caballería, es no meditar detenidamente el texto. El combate se trabó y se terminó en la falda del monte. Aquí fué donde maniobró la gente de á caballo; y caballería tenia tambien Pompeio, que nunca llegó á bajar al llano. De manera, que en vez de buscar una extensa llanura, lo que se necesita encontrar, para identificar el sitio de *Munda*, es un extenso monte, con arreglo al mismo texto de Hircio. Recuérdese que *Munda* debia ser una ciudad espaciosa, porque cuando fué entrada por Fabio Máximo, legado de César, se hicieron prisioneros dentro de sus muros hasta catorce mil hombres. Téngase presente que estaba el campamento pompeiano al abrigo de las murallas, y sin perder el amparo de ellas, un ejército más numeroso que el de César, formado en batalla, en parte muy elevada del monte. No se olvide que los pompeianos no osaban separarse á más de mil pasos, ó un cuarto de legua, de los muros de la plaza, y que aún despues de abandonar el lugar quebrado y avanzar hácia los de César, estos no podian acercárseles sin mucha desventaja, por razon del terreno más alto que aquellos ocupaban. En vista de esto nos admiramos más aún de que algunos escritores modernos hayan afirmado que la *Munda* en cuestion estuvo situada en una colina ó cerro de mediana altura (1),

(1) Ortiz, *Disert.* MS. *sobre el sitio de Munda.* Otra circunstancia refiere Hircio al terminar la batalla, que comprueba cuán grande debia ser el monte, en cuya falda se decidió aquella lucha. Escribe en el cap. 31, como ya hemos visto en su lugar oportuno, que desparramados y puestos en fuga los enemigos, no sobrevivieran, si no hubiesen huido á el mismo lugar de donde salieron; y en el capitulo 32, que de aquella huida se ampararon y fortalecieron dentro de la ciudad de Munda. Tambien dice Dion, que viendo Bogud abandonado el campamento de Pompeio se dirigió á acometerlo, y saliéndose Labieno fuera de linea, para oponerse al mauritano, creyeron los de Pompeio que los suyos huian, y entonces pronunciáronse en precipitada fuga, acogiéndose unos á la ciudad y otros al campamento. Todo esto justifica que desde la falda ó ladera del monte, donde se empeñó la batalla, hasta la plaza y el campamento habia una respeta-

y de que otros hayan asegurado que estaba en un altozano (1).

Fijándose en esta última observacion, es fácil comprender otro dato topográfico de la mayor importancia, que nos suministra el *Libro de la Guerra de España*. Escribe Hircio, «que entre ambos campamentos mediaba una llanura de cerca de cinco mil pasos....... Desde aquí» (desde la ciudad encumbrada y terreno elevado en que estaban los de Pompeio, que es de lo que se acaba de tratar) «enderezándose el próximo llano se igualaba» (2). Esto es: que desde el lugar más alto se dirigia ó enderezaba un llano cercano al campamento de Pompeio; y por consiguiente, esta llanura no podia ser completamente plana, sino suavemente inclinada: por esta razon escribe Hircio *aequabatur* (3) refiriéndose á *planities*, lo que en otro caso seria un pleonasmo into-

ble distancia; y por consiguiente, que debia ser una eminencia no sólo elevada, sino tener además una extensa y dilatada ladera ó declive, donde pudiera jugar la caballería, y tan extensa y dilatada, que desde ella pudiera llamarse fuga la retirada de los vencidos, y el movimiento estratégico de varias cohortes tomarse tambien por huida.

(1) Cort. y Lop. *Dicc. Geog.*, tom. III, pág. 207. Hasta la etimología de la voz *Munda* está mostrando que debiera hallarse asentada esta ciudad sobre la cumbre de un monte, tal que fuese bastante notable por su elevacion, para que de él tomase aquella su nombre. El ilustre filólogo Guillermo de Humboldt escribe sobre el orígen y significacion primitiva de esta voz, aplicada precisamente á la ciudad de que tratamos: «*Munda* en la Bética, el rio *Munda* en la Lusitania y *Mundóbriga* provienen de *munoa* monte. En el dialecto Labortánico, esta palabra se dice *monhoa*, *monhua*, *montoa*, y por lo tanto, puede escribirse tambien *Monda*». El mismo Humboldt añade por nota en este lugar: «Las palabras vascuences que significan monte, son de muy numerosas formas, y solamente se encuentran con *m* las sílabas primitivas *mal*, *mul*, *men*, *mon* y *mun*. Teniendo en cuenta la incertidumbre de la etimología griega de la palabra latina *mons*, se siente uno inclinado á considerar vascuence el orígen de esta voz.» (Wilhelm von Humboldt. *Prüfung der Untersuchungen uber die Urbewohner Hispaniens vermittelst der Vaskischen Sprache*, cap. 17.)

(2) «*Planities inter utraque castra intercedebat circiter millia passuum quinque*........... *Hinc dirigens proxima planities aequabatur.*» (Hirt. *Bell. Hisp.*, capítulo 29.) La voz *hinc* puede tambien interpretarse *allí*. *Hinc* se pone muchas veces por *illinc*. (Vide Forcell. *Lex.* voz *hinc*). Sobre la voz *dirigens* anota N. Moore: «*Quid sit* DIRIGENS *nescio.*» La mejor interpretacion es la más literal y el único medio para que se pueda entender este pasaje.

(3) El referido N. Moore, queriendo explicarse esta frase *planities aequabatur*, escribe: «*aequa erat, si aequa procurrebat.*» Mas porque no era aquel llano completamente igual, por eso expresa Hircio *aequabatur*, que se *igualaba* ó que enderezándose desde el lugar encumbrado, se iba allanando. Seria una vulgaridad suponer que un terreno dejaba de ser llano, porque no fuese completamente igual por todas partes. Basta para considerarse llano, que no tenga altos ni bajos como explican los geógrafos; y así se denomina *llanada* el terreno que estando próximo

lerable. Para más corroborar nuestra interpretacion, reflexiónese lo que añade seguidamente el mismo historiador latino: «que al descenso (del próximo llano) precedia un arroyo que hacia mayor la desventaja del lugar para acercarse á los adversarios» (1). Y esto descenso, ó bajada, resulta ser necesariamente el declive, ó falda suave, que constituye, segun Hircio, el llano cercano al ejército de Pompeio: que la extension de la llanura que mediaba entre las estancias de ambos ejércitos no excedia de cerca de cinco millas, es punto fuera de toda duda, porque así lo expresa el historiador. De manera que, segun el mismo texto de Hircio, no han de buscarse llanuras inmensas, como antes queda ya advertido. Pero que el llano próximo al campo de Pompeio fuera toda esta llanura de cerca de cinco mil pasos, es en lo que no podemos convenir con los que han interpretado este pasaje. Este llano, cercano á las estancias pompeianas, debia ser la parte comprendida entre el terreno quebrado, desde el punto en que este dejaba de serlo, hasta la orilla del arroyo, que le precedia para el que marchaba desde el campo de César. Si se tomara este llano por toda la llanura de cerca de cinco millas, entonces el arroyo resultaria al pié de las estancias del mismo César, porque de otro modo no podia preceder al paso de aquella; y no es esto lo que se desprende del libro de Hircio, como evidentemente se demuestra estudiando la marcha del ejército cesariano por toda la llanura de cerca de cinco mil pasos.

Expresa el historiador que este arroyo corria á la derecha por un terreno pantanoso y lleno de concavidades (2). La derecha se ha de entender forzosamente con relacion al ejército de César, donde debemos considerar á Hircio al describir la batalla. En ello convienen casi todos los eruditos. Algunos, sin embargo, han supuesto equivocada-

á un monte, se une á este por medio de un declivo suavisimo ó afable.

(1) *«Cuius decursum antecedebat rivus, qui ad eorum accessum summam efficiebat loci iniquitatem.»* (Hirt. *Bell. Hisp.*, capitulo 29.) La voz *decursum* se ha interpretado por unos el *principio*, por otros, el *fin* de la llanura. Ninguna de estas interpretaciones es exacta. Para expresar el fin ó término de cualquier cosa material y determinada se escribe *extremum*. *Decursum* se toma muchas veces tambien por el *fin*; pero en sentido bien diferente, porque es el fin de la carrera. *Decursus* es el *acto de bajar corriendo*, como lo indica el verbo de donde aquella voz procede. Asi de la bajada de un terreno, si es escarpada se dice, *praeceps decursus*, y si la bajada es fácil ó suave, *decursus pronus*.

(2) *«Nam palustri et voraginoso solo currens erat ad dextrum.»* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 29.) En el códice de Chacon, léese *ad extremum*, cuya idea sin embargo, no se opone á que el arroyo corriera á la derecha mano.

mente que el arroyo corria dejando á la derecha los pantanos y concavidades; con cuya interpretacion el curso del arroyo resulta para ellos, á la izquierda del ejército cesariano (1). Otros suponen que no sólo el cauce del arroyo y sus márgenes, sino todo el terreno de la llanura era pantanoso y lleno de bujeos (2). Esto no se infiere del libro de Hircio, aunque tampoco el historiador indica lo contrario; sino sólo que el arroyo hacia mayor la desventaja del terreno para llegar hasta los pompeianos, en razon á que corria por un suelo pantanoso y voraginoso, que naturalmente lo habia de ser más á la proximidad de aquel; pues si del mismo modo lo fuera en toda la llanura, la desventaja seria entonces igual en toda ella, y no para acercarse á los pompeianos. Si toda estuviera llena de pantanos y de concavidades no hubiera escrito tampoco Hircio que aquella convidaba al juego de la caballería (3). En lo que sienten mayor dificultad los eruditos, es en el sitio de la llanura por donde corria el arroyo. Unos creen que al fin de la llanura; otros que esta se encontraba cortada ó dividida por el arroyo. Segun se ha demostrado por el texto de Hircio, el arroyo corria al descenso del llano próximo al campo de Pompeio: luego no pasaba al fin de la llanura, ni puede deducirse que con su curso la dividiera en dos mitades exactamente iguales. Debia quedar alguna mayor parte del llano, al lado de César, que al de Pompeio. Así se desprende del mismo texto. Dice Hircio que viendo César formadas en batalla las haces enemigas, no dudó que vinieran á pelear en medio del llano (4), ó sea la parte comprendida entre el arroyo y la que ocupaba César con su ejército. En esta creencia marcharon los suyos al combate; pero los de Pompeio, sin embargo, no se atrevian á separarse más de mil pasos de las fortificaciones de la plaza, como se ha expuesto anteriormente. Esto obligó á los cesarianos á marchar otra vez. Mientras tanto la igualdad del terreno incitaba á los de Pompeio á disputar la victoria con las mismas ventajas (5). Advirtiendo que los pompeianos persistian en no abandonar su puesto, tornaron á marchar los de César,

(1) Medina Conde, *Disert.* MS. *sobre el sitio de Munda.*

(2) Cortés y Lopez, *Dicc.*, tom. III, página 206.

(3) «*Ut locus illa planitie equitatum ornaret.*» (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap 29.)

(4) «*Et Caesar, quum aciem directam vidisset, non habuit dubium, quin media planitie in aequum ad dimicandum adversarii procederent.*» (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 29.)

(5) «*Interdum aequitas loci adversarios eflagitabat ut tali conditione contenderent ad victoriam.*» (Hirt. *Bell. Hisp.*, capitulo 29.)

aproximándose más cerca del arroyo. De lo cual se deduce que á medida que avanzaban más cerca de este, iban dejando tras de sí mayor parte de la llanura de cerca de cinco mil pasos, que antes los separaba de sus contrarios. El último movimiento que ejecutaron las tropas de César, se expresa por el citado historiador en el capítulo siguiente. Como á pesar de haberse puesto más cerca del arroyo, los pompeianos no abandonaban la defensa del terreno quebrado, los cesarianos se acercaron ya á este terreno, colocándose en la llanura extrema, *in extrema planitie* (1), ó sea la comprendida entre el terreno quebrado y la orilla del arroyo (2): puesto que su corriente, como se ha dicho, precedia para César al descenso de aquella parte del llano.

Además de estos datos, que podriamos llamar propiamente *locales* de la situacion de Munda, tenemos por los antiguos escritores noticias de otros que aún cuando más genéricos, tambien nos ayudan para poder reconocer el territorio ó país, en el cual debió hallarse enclavada aquella memorable ciudad. Dice el tantas veces citado historiador latino, aludiendo á las defensas de que se amparaban los pompeianos: «como antes hemos manifestado, los lugares más altos están metidos entre cerros, sin que á veces los divida llanura ninguna» (3).

(1) Es la misma parte de la llanura, que en el cap. 29 se denomina *próxima*; porque en este capítulo se hace la descripcion del terreno, comenzando desde el campamento Pompeiano: «*hinc dirigens próxima planities aequabatur*». En el cap. 30 se expresa el historiador marchando con el ejército de César; y es claro que seria parte *extrema* para César la misma que fuese *próxima* para su adversario.

(2) Otros interpretan que los cesarianos llegaron *al fin* ó al *extremo de la llanura;* pero el lugar *á donde* pide acusativo y no ablativo. En el texto debiera leerse entonces *in extremum planitiei*, y no *in extrema planitie:* este es el lugar *en donde*. Así ha de traducirse que «en la llanura extrema los cesarianos se aproximaron al terreno quebrado». Naturalmente colocados en la parte última del llano, estaban ya inmediatos al fin ó término de toda la llanura; pero este fin ó término no ha de ser una linea matemática. Los cesarianos ocuparian el llano unido á la falda del monte por la parte más baja, y en otra más alta del mismo declive ó falda, vendrian á situarse los de Pompeio, saliéndose del terreno quebrado y poniéndose al descubierto; y aun todavía habia de quedar espacio para trabar la batalla.

(3) «*Namque, ut superius demostravimus, loca excellentia tumulis contineri, interim nulla planitia dividit.*» (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 28 *in fine.*) Pasaje es este tan corrupto, que no sabe Oudendorpio cómo explicárselo, y despues de proponer las variantes que ofrecen los MSS. y ediciones, invita á los doctos para que estudien la verdadera leccion que haya de preferirse. A las variantes que él presenta, añadirémos que en la edicion de Cellario se lee como en el códice Ursino: «*Tumulus continet interim nulla planitia dividit*». En la de Go-

La fisonomía, digámoslo así, que debe ofrecernos el territorio, donde estaba situada *Munda*, es la de un pais montuoso, cortado ó dividido á intérvalos por algun llano (1). Un campo abierto ó sin eminencias es precisamente lo contrario de lo que afirma Hircio, y opuesto á lo que consta por todo el discurso de la *Guerra Hispaniense* que Pompeio el mozo practicaba en ella, buscando siempre las alturas, para apoyarse y defenderse de la caballería enemiga. La batalla de *Soricaria* ó de *Soricia*, no se dió en ninguna dilatada llanura. Que la de *Munda* se debió dar en medio de un pais montuoso, no sólo aparece de cuanto queda expuesto sobre el libro de Hircio, sino que tambien el historiador griego Dion Casio bien claramente lo indica. Describiendo la batalla, dice: que César y Pompeio, ambos á caballo, estaban viendo el combate desde *lugar elevado*: y esto no podia decirse, si á más del monte, donde estaban *Munda* y el ejército pompeiano, no hubiera otra eminencia cercana en la que César se situara para ver la batalla. El campo mundense debia ser, por consiguiente, una llanura de menos de

duino: «*Tumulis contineri, interim nulla planitia dividit.*» Las Elzevirianas exactamente la misma leccion que la de la edicion de Goduino, que es la reproducida por Oudendorpio y Nathan Moore. Este último se contenta con decir por nota: «*Et haec corrupta sunt.*» En las antiguas ediciones, aunque con alguna variedad predomina la leccion: «*Loca excellentia tumulis contineri, intervalum provintiam dividit.*» Lo cual es un verdadero logogrifo. En el códice Granatense léese del modo siguiente: «*Namque ut superius demostravimus loca excellentia tumulis contineri, intervalis planitiem dividit: sed ratione nulla placuit,*» etc. En ningun otro MS. de los que cita Oudendorpio se lee la voz *intervallis*, y dando las ediciones más antiguas las voces *intervalum provintiam*, comprendese muy bien que el copiante imperito formó estas dos voces de las de *intervallis planitiem*, como creemos que podria encontrarse escrito en los Codd. Primigenios del libro de Hircio. Para la inteligencia de este pasaje es igual la voz *interim* que la de *intervallis*; pues lo mismo se expresa diciendo que los lugares elevados metidos entre cerros, se halian *á veces* que *por intérvalos*, divididos por alguna llanura. Algunos han interpretado la locucion: «*interim nulla planitie dividit*»; sin que ninguna llanura los separe; pero en nuestro sentir ineptamente, y en este caso habria que identificar el sitio de Munda en un pais completamente montañoso.

(1) Por esta razon la voz *planities* debe traducirse con más propiedad *llanada* y no *llanura*; y del campo *mundense* no debe decirse *campaña*, sino más bien *campiña*. *Llanada*, como es sabido, indica tierra llana, pero cercada de cerros. Cuando estos se hallan lejanos, aquella se denomina *llanura*. Asi decimos *llanuras* de la Mancha, y no *llanadas*, que es la idea expresada por Hircio, escribiendo *tumulis contineri*. Hircio escribe tambien al terminar el cap. 27: «*Ita in campum Mundensem quum esset ventum:*» y aunque por la voz *campus* se entiende *planities*, trae su origen aquella voz de la griega κάμπω, *flecto*, *quia in planitiem flexus fuerit*, como dice Forcellini. (*Lexicon*, voz *campus*.)

ciuco cuartos de legua (ó sean cerca de los cinco mil pasos) limitada ó rodeada por los cerros inmediatos, que hicieran de aquel territorio un país montuoso propiamente dicho (1).

Para completar los datos sobre la topografía de Munda, recordarémos un pasaje, ya citado, de Suetonio (2), y otro de Plinio el Naturalista. Refiriendo el primero que J. César habia establecido su campamonto delante de los muros de *Munda*, dice, que aquel mandó conservar una palma, encontrada en la selva; que hubo de talar entonces, segun queda expuesto en otra parte de nuestra Memoria. Se ve por este pasaje que delante de *Munda* habia una *selva* ó bosque poblado de árboles, lo cual, agregado á la idea que nos da Hircio de quo estos lugares elevados, como el de *Munda*, se hallan metidos entre cerros ó rodeados de eminencias, indica bien claramente que *Munda* no estaba asentada en medio de esos terrenos llanos que formau algunas de nuestras hermosas y dilatadas campiñas, sino en una gran sierra ó cordillera de montañas, cortada á veces, ó á intérvalos por alguna llanura, y poblada de árboles que formasen espesos bosques ó selvas.

Pliuio el anciano en su *Historia Natural* escribe que cerca de Munda en España, doude César siendo Dictador venció á Pompeio (el mozo), se encuentran piedras *palmeadas*; y esto aparece cuantas veces se quiebren (3). Sobre la voz palmeadas Harduino interpreta, que quebradas las piedras ofrezcan por dentro la figura de la palma (4). Huerta en su version castellaua traduce: «en España se hallan piedras palmeadas junto á Munda, donde el Dictador César venció á Pompeio, y quedan assi todas las vezes que las quiebran». Y los traductores franceses: «palmees c'est a dire qui pressant lors qu'ou les brisse l'image de la paume de la main (5)». Un escritor moderno conjetura que real y efectivamente serian plantas que quedarian incrustadas al formarse aquellas piedras. Pero creemos que la voz *palmeadas* indica sólo que

(1) Tan exacto es esto, que el propio Hircio á la vista del campo mundense, repitiendo en el cap. 28 lo que Cneo habia escrito poco antes á los de Osuna de que «el ejército bisoño de César no se atrevia á salir á el campo,» expresa: «*in convallem descendere:*» y la voz *convallis* significa un llano, rodeado de montes por todas partes.

(2) Suet. *Aug. Vit.*, cap. 94.

(3) «*Palmati circa Mundam in Hispania, ubi Caessar Dictator Pompeium vicit, reperiuntur, idque quoties fregeris.*» (Plin. *Hist. Nat.*, lib. 36, cap. 18.)

(4) «*Qui palmae intus fracti effigiem referant.*»

(5) Plin. *Hist. Nat.*, edit. Paukouc, tomo XX, pág. 203.

en estas piedras aparecia dibujada interiormente la figura de la palma, tantas veces como se rompieran. Los antiguos naturalistas no habian tenido la idea de determinar los caractéres distiutivos de las piedras; se contentaban con describir sus propiedades generales y hacian su historia por los usos á que se aplicaban y con especialidad por la estimacion que las daban en su tiempo; y así no se pueden hallar en el dia la mayor parte de las piedras que menciona Plinio en su obra. Sin embargo, y á pesar de nuestra incompetencia en tales materias, opinamos que el Naturalista entiende por piedras *palmeadas* las *Dendritas*, que son del número de las ágatas figuradas ó herborizadas.

Mayor dificultad ofrece afirmar á qué distancia de *Munda* se han de encontrar estas piedras *palmeadas*, de que habla el Historiador Naturalista. Vemos que muchos interpretan que han de hallarse en el mismo campo de Munda, y hasta escriben *apud* como equivalente de *circa*. Pero en esto parécenos se debe proceder con más detenimiento, porque el propio autor tratando de las piedras especulares en el citado libro XXXVI, cap. XXII, que se hallaban cerca de la ciudad de *Segóbriga*, expresa antes, que esto era dentro de la distancia de cien mil pasos; de lo que se desprende ser todavía *cerca* para Plinio un rádio de veinte y cinco leguas alrededor de una ciudad. Así es que despues de explicar lo que entendemos por piedras palmeadas, y no negando su importancia para venir por aproximacion á justificar el sitio de la antigua Munda, cerca de la cual se encontraban, creemos algo aventurado escribir, como lo hace Rodrigo Caro: « Si esto fuese verdad, quitada estaba toda duda, donde tales piedras se hallasen » (1).

(1) Rod. Car. *Ant. de Sev.*, fól. 181 vuelto.

CAPITULO II.

—

MONDA.

Habiendo ya fijado las circunstancias topográficas, que han de reunir la situacion y alrededores de la antigua Munda, procedamos á hacer la debida aplicacion en los diversos puntos, donde se ha pretendido hallar el asiento de aquella memorable ciudad (1).

A seis leguas, al Occidente de Málaga, está la moderna villa de Monda. Hállase situada al término de un valle, que llaman vega, toda rodeada de cerros más ó menos elevados, siendo el que hace frente el más alto, y del cual se desgaja otro de menor elevacion, á cuyo pié yace la citada villa. Saliendo de Coin, de la que dista una legua larga, se atraviesa primero el arroyo de Valdeperales, despues el de Pereyla, y últimamente el de Alcazarin, que pasa ya muy cerca de Monda. La vega es bastante llana, y tiene media legua de largo por medio cuarto de legua de ancho, donde puede jugar caballería. En la

(1) El método que adoptamos para exponer el resultado de nuestras investigaciones, es el mismo que nos ha ofrecido el órden de nuestro viaje de exploracion, emprendido con tal objeto. Siendo Monda el primer punto, los que siguen han de tocarse más ligeramente para no incurrir en fastidiosas repeticiones. Además, el terreno de esta villa es el que ha merecido mayor preferencia á los eruditos, y como pudiera tal vez, transcurriendo los tiempos, salir á la palestra un nuevo adalid mondense, reconviniendo que aquellos eruditos viajeros sólo habian reconocido la vega de Monda, y que Morales (el escritor qué generalizó más la opinion de que Munda era Monda), no se habia referido á esta, sino á otra vega, que es por donde corre el rio Grande, nos vemos obligados, contra nuestra voluntad, á ser en ello más extensos. Por último, la descripcion del campo de *Ronda la Vieja* ha quedado para tratada en último término; porque siendo el único punto donde hemos encontrado ajustadas las circunstancias topográficas, que quedan expuestas, nos ha parecido natural, sólo en este caso, invertir el método propuesto.

cima del cerro, á cuya falda está situada Monda, se alza la fortaleza ó castillo que llaman la *Villeta*. Es, á no dudarlo, obra de moros, como lo testifican sus torreones cuadrados. Están ya medio derruidos, pero es tan grande la trabazon de sus piedras y mezclas, que algunos lienzos de pared amenazan desplomarse, y no obstante, desafiarán todavía al tiempo destructor por muchos años. El recinto de sus muros forma casi un círculo como de tres fanegas de tierra. Por la descripcion que Morales hace, aunque de pasada, de su terreno, conócese que no visitó estos sitios. Escribe en su *Corónica*: «Tenia Pompeio su campo muy fortalecido junto á la ciudad, porque el sitio alto y la misma ciudad lo amparaban y defendian más. Hircio dice, que no dejó aquel dia la ventaja de su fuerte; mas esto debió ser al principio, porque despues la batalla se mezcló en el llano que hay de más de una legua en lo bajo, con un rio que pasa por medio, y con ser pequeño le llaman ahora el rio Grande». Más adelante, añade: «César tambien con su gente á punto, pasó el llano hasta llegar al rio que estaba á la falda del cerro» (1). A la falda del cerro de Monda pasa el arroyo Alcazarin: rio Grande cruza mucho más abajo, por medio de la vega de la Jara, que es la que tiene más de una legua de extension. Se conoce que Morales confunde una vega con otra, y rio Grande con el humilde arroyo que está á la falda del cerro; por lo cual, con harta razon escribió Vicente Espinel, casi su contemporáneo, que «si hubiera visto esta tierra, no dijera que Monda fué la antigua Munda». Macario Fariña en sus *Antigüedades de Ronda* MSS., esforzó, más que ningun otro, las dificultades que presentaba el terreno de la vega mondense. Cárter, que se propuso hacer igual investigacion en el último tercio del siglo siguiente, obtuvo el propio resultado que Fariña. Poco despues, en 1782, visitó á Monda Perez Bayer, quien en su *Viaje MS. por Andalucía y Portugal*, y en la *Carta* que escribió *sobre el sitio de Munda*, afirma lo mismo que ya habian dicho Fariña y Cárter. Últimamente, en 1790, pasó á Monda el ingeniero Belestá, comisionado por órden del Rey, y levantó un plano de la vega de Monda, corroborando las observaciones de los viajeros que le precedieron. Los que despues han sostenido que Monda es la antigua Munda donde César venció al hijo de Pompeio, abandonan ya el campo de la vega mondense, porque reconocen no les ofrece esta la extension que marca

(1) Mor. *Corón.*, lib. 8, cap. 45.

Hircio; pero se empeñan todavía, en nuestro sentir con temeridad, en identificar Munda con Monda. Esta se encuentra á la falda del cerro: Munda estaba en alto, protegiendo al ejército Pompeiano. Munda debió ser una ciudad de grande extension, donde pudieran retirarse las reliquias del ejército vencido: en la *Villeta* apenas cabrán con holgura mil ó mil y quinientos hombres á lo más; y de Hircio consta, como repetidamente hemos dicho, que al fin del asedio fuéron cogidos hasta catorce mil con vida. Munda debia dominar los alrededores para poder amparar al ejército que en sus murallas se apoyaba; y el cerro de Monda se halla dominado por los inmediatos. De Munda no se atrevieron á separarse los pompeianos mil pasos, y todavía se encontraron en lugar superior para los de César, segun Hircio; y el cerro de Monda podrá tener unos quinientos pasos, ó medio cuarto de legua de declive hasta el llano. Identifiquemos las otras circunstancias. El arroyo Alcazarin corre á la mano derecha del que entra por la vega á buscar á Monda; el arroyo del Tejar se une con el Alcazarin por este mismo lado, y en el espacio que comprenden ambos arroyos, al decir del autor anónimo de la *Disertacion* MS. *sobre Munda*, fué la terrible lucha; pero él propio reconoce la imposibilidad de que esto se verificara. Dificilmente podrian operar aqui seis escuadrones y el correspondiente número de infantes. En la vega, tomada en su longitud, no seria imposible formar un ejército mediano; y el de César no era tan numeroso como generalmente se cree. La dificultad consiste en que esta vega no tiene, ni con mucho, la extension de cerca de cinco mil pasos, que dice Hircio. Medina Conde en su *Disertacion* MS. sobre el sitio donde se dió la batalla de Munda, explícitamente confiesa que esta no pudo darse en la vega de Monda (1); y afirma que se trabó en la vega de la Jara, situando el ejército pompeiano en el cerro del Algibe, y el de César en el de Gibalgaya. Entre estos dos cerros hay, con efecto, la vega de la Jara que podrá tener la extension que dice el historiador latino, y aunque su terreno es algo quebrado, puede, no obstante, jugar sin gran dificultad caballeria. Pero el rio Grande,

(1) «Aunque por Hircio y otros autores se dice dada esta batalla en Munda, estando apostadas las tropas pompeianas junto á ella y al amparo de sus muros, no se debe esto entender con tanta proximidad, que fuese en su falda ni á su pié. No pudo ser en su pequeña vega, por contestacion de cuantos la han visto, paseado y pasean sin poderle convenir las señales de Hircio»............... (Medina Conde, *Disert.* MS.)

que es el que divide la vega de la Jara, y con el cual identifica Medina Conde el *rivus voraginosus* de Hircio, como anteriormente ya lo hizo Morales, y en nuestros dias Marzo, aunque éste finalmente no sabe si decidirse por rio Grande ó por el arroyo Alcazarin; este rio no puede ser el *rivus* del texto. Dice el historiador, corria á la mano derecha de César; rio Grande corre á la izquierda de los que estuvieran en Gibalgaya, donde se supone á César. Por último, si la batalla se hubiera dado en la vega de la Jara, era preciso suponer á Munda en el cerro del Algibe. Afirma Hircio, que no se atrevian á separarse los pompeianos á más de mil pasos de la plaza. El cerro del Algibe dista una legua larga de la villa de Monda; si estaban acampados los pompeianos en el cerro del Algibe, ya no estaban á los mil pasos que asegura Hircio. Comprendemos que despues se fueran separando más los pompeianos, y que la batalla se trabaria á mayor distancia; pero nunca dejaban de estar al abrigo de las murallas de la ciudad, que era encumbrada; y esta circunstancia tan repetida por el historiador latino, no puede seguramente aplicarse á Monda, con relacion á los que acampasen en el cerro del Algibe, que es mucho más elevado. La llanura arrancaba desde el mismo monte en que estaba el ejército, la ciudad y el campo pompeiano: la vega de la Jara es completamente distinta de la de Monda, y se halla separada de esta por cerros mucho más altos que el de la misma villa. El rio Grande corre á unas dos leguas de ésta, y á poco menos de su explanada ó sea la vega de Monda, ¿cómo puede decirse de aquella que á su declive antecedia el arroyo de Hircio, si se le identifica con el citado rio? Cuantas reflexiones hace Medina Conde para salvar las dificultades, prueban su ingenio, pero no la verdad de su opinion. Y así como se ha dicho que la inspeccion ocular de la vega de Monda, es el mejor comprobante de que en ella no se pudo dar la batalla, así puede afirmarse que el texto de Hircio es la demostracion más completa de que no pudo darse tampoco en la vega de la Jara (1).

(1) Valdeflores, citado por Cean, identifica el *rivus* del texto con el rio Seco. Esto todavía, si cabe, es más imposible, porque este rio al pasar frontero á Monda, lame el pié de la sierra de Guaro. Aqui no existe llanura ninguna para poder jugar caballeria.

CAPITULO III.

—

RONDA.

La ciudad de Ronda se halla levantada sobre ambos lados del tajo que lleva el mismo nombre, y en cuyo fondo corre el rio Guadalevi, atravesando por medio de la poblacion, cuyas dos partes enlaza una soberbia moderna puente, digna del tiempo de los romanos. Fronteriza á la ciudad se extiende una llanura que divide el mencionado rio, conociéndose la banda de la derecha por la Planilla, y la siniestra por los llanos de Aguaya ó de la Hidalga. Ambas llanuras, aunque no en toda su longitud completamente planas, tienen cerca de cinco cuartos de legua. A pesar de este dato favorable no pueden identificarse aquí las demás circunstancias topográficas que se requieren.

En primer lugar, Ronda no debió estar asentada en lo antiguo sobre la eminencia del cerro que forma el tajo, como quiere el escritor moderno que tal opinion sustenta (1). Fariña dice en sus *Antigüedades* MSS. que « la primera fundacion de esta ciudad fué por debajo del castillo, en lo que cercan las murallas de la villa y arrabal viejo, y que lo alto de la ciudad era campo » (2). De esta manera, aún cuando el rio no pasase por medio de ella, como hoy sucede, lameria el extremo de sus muros, ó correria tan cerca que no hay posibilidad de que el ejército de Pompeio se situase con el rio al frente y la ciudad á la espalda; pero aún cuando se la suponga en lo más elevado, nunca habria espacio para formarse en el monte el ejército pompeiano ; y para estar colocado propiamente entre el rio y la antigua ciudad, habria de hallarse del mismo modo entre aquella y el tajo, por cuyo fondo es

(1) Atienza, *Munda de los Romanos.*
(2) Fariña, *Antig. de Ronda*, MSS., cap. 3.

donde el rio corre metido en un estrecho y profundísimo cauce, que hubiera sido en este caso un obstáculo insuperable para el ejército de César. Así es que el referido escritor extiende el ejército de Pompeio por los cerros inmediatos, de lo cual resulta que en vez de estar los pompeianos delante de la plaza, esta es la que se hallaria antes que ellos, quedando como puesto avanzado en la misma línea del rio.

No hay, pues, para qué buscar la antigua Munda en la moderna Ronda, cuando su misma situacion lo está desmintiendo tan á las claras.

CAPITULO IV.

—

MEZQUITILLAS.

El Arcediano de Ronda D. Lorenzo de Padilla, inconstante sobre la situacion de Munda, (que unas veces se inclinaba á colocar en las ruinas de Ronda la Vieja, y otras no, segun dice Fariña), decidióse al fin por creer que «fué edificada la ciudad de Munda en unos llanos, que llaman el campo de la Higuera, que es término de Osuna y llámanse al presente las Mezquitas». Bastaba considerar que el citado coronista de Cárlos V supone la antigua *Munda* edificada en unos llanos, para convencerse de lo equivocado de su dictámen. Pero no es esta la sola dificultad que se presenta, sino que tampoco existe la llanura de cerca de cinco millas, que ha de encontrarse para identificar el campo mundense de Hircio en el lugar que cita.

En el comedio del camino, que va desde Àlcalá del Valle á Osuna, está la villa de Saucejo á tres leguas de uno y otro punto. A la mano izquierda de aquella villa, llevando la direccion á Osuna, y á corta distancia del camino hállase el campo de las Mezquitas, ó Mezquitillas, como hoy se le llama vulgarmente, y en el cual hay una aldea ó caserío. Desde aquí hasta el rio Corbones, que pasa por aquel territorio, el terreno es entre llano, y desde el rio á la frontera sierra de Algámitas, cada vez va siendo más quebrado, resultando su extension de una legua solamente. Más bien que llanura parece aquel terreno una continuada graderia de cerros más ó menos elevados, que se enlazan con la sierra principal. Aquí, pues, en rigor no existe verdadera planicie, ni tampoco la que así quiera llamarse, tiene la extension que se fija en el *Bello Hispaniense*, como ya se ha dicho. Al pié de Mezquitillas pasa un arroyo, que nombran Pedriscas, con el cual tal vez identificara Padilla el *rivus* de Hircio. Más

adelante se ve una fuente, que debe ser la misma, que denomina del *Esparto*, y hácia la cual fué la opinion del referido Arcediano que estuvo edificada *Munda* entre Osuna *(Urso)* y Setenil, que él creyó era la *Itucci* del Historiador Naturalista.

CAPITULO V.

—

ALREDEDORES DE OSUNA.

D. José Ortiz en su *Disertacion Histórico-Geográfica* MS. *acerca del paraje de la célebre ciudad de Munda*, afirmó que estuvo infaliblemente situada entre Écija y Osuna, á cinco ó lo más seis millas de esta última, hácia las lagunas de Ayala y Calderona ; y en su *Compendio de la Historia de España* expresó casi lo mismo, situando á Munda «entre Osuna y Écija.......... cerca de Estepa, quizás á la mano derecha del *Singilis* ó Xenil». Desde la cumbre del cerro, donde todavía se registran algunos restos de la antigua *Urso*, se descubren al pié unas extensas llanuras hácia el sitio de las expresadas lagunas. En esta campiña hasta unas nueve leguas de distancia, no se levanta monte alguno donde pudiera suponerse á *Munda*. El cerro del Tesoro y el de la Sierresuela son los únicos puntos elevados de todos aquellos contornos. El primero está más de seis millas de Osuna, en direccion á las indicadas lagunas, y á la banda izquierda del arroyo Aguadulce, con el que pretende identificar Ortiz el *rivus* de Hircio ; pero este es un cerro que sólo tendrá de elevacion como un tiro de bala desde el arroyo que corre al pié hasta la misma cumbre ; y ya se ha visto que segun el texto del *Bello Hispaniense* el monte donde habia de hallarse asentada Munda debia tener precisamente mucho más de una milla, sin que los pompeianos, que no se atrevian á separarse á mayor distancia de la plaza, llegáran á tocar todavía en la llanura. Agrégase á esto que en la cima de dicho cerro no se encuentran vestigios de poblacion alguna, ni hay memoria de que hayan existido. Pero lo que convence más aún de lo imposible que seria colocar sobre este cerro la antigua *Munda*, es que fronterizo se levanta el de la Sierresuela, tan inmediato al del Tesoro, que sólo los divide el arroyo Aguadulce. La llanura no

puede, pues, identificarse en este sitio (á pesar de que todo este terreno merece con propiedad la calificacion de dilatada llanura), porque frente al cerro del Tesoro se halla cortada aquella por el de la Sierresuela, para el que trae el camino de *Casariche* ó antigua *Ventipo:* tanto, quo este último cerro no deja ver el del Tesoro hasta que se llega al arroyo Aguadulce, que por entre ambos collados lleva su corriente; y no es esta la idea que ministra el libro de la *Guerra de España*, acerca del curso del rio y de la disposicion de la llanura. Desde Osuna á la Puente de Don Gonzalo va el camino por *Pozo Ancho* y *Herrera*. Este último punto se halla á una legua de distancia de la *Puente;* y en el tránsito todo el terreno que se descubre es do campiña, á veces entre llano, pero sin ninguna eminencia por la parte de Mediodia más que las sierras de *Lora* y *Estepa*, que dominan aquellos campos circunvecinos, por los cuales no corre rio alguno. Por la parte Norte y ya tocando con el Genil, el punto más elevado de los alrededores es el de *Estepa la Vieja*, donde yacen tendidas las ruinas de la antigua y memorablo *Ástapa*, y á cuyo lugar se ajusta bien el texto de Livio (1), y de ningun modo el de Hircio. Ortiz no reconoció por sí mismo estos lugares, é invitaba para que se practicasen diligencias con el objeto de resolver la cuestion sobre el sitio de Munda. Pero de las escrupulosas investigaciones que en grande escala hemos hecho de todo este territorio, resulta que no puede colocarse tal ciudad en los alrededores de Osuna, tan inmediata como quiere Ortiz.

(1) Liv., lib. 28 cap. 22.

CAPITULO VI.

—

MONTURQUE Y MONTILLA.

Perez Bayer en su *Viaje por Andalucia*, pasando por Monturque, que está situada en la comarca de Córdoba, creyó que aquel terreno reunia las circunstancias topográficas que señala el libro de Hircio; pero engañóse en la presente ocasion el ilustre maestro del infante D. Gabriel. Verdad es que ni siquiera se detuvo á practicar el más ligero reconocimiento. El cerro, donde está asentada Monturque, sólo tiene medio cuarto de legua de descenso hasta el llano, y es muy escarpado; de manera que se hace imposible la colocacion de la caballería pompeiana en esta eminencia, ni la de César podia tampoco haber intentado la subida. Pasa, con efecto, al pié del cerro un riachuelo, que es el rio de Cabra, que por esta parte toma el nombre de Monturque, y cuya direccion es de Oriente á Poniente: pero la llanura de cerca de cinco cuartos de legua, que es preciso buscar con arreglo al texto del *Bello Hispaniense*, no se encuentra, pues el llano que está al Norte de la villa, sólo tiene media legua de travesía.

Cortés y Lopez, despues de hacerse cargo de la reduccion geográfica de *Munda-Monturque*, creyó resuelto el problema decidiéndose por Montilla. Olvida el autor del *Diccionario Histórico-Geográfico*, que si «el exactísimo Bayer no escribia sino lo que veia y examinaba muy detenidamente» (1) (aún cuando al citado Bayer el campo de Montilla parecióle de bastante extension), «no advirtió cerro ó eminencia notable en que estuviese fundada la ciudad, ó que la dominase y defendiese, qual yo» (continúa Bayer) «me figuraba que la tendria Munda, puesto que Hircio dice que los *pompeianos se defendian con lo elevado*

(1) Cortés y Lopez *Dicc.*, art. *Munda-Bética*.

del lugar» (1). Y esto es lo exacto. Montilla tiene su entrada completamente llana por el camino de Aguilar, con poco declive por las demás partes, excepto la del Norte, donde hay unas pequeñas barrancas que darán á Montilla cien varas de elevacion sobre el nivel del llano. Á estas barrancas síguese una suave inclinacion, que completa hasta un cuarto de legua de distancia de la ciudad. Desde aquí hasta el arroyo *Carchena* (con el cual identifica Cortés el arroyo del campo Mundense) hay tres cuartos de legua de llanura propiamente dicha, y desde el arroyo á los cerros fronterizos poco más de un cuarto de legua, todo en direccion al Norte. La única circunstancia topográfica que aproximadamente pudiera identificarse en Montilla, es la de la llanura que, comprendiendo desde el pié de los barrancos expresados hasta los montes vecinos, tiene cerca de los cinco mil pasos que señala el historiador de la *Guerra de España;* porque en cuanto á las otras circunstancias, ni Montilla está en alto, ni las barrancas de la parte Norte que dan frente á los llanos, son capaces de contener, no decimos un ejército algo numeroso como el de Pompeio y su caballería, pero ni quince ó veinte cohortes, aún cuando estas se halláran diseminadas. Aunque el rio Carchena corre de Oriente á Poniente, resultando á la mano derecha del que se dirige por esta llanura á Montilla, pasa á una legua distante de la ciudad, como ya se ha dicho, dejando por lo tanto la más pequeña parte del llano á la banda opuesta; y no conviene esto con la idea que nos da el texto de Hircio, acerca del paraje por donde el rio llevaba su curso.

(1) Perez Bayer, *Carta sobre el sitio de Munda.*

CAPITULO VII.

CASTILLO DE BÍBORAS.

Habian comunicado á D. Macario Fariña que en el castillo de Bíboras se ajustaban los datos topográficos que sobre Munda nos ministra el *Bello Hispaniense*, y entonces escribió, segun dice en sus *Antigüedades de Ronda MSS.*, á su amigo el licenciado Pedro Diaz de Rivas para que lo investigase. Un escritor moderno, que ha seguido el dictámen de Fariña, se ha encargado, al parecer, de cumplir con este legado, y para él han convenido á maravilla las circunstancias topográficas del mencionado castillo con las que expresa A. Hircio (1). Pero engañóle el buen deseo de encontrar el sitio de la antigua Munda, como demuestra la descripcion que del castillo y sus inmediaciones vamos á presentar. Existe dicho castillo como á una legua y cuarto de Alcaudete, en la encomienda de Bíboras, que perteneció á la órden de Calatrava, término de la villa de Martos. Se conoce hoy con el nombre de Castillejo de Bíboras (2). Construido sobre riscos, ocupa una altura bastante elevada. Encuéntrase á la derecha de la corriente del rio Bíboras, linde su declive con la misma orilla del citado rio: por consiguiente, colocado el ejército de César á la banda opuesta, como es necesario en este caso suponer, resultaria que el arroyo corria á su izquierda, que es precisamente lo contrario de lo que dice Hircio. Tampoco existen las llanuras de mucha extension que se suponen. Por la parte Norte y á distancia de un tiro de arcabuz del castillo se encuentra un cortijo, que lleva el

(1) Don Miguel A. F. de Sousa, *Apuntes sobre el verdadero sitio en que existió la gran ciudad de Munda*.

(2) El mencionado castillo tiene tres órdenes de murallas formadas en su mayor parte por la naturaleza, y en el centro debajo de aquel hay un subterráneo tan espacioso que puede contener trescientas cabezas de ganado lanar.

mismo nombre de Biboras, y todas las tierras de labor inmediatas son bastante quebradas; tanto que á otro tiro de fusil hay un cerro de riscos y monte, casi de la misma altura que el del castillo, llamado Cerro de la Horca, y está enclavado en medio de las tierras de labor. La ciudad que sin duda estuvo edificada en este sitio es *Bora*, de la cual el señor Fernandez-Guerra ha encontrado por allí varias medallas. Segun este erudito los árabes decian *Bib-Bora*, puerta, esto es, puerto, paso, angostura, garganta, ó entrada de *Bora* á la que hácia allí ofrecen las sierras de Jaen, Alcaudete y Alcalá-la-Real. Pero en el tiempo de la reconquista añadieron los castellanos una *s* final á esta palabra, acomodándola al genio de su lengua y buscándole en ella algun significado: del nombre exótico *Bib-bora* hicieron *Viboras*, metamorfósis llana y facilísima como otras infinitas de españoles y alárabes, que ha tenido ocasion de observar el Sr. Fernandez-Guerra. Con lo cual se confirma su dictámen de que allí estuvo situada la ciudad del mismo nombre.

CAPILULO VIII.

—

SIERRA DE GIBALBIN Y LLANOS DE CAULINA.

Otro escritor moderno pretende identificar el campo Mundense con la gran llanura que hay por la parte de Lebrixa, seguida de los llanos de Caulina (1); pero siendo *Nebrissa* del Convento Hispalense, segun Plinio, es imposible que ninguna parte de su territorio pudiera corresponder al de Munda, que pertenecia al Astigitano, conforme al mismo Historiador Naturalista. Hace notar mucho el referido escritor de nuestros dias que el suelo está lleno de lagunas, con lo que pretende identificar aquí el terreno pantanoso por donde corria el arroyo de que escribe Hircio: mas estas son las marismas ó esteros del Guadalquivir, entre los cuales hallábase asentada *Nebrissa: At inter aestuaria Baetis oppidum Nebrissa;* como dice el ya citado Plinio. Así es que nos hemos dispensado de reconocer estos llanos de Lebrixa y Caulina, y la sierra de Gibalbin, donde se quiere situar la ciudad de Munda: porque hasta que se pruebe, ó por lo menos se haga verosímil, que la linea occidental del Convento Astigitano comprendia todo el territorio expresado, aún cuando convinieran las circunstancias topográficas que se buscan, toda investigacion es ociosa y completamente inútil.

(1) Castro, *Hist. de Cádiz*, pág. 61.

CAPITULO IX.

RONDA LA VIEJA.

Es el sitio llamado la mesa de Ronda la Vieja la llana cumbre de un espacioso y elevado monte, cortado de peña tajada, con una entrada que poco á poco se va oblicuando, y continuando con la llanura que se extiende al Norte hasta llegar á la Torre de Alháquime. No hay á la redonda cerro alguno que domine á el de Ronda la Vieja, en cuya cima se registran todavía soberbias y grandes ruinas, evidentemente romanas y pregoneras de que allí ha existido en lo antiguo una fuerte y populosa ciudad. La primera circunstancia que favorece para identificar en este sitio la topografía de la antigua Munda, es ser lugar tan elevado, y que dentro de sus murallas pudieran refugiarse las reliquias de un ejército vencido, por numeroso que este fuera. Los cimientos que todavía se reconocen de sus muros y torres, comprueban la circunstancia de ser ciudad fuerte, y con cuya defensa se pudieran amparar los pompeianos. Estos no osaban alejarse de las murallas más de mil pasos, ó sea un cuarto de legua, y sin embargo, aún resulta que no abandonaban el lugar superior. Y así se verifica en este sitio, donde por espacio de más de un cuarto de legua de largo y otro tanto de ancho se prolonga el lugar encumbrado.

Desde aquí se adelanta por espacio de otro cuarto de legua hácia los llanos de la Torre, un terreno quebrado, con sus laderas y colinas, pero que no está á la altura del otro terreno, que constituye con la cumbre el lugar superior. Y á este terreno quebrado ó desigual, por su mayor extension á los costados (pues el monte, á medida que busca la próxima llanura, se va naturalmente ensanchando), es al que Hircio se refiere cuando dice hablando del movimiento del ejército pompeiano, que saliéndose del terreno quebrado, se presentaron al descubierto, de modo que el

acercarse hasta ellos, era, sin embargo, en gran manera peligroso; porque todavía, en verdad, aún cuando no se amparasen ya de aquel terreno, no podrian aproximárseles sin grave riesgo los que subiesen la pendiente. Al terminarse esta, que se extiende casi otro tanto, comienzan unos hermosos llanos llamados *del Galapagar*, que se prolongan con otros hasta la villa de la Torre de Alháquime, situada en frente, y de la cual reciben estos el nombre que llevan en la actualidad de *Llanos de la Torre*. Ambos reunidos tienen de longitud, tomada desde los cortijos de la Mariscala y la Garduñera, que es la parte por donde más se acercan dichos llanos á las ruinas de Ronda la Vieja, hasta la referida villa de la Torre, cerca de cinco cuartos de legua, ó sean cerca de cinco mil pasos, como escribe Hircio; debiendo advertir que tienen alguna aunque poca inclinacion, cuando se aproximan al cortijo de los Villalones, pues terminada la cuesta, el terreno se va poco á poco oblicuando y continuándose con lo demás del llano, y corresponde á lo que se lee en el texto: «que de aquí enderezándose el próximo llano, se igualaba». Esta llanada próxima á los lugares superiores, es la que se conoce además con el nombre de *llanos del Galapagar*, por un insignificante arroyo que la atraviesa, y viene á morir en el rio Setenil, junto á un molino harinero, que está ya en los *llanos de la Torre*.

El rio de Setenil, que sirve de origen al Guadalete, viene de la parte de Oriente de Ronda la Vieja, y pasando por Setenil de las Bodegas, entra á media legua escasa de esta villa en los *llanos de la Torre*, corre atravesando la llanura, y dejando á la izquierda los *llanos del Galapagar* y á su derecha aquellos otros, va á salir por frente de la Torre de Alháquime. La llanura que Hircio unas veces denomina *próxima* y otras *extrema*, es la que constituye lo que hoy llaman los *llanos del Galapagar*, y principia en la falda del cerro de Ronda la Vieja, terminando propiamente donde corre el Setenil, á cuya circunstancia se ajusta lo que dice Hircio que «á su descenso antecedia el arroyo»: porque, con efecto, precede para el que viene de la Torre á Ronda la Vieja, no pudiendo pasarse de un llano á otro, sino atravesando dicho rio. Lo que añade el historiador, de que el arroyo corria á la derecha mano por un suelo pantanoso y voraginoso, es exactísimo tratándose del rio Setenil; pues su cauce es todo cenagoso y lleno de lodazales (1), y su curso es á la ma-

(1) *Guad-al-Tin*, ó rio del Lodo, llama Isa-ben-Muhammad, en su libro sobre *la ocasion de la entrada de Tariq en Al-Andalus*, comprendido en el *Bayan Almo-*

no derecha para el que viene de la Torre, y tambien al extremo de la llanura, *ad extremum*, como se lee en el códice de Chacon. Por último, todos estos llanos á uno y otro lado tienen cuestas más ó menos elevadas; pero casi en su totalidad es terreno afable, y en que puede funcionar caballeria, especialmente las cuestas que caen á la mano izquierda del que se dirige desde la Torre de Alháquime á Ronda la Vieja.

Para completar esta descripcion, sigamos ahora el órden inverso, marchando con el ejército cesariano. César colocó sus estancias en el campo mundense frente de las de Pompeio, situándose en las alturas de los Andenes, como antes hemos dicho. Fuéle avisado que desde la tercera vigilia estaba formado el ejército de aquel, y viendo que se hallaban tendidas las haces enemigas en son de guerra, no dudó de que bajarian á batallar en terreno igual al medio del llano, ó séase la parte por donde el rio Setenil entra dividiendo los del Galapagar y los de la Torre. En tal concepto los de César, dispuestos en columna, marcharon con ánimo de trabar la contienda. Pero los adversarios, que se defendian con la ciudad elevada y la naturaleza del lugar, formados entre el arroyo Galapagar por frente de los cortijos del Coto y de los Villalones y la explanada que hace la llamada hoy Hoya del Espino, ocupando una extension de cerca de dos mil ochocientos metros, segun que se demuestra en el Apéndice núm. V, no osaban separarse á más de mil pasos de las fortificaciones; y sólo hubieron de avanzar, alejándose á más distancia, hasta colocarse entre el cortijo de la Mariscala y las alturas de donde arranca la cuesta de Leche, sin abandonar por consiguiente el lugar elevado. Los cesarianos á paso lento se acercaron más al arroyo, y se situaron en la línea de este, por la parte en que corre frontero á Ronda la Vieja. Los pompeianos no hicieron movimiento. Los cesarianos, habiendo atravesado el arroyo y dejádolo completamente atrás por su derecha, se hallaron en la llanura extrema y próxima á los lugares superiores; y habiéndose acercado al terreno desigual, que principiaba en el término de aquella llanura, entonces se formaron en batalla, colocándose entre los cortijos de los Chaparros y las Monjas y el punto en que comienza la expresada cuesta de Leche, ocupando unos dos mil metros de todo frente, segun que tambien se demuestra en el Apéndice antes citado. El enemigo, hallándose donde queda dicho, naturalmente estaba situado en el lugar superior para los que se encontráran en el terreno que acabamos

greb, al rio en que alcanzó Tariq á Rudheriq, que todos sabemos fué el rio Guadalete; y ya antes se ha dicho que el Setenil es el origen de este rio.

de indicar, como los cesarianos debian estarlo: de modo, que era peligrosísimo para estos el pasar más arriba, y advirtiéndolo César señaló el punto hasta que habian de llegar los suyos. Esto, de temerosos convirtió en confiados á los de Pompeio, y ensoberbecidos empezaron á salir del terreno quebrado, situándose entre los cortijos de Giron y de la Garduñera y la misma cuesta de Leche. Pero todavía corrian grave riesgo los de César atacando á los pompeianos en aquella posicion. Asi y todo, trabóse sin embargo la batalla con grande vocería, siendo el campo donde se verificó el combate, el llano y falda del monte de Ronda la Vieja, entre los cortijos de Zapatero y D. Fernando, y el principio de la mencionada cuesta de Leche, cuyos lugares todos pueden registrarse en el adjunto plano. Lo que aconteció despues de la lucha explícase exactamente sobre este terreno. Escribe Dion que los pompeianos, unos huyeron á la ciudad, y otros al campamento, situado contra las murallas de Munda. Los del ala izquierda podrian entrarse en él, y defender caras sus vidas, pero no penetrar en la plaza; porque la mesa de Ronda la Vieja está sobre un cerro de peña tajada, que no permite la subida y entrada sino por el otro lado. Y asi los del centro, y especialmente los del ala derecha, son los que pudieran haberse entrado en la ciudad. Todas estas cuestas son de terreno afable (1); de modo, que las turmas cesarianas podrian perseguir á los fugitivos hasta las mismas

(1) Tanto que los labradores de todos aquellos contornos se sirven frecuentemente de *carretas*, lo que no podria verificarse si el terreno no se prestara. Recordamos tambien que en la *Corónica de D. Juan II* (año MCDVII.), cap. 37, tratando de cómo el Infante D. Fernando fué á cercar la villa de Setenil, dáse cuenta de las lombardas, mantas y demás pertrechos y de las *carretas é bueyes* que los habian de llevar. Y á el capitulo 43 despues de cercada la villa, da razon: «De como el infante ordenó que los Grandes que con él estaban, mandasen traer en sus *carretas* las piedras para las lombardas, porque los bueyes del Rey estaban muy cansados.» D. Fernando para dirigirse á Setenil, (segun la citada *Corónica*), partió de Zahara y puso su Real, cerca del castillo de Montecorto (al Sur de las ruinas de Ronda la Vieja, por bajo de Buxambra y el cortijo de la Loma, á una legua de aquella). Para proseguir su marcha sobre Setenil, tuvo que rebasar, por consiguiente, la mesa de Ronda la Vieja, llevando las lombardas y carretas necesarias. La retirada del Infante (segun la *Corónica de Pero Niño*), fué por Olvera, pero las lombardas tornáronse á Zahara; pasando entre Montecorto y Ronda la Vieja, cuyo nombre se repite varias veces en esta *Corónica;* demostrando las frecuentes caidas de la tan *grand lombarda, que avian de tirar della veinte pares de bueyes,* que la aspereza del camino comenzaba despues de aquella, *fasta en par de Audita, porque ya alli iban cuesta ayuso los pertrechos, é en salvo, que eran cerca de tres leguas. (Corón. del Conde D. Pero Niño,* cap. 42.)

puertas de la plaza. La caballeria de César ocupaba el ala izquierda que corresponde á la derecha de Pompeio, y por este lado se prolonga la extensa cuesta de *Leche*, cuyo suave declive permite juegue caballería hasta muy cerca de la mesa, ó cumbre espaciosa y llana, donde yacen tendidas las ruinas de Ronda la Vieja (1). En la formacion de los ejércitos romanos la caballeria se colocaba ordinariamente á los costados, constituyendo las dos alas. Así lo practicó Pompeio el mozo en esta batalla; pero César procedió de otro modo, situándola toda en el cuerno izquierdo de su ejército; y esto se explica á maravilla sobre el terreno de Ronda la Vieja, porque corriendo el arroyo Galapagar á la derecha mano hasta unirse con el Setenil, formando un suelo pantanoso y lleno de gredales, no podian jugar los caballos cómodamente por este lado, y además quedaba cubierto con la corriente de aquel, algo más caudalosa por esta parte, el flanco del cuerno derecho del ejército de César. Exactamente pasó otro tanto en los campos de Pharsalia. El Gran Pompeio tenia resguardado el cuerno derecho de su ejército con cierto arroyo llamado Enipeo, segun cantó Lucano:

« *Sanguine romano quam turbidus ibit Enipeus* »; (2)

por cuya causa colocó toda la caballeria y los saeteros y honderos en el ala izquierda (3). Esta era táctica y usanza de guerra en tales ocasiones, como afirma Vegecio en su obra de *Re Militari* (4).

(1) Lorenzo Valla en su *Historia del* mismo *Infante D. Fernando*, luego *Rey de Aragon*, refiere que, levantado el cerco de Setenil, salióse aquel al campo de Moron, donde podia desplegar á su vista todo el ejército, y le pasó muestra (ó quiso hacer alarde, como dice la *Corónica*), lo que no habia hecho á su llegada, contándose treinta mil caballos y ochenta y seis mil infantes. «*Tertio die fumantibus quoque versus ex incendio Satanillianis agris, profectus cum omnibus copiis Ferdinandus ubi in campum Mauri pervenit, unde omnem exercitum subiicere oculis poterat, iniit numerum militum recensuitque, quod in adventu non fecerat: equitum ad triginta, peditum ad sex et octoginta millia.*» (Laur. Vall. *Hist. Ferd. Reg. Arag.*, libro 1, edit. Rom. 1520.)

(2) Lucan. *Pharsalia*, lib. 7, vers. 116.

(3) Caes. *Bell. Civ.*, lib 3, cap. 88 *in fine*.

(4) Veg. *De re milit.*, lib. 3 cap. 20. La parte de los llanos donde se juntan ambos arroyos, el Galapagar y el Setenil, es tan extremadamente plana, que el menor aumento que tengan sus aguas, las desborda y extiende por este lado, que á no ser en el verano, se halla convertido casi siempre en un pantanoso lodazal, en que los frecuentes chupaderos y sartenillas, como los llaman las gentes del pais, hacen dificultoso el tránsito de las caballerias, y nosotros mismos nos hemos visto atascados con ellas en este sitio á causa de una repentina tormenta.

Exponiendo los textos de Hircio y de Suetonio, queda demostrado que Munda debia hallarse situada al borde de una gran sierra ó cordillera de montañas, cortada á veces, ó á intérvalos, por alguna llanura, y poblada de árboles que formasen espesas selvas. En el Andalucía no hay más que dos cordilleras de montes: una que baja desde el Norte por Occidente, entre el Guadalquivir y Guadiana hasta el Océano (que es la Sierra-Morena con sus faldas); y claro es que en esta sierra no estuvo *Munda*, pues ninguna parte del territorio, que media entre estos dos rios, perteneció al Convento Astigitano, á donde correspondió *Munda*. La otra cordillera desciende por Oriente y Mediodia, desde el Guadalquivir hasta el estrecho y constituye hoy las sierras de Granada y de Ronda, siendo el Peñon de Gibraltar, ó antiguo monte Calpe, la extremidad de esta dilatada sierra. Strabon principiando desde Calpe para hacer en detalle la descripcion de la Turdetania dice, que «en la Bastitania y Oretania hay una sierra cubierta con una densa selva, guarnecida de árboles, la cual forma la division entre la parte marítima y la mediterránea ó interior»........ «En esta costa la primera ciudad es Málaga». Este monte es el que el citado geógrafo llama *Orospeda*. Dice en otro lugar, que «primero se dirige hácia el ocaso, y despues se inclina al mediodia y á la costa inmediata á las columnas. Su principio (añade) es un collado desnudo, despues pasando por el campo Espartario se enlaza con la selva que cae sobre Cartagena y Málaga» (1). El primero de estos dos brazos se sale ya fuera de la Bética, y corresponde á lo que Plinio llama monte *Solorio*. El segundo es lo que constituye la actual Serranía de Ronda con todos sus diferentes ramales, poblada de antiguos y robustos árboles, aunque de dia en dia se han disminuido por la incuria de sus habitantes (2). Parece, pues, que estas circunstancias de sitio rodeado de cerros, divididos á veces por alguna llanura, y con bosques ó selvas, que son los datos que nos ministran Hircio y Suetonio, se ajustan bien á esta Serranía de Ronda.

Respecto á las piedras palmeadas de que habla Plinio, se encuentran frecuentemente, no sólo en diversos partidos de la Serranía, con especialidad en el inmediato de Benahojan, sino tambien en toda la pro-

(1) Strab. *Geog.*, lib. 3, cap. 4, §. 2 y 10. *ex recensione* G. Krämer.

(2) Ya en el siglo pasado escribia Rivera (*Memorias Eruditas*, núm. 1, página 83): «El hierro y el fuego han limpiado en varias partes más de cuatro leguas, con pérdida de dos millones y medio de árboles.» Y Fariña se quejaba de lo mismo en su época. (*Antigüedades de Ronda*, MSS.)

vincia de Málaga, por lo cual este dato no es tan decisivo como se deseara. Advirtiendo, que aún cuando no dudamos puedan hallarse tambien fuera de esta provincia, debemos manifestar que nos han asegurado no existian en los puntos que hemos visitado, cuando recorriendo los campos de Osuna y los de Córdoba, fuimos identificando los diversos terrenos para la topografía de Munda. Posteriormente hemos remitido á la Real Academia de la Historia una piedra palmeada, descubierta entre otras muchas, al verificarse un desmonte en el sitio de las *Morenas*, término de Ronda. La Real Academia dispuso se examinase por personas competentes, que han manifestado ser piedra muy comun, y que se encuentra en diferentes partes. Nosotros hemos visto tambien otra igual, traida de Suiza. Desde luego convenimos en el juicio de los sábios naturalistas; pero de cualquier modo resulta que este es un dato positivo con relacion á la Serranía de Ronda. Respecto á fijar el asiento de la ciudad de Munda, ateniéndose á esta circunstancia, repetimos lo que antes hemos dicho: que sólo por aproximacion podrá servir para determinarla, y siempre que en el mismo punto concurran los demás datos, que nos ofrecen los antiguos geógrafos é historiadores.

ıti-
ən-
lad
SS.
ən-
ble
ən-
la
ro-
cho
di-
al
s y
an-
ato
ate
de

a
v
s
b
ra
l
te
la
ot
m
ce
ct
tr
tu
ce
ci
ar
m
to

LIBRO CUARTO.

RUINAS.

CAPITULO I.

ESCRITORES QUE HAN TRATADO DE LAS RUINAS DE RONDA LA VIEJA.

Tan desconocidas como fuéron casi generalmente de nuestros anticuarios las ruinas, llamadas hoy de Ronda la Vieja, durante las centurias XV, XVI y XVII, han venido á adquirir cierta celebridad desde el pasado siglo, en que el P. Florez dió á conocer los MSS. de Fariña, y en que Velazquez las examinó y describió detenidamente, con particularidad su teatro, que es el único monumento notable que aún queda de ellas. Para Ocampo sin duda pasaron desatendidas, y las tomó equivocadamente, como otros muchos, por la antigua fundacion de la actual Ronda, reconviniendo el citado coronista que hubiera personas honradas y discretas, que dijesen mucho contra razon ser aquella *Munda* de los antiguos. D. Lorenzo de Padilla, que redujo á este punto *Tucia* ó *Tucci vetus*, dice : «Permanece al presente destruida ; pero hay insignias muy notorias de sus cercas y muros y su coliseo todo entero, y llámanla Ronda la Vieja». En cuanto al coronista Morales, ignoramos que de ellas tuviera conocimiento ninguno. Su discípulo, el licenciado Franco, quizás el más diligente investigador de las antigüedades de Andalucía, adquirió noticias de

aquellas ruinas por un Fraile mercenario de Ronda, como de cosa nueva ó bien poco sabida (1). El mismo Rodrigo Caro tuvo de ellas una idea harto confusa, cuando calificó de anfiteatro el teatro de Ronda la Vieja (2). Pero D. Macario Fariña, como natural y vecino de Ronda, pasó á reconocer aquel sitio, é hizo ya una descripcion de cuanto se conservaba en su tiempo. Escribió entonces sobre ello á R. Caro, y despues á D. Félix Laso de la Vega, de cuya última carta dió noticia el P. Florez en su tom. I de las *Medallas* (3); y ya Ronda la Vieja, como hemos dicho, llegó á ser de todos conocida, si bien bajo la creencia de que allí fué *Acinipo*, la que Plinio y Ptolomeo colocan en los pueblos célticos de la Bética, que tal es la opinion de Caro y de Fariña. Este último, en sus *Antigüedades de Ronda* MSS., ilustró todas aquellas soberbias ruinas, y como en su época se encontraban en mejor estado de conservacion que hoy dia, transcribirémos más adelante parte de sus capítulos, en que habla de la que él llama *Acinipo*. Despues de Fariña, D. José Maldonado Saavedra y D. Juan Lucas Cortés, visitaron unas ruinas entre Ronda y Olvera, que segun Velazquez, son las mismas de Ronda la Vieja, y quedaron de acuerdo en que eran de *Ilipa magna* (4); así como un siglo antes el doctor Franco, citado por el P. Martin de Roa y por Rodrigo Caro (5), sintió que eran de *Ilipula minor*. En nuestros dias se han hecho otras distintas reducciones á este despoblado de Ronda la Vieja. Cortés y Lopez coloca aquí una ciudad de los túrdulos, llamada *Arunta* ó *Arunda*, distinta de la de la Beturia Céltica; y Castro ha conjeturado que estas ruinas corresponden á la *Saguncia*, que Plinio pone en el Convento Gaditano; justificándose hoy más todavia el dicho del marqués de Valdeflores, de que sobre el antiguo nombre del despoblado de Ronda la Vieja «han variado tanto nuestros anticuarios, como desvariado» (6).

Pasemos ya á hacer una breve descripcion de estas famosas ruinas, que tanto han dado que pensar á los eruditos.

(1) Franco, *Papeles varios de Antig.* MS. antes citado, en la Real Academia.

(2) Esto prueba lo que en otro lugar hemos dicho, que R. Caro no visitó nuestras ruinas. Ni el más ignorante hubiera llamado á un teatro anfiteatro, habiendo visto el de *Itálica* (como sucedia al corografista sevillano) y podido compararlo, conviniendo sin más estudio y exámen que son dos cosas muy distintas.

(3) Consérvase dicha *Carta* MS. en la Acad. de la Hist., E 187, fól. 317.

(4) Velazquez, MSS. núm. 77, Est. 22, gr. 5, Bibliot. de la Acad. de la Hist., tomo XXXVIII.

(5) R. Caro, *Ant. de Sev.*, lib. 3, capítulo 11, pág. 100.

(6) Velazquez, MSS. antes citados.

CAPITULO II.

SITUACION DE LAS RUINAS DE RONDA LA VIEJA Y EXÁMEN GENERAL DE ELLAS.

«Yacen las ruinas de esta ciudad sobre la llana y espaciosa cumbre de un monte tan alto que señorea la Andalucía baja, registrando con su vista la Sierra Morena, el mar de Cádiz y las altas sierras de Granada, Loxa y Sierra Bermeja, y los campos de Utrera, Arcos, Moron y Osuna. Está á las dos leguas de Ronda la Nueva en el camino que va á Sevilla y junto á la villa de Setenil, por la parte que mira al Ocaso y se rodea al Septentrion. Está sobre un alto peñasco tajado, sin entrada alguna por las otras partes. Es muy difícil y ágria su entrada y subida con sola una puerta: tendrá la cima y llano suyo dos caballerías de tierra, que conforme á la medida de esta tierra, que es la de Córdoba, hacen setenta y dos fanegadas, por ser cada fanega de seiscientos sesenta y seis estadales y dos tercios de estadal. Este sitio estuvo cercado de anchas murallas y gruesos y espesos torreones de piedra menuda y mezcla derretida, como lo muestra Vitruvio en el fin del lib. VIII de su *Arquitectura*; y desde allí por cuestas descienden las ruinas de los arrabales ocupando casi veinte caballerías de tierra, con demostracion de grandes y ricos edificios, que se conocen por los sillares y mármoles curiosamente labrados, y muchos de ellos con letras» (1). Todo esto que relata Fariña, es exacto, y los pedestales á que alude aun todavía permanecen en gran número, á pesar de haberse empleado muchos de ellos en obras del inmediato cortijo, el cual lleva tambien el mismo nombre de Ronda la Vieja. Algunos han contenido inscripciones, mas hállanse tan gastadas sus letras que en una de aquellas solamente pudimos conocer una O; pero por los ras-

(1) Fariña, *Antigüedades de Ronda*, MSS., cap. 5.

tros que aún se conservan de tales epígrafes, se conoce que los caractéres estaban esparcidos muy hermosamente, casi en forma cuadrada, y no como los de la inscripcion de *Acinipo*, que los tiene diversos y de hechura más estrecha y prolongada, indicando claramente su pertenencia á los tiempos del medio ó bajo Imperio. Las que subsisten en el cortijo y en las ruinas de Ronda la Vieja son las mismas que vió y copió Fariña, y de las cuales despues hablarémos, tratando ahora de los edificios principales que tuvo la antigua ciudad asentada en la cumbre de aquel extenso monte.

CAPITULO III.

TEMPLOS.

Tres son los que pudo reconocer el citado Fariña, y en la actualidad sólo se registran las ruinas del templo grande ó mayor; pero se encuentra en tal estado que hoy apenas es posible formar acerca de él una idea exacta, porque todo se halla obstruido con escombros del mismo edificio, tanto que no es fácil averiguar lo que fué en lo antiguo. Sin embargo, en la época de Fariña y antes de que empezaran á destruirlo y á llevarse sus mármoles para la portada del ayuntamiento de Ronda, hizo aquel su descripcion, que trasladamos literalmente para darle á conocer tal cual le pinta. «Es el templo cuadrangular de sesenta varas por lo largo; tiene en todo el pavimento de los materiales de su fábrica que el arquitecto latino llama *recta* en más de una vara de hondo, y habiendo limpiado un gran pedazo, parecia enlozado todo de grandes lozas de jaspe de más de tercia de gruesas, y es notable la fábrica porque todo está hecho de apartadizos como aposentos cuadrangulares de ocho varas de largo por cinco de ancho: las paredes quo los dividen son solamente lozas de las referidas; de modo que servian de asientos para las gentes que estaban sacrificando, y se podian sentar unos para un apartadizo y otros para otros, sentándose en una misma loza, espalda con espalda, porque hacen poco de vara de ancho. Está en cada sitio de estos á la cabecera de la parte oriental un pedestal de vara y media de alto con señal de las plantas del ídolo, y enfrente á los piés ó remate del sitio está una ara para el sacrificio del animal. Guardaron en esta fábrica el rito gentílico; segun lo demuestra Vitruvio en el libro IV de su *Arquitectura*, cap. V, donde á lo largo describe la forma de los templos..... No son estas aras como las que pinta Guillelmo de Choul, el francés, ni como las que se ven en algunas monedas, porque las del libro y mo-

nedas son como acá los pedestales ; mas las aras son como medio pedestal ó sin labores, al *summo scapo*. Desde estas ruinas á los asientos corren unas canales gruesas como el brazo, rotas en el pavimento, que se rematan en un sumidero para la sangre que se desperdiciaba de los animales que se mataban ; y por esta causa eran las lozas tan robustas y fuertes, pues habia veces que se sacrificaban en él cien animales en los *Hecatombes*, y como cada uno se habia de sacrificar en distinta ara, era necesario que hubiese cien aras, como se colige de Ovidio en el VII de sus *Transformaciones*... De algunas de estas piedras labró la ciudad de Ronda la portada de jaspe de su Casa de Cabildo » (1).

De las ruinas de otro templo que estaba fuera de poblado habla Fariña, y segun el nombre MARTI que leyó en un gran pedestal, parece estaba dedicado á este dios de las batallas. Hoy no se perciben ni los vestigios, pero debia hallarse en el camino que va á Ronda, cerca de las ruinas, aun cuando fuera de la muralla y en el campo, conforme al rito gentilico, segun observa Fariña, porque los romanos ponian en este sitio á Vulcano, Vénus y Marte, por tener fuera de lo poblado el fuego, las deshonestidades y las disensiones.

« De otro templo menor (dice el referido anticuario de Ronda al terminar su cap. VIII) se ven las ruinas al fin de la ciudad, camino de Leches ; mas no he hallado señal para conocerlo. »

(1) Fariña, *Antigüedades de Ronda*, MSS., cap. 5.

CAPITULO IV.

—

TEATRO.

Como queda anteriormente indicado, D. Macario Fariña fué el primero que describió este teatro, que de todas estas ruinas es el edificio más digno de estudio para el anticuario. Ya en la época del escritor rondeño no existia todo entero, como en tiempo del Arcediano Padilla, pero se hallaba en mejor estado de conservacion que en el pasado y en el presente siglo, destinado quizás á verlo desaparecer por completo, pues hace poco iba á destruirse para utilizar sus enormes piedras en obras modernas. Tambien hemos indicado que Velazquez examinó y midió cuanto existia en su tiempo, aún cuando sin practicar excavaciones, que si un dia llegaran á realizarse en grande escala, bien pudiera obtenerse algun precioso descubrimiento que viniese á ilustrar nuestra arqueología. Cean ha dado á la estampa la descripcion del marqués de Valdeflores (1), más detallada que la de Fariña, pero que no dispensa de consultar esta última, habiéndose hecho un siglo antes.

(1) Cean, *Sumar. de Antig.*, pág. 328 y siguientes. Se halla en una *Disertacion sobre el teatro y ruinas de Acinipo* que se conserva en la Bibliot. de la Acad. de la Hist. MS. original en 4.° con varios dibujos y vistas de aquel edificio, mezclados equivocadamente con los del teatro de Mérida, que pertenecen á otros trabajos del propio escritor. Velazquez, como advierte el erudito autor del *Diccionario Bibliog. de las provincias, ciudades y santuarios de España*, escribió primero este trabajo en forma de cartas que dirigió desde Madrid á el P. Burriel, con fecha 5 de Noviembre de 1750. De ellos se deduce que el objeto que se proponia, era tratar del teatro, de las inscripciones y de las medallas, que segun él pertenecian á este antiguo pueblo, para inferir de aquí su nombre, y concluir (añade el citado Padre) «deduciendo de todos estos monu»mentos y los poquísimos que nos han »conservado los autores antiguos, la his»toria civil y natural de *Acinipo*, desde su »primera poblacion hasta el tiempo pre»sente». En esto último parece prometer mucho y ciertamente el estudio no corresponde á la fama de su autor. Su inten-

En medio de lo alto de la mesa de Ronda la Vieja álzase el teatro junto al ribazo de la cuesta, que forma el tajo por su parte más elevada. Esta situacion se verifica tambien en otros de nuestra España y fuera de ella, sin duda porque de ese modo el semicírculo donde estaban las gradas para los espectadores tenia cierta inclinacion, y podia registrarse mejor lo que se representara delante de la escena. Esta todavía existe, y aunque algo destruida, es donde debe estudiarse lo que de ella corresponde al teatro romano, porque en nuestra patria no hay otro que la conserve tan completa. Compónese la escena de dos grandes muros. El que da frente á la villa de Seteuil, que forma por este lado la fachada del edificio, estaba la mitad arruinado en tiempo de Velazquez, y hoy lo está en sus cuatro quintas partes. Como tampoco subia hasta completarla, quiso aquel calcular su elevacion por la del otro muro, que Fariña llama paredon de la luna, y corresponde por dentro al proscenio, constituyendo el frente de la escena *(scenae frons)*, que es su verdadero nombre. Pero las piedras con que ambos están fabricados, no son iguales entre sí, cual supone Velazquez; y siendo esta la base que toma para medir la altura del muro, no puede considerarse exacta la que deduce contando veinte y siete líneas de piedras en el interior, de lo que infiere ser la de este de cincuenta y cuatro tercias, ó piés castellanos, y que lo mismo debia ser la del otro, fronterizo á la villa de Setenil. Lo propio afirma Medina Conde en su *Diccionario Malacitano* MS. Habia además entre estos dos otros muros transversales, que han desaparecido hoy en su mayor parte, y que formaban los distintos aposentos de la escena, á que los romanos llamaban *aula regia*, *membra scenae* y *hospitalia*. Dicen que las piedras estaban labradas con primorosa pulidez y relieves, que hoy se encuentran desgastados, y se hallaban unidas con plomo, segun prescribe Vitruvio, aunque esto ya apenas se percibe; pero ciertamente no lo necesitan, porque están colocadas con tal arte y tan á nivel, que algunas que han quedado al aire en lo más alto del edificio, parece van á desprenderse, y no obstante llevan muchos años sin haber perdido su asiento primitivo. La altura de estos muros no corresponde (al parecer) á lo angosto de los aposentos, y así escribia en el siglo XVII Fariña: « Fatigábanse muchos ingenios, pareciéndoles cosa imperfectísima en dos paredes tan ilustres pieza tan an-

to es fijar aquí la Céltica, con arreglo al texto de Plinio; pero nada adelanta á lo que hasta entonces ya se habia dicho.

gosta, porque entendian que habian sido salas del edificio, y cuando yo llegué á verlo les mostré que era sitio de las escaleras para los cuartos altos de la *scena*» (1). Velazquez, que no hubo de leer la descripcion del anticuario rondeño, puesto que hasta su época creyó que aquel teatro habia sido *totalmente desconocido*, opinó que entre estos muros estarian fabricadas otras piezas altas con suelos de madera; y como en los aposentos que hoy se conservan, no hay vestigios de la subida, cree el citado escritor que se servian de escalas tambien de madera, no dudando que habria habitaciones superiores, porque las ventanas y claraboyas, que dice se advierten en la parte alta del muro exterior, bastante lo indican. La dificultad que nos ocurre es que no hemos visto se noten, como en el teatro de Clunia, mechinales ó huecos donde habian de entrar las vigas para sostener el piso de estas habitaciones, las cuales, á juicio del marqués de Valdeflores, formarian la escena superior, que Hesychio llama *episcena*, ó domicilio sobre la *scena*. Bien pudiera ser así; pero no debemos aceptar como prueba lo de las ventanas y claraboyas del muro exterior, porque en nuestro sentir están formadas tales aberturas por haberse desprendido algunas piedras del muro, dejando por claraboyas sus respectivos huecos. Paradoja pareceria que esto sucediese sin venirse abajo las hileras superiores, pero es lo cierto que siendo hoy la parte que existe del muro externo mucho menor que en tiempo de Velazquez, se advierten en ella más ventanas que las que este pone en su dibujo; en el cual además se nota que no están esparcidas con simetría, como parece requerirlo el arte, sino á granel, indicando que son obra del acaso y no de la mano del hombre. Ni creemos que Fariña disipara las fatigas de aquellos ingenios, á los cuales extrañaba la angostura de las piezas, con haberles mostrado eran sitio de escaleras, pues que las piezas altas habian de ser tan estrechas como las de abajo. El muro exterior tenia cinco puertas; pero de las dos de la derecha Velazquez pudo sólo reconocer sus vestigios. La del centro, que con la interior frontera servia de entrada y salida á los principales personajes, por lo que se llamaban *valvas regias*, era de mayor elevacion, aún cuando no quedaba más que el arranque de su arco en la época del referido escritor, segun el cual eran tambien arqueadas sus dos colaterales inmediatas. Hoy han desaparecido por completo los restos de la del centro, y tampoco existe

(1) Fariña, *Antigüedades de Ronda*, MSS., cap. 6.

su inmediata de la izquierda; no obstante, consérvase mucha parte del muro, en el que permanece íntegra la otra puerta de esta misma extremidad. Delante de este muro correspondian el *porticum post scenam* y el *odeum;* pero ni de uno ni de otro se encuentra el menor vestigio, ni señal de haberlo habido. Fariña llama pórtico á este mismo muro exterior; mas aquel no podia consistir en este simplemente, y sin las columnas externas necesarias á sostener la techumbre, que resguardase á la concurrencia de las lluvias repentinas; objeto que al pórtico señala Vitruvio en el cap. IX del lib. V de su *Arquitectura*. Del otro muro que hemos denominado interior, y constituye el frente de la escena, salen al proscenio tres puertas, las cuales correspondian á la del centro y las dos de los extremos del muro externo. Sobre las tres interiores habia otros tantos nichos, casi de la misma magnitud que las puertas sobre que se hallan colocados y de la propia forma que ellas, es decir, arqueado el de enmedio y cuadrados los laterales; pero el hueco de aquel se ha corrido todo con el de su puerta respectiva, de modo que esta ha doblado hoy su altura. Velazquez conjetura si tales nichos podrian ser el *Theologeo*, ó más bien si serian un sitio destinado para poner las estátuas de los dioses. Fariña escribe, aludiendo á este muro, que conserva algunas de las *células* en que estaban vasos de metal templado á los sones armoniosos. Pero segun Vitruvio en el cap. V del libro anteriormente citado, estas *células* se hallaban establecidas entre los asientos del teatro (1); y así suponiéndolas el anticuario de Ronda en lo que él llama paredon de la luna, tal vez tomara por *células* los nichos mencionados, aunque algo nos lo hace dudar lo que escribió á Laso de la Vega (2). Síguese el *proscenio* (3), mas tan confuso con la multitud de piedras que le cubren, que Velazquez, que nos ha precedido en más de un siglo en el reconocimiento de este teatro, ya no pudo

(1) P. B. Cavalerio en su obra titulada *Lo Specchio Ustorio*, lib. 5, cap. 5, en que trata especialmente de los indicados vasos teatrales, supone que las células referidas, que eran regularmente trece en los teatros menores, formarian todas juntas una especie de escalon ó grada, que estuviese sobre las demás en que se sentaban los espectadores.

(2) En la carta que le dirigió en 1650, se lee que, «de las catorce *células* para los vasos de metal armónico, sólo han dejado una»; y los nichos eran tres como queda advertido; á no ser que Fariña hiciese alusion al del centro, únicamente porque tal se lo hiciera presumir su forma arqueada distinta de la de los otros.

(3) En la carta ya citada de Fariña á Laso de la Vega, publicada por el Padre Florez, se lee: «tiene *scena*, *podio* y *púlpito*; pero no tiene *proscenio*». Lo mismo pone Rivera en boca de Fariña al copiar de los MSS. de este la descripcion del teatro, en sus *Mem. Eruditas*. Pero en las

distinguir el *púlpito*, que Fariña asegura se veia en su tiempo; y aún cuando hemos practicado algunas excavaciones en su busca por el centro del *proscenio* hasta el de la *orchestra*, no encontramos prominencia que nos indicase su lugar, hallando sólo muchas piedras gruesas y pequeñas, con una figura como de estrella, las cuales tambien aparecieron en otra excavacion que hicimos al pié de las gradas; por lo que presumimos formarian el pavimento, así de la *orchestra* como del *proscenio*. Lo que sí tenemos por digno de consignarse es que acaso hubiera *podio*, y no lo decimos por lo que Fariña escribió á Laso de la Vega, sino porque hemos notado que la línea de piedras que corre de un extremo á otro del frente de la *scena* entre las puertas y los nichos, parece que ha tenido otras piedras adheridas, que deberian descansar en tal supuesto sobre las columnas del *podio*; habiendo la particularidad, además, de que estas señales de haber estado otras piedras adheridas á las del frente de la *scena*, no aparecen sobre las puertas en el preciso espacio que media entre estas y los nichos, sino sólo en los planos intermedios, lo que se adapta más aún á nuestra conjetura, pues así conviene al libre tránsito de las mismas puertas. En la parte inferior del muro no se advierten indicios de que juntasen con él las basas de las columnas, pero pudieran estas carecer de ellas ó tenerlas aisladas. A la derecha del *proscenio* existen los cimientos de una de las torres, de que habla Velazquez. Se registran casi sus cuatro lados, que forman una especie de alberca: sus piedras son tan enormes que algunas miden metro y medio en cuadro. Como la torre estaba unida al muro del *cuerno* derecho de la *scena*, formando por esta parte la *versura* interior del edificio, se notan las señales de la union con las piedras de dicho muro, lo que puede servir para computar su altura, que debió ser como la mitad de la de aquel, lo cual no observó Velazquez. En lo que sí estuvo exacto fué en la medida del ancho y largo de esta torre, pues en lo largo sólo notamos la pequeña diferencia de ser de treinta piés, en vez de treinta y un cuarto que aquel señala, y el ancho es precisamente el de los treinta y un pié y medio que marca. En el lado opuesto nada se encuentra, ni cimientos, ni vestigios de ellos, ni señales de union en el muro del *cuerno* izquierdo, pruebas inequívocas de que en este lado no hubo

Antig. de Ronda MSS. se encuentra de muy distinto modo: «tiene 23 gradas, el *púlpito*, *scena* y *proscenio*, y no tiene *podio*:» (el copista en vez de *podio* escribi *chorodio*).

torre, que correspondiese con la de la derecha del proscenio. No deja esto de llamar la atencion, y así no es extraño que Velazquez queriendo dar cierta armonía al edificio, sacrificase la realidad suponiendo otra torre igual al lado izquierdo; y no fué verídico por consiguiente al asegurar «se reconocen los cimientos de dos torres», sin que pueda aventurarse que los de una de ellas habrán desaparecido, pues se trata de piedras enormes, que antes vendrá á tierra todo el edificio, que aquellas sean removidas de su asiento.

Ya no se percibe ninguna de las *prescinciones* que dividian el *hemiscyclio*, formando la *infima*, *media* y *summa cavea;* y aún cuando supongamos que es por hallarse la primera de aquellas enterrada entre las malezas y escombros, debiera al menos distinguirse la segunda, que Velazquez dice ser de ancho como dos de los demás asientos; y sin embargo, nada de esto hemos notado, si bien es cierto que están obstruidas las gradas con tantas piedras, que resulta entre ellas una confusion extremada. Por esta misma razon, sólo limpiando y despejando todo el *hemiscyclio*, podrá saberse si las gradas llegaban á las veinte y tres que contó Fariña, ó eran once, segun afirma Velazquez. Si como es muy probable, las que habia de la primera á la segunda *prescincion* pasasen de las ocho que este asegura haber entre ellas, pues que las gradas parecen iguales despues de la octava, quizás sea más exacto el número que Fariña señala, sin que nos atrevamos, no obstante, ni aun á conjeturar acerca de esto.

Ni las gradas, ni *todo el hemiscyclio* del teatro están fabricados de la misma piedra nativa, y cavados en un durísimo pedernal, como asevera Velazquez; sino que hay varias de aquellas que son sillares labrados y colocados para formar los asientos, lo que se ve practicado siempre que la piedra nativa no ofrece comodidad para haber construido la grada.

Es muy verosímil lo que dice Velazquez de que los *vomitorios* saliesen á la segunda *prescincion*, como se observa en el teatro de Pola, y que no fuesen más que dos á los que se entraria, segun aquel expresa, «por la parte inferior de unos callejones en los dos lados de la *scena*, los cuales no sólo conducian por el plan de sus arcos á dichos *vomitorios*, sino por la parte inferior á unas cuevas casi subterráneas». El arco de la derecha (colocándonos en las gradas) existe aún, como nosotros hemos visto. Del arco de la izquierda sólo permanece el arranque cavado en la misma graderia al lado de la torre, debiendo seguir

su curva, á diferencia de la del otro arco, la misma inclinacion que se nota haber tenido la bóveda de la cueva subterránea que habia bajo de él, á semejanza de la que hoy se conserva en la parte opuesta. Aún se registran los vestigios del muro superior que rodeaba todo el semicírculo de las gradas, las cuales llegaban hasta tocar con aquel, segun se distingue por algunos sitios; de suerte que entre la tercera *prescincion* y el muro las habia tambien, y estas no las contó Velazquez. Las que se distinguen bastante son las *escalillas*, que separaban los *cuneos* y servian para el ascenso y descenso de los espectadores. Del muro superior se conservan algunos trozos, por los que se conoce era de hormigon, y se ven en él las perforaciones de que habla el dicho marqués de Valdeflores. En las ruinas de un edificio que se encuentran al bajar de la mesa alta, dando vista á los Frontones, hallamos una pared con una perforacion como las tres ó cuatro que se advierten en el muro del teatro: dudamos por ello que estas se destinasen á lo que dice el tantas veces citado Velazquez. Ciertamente anduvo muy hiperbólico Fariña al suponer este teatro capaz de contener diez mil personas. Muy cerca de igual número calcula el Dean Martí al teatro de Sagunto, computando palmo y medio por cada espectador (1).

(1) Montfaucon en su version francesa traduce equivocadamente «*en comptant pour chacun deux palmes et demi*». (*L'Antiquité expliquée:* tom. III, part. 2, página 243.)

CAPITULO V.

—

INSCRIPCIONES.

Ya hemos dicho que en el cortijo y ruinas de Ronda la Vieja existen todavía las mismas inscripciones que vió y copió Fariña. En el templo mayor (1), de que hemos hecho mérito, el referido escritor halló la siguiente inscripcion :

GENIO OPPI*di*
SACRVM
M SERVILIVS *m. f.*
ASPER CENT....
SACROR
CVRIARVM...
D S P *p*

Es un pedestal de mármol de noventa centímetros de alto y cincuenta de ancho, que hoy se encuentra tendido junto al suelo y engastado en la pared, en la esquina izquierda, entrando por la puerta de afuera del cortijo de Ronda la Vieja. Está fragmentado por el ángulo inferior derecho y carcomido por todo este costado. La letra de este epígrafe es muy clara y bien formada, como observó Fariña (2). Copiólo tam-

(1) Fariña en sus *Antigüedades* MSS. *de Ronda*, dice : «allá en lo alto de esta »ciudad (*Ronda la Vieja*) y en el templo »mayor.» Rivera en sus *Mem. Erud.* escribe: «En lo alto del templo mayor de *Aci-»nipo* está nn pedestal que copié en esta »forma.» De lo que resulta que fijamente no sabemos en qué parte del templo se hallaba la inscripcion. Rivera sólo copia á Fariña, como repetidamente hemos indicado. Es más: en su tiempo, ya el pedestal que contenia este epígrafe, se habia trasladado al cortijo inmediato de Ronda la Vieja, donde hoy se encuentra.

(2) Fariña, *Antigüedades de Ronda*, MSS., cap. 8.

bien Velazquez en el siglo pasado. El Dr. Theodoro Mommsen ha observado oportunísimamente que la voz SACROR*um* del quinto verso de esta inscripcion está puesta en absoluto, y dice lo mismo que *a sacris ó sacerdos*, juzgando al propio tiempo que el CENI... del cuarto verso, como fué leido por el Dr. Hübner en el facsímile que le mostramos, debe ser un segundo *cognomen*, ó la indicacion de la patria del *M. Servilius Asper* (1). En nuestra nueva visita á las ruinas de Ronda la Vieja, hemos tenido ocasion de advertir que en la piedra original se lee bastante claro CENT... y no CENI, debiendo, sin embargo, manifestar que sea T ó I, esta letra no tiene el mismo grueso que las demás.

Otra inscripcion copió el anticuario rondeño, la cual dice así :

VICTORIAE
AVG
F· PROCVLVS

Está exactamente conforme al traslado que sacó Fariña, y despues el marqués de Valdeflores. Medina Conde pone E por F en el tercer renglon (3): prueba de que no la vió, sin embargo de asegurar que habia visitado estas ruinas. En sus *Conversaciones malagueñas* puso F en vez de E (4), sin duda guiándose ya por la copia que publicó Rivera en sus *Memorias eruditas*. Es un pedestal de un metro cinco centímetros de alto y setenta y cuatro centímetros por lo más ancho, medio enterrado, formando el pié de la esquina que llaman del Tornero, del Toril que dicen de Tenorio, en el cortijo de Ronda la Vieja, que es donde, á instancia de D. Macario Fariña, la mandó colocar D. Bernardino Luzon, dueño en aquella época del expresado cortijo.

« Allí cerca (añade el escritor tantas veces citado) está una piedra quebrada con el nombre de

PAVLO AEMILIO»

Suponemos sea la que en medio de la pared del corral del mismo cortijo, dando frente á la entrada, existe con estas letras :

*(p. ae)*MILIVS·SECVNDVS

(1) *Noticias mensuales de las actas de la Real Academia de Ciencias de Berlin:* año de 1860, pág. 626.

(2) Velazquez, MSS. de la Real Academia de la Historia.

(3) Med. Con. *Dicc. Geogr. Malac.*, MS.

(4) Med. Con. *Conv. Mal.*, tom. II, página 53.

«Otro pedestal (segun el mismo Fariña) está arriba en la mesa de esta ciudad, junto á las ruinas del templo grande y principal.» Es el que contiene la inscripcion de la cual dice Medina Conde: «Fué sacada de las mismas ruinas y se halla copiada por Rodrigo Caro en sus MSS., que están en la biblioteca del Colegio de San Alberto de Sevilla» (1). Estos MSS. son las *Adiciones al Libro de las Antigüedades de Sevilla* (2). Velazquez en el pasado siglo ya no hubo de encontrarla, puesto que no la copia. Rivera la pone en sus *Memorias eruditas;* pero se conoce es más bien un traslado de la que sacó Fariña, tal cual este la trauscribió á sus *Antigüedades de Ronda* (3), donde tiene siete renglones, como pone Rivera, y no seis, segun resultan en la piedra y en la otra copia que Fariña remitió á Rodrigo Caro. Ni en Ronda, ni en Ronda la Vieja nos daban ya noticias de esta inscripcion; pero nuestra diligencia logró descubrirla. Hallábase medio soterrada, habiendo sido preciso practicar una ligera excavacion para leer el epígrafe por completo. Es un pedestal de piedra jabaluna, que llaman los del pais, de un metro y diez y seis centímetros de alto y setenta centímetros de ancho por la parte de arriba, y ochenta por la de abajo, tendido sobre la cuesta del monte en la mesa de Ronda la Vieja. Está quebrado por el ángulo superior izquierdo, y las letras se encuentran algo desgastadas por el tiempo; pero supliendo las pocas que faltan puede leerse todo del modo siguiente:

(M·MARI)O·M·F·M·N
(QV)IR·FRONTONI
(P)ONTIFICALI·II VIR
PLEPS·PATRONO·OB
MERITA·EX AERE
CONLATO·D·D

De este epígrafe tratarémos en el Apéndice núm. VI.

En la cuesta de Leche ha aparecido en nuestros dias la inscripcion sepulcral que sigue:

C·APPLEI·APOL(ON)VS·AN·I
MES·VIII·H·S·E·S·T·T·L·

(1) Med. Con. *Dicc. Geogr. Malac.*, MS.

(2) *Mem. Hist. Español*, por la Real Acad. de la Hist., tom. I, pág. 438.

(3) Fariña, *Antigüedades de Ronda*, MSS., cap. 5.

De ella nos fué remitido un calco por amigos de Ronda, y despues el Doctor Emilio Hübner nos ha comunicado su copia.

En nuestra segunda visita á estas ruinas hemos encontrado en la mesa alta de Ronda la Vieja un fragmento de cincuenta y siete centímetros de ancho y cincuenta y cinco de alto, con el siguiente epígrafe:

(Q·) SERVILIO·Q·F
(ME)C·LVPO PON
TIFICALI·PATRO
(NO)

Debe ser el mismo pedestal que con el nombre de QUINTIO SERVILIO asegura Fariña estaba en la vecindad del pórtico, ó sea el muro externo del teatro.

En la mesa baja de Ronda la Vieja hallamos dos fragmentos, el uno de cuarenta y cinco centímetros de alto y treinta y cinco de largo, y el otro de la misma altura y cuarenta centímetros de largo, pertenecientes ambos á una inscripcion, de la que no pueden comprenderse más que estas letras:

ICVS·IV(LIA)NI·SER·AN
II H·S·E·(S·T·T·)L

Con ella hemos visto en la indicada mesa baja cerca de uno de los sepulcros, la de C. APPLEIUS APOLONIUS, que tambien está dividida en dos fragmentos: uno mide de largo un metro y diez centímetros y cincuenta de alto, el otro cincuenta de alto y largo.

Otras muchas inscripciones deben haber existido en las mencionadas ruinas; pero van desapareciendo porque los labradores se sirven de aquellos pedestales para la fábrica de los caseríos inmediatos. Sin embargo, nuevas investigaciones podrán dar todavía algun resultado favorable para la arqueología (1).

(1) El Sr. D. Rafael Atienza asegura haber visto otra inscripcion en Ronda la Vieja con tales letras:

PORCILIA
PROCVLI

CAPITULO VI.

—

ÍDOLOS, ESTÁTUAS, SEPULCROS, TÉGULAS, BARROS ROMANOS, PEDAZOS DE ARMAS, CAMAFEOS Y OTRAS ANTIGUALLAS.

Hoy varias de las cosas que refiere Fariña, han desaparecido, y así tenemos por más oportuno trasladar cuanto él nos dice, completándolo con los descubrimientos posteriores: «Yacen en las ruinas de esta ciudad más de cien pedestales de jaspe, unos de estátuas, otros de columnas y portadas, algunos con letras que se dejan leer. Hay muchas lozas, columnas y cornisas quebradas, y pedazos de estátuas vestidas con togas talares, todo quebrantado con grande estrago; y hállanse por el suelo muchas menudencias de antigüedad. Tengo, entre otras, una *sigilla* de Vénus desnuda, enjugándose el cabello con la mano derecha, memoria de la salida que hizo del mar: es de bronce y con asa á las espaldas para llevarla en la mano, ó para darla á besar, ó para pedir con ella. Tengo con esta una imagencilla de una harpía de bronce, rostro de mujer, cuerpo de ave y garras de águila» (1). Ahora en estos últimos años se ha encontrado un idolillo, tambien de bronce, que poseia D. Lorenzo Gomez, actual dueño del cortijo de Ronda la Vieja y sus ruinas. De las estátuas ya no se encuentra ninguna, porque ó han sido transportadas á Ronda ó han servido para las fábricas modernas de los inmediatos cortijos. Medina Conde en su *Diccionario* MS. escribe que en uno de estos que labraba el Sr. Salvatierra (parece aludir al mismo cortijo de Ronda la Vieja), habia embutida en una esquina una cabeza de alabastro muy hermosa, que podia ser la de la *Victoria Augusta,* que menciona la inscripcion, de que se ha tratado anteriormente. Rivera en sus *Memorias eruditas,* poniéndolo en boca de Fariña (de

(1) Fariña, *Antigüedades de Ronda,* MSS. capítulo 50.

quien copia parte de cuanto escribe), dice: «Hállanse tambien en el mencionado sitio de *Acinipo* muchas puntas de saetas de varias formas y hechuras: sortijas de oro finísimo de las que llaman versátiles, talismanes, diaspros, y camafeos de cornerina y ágata oriental, de que hay algunos en el gabinete dicho de nuestro paisano; y de esta última especie se halló uno, poco hace, del tamaño de un real de plata, aunque algo ovalado, que está en poder de un particular de esta ciudad, tan singular en su clase, que parece no tener precio (1). Supongo que raro es el año que, á los tiempos de sementera, siega y escarda, no se hallen mil cosas primorosas, en términos tales, que ha habido quien piense en arrendar dichas tierras sólo con el fin de desenvolverlas, y cree que en esto se haria gran negocio.»

«Hállanse tambien en aquel sitio muchos enladrillados muy fuertes, y algunos patios con los ladrillos del tamaño mismo y forma de una baraja de naipes. Hay muchas tejas grandes, casi de á vara, llanas y gruesas, con ajustes y encajes á los lados, que los latinos llamaban *tégulas;* pues en muchos tiempos no usaron las acanaladas, que llamaron *invases*. No he podido descubrir el sitio del baño, si bien mucha parte del suelo está sembrado de piezas de vidrio.»

«Nuestro amigo Rivera tiene parte de una porcion de bálsamo, que en la figura y tamaño de un pan, se halló habrá ocho meses, y es justamente de aquella composicion de que dijo Dioscórides ser transparente como la asta del buey, y de la que trata Choul al fól. 465 de su libro de *Discursos de la Religion*, hablando de los baños y bálsamos de que en ellos se usaba: está muy sólido y transparente: arde á la luz y despide una singular fragancia. Tambien se hallan muchos búcaros colorados, como los que se labraban en Extremoz y en Aragon; y á poco más de cien pasos hácia las viñas de Leches........... se descubren los sepulchros gentílicos: son unas urnas de piedra cuadradas, de dos tercias por lado, con sus cubiertas de encaje, y dentro las cenizas de los

(1) Sin duda este camafeo de cornerina es el mismo de que habla Rivera al canónigo Medina Conde en carta de 23 de Diciembre de 1766. Dicele: «El camafeo ha»llado últimamente en *Acinipo*, y que me »traxo un rústico es alhaxa de un sobera»no: no he visto en la clase de cornerina »igual tamaño, mejor oriente, más tras»parencia, ni el color más vivo en su ma»duro perfecto: la Fábula que reprosenta »es la misma que *Guillelmo de Choul*, en »su libro de los *Discursos de la Religion*, »trae como sello, de que usaba Neron, á »el fól. 216. La perfeccion del dibujo en »cosas y figuras tan pequeñas y en fondo »es cosa maravillosa. Los mejores desnu»dos de una Academia copiados del na»tural, creo no están tan perfectos.»

cuerpos que quemaban, si bien es constante se han hallado en otros sitios del contorno sepulchros singulares con cajas de plomo» (1).

De todos estos objetos tambien se han encontrado durante el siglo actual, en que se han hecho algunas excavaciones. En el año 1824 se practicaron estas á expensas y bajo la direccion de Sr. D. Rodrigo Aranda, vecino de Madrid, que á la sazon residia en la ciudad de Ronda: se trabajó más que en ninguna otra parte en un collado próximo á la mesa, donde existe el teatro, y donde estarian los principales edificios, segun hemos ya insinuado. Encontráronse allí muchos vasos lacrimatorios, lámparas, monedas y urnas cinerarias; y se notó en estas la particularidad de que las unas contenian pendientes y adornos mujeriles, y las otras empuñaduras de espadas, broches de mantos y otros adornos de hombres, lo que sirvió para discernir á qué sexo pertenecian las cenizas que se examinaban. Tambien se halló un edificio arruinado, sin duda por incendio, en vista de las inmensas porciones de carbon que habia entre las columnas derruidas; y en uno de sus recintos cantidad de monedas y restos de una bajilla de búcaro, que en todas sus piezas tenia esta inscripcion:

Q. F. SABINVS.

Recogiéronse asimismo dos *sigillas* ó figurillas con asas, de donde pendian los emblemas de la virilidad; un Neptuno de bronce de seis pulgadas de alto, con un pié sobre la cabeza de un delfin, y el cuerpo apoyado en la cola; varios anillos y camafeos, y entre estos uno admirable por la finura y delicadeza del cincel: era de figura oval, de piedra ágata blanquecina y de menos de media pulgada de diámetro. En tan reducido espacio, representaba un cuadro muy esmerado y primoroso: en primer término se veia distintamente una pradera y un sátiro, que violaba á una ninfa á la entrada de un bosquecillo; la prolongacion de este mismo bosque en el segundo, y por remate nubecillas y celajes en el tercero. No podia darse, á lo que dicen, cosa más acabada en el arte ni de mayor mérito en su línea. Algunos de los anillos tenian una ágata roja, y en troquel un alacran que serviria para sellar. Es de advertir, que estas tierras producen muchos de estos animalejos, y quizá por eso los naturales de ella adoptarian su figura

(1) Rivera, *Diálog. de Mem. Erud.*, número 1, pág. 50.

para sello. El vulgo creyó que se buscaban tesoros, y se profanaban los sepulcros, y fué preciso suspender las excavaciones (1).

(1) *Dicc. Geog. Univ.*, Barcelona, 1833, tom. VIII, artículo *Ronda*, pág. 294.

CAPITULO VII.

ÉPOCA DE LA DESTRUCCION DE LA CIUDAD QUE TUVO SU ASIENTO EN RONDA LA VIEJA.

Fariña dedica uno de los capítulos de sus *Antigüedades* á tratar de la destruccion de *Acinipo*, como él la llama. Dice no se conserva memoria de este acontecimiento, «pero sí tan evidentes señas que no se errará el tiempo». Afirma es muy falso fuera destruida por los moros; y opina lo fué en las irrupciones de los vándalos, suevos, alanos y silingos, ó lo más largo los godos (1). Nosotros, por las propias razones que este escritor alega, nos inclinamos á que tal suceso debió verificarso cuando Genserico y sus vándalos bajaron desde el Norte de España como un torrente, y devastaron la célebre *Carthago Nova* y la antigua *Cástulo*, destruyendo con el hierro y el fuego otras ciudades de la Bética, hasta que pasaron al África, cuyas puertas les abrió la traicion del conde Bonifacio. Así nos lo hace sospechar el encontrarse el suelo, al decir de Fariña, sembrado de monedas de todos los emperadores hasta Valentiniano, en cuya época acaeció la devastacion hecha por Genserico. Esto nos lo corrobora todo cuanto relata el re-

(1) «Muéveme á creerlo (añade el citado escritor rondeño), el hallar en sus »ruinas monedas de todos los Emperado»res Romanos hasta los tiempos de Arca»dio y Honorio, cuando estas naciones en»traron en España, y no hallarse moneda »alguna goda ni arábiga, ni de otro de los »tiempos consecutivos, y en particular el »estar el suelo sembrado de las monedas »de estos Emperadores, y de Valentinia»no, que se conoce bien que entonces las »derramaron, como moneda inútil para »los vencedores. Es tambien argumento »el ver todas las torres y murallas derri»badas hasta los cimientos, á fuerza de »brazos, los pedestales, columnas y obras »de primor, rotas y quebradas con porras »y almadenas, estrago muy propio de »aquellas naciones bárbaras, que tanta »desestimacion hacian de las letras y co»sas de curiosidad y primor.» (Fariña, *Antigüedades de Ronda*, MSS., cap. 7.)

ferido anticuario de Ronda, y además los vestigios de incendio que se han notado en las recientes excavaciones.

Pero no por ello afirmamos que semejante destruccion se hubiera llevado á término con tan grande fiereza que no restasen en pié diversos edificios, como lo testifican los que han permanecido bastante íntegros hasta nuestros dias; ni que fuesen tampoco muertos ó desparramados todos los moradores de aquel lugar, hasta el punto de no quedar en él desde entonces poblacion grande ni pequeña. Muy al contrario suponemos que, mermada y empobrecida por el flagelo de las guerras é invasiones posteriores, hubo de subsistir aquella durante la época goda y el comienzo de la dominacion árabe en España: de modo, que sólo cuando se perdieron enteramente en estas comarcas aún los recuerdos de la raza latina, que mantuvieron los mozárabes mientras pudieron afectar alguna distincion é independencia, fué el tiempo en que, dejando los árabes de habitar los campos y fortalezas, como al principio de su conquista, trasladaron á la Monda actual el nombre, y tal vez los pobladores, desde la antigua, construyendo la nueva villa con sus reliquias, segun la costumbre que es sabido observaron generalmente con las ciudades romanas.

y haciéndole uno mismo con el *Acinipo* túrdulo, de las medallas, hubieron de imaginar Rodrigo Caro y Fariña en estas ruinas. Si se quiere que *Acinipo* sea la poblacion céltica nombrada por Plinio; si se pretende que Strabon habló tambien de célticos en la Bética, entre el Guadalquivir y las costas de Málaga y Gibraltar (como dice Rodrigo Caro, el principal iniciador y mantenedor de esta contienda), creemos que tan soberbias y majestuosas ruinas convencen de que allí no pudo ser el *Acinipo* céltico. El geógrafo griego asegura que estos pueblos célticos habitaban en aldeas, κωμηδόν; *id est, vicatim* (1); y Ronda la Vieja se califica de grande, populosa y fuerte ciudad por nuestros propios adversarios.

Se argüirá, por último, que hasta que se descubra entre estas ruinas un epígrafe geográfico donde se lea el nombre de Munda, deberán aquellas quedar sin reduccion ninguna. Esto lo reputamos el extremo opuesto de lo que ha sucedido, colocando en este despoblado hasta siete ciudades distintas. Prescindiendo de que en Ronda la Vieja es el único punto donde hay memoria, segun algunos, de que hayan sido encontradas inscripciones de Munda, ó que desde aquí hayan sido trasladadas á otros lugares inmediatos; paréceнos que todas las piedras de sus murallas, templos, teatro y demás edificios son un grande epígrafe, en el cual la tradicion ha grabado el nombre de *Munda*. Con el de *Monda la Vieja* han sido conocidas estas ruinas: *campo de Munda* se llama todavía parte de los llanos, que se extiende á su frente y contra la Torre de Alháquime; y la idea tradicional, que se ha conservado hasta hoy en algunos habitadores de esta villa, de que en aquella llanura fué la batalla de Munda; la noticia que los conquistadores de Setenil y Ronda, hallaron entre los cautivos cristianos, de que en aquel despoblado fué la Gran Monda donde César venciera á los hijos de Pompeio, y la opinion constante de los escritores más antiguos y próximos á la reconquista, todo nos mueve á prestar nuestro asentimiento á esta tradicion, que ha dado el nombre de Monda la Vieja á las mencionadas ruinas. El vulgo suele equivocarse cuando atribuye nombres modernos, á ruinas antiguas como *Sevilla la Vieja* á las de *Itálica*; pero cuando las distingue con un nombre antiguo, como por ejemplo el de *Ébora*, para negar que lo llevara aquel lugar en otro tiempo debe investigarse antes de dónde ha podido adquirirlo. Podrá ser un mero acaso, mas convi-

(1) Strab. *Geogr.*, lib. 3, cap. 2, § 15, *ex recensione* G. Kramer.

niendo al cortijo que hoy se llama *Ébora la Vieja*, las señales que dan de aquella ciudad los geógrafos griegos y latinos, todos los críticos modernos unánimemente alegan este nombre como la última prueba de que allí fué la antigua *Ébora*.

En nuestro caso se realiza precisamente lo mismo; y nosotros desecharíamos la prueba del nombre y la tradicion, si los textos de historiadores y geógrafos no nos hubieran arrastrado hasta las ruinas del cortijo de *Monda la Vieja*, que el comun de las gentes y una equivocacion muy disculpable de críticos justamente famosos han venido á desfigurar, llamándolas aquel Ronda la Vieja, é imponiéndolas esta el nombre de *Acinipo*.

CAPITULO IX.

—

CONCLUSION.

Despues de cuatro años de constantes y penosas fatigas, hemos llegado al término de nuestra empresa. Tal vez se nos reconvendrá que á la presente Memoria no se ajusta bien el título, porque no sea tan acabada y perfecta cual se deseara. Parécenos que en esta materia (como escribe el Maestro de las Antigüedades, Ambrosio de Morales) «no se puede llegar á más de mostrar algo que sea verosímil y probable, pues ninguna de las razones que pueden en esto traerse no puede más de hacer alguna buena probabilidad». Tenemos la íntima creencia de que hemos alcanzado cuando menos lo propuesto por el Coronista, y abrigamos en otro caso el profundo convencimiento de que hemos ilustrado cuanto es posible la cuestion, reuniendo, comparando, depurando y juzgando todo lo que á ella se refiera, para separar, digámoslo así, el oro de la alquimia, y que otros puedan dar felice cima al trabajo por nosotros emprendido. Algunos, en vista de nuestras investigaciones, creerán que ya la cuestion se halla resuelta: los más permanecerán todavía en la duda; y quizás no falte quien sostenga de buena fe que tiempo y trabajo han sido infructuosos. Comprendemos que al exponer un dictámen, que sonará sin duda como nuevo á los oídos de la generalidad, aunque fuera en otro tiempo acaso el más unánime, y de que esté fundado en razones de grande valimiento, tiene por lo menos que luchar con la preocupacion, ya alimentada en épocas anteriores. Pero nuestra posicion es todavía mucho más difícil: una combinacion ingeniosa que se verifique con las distancias, un texto en que nadie haya hecho alto, y por primera vez se explique de cierta manera, suelen algunas veces sorprender y arrebatar el ánimo, subyugarlo y convencerlo, aún cuando aquella aparente demostracion no

sea en realidad sino un sofisma. Mas en el presente caso no se expone, á la verdad, ningun dictámen nuevo; al contrario, por nuestra mala fortuna nos toca resucitar una opinion envejecida, y por decirlo así, despreciada entre los eruditos: equivale á exhumar un cadáver de su tumba, en cuyo epitafio está escrito hace más de dos siglos el nombre de *Acinipo*. De buen grado hubiésemos preferido ponernos de parte de cualquiera otra opinion. No hubiéramos pasado tantos desvelos, ni nuestro trabajo hubiera requerido tanta extension; pero ha sido preciso contestar á todos, y contradecir sus interpretaciones, con lo que hemos gastado en combates parciales nuestras fuerzas, que ya no alcanzan á dar homogeneidad á lo que se ha escrito, segun las observaciones que de unos y otros hemos tenido que satisfacer. Por nuestra parte no nos lisonjeamos de haber logrado cumplidamente nuestro propósito, que esto lo juzgamos imposible, aún para mayores ingenios; mas al despedirnos de Munda, que sin exageracion ninguna podemos llamar (como dice de su Historia un elegante escritor de nuestros dias) *señora de nuestros pensamientos*, abandonamos la pluma, no esperanzados con el triunfo, pero sí gozosos por haber lidiado como buenos, y cual si fuese á todo poderío.

APÉNDICES.

APÉNDICE NÚM. I.

—

DIARIO DE LOS SUCESOS DE LA GUERRA HISPANIENSE HASTA LA BATALLA DE MUNDA.

Año.	Mes.	Dia.		
708	....	...	de la fundacion de Roma (1).	
»	Dic.	16	Cesar salió de Roma apresuradamente para la guerra pompeiana, siendo cónsul por tercera vez y designado la cuarta (2).	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 2. Plut. *Vit. Caes.*, capitulo 56. Appian. *Bell. Civ.*, lib. 2, cap. 103.

(1) Segun el cómputo Varroniano. Segun el de Caton, conocido vulgarmente por el de los Fastos Capitolinos, corresponde la salida de César al año 707; y por lo tanto la batalla de Munda al 708, y la muerte de César al 709. Siguen el primer cómputo Pomponio Ático y M. T. Ciceron (segun Solino), Veleyo Patérculo, Plinio Secundo, P. Cornelio Tácito, Censorino, Plutarco, Dion Casio, Eutropio, A. Gelio, Eusebio Cesariense, Paulo Orosio y Paulo Diácono longobárdico. Entre los modernos, Onuphrio Panvinio, el Cardenal de Noris, Petavio, Bucherio y Usserio. Adoptan la computacion Catoniana Verrio Flacco, Dionisio de Halicarnaso, Diodoro Siculo, Polybio megalopolitano, Tito Livio, C. Nepote y Luctacio (segun Solino), el mismo Solino, Theófilo de Antioquia y Clemente Alejandrino. Y de los modernos, Cuspiniano, Pighio, Sigonio y Theodoro Jansonio de Almeloveen.

(2) En el texto del historiador latino se lee: *C. Caesar Dictator III designatus Dictator IIII*. Muchos eruditos encuentran en esto graves dificultades, siendo el punto de las Dictaduras de Cesar, uno de los más oscuros para la crítica moderna: y asi en alguna de estas ediciones no se encuentra repetida la voz *Dictator*, como se omitió tambien en las ediciones Primigenias, á pesar de conservarse en los MSS. Los críticos sobreentienden entonces *Cos.*, y leen *Consul designatus IIII*. Si el texto de Hircio puede ofrecer alguna duda, no los de Plutarco y Appiano, donde se expresa terminantemente que César luego que fué designado Cónsul por cuarta vez, vino á España para guerrear contra los hijos de Pompeio. Generalmente al terminar el año se celebraban los comicios para la designacion de Cónsules; y hemos puesto la salida de César antes de concluir el año que precedió á la guerra mundense, porque además

Año.	Mes.	Dia.		
709	Ener.	4	En diez y siete dias llegó á Sagunto (1).	Paulo Oros. *Hist.*, lib. 6, cap. 16.
»	»	11	En veinte y cuatro á la España Ulterior.	Suet. *Vit. Caes.*, cap. 56.
»	»	14	En veinte y siete dias llegó á *Obulco*.	Strab. *Geogr.*, lib. 3, capítulo 4, § 9.
»	»	15	Se le presentaron los legados cordobeses, y le anunciaron que la ciudad de Córdoba podia ser tomada al tiempo de la noche.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 2.
»	»	16	César se dirigió á Córdoba, principalmente para separar á Pompeio de *Ulia*.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32.
»	»	17	En un principio Cneo, dejando parte de su ejército delante de *Ulia*, vino á Córdoba.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32.
»	»	18	Retirándose César, Cneo fortificó la ciudad de Córdoba, y encomendó la defensa á su hermano Sexto.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32.
»	»	19		

consta de la *Historia* de Dion Casio, que por aquel tiempo (ó sea el comienzo de la guerra pompeiana), ejerciendo César todavía la dictadura, *fué designado Cónsul al fin del año*, convocado el pueblo por Lépido (*Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 33), á quien habia encomendado la guarda de la ciudad, segun el mismo historiador deja advertido antes (cap. 28). Muchos escritores modernos, entre los que se cuenta nuestro Morales, han opinado sin embargo, que César estuvo en Roma el último dia de aquel año. José Blanchini ha pretendido convertir esto en demostracion. Fúndase en que muerto Fabio Máximo (siendo uno de los Cónsules sufectos) el dia anterior á las Kalendas de Enero, Cesar por las pocas horas que restaban del dia, nombró Cónsul á C. Caninio Rébulo. (Blanch. *Demostratio. Hist. Eclesiast.*, tom. I, pág. 60.) Pero tal suceso tuvo lugar al año siguiente despues de la guerra pompeiana. Consta así tambien de la *Historia* de Dion Casio (lib. 43 cap. 46). Y es tan grave el error de Blanchini, que este Fabio Máximo fué el mismo que durante aquella guerra se apoderó de Munda, el que emprendió el asedio de Osuna y el que triunfó de España el 13 de Octubre del año siguiente á el en que supone su muerte el citado escritor italiano.

(1) Téngase presente que este mes de Diciembre, en que César salió de la ciudad de Roma, fué el de' último año Pompiliano, y sólo tenia veinte y nueve dias. Por esta razon el 4 de Enero siguiente debió llegar á Sagunto, el 11 á la España Ulterior y el 14 á *Obulco*.

Año.	Mes.	Dia.		
709	Ener.	20	Cneo volvió á *Úlia*, y nada adelantó en su asedio.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32.
»	»	21	César ocultamente habia enviado de noche socorros á esta ciudad, y otra vez puso sus estancias delaute de Córdoba.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32. Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 3 y 4.
»	»	22	Sexto envió cartas á su hermano para que viniera á socorrerle prontamente.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 4.
»	»	23	Cneo entonces abandonó por completo el asedio de *Úlia*, y volvió á Córdoba con todo su ejército.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 4. Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32.
»	»	24	Cneo llegó delante de Córdoba y sentó su campo enfrente de César, que se hallaba á la banda opuesta del *Bétis*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 5.
»	»	25	César, para quitar á Cneo toda comunicacion con la ciudad, empezó á levantar una trinchera en direccion al puente.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 5.
»	»	26	Combates parciales entre ambos ejércitos, para ocupar el puente. César al fin se retiró, conociendo cuán inútil era intentar atraer á Pompeio á batalla campal (1).	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 5. Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 32 y 33.
»	»	27		
»	»	28		
»	»	29		
»	»	30		
»	»	31	César con sus tropas pasó el *Bétis*, mandaudo hacer durante la noche grandes fuegos en su campo: y se dirigió á la ciudad de *Attegua*, plaza fortísima de Cneo Pompeio.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 6. Dion, *Hist. Rom.* lib. 43, cap. 33.

(1) En esto hubieron de invertirse muchos dias (*diebus compluribus*), segun Hircio en el referido capítulo; y por esta razon ponemos desde el 26 hasta el 30 inclusives, como tiempo necesario para ello.

Año.	Mes.	Dia.		
709	Feb.	1.°	Cneo avisado por los desertores, de la retirada de su enemigo, entró en Córdoba. César llegó á *Attegua*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 6.
»	»	2	César empezó á circunvalar aquella plaza con un ligero vallado y foso.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 33.
»	»	3	Cneo, confiando en la naturaleza del lugar y creyendo que César, á causa de la estacion del año, no podria proseguir mucho tiempo en el asedio, no pensó al principio defender la ciudad.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 33.
»	»	4	Pero despues que llegó á su noticia que *Attegua* estaba ya circunvalada y estrechada por César, lleno de temor partió en este mismo dia á su socorro.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 33. Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 6.
»	»	5	Al llegar Cneo hizo piezas los soldados que se hallaban en los puestos avanzados de César (1). En la noche siguiente, ó sea la que corresponde á este mismo dia, Cneo Pompeio dió fuego á sus estancias, y atravesando el rio *Salso*, acampó entre las dos ciudades de *Attegua* y *Úcubi*.	Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, cap. 33. Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 6 y 7.
»	»	6	César mandó barrear sus defensas, formando manteletes y trincheras para combatir á *Attegua*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 7.

(1) Segun el historiador latino esto fué por la mañana (*matutino tempore*) aprovechándose de una espesísima niebla; y segun el historiador griego, en una noche nebulosa. Pueden conciliarse ambos, suponiendo que Dion Casio se refiere á la última parte de la noche del dia anterior, la cual Hircio tomaria por la mañana del siguiente.

Año.	Mes.	Dia.		
			Cneo partió á la tercera vigilia, y empezó la expugnacion de *Castra Posthumiana*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 9.
709	Feb.	7	A la mañana siguiente llegó de Italia Argüecio con tropas de á caballo. Cneo, durante la noche, dió fuego á su campo, y tomó el camino en direccion de Córdoba.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 10.
»	»	8	Al siguiente dia la caballería de César persiguió hasta larga distancia á los que desde Córdoba conducian víveres á los reales pompeianos. En el mismo dia se pasó á los de César Q Marcio, tribuno que habia sido de los soldados de Pompeio.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 11.
»	»	9	El dia despues la caballería cesariana hizo prisioneros dos soldados de la legion vernácula. Al mismo tiempo fuéron aprehendidos los correos que desde Córdoba habian sido enviados á Pompeio. A la segunda vigilia estuvieron por largo tiempo los sitiados de *Attegua* arrojando mucho fuego y multitud de dardos con que hirieron á los de César.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 12.
»	»	10	Pasado el tiempo de la noche (1) los de *Attegua* hicieron una salida contra los de la legion sexta, y pelearon bravamente.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 12.

(1) *Praeterito noctis tempore;* ó sea al rayar el dia siguiente, que corresponde á el 10.

Año.	Mes.	Día.		
709	Feb.	11	Cn. Pompeio á el otro dia empezó á levantar uua trinchera desde sus reales hasta el rio *Salso.*	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 13.
»	»	12	Algunos de los de César, engañados con la esperanza de tomar la plaza, empezaron á zapar el muro, y fuéron hechos prisioneros.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 13.
			En este dia esperaban los cesarianos que harian los sitiados alguna salida, y hubo un combate general.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 13.
»	»	13	Pasado este tiempo Cneo levantó un fuerte á la otra banda del rio *Salso.*	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 14.
»	»	14	Al siguiente dia avanzó un poco más, y se trabó un combate parcial entre algunos cesarianos y pompeianos. Despues (1) siguiendo la costumbre establecida, se dió otro asalto á la plaza. Al espirar el dia los pompeianos enviaron un correo á *Attegua*, sin que se apercibiesen los de César, para que hicieran una salida á media noche.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 14. Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 15. Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 16.
»	»	15	Al dia siguiente fuéron muertos por los de César algunos de los sitiados aprehendidos en la noche anterior.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap 16.
»	»	16	Al siguiente dia Tulio, acompañado de Caton Lusitano, vino en calidad de legado al campamento de César.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 17.

(1) Pero dentro de este mismo dia, *ejus diei in sequenti tempore.*

Año.	Mes.	Dia.		
709	Feb.	17	Al dia siguiente se pasaron los dos hermanos lusitanos, que dieron cuenta à César de la resolucion adoptada por Cneo en su consejo.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 18.
»	»	18	A la mañana siguiente se arrojó desde el muro una madre de familias y se pasó al campo de César. Poco despues lanzaron desde la muralla las tablillas *(tabellae)*, en que L. Minacio se ofrecia à devocion de César. Al propio tiempo se le presentaron legados de parte de los de la ciudad, prometiendo entregar la plaza al siguiente dia, si les otorgaba las vidas.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 19.
»	»	19	A consecuencia de esto, César se enseñoreó de la plaza de *Attegua* (1).	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 19.
»	»	20	Sabida por Cneo Pompeio la rendicion de la ciudad, movió sus estancias hácia *Úcubi*, y dispuso levantar fuertes en todos los alrededores.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 20.
»	»	21	César movió tambien las suyas, y las puso más cerca de las de Pompeio, dividiendo el rio *Salso* ambos campamentos.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 20.

(1) Un humanista muy conocido del siglo pasado, traduce impropiamente el *ante diem XI Kalend. Martii* «antes del 19 de Febrero». El coronista Morales y el abate Masdeu interpretan «à diez y ocho de Febrero». Blanchini computa, equivocamente en nuestro concepto, que se invirtieron en el asedio de *Attegua* once dias con arreglo al texto de Hircio. Nosotros deducimos de este mismo historiador que transcurrieron diez y ocho.

Año.	Mes.	Dia.		
709	Feb.	22	Pasado el dia anterior, fué aprehendido dentro de una mina de la plaza acabada de conquistar *(Attegua)*, el siervo que habia degollado á su señor. Durante la noche se hicieron prisioneros tres esclavos espías y un soldado de la legion vernácula.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 20.
»	»	23	Al otro dia se pasó al campo cesariano una partida de gente de á caballo con algunos de infantería ligera (1).	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 21.
»	»	24	Al siguiente dia Pompeio mandó degollar setenta y cuatro (vecinos de *Úcubi)* que se decia eran afectos al bando de César.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 21.
»	»	25	Despues de este tiempo los *Bursavolenses*, que fueron aprehendidos en *Attegua*, partieron como legados para referir á los de su ciudad lo acaecido, y lo que podian esperar ya de Pompeio.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22
»	»	26	Llegaron á *Bursávola*, y sólo entraron algunos de ellos.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22.

(1) En el Kalendario Pompiliano se intercalsba, csda dos años, entre el 23 y 24 de Febrero, el mes que se llamaba *Merkedónico*, y constabs alternativamente de 22 ó 23 dias: lo cual aconteció en el año llamado de la *Confusion*, ó sea aquel en que se hizo la correccion por J. César. José Blanchini se empeña temerariamente en sostener contrs la autoridad de Dion Casio y Censorino, que la correccion se efectuó despuos de la guerra Hispaniense: de modo que, segun el citado escritor italiano, los sucesos de esta tuvieron lugar en el mismo año de la *Confusion*, y hsy que ampliar entonces el mes de Febrero, intercslando entre el 23 y 24 los veinte y tres dias del mes *Merkedónico*. Pero es fuera de toda duda que este año de la guerra Pompeiana fué el primero Juliano, y quo al mes de Febrero correspondia ser bisiesto.

Año.	Mes.	Dia.		
709	Feb.	27	Tenidas varias pláticas, cuando ya se volvian para unirse con los que no habian entrado en la plaza, salió gente de ella siguiéndolos, y los mataron.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22
»	»	28	Dos que se salvaron, huyeron y dieron cuenta á César. Los de *Bursávola* enviaron espias á la ciudad de *Attegua*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22.
»	»	29	Habiendo averiguado estos espias que era cierto cuanto habian dicho los legados de César, dieron la vuelta á *Bursávola*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22.
»	Marz.	1.°	Llegados los espias, y descubierta la verdad, acometieron los de *Bursávola* al que habia hecho matar los legados. Con gran trabajo, libre del riesgo, solicitó entonces salir para dar satisfaccion á César. Concedióse le, y volviendo sobre la plaza, penetró de noche en ella (1).	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22.
»	»	2	Despues de este tiempo se pasaron algunos siervos á César, y dijeron que se vendian los bienes de los vecinos de *Úcubi*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 22.
»	»	3	Al dia siguiente César aproximó más sus estancias á las de Cneo Pompeio, y empezó á levantar una trinchera hasta el rio *Salso*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 23.

(1) Todos estos sucesos de los *Bursavolenses*, que creemos ser los de Bujalance, no podrian comprenderse en tan corto espacio de tiempo, si en el texto se leyera *Ursaonenses*, como muchos pretenden. Los de *Ursao*, hoy Osuna, caen harto léjos de Teba la Vieja (á donde queda reducida *Attegua*), para que puedan combinarse estas marchas y vueltas de un punto á otro. A lo más podrian distar entre sí un dia de camino.

Año.	Mes.	Dia.		
709	Marz.	4	Mientras estaban ocupados los de César en la obra, salieron contra ellos los pompeianos desde un puesto ventajoso, y en número considerable: trabóse entonces un combate parcial sobre el mismo rio.	Hirt *Bell. Hisp* cap 23.
»	»	5	Al otro dia se dió la batalla de *Soricaria*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 24.
»	»	6	Al dia siguiente los pompeianos volvieron al mismo punto, segun su costumbre, y verificóse el combate singular entre Antistio Turpion y Q. Pompeio Niger.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 25.
»	»	7	Al siguiente dia estando los de César descuidados en las obras, les mataron los de Pompeio algunos de á caballo, que hacian leña en un olivar. Pasáronse los siervos, que anunciaron habia gran miedo en el campo pompeiano desde que se dió la batalla de *Soricia* ó *Soricaria* el dia 5 de Marzo. Cneo Pompeio movió sus estancias y las colocó en un olivar, frente de *Íspalim (Ípagrim)*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27.
»	»	8	Antes de partir César al mismo sitio, se vió la luna cerca de la hora sexta de la mañana (1).	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27.

(1) Scaligero pretende que la luna se vió el *III Kal. Mart.* ó sea el 28 de Febrero, fundándose en el mismo texto del historiador latino. ***Quis is auctor (Hirtius) singulos dies quibus quidque gestum sit, recenset ordine a XI Kal. Martii: ex ea dinumeratione clare patet eum fuisse III Kal. Martiarum. (De Emendat temporum,*** lib. 5, pág. 411.) El gran Cronólogo, sólo computó por dias las frases de

Año.	Mes.	Dia.		
709	Marz.	9 10 11 12 13 14 15 16	Al dia siguiente empezó César á combatir la plaza de *Ventipo*, y despues de rendida se dirigió á *Cárruca* y colocó sus estancias frente de las de Cneo Pompeio. Este incendió la ciudad porque habia cerrado las puertas á sus tropas. Desde *Cárruca*, hecha una jornada, César llegó al campo mundense y sentó sus reales contra los de Cneo Pompeio.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 27.
»	»	17	El dia despues fué avisado César de que Cneo Pompeio habia estado formado en batalla desde la tercera vigilia. Con esta noticia César dió la señal del combate. Batalla de Munda en el dia de las fiestas del dios *Libero*, ó fiestas *Dionisiacas*.	Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 28. Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 31. Plut. *Vit. Caes.*, cap. 56.

que se vale Hircio *hoc praeterito tempore: postero die: insequenti die:* las cuales se repiten por nueve veces ó sean nueve dias, que sobre el 19 de Febrero, época de la conquista de *Attegua*, nos darán por resultado el 28 del propio mes, ó sea el *III Kal. Martiarum*, como quiere Scaligero. Pero olvidó principalmente que todos los sucesos que pasaron con los *Bursavolenses*, han de ocupar algunos dias. Cuando el historiador latino da comienzo al cap. 22, escribe: *Hoc praeterito tempore:* y despues de referir en detalle cuanto acaesció á los de *Bursavola*, empieza otra vez (al relatar que se habian pasado los siervos) *hoc praeterito tempore*. Luego son dos épocas distintas, de las cuales la primera hace relacion á los sucesos del cap. 21, y la segunda á los de los *Bursavolenses*, que se mencionan en el 22, y por lo tanto ya habrian transcurrido algunos dias. La opinion de Scaligero se refuta además con el mismo texto de Hircio, como lo hizo Petavio y se comprueba astronómicamente su inexactitud, segun queda demostrado en su lugar oportuno. (Véase la nota 6 de la pág. 110.)

APÉNDICE NÚM. II.

EXÁMEN DE LOS CÓDICES DE LA GEOGRAFÍA DE STRABON.

Acaso sea la colacion primera, que de varios códices de la *Geografía* de Strabon se haya verificado, la que de seis de ellos hizo el genovés Enrique Scrimger, para exornar una nueva edicion del texto griego, que no llegó á realizarse, adscribiendo al márgen de un ejemplar de la Aldina las varias lecciones de aquellos, los que enumeró en una nota puesta al frente del exemplar, que se ha conservado en la Biblioteca Barberina, donde lo examinó Siebenkees, el cual enriqueció con las variantes de esta colacion su edicion Straboniana, é hizo del dominio publico la nota de los códices, que para aquella tuvo Scrimger presentes (1). De ellos el primero pertenecia á la Biblioteca de Pedro Bembo, conteniendo sólo los diez primeros libros, de los diez y siete, de que consta la *Geografía* de Strabon; y aunque ciertamente antiguo, en muchos lugares estaba anotado con las variantes de otra leccion acaso anterior: Scrimger le llama códice Bembino A. El segundo hallábase en la Biblioteca de San Márcos, de Venecia; procediendo del célebre cardenal Bessarion, y le nombra Scrimger códice Marciano A. El tercero de la misma Biblioteca, y que contiene no más que los quince libros primeros, le denomina *Venetus* B, y al cuarto que supone de Gemisto, el que formó unas *Excerptas* de la obra de Strabon, le da el nombre de Marciano C. Por último, estando en Roma, dice, tuvo á la vista dos antiguos códices de la Biblioteca de los Strozzi, de los cuales uno completísimo y castigado mostraba por las notas marginales la mano de Láscaris, célebre helenista del siglo XV, comprendiendo los diez y siete libros, y á este le llama *Strozzianus* B: el

(1) Sieb. *Praef. in Strab. Geog.*, página XXX.

otro, mucho más antiguo que todos ellos, contenia sólo los nueve primeros libros, y Scrimger le nombra *Strozzianus* A.

Refiriéndose acaso á esta colacion de Scrimger, imagina Siebenkees que escribió Casaubon (al preparar otra edicion nueva de la *Geografía Straboniana* que no realizó y encomendó á su hijo, no llevándose tampoco por este á efecto) en su *Epístola* 514 á Pedro Junio: *Quantum ad eam rem iuvare nos tuae illae notae Scrimgerianae, queant ne dici quidem potest*. Mas no son otros los códices que Casaubon cita en las notas de la edicion por él publicada, que los mismos de la colacion de Scrimger, segun advierte Krámer en el *Prefacio* de la suya antes indicada; lo cual comprendió este ser así comparando las anotaciones de uno y otro, y lo halló luego demostrado en cierta carta de Holstenio citada por Ste. Croix y por Morelli (1). No fuéron, sin embargo, ni los antedichos códices, ni aún la colacion que de ellos hizo Scrimger, originales, sino un extracto de las variantes que esta ofrecia como más notables, sacado por Enrique Stephano, lo que Casaubon tuvo á la vista al publicar sus notas; así es que de ellas no puede inferirse la antigüedad de los MSS. que presentan tal ó cual variante, porque ni advirtió nada sobre este punto, ni aún los cita por nombres especiales que hicieren venir en conocimiento de cuáles sean aquellos, á que en cada caso se refiere. Tampoco sus notas merecen la mayor fe sobre este punto, como advierte Krámer. Por todo ello mal podemos atenernos á sus palabras para averiguar la prioridad de la leccion χιλίους ó la de ἑξακισχιλίους de que se trata. En las anotaciones de Siebenkees ya apa-

(1) Ste. Croix, *Journ. des Sav.*, 1789, Avr., pág. 237. Mor. *Bibl. manuscr.*, página 212. De esta carta copia Krámer las siguientes palabras: *Habeo beneficio Patricii Iunii Strabonis exemplar olim ab Henrico Scrimgero............ in Italia ad sex antiquorum codicum fidem collatum tanta diligentia, ut maiori nunquam me vidisse meminerim, nec sine stupore librum unquam adspiciant. Eius usum cum Henricus Stephanus aliquando sibi impetrasset ad aliquot dies, enotavit ea et sublegit, quae videbantur esse praecipua; quibus adiutus fuit deinde Casaubunus in sua editione adornanda.* Que esto asi fuese, lo comprueban las mismas palabras de Casaubon que muchas veces cita bajo el nombre de *Soceri librum* (sabido es el parentesco de Casaubon con Enrique Stephano) aquel de que habia tomado sus variantes: por ello resulta en no pocas de estas que atribuya á los antiguos códices, *libris veteribus*, la escritura que se contiene en alguno que otro únicamente, ó que fué añadida al márgen de uno de ellos; porque Etienne anotó en general lo que le pareció importante ó extraño, dejando sin poner la cita á cada códice; y aún hubo de errar con frecuencia, de donde nacieron variantes notadas por Casaubon que ni en los códices de Scrimger ni en ningunos otros han existido jamás. (Vide. Krám. *Praef. in Strab. Geog.* págs. XL y XLI.)

rece con más distincion que la segunda de dichas lecciones es de los códices Strozziano y Veneto: sobre la primera cita sólo los MSS. de Casaubon, es decir los que supone erradamente que este habia visto.

Otros códices, además de la colacion de Scrimger, examinó por sí Siebenkces, tanto en la Biblioteca Vaticana como en la de San Márcos de Venecia, de los cuales da noticia en el *Prefacio* de su edicion; pero así de estos de Italia, como de los de Paris, y de otros que fuéron colacionados para la edicion de Oxford, se hace relacion más continuada y genérica en el *Prefacio* de la de Krámer, por lo cual extractarémos sólo de esta lo que sobre el particular conviene á nuestro propósito, advirtiendo lo que fuere preciso de cualquiera de las otras.

Entre todos los códices de Strabon que se conservan en la Biblioteca Real (hoy Imperial) de Paris, es el *Codex princeps* el notado con el núm. 1397, que contiene los nueve primeros libros solamente (1). Mas este códice, segun el mismo Krámer, no es sino aquel, que venido del Oriente á Italia, ignórase cuándo, fué examinado á mediados casi del siglo XVI por Scrimger en Roma en casa de los Strozzi, como antes queda dicho. Trasladado de Roma á Florencia por María de Médicis, á lo que parece, fué llevado luego á Paris con otro códice Straboniano. (Kram. *Praef.* pág. XIII.)

El segundo códice Parisino que cita Krámer es el notado con el número 1393, dado á conocer por Montfaucon (2), y por Brequigny tenido en tanta estima que á él ajustó principalmente su edicion de Strabon, de que publicó sólo el primer tomo en 1763. Opónese Krámer á considerar, como los dos críticos citados, que el códice este pertenezca al siglo XII ó XIII, suponiendo, por la forma y abreviaciones de sus letras, que debe corresponder á fines del siglo XIII ó principios del XIV. Contiene todos los diez y siete libros de la *Geografía* de Strabon, y fué traido de Constantinopla por el doctísimo abad Sevin, en 1732. (Krámer, *Praef.*, pág. XIV.)

El tercer códice Parisino, de que habla Krámer, es el señalado con el núm. 1408, el cual contiene tambien todos los libros de Strabon, escritos al parecer á fines del siglo XV. (Krám. *Praef.* pág. XVI.)

El cuarto es el núm. 1394, contiene todos los libros y está escrito despues de mediarse el siglo XV. (Krám. *Praef.*, pág. XVII.)

(1) Krám. *Praef.*, *in Strab. Geog.*, página X.

(2) Montf. *Bibliot. Bibliothec.*, tom. II.

El quinto es el códice núm. 1396, escrito á fines del siglo XV ó principios del XVI, conteniendo igualmente todos los libros. (Krám. *Praef.*, pág. XIX.)

El sexto es el códice núm. 1395, contiene asimismo los diez y siete libros, transcritos del anterior citado. Este códice fué el que sirvió para la edicion Primigenia de Aldo, lo cual se manifiesta, entre otras cosas, por los signos con que los cajistas señalaron en él los principios y fines de las páginas de la edicion. Además tiene escritas en el márgen inferior de la primera página estas palabras: «*A me Io. Francisco. Azulano*».

El séptimo y último códice de los Parisinos, de que da razon Krámer, es el núm. 1398, escrito al terminar el siglo XV, y que contiene sólo el *Epitome* de los diez primeros libros, hecho por Gemisto. (Krám. *Praef.*, pág. XX.)

De los códices Vaticanos de que Krámer da asimismo cuenta en su *Prefacio*, es el primero el designado en aquella Biblioteca con el número 1329, notable en gran manera por más de un concepto; pero que desgraciadamente comienza por el final del lib. XII. (Krám. *Praef.*, pág. XXI.)

El segundo de los Vaticanos es el núm. 174; códice del siglo XV, y que comprende todos los libros de Strabon, escritos por dos diversas manos. (Krám. *Praef.*, pág. XXII.)

El tercero es el núm. 173 de la dicha Biblioteca, escrito con poca elegancia y correccion, despues de mediado el siglo XV: contiene los diez primeros libros de la *Geografía* de Strabon. (Krám. *Praef.*, pág. XXII.)

El cuarto entre los Vaticanos, de que habla Krámer, comprende sólo los ocho libros posteriores. (Krám. *Praef.*, pág. XXIV.)

Entre los códices Mediceos cita el primero (de los cuatro que de Strabon se conservan en la Biblioteca Laurentiana), como dignísimo de notarse, el códice 5 del pluteo XXVIII, elegante y correctamente escrito, acaso ya en el comienzo del siglo XV, conteniendo los diez libros primeros. (Krám. *Praef.*, pág. XXV.)

El segundo es el códice 40 del mismo pluteo, escrito despues de la mitad del siglo XV, conteniendo igualmente los diez primeros libros. (Krám. *Praef.*, pág. XXVI.)

El tercero es el códice 15 del mismo pluteo, que no contiene sino los siete libros posteriores: como el cuarto, que es el 19 de dicho pluteo, comprende sólo los ocho libros últimos. (Krám. *Praef.*, pág. XXVII.)

De los códices Venecianos el primero que examina Krámer es el señalado con el núm. 377 en la Biblioteca de San Márcos, el cual contiene los doce primeros libros de la *Geografía Straboniana*, escritos en el siglo XV. Aparece que este códice perteneció en su tiempo al cardenal Bessarion, del nombre que él mismo puso en su primer fólio. (Krám. *Praef.*, pag. XXVIIy XXVIII.)

El segundo es el códice núm. 378 de la dicha Biblioteca, elegantísimamente escrito por Juan Rhoso el cretense, conteniendo los libros todos de Strabon, los doce primeros copiados del códice núm. 377, como rectamente enseña Morelli (1). Fué tambien este códice del cardenal Bessarion, segun la nota que de su mano se halla puesta en la primera hoja. (Krám. *Praef.*, pág. XXVIII y XXIX.)

El tercero es el códice núm. 640, que fuera de otros opúsculos, contiene sólo los ocho últimos libros de la *Geografía* de Strabon. (Krám. *Praef.*, página XXIX.)

El cuarto códice de los Venecianos es el núm. 379, que en los fólios del 1.° al 108 comprende las *Excerptas* de los diez primeros libros por Gemisto, é íntegros los siete restantes. Perteneció, como los anteriores, al citado Bessarion. (Krám., *Praef.*, pág. XXX y XXXI.)

De los códices de la Biblioteca Ambrosiana es el primero que refiere Krámer, el 53 de la letra M, escrito en el siglo XV y conteniendo, excepto el segundo, los restantes libros de la *Geografía* de Strabon. (Krám. *Praef.*, pág. XXXI.)

El segundo de dichos códices Ambrosianos es el 93 de la letra G, escrito al terminarse el siglo XV, y que comprende todos los libros de la expresada *Geografía*. (Krám. *Praef.*, pág. XXXIII.)

Estos son todos los códices examinados por Krámer, existiendo además de ellos otros tres, de que da cuenta Falcóner en el *Prefacio* de la edicion de Oxford. (Pág. V.)

El primero de estos es de la Biblioteca del colegio Etonense, y segun Falcóner debe ser posterior al siglo XIV. Contiene sólo diez libros de la *Geografía* de Strabon.

El segundo es el códice que se conserva en la Biblioteca del Escorial, cuya colacion suministró Perez Bayer para la dicha edicion de Oxford. Segun este, en su último fólio se halla escrito en letras griegas el epígrafe, que en palabras latinas puede expresarse de este modo:

(1) Morelli, *Bibliotheca manuscriptorum*.

«*Absolutus fuit praesens liber Augusti mensis die duodecimo, Indictione prima, anno vero* 6931 (*Christi* 1423), *manu Georgii Chrysococcae diaconi, sumptibus autem Francisci Philelphi, qui in usus proprios eum sibi coemit*».

El tercero es el códice Mosquense ó de Moscow, colacionado tambien para la misma edicion por C. F. Matheo, el cual dice que contiene los diez y siete libros de Strabon, escritos al terminar el siglo XV ó al comienzo del XVI.

Por último, en la Biblioteca Nacional de Madrid existe un códice de la *Geografía Straboniana*, de que dió noticia D. Juan Iriarte (1), y que, segun este, debió ser escrito feneciendo ya el siglo XV, y comprende los libros todos de Strabon, aunque en él se hallan frecuentes lagunas, siendo una de ellas al principio de su tercer libro, segun por nosotros mismos hemos examinado. Hállase notado este códice con la letra N y el núm. 5, de la dicha Biblioteca.

Del relato que acabamos de hacer de los códices Strabonianos, se ve que los más antiguos (entre aquellos que contienen el lib. III, que es el único sobre nuestra *Iberia*), son: primero el Strozziano que Scringer colacionó en Roma, comprensivo de sólo los nueve primeros libros, y que segun Krámer es el mismo códice designado en la Biblioteca de Paris con el núm. 1397; y el segundo el señalado en la propia Biblioteca con el núm. 1393, los cuales exceden grandemente en antigüedad á todos los restantes, que no anteceden al comienzo del siglo XV.

Ambos tienen á más la cualidad, no menos importante, de venidos del Oriente, donde como es sabido, se refugiaron las letras á la destruccion del imperio romano, y de donde vinieron en la época del renacimiento los restos de la antigua literatura, principalmente la escrita en lengua griega, de que nada se conservó en el Occidente durante los siglos bárbaros. Fuéron además traidos dichos códices en tiempos muy diversos con mediacion de siglos, de modo que la igualdad de su procedencia nada arguye en contra, sino en favor de la autoridad de las lecciones que en ellos sean idénticas; y si bien el primero ha sufrido en los pasajes corruptos restituciones de mano mucho más reciente, como notó Villebrune (2), siendo el tercer libro uno de los

(1) Iriart. *Reg. Bib. matritensis Codices Graeci*, vol. *prius: Matriti*, 1769, pág. 19.

(2) *Quia vero lapsu temporis vel corrosa vel vetustate fuerant detrita plurima folia, in eo recentiori manu completa fuerant, recentibus super agglutinatis, textusque ex alio Codice circa finem decimi quarti saeculi restitutus. (In Praefatione editionis Oxoniensis*, para la cual colacionó este códice Villebrune.)

mutilados, sin embargo, en la época al menos en que lo examinó Scringer en Roma, casa de los Strozzi, ofrecia en el pasaje que se debate la leccion ἑξακισχιλίους, pues se anota esta como del códice Strozziano en la edicion de Siebenkees, que, como ya se ha dicho, publicó las variantes de la *Colacion Scringeriana* La misma leccion aparece en el otro antiguo códice de que vamos hablando, ó sea el Parisino número 1393, segun cuantos lo han colacionado, hallándose tambien en el Mediceo, núm. 5. del pluteo 28, códice de tal autoridad para Krámer, que lo coloca en primer término despues del Parisiense número 1397. Ofrece además esta leccion, segun el citado Krámer, el códice Veneciano, núm. 377 (1), que segun Siebenkees está escrito acaso en el siglo XIV, y que habiendo sido de la pertenencia del cardenal Bessarion, debe tambien suponerse importado del Oriente por este célebre purpurado, cuando vino á tratar de la union proyectada de la iglesia griega. De modo que los códices más antiguos y autorizados por las circunstancias de su procedencia, son los que presentan la leccion σταδίους ἑξακισχιλίους καὶ τετρακοσίους, no pudiendo considerarse la de χιλίους καὶ τετρακοσίους, aunque se hallase en todos los restantes, sino como una correccion de aquella, introducida por los copistas, á la manera que Xylandre corrigió de propia autoridad la escritura de la edicion Aldina, y su enmienda hizo boga en las ediciones posteriores; pues que todos los demás códices conocidos en esta parte de Europa, no son sino copias sucesivas de los más antiguos venidos del Oriente, y á solos los apógrafos y calígrafos, encargados de transcribirlos, hay que referir las variantes que se noten en los códices Strabonianos, siendo así que estos demuestran por la conexion de sus depravaciones, traer todos origen de uno mismo antiquísimo, pero lacerado y pésimamente comprendido, como escribe Siebenkees en el *Prefacio* de su edicion citada. (Pág. XXVI.)

No sólo es una consecuencia precisa de lo anteriormente explicado, el atribuir la leccion χιλίους á los apógrafos de los siglos XV y XVI, sino que es un hecho de que hay ejemplo manifiesto, á parte del muy semejante que ofrece la correccion de Xylandre.

(1) Resulta (si no es yerro de imprenta ó de escritura en los números) que el códice de la Biblioteca de San Márcos de Venecia, que Krámer cita como designado en ella por el número 377, Siebenkees lo supone marcado con el número 378, lo que advertimos para evitar confusiones, y que no se crea error apuntar como de aquel lo que Siebenkees no dice sino de este.

Del códice Veneciano núm 377, anota Krámer la variante de ἑξακισχιλίους, y no así del señalado en la misma Biblioteca con el 378. Sin embargo de que este, como antes se dijo, es copia de aquel en sus doce primeros libros; de modo que al transcribirlos el apógrafo Juan Rhoso, corrigió seguramente aquella voz, á la manera que Xylandre lo hizo con la de ἓξ χιλίους de la edicion Aldina. Y es palmaria la causa que hizo tan general y admitida la enmienda de aquellas voces; pues si en los siglos medios pudo pasar desapercibido para los copiantes del imperio byzantino el absurdo de que hubiese seis mil y más estadios de distancia entre dos ciudades de una misma provincia de nuestra España, para los doctos calígrafos que iniciaron en el Occidente de Europa el renacimiento de las letras helénicas, y que ponian todo su empeño en dar mayor elegancia á los ejemplares por ellos transcritos, purgándolos de las lagunas y corrupciones que en grande abundancia en los antiguos códices aparecian, no era tolerable una leccion tan fuera de propósito como la de ἑξακισχιλίους καὶ τετρακοσίους.

Resulta de lo dicho que la leccion χιλίους καὶ τετρακοσίους no tiene más autoridad que la de ἑξήκοντα καὶ τετρακοσίους, pues una y otra son correcciones introducidas, ya sea en los códices ó ya en las ediciones, por el cálculo más ó menos acertado de los copistas ó de los editores.

Como no es posible, sin embargo, admitir por un solo momento que el llamado por su excelencia príncipe de los geógrafos griegos, los cuales llevaron los estudios cosmográficos á más altura de la que vulgarmente se cree, escribiese que mediaban de *Carteia* á Munda seis mil cuatrocientos estadios, cuando esta es mayor distancia de la que el mismo Strabon señala como longitud de toda la Iberia, es preciso ver cuál de las correcciones propuestas por sus anotadores conviene mejor, paleográficamente considerada, con la leccion ἑξακισχιλίους καὶ τετρακοσίους, que aparece como primitiva en los códices de los siglos medios. Ni se juzgue fuera de propósito querer así apurar hasta la saciedad el texto Straboniano sobre este punto, pues que en él pretenden haber hallado los más de los tratadistas de la cuestion de Munda un argumento poderosísimo en pro de sus diversas opiniones; y por cierto no debe desatenderse un dato que tiene la importancia de ser el único en su género que de la situacion respectiva de aquella ciudad nos suministran los antiguos escritores. Aunque el geógrafo del Ponto no recorrió por sí mismo nuestra Iberia, como lo hizo con otros países para componer su grande obra, esta no es sólo el fruto de sus propias

indagaciones, sinc tambien el resúmen más perfecto que ha llegado hasta nosotros, de los muchos conocimientos que acerca de las medidas de la tierra y las distancias de los pueblos, acumularon los griegos desde Anassimandro hasta la época de Augusto, por espacio de cerca de seis siglos. Para la formacion de su tercer libro sirvióse Strabon, con acertada crítica, principalmente de las obras de Artemidoro, de Posidonio y de Polybio (1), autores todos cuyo testimonio es ocular sobre lo que escriben do España, pues que la visitaron ellos mismos; y aûn en la descripcion de la parte meridional, válese tambieu del relato de Asclepiades Mirleano, contemporáneo del Gran Pompeio, y que fué maestro de gramática en la misma Turdetania, y estableció el censo de los pueblos de la España. La exactitud con que se encuentran marcadas las distancias entre otros lugares de nuestra Iberia en la obra del geógrafo griego, como nota Groskurd á este propósito (2), y que pudiera comprobarse con varios ejemplos, es razon bastante para creer que la señalada eutre *Carteia* y Muuda comprobaria en gran manera el sitio de esta última ciudad, á haber fijeza cierta en el texto Straboniano. Mas lanzados á viva fuerza al campo de las conjeturas paleográficas por la absoluta inconveniencia de la leccion más autorizada, hay que partir del principio de que la depravacion no alcanza á las voces καὶ τετρακοσίους, pues que estas son constautes en todos los códices, y no implican por sí dificultad ninguna, sino que únicamente comprende á la de ἑξακισχιλίους, de la cual no es posible suponer preformativa la de χιλίους. Sabido es que todas las corrupciones de los antiguos textos provieneu generalmente de la viciada interpretacion que en ellos se diera á las abroviaciones, con que escribian para más prontamente lucrarse los copiantes del bajo imperio, y estos no suprimian la escritura de las primeras letras en cada frase, sino por el contrario, la de las últimas. Asi es que tomando como más autorizada la leccion ἑξακισχιλίους, es como los varios anotadores de que mencion se ha hecho antes, han contradicho la lecciou χιλίους con la de ἑξήκοντα, pues que fácil es suponer, como lo hace Groskurd en el lugar há poco citado, que de esta voz *forte parum loculenter scripta, somuolentus quidam scriba creavit* ἓξ χιλίους, *quod alius deinde corrigens mutavit in* ἑξακισχιλίους.

(1) A. H. S. Herem. *Disertlatio de fontibus Geographicorum Strabonis,* (inserta en las *Memorias de la Real Sociedad de Gottinga,* año 1825) sobre el libro tercero.

(2) Grosk. *Observat. in Strab. Iber.*, not. 32, pág. 27 y 28.

APÉNDICE NÚM. III.

ESCRITORES QUE HAN TRATADO DE FIJAR EL SITIO DE LA MUNDA POMPEIANA.

Academia de la Historia, § LXXVII.—Albricio, § XLVIII.—Alfonso el Sábio, § III.—Anónimo, § VII.—Arecio, § XIII.—Atienza, § LXXVI.—Ávalos, § XXXIV.—*Ausland (El Extranjero)*, § LXXII.—Belestá, § LIV.—Beuther, § XIV.—Braunio, § XXXII.—Brito, § XXIX.—Bruna, § L.—Cabello, § LXV.—Caro, § XXXVIII.—Carter, § LII.—Castro, § LXXVIII.—Cean, § LXVI.—Celario, § XLV.—Clarke, § XLVI.—Clusio, § XXI.—Cornide, § LV.—Cortés y Lopez, § LXIX.—Covarrubias, § XXXV.—Cueto y Herrera, § LXXV.—Diaz Rivas, § XL.—Espinel (Jacinto), § XXXVII.—Espinel (Vicente), § XXXVI.—Estébanez Calderon, § LXXIX.—Fariña, § XXXIX.—Fernandez-Guerra, § LXVIII.—Fernandez de Sousa, § LXXI.—Franco, § XVIII.—Gerundense (El), § V.—Haller, § XLVII—Hernandez, § XXIII.—Horozco, § XXX.—Hurtado de Mendoza, § XIX.—Isla, § XLIII.—Florez, § XLIX.—Lafuente Alcántara, § LXXIII.—Lafuente (D. Modesto), § LXXIV.—Laso de Oropesa, § XVI.—Lopez de Toledo, § IX.—Madoz, § LXXIV.—Madrid (Francisco Julian), § LXVII.—Maldonado, § XLIV.—Mariana, § XXVIII.—Marineo Siculo, § XII.—Marzo, § LXX.—Medina Conde, § LIX.—Mendez de Silva, § XLI—Mercátor, § XXXI.—Mérula, § XXXII.—Morales, § XVII.—Nebrixa, § X.—Nonio, § XXXIII.—Nuñez de Guzman (El Pinciano), § XI.—Ocampo, § XVI.—Ortelio, § XXI.—Ortiz, § LXII.—Padilla, § XV.—Palencia, § VIII.—Perez-Bayer, § LVI.—Perez de Mesa, § XXII.—Pineda, § XXVII.—Risco, § LXIII.—Rodrigo (El Arzobispo D.), § II.—Rui Bamba, § LXIV.—Sanchez Palomino, § LXI.—Stadio, § XXV.—Valbuena, § XLII.—Velazquez, § LI.—Xylandro, § XXIV.—Zamorense (El), § IV.

I. Es privilegio de los pueblos antiguos, que ha hecho famosos la Historia; dar desde remotas épocas, motivo á la investigacion de los eruditos, para señalar su sitio. Así ha sucedido con la célebre *Numancia*, y lo mismo puede decirse de la no menos célebre *Munda*.

II. Ya en el siglo XIII escribia el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo que se ignoraba la situacion de *Munda*, y que unos opinaban por Coimbra, y otros por Sepúlveda, llevados sin duda de las semejanzas que daban á los nombres de los dos rios, que bañan estas ciudades (1).

(1) Roderici Toletani, *Hist. Romanorum*, cap. 10. *in fine*.

III. En la *Estoria de Espanna, que fizo el muy noble Rey Don Alfonso, fijo del noble Rey Don Fernando y de la Reyna Doña Beatriz* (dicha vulgarmente le *Crónica general de España*), relatando la guerra de Julio César contra los hijos del Gran Pompeio, cuéntase que: *ovieron y muchas batallas en uno; é á las veces fué bien á los unos, á las vezes á los otros. E la postremera Batalla que ficieron, ovieronla cercal rio Monda* (1).

IV. Fr. Juan Egidio de Zamora, maestro que fué de D. Sancho el Bravo, transcribió estas mismas opiniones en su obra de *Preconiis Hispaniae*, y hasta copia las palabras del Arzobispo D. Rodrigo (2).

V. D. Juan Molens de Margarit, Obispo de Geroua, en su libro III de lo que se intitula el *Paralypomenon del Gerundense*, más adelantado en relaciones geográficas de lo que en su época podria esperarse, segun que se demuestra por otras partes de su obra, repite lo mismo en varios lugares de ella, siguiendo la autoridad del Arzobispo D. Rodrigo (3).

VI. El nunca bien ponderado maestro Antonio de Lebrixa, señaló este error, al escribir el capitulo «*De maximis fluminibus Hispaniae*», que precede á sus *Décadas de la Historia de los Reyes Católicos*. ¿Pero de dónde pudo provenir esta confusion entre los escritores de la edad media? En tiempo de Cárlo Magno vivia Paulo el Diácono, llamado de Aquileya para distinguirlo del otro Paulo que es más antiguo. Escribió el primero una obra que se conoce bajo el título de *Historia Miscella*, y al tratar de la batalla de Munda dice: «*Ultimum bellum apud Mundam flumen gestum est*» (4). Paulo el Diácono copió literalmente de Paulo Orosio, presbítero español, todo lo relativo á la rota de Munda, como podrá ver quien cotejare cuidadosamente uno y otro texto. Y aunque en el de Paulo Orosio se lee hoy: «*ultimum bellum apud Mundam urbem gestum est*»; se advierte en la edicion de Segisberto Havercampio que algunos manuscritos y ediciones escriben *Mundam flumen* (5). Este error, en nuestro concepto, hubo de introducirse en los MSS. de Paulo Orosio, que vivia en el sigl IV, por haberse interpretado mal el

(1) *Onda* en vez de *Monda* escribe el códice membranáceo en fólio mayor, de la Biblioteca del Escorial, existente en la Academia de la Hist., vol. I, foja 58.

(2) Fr. Johan. Egid. Zamor. *De Preconiis Hispaniae*. códice membranáceo A 189, existente en la Biblioteca de la Academia de la Hist., fól. 101 vuelto.

(3) Gerund. *Paralip. Hisp.*, lib I, tit. *de urbibus Hisp. quae propria nomina mutaverunt*.

(4) Paul. Aquileg. Diacon. *Hist. Miscell.*, lib. 6, edit. Basil. 1569, pág. 225.

(5) P. Oros. *Histor.*, Edit. Havercamp. Lug. Bat. 1767, pág. 124, not. 19.

pasaje de Strabon sobre la llegada de César á Obulco, para dar la batalla cerca de Munda. En el lib. III de su *Geografía* se lee á este propósito: τὸν περὶ τὸν Μούνδαν πόλεμον. Casaubon con harto fundamento anota este lugar: *Lego* τὴν Μούνδαν. *Nam ὁ* Μούνδας *fluvius potius fuerit, de quo paulo supra* (1). La equivocacion del copista en este caso es muy fácil de comprenderse. En el texto griego la voz τὸν aparece abreviada, *sic* ⁊, y la voz τὴν se abrevia, *sic* ⁊. La imperceptible variacion que hay en la forma de estos nexos, hace que pueda confundirse la ciudad de Munda con el rio Munda, como dice Casaubon; y de aquí sin duda el orígen de un error, que cada vez fué extendiéndose más, pasando de unos á otros MSS., y que admitido en la edad media, predominó durante mucho tiempo por falta de crítica, pues bastaba considerar, como en su *Cronicon de España* escribe Juan Vaseo, un siglo despues del Gerundense: «*Nimirum Munda erat non in Lusitania sed Baética*» (2).

VII. Otra singular opinion sobre el sitio de Munda, hubo de nacer en el siglo XV, pues mayor antigüedad no concedemos á las inscripciones de los famosos toros de Guisando, que por tanto tiempo han fatigado á los eruditos, y de las cuales hemos ya tratado en su lugar oportuno. Tales fuéron las opiniones dominantes en los siglos XIII y XIV, y durante casi todo el trascurso del XV. Buscábase la ciudad de Munda, ó en la Lusitania ó en la España Tarraconense; y en aquella edad de hierro las escasas luces de la crítica no podian dar por resultado que la Munda, célebre por la batalla de César, habia de estar en la Bética.

VIII. Alfonso de Palencia en su *Historia MS. de la guerra de Granada*, refiriendo que despues de la conquista de Ronda, se entregaron al rey

(1) Strab. *Geogr.* Edit. Oxon., pág. 249, nota 17.

(2) Los que creyeron que la batalla de Munda fué cabe el rio Duraton, cuyo rio, que baña la ciudad de Sepúlveda, ellos llamaron Munda, bubieron de confundir la rota de este nombre, con la que César sufrió delante de *Dyrrachio* (hoy Durazzo). Presta apoyo á nuestra conjetura leer en la *Corónica General*, aludiendo á este suceso «que se vió Julio César con »Pompeyo el grand en ora que si Pom»peyo en la batalla de *duratio* sopiese »cuemo estava,» etc. La perfecta semejanza de este nombre, tal cual se le da en la *Corónica*, con el del rio *qui nunc dicimus Durationem*, como escribe el Arzobispo D. Rodrigo, y que otros apoyándose en relaciones antiguas, decian ser el de Munda, nos hace presumir que estos escritores de la edad media, bubieron de tomar la batalla de Dyrrachio por la de Munda. Gran número de otras equivocaciones parecidas que se advierten en la misma *Corónica*, escrita ya en época de alguna mayor ilustracion, abonan lo verosímil de nuestra conjetura.

católico Monte Curto, Cardela y Cazaragonela, y á seguida todas las ciudades, villas, torres y aldeas de las Rondenses montañas, escribe: «*Arces haec fuerunt Cassares, Gausinum, Burgus, Munda ultimo Caesaris Tropheo memorabilis, Cardela, Garciagus, Aznalmaca, Agraçalema*, etc.» (1). La *Munda* de que habla el Palentino, es la moderna villa de Monda: primera vez que aparece esta opinion, la cual por mucho tiempo ha prevalecido, no sólo por la omonimia, sino tambien, en nuestro concepto, por la especial circunstancia de hallarse cerca de Ronda la otra Monda, que la tradicion denominaba ya *grande* ó *vieja*, como para distinguirla de la pequeña y moderna villa del mismo nombre. El Doctor Emilio Hübner opina, sin embargo, que la referencia de Munda como lugar de la Serranía de Ronda entre los de Cazares, Gaucin y Grazalema, conviene muy bien á Ronda la Vieja, y no á la Monda moderna (2).

IX. En la traduccion castellana que de los *Comentarios de César* hizo, siendo aún muy mancebo, Fr. Diego Lopez de Toledo, y que se imprimió en esta ciudad, año de 1498, se halla en el índice de pueblos, que hay á su final: «Munda, ciudad es en el Andalucía que se llama Ronda» (3).

X. El maestro Antonio de Nebrixa, por mandado de la reina doña Isabel la Católica comenzó un tratado en lengua castellana, declarando las antigüedades de España. No lo concluyó, segun dice su discípulo Florian de Ocampo (4), que si lo feneciera y llegara á nuestros dias, seguro es que muchas de nuestras antigüedades se hallaran hoy dia aclaradas. En una composicion que, ejercitando el númen poético, escribió hácia el año 1519, y que titula *De Profectione Regum Compostellam* (5), puso unas curiosas notas histórico-geográficas, y al llegar á los versos:

(1) Alfons. Palent. *Historici ante narrationem belli adversus Granatenses foeliciter coepti*. MS. de la Academia de la Hist., Est. 11, gr. 2, núm. 56, fólio 97 vuelto.

(2) *Noticias mensuales de las actas de la Real Academia de Ciencias de Berlin*. Año de 1860, pág. 624.

(3) Esta traduccion se dió á la estampa por Maestre Pedro Hajembach, aleman, y dedicose al Príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos. Concluyóla Diego Lopez á los diez y siete de su edad, segun él mismo asevera. Al decir que fué Ronda, no es porque precisamente en el sitio donde se halla asentada esta poblacion, fuese la antigua Munda, sino por ser la ciudad de importancia más inmediata á las ruinas de Ronda la Vieja, y creerse que de aquí se trasladó al lugar que ocupa actualmente. Así es que al suponerla en Ronda, Ronda la Vieja y Setenil, se señala un mismo punto.

(4) Ocamp. *Corón Gen.*, lib. 2, cap. 30.

(5) Esta composicion se halla publicada por su nieto *Aelio Antonio Nebrissen-*

«*Et cum Mentesa Parnasia Càstulo testis*
Mundaque Caesarei non ultima fama laboris»

anota: *Mundaque non longe a Ronda: ubi Caesar Pompeii filios superabit* (1). La expresion *non longe a Ronda*, nos hace suponer con fundamento que indudablemente queria señalar el sitio de la Gran Monda.

XI. A fines del siglo xv Fernan Nuñez de Guzman, conocido por el Pinciano, publicó su *Comento á las trescientas de Juan de Mena*, en el cual escribe: «murió (Labieno) despues en España en la guerra que César uvo con el hijo mayor de Pompeyo cabe la ciudad de Córdoba» (2). El Pinciano fué la admiracion de su tiempo, por sus conocimientos en la lengua griega. En 1472 salió á luz por primera vez la *Historia* de Appiano Alexaudrino, aunque en latin, segun costumbre del siglo xv, como acaeció con Strabon y Ptolomeo. Fernan Nuñez, citala al referir la muerte de Labieno, y debia conocer además muy bien el texto griego; y así se ve que lo traduce literalmente: παρὰ πόλιν Κορδύβην, cabe la ciudad de Córdoba (3).

XII. Por esta misma época florecia Lucio Marineo Sículo, quien en su obra *De Rebus Hispaniae Memorabilibus* sentó una opinion nueva, á saber: que Xerez fué la antigua Munda: «*Xericium quod ego Mundam esse opinor* (4). Este dictámen prevaleció muy poco entre nuestros

se, que tenia imprenta en Antequera, y dió á la estampa otras obras de su abuelo. Salió á luz con otras varias del mismo autor, ignoramos si por la vez primera, el año 1577.

(1) Un escritor de nuestros dias utribuye á Nebrixa la opinion de que la antigua Munda fué la misma Ronda actual, citando la autoridad de su *Diccionario*. Nebrixa murió en 1522, y en las ediciones que se hicieron de su *Vocabulario* antes de su muerte, sólo se lee: *Munda Oppidum Baeticae bello civile nobile*; sin correspondencia ó concordancia geográfica ninguna. Con la autoridad del *Diccionario* pudieran atribuirsele á la vez diversas opiniones, que no son sino las de los que lo adiccionaron ó corrigieron posteriormente.

(2) Fer. Nuñ. *Comento á las trescientas de Juan de Mena*. Glosa sobre la copla 260.

(3) El no menos célebre Francisco Sanchez, conocido por el *Brocense*, hácia el último tercio del siguiente siglo, escribió otro nuevo *Comento* á las trescientas del poeta cordobés, ajustándose en este lugar á la opinion que habia dejado sentada el *Pinciano* anteriormente.

(4) Luc. Marin. Sicul. *De Reb. Hisp. Memorab.*=*Hispan. Ilust.*, part. 2, página 304. Es muy notablo que en la *Hist. de Cádiz* escrita por Fr. Gerónimo de la Concepcion, y publicada con el título de *Emporio del Orbe, Cádiz Ilustrada*, se atribuya á Marineo Siculo la opinion de Ronda la Vieja. «Dieron noticia á César (dice Fr. Gerónimo) los suyos, el cual en 17 dias se puso en España y aviéndose careado su exército con el de Pompeyo,

eruditos de los siglos XVI y XVII, hasta que un escritor moderno acaba de reproducirlo en nuestros dias (1).

XIII. Claudio Mario Arecio, patricio Siracusano, cosmógrafo del emperador Cárlos V, escribió en 1544 un diálogo bajo el titulo *Hispaniae Situs*, que es una corografía de nuestra Península. En boca de Calipho pone que la ciudad de Munda es la que hoy llaman Mundezara (2), la cual es villa de Castilla, y Arecio sin duda hubo de reducir á ella la antigua Munda, por la confusion que en los siglos medios se introdujo, á causa de otra Munda, ó sea la Celtibérica, que estaba en tierra de Castilla. Asi tambien el rio *Munda*, entre el *Durium* y el *Tagum*, de que habla Plinio, lo tomó el citado cosmógrafo por nombre de una ciudad, como antes acaeciera á otros, segun hemos visto por el Arzobispo don Rodrigo.

XIV. Pedro Antonio Beuther en 1546 publicó la primera parte de su *Corónica general de toda España* y especialmente del reino de Valencia, y si bien incurrió en el error de suponer que la batalla de Scipion contra los cartagineses, fué en la Bética, dice: «De allí se fuéron á Munda, que dezimos Ronda» (3).

XV. D. Lorenzo de Padilla, Arcediano que fué de Ronda y cronista de Cárlos V, en el libro que escribió con el título de *Geografía de España*, sentó su dictámen de que Munda fué en el sitio que llaman Mezquitas ó Mezquitillas entre Ronda la Vieja y Osuna (4).

junto á Ronda como quiere M. Siculo,» etc. (lib. 1, cap. 8, pág. 33.) Ni en la obra *De Rebus Hispaniae Memorabilibus* de este autor, que se dió á la estampa por primera vez segun cree D. Nicolás Antonio en 1530, ni en la version castellana (Alcalá de Henares 1539), que tambien hemos consultado, y de la cual no habla el citado N. Antonio, aparece que M. Siculo haya tenido esta opinion.

(1) Alonso Chacon, Rector del Colegio de Santo Tomás de Aquino en Sevilla, hubo sin duda de estudiar esta cuestion, pues contestándole el coronista Ambrosio de Morales, dícele en carta de 27 de Diciembre de 1565: «Lo de *Asta* por sí sólo »es muy bueno y con las añadiduras de »todo lo demás se enriquece y me enri»quece mucho, y yo ninguna duda tengo »en lo que V. P. contradice y averigua de »Munda y Xerez». (*Cartas de Morales* publicadas por Cano, 1793.) Posteriormente combatieron, aunque de pasada, el dictámen de Marineo Siculo, Luis Nonio (*Hispania*, cap. 13), el P. Martin de Roa (*Santos de Xerez*, 1617), el P. Fr. Estéban Rayon (quien supone equivocadamente se conforma con aquel dietámen Antonio de Lebrixa), en su *Hist. MS. de la muy noble y muy leal ciudad de Xerez de la Frontera*, cap. 2 y 3; y Ortiz de Zúñiga en sus *Anales eclesiásticos y seglares de Sevilla*, año 1677. Durante el siglo XVIII, ignoramos que algun otro escritor volviera á tratar de esta opinion.

(2) M. Aret. *Hisp. Situs. (Hisp. Ilust.)*, tom. 1, part. 1., pág. 3.

(3) Pero Anton Beuther, *Corón. gener. de toda España*, lib. 1, cap. 17.

(4) Lorenzo de Padilla, *Geogr. de Esp.* MS. de la Academia de la Hist. En la primera parte de este libro hablando del tex-

XVI. Florian de Ocampo, coronista tambien de la cesárea majestad de Cárlos V, escribiendo de la batalla que Cneo Scipion tuvo con los cartagineses cerca de Munda, dice que esta Munda situaba «donde hallamos agora la pequeña poblacion llamada Monda, tres leguas apartada de Marbella, con otras tantas de la Fuengirola, puertos ambos conocidos y tratados en aquella costa, quedando Monda solas dos leguas de la mar y siete de la villa que dicen Ronda: la cual Ronda viene metida más en la tierra que todas estas: y tócolo yo de pasada brevemente, porque hallo personas honradas y discretas, que dicen mucho contra razon, ser aquella Munda de los antiguos la misma Ronda de nuestro tiempo» (1), advirtiendo que de esto hablará más adelante, cuando tratáse de las guerras españolas de Julio César, en cuyo lugar sin duda pensaba exponer los fundamentos que tuviese para creer que la misma Monda fuese tambien la Munda Pompeiana.

XVII. Signió á Ocampo su condiscípulo y continuador Ambrosio de Morales, que le sucedió en el cargo de coronista, y lo fué del rey Felipe II. El lugar de la *Corónica* de Morales, que corresponde al cap. XLIV del lib. VIII, y en el cual describe elegantemente la rota de Munda, es bastante conocido de todos para que se dé aquí su traslado. La respetable autoridad de Morales hizo que este dictámen desde aquella época tuviera constantes y decididos mantenedores. Creian estos que el cronista visitaria la villa de Monda; al menos tal lo podian presumir por la descripcion, hasta poética, que de sus campos hace. Los que han combatido que Monda fuera la antigua Munda, ó niegan que Morales hubiera estado en aquella, ó, más circunspectos, pónenlo en duda (2).

to de Strabon, dice: «La ciudad de *Tucia* permanece al presente destruida, pero hay insignias muy notorias de sus cercas y muros, y su coliseo todo entero, y llámanla Ronda la Vieja...... Entre Teba y Osuna fué edificada la ciudad de Munda, en unos llanos que llaman el campo de la Higuera, que es término de Osuna: llámase al presente las Mezquitas...» En la parte segunda, escribe aludiendo á Plinio: «Luego pone á *Urso* ó Osuna, entre las cuales dice que fué edificada Munda: y asi es que en medio de estas dos colonias, que son *Ilusi* ó *Tusi*, que es Setenil y tambien Osuna, son los campos de la Higuera, donde fué edificada esta ciudad, hacia la fuente que llaman del Esparto».

(1) Flor. Ocamp., *Corón. Gener. de Esp.*, lib. 5, cap. 33.

(2) De los viajes que sabemos emprendió por España no hay datos de que viniese á Monda. Despues de haber leido con atencion sus obras, sólo hemos podido certificarnos de que llegó hasta Antequera y Málaga. Morales valióse sin duda de algunas relaciones que otro le comunicara, ignorando nosotros quién fuese este; pudiendo aventurar únicamente la conjetura de que fuera el malagueño Bernardo Aldrete, que por aquella epoca vivia, y mantuvo correspondencia con el coronista.

XVIII. Juan Fernandez Franco, discípulo de Ambrosio de Morales y famoso anticuario, en el *Memorial de Antigüedades*, escribe sobre Ronda lo siguiente: «Entendí de un fraile de la Merced, natural de Ronda, que á dos leguas de ella están las ruinas de un gran lugar, que fué alli, y que en él ha quedado un templo que fué de gentiles, de donde trajo D. Juan de Ovalle, caballero de aquella ciudad, dos ídolos grandes, que tiene en el patio de afuera de su casa»; y que se hallan monedas en que parece haber sido Munda, y qũe en ella se ven «señales que dice Hircio de Munda. Tambien ayuda á creerlo, saber que moros fundaron á Ronda y tambien que la que oy se llama Monda es un castillo pequeño, y no cuadran las señales con lo escrito de ella» (1). En su libro de la *Demarcacion de la Bética*, que terminó en 1571, y que permaneció inédito hasta que en el pasado siglo lo dió á la estampa su ilustrador el cura de Montoro, dice que César tuvo en Obulco sus reales «antes de darles (á los Pompeios) la batalla de Munda, que hoy es Ronda ó su comarca» (2). En otro lugar llama batalla de Ronda á la misma de Munda (3), y luego añade más adelante: «Porque ya César iba ganando la tierra y no les era seguro guardar de el rio *Salso*, ó Guadaxoz, se partieron los compañeros ázia Estepa y Ronda, cerca de Munda, donde hubieron de César aquella sangrienta batalla» (4): en lo cual se ve claramente que alude á las ruinas de que le habia dado cuenta el fraile mercenario.

XIX. Al propio tiempo que el coronista Morales daba la última mano á los libros, desde el VI al XII, ambos inclusive, continuacion de la obra de Ocampo, acrecentando estos libros con los nuevos datos que acababa de adquirir en el viaje que emprendió á los reinos de Leon, Galicia y principado de Astúrias, por mandato de Felipe II; vivia en su retiro de Granada un ilustre guerrero y diplomático, que habiendo incurrido en el desagrado del monarca, *porque tornando por si echó un puñal en los corredores de palacio sin poder excusarlo*, se dedicó á prestar á su patria un servicio de gran valía, escribiendo la *Guerra y rebelion de los moriscos*, que en 1570 se habia ya terminado. Era D. Diego Hurtado de Mendoza varon de erudicion tan varia y cumplida que Ambrosio de Morales le dedicó por aquel mismo tiempo el *Libro de sus Antigüedades*. Y así, su opinion sobre el sitio de la antigua Munda merece, por más de un concepto, estudiarse. En el lib. IV de la citada *Guerra de*

(1) *Papeles varios de Antigüedades*, tom. IV. MS. E. núm. 187, Est. 27, gr. 6. MS. de la Bibliot. de la Acad., fól. 114.

(2) *Franco Ilustrado*, pág. 190.

(3) *Franco Ilustrado*, pág. 192.

(4) *Franco Ilustrado*, pág. 201.

Granada (que hubo de escribirse entre el año 1570, en que acabó la guerra, y el de 1575, en que murió Hurtado de Mendoza), hablando de los movimientos que las tropas del rey ejecutaron contra los rebeldes moriscos de la Serranía de Ronda, dice: «Mas el que agora llamamos Monda, pienso que fué poblada de los habitadores de Monda la Vieja, tres leguas más acá, donde parecen señas i muestras más claras de haver sido la antigua Munda, siguiendo los moros que conquistaron á España su antigua costumbre, de passar los moradores de unos lugares á otros con el nombre del lugar que dexavan (1): en Ronda i otras partes se ven estátuas y letreros trahidos de Monda la Vieja; i en torno della, la campaña, atolladeros y pantanos en el arroyo de que Hirtio haze memoria en sus Historias». Y más adelante, en otro lugar del mismo lib. IV, añade: «Lo otro que por haverse en tiempos antiguos recogido en aquellas partes las fuerzas del mundo, é competido César i los hijos de Pompeyo, cabezas dél, sobre qual quedaria con el señorío de todo, hasta que la fortuna determinó por César, dos leguas de donde está agora Ronda, y tres de la que llamamos Monda, en la gran batalla cerca de Monda la Vieja; donde oi dia, como tengo dicho, se ven impresas señales de despojos de armas, i caballos; i ven los moradores encontrarse por el aire esquadrones: óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español á semejantes apariencias ó fantasías, que el baho de la tierra quando el sol sale ó se pone forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras i semejanzas». Esta Monda la Vieja, de que habla el historiador granadino, es la que más comunmente se conoce con el nombre de Ronda la Vieja (2); y Monda la Nueva, segun el mismo escritor, es el lugar que agora llamamos Monda, ó sea la Monda Mala-

(1) «Los moros rara vez habitaban en las ciudades romanas (dice el *Orientalista* de nuestros dias, Sr. de Gayangos) sino que construian otras nuevas con sus ruinas.» (*Memoria sobre la Crónica del Moro Rasis*, inserta en el tom. VIII de las *Mems. de la Real Acad. de la Hist.* Apéndice, núm. 1, pág. 59, not. 6.)

(2) Dieg. Hurt. de Mend., *Guerra de Granada*, Edic. de Monfort., pág. 313 y 320.

Todos los prácticos y conocedores del pais, y los que como nosotros han andado por su propio pié las sierras y despoblados de la comarca rondense, con particularidad el territorio comprendido entre Ronda y Monda, están conformes en que el lugar descrito por Hurtado de Mendoza, no es ni puede ser otro que el llamado hoy Ronda la Vieja; á pesar de no convenirle la distancia de la actual villa de Monda, que señala el propio escritor. Como la obra de este no fué publicada por él mismo, y los MSS. de ella, se hallan tan varios y mutilados, no es inverosimil que el número á que nos referimos haya sufrido alteracion.

gueña. Tambien Ronda la Vieja se llama la Gran Monda (1), que debió denominarse asi para distinguirla de la *pequeña Monda*, cabe Málaga. Las estátuas y letreros que se han llevado á Ronda, se sabe que han sido trasladados de Ronda la Vieja.

XX. Cárlos Clusio (L'Ecluse), célebre botánico que viajó por Alemania, Francia, España, Portugal é Inglaterra desde el año 1563 hasta el 1579, al principal objeto que era el de adquirir nuevos conocimientos en la botánica, unió el de recoger cuantas inscripciones le ocurrian al paso.

XXI. Abraham Ortelio se aprovechó en mucha parte de los trabajos de Clusio, así es que le cita con gran frecuencia en su *Tesoro Geográfico* ; y al tratar de *Arunda*, dice : «Rhonda *hodie vocari ex Carolo Clusio habeo, is tamen dicit hujus loci inscriptiones antiquas habere Mundam*». L'Ecluse viajó por España durante la misma época en que Hurtado de Mendoza escribia su *Historia* ; y asi viene á confirmar lo que este asegura de que en *Ronda se veen letreros* ó inscripciones antiguas, en las cuales leyó el nombre de Munda el viajero de los Países Bajos. «La campaña, de que Hircio haze memoria en sus historias», son los llanos que se extienden delante de Ronda la Vieja, y los atolladeros y pantanos los que forma el rio de Setenil, ó principio del Guadalete. Todavía parte de esta campiña conserva el nombre de *Campo de Munda*, como le llama Hircio, aunque el resto de ella vulgarmente es más conocido bajo la denominacion de Llanos de la Torre, porque se hallan fronterizos á la villa de la Torre de Alháquime (2), que corresponde ya á la provincia de Cádiz.

XXII. Perez de Mesa, que escribió poco despues de Hurtado de Mendoza, dice: «Si miramos á la disposicion de las tierras y á las señas que da César, verémos que nuestra ciudad de Ronda la Vieja fué aquella célebre ciudad de Munda, donde Iulio César venció á Neo Pompeyo, hijo del otro Neo Pompeyo» (3). Lo cual corrobora lo de la campaña, atolla-

(1) «Todos los he visto, y afirma que hubo anfiteatro en la que hoy llaman *Ronda la Vieja*, y vulgarmente *la gran Monda*.» (P. Bayer *Carta sobre el sitio de Munda*, publicada en los Apéndices del tom. IX de la *Hist. de Esp.* por Mariana, edic. de Monfort.)

(2) «Existe la idea tradicional entre algunos de que en el término y á la vista de este pueblo, se dió la famosa batalla de *Munda* entre César y Pompeio; mas esta creencia no tiene otro apoyo que el nombre de Munda de un campo que existe frente á la villa.» (D. Luis de Igartuburu: *Manual de la provincia de Cádiz*, art. *Torre de Alháquime*.)

(3) *Grandezas de España compuestas primeramente por el Maestro Pedro de Medina, corregidas y ampliadas por Diego Perez de Mesa:* Alcalá, 1590, lib. 2, cap. 39.

deros i pantanos, en el arroyo que dice Mendoza, refiriéndose á Hircio.

XXIII. El Dr. Francisco Hernandez, médico del rey Felipe II, anotando la *Historia Natural* de Plinio, cuya version castellana hizo y se conserva inédita todavia, expone sobre el sitio de Munda: «Algunos quieren no ser Xerez (segun que han creido otros) sino un sitio despoblado cabo *(sic)* Theba y Coin, que llaman oy Monda: á otros les parece no ser este despoblado do disposicion que se pueda creer haver passado en él lo que los autores escriben de Munda, antes entre Ronda y Ossuna, en unos llanos dichos los campos de la Higuera, donde permanecen hasta oy ciertos edificios antiguos, que nombran los campos de las Mezquitas ó Ronda la Vieja» (1).

XXIV. Guillelmo Xylandro, profesor de lengua griega, dedicóse á hacer una nueva version latina do la *Geografia de Strabon*, y á ponerle eruditas anotaciones; cuya obra vió la luz pública en Basilea año 1571. Al anotar el pasaje del lib. III, en que el geógrafo griego habla de las ciudades en que fuéron debelados los hijos de Pompeio, despues de corregir el número de seis mil cuatrocientos estadios, que de Munda á *Carteia* apareciera en el texto, en cerca de mil cuatrocientos, recuerda el cap. XLII del *Bello Hisp.*, que señala cieuto setenta mil pasos de *Carteia* á Córdoba, cuya distancia equivale á la de mil trescientos sesenta estadios, ó sean cerca de los mil cuatrocientos. Esto, unido á que Strabon dice de todas las referidas ciudades, que se hallaban no léjos de Córdoba, hizo que Xylandro opinase por que Córdoba y Munda eran dos ciudades vecinas ó inmediatas

XXV. Juan Stadio, que murió en 1579, pretendió, á fuer de matemático y astrólogo, convertir esta conjetura en demostracion (2).

XXVI Por eso Martin Laso de Oropesa, que pocos años despues publicó su traduccion de *Lucano*, ádoptó esta misma opinion: «Junto á Munda, cerca de Córdoba, tuvo César dos crueles batallas con los hijos de Pompeyo» (3).

(1) *Hist. Nat. de Cajo Plinio segundo trasladada y anotada por el Dr. Francisco Hernandez:* MS. L. 22, Bibliot. Nac., libro 3, fól. 255

(2) Ilustrando Stadio la *Historia* de Floro escribe: *Munda distabat a Corduba passum millia quinque quantum ex Strabone et Hirtio colligitur: iste enim Cordubam a Carteia distare CLXX millia passuum refert, ille Mundam a Carteia mille et quadraginta stadia, quae colligunt millia pass. CLXXV; differentia itaque inter utrumque numerum V mil. pass. spatium quo Munda a Corduba distabat refert.*» (L. Flor. *Epit. Rer. Romanar.*, edit. Lugdun. Batav., 1648.)

(3) Mart. Laso de Orop. *Luc. trad.*, Anvers., 1585.

XXVII. Fray Juan de Pineda, en su *Monarchia Eclesiástica*, escribe: «Munda, que algunos dixeron mal ser Ronda, porque Estrabon la haze vezina do Córdoba, y Mario Arecio Zaragoçano dize llamarse agora Mundeçara, y otros dizen ser Munda cabe Teba, einco leguas de Málaga» (1).

XXVIII. El jesuita Juan de Mariana dió á la estampa en Toledo, año 1592, los veinte primeros libros de su *Historia de España*, escrita en latin, y al llegar á la guerra pompeiana identifica la antigua Munda con la actual Monda (2).

XXIX. Fray Bernardo Brito, cronista del reino de Portugal, despues de reehazar la opinion del Gerundense, escribe de Munda, hallarse «onde agora se ve hum piqueno lugar chiamado Monda, que con este nome taon propio, se conserva nas ruinas da antiga eidade de Munda» (3).

XXX. Agustin de Horozeo, eriado del rey Felipe II, y diseipulo del ya eitado D. Diego Hurtado de Mendoza, compuso una *Historia de la ciudad de Cádiz* en 1598, que ha permanecido inédita hasta 1845 en que se ha publieado por el ayuntamiento de aquella ciudad. Hablando el eitado escritor de la guerra de César, añade: «en la cual con tanto riesgo fué veneedor sobre Munda, que es Ronda ó alli eerca» (4). Lo mismo que se expresó el licenciado Franco, su eontemporáneo: «Ronda (ó su comarea)»; eon lo eual ambos indicaban las ruinas de Ronda la Vieja (5).

(1) J. Pineda *Mon. Ecles.*, lib. 10, capitulo 3, Salamanca, 1588.

(2) Joan. Marian. *Hist. de reb. Hispan.*, lib. 3, cap. 21, pág. 124, Tolet. 1592. Lo más singular es que escritores de gran nombre, y alguno de ellos contemporáneo de Mariana, le atribuyan la opinion de que Munda fué *Ronda la Vieja*. Abraham Otelio en su *Thesaurus Geograficus*, voz *Munda*; Goduino sobre el capítulo 27 del *Bello Hisp.*, y Bunon en sus *Comentarios á la Geografia de Cluwerio*, le achacaron este dictámen. Nosotros sin embargo, hemos consultado la edicion *Princípe* latina de la *Hist.* de Mariana ya citada, la edicion tambien latina, que se imprimió en Maguncia el año 1605, en la cual hizo varias mejoras, adiciones y enmiendas notables; la edicion *Princípe* castellana, que se dió á la estampa en Toledo el año 1601, y la que publicó Monfort en Valencia (1783-1796) ilustrada con notas y observaciones críticas, fuera de alguna que otra edicion que hemos registrado, pero que es reproduccion de las anteriores, y hemos encontrado siempre, que Mariana opinó por la villa de *Monda*. Ignoramos, pues, los fundamentos que para atribuirle la de Ronda la Vieja, hayan tenido los escritores mencionados.

(3) Bern. Brito, *Monarchia Lusitana*, Alcobaça, anno 1597, lib. 4, cap. 17, fólio 368 vuelto.

(4) Horoz. *Hist. de Cádiz*, lib. 2, capitulo 5, pág. 60.

(5) Andrés Schoto emprendió la publicacion de la *Hispania Ilustrata*, ó colec-

XXXI. El célebre Gerardo Mercátor (que murió á fines del mismo siglo), en un *Atlas*, posteriormente publicados por J. Hondio, se manifiesta indeciso entre las dos opiniones, de Monda y Ronda la Vieja, en que, por decirlo así, estaba dividido á la sazon el campo (1).

XXXII. Paulo Mérula, que murió en 1607, dejó publicada su *Cosmografía*, en la cual despues de exponer las dos opiniones de Monda y *Ronda Veia*, como lo hace Mercátor, cita la *Guerra de Granada* de D. Diego Hurtado de Mendoza, para justificar la costumbre que tenian los moros de trasladarse de unos lugares á otros, con el nombre del lugar que dejaban; decidiéndose al parecer por Ronda la Vieja, puesto que antes escribe, aludiendo al cap. XLI del *Bello Hispaniense*: «*A Munda Ursaonem usque unius diei est iter* (2). Lo cual no puede decirse de la villa de Monda. Esta circunstancia la habia expresado anteriormente Jorge Braun ó Bruin *(Georgius Braunius)* en su *Teatro de las ciudades principales del Mundo* (3).

XXXIII. Luis Nuñez, conocido vulgarmente por *Nonio*, que publicó su *Hispania* el mismo año de la muerte de Mérula, se decidió al contrario, por la villa de Monda, siguiendo la autoridad de Mariana y de Morales, cuya inscripcion vuelve á reproducir como principal comprobante. Quéjase al principio, que por la injuria del tiempo y la incuria de los que vinieron despues, casi se ignorase el lugar donde estuviera Munda, pues unos creen (añade) que fué Ronda, y otros que hoy se llama Mundezara (4).

XXXIV. D. Diego de Ávalos y Figueroa en su *Miscelánea Austral en varios coloquios*, impresa en Lima, con su *Defensa de Damas* por Antonio Ricardo, año de 1603, escribe que: «de Ronda se dice averse

cion de escritores que habian tratado de las cosas de España, Lusitania, etc.; pero solamente dió á la estampa los dos primeros tomos, y los dos restantes J. Pistorio y F. Schoto. El tom. I. salió á luz en 1603, y entre otras obras comprende el *Paralypomenon del Gerundense*, y en el lib. 9 (pág. 116) Andrés Schoto pone al márgen la siguiente nota: *Munda quibusdam Conimbrica creditur, quam Munda fl. hodie Mondego alluit: aliis verius Ronda est in Baetica.*

(1) *Hic in caurum iter flectentes obviam habent Mundam; sic nominat oppidum Plinius, quod hodie vulgo Monda. Putant tamen alii antiquam Mundam esse quae hodie Ronda Veia: Mondam autem cujus antea memini, duobus inde Milliaribus extructam fuisse ab Arabibus prisco retento nomine, uti mos illis.* (Gerard. Mercat.: *Atlas minor: Amsterod. Ex officina Ioannis Iansson*, 1634, pág. 177, col. 2.)

(2) Paul. Merul. *Cosmogr.: Amstelodami:* 1621, part. 2, lib. 2, pág. 280.

(3) Georg. Braun. *Theatrum urbium*, cap. *Ossuna.*

(4) L. Non. *Hisp.*, cap. 28.

llamado Munda, aunque lo cierto es aver sido esta en el lugar que agora se llama Munda, donde Julio César venció á Gneyo Pompeyo el moço, cinco leguas de Málaga, con cuya victoria se hizo señor de todo el mundo» (1).

XXXV. D. Sebastian de Covarrubias Horozco en su *Thesoro de la lengua castellana*, afirma que Ronda fué Munda, lugar famoso por la victoria que allí tuvo César contra Cneo Pompeio; pero no hubo de hallarse muy bien informado de la verdadera situacion de Ronda, cuando la supone puesta en un ribazo, cinco leguas de Córdoba (2).

XXXVI. El maestro Vicente Espinel en sus *Relaciones de la vida del escudero Márcos de Obregon*, dice hablando de Ronda: «Esta ciudad fué edificada de las ruinas de *Munda*, que ahora llaman *Ronda la Vieja*. Ciudad donde tan apretado se vió el César con los hijos de Pompeio, que confiesa él mismo, que siempre peleó por vencer, y allí por no ser vencido....... Y que esta ciudad fuese edificada de las ruinas de Munda, en mil piedras que allí hay, se echa de ver (3)....... Junto con esto lo oí decir á mis abuelos que eran hijos de conquistadores, y tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos. Y esto digo, porque como se van acabando los que lo saben, quede esta verdad asentada para la posteridad» (4).

(1) Dieg. Aval. y Figuer. *Miscel. Aust.*, coloq. 28, fól. 120 vuelto.

(2) Su padre D. Sebastian de Horozco (el hijo adoptó primero el apellido de la madre, segun la usanza de aquella época), compuso una obra titulada *Relacion verdadera del levantamiento de los Moriscos en el reyno de Granada y Historia de su Guerra*, que vió MS. Tamayo de Vargas, segun Nicolás Antonio. Siendo idéntico el objeto al de la obra de Hurtado de Mendoza, pudo copiar sobre lo de Munda la opinion de este autor, así como en otros lugares le copió Marmol en su *Rebelion de los moriscos de Granada;* y del MS. del padre, sin duda Covarrubias hubo de tomar lo de que Munda era Ronda, aludiendo á Ronda la Vieja.

(3) «Aunque yo no hago oficio de historiador (continúa el propio Vicente Espinel,) no puedo dexar de decir de paso, »que engañado Ambrosio de Morales por »la semejanza del nombre, dixo que Munda habia sido un lugarcillo edificado á »las faldas de Sierra Bermeja, que se llama Munda, que si hubiera visto esta »tierra no lo dixera. Porque á lo que »dice Aulo Hircio que hay desde Osuna »á Munda, concierta esta verdad, y con »estar vivo hoy el coliseo grande, y que »muestra haber sido colonia de Romanos, que yo vi año de ochenta y seis.» (*Relaciones de la Vida del Escudero Márcos de Obregon*, descanso 20.)

(4) Vicente Espinel, en el lugar citado. Este escritor, como todos saben, era natural de Ronda y vivió cerca de cien años. Consta en efecto el nombre de Vicente Espinel del *Libro del repartimiento de la ciudad de Ronda al tiempo de su conquista*, del cual hemos examinado una copia del original, autorizada por Juan Gil Asedo, escribano que fué de Cabildo, y que existe hoy en el archivo de la misma ciudad.

XXXVII. Jacinto de Espinel y Adorno en el *Premio de la Constancia y Pastores de Sierra Bermeja*, hablando de Vicente Espinel, pregunta por medio del pastor Arsindo: «¿De dónde es natural, si sabeis? Es, dijo Felino, del nuevo edificio de la antigua Munda» (1). Más adelante el mismo Arsindo dice á los otros pastores, refiriéndoles su vida anterior, que fué á estudiar á una ciudad célebre en la enseñanza, «llamada para quien no lo sabe Munda», entendiéndola por la misma Ronda actual, que así se sigue llamando por todos en el discurso de la obra (2).

XXXVIII. Pocos años antes de morir Vicente Espinel, publicó Rodrigo Caro sus *Antigüedades de Sevilla*, en 1634. Tratando de *Acinipo*, escribe: «Este lugar no podré decir con certidumbre dónde fué, aunque por el texto de Plinio podemos conjeturar que estuvo no léjos de Ronda, en un despoblado que hoy se ve, donde llaman Ronda la Vieja, en el cual se ven muchos cimientos de muros, parte de un anphiteatro, y otros edificios tales, que muchos han juzgado haber sido aquí la famosa *Munda*.» A seguida de explicar los textos de Strabon y Plinio, al

Por su larga edad pudo Espinel consultar á nietos é hijos de conquistadores que oyeran decir á fines del siglo XV lo que referian tambien los cautivos cristianos, *que allí fué Munda*, como ya queda expuesto en el cap. 3, lib. 1., parte 2, de esta *Memoria*.

(1) Jacinto de Espinel y Adorno, *Premio de la Constancia y Pastores de Sierra Bermeja*: Madrid, 1620, lib. 2, fól. 34.

(2) La causa de esto se explica por el rey Celimo, á quien se supone encantado en un mágico palacio oculto bajo el edificio de la mina, por donde se baja de lo alto del Tajo á tomar el agua del rio, y á quien el dicho Arsindo va á desencantar, llevado de un moro; siendo muy curiosa la plática primera que tiene con el rey, exponiendo bajo la figura de una fábula, el origen de la ciudad de Ronda. Para los naturales de este país, Ronda era el *nuevo edificio de la antigua Munda*: (véanse tambien las *Grandezas de España de Pedro de Medina*, ampliadas por Perez de Mesa, lib. 2, cap. 39.); lo cual ocasionaba que se confundiera Ronda la Vieja con la misma Ronda, resultando que escritores como Ocampo, que no eran de estas tierras, y que no tenian conocimiento de las ruinas, creyeran que *Munda* se queria reducir á la actual ciudad de Ronda. Por el contrario se impuso á dichas ruinas, además del primitivo nombre de *Monda la Vieja*, el de *Ronda la Vieja*, siguiendo el vulgo su costumbre de dar á las ruinas el mismo nombre de la poblacion inmediata, á donde se habian trasportado piedras, estátuas y letreros, y así se dice *Sevilla la Vieja*, y *Antequera la Vieja*, cuando nadie ignora hoy que en aquellos sitios no estuvo ni Sevilla ni Antequera. Y sin embargo, á tal extremo conduce un exagerado amor pátrio, que á pesar de reconocer esto mismo varones eruditos como Rodrigo Caro, pretende que á Trajano se considero *sevillano*, porque ha nacido en *Sevilla la Vieja*, como si estas ruinas tuvieran alguna relacion con la actual Sevilla. (Véanse las *Adiciones* de Rodrigo Caro en el *Memorial Histórico de la Academia*, tom. I, pág. 393.)

fin se decide por «la villa de *Monda*, que casi retiene su antiguo nombre;....... porque además de concordar el sitio y la gran planicie que refiere Hircio, que se halló con César en esta batalla misma, y la cercanía del rio, que hoy llaman rio Grande, tambien se ve hoy dia una muy hermosa y clara inscripcion que está sobre la puerta de la iglesia parroquial» (y copia la inscripcion que trae Morales en su *Corónica*). «Habiendo, pues, como dice Hircio, en el sitio de Munda la gran planicie que se ve hoy y el rio, concurriendo el antiguo nombre, sitio, y antigua inscripcion, no sé quién puede dudar ni buscar más conveniencias en tan entrincadas materias como las de la antigüedad; y no puede cuadrar á Ronda la Vieja ninguna de aquellas señas, porque ella está entre asperísimos montes, y faltan tambien las demás señas: si bien el sitio viene á ser poco más ó menos en cuanto á la distancia del estrecho igual. Por lo cual, y por caerle cerca á Ronda la Vieja, Ronda la Nueva, que juzgamos ser *Arunda*, tenemos por cosa más llegada á razon, que Ronda la Vieja sea *Acinipo* y no *Munda*» (1). Por la descripcion que Rodrigo Caro hace del terreno, bien se conoce que no estuvo ni en Monda ni en Ronda la Vieja.

XXXIX. Macario Fariña, que tuvo correspondencia íntima con Rodrigo Caro, compuso las *Antigüedades* (que aún todavía se conservan inéditas), *de la ciudad de Ronda*, de donde era natural; y despues de describir en los primeros capítulos el asiento y forma de Ronda y Ronda la Vieja, da cuenta en el cap. V de la inscripcion que principiaba, segun él, con *FABIAE MATRI*, y donde se lee *ORDO ACINIPONENSIS*. Hubo de comunicarla á Rodrigo Caro, y con esto la conjetura del docto anticuario de Utrera fué ya una demostracion para ambos de que en Ronda la Vieja estuvo *Acinipo* y no Munda. En el cap. X trata de establecer su dictámen, acerca de la situacion de esta última; proponiéndose combatir antes la opinion que la suponia en Monda, como la más generalmente seguida durante aquella época: porque estando autorizada por Morales, Nonio y Rodrigo Caro, cuyos libros corrian en manos de todos, fué la que llegó á prevalecer en aquel tiempo. Respecto al terreno, dió la razon al maestro Espinel, quitándosela á Morales y á Caro. «En Monda (escribe) no hay llanadas, ni rio; toda su tierra es de unas sierras quebradas, ásperas, intransitables, no es tierra capaz de dos mil hombres, no hay ruinas ni memoria de torres ni de murallas. He-

(1) Rodrigo Caro, *Ant. de Sev.*, lib. 3, cap. 57.

mos de sacar de fuerza una conclusion, ó que Monda no fué *Munda*, ó que los llanos se han convertido en sierra y peñascales, y los muros y edificios se los ha tragado la tierra, ó se han ido ó huido á otra parte. Con esta inspeccion de ojos queda convencida de siniestra la opinion de los que á este lugar juzgaren por *Munda*». Despues de contradecir la existencia de la inscripcion de Morales en la puerta de la iglesia do Monda, y de atribuir tal vez á inventiva de Brito las otras dos que copió el cronista portugués á su paso por Monda, concluye que «si Monda se llamó *Munda*, no fué la gran Munda, sino algun lugarcillo llamado *Munda*, que en España hubo muchos lugares de un mismo nombre; pruébolo ahora con las autoridades irrefragables de los antiguos escritores, que enviándoselas al Doctor Rodrigo Caro me confiesa por su carta su engaño, y da por excusa que se dejó ir tras Ambrosio de Morales por su gran autoridad, y me prometió la correccion en las nuevas *Adiciones á su Corografía* (1).» Las autoridades que seguidamente comenta, son el texto de Appiano, que pone la batalla delante de Córdoba, el de Strabon que señala la distancia de mil cuatrocientos estadios desde *Carteia* á *Munda*, y el conocido pasaje de Plinio el anciano, «*Tucci, Itucci, Áttubi, Urso, inter quae fuit Munda cum Pompeii filio capta*». De todo ello deduce que *Munda* estuvo junto á Córdoba, entre Martos, Espejo, Osuna, Alcaudete y Xamilena: «inclinándose en su consecuencia á reducir la gran Munda al Castillo de Bíboras, porque le dijeron tener las señas que pone Aulo Hircio», Escribió estas noticias á su amigo el licenciado Pedro Diaz de Rivas, el de Córdoba, para que lo investigase. «No sé si lo averiguó», (termina Fariña) «que su muerte atajó nuestra comunicacion; en sus papeles se verá, que varon era bien docto y curioso».

XL. Igualmente ignoramos nosotros si se practicaron ó no estas investigaciones por el anticuario cordobés. Sólo sabemos por una de sus obras dadas á la estampa, que no se decidió por ninguna de las dos opiniones, dominantes en su época. «Tambien llamamos Ronda la Vie-

(1) Macario Fariña, *Ant. de Ronda*, MSS. cap. 10. Rodrigo Caro se abstuvo no obstante de rectificar su dictámen en las *Adiciones á su Corografía Sevillana*, que dejó MSS. Conservábase el original en la libreria del colegio de San Alberto de Sevilla, donde ya no existia en 1795 segun el nuevo editor de los *Anales de esta ciudad* por Ortiz de Zúñiga: (tom. II, pág. 12, nota 1.) La Real Academia de la Historia ha prestado el importante servicio de publicar una copia (cotejada con otras que para mayor correccion se han tenido á la vista), en el *Memorial Histórico Español* que anteriormente dejamos citado.

ja un sitio tres leguas de Ronda, donde se han hallado muchas reliquias y memorias de romanos, como estátuas, letreros, ídolos, monedas y otras cosas. Este lugar piensan algunos que es la antigua y celebrada *Munda*, donde últimamente fuéron vencidos los hijos de Pompeyo por el César, y allí en contorno de la campaña dizen que se hallan los atolladeros y pantanos en el arroyo de que Hircio hace mencion en sus *Historias*. Otros dicen que no fué *Munda* sino otra poblacion, y que tienen noticia de su nombre por monedas que ahí se han hallado: tengamos paciencia hasta que nos lo quieran revelar» (1).

XLI. Rodrigo Mendez de Silva en su obra de la *Poblacion general de España*, tratando de Ronda, dice: «Otros escriben ser la antigua *Munda* ó Monda, sobre quien tuvieron reenqüentros Romanos y Cartagineses, Iulio César y Pompeyanos; siendo más cierto estuvo siete leguas distante. Passadas largas edades, viniendo á poder de Moros, la trasladaron del sitio antiguo que dizen Ronda la Vieja, dos leguas de donde oy está» (2).

XLII. Parecia que *Munda* estaba condenada á sepultarse en el olvido á fuerza de confundirnos, y no podernos entender nunca. Tratando el mismo Mendez de Silva de los *Toros de Guisando*, y de la batalla de *Munda*, escribe: «Muchos de nuestros historiadores dicen sucedió este memorable suceso en *Munda*, que hoy llaman Palma, reyno de Granada, fundados en que hablan dos de ellos de pueblos Bastetanos» (3). Engañóse Mendez de Silva por la semejanza del nombre Palma, que tiene una pequeña villa, que hoy dicen Casa-Palma, y ahora sólo es una cortijada, vecina de la Monda malagueña, á la cual parece se refieren los historiadores á que alude. El confundir las dos poblaciones llamadas Palma, hizo se formase este nuevo dictámen, que nu-

(1) Pedro Diaz de Rivas, *De las antigüedades y excelencias de Córdoba*, lib. 1. fól. 14 vuelto: 1625.

(2) Rodrigo Mendez de Silva, *Poblacion General de España*, fól. 94, cap. 6, *Ciudad de Ronda*: año 1675.

(3) Rod. Mend. de Silva, *Poblacion General de España*, fól. 35. Con estos Bastitanos aludian tales eruditos á la *Bastitania vergentis ad mare* que parece resultar de Plinio. El Arcediano D. Lorenzo de Padilla, al comunicarse con el licenciado Franco sobre las inscripciones de los toros, le decia: que el campo de los Bastitanos, que allí se lee «denota el sitio de *Basta*, hasta Ronda. *Omnia Bastitaniae vergentis ad mare* como Plinio dice.» (*Memorial de Franco*, MS.) Como se ve, los eruditos no se referian al lugar de Palma, orillas del Guadalquivir, ni al territorio del reino de Sevilla, sino al territorio del reino de Granada, donde colocan los campos Bastitanos y por consiguiente los de la batalla supuesta en los toros de Guisando.

die ha seguido despues, á excepcion del conocido humanista D. Manuel de Valbuena (1).

XLIII. Otra confusion parecida se ha cometido en una *Historia de España*, que traducida del francés por el P. Isla se publicó á fines del pasado siglo, en cuya historia se supone la antigua Munda en la provincia de Almeria; pero se alude manifiestamente á la Monda cabe Málaga, y así no es opinion distinta, sino la misma que siguieron los coronistas Ocampo y Ambrosio de Morales.

XLIV. D. José Maldonado de Saavedra, natural de Sevilla, compuso un *Discurso sobre el sitio de Munda*, que no ha visto la luz pública. Segun unos apuntes MSS. de D. José Vargas Ponce, que ha consultado D. Tomás Muñoz, autor del eruditísimo *Diccionario Bibliográfico*, Maldonado opinó que *Munda* estuvo situada entre Córdoba y Sevilla, y añade Vargas Ponce: «que está bien trabajado este discurso en que interpreta á Hircio» (2). Esto nos hace creer que el principal fundamento para sostener esta opinion, es el conocido pasaje de la *Guerra de España*, en que se habla del *oliveto circa Hispalim*. Mas no habiendo podido adquirir aquel *Discurso*, no pasa de ser esta una simple conjetura (3).

XLV. Cristóbal Celario, á quién debe no poco la geografía antigua, en su *Notitia Orbis Antiqui* se inclinó á la opinion de Munda en Monda; y esto mismo parece indicar en sus notas al *Bello Hispaniense* (4).

XLVI. Samuel Clarke, otro de los más célebres anotadores del libro de la *Guerra de España*, en el *Índice* de los nombre de los pueblos, ciu-

(1) Valbuena, *Comentarios de J. César, traducidos en castellano:* Madrid, 1798, tomo II, pág. 521.

(2) Don Tomás Muñoz, *Diccion. Bibliogr.*, premiado por la Bibliot. Nacional, art. *Munda*, pág. 197.

(3) Hallábase este *Discurso* en la Biblioteca del Conde del Aguila, segun el referido Vargas Ponce; pero por más diligencias que hemos practicado, no ha podido encontrarse. El apellido de *Maldonado* es de aquella ilustre casa, que en el siglo pasado fue el archivo de los MSS. más curiosos sobre antigüedades que ha habido en la Andalucía. Allí tambien debia existir otro *Discurso* compuesto por el propio Maldonado, sobre los lugares *Ilienses*, y que dedicó á don Juan Lucas Cortés, de cuyo *Discurso* da noticia el Conde del Águila en carta de 20 de Mayo de 1775, que dirigió á don Manuel Martinez Pingarron, quien la publicó en el Prólogo de su traduccion de la *Ciencia de las Medallas*. El estar dedicado el referido MS. de Maldonado á don Juan Lucas Cortés, nos hace comprender que su autor floreció en el último tercio del siglo XVII.

(4) *Supra fretum Munda est.* Cell. *Notitia Orbis antiqui*, lib. 2, sect. 2.

Munda oppidum Baeticae haud longe a mari positum. Not. *in* cap. 27, *Bell. Hispaniensi*.

dades, rios, etc., que ocurren en los *Comentarios de César*, pone en su magnífica edicion de 1720: «*Munda urbs Hispaniae* Munda. *Aliis* Ronda la Veja.»

XLVII. El maestro Juan de Haller, que escribió una *Historia Romana*, arreglada á las notas geográficas y críticas de los RR. PP. Catrou y Roville, al tratar de la conquista de Munda pone al márgen *Setenil*.

XLVIII. En la version italiana de los *Comentarios de César*, que ilustró con notas suyas y extrañas Hermolao Albricio, se hace igualmente la reduccion de Munda á Ronda la Vieja (1).

XLIX. Siguióse una época en nuestra patria que fué verdaderamente de oro para las letras. Felipe V, con la fundacion de la Real Academia de la Historia, dió un gran impulso á esta clase de estudios; y la obra de la *España Sagrada*, que empezó á publicarse en tiempo de su sucesor Fernando VI, bastaba para inmortalizar un reinado. El P. Florez, que fué quien acometió obra tan gigantesca, reunia cuantas cualidades podrian desearse para empresa tan vasta; pero esto mismo le obligó á valerse de los datos y noticias que otros le comunicaron; y precisamente sucedió así, con lo que escribió sobre *Munda*; cuya cuestion en su pluma vino á ser ya el laberinto de la fábula.

L. Don Francisco de Bruna, de erudicion no escasa, pero apasionado defensor de *Munda* en Monda, fué quien remitió al P. Florez, en el año de 1753, unas *Apuntaciones sobre la colonia Romana de Munda* (2), que casi literalmente transcribió aquel en el tomo XII de su *España Sagrada*. El error en que incurrió el P. Maestro, suponiendo que el arroyo mencionado por Hircio en el cap. XXXXI del *Bello Hispaniense*, era el que corria junto á Monda, notólo el jesuita Masdeu, y mereció una censura demasiado severa por parte de D. José Ortiz, así como el haber supuesto la inscripcion del rio *Sigila* en Cártama, la mereció de su continuador el P. Risco. Ambas equivocaciones fuéron cometidas por Bruna, y de lamentar es que el P. Florez con su nombre las autorizase, porque la tal inscripcion vino ya á confundir, y hacer más dificultosa la cuestion de *Munda*. Si el P. Florez hubiese visitado estos lugares de Monda y Cártama, rectificara cuanto habia escrito, que era

(1) *Partitosi Cesare de Caraussia, quando fu giunto nella Campagna di Ronda Veja, piantò le sue tende in faccia appunto á Pompeo.* (Herm. Albrit. *C. Julii Caes., quæ exstant: Venetiis*, 1737.)

(2) Véase el Apéndice núm. IV, documento núm. I.

verdaderamente docto, y sabia francamente retractarse; pero no viajó por estas tierras; y así, más merecen sus errores indulgente disculpa que censura severa.

LI. El marqués de Valdeflores, para el cual las inscripciones de Morales y Brito eran de gran fuerza, opinó que *Munda* estuvo en el sitio de la moderna Monda (1).

LII. Francisco Carter, de nacion inglés, viajó por España desde Gibraltar á Málaga, hácia el año 1771, y deseando certificarse de la verdad, ó de la inexactitud del dictámen de Morales y del P. Florez, visitó la villa de Monda; y reconociendo que no convenia la descripcion que del terreno de Munda hace Hircio, con el de Monda, se levantó contra aquella opinion, ya tan generalizada, y se decidió por la de Hurtado de Mendoza. Como del libro impreso de este escritor, aparece que *Munda la Vieja* se hallaba situada á dos leguas de Ronda y tres de Monda, y la distancia de veinte millas, que la inscripcion del rio *Sigila* señala hasta *Cértima (Cártima* para Carter) cuadrase mejor á Sierra Blanquilla que á Monda, de la cual distaba aquella sierra tres leguas largas, creyó encontrar el viajero inglés la demostracion de que la célebre *Munda*, ó Monda la Vieja de Mendoza, debió hallarse situada en dicha sierra. Pero si con fundamento reconvino Cárter á Morales y Florez, por no haber visitado la villa de Monda, igual cargo debe hacerse al viajero inglés, porque á haber estado en Sierra Blanquilla, se hubiera convencido, de que allí, ni pudo ser la antigua *Munda*, cuyo terreno describe Hircio, ni la de Mendoza, que nos habla de llanuras y pantanos (2).

LIII. La Sociedad de anticuarios de Lóndres tomó grande interés en el descubrimiento del sitio, que ocupara en lo antiguo la ciudad de Munda, y se dirigió al Gobierno español cuando se hallaba al frente del Ministerio el conde de Floridablanca.

LIV. Para satisfacer cumplidamente á la córte de Inglaterra, dió comision nuestro Gobierno á D. Domingo Belestá, teniente coronel de ingenieros, á fin de que hiciera los reconocimientos necesarios y extendiera un dictámen razonado con que contestar á la Sociedad inglesa de anticuarios. D. Juan Perez Villamil en su informe sobre la *Disertacion*

(1) Velazquez, *Esquedas geográficas* MSS. existentes en el archivo de la casa del Marqués de Valdeflores, en Málaga.

(2) Francisco Carter, *A Journey from Gibraltar to Málaga*. Lóndres, 1777.

de D. José Ortiz, acerca de Munda, habla de este trabajo, y dice que «se escribió con ocasion de haberle encargado el Ministerio (á Belestá) en 1790, indagase, reconociendo archivos y territorios, si podia descubrirse el sitio de Munda, como á instancia de los anticuarios de Lóndres, que escribian la *Historia universal*, lo solicitaba el ministro británico en esta córte; cuyo MS. pára en mi poder, copiado del que me franqueó el Excmo. Sr. D. Josef de Urrutia, siendo interino director de ingenieros y artillería. El mismo Belestá extendió en su *Investigacion* varias observaciones, fundadas en la localidad de Munda y su campo, del cual levantó un mapa que acompaña á su *Investigacion*, y él sólo á la verdad bastaria para convencer que no fué posible se diese la batalla de Munda en la vega de la actual Monda, por su mucha estrechez, para contener los dos poderosos ejércitos que combatieron en el campo mundense por la suerte de todo el imperio romano» (1). Esta honrosa comision hubo de encomendarse á Belestá en 16 de Setiembre de 1790, segun la Real órden que entregó al corregidor de Osuna cuando pasó á aquella ciudad para reconocer los papeles de su archivo, donde se conserva el expediente levantado con este objeto y consta la Real órden citada (2). Belestá, deseoso de llenar su cometido emprendió, como principal objeto de sus investigaciones, un viaje á Monda, que era la opinion dominante por aquella época, y hubo de quedar muy poco satisfecho, segun el citado Perez Villamil, de la inspeccion del terreno, así como de la aptitud de aquel ingeniero tampoco quedó muy pagado D. Francisco Bruna, con quien tuvo varias conferencias, segun todo se colige de una carta que Bruna dirigió algun tiempo despues á D. Benito Ramon de Hermida (3).

LV. Habia muerto el P. Florez, y sucedióle en el encargo de continuar la gran obra de la *España Sagrada* el P. Risco, varon de esclarecido talento, y uno de los hombres más eruditos de aquel tiempo. Á él se dirigió Belestá, escribiéndole desde Málaga donde á la sazon se encontraba, para que le diera su dictámen sobre el sitio de la batalla. Las graves ocupaciones, que entonces rodeaban al P. Risco, le hicieron declinar tan honorífico encargo en D. Josef Cornide, quien aceptándolo gustoso comunicó á Belestá sus razones, y su parecer de que la antigua Munda fué la actual villa de Monda.

(1) Don Tomás Muñoz, *Dicc. Bibliogr.*, artículo *Munda*, núm. 2, pág. 197.

(2) Véase el Apéndice núm. IV, documento núm. 2.

(3) Véase el Apéndice núm. IV, documento núm. 3.

LVI. Otro de los sábios consultados fué D. Francisco Perez Bayer. El Gobierno, ó poco satisfecho de las operaciónes de Belestá, ó proponiéndose autorizar más el *Dictámen* de este, pidió informe al Sr. Bayer sobre el reconocimiento hecho por el ingeniero. Habia viajado Bayer por Andalucía y Portugal durante el año 1782 y visitado á Monda, formando de su terreno el mismo desfavorable juicio que Belestá. Cuando estaba evacuando su informe, visitólo Cornide, al que manifestó el trabajo que traia entre manos. Bayer afirmaba que la célebre Munda debia hallarse situada en la actual provincia de Córdoba, inclinándose á reducirla á la villa de Monturque. Cornide opinaba porque *Munda* era Monda, y alegándole las razones que para ello tenia, se pasmaba de que Bayer no quedara convencido. Todo esto se refiere en una carta que escribió Cornide, y que ignoramos á quién iba dirigida (1). En el tomo I de *Papeles varios de Antigüedades*, existente en la Academia de la Historia, se encuentra una nota anónima en que se añaden las siguientes noticias: «El Sr. Bayer no imprimió la *Disertacion sobre el sitio de Munda*, este trabajo es un papel de mucha erudicion; pero habiéndolo puesto en limpio la envió al señor Ministro de Estado, que lo era entonces el conde de Aranda, por cuya mano recibió órden para hacerle; pasados algunos meses tuvo órden del Rey para que se imprimiese de cuenta de S. M., y como estaba para venirse á Valencia, respondió que cuando volviese á Madrid cuidaria de su impresion; y así se ha quedado este *Papel*, y todo el expediente está en la Secretaría de Estado, y pára en la mesa que tuvo D. Diego Rejon, al tiempo de su salida» (2). Creemos que este trabajo de Bayer no es la misma *carta* escrita en Madrid, con fecha 11 de Marzo de 1792, la cual parece dirigida á Belestá (3) antes de haberse en-

(1) Véase el Apendice num. IV, documento núm. 4.

(2) *Papeles varios de Antigüedades*, MS. E 184, de la Real Acad. de la Hist.

(3) Esta carta es contestacion á otra do 23 de Febrero de 1792, que debió escribirle, en nuestro concepto, D. Domingo Belestá, despues de terminado su reconocimiento, pues en ella dice Bayer: «Munda no es la Monda de hoy, cuya sola vista me desimpresionó tambien á mi del concepto en que estaba acerca de ella». En aquel entonces únicamente á Belestá, que habia reconocido á Monda, y evacuado su informe desfavorable, podia dirigir tales expresiones Perez Bayer. Dice más en su carta: «porque para lo que se desea conducen poco archivos y papeles de ayer respecto del tiempo de este memorable hecho». Y precisamente en la carta-órden de que antes se ha hecho referencia, se previene al Corregidor de Osuna, que el ingeniero comisionado «pase á registrar los papeles que sea necesario en aquel archivo público»: lo que nos induce a presumir con más fundamento

cargado á Perez Bayer la redaccion del *Informe*, ó sea su *Disertacion sobre el sitio de Munda*, que debió formar con una explanacion más extensa y autorizada de las mismas reflexiones expuestas en aquella carta. Pasó despues Bayer á Valencia, donde falleció á poco tiempo, y don Benito Monfort que se curaba entonces de terminar su magnífica edicion de la *Historia* del P. Mariana, dió á la estampa el borrador de la referida carta en los apéndices al fin del tomo IX, que se imprimió en 1796.

LVII. Llegó á manos de Cornide el *Viaje* de Carter, y leyendo lo que este decia sobre Munda la Vieja, empezó entonces á fluctuar entre las dos Mondas; pero inclinándose ya más bien á aquella, por varias razones que ofreció explicar, segun asegura en su citada carta. Excitósele de nuevo el deseo; solicitó el expediente que se habia formado sobre el de Belestá; y supo que, poco satisfecho el Ministro de las operaciones del ingeniero comisionado, pensaba imprimir el Informe del Sr. Bayer y satisfacer con él á la Sociedad de anticuarios de Lóndres. Á pesar de esto, el trabajo de Belestá hubo de remitirse al fin á la córte de Inglaterra, pues el Sr. D. Pascual de Gayangos lo ha visto entre los MSS. del Museo Británico.

LVIII. Cornide pidió á Ronda, por medio de un interrogatorio, varias noticias topográficas sobre la llanura en donde pudo darse la batalla; mas no consiguió adquirirlas, y sólo su consocio, el marqués de Pejas, le aseguró que dicha llanura ha existido; pero que ya se hallaba desfigurada por el curso de un torrente (que creia fuera el *Sigila)*, pues que siendo de tierra cáliza ó gipsosa le fué fácil llevarse la tierra y formar barranco. Tambien solicitó Cornide saber si allí cerca habia alguna *cantera* de piedras arborizadas, pues asegurándolo Plinio, era una prueba de la identidad. En estas incertidumbres recur-

todavia, que Belestá fué el que dirigió á Bayer la carta de 23 de Febrero de 1792, concluido ya su trabajo y á la cual contestaria el ilustre valenciano en 11 de Marzo del mismo año. En el transcurso de tan corto tiempo, cayó del poder Floridablanca (28 de Febrero de 1792), y le sucedió el conde de Aranda. Concíbese que poco satisfecho el nuevo Ministro de las operaciones del Ingeniero Belestá, y sabiendo sin duda que Bayer habia tomado ya parte en la cuestion, por haberle tambien consultado el referido Ingeniero, diera entonces á Perez Bayer órden para trabajar el *Papel* ó *Disertacion* de que habla el autor anónimo de la nota arriba transcrita. En cuanto al expediente no existe ya en la Secretaría de Estado, y se nos ha informado que debió pasar al Archivo de Simancas con todos los demás papeles de la Secretaría, donde sólo radican los del presente siglo; pero en aquel no aparece hoy más que el nombramiento de Belestá.

rió al canónigo Conde, suplicándole se sirviera comunicarle sus observaciones, que creia fortificasen las que tenia hechas, como de sujeto de conocida literatura, que habia visitado el terreno y que tenia aquel gusto fino para distinguir lo que tenia señales de antigüedad (1)

LIX. D. Cristóbal de Medina Condo, canónigo do Málaga, era con efecto hombre de erudicion no escasa, aunque en antigüedades no de la más limpia fama, por haberse hallado envuelto en el ruidoso proceso que se siguió durante ol reinado de Cárlos III, sobre las excavaciones de la Alcazaba de Granada. En el último tercio de su vida se dedicó á publicar una Historia de la ciudad y provincia de Málaga, en forma de diálogo, bajo ol título de *Conversaciones Malagueñas* (2), obra para la cual hacia muchos años estaba reuniendo materiales. Tratando en ella de Munda, sentó su opinion de que era la actual villa de Monda, sobre la que tenia formada en borrador una *Disertacion* (3). Esto escribia Medina Conde en 1790.

LX. Poseemos el original, y es, quizás, uno de los trabajos más concienzudos del citado canónigo (4). Sin embargo, apasionado defensor de la concordancia *Munda*-Monda, se valió como de poderoso argumento de la inscripcion del rio *Sigila*, que el P. Florez supuso en la ermita de Nuestra Señora de la Güerta ó Güerra, en Cártama, cuando no pudo ignorar que acerca de ello fué mal informado el autor de la *España Sagrada*. Medina Conde estuvo en Cártama el año 1768, copió sus notables inscripciones, y hasta formó una *Disertacion de las Antigüedades de este municipio*, que no nombran historiadores ni geógrafos, la cual dejó MS. y corre unida al *Diccionario-Geográfico del Obispado de Málaga*, todavía inédito. Así el referido Medina Conde sabia muy bien que ni tal ermita siquiera existia, ni habia existido nun-

(1) *Papeles varios de Antigüedades*, tom. I, fól. 83, MS. de la Real Acad. de la Hist., ya citados. Este papel se halla impreso en el *Dicc. Bibliográfico Histórico*, por D. Tomás Muñoz, á la pág. 197, diciendo ser el borrador de una nota escrita por Cornide y dirigida al canónigo Conde.

(2) Salieron á luz en nombre de D. Gregorio García de la Leña, sobrino de don Cristóbal Medina Conde, porque este fué condenado en la referida causa á no publicar cosa alguna.

(3) «Segun la escelencia y grandeza »que espresa en sus inscripciones y su »situacion antigua, no dudo que en sus »campos fué la batalla referida, sobre lo »que tengo formada en borrador una Di»sertacion que no es de este lugar y á ser »preciso se la acabára á Vm.» (Medina Conde, *Conv. Malag.*, descanso II, tomo II, pág. 111: Málaga, año de 1790.)

(4) Medina Conde, *La antigua Munda, reducida á la villa de Monda del Obispado de Málaga*. Disert. MS.

ca en Cártama. Si él hubiera informado á Cornide de la verdad, aunque nosotros ignoramos si Conde correspondió á la invitacion de Cornide, no hubiera escrito este algunos años despues, aludiendo á la villa de Cártama «donde se conserva esta piedra» (1). Cornide obraba de buena fe, y así trataba de investigar el paradero de Monda la Vieja, tan luego como llegó á sus manos el *Viaje* del inglés Carter. Conde ni aún lo cita en su *Disertacion*, y no sólo tenia en su estudio dicha obra, sino que tambien conoció á su autor durante su permanencia en Málaga (2); y cuando el referido canónigo cita á Hurtado de Mendoza, lo hace atribuyéndole una opinion que no es la suya. Conde, por último, para corroborar su dictámen alega la autoridad de algunos curiosos, que habiendo recorrido aquellos terrenos de los alrededores de Monda, le confirmaron en su idea de que allí habia sido la antigua Munda.

LXI. En 1793 D. Antonio Josef Sanchez Palomino, catedrático de latinidad y retórica en la ciudad de Ronda, escribió una Memoria titulada *Investigacion de la Gran Monda ó antigua Munda*, que MS. se conserva en poder de D. Cándido Gonzalez, vecino de Ronda. A pesar de que el apelativo de *Grande* y *Antigua* ó *Vieja* se habia dado siempre á Ronda la Vieja, su autor se propone probar que Munda fué la misma Ronda, y es el primer escritor que intentó justificarlo. Sanchez Palomino era buen humanista, pero no tenia crítica ninguna, y así colocando á *Arunda* la de la Beturia céltica de Plinio, correspondiente al Convento Hispalense, en Ronda, pretendia que fuera al propio tiempo Munda (que estaba en el Convento Astigitano), por la semejanza del nombre.

LXII. Hácia la misma época escribia D. José Ortiz un opúsculo que todavía se conserva inédito en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (3). En él su autor intentó, no ya probar, sino llevar hasta el último grado de demostracion, que *Munda* estuvo situada entre Écija y Osuna, á cinco ó lo más seis millas de esta última, hácia las lagunas de Ayala y Calderona. Algun ligero descuido que cometió en esta disertacion, quedó rectificado en el Compendio Cronológico de la *Historia de España*, tomo I, que se publicó en 1796. Pero persistió

(1) Cornide, *Memoria de las antigüedades de Cabeza de Griego*, publicada en el tom. III de las *Mem. de la Acad. de la Hist.* pág. 129.

(2) Medina Conde, *Convers. Malag.*, tomo II, pág. 33.

(3) D. José Ortiz, *Disertacion Histórico geográfica acerca del paraje de la célebre ciudad de Munda, junto á la cual venció J. César á los hijos de Pompeyo.* MS. original en fól., E. 144.

en su opinion, siendo su principal argumento para colocar á Munda tan inmediata de Osuna, el conocido pasaje del cap. XLI del libro de Hircio, de que hemos ya tratado extensamente en lugar oportuno.

LXIII. En aquel mismo año de 1796 se publicó la *Carta* del Sr. Perez Bayer, como ya queda indicado; y al comienzo del siguiente siglo (1801) el P. Risco dió á la estampa el tomo XLII de la *España Sagrada*, y en el último de sus *Apéndices* una obrita con el título de *Demostracion de la existencia de dos ciudades llamadas Munda y Certima en tiempo de los romanos*. El citado escritor se comprometió á más de lo que pudo, y ciertamente se quedó sin demostrar dónde estuvo la *Munda Celtibérica*, así como tambien el sitio de la otra *Munda* en la Bética, que Risco redujo á la actual villa de Monda; si bien esto último no era sino parte accesoria de su trabajo. Por él ha merecido severas censuras, que creemos le han sido prodigadas con exceso, cuando cualquier equivocacion debia perdonársele en gracia de haber corregido la de su antecesor el P. Florez, y restituido la inscripcion del rio *Sigila* á su verdadero lugar.

LXIV. D. Ambrosio de Rui Bamba, cuyos trabajos aún cuando no han visto la luz pública, le han conquistado nombre entre los eruditos, dejó MSS. unas *Notas* incompletas *sobre la Geografía de Strabon*, en lo relativo á España. Al llegar al conocido pasaje del geógrafo griego sobre las ciudades, en que fuéron debelados los hijos de Pompeio, establece el sitio de Munda hácia Alcalá la Real, Alcaudete y Baena, Luque y Priego (1). Es una opinion algo semejante á la que en el siglo XVII formó Fariña, y que habia quedado relegada al olvido. Ignoramos si Rui Bamba tuvo á la vista los MSS. de aquel, pero es lo cierto que la indicada nota puede considerarse como una verdadera *Disertacion* sobre el sitio de *Munda*.

LXV. Sobrevino una gloriosa revolucion en España, y combatiendo por nuestra independencia, como en tiempo de los romanos, el hombre de letras cambió la pluma por la espada, y el campesino la laya por la lanza. Entonces más nos cuidamos de imitar los ejemplos de Munda, que de investigar su situacion. Pasaron algunos años, y en 1817 F. Manuel Cabello y Gomez, recogia varios *Apuntes sobre Munda*, para remitirlos á D. Josef Lopez Aillon (2).

(1) Rui Bamba, *Notas á Strabon*, MSS. de la Real Acad. de la Hist., sin foliacion, lib. 3, § 6, not. 17.

(2) Véase el Apéndice núm. IV, documento núm. 5.

LXVI. En 1830 se publicó de real órden el *Sumario de Antigüedades* compuesto por D. Juan Agustin Cean Bermudez: obra más apreciable bajo el punto de vista artístico, que bajo el crítico y anticuario. Cean, consultando particularmente al marqués de Valdeflores D. Luis José Velazquez, siguió el dictámen, que entonces corria más autorizado, de que *Munda* era Monda.

LXVII. En 1833 se descubrieron en el cortijo de las Vírgenes, término de Baena, doce urnas cinerarias en algunas de las cuales se leian los nombres de la familia Pompeia. El vulgo creyó al principio que estos sepulcros fuéron de los hijos del gran Pompeio. A poco tiempo del descubrimiento, empezaron á publicarse unos *artículos* en el *Boletin Oficial de Córdoba* (desde 28 de Enero de 1834), firmados por D. Francisco Julian Madrid, en que hace una ligerísima reseña de la última campaña de César, sin crítica ni conocimiento histórico.

LXVIII. No así en la importante *Descripcion de las ruinas de Castro-Viejo*, que con igual motivo escribió en aquel mismo año D. Aureliano Fernandez-Guerra, el cual creia entonces que la Munda, en que fué desbaratada la faccion de Pompeio, estuvo á las faldas del Norte de las Sierras de Estepa (1).

LXIX. A poco tiempo D. Miguel Cortés y Lopez acometió la empresa, que á otros eruditos habia causado espanto, de componer un *Diccionario Geográfico Histórico de la España Antigua*. La obra era gigantesca: si correspondió ó no á las esperanzas, que al principio se formaron con su publicacion, no es de este lugar el examinarlo. Fundándose Cortés en los textos de Strabon, Plinio y Appiano, como Fariña, Bayer y Rui Bamba, creyó ser un punto demostrado la reduccion de *Munda* á Montilla, en la provincia de Córdoba (2).

LXX. D. Ildefonso Marzo fué el primero que protestó contra la opinion de Cortés, y en el periódico semanal titulado el *Guadalhorce*, que salia en Málaga (1839), dió á luz en los números correspondientes á los dias 17 y 24 de Noviembre y 1 y 8 de Diciembre, unos artículos en favor de la concordancia Munda-Monda, inspirados más bien por el amor pátrio, que por una sana crítica.

LXXI. D. Miguel Apolonio Fernandez de Sousa publicó otros artículos en el *Boletin Oficial de Granada* (4 y 8 de Abril de 1848), en los

(1) Don Tomás Muñoz, *Dicc. Bibliogr.*, artículo *Torre de las Vírgenes*, pág. 267.

(2) Cortés y Lopez, *Dicc. Geogr.*, art. *Munda-Baetica*, tom. III, pág. 203.

cuales copia lo que escribió Macario Fariña: así, el Sr. Fernandez de Sonsa viene á sostener la propia opinion, que dejó indicada el anticuario de Ronda; la de que Munda debia reducirse al castillo de Biboras.

LXXII. Durante aquel mismo año en un periódico, que salia á luz en Alemania titulado *Ausland (El Extranjero)*, se sostuvo igual dietámen: tal vez porque su autor tuviese á la vista los MSS. de Fariña ó de Rui Bamba (1).

LXXIII. D. Miguel Lafuente Alcántara empezó á publicar su *Historia de Granada* en 1843, y al referir la célebre batalla do Munda, opinó porque esta ciudad era la villa de Ronda en la hoya de Málaga (2). Este diligente escritor hubiera podido ilustrar más este punto de nuestra antigua geografía, combatiendo la ya casi comun opinion de los sábios, de que Munda era Montilla. Pero no cabiendo un trabajo geográfico tan extenso, como el asunto requeria, en una obra principalmente histórica, se limita á contradecir en una de sus notas la seguida opinion de Cortés y Lopez.

LXXIV. Esta misma es la que ha prevalecido en los artículos *Munda* y *Montilla* del *Diccionario Geográfico Estadistico* por D. Pascual Madoz (Madrid, 1845,—1850); y en la gran obra de la *Historia de España* desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, que con tanta aceptacion sigue publicando D. Modesto Lafuente (3).

LXXV. Con posterioridad D. Ildefonso Marzo ha dado á la estampa una extensa *Carta*, defendiendo con bien poca fortuna su reduccion de Munda á Monda (4): de modo que la cuestion tornaba á empeñarse con nuevo esfuerzo entre los mantenedores de ambas opiniones extremas, colocando la antigua Munda en la provincia de Córdoba, ó situándola

(1) *Vir doctus in Ausland* (1842, número 205), *ad Mundam refert* ruinas *quae sunt inter Martos, Alcavdete, Baena* (sic) *in quem locum etiam Strabonis stadia* 1400 *satis quadrant.* Tomamos este dato de la edicion de la *Geografia de Strabon* que acaba de publicar en Paris Fermin Didot.

(2) D. Miguel Lafuente Alcántara, *Hist. de Granada*, tom. I, pág. 136, not. 1.

(3) D. Modesto Lafuente, *Hist. de Esp.*, tom. II, pág. 48, not. 1, Madrid, 1850.

(4) Esta *Carta*, que aparece dirigida al Excmo. Sr. D. Serafin Estébanez Calderon, se dió á luz en 1853, en la *Revista Pintoresca* que se publicaba en Málaga. En la tal *Carta* jugaba el nombre del señor D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, á quien atribuyó Marzo opiniones extrañas que no eran las de aquel erudito; pero tan luego como llegó á saberlo, en obsequio á la verdad, asi lo manifestó en un comunicado que hizo insertar al año siguiente en el *Avisador Malagueño.*

en las costas malagueñas. Un modesto y venerable anciano, el señor don Juan de Cueto y Herrera, que la muerte ha arrebatado, cuando era llegada la ocasion más oportuna para que recogiese nuestra Historia las muestras de su laboriosidad, comunicaba entonces con su discípulo y grande amigo el Sr. Fernandez-Guerra, su opinion de que la célebre ciudad de Munda debia buscarse no léjos de Osuna, entre esta y Carmona, cuyo dictámen indicó en el *Apunte* que hemos citado antes, y de que es copia el documento núm. 6 del Apéndice que sigue (1).

LXXVI. Despues D. Rafael Atienza ha publicado en Ronda el opúsculo titulado *La Munda de los romanos y su concordancia con la ciudad de Ronda*, fundado en mucha parte, sobre la *Disertacion* MS. de Sanchez Palomino, antes citada.

LXXVII. La Real Academia de la Historia, ganosa de promover constantemente los estudios históricos, y la ilustracion de puntos importantes, abrió concurso en 1857 para el año de 1860, sobre la *Demostracion del sitio que ocupó la antigua ciudad de Munda* (2).

LXXVIII. En 1858 se ha publicado la *Historia de Cádiz* por D. Adolfo de Castro, que ha venido á resucitar en nuestros dias la opinion ya olvidada, de Marineo Sículo, colocando la famosa *Munda* en la sierra de Gibalbin, término de Xerez de la Frontera (3).

(1) El Sr. de Cueto y Herrera fué natural de Colmenar, en la provincia de Málaga; varon tan modesto como juicioso y de vasta literatura, el cual desde 1826 estaba escribiendo un *Diccionario geográfico de la España antigua*. Dejó sin perfeccionar y sin publicar este libro por habérsele adelantado en la estampa otro de idéntico pensamiento. Cueto falleció á principios de 1858, cuando se ocupaba, como Académico de la Historia, en continuar la *España Sagrada*.

(2) (*Gaceta de Madrid* de 28 de Abril de 1857.)

Despues de abierto el concurso se han publicado en el *Diario de Madrid*, *La Crónica* (números del 21 y 23 de Agosto, 5, 6 y 7 de Setiembre de 1857) unos eruditos artículos en forma de cartas, bajo el siguiente epígrafe: *Exámen de una obra Geográfica Histórica, titulada la Munda de los Romanos*. Muéstranse en dichos artículos gran conocimiento de los clásicos griegos y latinos, y una concienzuda crítica en materias epigráficas. Pero su autor no se propuso investigar el sitio de Munda, sino censurar, á veces con demasiada acritud, la obra del Sr. Atienza; y así, más que una *Disertacion* sobre Munda, debe considerarse como un desenfado literario de su autor.

Por este tiempo, D. Miguel A. Fernandez de Sousa, ha presentado una *Memoria* original suya á la Real Academia de la Historia, que permanece inédita. En ella se afirma en su anterior dictámen, de que Munda debió estar situada en el castillo de Biboras, y se propone combatir principalmente las reducciones hechas por Bayer y Cortés.

(3) Castro, *Hist. de Cádiz*, lib. 1, capítulo 2, y en el Apéndice.

LXXVIX. Finalmente D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe ha publicado un *Plano de las batallas de J. César en la España Ulterior, contra los hijos de Pompeio;* y D. Serafin Estébanez Calderon ha escrito *Cuatro palabras sobre Munda*, que han salido á luz en *El Mundo Pintoresco* (1).

(1) *Mundo Pintoresco*, núm. 8, correspondiente al 30 de Mayo de 1858.

APÉNDICE NÚM. IV.

—

DOCUMENTOS Y PAPELES CURIOSOS RESPECTIVOS Á LA CUESTION DE MUNDA.

DOCUMENTO NÚM. 1.

«*Apuntaciones sobre la colonia romana de Munda, que dió D. Francisco de Bruna en el año de* 1753 *al P. Mtro. Fr. Enrique Florez, para la obra de la España Sagrada, que estaba escribiendo, habiendo ido á reconocer el sitio: Con noticia de lo encontrado despues en aquel terreno en el año de* 1762 (1).

Munda, famosa ciudad por la batalla que junto á ella tuvo el César con los hijos de Pompeio, con cuyo motivo la señalan los historiadores y geógrafos. Estrabon, pág. 141, la reputó como metrópoli de otras varias ciudades del contoruo.

Plinio, que fué qüestor de la Bética, en el lib. III, entre los pueblos que supone pertenecen al Combento Astigitano de esta provincia, pone como * colonias inmunes:

Tucci, Augusta Gemella,
Itucci, Virtus Julia,
Áttubi, Claritas Julia,
Urso, Gemina Urbanorum.

(1) Debemos el traslado de estas *Apuntaciones* á nuestros queridos amigos los Sres. Lafuente Alcántara. Pueden cotejarse con lo publicado por el P. Florez, en el tom. XII de su *España Sagrada* (trat. 39, cap. 2. *De la Iglesia de Málaga*), y fácilmente se persuadirá el lector de la identidad de ambos relatos: advirtiendo que lo que va comprendido entre dos estrellas, fué dado tambien á la estampa por el citado P. Maestro en el tom. X de su *España Sagrada* (trat. 32, cap. 1, *De la Iglesia Astigitana*), que salió á luz por la primera vez en 1753, ó sea el mismo año en que Bruna hubo de remitirle sus *Apuntaciones*.

inter quæ fuit Munda cum Pompeij filio capta: de que se infiere que quando escribió Plinio ya estava arruinada (1).

Lugares libres. :
Ástigis vetus.
Ostippo.

Estipendiarios :
Callet.
Calúcula.
Castra gémina.
Hipula minor.
Méruera.
Sucrana ó Sacrana.
Obúlcula.
Oningis.
Alostigi.

Este era el ámbito del Combento Jurídico Astigitano, segun los lugares que Plinio le atribuie con expresion, y en vista de ello se conoce que su jurisdiccion bajava desde Ézija por Osuna hasta la costa de Marvella, entre euios rios *Sálduba* (oi Rioberde) y en la de ***Barbésola*** (oi Guadiaro) estava el confín del Combento de Cádiz, á quien tocava *Barbésola*, y al de *Ástigi*, Munda.'

Oi se llama *Monda:* su situacion es al Occidente de Málaga y de Cártama, distando de esta unas tres leguas, junto á una falda de la sierra de Tolox, entre el mar y el riachuelo, que llaman Rio grande, que se mete en Guadaljorce, y este entra en el mar á una legua de Málaga, por el Occidente. Este arroio llamado Rio grande, nace en la misma sierra de Tolox, y es el que menciona el autor de ***Bello Hispaniense,*** quando habla en el cap. XLI de la falta de agua que avia en aquel campo, pues dice que distava zerca de ocho millas; lo que corresponde al referido Rio, al que llamavan los naturales ***Sigila***, segun se ve en la inscripcion que pone tambien Muratori, pág. 451 (2).

(1) El P. Florez esplanó más esta interpretacion del referido pasaje del Naturalista, en el tom. X de su *España Sagrada* antes citado.

(2) Cópiase á seguida y es la misma inscripcion que pone el P. Florez en el tom. XII de su *España Sagrada*, con la diferencia de que en estas *Apuntaciones* se lee *Cártimam*, y no *Cértimam*.

El sitio donde existe la piedra de esta inscripcion es la hermita de nuestra Señora de la Guerra, junto á Cártama, de la que se infiere que el rio *Sigila* es el *Rio grande*, pues desde su nacimiento (que es entre Ronda y Cártama), hasta la villa de Cártama hai las veinte millas que la inscripcion menciona: segun lo qual iva la calzada de los romanos desde *Tolox* (junto adondo nace el rio al Oriente de Ronda) por Munda á Cártama, y desde allí á Málaga (1): Esta inscripcion es notable, no sólo por comprovar la cantidad que Adriano perdonó á las provincias (mencionada por Esparciano en su *Vida*, y aqui determinada), sino por la expresion de Munda, y nombre del rio que corre sobre ella hácia Cártama, y por los veinte mil pasos que el emperador compuso á su costa en el camino que tirava á Cártama.

Ambrosio de Morales, lib. IX, cap. XXXVIII, pone otra inscripcion como existente á la puerta de la iglesia de Monda (que tambien estámpó Grutero), por la qual se ve que aviéndose deteriorado el Pretorio, ó casa de ayuntamiento de Monda, mandó reedificarle el Pretor de la Bética, llamado Julio Nemesio Nomentano, que governava la provincia en nombre del emperador Marco Aurelio (cuio abuelo paterno nació en España en *Succubo*, segun afirma en su *Vida* Capitolino); la inscripcion dice así: (2).

Despues en el año de 1762, cavando en aquel campo de Monda, encontraron varias medallas de plata de el Gran Pompeio con el letrero savido por todos *Cneus Magnus Pompeius Prefectus classis et orae Maritimae*, unas lámparas sepulcrales, un cameo (*sic*) particular de una amatista de el tamaño de medio peso fuerte con la cabeza incusa de Pompeio; y una perla mui grande con el asa engastada de oro, que recogió don Francisco de Bruna y permanece en su gavinete en Sevilla.»

DOCUMENTO NÚM. 2.

Extracto del expediente formado en Osuna, con motivo de las exploraciones practicadas de Real órden por D. Domingo Belestá.

«El Rey ha nombrado al ingeniero segundo D. Domingo Velestá,

(1) El P. Florez añadió: «debiéndose »corregir en virtud de este conjunto la »voz *Cértima* en *Cártima*, pues por la par»te de Munda sólo hallamos á *Cartima* »con distancia de las veinte millas cita»das, entre ella y el nacimiento del rio que »corre sobre Munda.»

(2) Es la misma inscripcion que copia

para que busque los medios de averiguar el verdadero sitio en que se dió la célebre batalla de Munda entre César y Pompeyo. Y á fin de que pueda hallar las noticias convenientes á este objeto, permite que pase á registrar los papeles que sea necesario en ese Archivo público, á cuyo fin se lo prevengo á V. S. para que le franquee los auxilios necesarios, por ser así la voluntad de S. M.=Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 16 de Setiembre de 1790 =El Conde de Floridablanca.= Sr. Corregidor de Osuna.»

Sígnese en el expediente el auto del corregidor mandando franquear el archivo al ingeniero: tiene la fecha de 3 de Agosto de 1791, que es la misma en que Belestá presentó la carta-órden que á la mano entregó al corregidor.

En el mismo dia 3 de Agosto resulta practicada la primera diligencia de reconocer el archivo D. Domingo Belestá; continúa en 4 del propio mes, y la última es en 5 del mismo mes y año.

El expediente se compone de tres pliegos desde su principio al fin, en fólio, y encuadernado en medio de dos expedientes distintos. El que le precede es una carta ó Real cédula de S. M. y de su Real y Supremo Consejo de Castilla, concediendo á la villa de Osuna la celebracion de una feria anual en los dias 3, 4 y 5 de Setiembre, su fecha en Madrid á 13 de Diciembre de 1803. El expediente que sigue al que es objeto de este extracto, es análogo á una hoja que tiene de portada, y que dice así:

Osuna Año de 1805.

«Quentas de los señores comisionados en el año pasado y presente para la direccion y gobierno del panadeo y abasto comun de este vecindario de los fondos destinados al efecto.»=En el lomo del libro tiene un renglon que dice: *Feria, Panadeo y sobre batalla de Munda entre César y Pompeyo.*

DOCUMENTO NÚM. 3.

Carta de D Francisco Bruna acerca de la situacion de Munda.

Sevilla y Marzo 16 de 1793.

«Mi amado compañero y amigo: No satisfago á Vmd. de mi puño,

Florez en dicho tom. XII. Lo que en estas *Apuntaciones* sigue á continuacion. es la noticia de lo que se dice encontrado en 1762.

así porque estoi con aquella tos perruna, que me molesta el Imbierno, como por que excuse su recomendado buscar un Maestro Árabe, que le lea mi respuesta. Incluio las apuntaciones, que hize, quando estuvo aquí el Ingeniero Belestá, y nos vino à mechar con las órdenes del Conde de Florida Blanca, dejándome entonces creido, que las avia tenido por demostraciones.=No es menester más, que leer el derrotero de Aulo Hircio, que acompañó á César en la *Guerra de España*, desde *Obulco*, registrar los Pueblos que señala, en que vatió y persiguió á Pompeio asta la Batalla de Munda, cotejados con las medallas é inscripciones, y lo que sientan los Geógrafos, é Historiadores Romanos sobre el territorio y Pueblos de los Combentos Jurídicos de Andalucia, para combencer que el sitio de Munda es el de la actual Munda, por el nacimiento y curso del Rio Sigila, la precisa distancia del famoso Pueblo de *Cártima*, donde existen multitud de Inscripciones y estátuas, y sobre todo la huida de Pompeio despues de la Batalla á *Carteia* á buscar sus Naos, que nadie ignora la situacion de este municipio en la Baia de Algeciras.=Como no he visto lo expuesto por el Sr. Baier no puedo desbaratar sus fundamentos, pero lo tengo por un sueño, y quisiera verlos á mis manos para desmenuzarlos. El Ingeniero Belestá (creo Balenciano) quando estubo aquí, y vmd. se acordará que absolutamente no entendia el latin, ni aun podia construir à Hircio, habló conmigo muchas veces, y sobre que ni aun tenia noticia de las inscripciones zitadas que son la maior prueva, me pareció estava combencido de este dictámen con las recombenciones y pruevas que io le dava; pero alguna vez le oi confusamente queria llevar esta Batalla al otro *Munda* y *Cértima* de la Celtiveria, quizá por alguna especie que le havrian sugerido de esto, aunque sin afirmarse en una opinion tan descavellada.=No alcanzo los fundamentos de ella, y me persuado que sea la referencia de Titolivio en el libro XL hablando de Lucio Postumio, y Tiverio Sempronio en los Pueblos de *Munda* y *Cértima* de la Celtiberia; ignorándose dónde estavan estas dos ciudades, ni hacer alguno otro menzion de ellas: la primera tomada en una noche por sorpresa, y la segunda por la mañosidad con los Embajadores: no ai una palabra de la famosa Batalla tratada por todos, y es absolutamente imposible acomodarla á la relacion de Hircio con los demás Pueblos de la Andalucia que señala de las marchas y Batállas de César y Pompeio; la inmediacion á *Carteya*, y la demarcazion que haze Plinio; y últimamente á lo que dice Hircio que César traxo de la Batalla de

Munda los Peltrechos de Guerra, con que alli avia vencido á sus contrarios, para combatir á Osuna, Pueblo que está muy cercano.=Igualmente huvo en la Lusitania otro Rio llamado *Munda*, que oi se llama Mondego, lo que motivó al obispo Gerundense en su *Paralipomenon de España* á creer que la Batalla de Munda havia sido cerca de Coimbra, por donde pasa el Mondego, opinion tan desvalida como la de la Ćeltiveria. Por fin el Geógrafo Stravon y Plinio que fué questor de la Bética ponen los Pueblos de Andalucia, en cuyo término estava Munda; y son de la misma opinion Ambrosio de Morales, el P. Mariana, y Rodrigo Caro exactisimo antiquario.=Quando fui desde Ronda á registrar el sitio de Munda, llevé conmigo el Aulo Hircio, y el Ambrosio de Morales, y vine demarcando el nacimiento y curso del Sigila, observé el alto donde estava el Pueblo, el campo de Batalla, con la precisa variacion que ocasionan las aguas y labor de las tierras despues do tantos siglos, como se experimentan en el indubitado municipio de Itálica, oy desfigurado todo; luego pasé á Cártama á reconocer las inscripciones, en que ai un crecido número de ellas, y do estátuas maltratadas.=No he hecho exámen en aquel sitio de las piedras arborizadas que zita Plinio, y puede ser que las que refiero se encontraban con el dibuxo de las palmas, sea una de las especies boluntarias de sus escritos.=Reciva vmd. finísimas expresiones de mis gentes, deselas á Nicolasa y Mariquita, y mande siempre á su amigo de corazon=Bruna.=Sr. D. Benito Ramon de Hermida.=P. D.=Si vmd. me embiara lo escrito por Baier, pondria esto en claro: será una mengua que vaia á Ingalaterra una cosa tan equivocada.»

DOCUMENTO NÚM. 4.

Carta de D. José Cornide sobre el sitio de Munda.

«Amigo mio, sin duda que ó yo me expliqué mal, ó Vm. no me entendió quando hizo creer al Sr. Melville que yo habia reconocido el sitio de Munda; nada ha habido de esto, y mis observaciones sobre dicho sitio, y la batalla acaecida en él, entre César y el hijo mayor de Pompeyo, todas fuéron hechas en esta Córte con presencia del Libro único de *Bello hispaniensi* atribuido á Hirtio Pansa, de los Geógrafos antiguos que tratan de la Bética, y particularmente de Munda, y de los modernos que refieren dicha batalla, y que disfrutamos ya impresos, ya ma-

nuscritos, aprovechándome al mismo tiempo de las noticias que me han comunicado varios sugetos inteligentes, que han reconocido aquel terreno, nada he impreso de dichas observaciones, pero no tendré dificultad en comunicarlas al Sr. Melville luego que les dé algun órden, y que ebaqüe ciertos cabos y puntos pendientes, combiniendo, como desde luego combengo con este Caballero en que sin un reconocimiento del terreno nada se puede decidir que satisfaga á la esmerada crítica de un antiquario juicioso, pero ínterin que no desempeño la primera parte que llebo ofrecido á Vm. diré las razones que he tenido para entrar en este empeño, y referiré los progresos de este expediente, de que ya en gran parte se hace cargo su sábio Amigo.=Por los años de 90 ó 91, concurrí un dia al estudio de mi Amigo el P. Mtro. Risco, continuador de la *España Sagrada* del Mtro. Florez, y le hallé muy ocupado con una carta del Teniente Coronel de Ingenieros D. Domingo Bellestá, residente á la sazon en Málaga, en que dándole cuenta de que estándole encargado por el Govierno reconocer el sitio de la batalla de Munda y prevenido consultar sobre ella varios Literatos y Antiquarios le pedia tubiese á bien darle su dictámen; hallábase á la sazon el Mtro. Risco muy ocupado con la continuacion de la *España Sagrada* y me pidió que me encargase yo de satisfacer á Bellestá, en lo que no tube inconveniente para darle gusto, y en conseqüencia se le avisó á Bellestá, y este me pasó un oficio igual al que habia pasado al P. Risco, contextele aceptando la comision, y me dediqué á estudiar el asunto y á formar con el auxilio de los Geógrafos é Historiadores antiguos un Plano de la Bética en el qual señalé las marchas de César y Pompeyo hasta el sitio de la villa de Munda, adonde creia yo entonces, que se habia dado la batalla, remitile dicho mapa, y el Texto de Hirtio traducido al Castellano, con los de otros AA. que creia conducentes y mis particulares observaciones, y le previne las que debia practicar en su reconocimiento empesando desde Córdoba, describiendo los sitios donde habian estado acampados los dos exércitos como *Ategua, Úcubi* y *Soricaria, Cárruca, Ventipo*, etc., y observando la calidad del terreno, y particularmente si en las inmediaciones de Munda habia alguna cantera de piedras arborizadas ó *Dendrites*, como se infería de Plinio; y concluia mi respuesta, pidiéndole, que verificado su reconocimiento me diese noticia de lo que por él resultase. Pasose mucho tiempo sin que yo hubiese tenido razon de Bellestá, y un dia visitando al Sr. Bayer, Bibliotecario mayor del Rey, me dijo, que tenia entre manos un in-

forme, que por el Ministerio se le habia pedido sobre el reconocimiento hecho por Bellestá, y que en él jugaba mi dictámen, al qual se hallaba él opuesto; pues creia que la Munda antigua adonde se habia dado la batalla, se debia reducir á la Villa de Monturque, situada entre Córdoba y la Monda moderna, pues habiendo pasado él por esta última Villa, no habia reconocido más ruinas que las de un Castillo morisco, y siendo su terreno desigual y compuesto de cerros, y colinas, no habia lugar para la llanura de cinco millas, que Hirtio decia habia entre los dos exércitos, y que habia servido de campo á la batalla: leiome parte de su informe, hícele algunas réplicas, y particularmente la de que Monturque distaba mucho más de lo que decian los AA. de *Carteja*, que la Munda moderna, que lo mismo sucedia de Cártama, que por una Inscripcion constaba estar sólo separada de Monda veinte millas, y sobre todo que Monturque caia en el distrito del Convento juridico de Éeija, y que Munda la situaba Plinio en el de Córdoba (1), y finalmente, que segun las marchas de los dos exércitos (quando se dió la batalla) debian haberse adelantado mucho más hácia la costa del Mediterráneo, de lo que distaba Monturque, pero á pesar de todas estas reflexiones, me pasmó, que el Sr. Bayer no quedaba convencido, y viendo por otra parte, que el ingeniero Bellestá no correspondia á lo que yo le habia pedido (comunicándome las resultas de su viaje) suspendí mis investigaciones sobre el asunto, hasta que habiendo venido á parar á mis manos el viaje del Sr. Francisco Carter y leiendo lo que decia de Munda, que creia debia reducirse á un pueblecito llamado Munda la Vieja, situado entre la Villa de Monda, y la ciudad de Ronda, que no sólo daba á entender habia visto el terreno, sino que fundaba su opinion en la del célebre D. Antonio de Mendoza, que explicó la suia en la *Historia de la expulsion de los moriscos de Granada*, se me excitó de nuevo el deseo de apurar este punto, y empezé á fluctuar entre las dos Mondas, inclinándome por varias razones que ya explicaré á Monda la Vieja, y para confirmarme en mis sospechas y apurar este punto solicité descubrir el paradero del *Expediente* y al efecto me valí de un oficial de la Secretaria de Estado, por cuya mano habia corrido, y supe que poco satisfecho el Ministerio de las operaciones del Ingeniero Bellestá, pensaba en imprimir el informe del Sr. Bayer, y satisfacer con él á la Sociedad de antiquarios de Lóndres; expúsele la re-

(1) Seguramente quiso decir lo contrario.

pugnancia, que el dictámen del Sr. Bayer tenia con los textos de los AA. antiguos, y le insinué que yo era de opinion contraria, que para ello tenia algunos fundamentos, que se los habia expuesto á Bellestá, que los expondria de nuevo y aumentaria y que tendria particular gusto en que se me comunicase el *Expediente* para poder informarme, pero llegué á entender que no se tenia noticia adonde este existia, ó que no se me queria oir en el asunto; y como por otra parte á breves dias fué separado del Ministerio el Sr. Conde de Floridablanca, ni se volvió á tratar el asunto, ni yo me juzgué autorizado para emprender un nuevo reconocimiento y me contenté con no perder de vista el asunto, procurando recoger noticias de varios sugetos, que me constaba habian reconocido aquel pais, con el fin, de que si algun dia lo practicase yo pudiese con más facilidad aclarar este punto de nuestra historia.=En la jornada de Aranjuez de este año me hallé un dia en la mesa del Embajador de Alemania, Conde de Kageneck (sugeto mui aficionado á nuestras antigüedades), con el Sr. Merri Cónsul general de la Nacion Británica en esta Córte, y habiéndose tocado el punto de Munda me explicó las diligencias que habia practicado para averiguarlo, y los medios de que se habia valido para descubrir el *Expediente* lastimándose de que á pesar de todas ellas no hubiese podido hasta entonces conseguir otra cosa, que una noticia vaga de que el tal *Expediente* habia sido aprendido en la ocupacion de los papeles del Conde de Floridablanca con los quales sospechaba se habia inventariado, y que este era el motivo de no hallarse razon de él en la Secretaria de Estado; acordamos el Sr. Merri y yo de adelantar, cada uno por su parte, esta pesquisa, pero habiendo seguido dicho señor la Córte al sitio de la Granja, y habiéndome yo quedado en esta, no he vuelto á verle, ni sé las resultas que hayan tenido sus diligencias, pero por mi parte (en el supuesto de que al Conde de Floridablanca se le ha concedido la libertad) me he valido de un amigo, residente hácia el pais adonde se hallaba destinado S. E. para que solicite alguna noticia que confirme ó adelante la que el Sr. Merri me comunicó en Aranjuez; y en interin iré recogiendo lo más que pueda para satisfacer los deseos de esa Ilustre y Sábia Sociedad y corresponder al lisongero concepto que mereseo á su ilustrado amigo el Sr. General Melville, y á la atencion con que me comunica noticias del Sr. Carter, en cuya obra en lo que pertenece á las antigüedades y Física del País que ha recorrido, hallo juicio, verdad y conocimiento de nuestros autores, ojalá otros viageros hubieran pro-

cedido con tan buena fe, que así no se hubieran esparcido tantas patrañas, como nos atribuyen. Esto ya va largo, y no es justo fastidiar á Vm. ni al Amigo.» (1)

DOCUMENTO NÚM. 5.

Carta y apuntaciones acerca de la colonia romana de Munda, por Fray Manuel Cabello y Gomez (2).

«SOBRE LA COLONIA DE MUNDA.

Historia.

Sr. D. Josef Lopez Ayllon y Gallo.

Muy Sr. mio: remito á V. varias apuntaciones que he podido recoger sobre la colonia Romana de Munda.=Estracto del Derrotero de Julio César desde que entró en España, y sitios que hizo antes de la Batalla de Munda, sacado de Ambrosio de Morales..........». Sigue el extracto hasta el fól. 3 vuelto, á cuyo final escribe: «*Soritia y Ventiponte*, de que no da razon Ambrosio de Morales, el primero no se ha descubierto, pero el segundo se ha averiguado ya despues que escribió Morales, habiéndose descubierto las medallas é inscripciones de *Ventipo*, hoy en (*sic*) Lugar de Casaliche, media legua de la Villa de Estepa, conocida tambien por el Municipio Ostiponense en las inscripciones que allí se han encontrado». Sigue al fól. 4. con Morales despues de la batalla, y pone una que llama *nota* sobre el dia de aquella, con los textos de Plutarco, P. Orosio y Ciceron, y al volver el mismo fólio escribe de seguida como si fuera suyo.=«*Munda*, famosa ciudad.......» exactamente lo mismo que en las *Apuntaciones* que Bruna dió al Padre Florez, hasta el fól. 7. en cuya mitad termina con la sola diferencia

(1) *Papeles varios de Antigüedades*, MS. de la Biblioteca de la Academia de la Historia, E. 184, fól. 55.

Síguense, fól. 59, las *Apuntaciones*, que se dicen de D. Francisco Bruna, *sobre el sitio de Munda*, y no son sino de la *Disertacion de Ortiz*. Despues, fól. 67, lo de Vicente Espinel, en el *Escudero Marcos de Obregon*, págs. 106 y 107. A seguida, fólio 70, la *carta* de Bruna fechada en Sevilla á 16 de Marzo de 93. En el fól. 73 un *Extracto* traducido de lo que dice sobre Munda el inglés Francisco Carter en su *Viaje desde Gibraltar á Málaga*; y al fól. 82 una *nota* suelta y anónima que es la publicada por D. Tomás Muñoz en su *Diccionario Bibliográfico*, (art. *Munda*, número 3.)

(2) Cuaderno de diez y siete fojas en cuartilla, propio del Sr. D. Pascual de Gayangos, acompañado de una carta suelta en que Fray Manuel Cabello y Gomez lo remite desde Buxalance, á 10 de Julio de 1817, á D. Josef Lopez Ayllon.

de poner en vez de *permanecen*, «y una Perla mui grande con el asa engastada de oro que recogió D. Francisco de Bruna y *Herò* á su Gabinete de Sevilla».=Bajo el epigrafe de Munda sigue al mismo fólio con lo de Fray Bernardo Brito en extracto. Sigue del fól. 9 vuelto al 11 idem una que se dice, y es con efecto, la *Copia de Carta* del señor Bruna al Sr. D. Benito Ramon de Hermida (su fecha en «Sevilla y Marzo 16 de 1793») que es la que antes queda ya transcrita. Los fólios 12 y 13 comprenden varias «Especies para aclarar y determinar el verdadero sitio de Munda», tomadas de Hircio, Mariana, Strabon, Ponz, Espinel, Masdeu y el Gerundense. Al fól. 13 vuelto apunta varios «Libros que (dice) hacen falta para esta obra y aqui no los hay», siendo sólo de notar el penúltimo que marca con estas palabras: «El libro que salió hace pocos años del sitio de Munda, y sospecho sea del Sr. Cornide contra Baller. Lucano, lib. 1, ver. 40.» Al fól. 14 está la «*Copia de Carta* del Sr. D. Benito Ramon de Hermida, Fiscal de la Cámara, al Sr. D. Francisco de Bruna», su fecha en «Madrid 8 de Marzo de 1793», en que le incluye la en que se comienza diciendo que «Entre los sugetos que fuéron consultados por D. Domingo Belestá, sobre el sitio de Munda, fué uno D. Josef Cornide, etc.», y se traslada tambien la *inclusa* (1). Al fól. 15 se halla una *Nota* (no se sabe de quién, pero natural parece fuera de Cabello), en que se combate la inscripcion publicada por Morales, como contraria al texto de Plinio, del que infiere estaba Munda destruida algunos años antes, y la atribuye á la Munda que supone construida por los fugitivos de la primera. Al fólio 16 hay la «*Copia de Carta* del Sr. Bruna al Sr. D. Jacinto Cabrera», su fecha en «Sevilla y Mayo 18 de 91», en que le remite las apuntaciones que tiene de la Colonia de Munda, y una copia del tratado de las *Marinas desde Málaga á Cádiz* de Fariña, dándole su dictámen sobre el mérito de Vicente Espinel como poeta y literato, comparativamente con Cervantes en sus obras del mismo género; y al fól. 17 en que termina esta carta, se encuentra con carácter de original el

(1) Esta *inclusa* por Hermida en su *Carta* á Bruna es tambien la misma publicada por D. Tomás Muñoz en su *Diccionario*, pág. 197, asegurando ser borrador de una nota de Cornide á Medina Conde: aquella termina en estos otros términos, aunque á la manera de dicha nota:=«En estas incertidumbres recurre al señor don Francisco de Bruna, por medio de su amigo el Sr. D. Benito de Hermida, suplicándole se sirva comunicarle sus observaciones sobre el asunto: pues espera en ellas con que fortificar su dictámen.»

pié siguiente : =«Es quanto he podido recoger, y V. mandará siempre quanto quiera á su afectisimo amigo, que de corazon lo ama.=F. Manuel Cavello y Gomez.=Sn. Francisco de Buxalance y Julio 9 de 817.= Sr. D. Josef Lopez Ayllon y Gallo.»

DOCUMENTO NÚM. 6.

APUNTAMIENTO *del Sr. D. Juan de Cueto y Herrera, incluso en carta que dirigió en* 11 *de Diciembre de* 1855 *al Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.*

«ANTIGÜEDADES

He topado con otra inscripcion semejante, á la que habia en Écija, en que se encuentra la diccion *Mun*, que hay motivo para creer se entienda *Munda*. Además de robustecer esta nueva á la Astigitana, demarca un poco el sitio en que, segun la relacion de Hircio, creemos que debió estar aquella ciudad.

Con motivo del descubrimiento de las inscripciones que revelaron la existencia y lugar donde estuvo *Munigua*, se dedicaron los Geógrafos andaluces á desenterrar todos los documentos que confirmaban la verdad del descubrimiento. Entre otros, el erudito D. Cándido María Trigueros, que vivia en Carmona, se ocupó en buscar inscripciones en todo aquel territorio. Da cuenta de estos trabajos en una carta que se imprimió en las *Memorias de la Academia de Sevilla*, pág. 215. Cita con este motivo una piedra miliaria que existia en Carmona, que, aunque muy maltratada, aparece hecha en tiempo de Augusto, y en su fin se lee claramente :

MVN. M. P$\overline{XXI}$.

Impulsado por su intento sospecha Trigueros que en esta palabra pudiera entenderse *Munigua*, «porque no sabemos, dice, que en estas cercanías hubiese otro pueblo que comenzase con dichas letras.» Estando *Munigua* á la derecha del Bétis y Carmona á la izquierda, siendo tan difícil y costoso fabricar un puente sobre el rio en aquel sitio, que no hubiera sido por otra parte muy necesario, cuando Sevilla le tenia y no estaba léjos, todo esto es prueba de que no habia camino directo desde *Carmona* á *Munigua*, y por consiguiente no podian contarse las veinte y un millas que constan de la inscripcion.

Ahora bien: Carmona está al Poniente del territorio que media entre Écija y Osuna, hácia donde estuvo el Campo Mundense, segun el contesto literal de Hircio: ¿no podria aplicarse la silaba *Mun* de esta inscripcion á *Munda*, y colocarla por consecuencia á las veinte y un millas al Oriente, poco más ó menos directo de Carmona? ¿No se apoyan y corroboran mútuamente esta inscripcion y la de Écija? Creo que sí.

No constando el sitio en que se encontró por primera vez la inscripcion, no puede ser un dato muy fijo el de las veinte y un millas; y por lo mismo no es necesario que se busque á Munda á esta distancia de Carmona: el miliario pudo ser llevado á esta ciudad de sus cercanías, lo que obligará á buscar á Munda desde la veinte y una á las veinte y cuatro ó veinte y cinco millas. Registrando el mapa de Lopez, veo por aquellos sitios á Fuentes, la Campana y á la Moncloa que reducen comunmente á *Obúcula*. Por este sitio deberia empezarse la investigacion topográfica.»

DOCUMENTO NÚM. 7.

Testimonio de la Escritura de arrendamiento de la caballeria de Munda, que el Apoderado del señor Duque de Medinaceli hizo en 1848.

«Yo el infrascripto escribano por S. M., público y del número de esta ciudad.=Doy fe: que por escritura otorgada en veinte y tres de Diciembre del año pasado de mil ochocientos cuarenta y ocho ante Don Juan Zenteno, escribano que fué de este número, cuya matriz obra archivada en la escribania de mi cargo, D. Manuel Palacios del Corte, como especial apoderado del Excmo. Sr. Duque de Medina Celi, dió en arrendamiento á Antonio Vilches como principal y á D. Cristoval Marquez como su fiador, vecinos de la villa de Torre Alháquime, una caballería de tierras para pan sembrar, conocida con el nombre de *Munda*, la que se situa en el termino de dicha villa al partido de las Vegas. Y para que se haga constar donde convenga espido este testimonio á instancias de D. José Oliver y Hurtado, vecino de Málaga, y lo signo y firmo en Ronda á doce de Febrero de mil ochocientos sesenta y uno.=enmendado=R=v.=Pedro Ponce Ramirez.»

APÉNDICE NÚM. V.

FORMACION DE LOS EJÉRCITOS DE POMPEIO Y DE CÉSAR DELANTE DE MUNDA.

Siendo uno de los argumentos que más se ha esforzado para combatir las diversas concordancias que se han hecho de la antigua ciudad de Munda con otras poblaciones ó lugares actuales, la posibilidad material de que á la vista de ellos se diese la postrer batalla entre el ejército de César y el del hijo del Gran Pompeio, necesario aparece desde luego, para dilucidar aquella cuestion en todas sus partes, averiguar así el número de combatientes, que no hay dos escritores modernos acordes en fijar de la misma manera, como la forma en que estaban dispuestos para trabar la pelea, y el terreno que consiguientemente ocupaban : puntos en los que pocos ó ninguno nos han precedido con bastante detenimiento.

Dícenos el historiador de la *Guerra de España*, al comienzo del capítulo XXX del libro en que la describe, que el ejército *(acies)* de Pompeio constaba de trece águilas ó legiones : « *Erat acies XIII aquilis constituta* »; pero no expresa el número de soldados que las mismas componian ; y como no están conformes, ni antiguos ni neotéricos, sobre aquel de que constaba cada una de ellas, segun los diversos tiempos, ni debe suponerse, á causa de las vicisitudes de la guerra, que en todas estuviese igualmente completo, no puede saberse con absoluta certidumbre, cuál fuera el correspondiente en este caso á las trece legiones de que nos habla el indicado historiógrafo. Escritor tenemos entre los modernos, tan respetable como Justo Lipsio, que sostiene con empeño no ser mayor el número de legionarios en la época de que se trata, que el mismo que aparece de la *Historia de Polybio ;* y otros por el contrario, lo hacen subir á cinco y seis mil hombres, aún en tiempos anteriores, apoyándose á veces en los propios ejemplos que aquel aduce,

y en el testimonio de autores antiguos, sobre cuya certeza debate largamente el considerado como *Príncipe de las letras* entre los sábios humanistas de la edad de oro del renacimiento (1).

La prudencia nos aconseja, para no hacer una larga y enfadosa disertacion sobre cada pormenor de los que ocurran, sin desvirtuar por ello la naturaleza del trabajo que llevamos emprendido, indicar solamente la dificultad del punto y la divergencia en que se hallan los más autorizados pareceres, á fin de que no se tenga por segura é indisputable ninguna de las computaciones que se han hecho hasta el presente.

Para aproximarnos en cuanto sea posible á la mayor exactitud, no hay recurso que ofrezca menos contrariedad que el atenernos, como á dato más seguro, á lo que resulta mejor especificado en el relato de las batallas que presentan más analogía con aquella de que se trata, en el discurso de la misma civil contienda.

Ninguna se halla en él, que tanta semejanza guarde con la de Munda, como la que tuvo lugar en los campos de Pharsalia, ya se considere la proporcion respectiva de ambos ejércitos, ya las circunstancias y consecuencias de ellas, y aún la identidad de personas, ó por lo menos de nombres y causa que apellidaban, sin que sea temerario asegurar la de mucha parte de las tropas que en una y otra pelearon.

El Gran Pompeio, al ordenar sus haces en aquella para él tan infeliz jornada, habia completado ciento diez cohortes, las cuales eran cuarenta y cinco mil hombres, segun el testimonio del mismo César (2). Tocaban, pues, á cada cual de estas cohortes, que se dicen *completas*, poco más de cuatrocientos hombres; y la legion, que de diez de ellas constaba, no excedia sino muy escasamente el número de cuatro mil soldados, que J. Lipsio combate, sin embargo, como exagerado. Pero ateniéndonos á él, para equilibrar las razones de los que sostienen la opinion contraria, procedamos á formar bajo tal supuesto el ejército de Pompeio el mozo en el no menos infortunado trance que el antes citado lo fué para su ilustre padre. Ní puede negarse el que sus legiones se hallasen algun tanto mermadas en aquellas circunstancias, cuando igual es el número que de ellas aparece en el cap. VII del mismo libro, á poco del comienzo de esta guerra, en la que sufrió despues menores

(1) Lip. *De Militia Romana*, lib. 2, diálogo 2.

(2) *Numeroque cohortes CX. expleverat. Haec erant millia XLV.* (Caes. *Bell. Civ.*, lib. 3, cap. 88.)

reveses, que le ocasionaron continuas pérdidas de gente por muertes, prendimientos y deserciones, antes de que llegase á aventurar la postrera y decisiva lucha á campo abierto.

Consta además del capítulo aducido, que eran las dos llamadas Vernáculas, quo abandonaron las órdenes de Trebonio para allegarse al partido de Pompeio, y una levantada de las colonias que hubo en estas comarcas, en las que opinaba tener alguna firmeza, siendo la cuarta la de Afranio, que consigo trajo del África. Las restantes, dice el historiador, que alistadas entre los fugitivos las completaban los auxiliares. Ni las unas ni las otras pueden tenerse de consiguiente como numerosas, toda vez que las primeras eran veteranas, y se hallaban por lo tanto agostadas en las anteriores campañas, y las demás no fuéron levantadas por alistamientos determinados, sino compuestas de los tránsfugas de las guerras precedentes, que acudieron á nuestra España, para dilatar un breve plazo la agonía de la República Romana.

El soldado macedónico, y de igual manera el romano, segun escribe Polybio, para el cómodo uso de su espada y de su escudo, al estar colocado en batalla, ocupaba con sus armas el espacio de tres piés, así á lo largo como á lo ancho (1), ó *inter subsistem et adsistem*, como traduce Lipsio.

Segun Vegecio, los armados, cada cual de frente, acostumbraron ocupar tres piés entre sí, de modo que en mil pasos se ordenaban mil seiscientos sesenta y seis infantes á lo largo, *in longum* (toma el largo por el frente no por el fondo), *ut nec acies interluceat et spatium sit arma tractandi*, como añade el propio escritor (2). Entre unos órdenes y otros (continúa diciendo, llamando órdenes á las filas como Frontino), por la espalda á lo ancho, *a tergo in latum* (como él expresa, tomando, segun va dicho, la anchura por la profundidad), quisieron distar seis piés para tener lugar de batallar, acercándose y retrocediendo, porque con el salto y la carrera se arrojan los dardos con mayor violencia: «*Ut haberent pugnandi spatium, accedendi atque recedendi; vehementius cum saltu cursuque tela mittuntur*».

Hállanse, pues, conformes los textos de Vegecio y de Polybio al señalar el espacio, en que formaban de frente los soldados romanos, fi-

(1) Ἵστανται μὲν οὖν ἐν τρισὶ ποσὶ μετὰ τῶν ὅπλων καὶ ῥομαῖοι. (Polyb. *Histor.*, lib. 17)·

(2) Vejet. *De re militari*, lib. 3, capítulo 14.

jándolo ambos en tres piés por cada soldado. No anda acorde por consiguiente con tan irrecusables testimonios el parecer de algunos neotéricos, que duplican esta distancia, suponiendo un vacío igual entre las columnas de hombres, para dar lugar á que por ellos se introdujesen, sin doblar el frente, sino llenando los claros y haciendo más compacta la formacion, las columnas respectivas de las haces posteriores, cuando llegaba el caso de que estas auxiliasen á las primeras. Opinamos que no puede admitirse un supuesto tan contrario á lo que resulta expresamente consignado en los textos de los antiguos escritores *de re militari*; y que debe, mucho mejor, considerarse que las hileras avanzarian cerradas al primer encuentro, evitando de este modo, cada cual de los soldados, que pudiese su adversario tomarle por el flanco y entrometerse en las filas, logrando acaso desordenarlas; á la manera que, con respecto á todo el ejército, cuidábase de asegurar sus costados, guarneciéndolos por la caballería ó apoyándolos en obstáculos materiales como los rios, montes ó lugares fortificados. Pero luego que las filas delanteras se viesen necesitadas del ayuda de las otras, podian fácilmente abrirse, apercibidas que fuesen de la llegada del socorro, y dejarlo pasar por entre ellas mismas, replegándose á la espalda de las nuevas huestes para rehacerse, ó doblando el frente (maniobra que se practica con gran frecuencia entre nuestras tropas, á pesar de la mayor condensacion en que forman sus soldados, por el menos espacio que requiere el manejo de las modernas armas), podian de igual manera los ejércitos de la antigüedad, con la intercalacion de los cuerpos de refresco, reponerse de las pérdidas sufridas en el primer ataque, y cargar sobre el enemigo con la ventaja de fuerzas duplicadas. Téngase en cuenta que de los tres piés que se designan para cada combatiente, no ocupaban estos por sí materialmente más que uno de ellos, segun expresan los mismos escritores antes citados, y los otros dos quedaban á los costados para que pudiesen manejar con desembarazo la espada y el escudo; de modo, que este hueco era á la par bastante para que penetrasen hasta las primeras filas las columnas de las haces subsiguientes. Tan es exacta la teoría que acabamos de exponer, que de su realidad tenemos el ejemplo más notable que ofrecen los textos de los antiguos escritores, en la descripcion que de la misma batalla mundense, á que se han de referir todas estas aplicaciones, nos hace el historiógrafo auténtico de la guerra; pues que en el cap. XXXI de su ya citado libro, al relatar que la caballería de César, situada en

su ala izquierda, cargó sobre el cuerno opuesto del ejército de Pompeio, nos dice que en este se comenzó á pelear con valor tan esforzado, de modo que estrechándose los unos con los otros no se dejaba espacio para que los de atrás viniesen á entrar en línea al socorro de los primeros (1).

Donde sí se nota duplicada la distancia, que aparece de la *Historia de Polybio*, por la que Vegecio marca en el lugar antes citado, es en el señalamiento de la que mediaba entre unas y otras filas (*praestantes y subsequentes*, ó *inter ordines a tergo in latum*, como este dice), pues el escritor helénico la reduce á tres piés, mientras que el latino la amplia á seis, sin contar el pié que además ocupaban por sí cada uno de los combatientes (2).

Concilió ya Justo Lipsio, sin embargo, la diferencia que resulta de entrambos escritores, suponiendo que el primero trataba sólo de la pugna inmediata, y en que veniase á las manos de cerca ó estrechamente, en tanto que el segundo se ocupa más bien del combate de léjos, cuando, como el mismo dice, se arrojaban los dardos, accion que necesitaba mayor espacio (3); pero luego habrian de aproximarse al trabarse la lucha cuerpo á cuerpo. Sabido es que los soldados romanos se precipitaban á la carrera en el comienzo de las batallas, lanzando con fiero ímpetu el terrible *pilum* de que iban doblemente armados, y al chocar con su enemigo empuñaban ya la aguda espada, cuyo uso apreciaron más desde sus guerras en España, porque se apercibieron del éxito con que la manejaban sus naturales.

En el silencio que las historias guardan acerca de la forma en que Pompeio el mozo dispusiese las legiones de su ejército delante de los muros de Munda, hay siempre que discurrir sobre ella por las reglas comunes de organizacion de estos cuerpos en la milicia romana, observadas en aquel tiempo. Por lo tanto, ateniéndonos á que el *acies* estaba constituida con las trece águilas, estas se hallarian ordenadas en su solo frente (*recto fronte*, ó *aequatis frontibus*), y cada una de ellas presentaria cuatro *cohortes* en primera línea, ó sean cincuenta y dos de estas en toda su extension; treinta y nueve en el *acies* segunda, á razon de tres por

(1) *At ii eximia virtute proelium facere incipiunt, ut locus in acie ad subsidium veniendi non daretur.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 31.)

(2) *Et ipsi bellatores stantes singulos obtinent pedes.* (Vejet. *De re militari*, lib. 3, cap. 15.)

(3) Lip. *De Milit. Rom.*, lib. 4, diálogo 8.

cada legion, y otras tantas en el *acies* tercera, que completan las ciento treinta de que se hace implícita referencia. Suponiendo estas *cohortes* de á cuatrocientos hombres, por los motivos que antes quedan expresos, seria el frente de cada una de cuarenta armados, de diez su fondo (1), y ocuparian á lo largo, *in longum*, segun Vegecio, ciento vein-

(1) En la legion Polybiana, en la cual los *manipulos* de los *hastatos* y de los *principes* eran de ciento veinte hombres, diez formaban á lo ancho, doce á lo largo: en los de los *triarios*, que constaban sólo de sesenta soldados, colocábanse seis de un modo y diez de otro, viniendo todos con sus respectivos intérvalos á constituir la legion como un cuadrado; pues entre la primera y segunda *acies* mediaba la *via transversa* que se decia *quintana*, por tener fijada su extension en cincuenta piés, y entre la segunda y la tercera *acies* corria la otra *via*, paralela á aquella y de doble anchura por lo regular, llamada *principal*, porque delante de ella estaban los *principes*, que fuéron los quo primero formaban, como Varron nos dice (*Principes quia primi stabant*), cuando los *hastatos* tenian el carácter de *velites*, segun que ingeniosamente ha discurrido Le Beau en sus *Memorias sobre la Legion romana*. Desaparecidas luego tales diversidades de nombres, armas y lugares entre la infanteria legionaria, todos los *manipulos*, y por lo mismo las *cohortes*, constaban de igual número de soldados y formaban idénticamente los de las baces delanteras, que aquellos que se hallaban en la posterior ó última, sin que el escritor francés antes citado, demuestre á nuestro ver, cual pretende en sus *Memorias*, que las *cohortes* de la primera *acies* fuesen más numerosas que las otras, por lo menos, en los tiempos de que tratamos. Tampoco creemos comprobada la disminucion que Guichard opina, tuvo lugar para esta época en la profundidad de las diversas haces y de consiguiente de los *manipulos*; pues que la union de estos en *cohortes*, poniéndolos en un solo frente, no consta que alterase su anterior disposicion, tanto que hay casos expresos en la guerra de las Galias y en las civiles que la siguieron, en los cuales por el menor número de tropas, volviéronse á dividir los *manipulos*, y á presentarse ordenadas de este modo laa legiones: prueba inequívoca de que aquellos manteniau su antigua constitucion. Ni para nada sobre esto hay que tomar en cuenta lo que Vegecio escribe de sus tiempos, que eran los del bajo Imperio; siendo tan infundado como arbitrario el fijar en nueve, en ocho, ú otro cualquiera que sea menor de diez, el número de soldados que comprendiese la altura de cada cual de las haces. Lucha además la opinion del critico prusiano (como él mismo conoce, y quiere explicar suponiéndolo caso extraño), contra el testimonio expreso de Frontino, que asevera en el lib. 12, cap. 3, exemp. 22 de sus *Strategemas*, que para el combate de Pharsalia el Gran Pompeio ordenó sus tres *acies*, de las cuales cada una tenia diez órdenes: *Cn. Pompeius adversus C. Caesarem Paleopharsali triplicem instruxit aciem, quarum singulae denos ordines haberent* IN ALTITUDINEM, como corrigió oportunamente Justo Lipsio, sin que obste en nuestro concepto el que se lea *in latitudinem*, como dice el texto, entendiéndose, no por el frente sino por la profundidad del *acies*; pues que seria absurdo interpretar lo contrario, porque segun advierte el mismo Lipsio, resultaria en este caso que tantas legiones presentarian sólo treinta hombres por todo frente. Nosotros hallamos aún más sencillo conservar la expresion del texto, pues se encuentra en otros aplicada la de *in latum*, que es equivalente de aquella.

te piés romanos ; hácia atrás á lo ancho *(a tergo in latum)* setenta de ellos ; porque los mismos combatientes, como advierte el dicho escritor, ocupaban además, segun va notado, sus piés respectivos. El espacio naturalmente cubierto por las cincuenta y dos *cohortes* de la primera *acies*, debió ser por consiguiente de seis mil doscientos cuarenta piés ; y aumentando los intérvalos ó *vias* directas de veinte piés, que mediaban entre las *cohortes*, y que siendo tantos como estas menos uno, equivalian á mil veinte piés do más extension, resulta la línea, en que las trece legiones se encontraban formadas, de siete mil doscientos sesenta piés por todo su frente. Añadiendo ciento cincuenta piés de las dos *vias transversas*, á los doscientos diez que el fondo do las cohortes llenaba en la triple *acies*, se debe contar como de trescientos sesenta piés la profundidad ó altura que ofrecerian las legiones enunciadas.

Prosigue refiriendo el Historiógrafo hispaniense, que la dicha *acies* de Pompeio se hallaba cubierta por sus costados, con las tropas de á caballo (1). Tal fué con efecto el empleo que constantemente tuvo la caballería entre los romanos hasta los tiempos del bajo Imperio, en que se hizo por demás numerosísima, y dejó de ser la infantería legionaria el núcleo principal de los ejércitos.

No expresa el Historiador de la *Guerra de España* el número de caballos que formaban las *alas* del ejército de Pompeio ; y como en esta época era del todo independiente del que hubiese de legiones, no puede aquel inferirse por el que aparece de estas.

Mas á la fin del cap. VII del mismo libro, dice Hircio enumerando las fuerzas de su adversario, que los suyos, es decir, los de César, eran grandemente superiores en la caballería y tropas ligeras, tanto por el valor como por el número (2). De lo cual, y del incesante propósito que se advierte en Pompeio de huir de las llanuras, por la mucha ventaja que César le llevaba en aquella arma, bien puede deducirse que apenas llegarian á la mitad del número, que como de este consta, los

á la profundidad ó altura de las haces, cuando se trata de estas en conjunto, y no de los *manípulos* por separado, segun se ve claramente en el pasaje de Vegecio que acabamos de examinar.

De cualquier modo que esto sea, aparece evidentemente probado por la citada referencia de Frontino, que el fondo de las *cohortes* formadas en cada *acies* era de diez hombres en la época á que aludimos.

(1) *Quae a lateribus equitatu tegebatur.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 30.)

(2) *Nam de levi armatura, et equitatu longe, et virtute, et numero nostri erant superiores.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 7.)

caballos que tuviese Pompeio el mozo apercibidos á esta batalla. Separados en dos mitades para cubrir ambos costados, se hallarian como dos mil próximamente en cada uno de estos; y distribuyéndolos por *turmas*, compondrian sobre sesenta de ellas, que dispuestas en *quinconce* (forma que conservaron estas, aún cuando la perdiese la infantería legionaria), presentarian al frente de sus respectivas *alas* diez *turmas*, que protegiesen en avanzada el flanco de los armados á la ligera, que delante de las haces discurririan. Ordenadas en igual número sucesivamente, correspondiendo á los intérvalos respectivos, llegarian las restantes hasta cubrir el costado de la segunda *acies*, pues este, como se ha dicho, era el principal objeto de las *alas* de caballería en el *acies constituta*, para el que no bastarian de ningun modo formadas las *turmas* todas en un solo frente, cual pretenden suponerlas algunos neotéricos, sin fundamento histórico ni racional; pues desde luego se opone tal hipótesis al sistema general y constante de la táctica romana, cuya gran fuerza consistia en las cargas repetidas de las tropas de refresco; y aún en el caso de que las *turmas* así dispuestas arrollasen victoriosas las del *ala* enemiga, dejarian al primer avance sin abrigo el flanco de sus mismas legiones. Infiérese además bien claramente su ordenacion sucesiva en la forma antes expuesta, del texto de los antiguos escritores, como puede verse por Justo Lipsio, en la paráfrasis que hace al de Polybio (1). Cada *turma* en batalla, segun el autor citado, presentaba diez soldados de frente y tres de fondo: es decir, que las tres decurias en que aquella se dividia, formaban una tras otra. No falta escritor moderno que entienda hallarse aquellas dispuestas en cuatro órdenes ó filas de á ocho soldados; pero aún contando fuesen de á diez, y de tres piés (como aún siendo menores los de hoy, se computa modernamente en el arma de caballería), el espacio ocupado de frente por cada hombre montado, resultará que la extension de una *turma* formada, *in directum*, ó á lo largo, seria de treinta piés, cuando más, de los romanos. Supuestas diez, las *turmas* primeras de cada *ala*, con otros tantos intérvalos de igual extension para dejar expedito el paso de las siguientes, aumentarian aquellas y estos el frente del *acies* pompeiana en seiscientos piés por uno y otro lado. El fondo, sin embargo, no llegaria en tal caso más que hasta cubrir, segun va dicho, el flanco de la segunda *acies*; pues con cien caballos

(1) Lip. *De Mil. Rom.*, lib. 2, diálogo 6.

de frente, basta admitir veinte de fondo (que á razon de nueve piés, como ordinariamente se calculan, dan ciento ochenta piés de altura) para tener los dos mil ginetes de cada banda, dejando aún descubiertos ochenta piés en la profundidad de las tres haces sucesivas, con las dos *vias* que entre ellas mediaban.

Expresa seguidamente Hircio, que el ejército de Pompeio se componia tambien de seis mil armados á la ligera *(cum levi armatura millibus sex)*; pero nada hay que añadir por el lugar que ocupasen estos; pues los llamados antes *velites*, y luego dichos *ex levi armatura*, no aumentaban la extension en el frente de los ejércitos, sino que discurrian libremente ante ellos, ó llenaban los huecos ó intérvalos de su formacion.

Completa Hircio el relato de las tropas de Pompeio, refiriendo inmediatamente despues de señalar el número de ligeros, que «además los auxiliares añadian casi otro tanto» (1).

No es posible convenir con los eruditos anotadores del *Libro de la Guerra de España*, en que estos auxiliares fuesen casi otros tantos que la suma que den los soldados de las trece legiones, los de á caballo y los armados á la ligera. Fuera entonces el ejército de Pompeio el mozo inmensamente mayor que el de César, y aún que otro ninguno de los que llegaron á entrar en batalla en los tiempos de que se trata. Ni aparecen antes ni despues de este último trance campal de la guerra hispaniense, sino las mismas trece águilas ó legiones, que en tal sazon se dice constituian el *acies* pompeiana, segun se ve, así del número de aquellas recogidas despues de la batalla, como de la especificacion que antes ha hecho el propio historiador de las tropas de Pompeio, á la fin del cap. VII (2). El *prope alterum tantum* hace más cierta referencia al número de seis mil ligeros, que inmediatamente le prece-

(1) *Praeterea auxiliares accedebant prope alterum tantum.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, capitulo 30.)

(2) De notar es que la edicion de Venecia de 1494 dice que el *acies* pompeiana constaba de sólo doce águilas, y que luego de su derrota fuéron cogidas catorce de ellas: *erat acies XII aquilis constituta......... aquilae sunt ablatae XIIII*; pero esta no es más que una doble errata de la impresion, en la que aumentaron en un lado lo disminuido en el otro. Más significativo es que en la carta de Ciceron á Lepta, citada ya en el cuerpo de esta Memoria, se diga que eran once las legiones de Pompeio, como prueba de lo grande de su ejército. *De Hispaniis novi nihil: magnum tamen exercitum Pompeium habere constat. Nam Caesar ipse ad nos missit exemplum Pacieci litterarum, in quo erat, illi undecim esse legiones.* (Cicer. *Epist. ad Fam.*, lib. 6, epist. 18.)

de, que al de los soldados de toda el *acies*, que no se halla expreso, y con el cual por lo mismo no es congruente la manera de decir *casi otro tanto*. Ateniéndonos, pues, á este concepto, juzgamos, que no llegando los auxiliares de Pompeio á ser igual número, sino más bien algunos menos, que los combatientes que tenia armados á la ligera, no sumaban aquellos ni seis mil hombres tampoco, y bastarian para formar probablemente unas catorce *cohortes* de á cuatrocientos hombres cada una. Suponiendo distribuidas estas *cohortes* á los dos costados del *acies* constituida por las legiones romanas (segun que era la posicion ordinaria de los auxiliares, ó socios, como se les decia antiguamente), dándose así tambien su recto significado á la voz *accedebant*, de que usa el texto, debian encontrarse siete *cohortes* á cada lado, y de ellas tres en la primera *acies*, dos en la segunda y dos en la tercera, en proporcion análoga á las legionarias. Por lo cual, al frente ya acordado de siete mil doscientos sesenta piés que ocupase la infantería romana, hay que agregar el número de trescientos sesenta piés duplicado, ó sean setecientos veinte, por la extension que en igual sentido llenarian las seis *cohortes* de ambos costados en la dicha *acies*, y ciento veinte piés más por las vías directas que entre ellos mediasen, que son ochocientos cuarenta piés de todo aumento; y unidos estos á los anteriores de la infantería legionaria, suman ocho mil cien piés, los cuales con mil doscientos que resultan de las dos *alas* de la gente de á caballo, hacen suponer el frente total del ejército de Pompeio como de nueve mil trescientos piés romanos, que pueden tenerse por equivalentes á una distancia de dos mil setecientos noventa metros, ó sean cerca de dos mil ochocientos, como antes hemos indicado.

Si de la forma y extension que el ejército de Pompeio el mozo ofreciese al presentarse ordenado en batalla para el último trance campal de aquella guerra, pasamos á examinar las que debió tener el de César, cuando estuvo apercibido ya de todo punto para trabar la batalla, nos hallarémos con igual laconismo en las expresiones de Hircio, que sólo dice que las fuerzas de los suyos eran ochenta *cohortes* y ocho mil caballos (1); y en cuanto á la manera en que estaban dispuestas, añade únicamente á la fin del mismo capítulo: «Aquí los decumanos tenian el lugar suyo (es decir, el que en todas las batallas de César) en el

(1) *Nostra praesidia LXXX cohortibus et IIX millibus equitum.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, capítulo 30.)

cuerno derecho : el izquierdo la tercera y la quinta legion, y además los restantes auxilios y los de á caballo ».

Tampoco expresa el historiógrafo de la *Guerra de España* el número de soldados que correspondian en este caso al que señala de las *cohortes;* pero consta que tambien ochenta de ellas fuéron las que, constituidas en *acies*, tuvo César en los campos de Pharsalia (1), y segun el propio testimonio de este, á un tiempo historiador y actor tan principal de aquel célebre conflicto, sumaban estas *cohortes* veinte y dos mil hombres (2), número que igualmente aparece de la *Vida* del mismo César, escrita por Plutarco, y lo consigna Appiano como el más verídico de los que resultaban de los varios escritores de esta jornada.

En este lugar de César encuentra, por lo tanto, uno de sus más esforzados argumentos J. Lipsio, para deducir que la legion romana en esta época no contaba sino tres mil hombres, como en la de Polybio: mas nosotros, no llevando tan allá nuestra inferencia, dirémos que lo reducido que parece este número de soldados comparado con el de *cohortes*, se explica más cumplidamente por lo mermadas que se hallaban las legiones de César en la ocasion de que se trata, á causa de ser las mismas veteranas que le acompañaban desde las primeras campañas de las Galias; pues, como escribe el propio César en el capítulo antes citado, al colocar la legion novena en el siniestro *cuerno*, hallándola grandemente extenuada por los combates de *Dyrrhachio*, tuvo que juntar á esta la legion octava, sin que apenas una sola pudiese hacerse de ambas, y así mandó que la una á la otra se sirvieran de refuerzo.

Lo que prueba ciertamente este ejemplo de Pharsalia, es que no debe en manera ninguna computarse el número de hombres por el de legiones, con toda la amplitud que se les atribuya á estas, cuando sean algunas de ellas de las que puedan considerarse como veteranas, habiendo mucho que aminorar del cómputo ordinario en atencion á esta circunstancia.

Por lo mismo es de grande interés para la cuestion que nos ocupa, saber á qué clase pertenecian las que César llevó consigo hasta el campo de Munda. Insigne es sobre este punto el lugar de Floro, que hemos citado al describir en otra parte esta batalla, y en el que dice se

(1) *Cohortes in acie LXXX constitutas habebat.* (Caes. *Bell. Civ.*, lib. 3, capítulo 89.)

(2) *Quae summa erat M. XXII.* (Caes. *Bell. Civ.*, lib. 3, cap. 70.)

ofreció en ella á los ojos de César el espectáculo, de que diese un paso atrás aquel cuerpo de veteranos probado durante catorce años (1): en lo cual aún pudiera entenderse que hacia referencia á todo el ejército.

Ni es menos terminante el pasaje de Hircio, que, siguiendo su relato del combate mundense, advierte en el cap. XXXI cuán pocos y cuán aguerridos eran los que formaban la legion decumana (2). Vése en él la prueba más intachable, como que es de un escritor presencial de aquellos hechos, así de que la legion décima era la antigua veterana que ocupó siempre el mismo lugar en el *acies constituta* de César, como de que eran en esta ocasion bien *pocos* los soldados que la componian, muchos menos seguramente que en las batallas antecedentes, cuando en ellas no se hizo notar del mismo modo esta circunstancia por sus historiadores. Con cuánta más razon, por consiguiente, no deberá computarse en este trance el número de combatientes por el que se expresa de *cohortes*, como si estas constasen de tantos hombres en sus filas cuantos pudieran atribuírseles.

Nadie hasta Guichard habia considerado sino como una mera jactancia de Pompeio lo que este dice en sus presuntuosas cartas á los de *Urso*, ni tenido por valedero el epíteto de *tyronum*, con que califica el ejército de César; pero además consta notoriamente lo inexacto de este dictado, ya como se ha visto del texto mismo del *Bello Hispaniense*, ya del que ofrecen los otros historiadores de aquella guerra, señaladamente del propio Dion Casio, en cuya obra pretende hallar el escritor prusiano el principal fundamento de su dictámen; pues en el cap. XXXVI del lib. XLIII de su *Historia* escribe el Cocciano en el comienzo de la batalla, que los soldados de César, no porque fuesen muchos en número cuanto por hallarse experimentados en los combates: καὶ τῇ ἐμπειρίᾳ: es decir, por su pericia, y principalmente con la presencia de aquel en todas partes, estaban confiados, y libraban en el éxito de este trance el poner término á aquella guerra, y á los males que de tiempo atrás venian sufriendo. La misma idea de lo muy aguerrido que era el ejército

(1) *Novissime illud inusitatum Caesaris oculis (nefas) post quatuordecim annos veteranorum manus gradum retro dedit.* (Flor. *Epit. Rer. Rom.*, lib. 4, cap. 2, núm. 81.) Corrobórase lo que expresa Floro, con lo que sobre este mismo suceso escribe P. Orosio: *veteranis etiam suis cedere suos erubescentibus.* (*Hist.*, lib. 6, cap. 16.)

(2) *D:xtrum demostravimus Decumanos cornu tenuisse, qui etsi erant pauci, tamen propter virtutem magno adversarios timore eorum opera afficiebant.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 31.)

que en los campos de Munda se vió á punto de manchar con una vergonzosa huida el lustre de sus pasadas victorias, infiltróse en los escritores de los siglos medios, al perifrasear las obras que llegaron á sus manos de la antigüedad, y así se nota que el desconocido autor del libro que se dice *Historia de la vida de César*, transcribió la mente de aquellas con palabras muy semejantes á las de Floro (1). No puede, por lo tanto, considerarse sino como una bizarrería inmeditada, hasta la que dejó correr su pluma el caballero Guichard, el que arrastrado no más que por su fantasía, llegase á suponer tan caprichosamente, que en la historia de esta guerra, y aún con ocasion de la batalla de Munda, se hiciera notar que las legiones de César fuesen otras nuevas, en lugar de las antiguas en que aquel habia siempre tenido puesta su mayor confianza. Si pues el mismo número de ochenta *cohortes* dispuestas *in acie* tuvo César en la batalla de Pharsalia, y no era la suma de ellas, segun el testimonio expreso de aquel, mayor de veinte y dos mil hombres, no llegando de consiguiente á corresponder sino menos de tres mil á cada legion; en Munda, adonde vinieron á formar la décima con los mismos soldados, pocos ya como advierte Hircio, y otras legiones no menos veteranas, como la tercera que habia jugado en las guerras anteriores en estas provincias, y las que tomaron desde Cerdeña la vuelta de España, no es posible admitir que con igual número de *cohortes*, segun va dicho, se les considere una suma de hombres tan excesiva cual algunos han supuesto; y demasiada latitud nos parece aún el contar á cuatro mil soldados por legion, lo que nos dará un resultado de treinta y dos mil combatientes, ó sean diez mil más de los que sumaban en Pharsalia las mismas *cohortes*, á cada una de las cuales tocarian en este caso cuatrocientos hombres, que formando cuarenta de frente (*in directum*) y diez de fondo (*in profundum*), ocuparian ciento veinte piés de aquel modo y setenta de este. De las ochenta *cohortes* cesarianas habria treinta y dos de la primera *acies*, á razon de cuatro por legion, y veinte y cuatro á razon de tres en las posteriores. El frente total de las primeras, seria de tres mil ochocientos cuarenta piés, y añadidos seiscientos veinte, de otras tantas vías directas, menos una, llegarian á cuatro mil cuatrocientos sesenta piés de toda extension. Los *velites*, ó armados á la ligera, discurririan, como ordinaria-

(1) *Cum jam veterana illa militum manus tot probata victoriis (Caesaris oculis insuetum dedecus) sesim retro fugeret*, etc. (*Hist. Vitae C. Julii Caesaris.*)

mente, delante y por medio de las haces, no aumentando por consiguiente su longitud ni profundidad. La gente de á caballo, colocada toda en el *cuerno* izquierdo, seguramente porque á este lado le era el terreno más favorable, y en el derecho hallaban los decumanos algun apoyo material que cubriese su flanco, formaria en una sola las dos alas, presentando un frente duplicado. Suponiendo que este fuese por lo tanto, de cuatrocientos caballos, para que resulten veinte de fondo con que cubrir el flanco de las dos primeras haces, tendrémos cuarenta *turmas* de frente (*in directum*), que ocuparian mil doscientos piés en la propia forma, á razon de treinta por cada *turma;* y con los intérvalos necesarios para cargar otras tantas de las siguientes, llegarian á extenderse el doble de aquella distancia, ó sean dos mil cuatrocientos piés, que con los cuatro mil cuatrocientos sesenta de la infantería, suman seis mil ochocientos sesenta piés romanos de todo frente, que equivalen á la longitud de unos dos mil metros. El número de los auxiliares de César no consta de Hircio ni de otro escritor de la antigüedad, y aún cuando aquel indica que hubieron de situarse en el *cuerno* izquierdo con la caballería (1), de Dion aparece que al primer encuentro volvieron las espaldas los de uno y otro bando, y que Bogud, único que hubo de permanecer á la expectativa del combate, habia hecho alto con los suyos fuera del *acies* (2), no ocasionando por ello más extension en el frente de este, cuando por otra parte tal clase de auxiliares no aportaba á los ejércitos sino gente de á caballo, que debe considerarse incluida en el número de estos que se halla expresado (3).

(1) *Sinistrum III et V legio, itemque caetera auxilia, et equitatus.* (Hirt. *Bell. Hisp.*, cap. 30.)

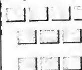
(2) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 43, capitulos 37 y 38.

(3) Véase el adjunto plano teniendo en cuenta que los espacios correspondientes á las *vias directas* que mediaban entre las *cohortes*, se encuentran algo exagerados para más claridad, resultando así mayor la extension total respectiva á ambos ejércitos.



'ornu sinistrum. Auxiliares. Equitatus.

Cornu
Legio tertia.



Aquivalencia de cada milimetro 2o pies romanos.

grabado por F. Arnold.

APÉNDICE NÚM. VI.

—

ESTUDIO ACERCA DE LOS PUEBLOS CÉLTICOS DE LA BETURIA Y DE LOS QUE APARECEN EN LA SERRANÍA DE RONDA.

«Tal vez no haya una cuestion de geografía antigua más controvertida (dice un escritor de nuestros dias), y en la cual estén más divididos los historiadores modernos y arqueólogos eruditos, que la de averiguar si las tribus célticas habian avanzado hasta la Serranía de Ronda, instalándose en el país, ó si no habian traspasado los límites de la Beturia Céltica, marcada por Plinio entre el Guadalquivir y el Guadiana» (1). Unos sostienen, con arreglo al texto Pliniano, que los celtas no pasaron á la orilla izquierda del Guadalquivir; y en verdad, esta es la recta y genuina inteligencia de lo que escribe el Naturalista. Los otros, mantenedores de la interpretacion contraria, apoyan su sentir con monumentos célticos indisputables y con las inscripciones de *Arunda* y *Acinipo*, y aún en las de *Salpesa* y *Saepona*, encontradas todas por bajo de la banda izquierda del citado rio; y la invencion y existencia de estas inscripciones no puede negarse. Los críticos primeros han creido, ó que estas piedras nunca se han encontrado, ó que fuéron mal leidas las letras que contenian, ó que eran inscripciones falsificadas: en todo lo cual completamente se equivocan, porque niegan hechos indudables que pueden comprobarse todavía. Los segundos, fundados en estas mismas inscripciones, parécceles imposible que se dé al texto de Plinio otra interpretacion que no se ajuste á la de que existia en la serranía de Ronda una region céltica propiamente dicha. Tratarémos, pues, separadamente de la interpretacion del texto, y de las inscripciones de *Arunda* y *Acinipo*, de *Saepona* y *Salpesa* halladas las primeras en Ronda, y las segundas no léjos de este territorio.

(1) Lafuente Alcántara, *Hist. de Granada*, tom. I, pág. 8, not. 2.

Escribe Plinio que la region que se extiende desde el Bétis hasta el rio Ana, se llama Beturia, dividida en dos partes y otras tantas gentes: los celtas que confinan con la Lusitania, son del Convento Hispalense; y los túrdulos que habitan junto á la Lusitania y á la Tarraconense, corresponden al de Córdoba. Que los célticos vinieron de la Celtiberia (1) y de la Lusitania, es cosa manifiesta (añade el Naturalista) por su religion, lengua y nombres de las ciudades, que con sobrenombres se distinguen en la Bética. Y á seguida pasa Plinio á darnos cuenta de ellas. Despues de enumerar las que se diferencian por medio de sus cognombres, de las que tenian los mismos nombres en la Citerior y en la Lusitania, añade inmediatamente: «*praeter haec in Celtica Acinipo, Arunda*», etc. Por tanto, es evidente que la distincion hecha por Plinio entre unas y otras, no fué de diversa comarca ó situacion, sino de que unas llevaban cognombres y otras no, porque de las unas habia ciudades originarias con el mismo nombre y de las otras no. Tan cierto es esto, que aquí no se habla de otra region que de la Beturia, dividida en dos partes; y en una de ellas, sea en la Beturia Céltica ó en la Túrdula, se han de buscar todas las ciudades que en este lugar menciona el Naturalista. Si Plinio escribe seguidamente *praeter haec in Celtica*, se ha de sobreentender la voz *Baeturia*; y no puede suplirse gratuitamente la voz *regione*. La comarca de que se está hablando es la Beturia: «*Quae autem regio.......... Baeturia appellatur*»; y esta es la única region que parece se propone describirnos el Naturalista (2).

Por último, Plinio cuando va á principiar la descripcion de la Beturia de los Túrdulos, escribe: «*Altera Baeturia, quam diximus Turdu-*

(1) Salmasio sobre *Solino* (pág. 278), y el Pinciano *(Observationes in loca obscura, aut depravata Hist. Nat. C. Plinii:* fólio 7 vuelto) enmiendan: *Célticos é Célticis ex Lusitania*. J. Andrés Strau, de Valencia, en sus *Anotaciones* sobre la *Historia Natural de Plinio* (MS. de la Biblioteca Nac.) al fól. 18 vuelto, escribe: *A celtiberis: forte a Celtiberia et Lusitania;* sustituyendo *et* por *ex*. Esta enmienda ha sido aceptada por el P. Florez y Cortés y Lopez.

(2) A esto mismo parece conspirar Ptolomeo, al hacer por regiones la distribucion de todas estas ciudades, que se hallaban asentadas en ambas Beturias, en la Túrdula y en la Céltica. Dividió los pueblos de la Bética en cuatro clases, Turdetanos, Túrdulos, Bástulos y Célticos. *Seria* ó *Segeda*, *Nertóbriga*, *Contributa*, *Arsa* y *Miróbriga* las adscribe á los Turdetanos el geógrafo Alexandrino, cuando las tres primeras correspondian á la Beturia Céltica, y las dos últimas á la de los túrdulos, segun el Historiador Naturalista; y «hé aqui (dice Rui Bamba) la gran confusion, estrago y corrupcion de Ptolomeo, haber aplicado á region de

lorum». La voz *altera* presupone se acaba de describir la otra anterior, que es la de los célticos. El Naturalista en su estilo conciso y elegante, habiendo dicho *in Celtica*, esto es, *in Baeturia Celtica*, escribió posteriormente *Altera Baeturia, quam diximus Turdulorum;* para expresar de distinto modo la misma idea. De manera, que si hubiera es-

los Turdetanos cinco pueblos que no la pertenecian». (Rui Bamba: *Ptolomeo anotado:* MS. de la Biblioteca de la Acad.) Pero precisamente Ptolomeo hace distincion de las ciudades, que no llevaban cognombres, como *Arucci, Arunda* y *Acinipo*, formando region separada; del propio modo que Plinio hace tambien diferencia cuando escribe *Praeter haec in céltica.* Ptolomeo nombra otras dos ciudades, *Curgia* y *Vama*. De esta última, no hay la menor duda, que fué pasada en silencio por el Naturalista. Respecto á *Curgia*, que en la edicion de Ulma se lee *Acurgia*, generalmente los eruditos convienen hoy en identificarla con la *Curiga* de Plinio, que otros códices escriben *Coriga*, otros *Icuriga*, y las ediciones generalmente, entre ellas la de Roma de 1470, la Parmense de 1476 y la de Harduino de 1741, *Turiga*, siendo este pasaje uno de los más oscuros del Naturalista. Ninguna lectura ni interpretacion de las dadas acerca de él ha podido resolver la dificultad, y sólo nos satisface la que nos ha comunicado nuestro amigo el Doctor Hübner, que juzga debe leerse *Contributa Iulia Vcultuniaco, quae et Curiga nunc est*, entendiendo que el nombre latino de *Contributa Iulia* era propio así de *Vcultuniaco*, como de *Curiga*. Con esto resulta perfecto el sentido en el texto Pliniano, sin que obste el que aparezcan del *Itinerario* de Antonino *Curica* y *Contributa*, como dos mansiones diversas, pues en tal caso el nombre de *Contributa* se refiera á *Vcultuniaco*, al que se daria con más frecuencia que á *Curiga*, y por ello Ptolomeo colocó á esta entre los otros pueblos célticos no cognominados. De su situacion en la Beturia Céltica no puede dudarse, tanto por el *Itinerario*, como por la inscripcion geográfica hallada en Monesterio, lugar de Extremadura, en la pared de la Capilla de Gracia, cuya copia nos ha hecho la fineza de facilitarnos el mencionado Dr. Hübner, y la ponemos para comprobar con ella en esta parte la exactitud del texto Ptolemáico, advirtiendo que su restitucion es bastante difícil.

TES.... ....
IMP CA· ....
LIPPO COS
...........EX DECR
ETO DECVRION
VM·RES·P·CVRI
GENSIVM·D·D·P
.........DXANCT·O

Ya Strabon en cuya época los celtas aún no habian pasado la linea del Ana, escribia que se asemejaban más á los turdetanos, lo cual segun Polybio era ocasionado por su proximidad y parentesco. Y así *Seria* ó *Segeda*, *Nertóbriga* y *Contributa* fuéron clasificadas por Ptolomeo entre las turdetanas, con quienes tenian comercio y vecindad, hacia ya mucho tiempo. Y *Arsa* y *Miróbriga* siendo túrdulas para Plinio, ó de la Beturia Túrdula, eran tambien turdetanas para Ptolomeo, sin que en ello haya confusion, estrago y corrupcion, porque Plinio, lo mismo que Mela, no usaron de más nombre que el de túrdulos, y bajo esta denominacion resultan comprendidos los turdetanos; pues como afirma Strabon, que escribió antes que todos estos geógrafos, en su tiempo no se conocia diferencia entre unos y otros.

crito primero *in Baeturia Celtica*, por elegancia, hubiera puesto solamente despues al tratar de la otra Beturia: *Altera quam diximus Turdulam;* omitiéndose la voz *Baeturia* en este último caso, que habia tambien de sobreentenderse (1). Esta interpretacion del texto Pliniano, conviene con los grados de longitud y latitud que da Ptolomeo á los mismos pueblos célticos *Arucci*, *Arunda* y *Acinipo*, de que habla el Naturalista. En esto no cabe duda alguna; y sin embargo, se ha creido contestar victoriosamente sosteniendo que los números del geógrafo Alexandrino se hallan muy errados en los códices. Así es la verdad; pero precisamente en esta parte de la Bética, ó sean los pueblos célticos, es donde ofrecen menos variantes los números que hoy se ven en los MSS.

Expuesta la inteligencia, que en nuestro concepto se ha de dar al texto de Plinio, resta confirmarla con inscripciones en que se lean los nombres de otras ciudades, que pone Plinio conjuntamente en este pasaje, las cuales convencerán, sin que á esto nada pueda objetarse, que si se han encontrado en la Sierra de Ronda, y en puntos no lejanos, inscripciones en que se lee *Acinipo*, *Arunda*, *Salpesa* y *Saepona*, estas ciudades han de ser necesariamente distintas de las que Plinio coloca en la *Baeturia:* porque los textos de los antiguos geógrafos conspiran con aquellos otros epígrafes á situar en la region que se extiende entre el Guadalquivir y el Guadiana las que del mismo nombre menciona Plinio como propias de la Beturia.

A la villa de Moura, Mora de Morales ó Moron de Ocampo, llevóse una inscripcion, segun el primero de estos coronistas, de la inmediata sierra de Aroche (2), y en ella se leia el nombre de la CIVITAS ARVCCITANA. De Morales la tomó Resende (3); y de los textos de estos

(1) El Pinciano escribió sobre este pasaje: *Altera Baeturia quam diximus Turdulorum. Desiderari puto hic duo verba, lengendumque esse Altera Baeturia ab ea quam diximus Turdulorum: paulo enim ante mentio habita est alterius Baeturiae in duas divisae partes totidemque gentes, Celticos et Turdulos. (Observationes in Plinium.* 1544: fól. 7 vuelto y 8.) No debe ni quitarse, ni añadirse nada al lugar de Plinio. Con las veces *ab ea*, que el Pinciano quiere introducir en el texto, resulta *otra Beturia* distinta de la que se divide en dos partes, de las cuales la una se llama Beturia Céltica, y la otra Beturia Túrdula. Pero de cualquier modo, segun el Pinciano, la voz *altera* presupone que se acaba de hablar de otra Beturia; y esta es la Céltica, puesto que se entra á enumerar desde el comienzo de este periodo, las ciudades que corresponden á la Túrdula.

(2) Morales, *Antiguedades*, tom. IX. página 368 de la edic. de Cano.

(3) Resende, *Antiquitates Lusitanae*, fólio 172.

dos autores se encuentra repetidas veces y con notables variantes en la coleccion Gruteriana (1). Verdad es que esta inscripcion ha corrido en union con otras dos que basta ver para condenarlas como falsas, y son las que Morales copia en el mismo pasaje de sus *Antigüedades*. Sin embargo, cuando por los años de 1792 á 1794 el académico D. José Cornide viajó por el Portugal parece haber visto el original de la lápida antes referida, pues dice que «actualmente se halla algo quebrantada, metida en un lado de las paredes del convento de las monjas del castillo de Moura, en lugar bien impropio, á la parte de la calle bajando de la portería», copiándola de este modo (2):

///LIAE AGRIPINA////
CAESARIS AVG GERMAN///
MATRI AVG N///////
CIVITASARVCCITANA

Segun resulta del cotejo de las demás inscripciones con el nombre de la IVLIA AGRIPPINA y el que esta ofrece, ni aún el texto de Cornide parece exacto; pero no insistirémos sobre este particular, que no hace á nuestro propósito. Cierto es tambien que la palabra NOVA que ha dado ocasion á distinguir entre dos poblaciones con el nombre de Arucci, una *Vetus* y otra *Nova*, no se lee en la inscripcion; por lo cual, movido de este documento, Ocampo fijó en aquella villa la *Arucci* de Plinio, que otros códices ponen *Aruti*, otros *Arunci*, y otros *Arungi*, y hasta este punto se encuentra en su derecho. Pero se advierte que el coronista de Cárlos V no distinguió entre *Arucci Nova* y *Arucci Vetus*, porque leeria, como escribió Morales, *Nepoti* en la inscripcion, y no *Nova*, como Resende y Rodrigo Caro (3).

El escritor lusitano, fundado en el contexto de las voces *Nova civitas Aruccitana*, sentó la opinion de que Moura era la nueva *Arucci*, ó sea una ciudad formada por los de la antigua, que llevaba este mismo nombre, y hoy se reduce á la inmediata villa de Aroche. Dictámen es este, que adoptó Caro y confirmó con la otra inscripcion que se ha supuesto encontrada en aquella villa, donde se ha leido : ARVCITANI VETE-

(1) De las mismas fuentes parece haberla copiado Rodrigo Caro.

(2) Cornide, MS. de la Biblioteca de la Academia, Est. 18, núm. 37.

(3) Resende, *Ant. Lusit. (Hisp. Ilust.*, tom. II, part. 3, pág. 951.) Rod. Caro, *Ant. de Sev.*, fól. 93 vuelto.

RES ET IVVENES; y es una de las que copió antes Morales en sus *Antigüedades*. El mismo coronista traslada además la siguiente inscripcion geográfica, que segun hemos indicado es tan notoriamente falsa como la anterior, supuniéndola encontrada tambien en *Aroche:*

HERCVLI DEO INVIC·ET REIP·ARVCCITA
NAE PATRONO STATVAM AEREAM SE
CVND·TAEBANI TEMPLI TROPH·ARVC
CITANI·D·D·

De ninguno de estos últimos dos epígrafes debió tener noticia el coronista Ocampo. Su continuador Ambrosio de Morales, en vista de tales documentos, fijó ya la ciudad de *Arucci* en la actual villa de Aroche, que cae dentro de la antigua Beturia: todo conforme, por consiguiente, á la doctrina expuesta de Plinio y Ptolomeo. Así es que los eruditos posteriores á Morales han distinguido dos *Aruccis, nova* y *vetus:* sitúan la una en Moura y la segunda en Aroche; pero ambas junto al Guadiana, y en el territorio comprendido entre este rio y el Guadalquivir: Caro hizo otra nueva ciudad, *Arunci*, que redujo á Moron el de la provincia de Sevilla. Insiste en mantener esta leccion para distinguirlo del *Arucci* de las inscripciones, junto á la Lusitania (1); cuando la inscripcion llevada á Moura de la sierra de Aroche denota la misma ciudad que aparece del texto de Plinio, y justifica que la verdadera leccion no es *Aruti*, ni *Arunci*, ni *Arungi*, sino *Arucci*. Reprende á Gerardo Mercátor, porque reduce *Arucci* á Moron, cuando Mercátor lo que hizo fué copiar á Ocampo. Cita seguidamente en su apoyo al mismo Ocampo, diciendo que opinó por que *Arucci* ó *Arunci* fué Moron, tomando Caro este Moron por el de Sevilla, cuando Ocampo sólo habla de la parte del Andalucía comprendida entre el Bétis y el Ana. Finalmente dice de Morales que «sin duda se erró y hizo tambien errar á Ortelio»; cuando el error es de Caro, que tomó la Puebla de Cazalla, junto á Moron, por Cazalla de la Sierra, junto á Aroche, que es á la que alude el coronista (2). Ortelio,

(1) Caro, *Antigüedades de Sevilla*, fólio 183.

(2) El corografista sevillano trató de buscar en Moron, junto á la Puebla de Cazalla, las inscripciones de *Arucci*, y escribe que allí no se encuentra inscripcion alguna con tal nombre. Inútil era esta investigacion para contradecir á Morales, y si tales inscripciones existieran, entonces hubieran podido servir á Rodrigo Caro de prueba para mantener su interpretacion del texto de Plinio.

al identificar la *Arucci* de Plinio con Moron, siguiendo el parecer de Clusio, no hizo con este otra cosa que copiar ó tomar la idea de Ocampo; y al decir Ortelio *et antiquo lapidi*, se refiere indudablemente á la inscripcion de la CIVITAS ARUCCITANA, llevada de la sierra de Aroche á la villa de Moura, y que, como hemos dicho, fué en nuestro concepto el fundamento de esta reduccion de Ocampo. Pero es tan cierto que sin saberlo Ortelio situaba este *Moron*, ó *Arucci*, cerca del Guadiana, que encabeza su artículo «*Plinio, Antonino, et antiquo lapidi*», y el *Arucci* de Antonino segun algunos no es otra ciudad que Moura, ó segun Caro, Aroche (1); y en aquella efectivamente estaba la inscripcion á que alude Ortelio y que Rodrigo Caro no pudo encontrar, por consiguiente, en Moron. Ortelio cometió el error de distinguir la *Arucci* de Plinio y la inscripcion, de la *Arucci* de Ptolomeo, que para mayor confusion dice que este la coloca en los Turdetanos. Ptolomeo no nombra á *Arucci* en los Turdetanos de la Bética sino en los Célticos Béticos, ni tiene más que una *Arucci*; pero Caro corroboró el error de Ortelio y formó dos *Aruccis*, una en los Turdetanos, para él Aroche, y otra en los Célticos, para él Moron el de Sevilla. En resúmen: ni en Plinio ni en Ptolomeo se menciona más que una *Arucci* (2), que es Aroche, como lo indica la inscripcion encontrada en sus inmediaciones, la cual convence de que esta ciudad corresponde al territorio que le señala Ptolomeo próximo al Guadiana, y que está comprendida dentro de la Beturia Céltica, ó sea la region entre el Ana y el Bétis; pero de ningun modo pudo ser Moron, á la orilla izquierda de este último rio, como Caro pretendió, interpretando violentamente el texto del Naturalista.

Perez Bayer en su *Viaje de Andalucía y Portugal* encontró en la misma villa de Aroche, ó antigua *Arucci*, la siguiente inscripcion (3), que aunque publicada ya por Cortés y Lopez con poca exactitud, reproducimos aquí porque en ella se alude á *Turóbriga*, otra de las ciudades de la Beturia nombradas por Plinio, al propio tiempo que *Acinipo* y *Arunda*.

(1) Rod. Caro, *Ant. de Sev.*, pág. 94.

(2) Segun la mayor parte de nuestros anticuarios, Moura es *Arucci nova*, con arreglo á la leccion que dan al epígrafe de la *Iulia Agrippina*, arriba transcrito, y al propio tiempo identifican esta *Arucci* con la mencionada en el *Itinerario de Antonino*. Puntos son estos de nuestra geografía antigua, que quedarán aclarados, tan luego el Dr. Hubner publique sus observaciones sobre las inscripciones de *Arucci*.

(3) Perez Bayer, *Diario del Viaje que hizo desde Valencia á Andalucía y Portugal en* 1782. MS. de la Biblioteca Nacional, part. 2.

«Aroche, frente de la puerta de la casa de D. Juan Pitero, en el barrio llamado de las Torres, bajo de un arco, ó soportal:

BAEBIAE · G · F
CRINITAE
TVROBRIGEN
SI · SACERDOTI
QVAE · TEMPLVM
APOLLINIS · ET · DI
ANAE · DEDIT · EX
HS · CC · EXQVA · SVM
MA · XX · POPVLI
ROMANI · DEDVC
TA · EST · ET · EPVLO
DATO · IT · TEM
PLVM FIE
RI · SIBIQVE
HANC · STATVAM
PONI · IVSSIT»

A Rodrigo Caro la mandó el P. Juan Matias Gallegos en carta escrita desde Aroche á 2 de Agosto del año de 1646, que se conserva original en la Biblioteca Columbina en Sevilla (H 44, 28); y se encontró en los manuscritos del mismo Caro, conservados en la expresada Biblioteca (fól. 122).

No bastaria esta inscripcion por si sola para demostrar que alli fué *Turóbriga;* pero aceptando la misma doctrina de Caro y de los que le siguen, y que se comprueba por las graduaciones de Ptolomeo, de que estos pueblos no estaban muy apartados entre si, estando averiguado que en Aroche fué la antigua *Arucci*, y nombrando Plinio en seguida de esta ciudad inmediatamente á *Turóbriga*, el epigrafe de *Bebia Crinita Turobrigense, Sacerdotisa*, supone que no debia caer aquella muy léjos de la misma villa, donde Perez Bayer halló y copió la inscripcion. Asi, pues, tenemos otro indicio litológico, de que el texto de Plinio no puede interpretarse, transportando todas estas ciudades á la orilla izquierda del Guadalquivir: porque si en la Serrania de Ronda y en otros pueblos de aquella banda aparecen inscripciones con los nombres de *Arunda, Acinipo, Saepona* y *Salpesa*, en la region vecina al rio Guadiana

se encuentran otras de *Arucci* y *Turóbriga* (1). En la misma hemos visto se halla tambien *Curiga*, la cual es como *Vama* una de las ciudades Células, que pone Ptolomeo en la Bética, y aunque á esta última no la nombra el Historiador Naturalista, como quiera que el geógrafo Alexandrino la menciona con aquella, y á ambas juntamente con *Arucci, Arunda* y *Acinipo* de las que habla Plinio al tratar de los pueblos Célticos de la Beturia, es evidente que todos deben hallarse reunidos; aún cuando se omita

(1) Otra notabilísima inscripcion se halla por esta parte, aunque á una distancia considerable, en que se alude á una divinidad especial que lleva el nombre de *Turibrigense*. Encuéntrase grabada en una losa pequeña de mármol existente en Mérida, en casa del Sr. D. Antonio Pacheco, y estaba antes en una de las paredes de la charca llamada de la Albuera, legua y media al Norte de aquella ciudad, en el camino para Aljucen.

Cornide en su *Viaje por Extremadura*, año de 1798, la copió con algunas inexactitudes (MS. de la Acad. de la Hist., Est. 18, gr. 2, núm. 32), y Laborde la publicó en su *Viaje pintoresco de España* (tom. I, pág. 126, plancha 189, número 264), repitiéndola el P. Hernandez en su *Historia de Mérida*, impresa en Badajoz en 1857; pero ambos con muchas equivocaciones. Debemos su más fiel traslado á nuestro amigo el Dr. Emilio Hubner, y la reproducimos aqui, aún cuando no sea más que por la importancia del epígrafe, digno de ser bien conocido:

DEA · ATAEC(I)NA · TVR
BRIG·PROSERPINA
PERTVAM·MAIESTATEM
TE · ROGO · ORO . OBSECRO
VTI · VINDICES · QVOT · MIHI
FVRT(I)· FACTVM· EST· QVISQVIS
MIHI · IMVDAVIT · (I)NVOLAVIT
MINVSVE · FECIT. TA*lia*· Q · I·S· S.
TVNICAS · VI · C . . . . ENVLA
LINTEA · II · IA . . . . . M · CV
IVS· . . . . M · IGNORO
. . . .
. . . .

Esta es su leccion:

Dea Ataecina Turibrig(ensis) Proserpina, per tuam maiestatem te rogo, oro, obsecro, uti vindices quot mihi furti factum est, quisquis mihi i(n)mudavit, involavit minusve fecit talia q(uae) i(nfra) s(cripta) s(unt): tunicas VI,........ enula lintea II,. . . . . cuius. . . . . ignoro,

. . . .

Velazquez en su *Viaje* tambien *á Extremadura* (vol. XXV de su *Coleccion* MS. en la Acad. de la Hist., Est. 22, núm. 64) pone otra lápida en Medellin, de cuya copia puedo sacarse la siguiente inscripcion alusiva á la propia divinidad con el mismo nombre de *Turibrigense*, y que de igual manera debemos al referido doctor Hübner.

DOMINAE
*t*VRIBI*g*
ADAEGIN*a*
MARITVM.
. . . .
. . . .

En la Biblioteca pública de Evora ha visto el mismo señor un ara pequeña, encontrada en la Diócesis de Beja con este epígrafe:

D·S·TVRVBRIG
L·(A)NTONIVS
V·//////·S

que debe leerse: D*(eae)* S*(anctae) Turubrig(ensi)* L*(ucius) Antonius* V*(otum) (Animo Libens)* S*(olvit)*.

alguno por cualquiera de ellos. El marqués de Valdeflores en su *Viaje por Extremadura y Andalucia* encontró en Salvatierra esta inscripcion (1):

D·M·S
Q·ANTONIO
SEVERO·VA
MENSI·AN
XXXXVII
Q·ANTONI
VS·SEVERIA
NVS·FIL·PA
TRI·PIISSI
MO·F·C
H·S·E·S·T·T·L

Salvatierra de los Barros en Extremadura, donde fué hallada la inscripcion, corresponde al territorio que antiguamente formaba parte de la Bética, y que era de la Beturia, esto es, de entre el Bétis y el Ana; y á esta villa reducen á *Vama* los autores del *Diccionario Geográfico Universal* (publicado en Barcelona), los cuales hablan además de otros epígrafes existentes en aquella poblacion (2). Mas, prescindiendo de su reduccion fija á tal ó cual punto determinado, que esto no hace á nuestro propósito; y aunque la presente inscripcion sea sólo sepulcral, teniendo en cuenta las otras inscripciones de *Arucci*, *Turóbriga* y *Curiga*, pruébase con esta otra que tales ciudades debian hallarse inmediatas, porque todas aquellas han sido encontradas en el mismo territorio. Y asi queda litológicamente bien justificada la interpretacion que hemos dado al texto Pliniano, y la exactitud corográfica del geógrafo Alexandrino (3).

(1) Velazquez, *Observ. del Viaje de Extremadura* y *Andalucia*, MS. de la Acad. de la Hist. núm. 61, T. 25, est. 23, gr. 4. Tambien la trae Masdeu en su *Historia Crítica*, tomo XIX pág. 341: comunicósela don Simon Benito Boxoyo por cartas de 1793 y 94. No son de importancia las variantes que se notan entre ambos traslados.

(2) En el *Diccionario Geográfico*, publicado por Madoz se reprende á dichos autores suponiendo que Salvatierra no es terreno de la antigua Beturia; pero al escribir asi indudablemente se ha creido que la Bética estaba reducida á lo que hoy es Andalucia: esta es una equivocacion: su límite septentrional era el mismo rio Guadiana.

(3) Otra cosa prueba tambien la citada inscripcion, á saber: que la voz *Vama* es la leccion genuina del texto Ptolemáico,

Tratemos ahora de los epígrafes hallados fuera de la region Beturiense (1). Las inscripciones de *Arunda* son dos. Es la una de ellas la que aún existe en la antigua Alhóndiga de la ciudad de Ronda (2), y dió á la estampa el P. Florez en su *España Sagrada*, tomándola de los MSS. de Rodrigo Caro. Habiásela remitido á este D. Macario Fariña, quien la pone tambien en sus *Antigüedades de Ronda* MSS. al cap. III. En el siglo siguiente D. Juan Maria de Rivera sacó nuevo traslado, que publicó con otro más antiguo, que es el mismo de Fariña (3); aún cuando entre ambas copias se note alguna diferencia (4). Pondrémos á continua-

como se ve en todos los códices y ediciones, y no *Vlma*, como en la edicion, que lleva este mismo nombre.

(1) Resultará con esto confirmado que ha habido en la Bética no pocos pueblos de un mismo nombre. Muchos no han sido mencionados por los geógrafos, porque ningun escritor los ha comprendido todos. En este caso se encuentran precisamente la *Arunda* y la *Acinipo* de la Serrania de Ronda, asi como *Saepona*, de cuya ciudad acaba de hallar el Dr. Hübner una inscripcion geográfica en la dehesa de la Fantasia (término de la villa de Córtes, por la parte que confina con la provincia de Cádiz), cuya inscripcion coloca fuera de toda duda la legitimidad de la que en el siglo pasado publicó el cura de Córtes. Encuéntrase aquella en el sitio llamado el Melonar, junto al rancho que vive hoy Juan Alconchel, y pertenece á D. Hernando Garcia, vecino de Jerez, siendo de esta manera:

imp. C A E S A R'I
d I V I · T R A I A N I
p A R T H I C I · (FILIO)
DIVI · NE(R)VA(E) · N(E)
p O T I · T R A I A N O (HA)
DRIANO · (AUG.) PON (T)
MAX · (TRI) B · P O T E S T
ate · V II · C O S · III · P · P
pro C · R E S P · V · S A E P

Nos ha franqueado su copia el referido Dr. Hübner, por el que ya ha sido publicada en las *Noticias mensuales de las actas de la Real Academia de Ciencias de Berlin*, año de 1860, pág. 631.

Tambien advertimos en Turon (castillo cerca del Burgo en la Serranía de Ronda), el nombre pregonero de una *Turóbriga* distinta de la de la Beturia Céltica. Nada tiene de extraño, cuando el Sr. Fernandez-Guerra en sus estudios geográficos demuestra que la *Turaniana* del *Itinerario* de Autonino corresponde fielmente al pueblo de Turon en la Alpuxarra.

De las inscripciones de *Salpesa* ó *Salpensa (Alpesa* do Plinio) escribe latamente el Dr. Berlanga, y gozará de su erudicion quien viere publicados sus nuevos trabajos sobre los *Bronces Malacitano* y *Salpensano*.

No hay por lo tanto que cansarse en demostrar que son muchas las poblaciones de un mismo nombre; y seria ciertamente enfadoso corroborar esto con los multiplicados ejemplos, que se ofrecen al que estudia la antigua geografia de nuestra Iberia.

(2) «No consta el cuándo se halló este »pedestal; sino sólo el año que se colocó »en la alhóndiga, que fué el de 1572,» como dice Rivera en sus *Diálog. de Memorias Eruditas* núm. 1, pág. 19.

(3) Rivera, *Diálog. de Mem. eruditas para la Hist. de Ronda*, núm. 1, página 15 y 16.

(4) Cotejándolas, se comprende que la copia remitida á Caro fué la primera que sacó Fariña, y la segunda la que hizo al-

cion el epigrafe, tal cual hoy se lee en la piedra. Esta es un mármol de ochenta y cuatro centímetros de largo y sesenta y tres de ancho, enclavado en la pared á la derecha de la antigua Alhóndiga, hoy cuartel de caballería, sito en la plaza de Santa María de la ciudad de Ronda. El mármol está quebrado por el ángulo inferior izquierdo, y se halla una tercia elevado del suelo. Su inscripcion es como sigue:

L · IVNIO · L · F · QVR
IVNIANO · IIVR · II
QVI · TESTAMENTO · SVO · CAVERAT · SEPVLCRVM · SIBI
FIERI · AD X (I) CC · ET · VOLVNTATI · PATRONI · CVM OP
TEMPERATVRVS · ESSET · L · IVNIVS AVCTINVS · LIB
ET · HERES · EIVS · PETITVS · AB · ORDINE · ARVND
(v)T · POTIVS · STATVAS · TAM · IVNIANI · QVAM
fili EIVS · GALLI · IN · FORO · PONERET · QVAM
quam SVMPTV MAIORI · ADGRAVARE
*tur h*ONESTVM · ET · NECESSARIVM
*duxit vo*LVNTATI · ORDINIS · OBSECVN
*da*RE

El Dr. Mommsen ha conjeturado que en el cuarto renglon debe de leerse EI·VOLVNTATI, en vez de ET; al principio del undécimo quiere suplir *se sensit*, y el final de este renglon y comienzo del siguiente, entiende debe leerse OBSECVN*(dando pare)*RE, lo que es más adecuado al espacio que falta en la piedra (1).

Otra inscripcion estaba en la Torre del Homenaje, de la referida ciudad de Ronda, en uno de cuyos renglones se leia ORDINI ARVNDENSI, y á ella alude Espinel en su *Vida del Escudero Márcos de Obregon* (2). Fariña, en el lugar citado, escribe: «Hay tambien en la Torre del Homenaje otro pedestal romano con letras tan gastadas que se niegan á la leccion». No obstante, Muratori hubo de darla á la estampa en su

gunos años despues, y transcribió á su libro de las *Antigüedades de Ronda*. Y asi aparece más correcta la última, aunque algunas cosas hubo de suplir entonces de su inventiva, para hacer desaparecer varias de las lagunas que se notan en el traslado antiguo.

(1) *Noticias Mensuales de las actas de la Real Academia de Ciencias de Berlin*, año de 1860, pág. 629.

(2) Espinel, *Vida del Escudero Márcos de Obregon*, descanso 20. Se halla publicada por Saxio en su *Periculum animadversionum*, pág. 73, *ex apographi Clusii*, y por Muratori.

Tesoro, aunque con varias lagunas, tomándola de los apuntes del P. Cataneo. Masdeu la copia de Muratori; pero equivocadamente aparece en él que esta inscripcion se halla en *Roma:* debe decir Ronda (1). Rivera, á fines del pasado siglo, la dió (2) con las mismas faltas que se notan en el traslado publicado por Muratori, de quien seguramente tuvo que tomarla. Tambien la copia el inglés Carter en su *Viaje;* pero tomándola de Rivera. Segun este, tenia la piedra cinco cuartas en cuadro y cerca de dos tercias de grueso. Hoy ya no existe, y sólo se reconoce el hueco que ha dejado en la esquina de la expresada Torre del Homenage. Es cosa demostrada que en Ronda, donde han sido halladas las dos referidas inscripciones, y aún se conserva la una de ellas, existió la antigua ciudad romana, que tuvo el nombre de *Arunda*. «Cómo se ha de derivar ahora nuestra *Arunda* (dice Fariña) de estos iberos ó celtas (se refiere á los que nombra Plinio en el pasaje controvertido) «*hoc opus hic labor est*». Este trabajo es excusado cuando no puede ponerse en duda que en la actual Ronda hubo una ciudad romana del propio nombre *Arunda* ó *Arronda* (la *o* y la *u* son vocales de un mismo órgano), prescindiendo de si es la propia ciudad ú otra distinta, aunque de idéntico origen céltico que la *Arunda* de Plinio, como hasta se inclina á creerlo el mencionado Fariña.

Vengamos por lo tanto á las inscripciones de *Acinipo*. Estas son tambien dos, aunque algunos equivocadamente han creido fueran cuatro. La una, copiada por Macario Fariña, y la otra por el marqués de Valdeflores; pero tan gastadas en muchas de sus letras, que ninguna de las copias publicadas es idéntica: de lo cual se ha originado que varios eruditos hayan puesto en duda sea verdadera la leccion *Acinipo*, y que algunos hayan tomado estas diversas copias por otros epígrafes diferentes. Es la una de ellas la que principia FABIAE MA..... El primero que la examinó fué el tantas veces citado Fariña, y remitió á Rodrigo Caro un traslado, aunque defectuoso, quien la incluyó en sus *Adiciones á las Antigüedades de Sevilla* (3). No es exactamente

(1) Masdeu, *Hist. Crit.* t. VI, pág. 320.

(2) «En nuestro famoso Castillo y Alcázar que conserva obra de Romanos, Godos »y Moros, torre del Homenaje y esquina »que mira á el Peso de la harina, se ha»lla una lápida Romana de jaspe, que »tira á encarnado, que los Moros coloca»ron en aquel sitio, lo escrito hácia aden»tro; pero mi curiosidad hizo socabar en »parte la pared (diligencia que muchos »años antes habian otros practicado), y »logré copiar la inscripcion.» (Riv. *Mem. Eruditas*, núm. 1, pág. 11 y 12.)

(3) *Memorial Histórico de la Academia*, tom. II, pág. 438.

igual á la publicada por el P. Florez, el cual hubo de tomarla de una carta MS. del propio Caro, que le franqueó el señor conde del Águila (1), notándose que en esta última copia la voz *Acciniponensis* aparece escrita con dos CC, y en la de las *Adiciones* sólo con una. Tambien faltan en esta las letras R. D, que forman el último renglon en la publicada por el P. Florez. Creemos que el corografista sevillano al trasladarla en sus *Adiciones* hizo pasar por estas reformas la copia que le remitió Fariña. Transcurridos algunos años, este hubo de sacar otra nueva y se la remitió á D. Félix Laso de la Vega en 1650, despues de la muerte de Rodrigo Caro. En esta, que publicó tambien el P. Florez (2), no se notan los vacíos que en la anterior, pero aunque más puntual se halla todavía léjos de ser exacta. Medina Conde presenta estas dos copias como si fueran dos diversos epígrafes. Despues de trasladar, bajo el núm. II de sus inscripciones de *Acinipo*, la segunda copia, ó sea la remitida á Laso de la Vega, pone bajo el número IV el traslado, que Fariña comunicó á Rodrigo Caro (3); y á pesar de que esta inscripcion aún todavía existe en Ronda, el referido canónigo afirma que se llevó «de las ruinas de *Acinipo* á Setenil, donde permanecía». Nosotros trasladarémos su epígrafe, tal cual hoy lo permite en parte adivinar el mal estado de conservacion en que se encuentra la piedra. Es una base de jaspe, de ochenta y cuatro centímetros de alto por cuarenta y dos de ancho, incrustada en la pared, á la derecha, poco distante de la puerta de la antigua casa del ayuntamiento, frente de la iglesia mayor, en la plaza de Santa Maria de Ronda (4), con la inscripcion que sigue:

FABIAE · MA*urae*
L· FABIVS · VICTOR · C*oniux*
TESTAMENTO· STATVAM
PONI· IVSSIT
ORDO· ACINIPONENSIS
LOCVM·DECREVIT
M· AEMILIVS· SP· FIL· DI*o*
(HERES·MONVMENTVM)
P C

(1) Florez, *Esp. Sag.*, tom. IX, pág. 18.
(2) Florez, *Med. de España*, tom. II, página 152.
(3) Medina Conde, *Conv. Malag.*, tomo II, pág. 51 y 52.
(4) En el presente año, habiendo sido

El nombre, pues, de esta ciudad es *Acinipo;* pero lo que más importa es investigar en qué sitio fué encontrada la piedra. Se ha creido generalmente, que esta ha sido extraida de las ruinas de Ronda la Vieja. Asi lo asevera el P. Florez en su *España Sagrada*, y lo expresa aún más terminantemente en su obra de las *Medallas*. Florez habia visto los MSS. de Rodrigo Caro, quien decia de Fariña, que habiendo leido en su *Corografía* que Ronda la Vieja fué *Acinipo*, «con deseo de averiguar la verdad, habia hecho muchas diligencias leyendo inscripciones, y sacándolas de debajo de tierra en las ruinas de Ronda la Vieja». Pero estas inscripciones no son las de *Acinipo*. Tratando de estas ruinas escribe el mismo Fariña: «acreditan su grandeza los sillares y mármoles curiosamente labrados, y muchos de ellos con letras, y entre ellos (añade) en el cortijo de D. Bernardino de Luzon en las ruinas de un templo *que estaba fuera de lo poblado*, y sobre unos silos de argamasa *halló* un gran pedestal, que comienza la dedicacion MARTI, y lo demás no se puede leer. Está esta ya en el camino que viene á Ronda. *Junto á esta estaba otro pedestal menor, tambien de jaspe, y en él se descubre expresamente ser el nombre de aquella ciudad Acinipo:* este á pedimento mio (continúa Fariña) está hoy en la plaza principal de la ciudad, en la pared de las casas del Cabildo, que el año pasado de 1650, cuando se traian los jaspes de el pavimento del templo de *Acinipo* para la portada de estas casas, lo hizo traer D. Juan de Giles con otros(1)»

reedificado el edificio en que fué colocada esta lápida, nos hemos interesado vivamente por la conservacion de tan importante monumento, teniendo la satisfaccion de que se haya vuelto á colocar en el mismo sitio que antes ocupaba.

(1) Fariña, *Ant. de Ronda*, MSS. cap. 5. En este mismo capitulo añade aludiendo á la FABIA de la inscripcion: «Están allí las »estampas de los piés de esta Dama, y su estátua está en las casas de D. Juan Ovalle». La estátua á que se refiere Fariña, «se halló enterrada en el prado dicho (de potros) en el año 1580,» segun dice Rivera. (*Mem. Erud.* núm. 1, pág. 19.) Buen hallazgo para identificarse la *Fabia* del epígrafe con la Dama de la estátua, encontrada en el referido Prado, que rodea la actual Ronda. Rivera quiere que esta estátua sea la del bosque de los Augustos, que él siguiendo á Fariña sacó de la inscripcion de *Arunda*, antes citada, leyendo equivocadamente. LVCV AAVV por IVNIANI. De todo lo cual se desprende que los anticuarios de Ronda, no han perdonado medio para llevar adelante sus interpretaciones. Por nuestra parte lo que podemos asegurar es que la referida estátua de mujer existe en el jardin de la casa que fué de D. Juan de Ovalle y hoy de D. Alonso Olgado Motezuma; que le falta la cabeza, que sin duda era pieza separada, como tambien lo es la base donde tiene sentadas las plantas, sobresaliendo en su frente unos cuatro á cinco dedos. Hay otra en el mismo jardin, al parecer de hombre que no tiene pedestal ó base, y le faltan los piés. Segun lo que en Ronda nos dijeron, ámbas fuéron encontradas en el Prado Nuevo, en las afueras de la poblacion

Se ve, pues, que no precisamente en las mismas ruinas de Ronda la Vieja, sino junto al pedestal, que estaba ya en el camino que viene á Ronda, es donde Fariña vió y leyó por primera vez la inscripcion, donde se halla el nombre de *Acinipo.* En el camino que va á Ronda, pasando cerca de Ronda la Vieja, y á media legua de esta última, se hallan las ruinas de los *Villares*, en cuyo punto el citado Fariña supuso la ciudad del *Calo*, y habiendo esta poblacion existido solamente en su fantasía, quedan tales Villares sin reduccion ninguna, debiendo ser un *vico* ó *pago* dependiente de *Acinipo*, como sostiene el mismo escritor: pero en tal caso no era preciso aplicar á otro punto la dedicacion que pudo colocarse en este por decreto de los *Decuriones del Municipio.* El propio Fariña en el citado cap. V de sus *Antigüedades* MSS. escribe: «de otro pedestal con el nombre de *Acinipo* oi hacer mencion á D. Diego Malaver, siendo yo mancebito, diciéndome que estaba en Buxambra, un cortijo junto á *Acinipo*». A media legua de las ruinas de Ronda la Vieja, y al Sur de ellas es donde se halla el Cortijo de Buxambra, colocado entre los Villares y el cortijo de la *Loma*, que está al Poniente de aquellos, lindantes sus tierras con las de las Pilas, y las de este cortijo con los tajos de la mesa de Ronda la Vieja: obstáculo natural para que la inscripcion se hubiera llevado desde este sitio. Los Villares y el Cortijo de Buxambra se encuentran á la misma distancia y hácia el mismo lado de las expresadas ruinas; y ambos parajes corresponden á los lados del camino que va á Ronda, donde estaba el pedestal de *Acinipo*, que recogió posteriormente Fariña, siendo inútiles sus investigaciones para encontrar el que se decia haber en Buxambra, porque sin duda no era otro que el mismo, despues sacado al camino, que pasa precisamente dejando á una y otra mano estos lugares. Todos los datos, que se ofrecian al mencionado escritor, conspiraban más bien, á que hubiese fijado la situacion de *Acinipo* en los Villares ó en el Cortijo de Buxambra á cuyo alrededor sonaba este nombre, segun él, aún en diversas piedras; y no en las ruinas de Ronda la Vieja, que estaban más distantes. Pero llevado del parecer de su maestro Rodrigo Caro, y de la idea de dar mayor importancia á su descubrimiento, atribuia cuanto encontraba en todas partes, como ya hemos visto, á las grandes ruinas, cuya reduccion era naturalmente de mayor interés ante sus ojos.

No debia servir de obstáculo á Fariña, para colocar el pueblo de *Acinipo* en los Villares, el que estos se encontrasen á corta distancia

de la ciudad, que tuviera su antiguo asiento en las próximas ruinas, pues que en ellos supuso el *Calo*, poblacion enteramente distinta, toda vez que se le atribuian magistrados independientes, como eran los Duumviros, en el mismo lugar de los Villares, á pesar de creer á *Acinipo* situada en Ronda la Vieja.

Tampoco Valdeflores halló ni copió en Ronda la Vieja el otro epígrafe, en que se leia el nombre de *Acinipo*, sino que lo vió en Setenil; pero Velazquez hubo de expresar á el P. Florez, al tiempo de remitírselo, que aquella inscripcion fué «bajada desde el sitio de la cuesta que vulgarmente llaman Ronda la Vieja» (1). Ignoramos los fundamentos que para asegurar esto tuviera Velazquez; mas nos parece que él no se refiere á las ruinas asentadas en la mesa de Ronda la Vieja, sino á la cuesta, que llaman de Leche, la cual está frente á Setenil, en cuya villa debiera haber sostenido con más fundamento estuviese asentada la antigua *Acinipo*, en vista de la inscripcion hallada por él, y en parte llegó á asegurarlo.

No puede mirarse como cosa extraña el que dos pueblos existiesen, á la distancia de una legua en nuestra antigua Bética. Sabido es por el testimonio de todos los escritores griegos y latinos, el gran número de ciudades, que en la época romana habia en esta region, y no es menos manifiesta la existencia de muchas de ellas en cercanos parajes, por las grandes ruinas y despoblados, que á cada paso se encuentran en nuestro suelo. Así, vemos, entre otros muchos ejemplos que pudieran citarse, el hallarse hoy reunidos en la actual Antequera las lápidas y restos de cuatro grandes ciudades, enclavadas todas en su distrito, cuales eran, *Singili*, *Nescania*, *Antikaria* y el municipio *Osqüense*, cuyo epígrafe geográfico ha sido mal leido hasta el presente, en que lo ha copiado con la mayor exactitud el Dr. Emilio Hübner (2).

Del mismo modo podemos suponer que á igual distancia de la que

(1) Florez, *Esp. Sagr.*, tom. IX, página 18.

(2) Consérvase en la calle de Estepa en Antequera, y es el mismo copiado por el P. Sanchez Sobrino en su *Viaje topográfico de Granada á Lisboa*, pág. 166 y en la *Historia de Antequera* MS. de Barrero Baquerizo que poseemos. Dice así, segun el traslado que el referido Dr. Hübner se ha servido darnos:

C·LICINIO·AGRINO·
OSQ·IIVIRo·BIS·
C·LICINIVS·AGRIPPINS·
F·OPTVMO·PATRI·
ACCEPTA·EXEDRA·
ABORDINE·M·M·OSQ·
STATVAM·CVM·ORNA
MENTIS·EXEDRAE·
DATO·EPVLO·D·D·

esta antigua poblacion se encontraba de la de *Antikaria*, se hallaba de las ruinas de Ronda la Vieja la mencionada en la inscripcion descubierta por Velazquez en Setenil.

Medina Conde tambien formó de este último epígrafe dos inscripciones distintas (1). Copia con algunas variantes bajo el núm. 1.° de las

Posteriormente ha aparecido en las *Noticias mensuales de las actas de la Academia de Ciencias de Berlin*, año de 1860, pág. 615.

Este nombre de *Oscua* se encuentra en Plinio al mencionar las ciudades celebérrimas en lo interior ó mediterráneo, entre el Bétis y la boca del Océano. El mismo Dr. Hubner, nuestro amigo, nos acaba de comunicar en los momentos de estarse imprimiendo esta Memoria un importante descubrimiento geográfico que su colega Mr. Mommsen ha hecho recientemente sobre el códice Leidense de la *Historia Natural* de Plinio. El pasaje que en las actuales ediciones se lee: *Oningis. Abora venienti propè Maenubam amnem*; en el citado códice aparece escrito *oningis abora ventipro maenoban amnem*, demostrando que debe leerse *Oningi, Sábora, Ventippo. Maenubam amnem*. Encuéntranse, pues, en la obra del Naturalista dos nombres de ciudades, que hasta hoy habian escapado en su texto al conocimiento de los eruditos, que tanto han desvariado queriendo interpretar de mil maneras diversas el pasaje indicado. Estas dos ciudades *Sábora* y *Ventippo* vienen á aumentar el número de las estipendiarias del Convento Astigitano, y lo que es aún más interesante para nosotros, Sábora, que todos convienen en reducir á Cañete la Real, y cuya inmediata sierra aún conserva el mismo nombre, parte terminos con los montes de Setenil y los Andenes de la Torre, á cuyo pié, como antes queda advertido, está el campo de *Munda* y fronteras las ruinas de Ronda la Vieja, ó de la Gran Monda; de modo que se justifica cada vez más la pertenencia de este territorio al referido Convento, lo cual se confirma con el nombre de *Ventippo*, cuya leccion se halla tambien en el códice Ricardiano y en el Parisiense, núm. 6797, correspondiendo aquel de una manera indubitable al *Ventipo*, que fijan tan inmediato á Casaliche las inscripciones, las medallas y el proceso del *Bello Hispaniense*.

(1) El canónigo Conde hubo de fantasear á su arbitrio suponiendo inscripciones de *Acinipo*, que no existian. Solamente el afirmar que en Setenil se hallaba la que no es más que una simple copia de la de Fariña, sacada en época distinta como ya hemos visto, nos hace comprender que no estuvo en aquella villa, ó de lo contrario incurre en la nota de suplantador. Pero aún cuando hubiera estado en las ruinas de Ronda la Vieja, como afirma en su *Diccionario Geográfico Malacitano* MS. y en sus *Conversaciones Malagueñas*, no copió por si mismo las inscripciones en Ronda, ni en Ronda la Vieja y Setenil, segun pudiera creerse por lo que escribe en sus citadas *Conversaciones Malagueñas* (tom. II, pág. 50) «que ha registrado las inscripciones y en Setenil, »como en los cortijos inmediatos», puesto que en su referido *Diccionario Geográfico Malacitano* aludiendo á estas mismas y á las existentes en Ronda y Ronda la Vieja dice: «Las que han llegado á mi noticia »son las que pongo aqui»: lo que parece indicar bien claro que ninguna vió ni copió por si mismo. Cotejando las dos inscripciones que el Canónigo aludido supone en la villa de Setenil, resultan ser dos copias de un solo epígrafe. Para que esta comparacion pueda practicarse más fácilmente, las colocamos aqui reunidas, y desde luego se conocerá que es una mis-

inscripciones de *Acinipo*, el mismo que Valdeflores habia hallado en Setenil, y bajo el núm. 5 reproduce exactamente el traslado que de él sacó Velazquez, diciendo que « este es un fragmento muy gastado que se halla en un cortijo cerca de las ruinas de *Acinipo* » (1), contra el testimonio terminante del propio marqués de Valdeflores, quien asevera la vió y copió en Setenil (2). Aún hay otra más rara coincidencia : la copia que nos ofrecen los MSS. de Velazquez, no es enteramente igual á la que, como de este, publicó el P. Florez. Pues bien, el traslado de Medina Conde en su *Diccionario* MS. es precisamente idéntico al de Velazquez, segun aparece en sus MSS. antes citados, y el publicado por el canónigo Conde en sus *Conversaciones malagueñas*, es del todo uniforme con el dado á la estampa por el P. Florez.

Resulta, por lo tanto, que las inscripciones no son cuatro, como supone Medina Conde, sino dos solamente, y que ninguna de ellas fué hallada en las excavaciones de Ronda la Vieja, como escribió el P. Flo-

ma y sola inscripcion, como antes dejamos dicho. La primera es la copia que sacó Velazquez y publicó el P. Florez, y la segunda la que nos da Medina Conde:

. . L· ARO . . .	F · L · C · F I L · C A I
. . . . . VIR . . .	. . I. VIRO . S . . M.VIR
. . ANN . . NT . .	ANN . T . . . NIOI . . . R
. . VN . . COIIION	M. . . . .
DECVRIONVM	D E C V R I O N V M
ACINIPPONEN	ACINIPPONENSIVM
SIVM. D. D	D· D·

Ambas tienen igual número de renglones. El primero es diverso, como acaece tambien en las copias de la inscripcion de Fariña, en la cual este anticuario leyó MARIAE..... MA...R y despues FABIAE MATRI. En el segundo termina con la misma voz VIR la copia de Valdeflores. Conde suplió á su antojo las demás letras del principio, que no se podian leer por lo gastado de la piedra. Valdeflores en sus citados MSS, señaló algunas; pero el P. Florez no las puso sin duda, porque con ellas no se puede formar sentido. El comienzo del tercer renglon es idéntico á el 4.° Conde sólo pone una M, y borrado todo lo restante. El 5.°, 6.° y 7.° son exactamente iguales. Añádase que Conde dice es una piedra muy mal tratada, existente en la villa de Setenil, cuyas dos circunstancias se ajustan á la que vió y copió Valdeflores, sin que este encontrara más inscripciones de *Acinipo* en aquella villa. Se ve, pues, que Conde nos ofreció, bajo la fe sospechosa de su palabra, dos inscripciones, que cotejadas con detenimiento, ofrecen entre sí mucha mayor semejanza que las dos copias, que en épocas diversas sacó de la otra inscripcion el anticuario D. Macario Fariña.

(1) Medina Conde, *Conv. Malag.*, t. II, página 53.

(2) Velazquez, MSS. de la Academia de la Historia. Est. 22, gr. 5.ª núm. 77.

rez y le han seguido los demás, sino en los cortijos inmediatos al camino que va de Setenil á Ronda pasando por bajo de Ronda la Vieja, y luego de los Villares, ó en el mismo Setenil. A Setenil, por consiguiente, creemos nosotros que puede reducirse la ciudad *Acinipo* mencionada en los dos referidos epígrafes. Pero como Rodrigo Caro habia conjeturado que en Ronda la Vieja estuvo *Acinipo*, bastó á Fariña encontrar no léjos de allí una inscripcion con tal nombre, para confirmar semejante reduccion geográfica; y habiendo ya sostenido que la Céltica de Plinio y Ptolomeo ha de colocarse en la Serranía de Ronda, el hallazgo de la inscripcion *Aciniponense*. cerca de las ruinas de Ronda la Vieja, vino á convertir en demostracion la conjetura de Caro, de que allí habia sido el *Acinipo* de aquellos dos antiguos geógrafos.

La inscripcion en que habian leido, cual si fuese de un pueblo, el nombre de CALI, era, sin embargo, grave dificultad. Rodrigo Caro la eludió guardando silencio, y Macario Fariña se encargó de resolverla á su manera algunos años despues. En el cap. III de sus *Antigüedades de Ronda* MSS., al hacerse cargo de la citada inscripcion de *Arunda*, que se halla en la pared de la Alhóndiga, interpretando erradamente que una de las dos estátuas mencionadas en este epígrafe se habia de poner en el foro del *Callo*, dice: «que hoy es ruinas y llamamos los Villares de Ronda la Vieja, si bien pudo ser tambien el *Callo* otro despoblado que está más acá de la ciudad, en el partido de la Fuente de la Higuera». Y en el capítulo V. se manifiesta igualmente indeciso sobre la reduccion de esta poblacion, que segun su dictámen «fué lugar con magistrados, aunque no puedo (añade) averiguar su sitio». Sin embargo, movido del epígrafe dedicado á Mario Fronton, parece inclinarse á la Dehesa Boyal de los Frontones, que segun él tomaria el nombre de esta familia, y lo conserva con ruinas de excelente caserío, frente de la que para él era *Acinipo*. En otra carta que dirigió en 1657 á D. Félix Laso de la Vega, hablando del sitio llamado los *Villares*, escribe: «Entiendo para mí fué el *Callo*». Tan irresoluto andaba Fariña «por haber diversas ruinas de lugares entre Ronda la Vieja y Nueva, y no hallar ningun pedestal en ellas» (1). A pesar de esto, posteriormente todo se dió por incontrover-

(1) Fariña, *Ant. de Rond.* MSS., cap. 5. Con efecto, son tantos los parajes cercanos á Ronda la Vieja, en los que se encuentran mármoles y otros restos de la antigüedad, y tan esparcidas se hallaban por aquellos contornos las piedras labradas y aún escritas, que no podemos menos de creer con el anticuario Rondeño que son estos indicios evidentes de haber existido en tales sitios dos ó más pobla-

tible : *Acinipo* quedó en Ronda la Vieja, y el *Calo* en los Villares, no léjos de estas ruinas. Lo contrario es precisamente lo que debiera ha-

ciones diversas. Sin ir muy léjos tenemos que considerar muy próxima la de *Lacilbula*, por la inscripcion existente en el cortijo de Clavijo, ó de la Oliva, que está más cerca de Ronda la Vieja, que de la misma Grazalema, á la que generalmente se reduce el antiguo pueblo que aparece del indicado epígrafe, y cuyo nombre se ha presentado en las copias de este, bajo la forma exótica de LACIDVLEMIVM ó LACEIDVLEMIVM, hasta que habiendo obtenido nosotros un facsímile del mismo, hemos logrado leer, así como nuestro amigo el Doctor Hübner, con mayor propiedad LACILBVLENSIVM; y por ser siempre interesante para el estudio de la geografía antigua de la comarca de Ronda, damos aquí la exacta copia de esta inscripcion.

L·S(EMP)RONIO·(L)F·
QVIR·(SER)RANO
(HVI)C·ORDO·LACILBVLENSIVM
DEC·LAVD·LOC·SEP·FVN·IN
(PE)NSAM·STATVAM
(LICI)NIA·L·F·LVCILLA·VXOR
HONORE·VSA·INPENSAM
REMISIT

En el cortijo de Puerto Llano, por el cual se pasa para ir de Ronda á Ronda la Vieja, vimos una basa de buena piedra, pero no le encontramos letras, aunque socabamos la tierra para cerciorarnos: junto á la era de dicho cortijo hallamos una losa tambien sin ellas. En el cortijo de los Beneficiados, que está en el camino de Setenil á Ronda la Vieja, medio cuarto de legua de esta y otro tanto de la Venta de Leche, todo el terreno se encuentra sembrado de piedras, pedazos de barro romano, y de tejas y ladrillos de la misma clase. Se han hallado tambien vasos de los llamados lacrimatorios, sepulcros y monedas; inscripciones ningunas. Lo más notable son dos grandes cimientos, compuestos de piedras por el estilo de las de Ronda la Vieja, en que las dos hileras de sillares forman un ángulo: á una extremidad se halla una base de columna desprendida, ó suelta y muy deteriorada: tiene 35 centímetros de alto y 95 de diámetro. Entre un cúmulo de piedras registramos una de 70 centímetros de largo y 40 de alto, toda labrada, y que en una de sus caras, tenia un círculo grabado, con 24 rádios que partian del centro á la circunferencia, sin que se notase ninguna señal á sus extremos, que hiciese presumir lo que con ellos quiso indicarse.

Estos restos de antigüedad se extienden al cortijo inmediato llamado del Almirante. En el del Tegarejo, á un cuarto de legua de Setenil en direccion á Ronda la Vieja, se han encontrado sepulcros, grandes cantos de piedras, tejas y ladrillos romanos.

Pero á parte de estas y otras ruinas inmediatas, cuya descripcion omitimos, donde han aparecido mayores vestigios y aún pudiéramos decir pruebas inequívocas de la existencia de una poblacion antigua, es en el mismo pueblo de Setenil. En él encontró Velazquez la inscripcion que hemos copiado y es geográfica de *Acinipo*, además de otra ininteligible que transcribe como gótica y que le hizo suponer que el *Acinipo* de esta época, y aún el del Concilio de *Illiberis* y de todo el tiempo del Imperio, en virtud del epígrafe anterior, habia tenido su asiento en el propio Setenil, á donde le trasladarian los romanos, siguiendo su acostumbrada política como conquistadores, para evitar que los españoles mal sujetos á su yugo, pudiesen caso de rebelarse, defenderse mejor desde la más elevada y ventajosa posicion de Ronda la Vieja.

En el pueblo de Setenil, *in oppido Se-*

berse decidido, puesto que la inscripcion de *Acinipo* se halló en el camino que pasa tan cerca de los Villares como de Ronda la Vieja, y en la misma mesa que forma el perímetro de estas ruinas, la gran basa en que leyeron el nombre del *Calo*. Aún hoy dia se conserva en el propio sitio, y esta es la que por la clase de piedra, su gran tamaño y hermosa hechura de letra, presenta verdadera identidad con las otras inscripciones encontradas y existentes en las expresadas ruinas. Pero ni en la dedicacion á L. Junio Juniano, encontrada en Ronda, se dice ARVNTINI ORDINIS, para que Fariña emplease un capítulo de su obra en la explicacion de los diversos nombres de aquella ciudad, sino VOLVNTATI ORDINIS, como ha leido acertadísimamente el Dr. Emilio Hübner; ni tampoco CALLI IN FORO, donde aparecia ya este nombre como de poblacion, sino que el buen sentido y todas las reglas de la crítica demuestran que aquel es sólo el del sujeto, á quien se habia de levantar una de las estátuas que se mencionan: TAM IVNIANO QVAM FILI EIVS GALI IN FORO PONERET; segun se habrá comprendido por el nuevo traslado que damos del indicado epígrafe. De igual manera en el de M. Mario Fronton, existente aún en la mesa de Ronda la Vieja, en el cual

tenil, olim Itucci in Hispania, como escribe Muratori, *ex schedis P. Catanei*, se supone la inscripcion que publicó este en su *Thesaurus (Clasis* X. pág. 711, núm. 8), y que copian Masdeu en su *Hist. Crít.* tom. VI, pág. 86, núm. 686, y Medina Conde en sus *Conv. Mal.* tom. II, pág. 56, atribuyéndola aquel á Teba, y este á *Acinipo*, por el dictado de *Tebense*, que han querido leer en ella.

Hoy no se encuentran inscripciones, pero nos han asegurado que en la plaza habia una pequeña, que ha sido enterrada en los cimientos del Casino, recien construido. Acaso seria la inscripcion gótica de que habla Velazquez, y que Medina Conde en su *Diccionario* MS. dice estaba en la fuente antigua, y que sus caractéres eran caldeos.

D. Gabriel de Jesus Perez, que vive calle del Galapagar, haciendo los cimientos de su nueva casa, descubrió por los años de 1848, una hermosa piedra de jaspe, labrada y con letras en buen estado de conservacion. En 1858, la mandó picar para que sirviera de escalon á la puerta de la calle. Tal cual hoy ha quedado ha perdido hasta la media caña que tenia en una de sus caras: es de 1 metro y 8 cent. de alto y 30 cent. de ancho: debió ser buena la inscripcion; pero no sacaron traslado, ni pueden dar otra idea sino la de que estaba escrita en latin. En el centro de uno de los lienzos de la torre del castillo se advierte empotrado un capitel romano, que los árabes hubieron de colocar allí. En la plaza que llaman de la Villa, frente de la torre y dentro del castillo se encuentran otros dos capiteles romanos, uno de ellos compañero del que está en la torre, á lo que aparece por la forma de este, pues que un buscador de tesoros lo picó destruyendo su ornamentacion. En varias partes del pueblo se notan algunos trozos de columnas de mármol del país. En el escalon de la puerta de una casa se ven dos grandes trozos, el uno de columna istriada. Canteras hay cerca del pueblo que producen esta clase de piedra, segun nos han asegurado.

se habia leido malamente : POPVLVS ET CALI IIVIR ; hemos descifrado que no dice ótra cosa que : PONTIFICALI· IIVIR ; mereciendo nuestra lectura la más completa aceptacion de parte del expresado Dr. Hübner, que acaba de visitar las referidas ruinas.

Con lo dicho hasta aquí pueden fijarse las conclusiones siguientes:

El texto de Plinio, tal como hoy le conocemos, no autoriza para suponer *Celtas* á la banda izquierda del Guadalquivir. Sin embargo, existen evidentes monumentos célticos en Dilar á la falda de Sierra-Nevada, en Antequera, Luque, Zuheros, Baena, Monte Horquera, y en algunos otros puntos de las provincias de Granada y Córdoba.

Ocho son las ciudades célticas, que no teniendo sobrenombre, atribuye Plinio á la *Céltica*, esto es, á la *Beturia Céltica* entre el Guadalquivir y el Guadiana, segun nuestro dictámen; pero que otros anticuarios llevan á las Sierras de Ronda.

De estos ocho nombres, cinco aparecen en otras tantas ciudades importantes romanas á la banda izquierda del Guadalquivir, á saber: cuatro, no en lápidas sepulcrales, sino en dedicatorias, que son decisivas, y uno en medallas. Son aquellos *Arunda*, *Acinipo*, *Saepona* y *Salpesa;* y este el de *Lástigi*, cuyas medallas se encuentran frecuentemente en el expresado territorio, mientras no se hallan ni en Sierra-Morena ni en Extremadura.

De los mismos ocho nombres Plinianos sólo dos se ven en ciudades entre el Guadalquivir y el Guadiana; y de ellos uno en lápida dedicatoria: *Arucci* es este, y el otro *Turóbriga*.

Ptolomeo no cataloguiza sino cinco ciudades béticas célticas, dos de las cuales no cita Plinio.

De estos cinco nombres tres aparecen en otras tantas ciudades no léjos del Guadiana; dos de ellas en preciosas lápidas dedicatorias, y uno en memoria sepulcral.

Por último, de los mismos cinco nombres Ptolemáicos sólo dos se ven en ciudades del territorio de Ronda, ambos en piedras dedicatorias.

Puede acaso suceder llegue un dia en que descubriéndose un nuevo códice de Plinio, se aclare y resuelva definitivamente esta grave cuestion, y se concuerden de algun modo los textos de los geógrafos y las inscripciones referidas.

APENDICE NUM. VII.

DEL VERDADERO AUTOR DEL LIBRO TITULADO DE BELLO HISPANIENSI.

En la nota núm. 4 de la pág. 20 hemos asegurado que hay fundamentos bastantes para creer que sea de Hircio el *Libro de la Guerra de España*, indicando ligeramente las dudas é incertidumbre que ha habido acerca de este particular. Como quiera, sin embargo, que la fijeza de la mayor parte de los hechos que hemos mencionado como acaecidos en aquella guerra, y la necesidad más ó menos apremiante de ajustarnos precisamente á todas las circunstancias expresadas en dicho libro al examinar muchas de las cuestiones que hemos tratado, dependan en gran manera de la seguridad de nuestro aserto, juzgamos oportuno explanar aquí más por extenso cuanto en la referida nota dejamos apuntado.

Desde muy antiguo no ha podido darse por cosa averiguada quién fuera el autor del *Libro de la Guerra Hispaniense*.

C. Suetonio Tranquilo, que florecia en tiempo de los emperadores Trajano y Adriano, nos dice en la *Vida de J. César* que unos lo atribuian á Oppio, otros á Hircio, el que habia completado el último libro de la *Guerra de las Galias* (1). Los escritores modernos se han dividido acerca de este punto: Vosio duda entre aplicarlo á Oppio ó á Balbo; Celario se decide por el primero, Volaterrano por el segundo; Cujacio escribió al márgen de su códice «no es de Hircio» (2). Enrique Dodwell juzga, por el contrario, que sea de este, si bien el texto se en-

(1) *Nam Alexandrini, Africique et Hispaniensis incertus auctor est. Alli enim Oppium putant, alli Hirtium: qui etiam Gallicibelli novissimum imperfectumque librum suppleverit.* (Suet. *Vit. Caes.*, cap. 56.)

(2) *Liber corruptissimus, et ut videtur ex graeca lingua translatus. Non est Hirtii.* (Oudendorp. *in Bell. Hisp.*, nota 1.)

cuentra con muchas y viciosas interpolaciones de Celso (1). Goduino conjetura que el autor de la *Guerra Hispaniense* no era ni aún germano, ni aún galo, sino sirio, ó africano. Oudendorpio publicó este libro como de autor incierto; pero lo creyó de un romano, testigo presencial de aquellos sucesos. Nathan Moore sospecha que la antigua y verdadera *Historia de la Guerra de España* que leyó Suetonio, fué compendiada por alguno, y que ha llegado mutilada hasta nosotros, ó que pereció del todo, y sólo se conserva el diario de esta campaña escrito por algun otro.

Todos estos eruditos convienen, sin embargo, como se deduce del contexto del mismo libro, en que su autor fué testigo ocular de los acontecimientos que relata. Oppio y Balbo, á quienes se ha atribuido, debieron vivir en aquella época: el primero pudo ser C. Oppio, amigo íntimo de César, en lo cual no hay divergencia entre los modernos críticos; y el segundo L. Cornelio Balbo, á quien defendió Ciceron en una de sus célebres oraciones, segun conjetura Dodwell. El orador romano nos refiere al terminar la defensa de Balbo la estrecha amistad que le unia á César, y lo obligado que le tenia, pues le confirió uno de los más importantes cargos en la milicia romana: así es que siguió constantemente su partido. El mismo Ciceron, en una de sus epístolas familiares, dice: «Por fortuna todos los amigos de César lo son tambien mios, y despues de ellos, á mí es á quien más estima: Pausa, Hircio, Balbo, Oppio»... (2). Hé aquí todos los nombres de aquellos á quienes se atribuye el libro: todos contemporáneos, todos de la época de la lucha contra los hijos de Pompeio, todos, en fin, con importantes cargos en la milicia romana, y de la intimidad de César.

Por las que Ciceron dirigió á Áttico, cuando más ardia la llama de la discordia civil en nuestra Bética, pruébase que á la sazon Oppio y Balbo debian estar en Roma, y que por lo tanto no pudieron presenciar tales sucesos. En una de aquellas escribe Ciceron á Áttico que siendo tan querido por Oppio y Balbo, se pusiese en comunicacion con ellos, porque tenia grande empeño en adquirir ciertos jardines, y podria esto realizarse si se pagara lo que le adeudaba Faberio (3). De otra epístola

(1) Dodw. *Disert. de Auctore lib. oct. de B. Gall., et Alex., Afric., atque Hisp.*

(2) Cic. *Epist. ad Famil.* lib. 6, epist. 12.

(3) Cic. *Epist. ad Att.* lib. 12, epist. 29. Faberio parece que es el mismo de quien habla Appiano, y uno de los de más valimiento en el partido de César. Habiéndose ausentado por causa de la república, encomendó la gestion de sus negocios en Roma á Oppio y á Balbo. Del

se deduce igualmente que Balbo y Oppio debian hallarse en Roma, desde donde participaban á Ciceron las nuevas de la guerra (1). Ya este con referencia á Hircio habia escrito á Áttico, dándole cuenta de que Sexto habia salido de Córdoba, y que ignoraba dónde habia huido Cneo. Esta carta debió recibirla poco despues de saberse en Roma la rota de Munda; y en la anterior es cuando por Filótimo ya se podia aludir á el punto en que se hubiera ó no refugiado el hijo mayor de Pompeio. Así, estos escritos vienen á ser un precioso Diario de todos aquellos acontecimientos, que nos comprueban al propio tiempo dónde se encontraban algunas de las personas más importantes del partido cesariano, como eran Oppio y Balbo.

Otra observacion se ocurre para négar que el *Libro de la Guerra Hispaniense* pueda ser de este último, porque él fué quien deseoso de perpetuar la memoria de los hechos de César, incitó á Hircio para que continuara sus *Comentarios* (2), y creemos poco fundado suponer, que el propio amigo que tanto le instaba, tomase la pluma para escribir precisamente sobre lo que le habia encargado. Pero aún cuando opinemos que el texto de la obra que hasta nuestros tiempos se ha conservado, sea de aquella época, se encuentra tan mendoso y falto, que tal vez costaria no poco trabajo á su verdadero autor reconocerle, y de ahí ese estilo semi-bárbaro que ha hecho dudar á los críticos, si seria traduccion del griego, ó su autor germano, sirio, ó africano; y á que casi todos ellos afirmen, que no es de Hircio, en cuyo caso por la misma razon deberíamos negar que pudiera ser de Balbo ó de Oppio.

Expongamos ahora los graves fundamentos que nos asisten para asegurar, que debió ser del indicado Hircio. En el citado preámbulo del libro VIII de la *Guerra de las Galias*, escribe á su amigo Balbo: «Y he compuesto, por último, unos *Comentarios* imperfectos de los acontecimientos de Alexandria hasta el fin, no de las discordias civiles, cuyo término no alcanzamos, sino de la vida de César» (3). Como de Hircio

libro 12 (donde se encuentra la citada epistola 29), desde la 7 en adelante, todas fuéron escritas por Ciceron durante la guerra hispaniense.

(1) *Philotimus negat Carteiae Cn. Pompeium teneri; (qua de re litterarum ad Clodium Patavinum missarum exemplum mihi Oppius et Balbus miserant, se id factum arbitrari) bellumque narrat reliquum satis magnum.* (Cic. *Epist. ad Att.*, lib. 12, epist. 44.) Ciceron, despues de la muerte de su hija Tulia, se habia trasladado á casa de Áttico, y no siendo para el suficiente retiro, á la sazon se habia salido de Roma.

(2) *Coactus assiduis tuis vocibus, Balbe.* (Hirt. *Comm. de Bello Gallico*, lib. 8.)

(3) *Novissimeque imperfecta ab rebus*

aparece este libro VIII en casi todos los manuscritos, y en los más antiguos segun Ondendorpio (1): tal fué igualmente la opinion que dominó durante la edad media (2). Pero lo que en nuestro concepto no deja dudar que el pasaje transcrito le pertenece, es que Suetonio en el capítulo antes mencionado, copia literalmente citando el nombre de Hircio, las palabras que en el mismo prólogo dirigió á Balbo, hablándole del mérito de los escritos de César (3). Existe en su consecuencia un dato bastante seguro para creer, que Hircio, aún no terminadas las luchas intestinas de la república, hizo unos *Comentarios* que abrazaban desde los acontecimientos de Alexandría hasta el fin de la vida de César, en cuyo caso parece indudable que hubo de escribir tambien el libro de la *Guerra de España*, que fué la última, como tambien lo siente Dodwell.

El pasaje del mismo prólogo, donde aquel autor advierte que no se halló en la de Alexandría ni en la de África, ha servido, sin embargo, de fundamento á Vosio para opinar que no escribió la de España, puesto que deja de mencionarla; siendo así que, en nuestro concepto, semejante silencio prueba precisamente que habia asistido á esta campaña y no á las otras dos, las que sin duda tambien hubiera dejado de mencionar, si las hubiese presenciado; viniendo, por el contrario, tal circunstancia á confirmar más bien implicitamente que el propio Hircio

gestis Alexandriae confeci, usque ad exitum non quidem civilis dissensionis, cuius finem nullum videmus, sed vitae Caesaris. (Hirt. *Comm. de Bell. Gall.*, lib. 8.)

(1) En el Granatense, que hemos tenido á la vista, al márgen del párrafo: *Scio Caesarem singulorum annorum singulos commentarios confecisse: quod ego non existimavi mihi esse faciendum;* que precede al cap. 49 del mismo lib. 8, se lee esta nota de letra encarnada: *haec hircii de Caesare verba*: lo cual nos hace sospechar que Hircio sólo escribiese desde el citado cap. 49 hasta la conclusion del libro. El mismo Hircio pareco asi indicarlo en el referido párrafo: *pauca scribenda coniungendaque huic commentario statui*; y loconfirma el pasaje de Suetonio arriba mencionado. Desde el cap. 49 principia el noveno año, cuyos sucesos podrian formar más propiamente el libro 9 de la *Guerra de las Galias*. Tal vez, á no haberse hecho la debida distincion, se tuviera todo por de Hircio, y como espúreo lo pasara en silencio Plutarco, y no lo vertiera al griego el *Metaphrastes*.

(2) Lupo, abad de Ferrara, que floreció en el sigio IX, escribe al obispo Heriboldo: *Hirtius eius (Caesaris) notarius in comentarios seriem referendam suscepit.* (Epist. 37.)

(3) *Adeoque probantur omnium judicio, ut praerepta, non praebita facultas scriptoribus videatur: Cuius tamen rei maior nostra, quam reliquorum, est admiratio: ceteri enim quam bene atque emendate; nos etiam, quam facile atque celeriter eos perfecerit, scimus.* (Hirt. *Comm. de Bello Gallico*, lib. 8.)

debió ser el autor del *Libro de la Guerra de España*, puesto que es indudable que este fué testigo ocular de los sucesos que en aquel refiere.

De este modo se explica por qué no nombra aquella guerra en particular, bastando haber dicho antes que su comentario abarcaba «desde los sucesos de Alexandría hasta el fin..... de la vida de César».

El mismo texto del *Bello Hispaniense* es otro comprobante de lo expuesto, como hemos indicado, porque de él se desprende claramente que está redactado por quien presenció los hechos. Hemos demostrado que ni Balbo ni Oppio se hallaron en España durante este tiempo, y sabemos que Hircio se encontró en ella, por lo que Cíceron escribia á Áttico, con referencia á aquel, poco tiempo despues de la batalla de Munda (1). Por consiguiente, creemos que reuniendo las especiales circunstancias de escritor contemporáneo, amigo íntimo de César, haber obtenido cargos en la milicia romana, y además haber estado en España cuando la guerra contra los hijos de Pompeio, es Hircio de quien puede sostenerse, con más fundamento que de otro alguno, que fué el autor del *Bello Hispaniense*.

Nótase, y con razon, que hay grande diferencia entre el estilo de este libro y los demás que se atribuyen al mismo escritor; pero no se ha tenido en cuenta la época en que pudo redactarlo. Se habia propuesto completar aquel período histórico hasta la muerte de César, la cual acaeció en los Idus de Marzo del año 710 de la fundacion de Roma. A poco tiempo de la catástrofe del Dictador, abandonó la ciudad, pesaro-

(1) Cic. *Epist. ad Att.*, lib. 12, epist. 37. Vosio en sus *Familias romanas* (pág. 121) publicó una medalla, en qua por el anverso se lee CAESAR COS·TERT· y por el reverso A·HIRTIVS PR· De aquí han deducido algunos, como Morelli (*Thesaurus Numismaticus*: tom. I, familia *Hirtia*, pág. 194) y Riccio (*Le Monete delle antiche famiglie di Roma*: fam. *Hirt.*, pág. 100), que Hircio fué uno de los seis prefectos, que segun Dion Casio (*Hist. Rom.*: lib. 43, cap. 28), dejó Cesar en Roma en union de Lépido para el gobiarno de la ciudad, cuando aqual partió para la guerra da España. La sigla PR· significa en nuestro sentir *PRaetor*, y debió ejercer Hircio esta dignidad durante el tercer consulado de César, es decir, en el año de la guerra de África, y por lo tanto entonces se hallaria en Roma. Asi se desprende tambien del libro de la *Guerra africana*, en que el autor no habla como testigo presencial de los sucesos, cual acaece en el de la *Guerra de España*.

De propósito constantemente hemos escrito A. Hircio, y no A. Hircio Pansa, como generalmente corre impreso en las ediciones; pues este es un arror introducido por los copiatas de los *Comentarios de César*. A. Hircio y C. Pansa fuéron cónsules al mismo tiempo, y dal nombre de ambos, formaron uno solo los copiantes imperitos.

so de lo que allí pasaba, y se dirigió á Túsculo, segun la carta que escribió á Ciceron desde el camino (1). Sin duda entonces hubo de dedicarse á coordinar los materiales que iba reuniendo para su *Comentario*, ó sean los apuntes de lo que habia visto y de las noticias que su trato familiar con César le habia proporcionado. De otra epístola de Ciceron á Áttico (2) se desprende que Hircio y Balbo habitaban juntos en el campo: á la sazon serian las continuas instancias de este amigo para que aquel completase la obra de César; y movido de ellas se decidió á vencer su repugnancia (3).

Pero no hubo de gozar Hircio mucho tiempo de reposo, porque designado cónsul para el año siguiente de 711, tuvo que abandonar el estudio de los sucesos pasados para tomar activa parte en los que le rodeaban, y poniéndose al frente de las legiones á fin de libertar á Bruto del asedio que sufria en Módena, peleó con M. Antonio, y sucumbió en la lucha, aún no mediado el año de su consulado. Sólo debió, pues, disponer de algunos meses para escribir toda su obra, y por lo tanto esta habia de resentirse necesariamente de la precipitacion con que fué redactada. Pudo darla por concluida, y así anunciarlo á Balbo, cuando sólo tuviera coordinados los materiales para trabajarla; y no habiendo llegado á realizarlo por falta de tiempo con su último libro, que es el de la *Guerra Hispaniense*, como lo haria con los anteriores, resulta que aquel nos parece hoy (y pudiera titularse con más propiedad) *Apuntes para la última guerra de César*, que no una historia completa y ya formada. Esto no impediria á sus amigos Oppio ó Balbo, que publicasen todo el comentario, en la forma que Hircio lo dejara.

No es verosímil que en vida de César se propusiera suplir el de la guerra de las Galias y continuar hasta su muerte; y más cuando él mismo se reconoce en el citado prólogo tan inferior á su modelo. Si este motivo le retraia de acometer empresa tan árdua, despues de la muerte del Dictador, como escribe á Balbo, más poderoso era todavía viviendo César, quien pudiera por sí haberla desempeñado. Julio César publicó sus *Comentarios* el año 707 de la fundacion de Roma, cuando menos, porque hasta el 706 alcanzan los sucesos que se refieren en sus tres libros de las guerras civiles, ó lo más tarde el 708 ó 709, porque en el tratado que Ciceron tituló *Brutus*, y que se dió á luz en este

(1) Cic. *Epist. ad Att.*, lib. 15, epist. 6.
(2) Cic. *Epist. ad Att.*, lib. 14, epist. 20.
(3) Hirt. *Comm. de Bello Gallico*, lib. 8.

último año, se hace un cumplido elogio de dichos *Comentarios*, que copia Suetonio en la *Vida del Dictador* (1). Hircio no pudo escribir el suyo hasta despues de la muerte de César, es decir, en 710 ó en 711, que fué el mismo año en que pereció ante los muros de Módena. Segun esto, publicados los *Comentarios de César* trauscurrieron dos ó tres años sin que Hircio pusiera mano á su obra. Entre la muerte de uno y otro, término preciso en que hubo de acometerla y seguirla, medió poco más de un año, del cual sólo algunos meses pudo emplear su autor en este trabajo, durante su permanencia en Túsculo. Si en tan breve plazo comenzó y dió por concluidos sus *Comentarios*, no debe admirarnos que carezca del pulimento necesario la última parte, ó sea la *Guerra Hispaniense*, quedando imperfecta al tiempo de su muerte. Oppio ó Balbo, sus íntimos amigos, se encargarian entonces de publicarla; y tal vez esto daria ocasion á que se atribuyese á cualquiera de los dos. Así ha sucedido en tiempos posteriores con las obras de Cornelio Nepote, que supusieron de Emilio Probo, su mero copista; con las de Terencio que achacaron á Calliopio; y con los mismos *Comentarios de César*, que se han creido por algunos de Julio Celso, el cual sólo enmendó el texto (2).

Brevemente investigarémos quién fué este Celso, cuál era su patria, y la época en que floreció, para poder apreciar el valor de sus correcciones. Han creido algunos que fué amigo del Dictador, y que vivió en tiempo de Augusto. Este error sin duda ha sido ocasionado por la *Vida de César*, donde el escritor anónimo que desfiguró los comentarios primitivos, cita para comprobar un suceso de aquellas guerras la autoridad de Suetonio y la de Julio Celso, del que añade: *«et qui rebus interfuit»*. Los escritores que se siguieron al Anónimo corroboraron más este error, porque leyendo en varios manuscritos de las obras de

(1) Suet. *Vit. Caes.*, cap. 56.

(2) Muchos códices aparecen corregidos por Celso. Vosio tuvo uno, donde por tres veces se leia *Julius Celsus Constantinus V. C.* (*Inst. Orat.* lib. 5, cap. 10.) Goduino cita el de Claudio Puteo, el Thuano, y además otro al que no da título. (*Praefatio Comen. Caesaris*, pág. X.) Montfaucon habla de otros dos, que encontró en la Biblioteca de Santa María Florentina y en la Fesulana del Monasterio de canónigos regulares, extramuros de Florencia. (*Diarium Italicum*, cap. 25 y 26. pág. 375 y 393.) Stephano Eudichler en su *Biblioteca Palatina Vindebonense* cita otro con igual inscripcion que los anteriores: *«Julius Celsus Constantinus V. C. emendavit.»* (*Catal. Cod. MSS. Biblioth. Palat. Vindeb.*, pág. 37, Codex LXXII.) Idéntica inscripcion aparece repetidamente en el Granatense, lo mismo que en algunos otros, de que no hemos adquirido detalladas noticias.

César «*Iulius Celsus Vir Clariss. et Comes recensuit*», interpretaron que Julio Celso fué *compañero* de César en sus expediciones militares; cuando la voz *Comes*, lo que en este caso significa es una *dignidad*, como afirma Fabricio, quien le denomina además el *gramático* en su *Bibliotheca latina* (1). En el Código de Theodosio y en el de Justiniano se hace ya con frecuencia mencion de la dignidad de *Conde*. Pudiera, segun esto, aventurarse que hubiese existido nuestro Celso á fines del siglo IV, ó que cuando más hubiera alcanzado el imperio de Justino el viejo. Goduino opina que fué contemporáneo de Emilio Probo, que vivia en tiempo de Theodosio (2). Fabricio parece inclinarse á que enmendó y suscribió con su nombre los *Comentarios de César*, cerca de seiscientos años despues de Nuestro Señor Jesucristo (3).

El título que Celso se pone en los manuscritos de V.C. (*vir clarus vel clarissimus*), es más propio tambien de esta última época, en la que se prodigaba en demasía. Así leemos en el *Chronicon* de Marcelino: «*Marcellini Comitis V.C. Chronicon*»; y en el proemio él propio se llama *vir clarissimus*, y se da el título de conde (4). Llega esta crónica hasta el cuarto consulado de Justiniano el mozo. Creemos, por lo tanto, más acertado conjeturar, colocándonos entre la opinion de Goduino y la de Fabricio, que Julio Celso vivió á fines del siglo V ó principios del siguiente. Confírmase en algun modo nuestro sentir, con lo que se puede investigar acerca de su patria.

En el códice de Levino Torrenti, citado por Goduino, se lee que era *constantinopolitano*, á lo que parece adherirse el mismo Goduino (5), y tambien Fabricio (6). Algunos creen que del cognombre *Constantinus*, se formó el *Constantinopolitanus*. Si no fué natural de Constantinopla, porque esta voz del códice Torrentino se atribuye á vicio de los copistas, puede presumirse que naciera en Constantina (7) de África, y que

(1) Fabr. *Bibliotheca latina*, tom. I, páginas 179 y 180.

(2) God. *Praefatio Com. Caes.*, pág. XI.

(3) Fabr. *Bibliotheca latina*, tom. I, página 177.

(4) *Ego vero vir clarissimus Marcellinus Comes.* (Marcell. *Chron.*)

(5) God. *Praefatio Com. Caes.*, pág. XI. Si el códice Torrentino corresponde al fin del siglo XI ó principios del XII, porque sea el mismo que Oudendorpio llama Lovaniense, es de bastante autoridad.

(6) Fabr. *Bibiotheca latina*, tom. I, página 179.

(7) Era la antigua *Cirta*, ciudad de la Numidia segun Strabon, y mansion real de Masinissa. Mela la llama *Cirtha* y *Sittianorum Colonia*. Ptolomeo *Cirta Iulia*. Aurelio Victor, que vivió á fines del siglo IV, escribe en sus *Césares*, que le fué impuesto el nombre de *Constantina*.

del nombre de esta ciudad tomase el *cognomen* de *Constantinus*, como era muy frecuente en aquella época.

Toda vez que debió florecer á fines del siglo v ó principios del vi, ó sea ya en los tiempos de la ínfima latinidad, y que fué natural de Constantina ó de Constantinopla, en cuyas ciudades es muy probable viviera algunos años, no ha de extrañarse que el libro del *Bello Hispaniense*, que enmendó, se halle plagado de varios helenismos, hasta de algunas frases hebráicas que ahora se advierten, y de no pocos términos bárbaros, quizás debidos á correcciones posteriores. Así se explica á maravilla, porque á Cujacio pareció esta obra traducida del griego, y no creyó que fuera el mismo original latino la que hoy poseemos, y porque, aunque la tuvo por escrita en la lengua del Lacio, opinó Goduino que su autor no era ni aún galo, ni aún germano. Las enmiendas que Julio Celso y otros posteriormente hayan podido introducir en el texto, á veces nos separaran de lo que expusiera el antiguo Historiador; pero no deben conducirnos hasta el extremo de afirmar, que ni romano pudiera ser quien hubiese escrito la *Guerra de España*. Basta para justificar nuestro dictámen, referirnos á lo que dicen los célebres Scaligero y Vosio sobre el estilo del *Bello Hispaniense*, para que no pueda dudarse, que á pesar de su rudeza y desaliño, se escribiera desde luego en la hermosa habla latina (1).

Juzgamos oportuno, antes de poner término á estas observaciones, dar cuenta del fragmento de esta campaña, que unos atribuyen al citado Julio Celso, y otros á Petrarca. Al comienzo del siplo xvii Gothofredo Jungermann publicó una edicion de los *Comentarios de César*, en la cual dió á la estampa un fragmento de la *Guerra de España*, que le comunicó Jacobo Bongarsio. Se encontró en el códice Cujaciano sin nombre alguno de autor, y en el Petaviano bajo el de Petrarca, segun advierte el mismo Jungermann. Pero Gerardo Juan Vosio, notó que estaba sacado de los *Comentarios de la Vida de César*, atribuidos á Celso, que se dieron á luz en 1473, sin expresarse el lugar de la impresion.

Petrarca nació el 20 de Julio de 1304, como dice en su *Epístola á la posteridad*, y murió el 18 de Julio de 1374. El inglés Gualtero Burley que florecia por el año 1270 (más de treinta años antes del nacimiento de Petrarca), en su obra de las *Vidas y costumbres de los filósofos y poe-*

(1) G. J. Vosio, *De Historicis latinis*, lib. 1, cap. 13.

tas antiguos, que publicó Arnoldo Hornen en 1472, traslada varios pasajes tomados de estos *Comentarios*, que cita bajo el nombre de Celso. Vicente Bellovacense, que murió cincuenta y cinco años antes de nacer Petrarca, en su *Speculo historial* desde la creacion del mundo hasta el año de Nuestro Señor Jesucristo 1244, menciona en el lib. VII á Celso, y copia ciertos dichos ó sentencias morales, que todavía se encuentran en los referidos *Comentarios de la Vida de César*. Juan, obispo Saresberiense, hace lo propio, bajo el nombre igualmente de Julio Celso, en su obra de *Nugis curialium*, compuesta en el siglo XII (1). Así, pues, del citado fragmento no puede ser autor Petrarca. Creemos más bien con Oudendorpio, que su nombre, puesto en el códice Petaviano, tal vez indique que fué antes el poseedor del manuscrito.

Otros han creido como queda ya indicado, que su autor fué el mismo Julio Celso, que enmendó los *Comentarios de César*. Como los manuscritos que estaban castigados por su mano, corriesen con más autoridad, los copiantes, para prestársela á sus nuevos traslados, les anteponian esta inscripcion: *C. Julii Caesaris per Julium Celsum, vel Commentarii Julii Celsi:* que todavía se encuentran en algunos códices, siendo uno de ellos el manuscrito Oxoniense, que no vió Vosio, y otro el que halló Lipsio en el colegio Atrebatense de Lovaina. Estos dos célebres críticos combatieron el error de que los *Comentarios de César* fueran de Celso; pero Vosio incurrió á su vez en otro, creyendo que este mismo enmendador de los *Comentarios* era el autor de los publicados en 1473, y por lo tanto del *Fragmento de la Historia de César* que comprende el *Bello Hispaniense*. Basta cotejarlos con los que corrigió, para conocer que no pueden ser de la misma mano. Contrayéndonos á nuestro libro de la *Guerra de España*, lo hemos comparado cuidadosamente con uno de los códices enmendados por Celso, y resulta que en todo siguió este el órden que se trazó Hircio, sin interpolar nada de otros escritores, al contrario que el autor del *Fragmento* referido.

Al principio alude el autor citado á la venida de César á la España

(1) Los escritores de la época del renacimiento incurrieron en idéntico error, siguiendo las huellas de los de la edad media. Jacobo Magno Toledano en su Sophologio (lib. 5, cap. 13.), y Alberto de Eyb en su Margarita Poética (*De vita philosophorum*, fól. 199), citan siempre estos *Comentarios de la Vida de César*, de donde está sacado el fragmento publicado por Jungermann, bajo el nombre de Julio Celso; y de aquí que Luis Carrion atribuyera los siete libros de la guerra de las Galias de César á Julio Celso, y Florido Sabino le achacara los tres libros de la guerra civil.

Ulterior en veinte y cuatro dias, lo cual está tomado de Suetonio. Despues describe pomposamente el combate naval entre Didio y Accio Varo en las aguas del Estrecho, en lo que se conoce ha querido imitar la narracion de Floro, al cual cita por su nombre más adelante al hablar del extremo peligro en que se vió César en la batalla de Munda. Es verdad que estos escritores florecieron antes de la época en que vivió Celso, y pudo citarlos y extractar de sus obras en otros comentarios diversos de los que escribieron César y su continuador. Pero lo que no se concibe es que quien, al corregir el texto del *Bello Hispaniense*, puso todo lo relativo al asedio de *Attegua* conforme á lo que escribió Hircio, lo trastorne completamente, suponiendo en Córdoba cuantos hechos este relata como acaecidos en la plaza de *Attegua*, la cual ni una sola vez se menciona en el *Fragmento*. G. J. Vosio creyó que este era de Celso, porque supuso del mismo escritor la *Vida de César*, edicion de 1473, que hoy se ha hecho rarísima (1). Pero Grevio, que la tuvo presente, y volvió á darla á la estampa, afirma que ni al frente de ella, ni al pié (como era costumbre en el primer siglo de la imprenta), se halla el nombre del autor, por lo que con más propiedad Dionisio Vosio le llama *Anónimo*. Finalmente, lo que resuelve toda duda, es que, sea quien fuere, este escritor desconocido alega la autoridad del mismo Celso (2): luego este no puede ser el autor de los referidos *Comentarios*, y consiguientemente tampoco del citado *Fragmento*. Así lo afirman Dodwell en su *Disertacion* y Fabricio en su *Biblioteca latina*; y á este dictámen se inclina tambien Grevio en su prefacio á la edicion, que publicó de dicha *Vida de César*.

No es posible saber el nombre del que compuso esta *Vida;* pero si podemos investigar algunas circunstancias de la suya. En el lugar de la guerra africana, que corresponde al cap. LXXXVI en las actua-

(1) J. Goduino confiesa que no pudo hallarla en las más celebres Bibliotecas, á pesar de haberla buscado con exquisita diligencia. *(Com. Praef. Caes.* pág. X.) Por medio del Sr. Fernandez-Guerra tuvimos noticia que en los indices de la Biblioteca del señor duque de Osuna resultaba la edicion de 1473; pero no se encontró en el estante á que correspondia. J. G. Grevio poseyó un ejemplar, y lo reimprimió con algunas notas. (*Amstelodami:* 1697.) Tambien salió á luz en Lóndres el mismo año; y en Leiden se reprodujo la edicion de Grevio en 1713. Por último, en 1820 se ha hecho otra más correcta por N. E. Lemaire en su *Bibliotheca classica latina*.

(2) *Suetonius auctor certissimus, Germanorum hoc in finibus accidisse ait. Julius autem Celsus comes, et qui rebus interfuit, Eburorum in finibus factum refert. (Vit. C. Iul. Caesaris*, pág. 92, edit. Lemaire.)

les ediciones, donde dice Hircio, hablando de César: «*Postero die, divina re facta:*» pone el *Anónimo:* «*Postero autem die, sacrificio diis facto, dignus vir qui uni et vero Deo sacrificium faceret, et pro eo expugnaret.*» (1) No pocas veces condena y se mofa de la supersticion de los gentiles, principalmente de los romanos en sus auspicios y cosas sagradas: todo lo cual revela que este *Anónimo* era cristiano. Esto mismo se comprueba por otro pasaje del citado libro de la campaña de África, por el que manifiesta hallarse versado en el estudio de los Doctores de nuestra santa Iglesia, puesto que menciona con alabanza el testimonio de San Agustin sobre la muerte voluntaria de Caton: lo que induce á presumir que fuera un monje de la edad media. Grevio dice que no presenta la obra vestigios de antigüedad, afirmando en su tiempo que apenas podia contar cuatrocientos, ó á lo más quinientos años, pues el referido *Anónimo* escribe que los pueblos Morinos se llamaban en su época flamencos (*Flandros*), y Césares los Reyes de Alemania. Igualmente hace mencion, como advierte Dodwell, de las ciudades de Basilea y Constancia, de la famosa ciudad de Paris, y de las provincias de Flándes y Henao. Cita además al mismo César, de quien toma la mayor parte para compouer sus nuevos *Comentarios*, á Ciceron en varias de sus obras, á Salustio, Virgilio, Séneca, Valerio Máximo, Plinio Secundo, Floro, Suetonio, Orosio y San Agustin; y de los griegos á Xenophonte, Platon y Sócrates: todo lo cual prueba la varia y grande erudicion que para aquel tiempo tenia este escritor.

El mismo Grevio añade que no es indigno de ser conocido, y que puede servir de instruccion, no siendo inútil para los que lean ó impriman á César. Casaubon, aludiendo al fragmento del *Bello Hispaniense*, que le comunicó tambien Bongarsio, tampoco forma un juicio desventajoso del autor y del estilo de su obra (2). Dodwell sospecha que este *Anónimo* tuviera por patria á Italia. En tal caso puede conjeturarse que fuese un monje, versado en las letras sagradas y humanas, y nacido en la hermosa península italiana, en uno de cuyos célebres monasterios habitaria hácia el siglo XI ó XII. El final de sus *Comentarios*, ó sea lo que constituye el fragmento del *Bello Hispaniense*, llegó en el siglo XIV á manos de Petrarca, y como poseedor le pondria su nombre, el cual ya no aparece en el otro traslado del mismo *Fragmento*, que Cujacio adquirió en el siglo XVI. Hasta aquí cuanto hemos podido investigar acerca de este autor desconocido.

(1) *Vita C. Jul. Caesaris*, pág. 299. (2) Casaubon, *in Suet. Vit. Caes.*, cap. 56.

Tal fué la suerte de los manuscritos de César y de Hircio. La invencion de Guttenberg hizo que se propagaran, pudiendo considerarse las primeras ediciones como verdaderos códices. Ya las demás salieron castigadas por mano de Felipe Beroaldo, los Aldos, Sebastian Griphio, Vascosano, Roberto Etienne, Roseto Arimontano, Fulvio Ursino, Strada, Justo Lipsio y José Scalígero. Desde este célebre crítico las ediciones que se siguieron forman, por decirlo así, la segunda época, pues introdujo en el texto variantes notables, Jungermann, Zunner, Goesbeeck, Montano, Goduino, Celario, Davis, Clarke, Tho. Bentley, Franc. Oudendorpio, Nathan Moore, Jer. J. Oberlini, J. C. Daehne, Lueuemann, Nipperdeio y Oehler han ilustrado las suyas con interpretaciones, enmiendas y notas eruditas, y principalmente han luchado con las graves dificultades que ofrece el último libro, necesitándose á veces para entenderlo ser Luzbel, como exclama uno de estos críticos. Despues de luengos siglos, habiendo sido reproducido el original por tantos copistas de tiempos y naciones diferentes; habiendo pasado por las enmiendas de Celso y de otros, durante la edad media; pudiera decirse de este libro de Hircio lo que Octavio Ferrari escribió en una de sus epístolas, hablando de Plinio el anciano: «*De Plinio vix spes ulla superest, cum immensum pelagus et summa dies inflans vela colligere et retro cursum vertere compellat. Itaque labor omnis non sine fructu per tot annos magno scriptori impensus frustra susceptus fuerit. Sic Dii voluere.* (1). ¡Dichosos nosotros si en medio de los errores que inadvertidamente y contra nuestra voluntad hubiésemos cometido, una vez tan sola hubiéramos llegado en nuestra *Munda Pompeiana* á interpretar y corregir con fortuna el texto de Aulo Hircio!

(1) Fabricii, *Bibliotheca latina*, tom. I, pág. 505.

APÉNDICE NÚM. VIII.

—

DEL MILIARIO ROMANO Y DEL ESTADIO GRIEGO.

En todo el discurso de la presente obra damos una equivalencia determinada á las medidas longitudinales más usadas entre los antiguos, como son la milla y el estadio, la que si bien no debe ofrecer dificultad siendo la más corriente y admitida en nuestros dias, pudiera, sin embargo, ser motivo de duda y confusion para algunos, á causa de la diversidad que se nota sobre este punto, y con objeto en tal caso de esclarecerlo, tratarémos brevemente acerca de las indicadas medidas y de las diferentes correspondencias que se les han supuesto con las modernas.

I.

La milla, *mille passus*, en plural *millia passuum*, dicho tambien simplemente *milliarium* y *millia*, fué entre los romanos la medida itineraria legal, y por ello las grandes vías militares de dentro y fuera de Italia y en general todos los caminos del imperio llegaron á estar señalados por piedras colocadas á la distancia de cada *milliario*, y que se decian por tanto piedras *milliarias*, ó solamente *lapides*. El primero que tuvo el pensamiento de marcar de este modo la extension de los caminos fué Cayo Graco, segun refiere Plutarco en la *Vida* de aquel, capítulo VII. El *milliario*, como dice S. Isidoro (1), constaba de mil pasos, teniendo cinco mil piés, porque cada paso comprendia cinco de estos últimos.

Para saber, pues, la extension verdadera del *milliario*, es menester averiguar la que tenia al justo el pié antiguo romano. De las pro-

(1) Divi Isidori, *Etymolog.*, lib. 15, cap. 16, núm. 2.

porciones que dan á este los escritores de la antigüedad que se ocuparon en esta materia, no puede deducirse con cabal certeza la relacion de aquella medida con la que hoy se conoce con el mismo nombre de pié, y sirve tambien de unidad á que referir el largo de las distancias.

En vista de la incertidumbre que dejan sobre este punto los escritores, ha sido preciso recurrir á los antiguos monumentos, y entre estos los primeros que han fijado la atencion de los sábios, han sido los sepulcros en que se ha encontrado la marca del pié antiguo como signo en general de la profesion de aquellos cuyos cuerpos encerraban. Tales son el pié que apareció grabado en la tumba de *Cn. Cossutio*, el de la de *T. Statilio* y el de la de *M. Aebutio*, así como el de otro sepulcro sin inscripcion hallado entre las ruinas de la *Via Aurelia*, y donado por el marqués Capponi al museo del Capitolio, donde fuéron tambien colocados los tres antedichos. Pero la medida de estos piés ni resulta una misma en los cuatro, ni todos los curiosos ó eruditos que han publicado la de cada uno de ellos la han presentado en exacta conformidad con las medidas ó proporciones á que los demás se han referido.

Las marcas del pié romano fundidas en bronce ó hierro, de que se ha encontrado gran número entre las ruinas de Roma, parecen ofrecer más seguridad que las grabadas en mármol, puesto que aquellas fuéron hechas evidentemente con el objeto de representar el pié legal romano. La medida justa de tres de estas marcas ó patrones antiguos que Lúcas Paetus encontró mejor conservados que los otros, é hizo grabar en una tabla de mármol, colocándola en el Capitolio, han dado origen al famoso *pié capitolino* que los más de los escritores modernos ofrecen en sus obras como el verdadero pié romano; pero no todos dan tampoco exactísimamente la misma extension á estos modelos. Las diferencias que se han observado entre estos y otras marcas ó patrones antiguos de bronce, han hecho sospechar á alguno que en Roma se usase de piés distintos para los diversos usos de la vida civil; pero entre los antiguos escritores no se encuentra el más mínimo rastro que pueda apoyar este supuesto.

Las piedras miliarias, algunas de las cuales se conservaban hace pocos siglos en los mismos lugares, ó muy próximas á aquellos que debieran tener, en las antiguas vías romanas, han servido tambien de estudio á los eruditos para hallar la medida del pié romano por aquella que han dado á la distancia que separaba unas piedras de otras; la re-

lacion entre los antiguos pesos y medidas; entre las medidas de capacidad y las que lo eran de sólo extension ó longitudinales; el ancho, el largo, la profundidad, la altura de las antiguas construcciones, de los puentes, de los acueductos, de los circos, de los teatros, de las naumaquias, de los templos, de los obeliscos, de los grandes sepulcros, y por último, las proporciones arquitectónicas de las diversas partes de los antiguos edificios; todo, en fin, cuanto pudiera suministrar algun dato para fijar la medida exacta del pié romano, se ha puesto en contribucion por los varios estudiosos de la antigüedad que se han sucedido desde el siglo XV en las naciones cultas de la Europa, sin que se haya obtenido un resultado fijo é irrecusable en el que todos tuviesen que convenir precisa y absolutamente.

Dos cuestiones principales se enlazan con aquella otra de la justa dimension del antiguo pié romano; á saber, la de si esta fué igual en todas las épocas de la dominacion de aquel gran pueblo, y la de si fué una misma en todas las provincias que tuvo sometidas á su imperio. La primera sólo puede tener lugar entre los tiempos anteriores à Vespasiano y Tito y los posteriores á estos emperadores; pero no hay monumentos ni datos históricos que den motivo á sospechar otras más antiguas diferencias en la época de la república ni á los principios del imperio. La segunda no está encerrada en aquellos límites, y es precisamente la que se ha agitado con gran calor entre nuestros escritores patrios de los siglos XV y XVI.

Para resolver esta cuestion, y aún para plantearla, no tuvieron nuestros eruditos del dicho tiempo otro fundamento ni motivo, que la conformidad ó desemejanza que hallaron entre la medida que se les envió de Roma como la exacta del pié encontrado en esta ciudad, y la proporcion que sacaron de la distancia que ellos midieron entre las piedras miliarias entonces existentes en el camino llamado de la *Plata*, entre Mérida y Salamanca, ó del circo y naumaquia cuyos restos se conservan aún en la primera de estas dos ciudades, ó del acueducto romano que todavía le suministra el agua. El resultado de las operaciones de algunos fué hallar el pié antiguo español conforme con el de Roma, mas otros hallaron, por el contrario, que las distancias del dicho camino y las proporciones de los edificios referidos venian al justo con la vara española, y por tanto con nuestro pié, infiriendo que fué de este y no del de Roma del que se valieron los mismos romanos para medir las grandes vias que trazaron en nuestro suelo, y levantar los monu-

mentos copiosísimos de que lo cubrieron (1). Esto no deja de ofrecer extrañeza atendido el carácter de aquel pueblo, que imponia siempre á los vencidos sus leyes, su religion, su lengua y sus costumbres, hasta el punto de que llegó á asimilarlos con él mismo completamente. Seria, sin embargo, admisible si la extension exacta del pié romano estuviese fijada de modo que ofreciese una notable diferencia entre aquel y el que se viese usado en los caminos y edificios de España pertenecientes á la época de que se trata. Mas ni aquello ha llegado aún á conseguirse, ni menos puede compararse seguramente con las medidas que se hayan hecho en nuestra patria, cuando, como todavía casi sucede, no habia uniformidad ninguna en el marco de vara de las diversas ciudades, no sabiéndose de cuál de ellos se valieron, y sí que usaron por lo general de cuerdas, método sujeto á mil contrariedades.

Que en el inmenso ámbito á que se extendió la dominacion romana, se conservaron, sin embargo, como medidas, piés que fuesen de distintas proporciones que el que corria como legal en toda Italia, parece al menos deducirse del siguiente pasaje de Hyginio en su fragmento *De limitibus et de condicionibus agrorum* (2). «*Neque hoc praetermitam, quod in provincia Cyrenensium comperi, in qua agri sunt regii, id est illi quos Ptolemaeus rex populo Romano reliquit..... Praeterea pes eorum, qui*

(1) El Doctor Sepúlveda, como aparece de la Epistola que escribia al rey don Felipe II siendo principe, midió los intérvalos de los mármoles que habia entonces puestos en el camino de la Plata, y dedujo de sus mediciones, que el pié español conformaba en todo con el romano, ó lo que es lo mismo, que en España no hubo un pié especial durante la dominacion romana, sino que se usó en ella del de Roma.

Antonio de Nebrixa midió el circo y naumaquia de Mérida y las distancias que mediaban entre los mármoles del camino de la Plata; pero aunque dijo que dejaria escrito el resultado de sus mediciones en la librería de Salamanca, no apareció luego en esta.

El maestro Esquivel para suplir este defecto, y hallar la exacta proporcion del pié antiguo español (pues desde luego se le suponia distinto del de Roma), midió las distancias que habia entre los diversos castillos del acueducto de Mérida, y halló que tenian cincuenta varas al justo cada una, de lo que infirió que el pié que se tuvo en cuenta al marcar la separacion de estos castillos, debió ser igual al que es tercia de nuestra vara, por entrar cabal 150 veces en la medida de estas distancias. Midió luego los miliarios marcados aún entonces en el camino de la Plata; y halló 33 cordeles y 1/3 de 50 varas en cada uno, ó sean 5.000 piés nuestros por cada miliario; de donde concluye ser el pié antiguo español igual al de hoy y no al de Roma en la época de su dominacion en España, en la que aparece ser este algo mayor.

(2) *Gromatici Veteres, ex recensione* Lachmani: Berlin, 1848, pág. 122 y 123.

Ptolemaeicus appellatur, habet monetalem pedem et semunciam..... Item dicitur in Germania in Tungris pes Drusianus qui habet monetalem pedem et sescunciam. Ita ubicumque extra fines legesque Romanorum, id est, ut sollicitius perferam, ubicumque extra Italiam aliquid agitatur, inquirendum, et de hac ipsa condicione diligenter praemoneo, nequid sit quod praeterisse videamur».

Además de las dos especies de pié que aquí se señalan como distintas del monetal ó romano, habia el pié griego que, como luego se verá, excedia tambien á aquel en una *semuncia* á manera del Ptolemáico, por lo que este pudo traer su orígen de él, pues la provincia Cyrenense fué antes habitada por los griegos. Ni es menos cierto que por las medidas peculiares de alguna provincia se hubieron de marcar y contar en ella las distancias de los mismos caminos que construyeron los romanos. Así dice Ammiano Marcelino, hablando de la comarca que cae entre el Saona y el Ródano, en el lib. XV de su *Historia*: «*Ex inde non millenis passibus, sed leugis itinera metiuntur*». Esto se ve confirmado por la Tabla de Peutinger, en la cual al llegar cerca de *Lugdunum*, se leen estas palabras: «*Usque hic leugas*». Del mismo modo en el *Itinerario Hierosolymitano*, publicado por Wesseling (*Vetera Romanorum Itinera*), se ven los intérvalos señalados entre los lugares que median desde Burdeos á Tolosa, expresados en leguas y de aquí adelante en millas.

Nada, pues, hay contradictorio en sostener que en los caminos y obras públicas de España pudieron valerse los romanos de la medida peculiar de nuestra nacion, aun cuando apareciese confundida con la romana por tener el mismo nombre de *pié* y entrar igual número de veces á componer mayores distancias, porque el *pié*, el *codo*, el *palmo*, el *dedo*, y en general cuantas medidas están sacadas del cuerpo humano, han sido comunes á los pueblos, y con ellas han formado á veces las mismas combinaciones, pero diferenciándose en la extension de su base. Admitida la posibilidad, falta, no obstante, probar la realidad del hecho, con respecto á nuestra patria, y esto es lo que no se ha logrado por los que lo intentaran, á causa de las razones antedichas: de modo, que ínterin por nuevos textos ú observaciones más exactas no se demuestre lo contrario, debemos atenernos á que en España, lo mismo que en la mayor parte de las provincias del imperio romano, las medidas longitudinales, así como las demás, eran unas mismas con las de Roma, no sólo en su computacion sino tambien en la extension de sus unidades.

Volviendo, pues, al tamaño del pié romano, y para compararlo con nuestras medidas actuales, dirémos que examinada á mediados del pasado siglo la vara castellana del patron conservado en Búrgos, por D. Jorge Juan, se halló, segun lo que publicó á la pág. 304 de las *Observaciones astronómicas y físicas*, hechas por él mismo de órden del Rey, é impresas en Madrid, año de 1748, que dividida la dicha vara castellana en 3.710 partes iguales, el pié romano del Capitolio tiene 1.306 de ellas, y como cada una de estas partes equivale exactamente á un décimo de línea del pié de rey de Paris, puesto que este tiene, segun D. Jorge Juan, 1.440 de las dichas partes de vara, se sigue que la extension que dió aquel al pié romano es igual á la que le han dado el mayor número de los modernos escritores, ó sean 1.306 décimos de linea del pié real de Paris.

Algunos, sin embargo, tomando por base esta propia medida de D. Jorge Juan, la han equivocado con otra que haga que trece piés castellanos equivalgan á doce romanos, pues siendo el largo de cada uno de aquellos la tercera parte de nuestra vara, deberá comprender 1.236, tercera parte de las 3.710 en que se supone dividida aquella, y para que el pié romano estuviese con él en la proporcion de 12 á 13, seria menester que excediese á este en una dozava parte de su extension, ó lo que es lo mismo que tuviese 1.339 partes de las 3.710 de la vara castellana, ú otros tantos décimos de línea del pié francés. El mismo exceso de una dozava parte parece que supone nuestro *Diccionario de la Lengua* en el pié romano, que dice ser igual al pié geométrico con respecto al pié de Castilla, pues establece entre ellos la proporcion de 1.000 á 923, y como 77, que es la diferencia que hay entre ambos números, viene casi á ser la dozava parte de 923, se sigue que esta proporcion es igual á la de 12 á 13, ó séase la de 1.339 á 1.236.

Ignoramos de qué datos está sacada semejante proporcion, pero seguramente es la que ha supuesto mayor extension al pié romano, porque de ningun antiguo monumento se le ha sacado con más tamaño que del *congio*, que fabricado en el sexto consulado de Vespasiano, tercero de Tito, fué colocado en el Capitolio como medida exacta de este peso en su capacidad, y que descubierto con la inscripcion que así lo declara, se halla expuesto en el palacio de Farnesio; y sin embargo, la relacion en que se supone la anchura media de esta medida, segun los diversos grabados que de ella se han publicado, con la extension del pié romano, no da á este mayor largo que de poco más

de 133 líneas del pié francés, cuando la proporcion con el pié castellano de 1.236 á 1.339 le daria un solo décimo de línea menos que 134 líneas de Paris.

Como quiera que dicha extension está muy léjos de la que en vista de los demás antiguos monumentos se ha dado generalmente al pié romano, limitarémos el máximum de su tamaño, para que pueda servir de un término racional de comparación, á 132 líneas, ó sean 1.320 décimos de líneas del pié francés, igual á otras tantas partes de las 3.710 de la vara castellana. Este mismo número y el de 1.306, antes indicado, son con efecto los dos extremos que encierran del uno al otro las principales evaluaciones que se han hecho con arreglo á las medidas más exactas que se han podido encontrar del pió romano.

Como no es posible convenirlas todas, ni seguro el elegir una sola, el modo de hacer los errores menos considerables es únicamente el tomar por tipo el número que media entre ambos extremos, ó sea el de 1.313, justo medio entre el de 1.306 y el de 1.320, décimos de línea francesa ó partes de la vara española. Este número tiene el mérito además de encontrarse al parecer acorde con la proporcion que señalan los antiguos escritores entre el pié romano y el pié griego, segun la extension que á este último parece tambien que debe dársele para concordar su geografía.

Por otra parte, como antes se ha indicado, hay datos sacados de las proporciones arquitectónicas que entre sí tienen las partes de los antiguos edificios, para creer que antes del imperio de Tito el pié romano era algo más grande, viniendo á tener como 1.311 décimos de línea del de Paris, y que habiendo perecido el modelo ó patron legal que de dicho pié parece se guardaba en el Capitolio, en el incendio de este ocurrido en su tiempo, resultaria algo menor dicho modelo al renovarlo, como fué preciso renovar el *congio* antes citado, en el imperio de su padre, porque lo destruyera el anterior incendio de los Wittelianos ; y así se encuentra usado un pié más pequeño en los edificios de la época de Severo y Diocleciano, pudiendo referirse tambien á esta los modelos ó patrones de bronce que se han hallado con menores dimensiones.

Finalmente, el largo de 1.313 décimos de la linea, ó séanse partes de la vara ya dichas, no sólo es más conforme al pié que se ve usado en Roma á principios del imperio y en tiempo de la república, sino que el miliario que se forma de esta extension del pié, tiene la ven-

taja de caber, sin formar fraccion, setenta y cinco veces en el grado medio del meridiano terrestre (al que respectan la mayor parte de las medidas del mundo antiguo), ó veinte y siete mil veces en el perimetro del globo, equivaliendo por tanto, próximamente, á la longitud de 1.500 metros.

II.

La palabra Στάδιον ó Στάδιος, que de los dos modos puede decirse, parece expresar, en su significacion primitiva, la distancia que un hombre vigoroso y dispuesto puede atravesar, corriendo rápidamente, sin pararse á tomar aliento ni reponer sus fuerzas.

Una antigua tradicion griega atribuia á la carrera que dió Hércules de este modo, la fijacion de la medida que conservó aquel nombre, no sólo entre los griegos sino tambien entre los romanos. «*Hoc primum Herculem statuisse dicunt* (escribe S. Isidoro hablando del estadio), *cumque eo spatio determinasse, quod ipse sub uno spiritu confecisset : ac proinde stadium appellasse, quod in fine respirasset, simulque stetisset*» (1).

Este espacio, medido por Hércules en su carrera, constaba de seiscientos piés de los de aquel héroe; y de aquí el que el estadio tuviese siempre entre los griegos seiscientos piés de extension, por más que el tamaño particular de estos piés se abreviase ó alargase luego, y de que fuese distinta la relacion del estadio griego con los piés usados por otras naciones, que adoptaron, sin embargo, aquella medida, comprendiendo en ella el mismo espacio que los griegos, lo cual aconteció á los romanos. Así dice Aulo Gelio en sus *Noches Áticas* (2): «*Nam cum fere constaret curriculum stadii, quod est Pisis (aut Pisae) apud Iovem Olympicum, Herculem pedibus suis metatum, idque fecisse longum pedes sexcentos : caetera quoque stadia in terris Graeciae, ab aliis postea instituta, pedum quidem esse numero sexcentum, sed tamen esse aliquantulum breviora.....*» etc.

Plinio en su *Historia Natural*, cap. XXIII del lib. II, nos ha comunicado la relacion del estadio griego con el paso y el pié romanos, diciendo: «*Stadium centum viginti quinque* NOSTROS *efficit passus, hoc est, pedes sexcentos viginti quinque*».

(1) Divi Isidori, *Etymolog.*, lib. 15, capítulo 16, núm. 4.

(2) Auli Gellii, *Noct. Attic.*, lib. 1, capítulo 1.

Estos 625 piés romanos multiplicados por 8, ó tomados ocho veces, dan 5,000 piés, ó sea el *mille passus* romano, como dice Columela en el cap. I de su lib. III *De re rustica: «Stadium deinde habet passus CXXV, id est pedes DCXXV, quae acties multiplicata efficit mille passus, sic veniunt quinque millia pedum»*. De modo, que el *milliaria* romano vino á ser computado en ocho estadios griegos, y cada ocho estadios griegos equivalian á un *milliario* romano.

Esto es lo que dice Strabon en el lib. VII de su *Geografía*, cap. VII, pár. IV, donde hablando de la *Via Egnatia*, que desde *Apollonia* (ciudad en *Illyria)* se dirigia por la Macedonia hácia el Oriente, dividida y señalada por miliarios, con su piedra puesta en cada uno, hasta *Cypselo* y el rio *Hebro*, conteniendo 535 miliarios, añade á este propósito : «Que si por cada *mille passus*, como está recibido, computas ocho estadios, tendrás 4,280 estadios». Este modo de computar el miliario romano por ocho estadios griegos, y al contrario, es, como dice Strabon, el *recibida generalmente* por los escritores de una y otra nacion; por eso es bien extraño que diga despues de las palabras anteriores : «Pero si se sigue á Polybio, que añade á los ocho estadios dos yugadas, esto es, un tercio del estadio, se han de añadir entonces 178 estadios, tercio ó tercera parte del número de miliarios». Strabon, al hablar de esta al parecer especial computacion de Polybio, tenia sin duda á la vista un pasaje del lib. XXXIV de este historiador, que era enteramente geográfico, pero que está perdido para nosotros.

Sin embargo, el mismo Polybio, en el lib. III de su *Historia*, cap. XXXIX, hablando del camino de Hércules á lo largo de la costa del Mediterráneo, al que da cerca de 8,000 estadios, añade para confirmar mejor esta distancia : «Que sus intérvalos son ahora cuidadosamente medidos por los romanos, y señalados de ocho en ocho estadios por piedras miliarias». De consiguiente, ó hay contradiccion entre estos dos pasajes de un mismo escritor, ó Strabon no expresó bien la mente de Polybio en aquel á que alude, pues resulta del modo que lo refiere el geógrafo griego, el menos conforme con la opinion generalmente aceptada, que se ha visto tener tan conocida el mismo Polybio. Por tanto, es de suponer que este historiador, al hablar de geografía, ciencia que los romanos importaron de su país, advirtiese á sus compatriotas, que siempre contaban el estadio como medida de 600 piés, que con ocho de este número, siendo romanos, no podia formarse el *mille passus* de estos, sino que era menester añadir el tercio de un estadio, es decir, 200 piés, para

completar el *milliario*, que tenia 5,000 piés y no 4,800, como resultaria computando los ocho estadios á 600, á estilo griego,

Falconer en su nota al pasaje de Strabon ya citado, ha trocado completamente los frenos, pues queriendo explicar con D'Anville la diferencia entre aquel y Polybio, por la que hay entre el pié romano y el griego, supone que este es menor que el otro en la proporcion de 24 á 25, cuando lo cierto es que es mayor en la misma proporcion, de modo que donde hay 24 piés griegos se encuentran 25 piés romanos; y si los romanos, como él dice, numerasen tantos piés en el estadio como enumeran los griegos, es decir 600, entonces 24 estadios romanos no se igualarian, como él añade, á 25 estadios griegos, sino 24 estadios griegos á 25 romanos, ó lo que es lo mismo, en una extension que tuviese 25 piés ó 25 estadios romanos, no cabrian sino 24 piés ó 24 estadios griegos; pues que el pié griego era el que excedia al romano en una *semuncia*, ó séase mitad de una de las doce onzas en que los latinos dividian su unidad ó *as*: igual 1/24.

Con estos datos, y no con los que da Falconer, es como está bastante claro, porque á los 4,280 estadios de que habla Strabon, si se computaba cada uno de ellos á 600 piés, como hacian los griegos, habia que añadir la vigésima cuarta parte de aquel número de estadios, ó sean 178, para completar los 535 miliarios de á 5,000 piés.

Esta proporcion de ocho estadios por un miliario, y de 24 piés griegos por 25 romanos, no debe mirarse, sin embargo, sino como una aproximacion, no como una relacion exacta y precisa entre ambas medidas, pues que cada una de ellas fué independientemente establecida por un pueblo diverso, que tardó mucho en compararla con la del otro. Así es que Plutarco, al hablar en la *Vida de Cayo Graco* de las piedras miliarias que este hizo colocar en los caminos, dice que «la milla romana contenia un poco menos de ocho estadios». Pero aún cuando hubiese alguna pequeña diferencia en la extension material de estas dos medidas, en la manera de computarla están conformes, como se ha visto, así los escritores griegos como los latinos.

Sólo Censorino es el que parece oponerse á lo hasta aquí dicho acerca del estadio, pues que los hace de varias clases, dándole á cada una distinto número de pies, diciendo en el cap. XIII *De Die natali*: «*Stadium autem in hac mundi mensura* (la de Eratóstenes), *id potissimum intelligendum est, quod Italicum vocant, pedum DCXXV, nam sunt praeterea*

et alia, longitudine discrepantia, ut Olympicum, quod est pedum DC, item Pythicum, pedum CIϽ.»

Evidentemente el gramático del siglo III de nuestra era procedió con marcado error en este pasaje, pues supone que Eratóstenes se valiera del estadio itálico en su célebre medida de la tierra, y esta suposicion, absurda á todas luces, sin duda tuvo para él orígen en la reduccion que así Vitruvio en el lib. I, cap. VI, núm. 9 de su *Architectura*, como Plinio en su *Historia Natural*, lib. II, cap. CVIII *circa finem*, hacen de los estadios que midió Eratóstenes, á miliarios romanos, Romana computatione, como advierte expresamente el mismo Plinio. De modo, que no sólo se ve en esto la fuente del primer error de Censorino, sino más claramente aún lo que desde luego han deducido todos los críticos, á saber, que entre el estadio Itálico y el Olímpico *nulla est differentia*, porque los 625 piés del uno son iguales á los 600 piés del otro, á causa del mayor tamaño del pié griego que excede en esta misma proporcion al romano.

En cuanto al estadio *Pythico*, los más de los escritores modernos convienen en que, ó los mil piés que Censorino le señala comprenden la doble carrera, es decir, la vuelta completa de este circo, ó que la cifra *CIϽ* está errada debiendo leerse *IϽ*, resultando de ambos modos que este estadio era menor que el Olímpico, pues este último era el mayor entre los griegos, como afirma Aulo Gelio en el lugar antes citado, donde añade estas palabras: *«Facile intellexit modum spatiumque plantae Herculis ratione proportionis habita, tantum fuisse quam aliorum procerius, quantum Olympicum stadium longius esse quam caetera»*. Ni por ser más pequeño tendria el estadio *Pythico* menos de 600 piés, pues este número lo tenian todos, como advierte Gelio, sino que serian estos más breves, segun este dice, y por eso Censorino hallaria menor número de aquellos.

En la época de Censorino pudo, sin embargo, conocerse ya un estadio de más extension que el Olímpico, pues que casi desde su mismo tiempo parece computarse de otro modo el miliario romano, tomándose por cada uno de estos, siete estadios y medio en vez de ocho, como se habia practicado hasta entonces. Así se ve que Dion Casio, historiador que floreció como aquel gramático en el siglo III de Jesucristo, dice que la jurisdiccion del *Praefectus Urbi* se extendia 750 estadios más allá de la ciudad: «μέχρι πεντήκοντα καὶ ἑπτακοσίων σταδίων» (1); y en el títtulo XII *De officio Praefecti Urbi*. del lib. I del *Digesto* (fragmento

(1) Dion, *Hist. Rom.*, lib. 52, cap. 21.

primero de Ulpiano), se encuentra que la dicha extension era de cien miliarios: *«Sed et si quid intra centessimum milliarium admissum fuit, ad Praefectum Urbi pertinet»*.

Juliano Ascalonita, autor que puede ser mirado como contemporáneo de Dion Casio, nos muestra más claramente esta variacion, que en su tiempo existia ya sobre el número de estadios que tenia el miliario, al tratar de estas y de las demás medidas de su época en general, *(De Menssuris)* de las que se hace cargo primeramente en su *Formae Praefecti Praetorio*, fragmento que de este escritor nos ha conservado Constantino Harmenópulo en el párrafo XII, tit. IV del lib. II de su *Hexabiblos, sive Manuale Legum*. El *milliario*, dice Juliano en dicho fragmento, *segun los geógrafos Eratóstenes y Strabon, tiene ocho estadios y un tercio;* y aunque en este punto no parezca andar muy acertado, pues ni Eratóstenes, que acaso no tuvo ni siquiera idea exacta del miliario romano, habria de entrar en semejante comparacion con el estadio, ni fuéron ocho y un tercio de estos, sino ocho solos los que Strabon dice tener cada miliario, por lo que esta cuenta debió ser hecha por el mismo Juliano, que hallando el estadio de 600 piés para los griegos y el miliario de 5.000 para los romanos, comprendió que se necesitaba multiplicar el primer número por ocho y tercio para producir el segundo; esta parte de su texto no hace tanto á nuestro propósito como la siguiente, en que añade: «Pero segun costumbre ya recibida, ahora (el miliario) tiene siete estadios y medio»: κατὰ δὲ τὸ νῦν κρατοῦν ἔθος στάδια μὲν ἔχει ζϛ'. (1).

En el siglo IV aparece otra novedad en esta correlacion del miliario y el estadio, pues en un fragmento citado por Le-Moyne, y que se atribuye á San Epiphanio, asegura este padre de la Iglesia, ó el escritor á quien este fragmento pertenezca, que el *miliario romano contiene siete estadios*, y Hesychio, Phocio y Suidas hablan alternativamente de siete, siete y medio y de ocho estadios por cada miliario; de modo que en el tiempo de estos autores no puede mantenerse la misma computacion de ocho estadios por cada miliario, que hemos visto adoptada por todos los escritores griegos y latinos, anteriores á esta época.

Una sola dificultad es la que puede ofrecerse á las reducciones que se hagan con arreglo á dicha computacion, aún tratándose de estos escritores más antiguos: la de si los geógrafos griegos de aquel tiem-

(1) Const. Harm., *Hexab.:* Lipsiae, 1851, pág. 240.

po usaran en sus mediciones de otros estadios mayores ó menores que el Olympico, que era solamente aquel cuya extension se acomodaba á entrar ocho veces en el miliario romano. Mr. Gossellin en sus *Observations preliminaires et generales*, que prec.den á la *Geografía de Strabon*, traducida de órden imperial y publicada en Paris, año 1805, insiste gravemente sobre este punto, y quiere demostrar la diversidad de estadios de que se valieron los geógrafos griegos, y los errores que el no advertirla ha producido, no sólo entre los modernos escritores sino entre los antiguos latinos, y aún entre los mismos griegos. Pero aunque demuestre verdaderamente que ni la extension que dió Eratóstenes al largo de la tierra entonces conocida, por ejemplo, ó la que Strabon fijó á toda la Iberia, sin contar rodeos, desde lo alto del Pirineo al promontorio Sacro, ó el ancho que calculó á esta misma region desde el litoral de Astúrias hasta el cabo, ahora de Gata, no resultan conformes á los que hoy se ven en los mapas más exactos, si no se computan sus estadios á 700 al grado, en vez de 600 que son los que corresponden á aquel, tratándose de los Olympicos; esto no probará sino que en estas grandes medidas, que los antiguos tuvieron que hacer por proporciones geométricas, resultaron á dichos geógrafos en sus secciones estadios de menor extension que las que tenia el Olympico, ó que usaron de aquellos porque así convenian mejor para sus cálculos; pero en las distancias pequeñas que hay de pueblo á pueblo no puede caber otra proporcion que la que cada autor dé á las medidas itinerarias de los diversos países, con aquella general de que él use, y Strabon por lo menos ha dicho que el miliario romano, que era la medida ya establecida en casi todas las provincias del imperio, equivalia á ocho estadios, y esta computacion es por tanto la que él haria de todas las distancias de aquellos pueblos entre los que hubiese vías romanas.

TEXTOS

DE

LOS ESCRITORES ANTIGUOS,

REFERENTES

Á LA MUNDA POMPEIANA.

---

§ XX.—Anónimo, *Epitome de Strabon.*—§ XXII.—Anónimo, *Historia de la Vida de César.*—§ XIII.—Appiano, *Guerras Civiles.*—§ XVII.—Aurelio Victor, *Varones Ilustres.*—§ XV.—Dion Casio, *Historia Romana.*—§ XVI.—Eutropio, *Compendio de Historia Romana.*—§ X.—Floro, *Epitome de las cosas romanas, Epitome de Livio.*—§ XI.—Frontino, *Estratagemas.*—§ I.—Hircio, *Guerra Hispaniense.*—§ VI.—Lucano, *Pharsalia.*—§ IX.—Marcial, *Epigramas.*—§ XIX.—Paulo Longobárdico, *Historia Miscella.*—§ XVIII.—Paulo Orosio, *Historias.*—§ VII.—Plinio, *Historia Natural.*—§ XIV. — Plutarco, *Vida de César.* — §. V. — Séneca, *De los Beneficios.*—§ VIII.—Silio Itálico, *De la Guerra Púnica.*—§ II.—Strabon, *Geografía.*—§ XII.—Suetonio, *Vida de César, Vida de Augusto.*—§ IV.—Valerio Máximo, *De las cosas memorables.* — § III. — Veleio Patérculo, *Historia Romana.*—§ XXI.—Zonáras, *Anales.*

I.

HIRCIO.

DE BELLO HISPANIENSI LIBER.

CAP. XXVII. *Eo die Pompeius castra movit, et contra Hispalim (*Ipagrim*) in olivelo constitit. Caesar prinsquam eodem est profectus, luna hora circiter VI visa est. Ita castris motis, Ucubim praesidium quod Pompeius reliquit, jussit ut incenderent, et deusto oppido, in castra majora se reciperent. Insequenti tempore Ventisponte oppidum cum oppugnare coepisset, deditione facta, iter fecit in Carrucam, contraque Pompeium castra possuit. Pompeius oppidum, quod contra sua praesidia portas clausisset, incendit: milesque, qui fratrem suum in castris jugulasset, interceptus est a nostris, et fusti percussus. Hinc itinere facto, in campum Munden-*

LIBRO DE LA GUERRA EN ESPAÑA.

CAP. XXVII. En este dia Pompeio levantó su campamento, é hizo alto en un olivar frente de *Ipagri.* Antes de que César marchase al mismo sitio, se vió la luna cerca de la hora sexta. Movidas así las estancias, mandó *(César á los suyos)* que incendiasen la plaza de *Úcubi,* que Pompeio habia abandonado, y despues de abrasada la ciudad se tornasen á los reales mayores. Al dia siguiente habiendo *(César)* comenzado á batir la ciudad de *Ventipo,* rindiósele, hizo una jornada á *Cárruca,* y puso su campo fronterizo al de Pompeio. Este dió fuego á la ciudad, porque habia cerrado las puertas á sus tropas; y habiendo sido aprehendido por

sem quum esset ventum, castra contra Pompeium constituit.

CAP. XXVIII. *Sequenti die quum iter facere Caesar cum copiis vellet, renunciatum est ab speculatoribus, Pompeium de III. vigilia in acie stetisse. Hoc nuntio allato vexillum proposuit. Idcirco enim copias eduxerat, quod Ursaonensium civitati, qui fuissent fautores, antea litteras miserat, Caesarem nolle in convalem descendere, quod majorem partem exercitus tironum haberet. Hae literae vehementer confirmabant mentes oppidanorum. Ita hac opinione fretus, totum se facere posse existimabat. Etenim et natura loci defendebatur, et ipsius oppidi munitione, ubi castra habuit constituta; namque, ut superius demostravimus, loca excellentia tumulis contineri, interim nulla planitia dividit.*

CAP. XXIX. *Sed ratione nulla placuit taceri id, quod eo incidit tempore. Planities inter utraque castra intercedebat, circiter millia passuum V, ut auxilia Pompeii duabus defenderentur rebus, oppidi excelsi, et loci natura. Hinc dirigens proxima planities aequabatur, cujus decursum antecedebat rivus, qui ad eorum accessum summam efficiebat loci iniquitatem. Nam palustri et voraginoso solo currebat ad dextram partem: et Caesar, quum aciem directam vidisset, non habuit dubium, quin media planitie in aequum ad dimicandum adversarii procederent. Hoc erat in omnium conspectu. Huc accedebat, ut locus illa planitie equitatum ornaret, et diei solisque serenitas: ut mirificum et optandum tempus prope ab Diis inmortalibus illud tributum esset ad praelium committendum. Nostri laetari, nonnulli etiam timere, quod in eum*

los nuestros el soldado que habia degollado á su hermano en los reales, en castigo fué apaleado. Desde aquí, hecha otra jornada, *(César)* habiendo llegado al campo mundense, puso sus estancias frente de Pompeio.

CAP. XXVIII. Al dia siguiente, queriendo César hacer otra jornada, le fué avisado por los exploradores que Pompeio estaba formado en batalla desde la tercera vigilia. Recibida esta noticia, *(César)* mandó alzar en alto su estandarte de guerra. *(Pompeio)* habia ordenado sus tropas porque antes habia enviado cartas á la ciudad de los Ursaonenses, que eran de sus favorecedores, *(diciéndoles)* que César no queria descender al valle, á causa de ser bisoña la mayor parte de su ejército. Estas cartas aseguraban fuertemente las voluntades de los ciudadanos. Asi es que, alentado con tal opinion, se imaginaba poder hacerlo todo, en razon á que se hallaba defendido por la naturaleza del terreno y por la fortaleza de la ciudad, donde tenia establecido su campamento; pues, como antes hemos indicado, los lugares elevados están rodeados de cerros, no divididos á veces por ninguna llanura.

CAP. XXIX. Pero de ningun modo conviene callar lo que acaeció en aquella sazon. Mediaba una llanura de cerca de cinco mil pasos entre ambos campamentos; de manera, que las tropas de Pompeio se hallaban defendidas por dos cosas, por la ciudad encumbrada y por la naturaleza del terreno. Arraneando desde aqui se iba igualando la próxima llanura, á cuyo declive antecedia un arroyo, que hacia muy grande la desventaja del lugar para aproximarse á aquellas, pues que corria hácia la mano derecha por un suelo pantanoso y voraginoso. César, como vió formado el ejército, no tuvo duda de que avanzarian los contrarios para pelear al igual en medio de la llanura. Esto era asi en concepto de todos; á lo cual se juntaba que el terreno convidaba á la caballería con aquella llanura, asi como la se-

locum res fortunaeque omnium deducerentur, ut, quidquid post horam casus tribuisset, in dubio poneretur. Itaque nostri ad dimicandum procedunt: id quod adversarios existimabamus esse facturos. Qui tamen a munitione oppidi mille passibus longius non audebant procedere, in quo sibi prope murum adversarii proeliandum constituebant. Itaque nostri procedunt. Interdum aequitas loci adversarios efflagitabat, ut tali conditione contenderent ad victoriam: neque tamen illi a sua consuetudine discedebant, ut aut ab excelso loco, aut ab oppido, discederent. Nostri pede presso propius rivum quum appropinquassent, adversarii patrocinari loco iniquo non desinunt.

renidad del dia y del sol; de modo, que casi fué concedido por los dioses inmortales un tiempo admirable y apetecible para trabar la batalla. Los nuestros se alegraban, aùn cuando algunos más bien temian, porque en aquel paraje se iban á decidir la fortuna y el porvenir de todos; de manera que se ponia en duda lo que la suerte dentro de poco habia de dar á cada uno. Asi los nuestros marcharon á combatir, pensando que harian lo mismo sus adversarios, los cuales, sin embargo, no osaban separarse más léjos de mil pasos de las fortificaciones de la ciudad, en cuya parte se habian situado los enemigos para pelear cerca de la muralla. Mientras tanto la igualdad del terreno excitaba á los contrarios á que disputasen la victoria con tal condicion; y ellos, á pesar de esto, no se apartaban de su costumbre, no alejándose más de la ciudad ni del lugar elevado. Habiéndose aproximado los nuestros á paso lento más cerca del arroyo, los adversarios no dejaron de ampararse del terreno quebrado.

Cap. XXX. *Erat acies XIII. aquilis constituta, quae a lateribus equitatu tegebatur, cum levi armatura millibus VI. Praeterea auxiliares accedebant prope alterum tantum. Nostra praesidia LXXX. cohortibus, et IIX. millibus equitum. Ita, quum in extrema planitie iniquum in locum nostri appropinquassent, paratus hostis erat superior, ut transeundi superius iter vehementer esset periculosum. Quod cum a Caesare esset animadversum, nequid temere culpa sua secus admitteretur, eum locum definire coepit. Quod quum hominum auribus esset objectum, moleste et acerbe accipiebant se impediri quominus praelium conficere possent. Haec mora adversarios alacriores efficiebat, Caesaris copias timore impediri ad committendum praelium. Ita se efferentes iniquo loco sui potestatem faciebant, ut magno tamen periculo accessus eorum haberetur. Hic Decumani suum locum, cornu dextrum, tenebant, sinistrum III. et V. legio, itemque caetera auxilia et equi-*

Cap. XXX. Estaba formado su ejército con trece legiones, que se hallaban cubiertas por la caballeria á sus costados, y con seis mil armados á la ligera. Además los auxiliares aumentaban casi otro tanto. Nuestras tropas consistian en ochenta cohortes y ocho mil caballos. Así, pues, cuando los nuestros en la última llenura se acercaron al terreno quebrado, el enemigo estaba dispuesto mucho más alto, de modo, que el pasar más arriba era gravemente peligroso: lo cual, como fuese advertido por César, no fuera que algo se comprometiese temerariamente por culpa suya, comenzó á señalar el campo. Habiendo llegado esto á oidos de sus soldados, llevaban incómoda y agriamente que se les impidiese el poder trabar la batalla. Esta detencion hizo más animosos á los contrarios, *(juzgando)* que las tropas de César se hallaban embargadas por el temor para emprender el combate. Así es que, salién-

tatus. Praelium clamore facto committitur.

CAP. XXXI. *Hic etsi virtute nostri antecedebant, adversarii loco superiore defendebantur acerrime, et vehemens fiebat ab utrisque clamor, telorumque missu concursus, sic, ut prope nostri diffiderent victoriae. Congressus enim, et clamor, quibus rebus maxime hostes conterrentur, in conlatu pari erant conditione. Itaque ex utroque genere pugnae, quum parem virtutem ad bellandum contulissent, pilorum missu fixa cumulatur, et concidit adversariorum multitudo. Dextrum demonstravimus Decumanos cornu tenuisse, qui etsi erant pauci, tamen propter virtutem, magno adversarios timore eorum opera afficiebant, quod a suo loco hostes vehementer premere coeperunt, ut ad subsidium ne ab latere nostri occuparent, legio adversariorum transduci coepta sit ad dextrum. Quae simul est mota, equitatus Caesaris sinistrum cornu premere coepit. At ii eximia virtute praelium facere incipiunt, ut locus in aciem ad subsidium veniendi non daretur. Ita, quum clamori esset intermixtus gemitus, gladiorumque crepitus auribus oblatus, imperitorum mentes timore praepediebat. Hic, ut ait Ennius,* pes pede premitur, armis teruntur arma; *adversariosque vehementissime pugnantes nostri agere coeperunt, quibus oppidum fuit subsidio. Ita ipsis Liberalibus fusi fugatique non superfuissent, nisi in eum locum confugissent, ex quo erant egressi. In quo praelio cecciderunt millia hominum circiter XXX, et si quid amplius: praeterea Labienus, et Actius Varus, quibus occisis utrisque funus est factum: itemque equites Romani partim ex urbe, partim ex provintia ad millia III. Nostri desiderati ad hominum M, partim peditum, partim equitum, saucii*

dose del terreno quebrado, se presentaron al descubierto, de modo, sin embargo, que el acercarse á ellos no fuese aún sino con gran peligro. Aquí los decumanos tomaron su puesto en el cuerno derecho, en el izquierdo la tercera y quinta legion, y además los restantes auxilios y la caballería. Levantada gran vocería, trabóse *(entonces)* la batalla.

CAP. XXXI. Aunque los nuestros les sobrepujaban en valor, los adversarios se defendian tenazmente desde el lugar elevado, y se hacia más fuerte el clamor por uno y otro bando, y el estruendo con el lanzamiento de los dardos, de suerte que los nuestros casi desconfiaban de la victoria, pues el choque y el clamoreo, con cuyas cosas se aterra mayormente al enemigo, eran de igual fuerza en ambos lados. Y así, habiendo traido la misma pujanza para pelear, cayó en montones, de una y otra linea de batalla, multitud de combatientes heridos con las lanzas arrojadas. Los decumanos que, como se ha dicho, ocupaban el cuerno derecho, aunque eran pocos, no obstante, á causa de su valor, arredrando por sus hechos con gran temor á los contrarios, comenzaron á estrechar tan reciamente al enemigo, que en su ayuda, á fin de que los nuestros no los cogiesen por el flanco, empezó á llevarse una legion á la derecha. Luego que esta fué movida, la caballería de Cesar comenzó á oprimir el cuerno izquierdo : mas aquí principióse á batallar con esclarecida valentía, de modo que no se dejaba espacio entre las filas para que viniesen los de atrás en su socorro. Mezclándose los gemidos con los gritos de guerra, é hiriendo los oidos el estrépito de las espadas, agitaban con espanto los ánimos de los no experimentados. Aquí, como dice Ennio: *el pié se oprime con el pié, y las armas son destrozadas con las armas;* y al cabo los nuestros comenzaron á hacer retroceder á sus contrarios, que peleaban bravamente, y á los cuales la ciudad sirvió de refugio. Así que desordenados y puestos en fuga, el

ad D. Adversariorum aquilae sunt ablatae XIII, et signa, et fasces. Praeterea duces belli XVII. capti sunt. Hos habuit res exitus.

mismo dia de las fiestas de Baco, no hubiesen sobrevivido si no se acogiesen al mismo lugar de donde habian salido. En esta batalla fuéron muertos treinta mil hombres y aùn algunos más, así como tambien Labieno y Accio Varo, á cuyos cadáveres se hizo el funeral: además perecieron cerca de tres mil caballeros romanos, parte de la ciudad y parte de las provincias. De los nuestros se echaron de menos cerca de mil hombres, unos de á pié y otros de á caballo. Fuéron cogidas trece águilas de los adversarios y las banderas y fasces, siendo hechos prisioneros diez y siete jefes militares. Tal fué el éxito de la jornada.

Cap. XXXII. *Ex fuga hac quum oppidum Mundam sibi constituissent praesidium, nostri cogebantur necessario eos circumvallare.*

Cap. XXXII. Despues de esta huida, habiéndose hecho fuertes los enemigos dentro de la ciudad de Munda, los nuestros se vieron obligados necesariamente á circunvalarlos.

Cap. XXXIV..... *Dum* (Caesar) *hic* (Corduba) *detinetur, ex praelio quos circummunitos superius demostravimus, eruptionem fecerunt; et, bene multis interfectis, in oppidum sunt redacti.*

Cap. XXXIV..... Mientras César se detenia en Córdoba, los que despues de la batalla hemos dicho antes que fuéron cercados con fortificaciones, hicieron una salida, y muertos muchos de ellos se les volvió á encerrar en la plaza.

Cap. XXXVI..... *Mundensesque, qui ex proelio in oppidum confugerant, quum diutius circumciderentur, bene multi deditionem faciunt, et quum essent in legionem distributi, conjurant inter se, ut noctu signo dato, qui in oppido fuissent, eruptionem facerent: illi caedem in castris administrarent. Hac re cognita, insequenti nocte, vigilia tertia, tessera data, extra vallum omnes sunt concisi.*

Cap. XXXVI..... Muchos de los Mundenses que de la batalla se habian refugiado en la ciudad, viéndose cercados por tanto tiempo, se entregaron, y habiendo sido distribuidos en una legion, conjuraron entre sí que de noche, dada cierta señal, los que estaban en la ciudad hiciesen una salida, y ellos repartirian la muerte en los reales. Descubierta esta conjura, en la noche siguiente á la tercera vigilia, entregada la contraseña, todos fuéron muertos fuera de la estacada.

Cap. XLI. *Fabius Maximus, quem ipse* (Caesar) *ad Mundam praesidium obpugnandum reliquerat operibus assiduis, hostesque circum sese interclusi inter se decernere, facta caede bene magna, eruptionem faciunt. Nostri ad oppidum recuperandum occasionem non praetermittunt, et reliquos vivos capiunt, ad XIV. millia, ac deinde Ursaonem proficiscuntur: quod oppidum magna munitione continebatur,*

Cap. XLI. Fabio Máximo á quien César habia dejado para combatir la plaza de Munda con obras contínuas de sitio, cercó tan estrechamente á los enemigos que estos dieron en pelear entre sí, y habida una matanza bastante grande, hicieron otra salida. Los cesarianos no desaprovecharon la ocasion para apoderarse de la ciudad, y cogieron vivos á los restantes hasta catorce mil, marchando en-

sicut ipse locus non solum opere, sed etiam natura editus, ad obpugnandum hostem aboerteret.......... Tum praeterea accedebat, ut agger, materiesque, unde solitae sunt turres agi, propius millia passuum VI. non reperiebantur. Ac Pompeius, ut oppidi obpugnationem tutiorem efficeret, omnem materiem circum oppidum succisam intro congessit. Ita necessario deducebantur nostri, ut a Munda, quam proxime ceperant, materiem illo deportarent.

seguida á *Urso*, cuya ciudad estaba rodeada con grandes fortificaciones, de modo que aparecia aquel lugar dispuesto no sólo por el arte sino tambien por la naturaleza para rechazar al enemigo....... Además se añadia á esto el que no se encontraban en cerca de seis mil pasos el cesped y la madera de que se acostumbraban á formar las torres; y Pompeio, para hacer más segura la defensa de la ciudad, habia amontonado dentro de ella toda la madera cortada. Asi que los de César se vieron obligados á llevar allí la madera desde Munda, cuya ciudad habian tomado últimamente.

Cap. XLII. *Dum haec ad Mundam geruntur, et Ursaonem, Caesar, quum a Gadibus ad Hispalim se recepisset, in sequenti die, contione adoocata, commemorat.*

Cap. XLII. Mientras pasaban estas cosas cerca de Munda y do *Urso*, habiendo vuelto César de Cádiz á *Hispalis*, al dia siguiente convocada una asamblea, les recuerda..... (1)

II.

STRABON.

GEOGRAPHICA, LIB. III, CAP. II. HISPANIA TURDETANA.

§. 2. *Post has Italica et Ilipa supra Baetim sitae: Astigis* (codd. *Astinas*) *ab eo remotior, et Carmon, et Obulcon: praeterea in quibus Pompeii filii debellati sunt, Munda, Ategua* (codd. *Atetua*), *Urso, Tuccis, Ullia* (codd. *Julia*), *Ægua (¿Esgua?). Omnes hae non procul a Corduba distant. Munda quodammodo hujus regionis metropolis est, distans a Carteia stadia circiter mille (al.* codd. *sexies mille;* fort. *triginta) et quadringenta. Huc fugit Cn. Pompeius praelio victus, indeque naoi avectus quum in montana quaedam mari imminentia egressus esset, occisus est.* (2).

GEOGRAFÍA, LIB. III, CAP. II, ESPAÑA TURDETANA.

§. 2. Despues de estas *(Córduba, Gádes* é *Hispalis) Itálica* é *Ílipa*, situadas sobre el Bétis: *Ástigis* (todos los códices dicen *Astinas)* más léjos de este; y *Cármon* y *Obúlcon*. Además en las que fuéron derrotados los hijos de Pompeio, *Munda, Ategua* (los códices escriben *Atetua*), *Urso, Túccis, Úlia* (todos los códices ponen *Julia)*, y *Egua* (¿será *Esgua?*). Todas estas no están muy léjos de Córdoba. *Munda* es en cierto modo metrópoli de esta region, distando de *Carteia* cerca de mil (otros códices traen seis mil; acaso sean treinta) y cuatrocientos estadios. Aquí huyó Cneo Pompeio vencido en la batalla; y desde aquí llevado en una nave, habiendo desembarcado en una montaña sobre el mar, fué muerto.

(1) Síguese la oracion mutilada de Cesar con que termina el *Libro de la Guerra Hispaniense*.

(2) Hallándose puestos en griego en el cuerpo de la obra los textos de este y los demás escritores de su clase, nos ha parecido conveniente darlos aquí en latin tomándolos de las versiones más corrientes que andan impresas.

Para la de Strabon seguimos la de Müller y Dubner publicada recientemente por Didot, copiando y traduciendo fielmente las notas interlineales.

Cap. IV. §. 9. *Abest Obulco a Corduba circiter trecenta stadia. Historici perhibent Caesarem Roma Obulconem, ubi castra fuere, pervenisse septem et viginti dierum itinere, quum esset ad Mundam conserturus proelium.*

Cap. IV. §. 9. Dista *Obulco* de Córdoba cerca de trescientos estadios. Afirman los historiadores que César desde Roma llegó en 27 dias á *Obulco*, donde estaba el campamento de su ejército, cuando vino á pelear en batalla cerca de *Munda*.

III.

P. VELEIO PATÉRCULO.

HISTORIA, LIB. II.

Cap. LV. *Victorem Africani belli C. Caesarem gravius excepit Hispaniense, (nam victus ab eo Pharnaces vix quidquam gloriae ejus adstruxit), quod Cn. Pompeius, magni filius, adolescens, impetus ad bella maximi, ingens, ac terribile conflaverat, undique ad eum adhuc paterni nominis magnitudinem sequentium ex toto orbe terrarum auxiliis confluentibus, sua Caesarem in Hispaniam comitata fortuna est. Sed nullum umquam atrocius, periculosiusque ab eo initum praelium, adeo ut, plus quam dubio Marte, descenderet equo, consistensque ante recedentem suorum aciem increpita prius fortuna, quod se in eum servasset exitum, denuntiaret militibus vestigio se non recessurum: proinde viderent, quem et quo loco imperatorem deserturi forent. Verecundia magis, quam virtute, acies restitutae sunt, a duce, quam a milite, fortius. Cn. Pompeius, gravis vulnere inventus, inter solitudines avias interemtus est. Labienum, Varumque acies abstulit.*

HISTORIA, LIB. II.

Cap. LV. Sobrevino á C. César vencedor de la guerra Africana, otra más grave con la de España (pues el vencimiento de Pharnaces, apenas añadió cosa alguna á la gloria de aquel), cuya guerra inmensa y terrible, habia promovido Cneo Pompeio el mozo, hijo del grande, y de extraordinario aliento para empresas militares; y acudiendo á él por todas partes del orbe entero de la tierra auxilios de los que seguian aún la grandeza del nombre de su padre, acompañó á César sólo su fortuna al venir á España. Pero jamás se trabó por este otra más atroz ni peligrosa batalla; de tal modo que estando más que dudoso el éxito de la pelea, se bajó del caballo y se puso delante de su ejército que ya retrocedia, increpando á la suerte que le hubiese reservado para este trance; y declaró á los soldados que no se moveria del sitio, y que por tanto viesen á qué general desamparaban y en qué lugar lo hacian. Antes por vergüenza que por valor se rehicieron las haces, y fué esto más bien por un esfuerzo del jefe que no de sus tropas. Cneo Pompeio fatigado por una herida, fué alcanzado y muerto entre ásperas soledades. El ejército perdió á Labieno y á Varo.

IV.

VALERIO MÁXIMO.

RERUM MEMORABILIUM, LIB. VII, CAP. VI.

§. 5. *Divi Julii exercitus, id est, invicti ducis invicta dextera, cum armis*

DE LAS COSAS MEMORABLES, LIB. VII, CAP. VI.

§. 5. El ejército del Divino Julio, esto es, la invencible diestra de aquel invicto

Mundam clausisset, aggerique extruendo materia deficeret; congerie hostilium cadaverum, quam desideraverat, altitudinem instruxit. Eamque tragulis et pilis, quia roboreae sudes deerant, magistra novae molitionis necessitate usus, vallavit.

capitan, habiendo cercado á *Munda* con sus armas, y faltándole material para levantar la trinchera, la formó hasta la altura que deseaba, con el amontonamiento de los cadáveres enemigos, y la fortaleció con dardos y lanzas por escasear las estacas de roble, sirviéndose de la necesidad maestra de esta nueva traza de construccion.

V.

SÉNECA.

DE BENEFICIIS, LIB. V.

Cap. XXIV. *Causam dicebat apud Divum Julium ex veteranis quidam paulo violentior adversus vicinos suos, et causa premebatur. ¿Meministi, inquit, Imperator, in Hispania talum te torsisse circa Sucronem? Quum Caesar meminisse se dixisset: ¿Meministi quidem, inquit, sub quadam arbore minimum umbrae spargente, quum velles residere ferventissimo sole, et esset asperrimus locus, in quo ex rupibus acutis unica illa arbor eruperat, quemdam ex commilitonibus paenulam suam substravisse. Quum dixisset Caesar: ¿Quidni meminerim? et quidem siti confectus, quia impeditus ire ad fontem proximum non poteram, repere manibus volebam, nisi commilito, homo fortis ac strenuus, aquam mihi in galea sua attulisset. ¿Potes ergo, inquit, Imperator, agnoscere illum hominem, aut illam galeam? Caesar ait, se non posse galeam agnoscere, hominem pulchre posse; et adjecit, puto ob hoc iratus, quod se a cognitione media ad veterem fabulam adduceret: Tu utique ille non es. Merito, inquit, Caesar, me non agnoscis; nam quum hoc factum est, integer eram; postea ad Mundam in acie oculus mihi effossus est, et in capite lecta ossa. Nec galeam illam, si videres, agnosceres: machaera enim Hispana divisa est. Vetuit illi exhiberi negotium Caesar, et agellos, in quibus vicinalis via, causa*

DE LOS BENEFICIOS, LIB. V.

Cap. XXIV. Cierto soldado veterano defendia su causa ante el Divino Julio, algo más que violentamente, contra sus vecinos, y hallándose contrariado en la propia causa, ¿te acuerdas, le dijo, oh emperador, que en España se te torció un talon cerca del rio *Sucro*? Y como César contestase que se acordaba, ¿te acuerdas, le dijo, cuando queriendo sentarte, en un dia de sol ardorosísimo, bajo un árbol que apenas esparcia sombra, único y solo en aquel asperísimo lugar, que habia brotado entre agudas y ásperas rocas, uno de los compañeros se quitó su capote? Y como César respondiese ¡Pues no me he de acordar! Y por cierto que abrasado de sed y cuando no podia ir á una fuente cercana, intentando arrastrarme hácia ella con las manos, me trajo agua en su yelmo un compañero, hombre fuerte y vigoroso. ¿Luego puedes, le dijo, oh emperador, reconocer á aquel hombre ó aquel yelmo? César replicó que no podria reconocer el yelmo, pero al hombre perfectamente; y añadió (pienso que airado, porque no recordaba sino á medias el suceso): Tú ciertamente no eres aquel. Con razon, dijo entonces, no me conoces, oh César, pues que cuando aquello sucedió estaba sano y entero: despues, en la batalla cerca de *Munda*, me fué sacado un ojo y quitados los hue-

rixae ac litium fuerat, militi suo donavit.

sos de la cabeza. Ni reconocerías aquel yelmo si lo vieses, porque está partido por una espada española. Prohibió entonces César que el negocio siguiese en justicia, y aquellos pedazos de tierra, próximos al camino vecinal, que eran causa del litigio, mandó que se diesen á su valiente soldado.

VI.

M. A. LUCANO.

PHARSALIA.

Lib. I, verso 40.

Ultima funesta concurrant praelia Munda.

Lib. VI, verso 305 y 306.

¡Pro tristia fata!
Non Uticae Libye clades, Hispania Mundae flesset.

Lib. VII, verso 689-693.

. . . . Fuge praelia dira,
Ac testare deos, nullum qui perstet in armis,
Jam tibi, Magne, mori: ceu flebilis Africa damnis,
Et ceu Munda nocens, Pharioque a gurgite clades,
Sic et Thessalicae post te pars maxima pugnae.

PHARSALIA.

Lib. I, verso 40.

Sean en Munda las últimas batallas.

Lib. VI, verso 305 y 306.

¡Oh inexorables hados!
Libia no llorara los estragos de Utica, ni España los de Munda.

Lib. VII, verso 689-693.

. . . . Huye las crueles batallas,
Y atestigua á los dioses que ninguno que permanezca con las armas
Muere ya por tí, oh Gran (Pompeio): ora sea en África cubierta de lágrimas por sus destrozos,
Ora en Munda funesta, ó en la matanza del mar de Faro,
Así como tambien fué despues de tí la más grande parte de la lucha Thesálica.

VII.

C. PLINIO SEGUNDO.

HISTORIA NATURALIS, LIB. III.

CAP. I..... *Hujus Conventus* (Astigitani) *sunt reliquae coloniae iumunes: Tucci, quae cognominatur Augusta Gemella; Itucci, quae Virtus Iulia; Ucubi, quae Claritas Iulia; Urso, quae Gémina Urbanorum; inter quae fuit Munda cum Pompeio filio rapta.*

LIB. XXXVI, CAP. XVIII..... *Palmati circa Mundam in Hispania, ubi Caesar Dictator Pompeium vicit, reperiuntur, idque quoties fregeris.*

HISTORIA NATURAL, LIB. III.

CAP. I..... De este Convento (el *Astigitano*) son las restantes colonias inmunes: *Tucci*, que se denomina *Augusta Gemella*; *Itucci*, que se llama *Virtus Iulia*; *Ucubi*, que se apellida *Cláritas Iulia*; *Urso*, que se nombra *Gémina Urbanorum*; entre las cuales se contó *Munda* arrebatada á el hijo de Pompeio.

LIB. XXXVI, CAP. XVIII..... Encuéntranse cerca de *Munda*, en España, donde el dictador César venció á Pompeio, piedras palmeadas, y esto se advierte cuantas veces las quiebres.

VIII.

SILIO ITALICO.

PUNICORUM, LIB. III VERS. 399-400.

Armat Tertessos stabulanti conscia Phoebo,
Et Munda, Hemathios Italis paritura labores.

DE LA GUERRA PÚNICA, LIB. III, VERS. 399-400.

Ármase Tartessos, testigo del Sol cuando se esconde,
Y Munda, la que había de engendrar para los Itálos calamidades iguales á las de Pharsalia.

IX.

MARCO VALERIO MARCIAL.

EPIGRAMMATUM LIB. V.

Epig. LXXV. De Pompeio, et filiis.

Pompeios juvenes Asia, atque Europa, sed ipsum
Terra tegit Libyes; si tamen ulla tegit.

¿Quid mirum toto si spargitur orbe? jacere
Uno non poterat tanta ruina loco.

EPIGRAMAS, LIB. V.

Epig. LXXV. De Pompeio y sus hijos.

A los jóvenes Pompeios los cubren el Asia y la Europa,
Así como al mismo Pompeio la tierra de Libya, si es que alguna lo cubre.

¿Qué es de admirar que se esparcieran por todo el orbe?
En un solo lugar no podía yacer tanta ruina.

EPIGRAMMATUM LIB. IX.

Epig. LXII. De Platano Cordubensi sata a Iulio Caesare.

. . . .
. . . .

O dilecta Deis, o magni Caesaris arbor,
Ne metuas ferrum, sacrilegosque focos.
Perpetuos sperare licet tibi frondes honores;
Non Pompeianae te posuere manus.

EPIGRAMAS, LIB. IX.

Epig. LXII. Del plátano de Córdoba plantado por Julio César.

. . . .
. . . .

¡Oh amado de los dioses! ¡oh árbol del gran César!
No temas el hierro, ni los fuegos sacrílegos.
Esperar te es lícito los honores de una eterna frondosidad,
Que no te plantaron manos pompeianas.

X.

SEXTO JULIO FRONTINO.

STRATEGEMATUM LIB. II, CAP. VIII.

§. 13. *Divus Iulius, ad Mundam suis referentibus pedem, equum suum abduci a conspectu suo jussit, et in primam aciem pedes prosiluit: milites dum destituere Imperatorem erubescunt, redintegrarunt praelium.*

DE LAS ESTRATAGEMAS, LIB. II, CAP. VIII.

§. 13. El Divino Julio mandó á los suyos, que volvian piés atrás delante de *Munda*, que se llevasen de su presencia el caballo, y corrió volando al frente del ejército: los soldados entonces, avergonzándose de abandonar así á su general, restablecieron por completo la batalla.

XI.

L. JULIO FLORO.

EPITOME RERUM ROMANARUM, LIB. IV.

CAP. II. ..... *Omnium postrema certaminum Munda. Hic non pro cetera felicitate,*

EPÍTOME DE LAS COSAS ROMANAS, LIB. IV.

CAP. II. ..... El último de todos los combates fué el de *Munda*, y no con tanta feli-

sed anceps diu et triste proelium, ut plane videretur nescio quid deliberare Fortuna. Sane et ipse ante aciem moestior non ex more Caesar, sive respectu fragilitatis humanae, sive nimiam prosperorum suspectam habens continuationem: vel eadem timens, postquam idem esse coeperat, quod Pompeius. Sed in ipso proelio, quod nemo unquam meminerat, quum diu pari Marte acies nihil aliud quam occiderent, in medio ardore pugnantium subito ingens inter utrosque silentium, quasi convenisset. Novissime illud inusitatum Caesaris oculis nefas: post quatuordecim annos probata veteranorum manus gradum retro dedit: quos, etsi nondum fugerant, apparebat tamen, pudore magis, quam virtute resistere. Itaque ille, ablegato equo, similis furenti, primam in aciem procurrit. Ibi prensare fugientes, confirmare, increpare; per totum denique agmen oculis, manibus, clamore volitare. Dicitur in illa perturbatione et de extremis agitasse secum, et ita manifesto vultu fuisse, quasi occupare mortem manu vellet; nisi cohortes hostium quinque per transversam aciem actae, quas Labienus periclitantibus castris praesidio miserat, speciem fugae praebuissent. Hoc aut et ipse credidit, aut dux callidus arripuit in occasionem: et quasi in fugientes invectus, simul et suorum erexit animos, et hostis perculit. Nam hi, dum se putant vincere, fortius sequi: Pompeiani, dum fugere credunt suos, fugere coeperunt. Quanta fuerit hostium caedes, ira rabiesque victoribus, hinc aestimari potest, quod a proelio profugi quum se Mundam recepissent, et Caesar obsideri statim victos imperasset, congestis cadaveribus agger effectus est, quae, pilis iaculisque confixa, inter se tenebantur. Foedum etiam in barbaris! Sed videlicet victoriam desperantibus Pompeii liberis, Cneum praelio profugum, crure saucium, deserta et avia petentem, Caesonius apud Lauronem oppidum consecutus pugnantem interficit. Sextum Fortuna in Celtiberiam

cidad como los demás, sino que estuvo arriesgada y dudosa por mucho tiempo la batalla, de modo que segun claramente aparece no sé lo que la fortuna se hallaba dispuesta á resolver. A la verdad que el mismo César se presentó ante su ejército bastante triste, como no era en él costumbre, ya fuese por considerar la fragilidad humana, ó ya porque sospechase de la demasiada continuacion de su prosperidad, ó porque temiese la propia suerte que Pompeio, despues que habia comenzado á ser lo que este. Pero sucedió en la misma batalla lo que nadie recordaba jamás, que cuando los dos ejércitos con igual éxito por mucho tiempo no hacian otra cosa que destrozarse, en medio del ardor de los combatientes, de súbito sobrevino un profundo silencio, como si en ello se hubiesen puesto de acuerdo. Por último, un espectáculo inusitado se presentó á los ojos de César: sus tropas veteranas experimentadas durante catorce años dieron un paso atrás, pues aunque todavia no huyesen, aparecia sin embargo, que antes que por valor, resistian por vergüenza. Así es, que, dejando el caballo, como un furioso corrió á las primeras filas: allí empezó á detener á los que huian, á animarlos, á increparlos, y finalmente á discurrir por todo el ejército con los ojos, con las manos y con la voz.

Se cuenta que en aquella perturbacion tratando de acabar consigo, y segun se mostraron señales de ello en su semblante, casi estaba á punto de querer darse la muerte por su mano; pero entonces cinco cohortes conducidas por medio del ejército, y enviadas por Labieno al socorro de los reales que peligraban, hicieron aparecer su movimiento como una especie de huida. Esto, ó lo creyó el mismo César, ó capitan mañoso aprovechó la ocasion, y acometiendo como quien carga sobre los fugitivos, al propio tiempo levantó el ánimo de los suyos, y abatió el del enemigo: porque mientras aquellos pensaban que vencian, proseguian adelante con mayor empuje, y los pompeianos

interim abscondit: aliisque post Caesarem bellis servavit.

creyendo que los suyos huian comenzaron á entregarse á la fuga.

Cuánta fué la matanza de los enemigos y la ira y rabia de los vencedores, puede estimarse porque habiéndose refugiado los fugitivos de la batalla dentro de *Munda*, y César mandado que inmediatamente fueran cercados los vencidos, se formó el terraplen con los cadáveres amontonados, que se sostenian entre sí clavados con las lanzas y los dardos: hecho abominable aún entre los bárbaros.

De los hijos de Pompeio desesperados ya de la victoria, Cneo huyendo de la batalla, herido en una pierna, y buscando los parajes desiertos y agrestes, fué perseguido hasta cerca de la ciudad de *Lauro* por Cesonio, y murió á manos de este peleando: á Sexto le ocultó entre tanto la fortuna en la *Celtiberia*, y le reservó para otras guerras posteriores á César.

EPITOMAE LIBRORUM LIVII. EPITOME EX LIB. CXV.

Profectusque (Caesar) *in Hispaniam adversus Cn. Pompeium, multis utrinque expeditionibus factis et aliquot urbibus expugnatis, summam victoriam cum magno discrimine ad Mundam urbem consequutus est. Pompeius Sextus effugit.*

EPÍTOMES DE LOS LIBROS DE LIVIO. EPÍTOME CXV.

Habiendo marchado César á España contra Cneo Pompeio, despues de acometidas varias empresas por una y otra parte, y de ser atacadas algunas ciudades, consiguió con gran porfía una completísima victoria cerca de la ciudad de *Munda*. Huyó Sexto Pompeio.

XII.

C. SUETONIO TRANQUILO.

LIB I. D. IULIUS CAESAR.

CAP. LVI. *Sequentes* (libros), *sub tempus Mundensis praelii* (Caesar) *fecit.*

LIB. I. DEL DIVINO JULIO CÉSAR.

CAP. LVI. César compuso los libros siguientes, durante el tiempo de la guerra Mundense.

LIB. II. C. CAESAR. OCT. AUGUSTUS.

CAP. XCIV. *Apud Mundam Divus Iulius castris locum capiens, cum silvam caederet, arborem palmae repertam, conservari, ut omen victoriae, jussit.*

LIB. II. DE C. CÉSAR OCTAVIANO AUGUSTO.

CAP. XCIV. Habiendo encontrado una palmera, cuando se estaba cortando una selva para asentar su campamento el Divino Julio cerca de Munda, mandó que fuese conservada como augurio de victoria.

XIII.

PLUTARCO.

C. JULIUS CAESAR.

CAP. LVI. ..... *Magnum ad urbem Mundam praelium depugnatum est. Quo in praelio Caesar quum pelli suos videret et aegre resistere, per ordines et arma discurrens vociferatus est ad milites: Ecquid vos pudet? quin vos imperatorem vestrum corripitis, et in manus puerorum traditis? Tandem magno conatu hostes fudit, et super triginta millia occidit, amissis suorum mille praestantissimis viris. Discedens quidem a pugna suis dixit, se de victoria saepe, tunc vero primum de vita sua dimicasse.*

VIDA DE C. JULIO CÉSAR.

CAP. LVI. ....Trabóse una gran batalla cerca de *Munda*, en la cual viendo César á los suyos rechazados y que resistian débilmente, discurriendo por entre las filas y las armas gritaba á los soldados: ¡Hay quien os avergüence! ¿por qué no cogisteis á vuestro general y le entregasteis en manos de esos muchachos? Finalmente con su grande esfuerzo desbarató á los contrarios, y dejó muertos más de treinta mil, perdiendo de los suyos mil valerosísimos soldados. Al separarse de la batalla dijo á los suyos, que él habia peleado muchas veces por la victoria, pero que entonces lo habia hecho en primer lugar por su vida.

XIV.

APPIANO.

DE BELLIS CIVILIBUS LIB. II.

CAP. CIII. . . . .
Advenit in Hispania Caesar die vicesimo septimo, ex quo Roma erat egressus, cum gravi exercitu viam longissimam emensus. Metus autem, qualis nunquam ante, milites ejus invasit, territos fama multitudinis hostium, bello exercitatissimorum desperatorumque.

CAP. CIV. *Qua de causa ne ipse Caesar quidem properabat; donec ei Pompeius, speculandi causa progresso proprius accedens, exprobravit ignaviam. Tum vero, non ferens illud opprobrium, instruxit aciem prope Cordubam; et tunc quoque Venerem pro tessera dedit; Pompeius vero Pietatem. Quum autem, collatis jam signis, Caesariani prae pavore segnius rem aggrederentur, Caesar sublatis ad coelum*

DE LAS GUERRAS CIVILES, LIB. II.

CAP. CIII. . . . .
Llegó César á España el dia vigésimo séptimo de haber salido de Roma, habiendo recorrido un larguísimo camino con un pesado ejército; pero invadió á sus soldados un miedo tal, como nunca antes lo habian tenido, aterrados por la fama de la multitud de los enemigos, y de lo ejercitados en la guerra y desesperados que se hallaban.

CAP. CIV. Por esta causa, ni aún el mismo César se apresuraba ciertamente, hasta que Pompeio, saliéndole al encuentro con objeto de observarle, le echó en cara su flojedad. Mas entonces, no sufriendo aquel oprobio, formó su ejército delante de *Córduba* (1) y, como otras veces, dió por contraseña á *Vénus*: Pompeio dió la *Piedad*. Trabadas las haces, viendo que los suyos acometian débilmente, á causa

(1) Appiano escribió *Córduba* en vez de *Munda*. Véase la página 111, nota núm. 2, de esta *Memoria*.

manibus deos omnes invocavit, ne uno ignominioso conflictu tot egregias abolerent victorias: discurrensque inter milites, hortatus est eos sublata a facie galea, quo magis agnitus pudorem eis incuteret. Qui ubi ne sic quidem metum remisserunt, ipse tandem arrepto cujusdam clypeo, ad proximos tribunos haec verba locutus: jam nunc et mihi vitae finis erit, et vobis militiae! ante reliquam aciem eo usque procurrit, ut decem tantum pedes ab hoste distaret, ducentisque telis peteretur; quorum partem declinavit flexu corporis, partem clypeo excepit. Tum demum tribuni, certatim ad eum tegendum procurrerunt; et totus exercitus magno impetu provolans per totum diem dubio Marte continuavit praelium: sub vesperam tandem potitus victoria. Quo tempore dixisse Caesar fertur, saepe se de victoria, tunc vero et de vita, certasse.

del pavor, César, levantadas las manos al cielo, invocó á todos los dioses para que con un solo ignominioso trance no quedaran menguadas tantas esclarecidas victorias, y discurriendo entre los soldados, los exhortaba, quitado de la cabeza el casco, para ser más conocido de ellos, é infundirles de este modo mayor vergüenza. Sin embargo, ni aún asi perdieron el miedo, hasta que arrebatando un escudo, dirigió estas palabras á los tribunos más cercanos: «Ahora será ya para mi el fin de la vida, y para vosotros el de la milicia»; y corriendo delante del ejército, hasta ponerse á diez pasos tan sólo del enemigo, le fueron disparadas doscientas saetas, de las que parte evitó, hurtando el cuerpo, y parte recibió en el escudo. Finalmente, los tribunos á porfía acudieron á cubrirle, y el ejército entero, lanzándose con gran ímpetu, prolongó la batalla con dudoso éxito por todo el dia, hasta que por la tarde alcanzó la victoria. Cuéntase que en aquella ocasion dijo César, que él habia peleado muchas veces por la victoria, pero que entonces lo habia hecho por la vida.

Cap. CV. *Post magnam editam caedem, Pompeianis intra Cordubam compulsis, Caesar, veritus ne hostis inde elapsus redintegraret praelium, jussit urbem circumvallari. At milites, jam fessi laboribus, corpora armaque caesorum aggesta hastis humi confixerunt, et excubaverunt ad hujusmodi valli speciem. Sequenti die capta urbe. . . . .*

Cap. CV. Despues de verificada una gran matanza, y encerrados los pompeianos dentro de *Córduba* (Munda), César, recelando que el enemigo saliese de allí á renovar la batalla, mandó que la ciudad fuese circunvalada. Los soldados, cansados ya de las fatigas, clavaron con sus lanzas en la tierra los cuerpos y las armas de los muertos amontonados, y velaron al lado de esta especie de trinchera. Al siguiente dia fué tomada la plaza. . . .

XV.

DION CASIO.

HISTORIAE ROMANAE LIB. XLIII. C. JUL. CAESAR.

Cap. XXXV. *Ategua capta, reliqui etiam non amplius restitere, sed vel per legatos Caesari ultro sese dediderunt; aut ipsum, legatosve ejus advenientes rece-*

HISTORIA ROMANA, LIB. XLIII. CAIO JULIO CÉSAR.

Cap. XXXV. Tomada *Ategua*, las restantes ciudades no oponian mayor resistencia, sino que unas se entregaban voluntariamente á César por medio de en-

perunt. Itaque Pompeius consilii inops, quum aliquamdiu hinc inde passim vagatus esset, veritus ne ea re moti caeteri quoque a se deficerent, summo praelio experiri statuit: licet cladem ei numen divinum evidentissime portenderet. Quamquam enim simulacrorum sudores, sonitus in aëre exercituum, multi animalium monstrosi partus, faces ab orientali in occiduam coeli partem percurrentes, quae eo tempore prodigia per Hispaniam simul omnia edebantur, non aperte quidem, utri minarentur perniciem, indicarent: tamen aquilae legionum Pompeianorum, alas suas concutientes, fulminaque, quae aurea nonnullae unguibus gestabant, projicientes, Pompeio exitium palam obnuntiabant, ipsaeque ad Caesarem avolare videbantur. Sed Pompeius ea numinis ostenta nihil curabat: jamque bellum eo deductum erat, ut signis collatis decernendum esset.

Cap. XXXVI. *In utrinsque ducis exercitu, praeter Romanos sociosque, multi Hispani Manrique erant. Nam Bocchus, filios suos Pompeio auxilio miserat, Bogud vero ipse cum Caesare militabat: ipsum nihilominus praelium non per alios, sed solos Romanos, factum est. Milites enim Caesariani cum multitudine et usu rei bellicae, tum vero praecipue praesentia Caesaris freti, hoc omni studio agebant, ut jam nunc bello, miseriisque, quas in eo diu jam tulissent, finem imponerent: Pompeiani his quidem rebus inferiores, tamen animo confirmato, quia spem salutis nullam, nisi in victoria, sibi videbant restare, cupidissimi certaminis erant: plerique enim eorum ante cum Afranio et Varrone a Caesare superati vitaque donati, deinde Longino traditi, postquam ab ipso quoque defecissent, ne spem quidem veniae, si vincerentur, habebant; eosque furor incitarat, ut vel fortiter vincendum, vel pereundum omnino sibi statuerent. Itaque ad conferendum manus nulla ipsis adhortatione opus fuit, quum toties*

viados, y otras le recibian á él, ó á los que en su nombre llegaban. Así que Pompeio, falto de consejo, vagando por algun tiempo de aquí á allá, sin órden ni concierto, y temiendo que los demás, movidos de esto, tambien le abandonasen, resolvió experimentar su suerte en una gran batalla; pues aún cuando el sudor de la frente de los idolos, el sonido de ejércitos en el aire, muchos partos monstruosos de animales, fantasmas que recorrian el cielo de Oriente á Occidente, cuyos prodigios á la sazon se divulgaban á un tiempo por España, no indicasen á cuál de los dos amenazaba aquella calamidad; con todo, las águilas de las legiones, agitando sus alas y arrojando los rayos, que de oro tenian algunas en sus garras, auguraban claramente á Pompeio su ruina, y las mismas parecian volar hácia César. Pero Pompeio nada se curaba de estas manifestaciones de los dioses, y ya á tal punto se habia conducido la guerra, que era preciso decidirla de poder á poder.

Cap. XXXVI. En uno y otro bando, además de los romanos y soldados estipendiarios, hallábanse muchos de la España y de la Mauritania, pues Boccho habia enviado sus hijos en auxilio de Pompeio, y Bogud mismo militaba con César. Sin embargo, la batalla no fué sostenida por otros, sino solamente por los romanos. Los cesarianos, por su número y pericia en el arte de la guerra, y más principalmente alentados con la presencia de César, afanábanse por poner término entonces á la campaña y á las penalidades que en tanto tiempo ya habian sufrido. Los pompeianos, inferiores ciertamente bajo este respecto, no obstante, con la seguridad de que no tenian esperanza de salvacion sino en el vencimiento, pareciales que este se retardaba, y se mostraban anhelosos del combate. Muchos, bajo la conducta de Afranio y de Petreio, habian sido antes vencidos por César, quien les hizo gracia de la vida; seguidamente se pasaron á Longino, despues que tambien habian desertado de

jam bello congressi, omnem verecundiam projecissent.

sus banderas: así no tenian esperanza de perdon si perdian la batalla, y les incitaba el furor de modo, que resolvieron ó vencer bravamente ó perecer por completo. No fué preciso exhortarlos para la pelea, que habiendo ya combatido tantas veces desechaban todo temor.

CAP. XXXVII. *Primo conflictu statim sociorum auxilia utraque ex parte terga ostenderunt, fugaeque se commiserunt: ipsae vero Romanorum acies comminus congressae, diuturnum mutuis caedibus praelium fecerunt. Nam neque loco suo excedebat quisquam, sed aut caedens, aut cadens in eo manebat: quasi unusquisque totius victoriae aut cladis auctor caeteris omnibus futurus esset. Itaque nullam pugnae suorum auxiliatorum rationem habere, sed velut ipsi in pugnae discrimine soli versarentur, magnum animum praestare: neque clamor militaris, neque gemitus exaudiri: id tantum utrique vociferari; feri, caede: manibus etiam linguae officium longe antevenire. Caesar et Pompeius, eques uterque, ab edito loco pugnam inspicientes, rationem quidem seu fiduciae seu desperationis non habebant, sed ambiguis sententiis versati, metu fiduciaque ex equo conflictabantur. Erat enim aspectu res difficilis, quum aequo Marte depugnari videntes, uterque suos superiores cernere cuperet, metueretque ne succumberent; simul vota mente, simul deprecationem agitaret: simul confirmaret animum, simul trepidaret. Neque vero continere sese diutius uterque potuit, quin equo desiliens, praelio se inmisceret: adeo corporis sui labore ac periculo potius, quam animi contentione congredi malebant, sperantes fore, ut vel momentum suis utrique militibus ad victoriam praesentes afferrent, vel certe amissa victoria una occumberent.*

CAP. XXXVII. A la primera acometida, al punto volvieron la espalda los auxiliares de una y otra parte y se entregaron á la fuga; pero las mismas haces romanas, acometiéndose de cerca, mantuvieron una prolongada lucha con igual mortandad. Porque ninguno se separaba de su puesto, sino que, ó matando ó sucumbiendo, en él permanecia: como si cada uno fuera á ser autor de la completa victoria ó derrota de todos los demás. De modo, que sin tener en cuenta otros auxilios para el combate, como si ellos mismos estuvieran solos dispuestos á decidirlo, conservaban un ardimiento extraordinario: ni se oia vocinglería militar ni se escuchaban gemidos; únicamente gritaban unos y otros: «hiere», «mata»: y era decirlo con la lengua y ejecutarlo mucho antes con las manos. César y Pompeio, ambos á caballo, contemplando la lucha desde lugar elevado, ciertamente no tenian motivo de confianza ni de desesperacion; pero agitados de contrarios pareceres combatian igualmente entre el temor y la esperanza. Era el lance por demás aventurado, y advirtiendo que se batallaba con igual éxito, uno y otro deseaban ver vencedores á los suyos y temian no sucumbiesen; á un tiempo mismo se ofuscaban sus ánimos, ó ya acudian á las súplicas, ó ya cobraban aliento, ó ya se estremecian. Ni por más largo espacio pudieron contenerse, sino que saltando del caballo se mezclaron en la pelea; pues preferian á la lucha del espíritu combatir con trabajo y peligro de sus personas, esperando inclinar con su presencia la victoria á favor de sus soldados, ó perder el triunfo, pereciendo todos juntamente.

CAP. XXXVIII. *Quamquam vero ipsi quoque pugnam obibant, neutris tamen sui*

CAP. XXXVIII. Aún cuando ellos mismos tomaban parte en la batalla, ni á

ducis praesentia momenti quidquam attulit, sed quum eos una periculum subire viderent, ad longe majorem mortis contemptum, inferendaeque adversae parti caedis cupiditatem, excitati utrique sunt. Itaque neutri fugere, sed quia par animus utrisque erat, pugnam quoque aequis corporum viribus sustinebant. Quod nisi Bogud, qui extra aciem cum suis constiterat, se ad castra Pompeii capienda convertisset; profecto aut universi in acie cecidissent, aut nox incerta victoria praelium diremisset. Nunc, quum Labienus animadverso Bogudis instituto, ordine deserto, adversus eum contenderet; Pompeiani eum fugere opinati, animis ceciderunt. Et quamquam ejus consilium postea cognovissent, tamen recipere se amplius non valuere, sed partim in urbem, partim in castra fuga se proripuerunt. Qui in castra confugerant, hostem invadentem fortiter repulerunt; nec prius occubuerunt, quam parem hostibus cladem intulissent: qui vero in oppidum se receperant, diu id adversus hostem obtinuerunt, sic ut non prius caperetur urbs, quam omnes in excursionibus periissent. Enim vero generatim tanta, utrinque Romanorum caedes ex praelio facta est, ut Caesariani, quum dubitarent, quanam ratione urbem circumvallarent, ne quis noctu evaderet, ex ipsis cadaveribus aggerem comportarint.

unos ni á otros hizo perder momento la presencia de su jefe, sino que como viesen que estos á la vez se exponian al peligro, de uno y otro bando se hallaban excitados al mayor desprecio de la muerte y al deseo de causar más cruel matanza en sus contrarios. Asi es que ninguno retroecdia, sino que era el ánimo igual y sostenian la lucha cuerpo á cuerpo; y á no ser porque Bogud, que se habia detenido con los suyos fuera de las haces, se dirigió á apoderarse de los reales de Pompeio, ciertamente, ó todos quedaran en el campo de batalla, ó la noche con dudosa victoria hubiera interrumpido el combate. Hallábase Labieno colocado frente á frente de Bogud, y abandonando su línea marchó contra este: los pompeianos, pensando que huia, decayeron de ánimo; y aunque luego comprendieron su propósito, no pudieron, sin embargo, recobrarse, sino que corrieron á refugiarse, parte en la ciudad y parte en el campamento. Los que se acogieron á sus estancias rechazaron con gran esfuerzo al enemigo que las invadia, y no sucumbieron sin ocasionar antes igual matanza á sus contrarios: los que se ampararon en la ciudad sostuviéronse más tiempo contra sus adversarios, de tal modo que no fué tomada la ciudad hasta que todos perecieron en las salidas. Fué tanta la mortandad de romanos por una y otra parte, habida en esta batalla, que los de César, dudando de qué medio valerse para circunvalar la ciudad, no fuera que alguno se evadiese durante la noche, levantaron la trinchera con los mismos cadáveres.

Cap. XXXIX...... *Post haec Mundam quoque et caetera oppida, partim vi et ingenti resistentium caede, partim deditione recepit.*

Cap. XXXIX. ..... Despues de estas (*Córduba* é *Hispalis*) tambien fuéron tomadas *Munda* y las demás ciudades, unas por la fuerza y con gran mortandad de los que las defendian, y otras entregándose voluntariamente.

XVI.

EUTROPIO.

BREVIARIUM HISTORIAE ROMANAE, LIB. VI.

Post annum Caesar Romam regressus, quarto se Consulem fecit, et statim ad Hispanias est profectus; ubi Pompeii filii Cneus et Sextus, ingens bellum reparaverant. Multa praelia fuerunt; ultimum praelium apud Mundam civitatem: in quo adeo Caesar pene victus est, ut fugientibus suis, se voluerit occidere, ne post tantam rei militaris gloriam, in potestatem adolescentium, natus annos sex et quinquaginta, veniret. Denique, reparatis suis, vicit, et Pompeii filius maior occisus est, minor fugit.

COMPENDIO DE HISTORIA ROMANA, LIB. VI.

Despues de un año regresó César á Roma, y habiéndose hecho nombrar cónsul por cuarta vez, marchó al instante á las Españas, donde los hijos de Pompeio habian renovado poderosamente la guerra. Muchas fuéron las batallas; y el último combate trabóse cerca de la ciudad de *Munda*, en el cual de tal modo estuvo César casi vencido, que viendo huir á los suyos quiso matarse para no caer, despues de tanta gloria militar, en poder de aquellos mancebos, cuando contaba cincuenta y seis años de edad. Finalmente, recobrados los suyos logró el vencimiento, y el hijo mayor de Pompeio fué muerto y el menor huyó.

XVII.

SEXTO AURELIO VICTOR.

ADDITAMENTUM VIRORUM ILLUSTRIUM EX LIBRIS ANTIQUIS MANU DESCRIPTIS.

I. JULIUS CAESAR.

Pompeios juvenes in Hispania apud Mundam oppidum ingenti proelio vicit.

VII. SEXTUS POMPEIUS.

Sextus Pompeius in Hispania apud Mundam victus, amisso fratre, reliquiis exercitus collectis Siciliam petiit.

ADICION Á LOS VARONES ILUSTRES, SACADA DE ANTIGUOS LIBROS MANUSCRITOS.

I. Julio César.

Venció en una gran batalla á los jóvenes Pompeios en España, cerca de *Munda*.

VII. Sexto Pompeio.

Sexto Pompeio, vencido en España delante de *Munda*, y habiendo perdido á su hermano, se encaminó á Sicilia con las reliquias que pudo juntar de su ejército.

XVIII.

PAULO OROSIO.

HISTORIARUM LIB. VI.

CAP. XVI...... *Ultimum bellum apud Mundam urbem gestum est, ubi tantis est viribus dimicatum, tantaque caedes acta, ut Caesar quoque veteranis etiam suis cedere non erubescentibus quum caedi cogi-*

LIBRO VI DE LAS HISTORIAS.

CAP. XVI....... La última batalla trabóse delante de la ciudad de *Munda*, donde se peleó con tanto esfuerzo, y fué hecha tan gran matanza, que César, viendo tambien retroceder á sus veteranos, sin

que aciem suam cerneret, praevenire morte futurum victi dedecus cogitavit, quum subito versus in fugam Pompeiorum cessit exercitus..... Munda civitas cum inmensa hominum caede Caesare oppugnante vix capta est.

avergonzarse de ello, y que su ejército era destrozado y oprimido, pensó prevenir con la muerte la afrenta futura del vencimiento; cuando de repente se entregó á la fuga el ejército de Pompeio. . . . . La ciudad de *Munda*, combatida por César despues de una inmensa mortandad de hombres, con dificultad llegó á ser tomada.

XIX.

PAULO, EL DE AQUILEIA, DIÁCONO.

HISTORIARUM LIB. VII.

Ultimum bellum apud Mundam flumen gestum est, ubi tantis viribus dimicatum est, tantaque caedes acta, ut Caesar quoque veteranis etiam suis cedere non erubescentibus, cum cogi, caedique aciem suam cerneret, se voluerit occidere, ne post tantam rei militaris gloriam in potestatem adolescentium, natus annos sex et quinquaginta veniret. Denique reparatis suis, tum versus subito in fugam Pompeianorum fugit exercitus..... Munda civitas cum inmensa hominum caede Caesare oppugnante vix capta est.

LIBRO VII DE LAS HISTORIAS.

Fué trabada la postrera batalla cerca del rio *Munda*, donde se peleó con tanto esfuerzo y fué hecha tan gran matanza, que César, viendo tambien retroceder á sus veteranos, sin avergonzarse de ello, y que su ejército era destrozado y oprimido, quiso matarse para no caer, despues de tanta gloria militar, en poder de aquellos mancebos, á los cincuenta y seis años de su edad. Finalmente, recobrados los suyos, se puso en fuga de repente el ejército de los pompeianos........ La ciudad de *Munda*, combatida por César con inmensa mortandad de hombres, dificultosamente llegó á ser tomada.

XX.

ANÓNIMO.

CHRESTOMATHIA EX STRABONIS GEOGRAPHICORUM LIB. III.

Quod per Baeticam magnae sint urbes, Corduba, Gaditana, Hispalis, Italica, Ilipa, Astina, Carmon, Obulco, et Atetua, et Urso, et Tuccis, et Julia, et Ægua, et Munda, ubi liberi Pompeii fuerunt expugnati. Caeterum omnes illae a Corduba non longe absunt. Quod de Pompeii filiis, Cneus devictus in Carteiam fugerit, ibique obtruncatus est.

COMPENDIO DE LA GEOGRAFÍA DE STRABON, LIBRO III.

Hay grandes ciudades en la Bética, cuales son *Córduba, Gádes, Hispalis, Itálica, Ílipa, Astina, Cármon, Obulco*, y *Attegua*, y *Urso*, y *Iulia*, y *Aegua*, y *Munda*, donde fuéron vencidos los hijos de Pompeio. Por lo demás, todas ellas no están léjos de Córdoba. De los hijos de Pompeio, vencido Cneo huyó á *Carteia*, y allí fué degollado.

XXI.

JUAN ZONÀRAS.

ANNALES.

Deinde (Caesar) *quartum Cousul factus, iu Hispaniam abiit coutra Pompeii filios: adolescentes quidem illos adhuc, sed audacia principatu digua praeditos, ubi in tantum periculum venit, ut per aciem discurrens clamitaret: «¿An milites non puderet, se captum pueris iu manus tradere?» Post pugnam autem amicis dixit: Se de victoria saepe, tum vero primum de vita certasse. Caesare victore, junior Pompeii filius fuga est elapsus, post dies aliquot, natus majoris caput Caesari allatum*

ANALES.

Despues *(Cesar)* hecho cónsul por cuarta vez marchó á España contra los hijos de Pompeio, que aunque mozos en verdad, se hallaban dotados de una audacia digna del mando; y allí llegó á estar en tanto peligro, que discurriendo por medio del ejército exclamaba: «¿No os avergüenza, soldados, entregarme prisionero en manos de esos mnchachos?» Despues de la batalla dijo tambien á sus amigos, que él habia peleado mnchas veces por la victoria, mas que entonces lo habia hecho principalmente por la vida. Vencedor César, el más jóven de los Pompeios se libró con la fuga: al cabo de algunos dias la cabeza del mayor fué llevada á César.

XXII.

ANÓNIMO.

HISTORIAE CAII IULIS CAESARIS FRAGMENTUM.

. . . .

Ad extremum Mundae (Pompeius) *subsistit, quam supremis cladibus ejus fortuna delegerat. Eo et Caesar venit, contraque Pompeium castra metatus est, Pompeius Fausto scripserat, qui, quantum datur intelligi, intra oppidum erat, Caesarem mediam iu vallem nolle descendere, quod exercitus sui magna pars tyrouum esset. Quae litterae miris modis oppidanorum animos attollebant. Cupide enim spes arripiunt omnes mortales; etiam ea sibi finguut animis, quae nec fieri posse cognoscunt: Tam dulce est nou dicam sperare, sed cogitare quae delectaut. Quod enim impossibilia spereutur, non intelligo. Cogitari autem possunt omnia. Dum se sic Pompeius, sic alios solaretur, et ingenti, quantum arbitror, solicitudine agitatus, magua parte noctis instructis staret aciebus; Cae-*

FRAGMENTO DE LA HISTORIA DE CAIO JULIO CÉSAR.

. . . .

Finalmente, (*Pompeio*) se detuvo en Mnnda, á la cnal la fortuna habia elegido para sus grandes calamidades. César llegó al mismo sitio, y estableció su campamento frente de Pompeio. Este habia escrito á Fausto (el cual, segun cuanto se da á entender, estaba dentro de la oiudad), que César no qneria descender al medio del valle, porque la mayor parte de su ejército se componia de soldados bisoños. Tales cartas levantaban de admirable manera los ánimos de los ciudadanos, porque ávidamente acogen las esperanzas todos los mortales, y aún fingen en su fantasia todo lo que conocen qne ni siquiera puede suceder: tan dulce es, no digo esperar, sino imaginarse las cosas que deleitan. En cnanto á que se esperen las imposibles no lo

sar, nescio quonam iter acturus, castris egrediebatur. Cui cum status hostium nunciatus esset, constitit, constituitque aciem. Concursum est magnis hinc inde clamoribus, sed majoribus animis ineffabilibus odiis, atque immensis; pugnatumque acriter, ac pertinaciter, et (quod pene pudendum dixeris humanae fragilitatis indicium) nusquam Caesari aut cum hostibus, aut cum civibus tam anceps eventus, extremove periculo proprius res fuit: Usque adeo ut (sicut elegantissime ait Florus) plane videretur nescio quid deliberare fortuna: etiam quid aliud rear, nisi, an amicum suum usque in finem rara etiam sibi prorsus insolita fide comitaretur, an eo extremo jam calle desereret, ad alium transiret? Tantaque haec fortunae declinatio, tam diuturna, ut inter moras praelii, neutram in partem inclinante victoria, cum jam veterana illa militum manus tot probata victoriis (Caesaris oculis insuetum dedecus) sensim retrofugeret, nec quominus palam fugeret, tam virtute, quam pudore teneretur (quod nunquam ante illum diem fecerat) dubitare Caesar coeperit, atque diffidere, etiam solito moestior ante aciem stare, ita tamen ut nihil idem de solita imperatoria virtute remitteret: imo equo desiliens, et furenti simillimus, primam peditum in aciem evolaret, clamans, increpans, obsecrans, atque exhortans, nec tamen voce, et oculis, sed manu, et pectore fugam sistens, etiam fugere incipientes in praelium vi retorquens. Tanta denique trepidatio lucis illius fuit, tamque diu ambiguus pugnae finis, ut cogitasse Caesarem de extremis, scriptorum plurimi tradiderint; et eo vultu fuisse, quasi jam mortem sibi consciscere cogitaret. Quamquam apud eos, qui praelio interfuerunt, nulla peni-

comprendo, pero en cuanto á imaginadas lo pueden ser todas. Mientras que así Pompeio se alentaba y alentaba á los démás, agitado con gran solicitud, á lo que juzgo, estuvo gran parte de la noche con sus tropas formadas en batalla. César, tratando de emprender no sé qué camino, habia salido de sus reales; y así que le fué anunciada la disposicion de los enemigos, hizo alto y ordenó su ejército. Aquí fué el encuentro con gran clamoreo; pero aùn con mayores ánimos y con inmensos é inexplicables odios. Peleóse fuerte y pertinazmente, y (lo que casi parece vergonzoso indicio de la fragilidad humana) nunca para César, ni con los enemigos extraños, ni con los romanos, fué el trance tan dudoso, ni estuvo el caso tan cerca del extremo peligro; hasta tal punto que, (segun dice Floro elegantísimamente) de un modo manifiesto, parecia no saberse á lo que se hallaba resuelta la fortuna; ó qué cosa pensase, si acompañar á su amigo hasta el fin, con rara fe tan poco frecuente en ella, ó abandonarle ya en esta última hora y favorecer á otro. Tanta fué la mudanza de la suerte y tan continua, que entre las demoras del combate no inclinándose la victoria ni á una ni á otra parte, como ya aquella antigua tropa de soldados, experimentada con tantos triunfos, retrocediese insensiblemente (oprobio desconocido á los ojos de César), y para no huir á las claras, más que por el valor se viese detenida por la vergüenza (lo cual jamás habia hecho antes de aquel dia), el mismo César comenzó á dudar y á desconfiar, estando delante de su ejército más acongojado que de costumbre, de tal modo, sin embargo, que nada perdiese de la energía que siempre habia mostrado como general; antes bien saltando del caballo, y á la manera que un furioso, corrió á las primeras filas clamando, increpando, suplicando, exhortando, y no sólo con la voz y los ojos, sino con las manos y con el pecho, deteniendo la fuga, y aùn haciendo volver

tus rei hujus est mentio. Et est sane difficile non tantum absentibus, sed praesentibus, definire quid quisque secum cogitet: ego autem haud difficile ad credendum ducar; quod si de victoria Caesar timuit, simul et de morte cogitavit. Quando enim, quove animo uni adolescenti terga vertisset is, qui patrem ejus talem virum, qui tot populos, tot duces, non urbium modo, sed regionum, toties terga sibi vertere coegisset? Utique igitur si vinci timuit, mori optavit, vincere solitus, non vinci. Sed an vinci timuerit, quis novit? Dicunt tamen etiam, quidam etiam pro comperto afferunt. Tandiu haec rerum ambiguitas duravit, donec quinque cohortes hostium a Labieno castris laborantibus directae, mediamque per aciem properantes fugae speciem praetenderunt. O fortuna in omni re, ut creditur, potens, sed in bello potentissima! Si quidem Caesar sive illas vere fugere arbitratus, sive credulitatem simulans ducum sagacissimus, veluti in perfugas impetum fecit, animosque etiam suis addidit, ut fugere hostes rati sequerentur, etiam hostibus demisit, ut dum suos fugere arbitrabantur, fugerent. Ita Labienus Caesaris desertor, ac transfuga, suique pristini ducis hostis inexorabilis, cui parare perniciem quaerebat, victoriam insperatam peperit. Eo enim praelio et ipse concidit, unaque secum Actius Varus, et cum eis XXX millia hominum cecidere. Cecidissent plures, nisi tam proximum urbis profugium fuisset. De victoribus ad tria millia hominum caesi, plures saucii equitum, ac peditum. Itaque cum Caesar muris obsidionem admovisset, agger flebilis, etiam horrendus de cadaveribus factus est, per quem ad oppugnationem urbis ascenderetur, quae telis, ac mucronibus velut calce compacta invicem

por fuerza á la batalla á los que comenzaban á huir. Tanto fué finalmente el azoramiento de aquel dia, y tan dudoso estuvo por mucho tiempo el término de la pelea que muchos escritores aseguran que César trató de acabar consigo, y que hubo muestras en su semblante de querer darse la muerte. Aunque entre aquellos que estuvieron presentes á la batalla no hay ninguna mencion de este hecho, y sea ciertamente dificil no sólo para los ausentes sino tambien para los presentes, el definir lo que cada uno piense dentro de sí, no tengo yo por imposible de creer que si César temió por la victoria, pensase al mismo tiempo sobre la muerte. Porque, ¿cuándo y con qué ánimo habia de volver las espaldas á un solo adolescente, aquel que habia obligado á volverlas tantas veces á un varon tal como el padre de este, y á tantos pueblos y tantos jefes, no sólo de ciudades sino de paises enteros? Luego si temió ser vencido, prefirió sucumbir, acostumbrado á vencer, no á que le venciesen. ¿Pero quién pudo conocer si temió que lo vencieran? Lo dicen, sin embargo, y algunos lo refieren como cosa sabida. Duró por largo tiempo esta ambigüedad de las cosas, hasta que cinco cohortes de los enemigos enviadas por Labieno á los reales, que peligraban, atravesando por medio del ejército, dieron á sospechar una especie de huida. ¡Oh fortuna en todo, segun se cree, poderosa pero en la guerra poderosísima! Lo cierto es que César, ó juzgando verdaderamente que aquellas huian, ó capitan mañosísimo simulando esta ereencia, los acometió como si fueran fugitivos, y al propio tiempo añadió ánimo á los suyos para que los siguiesen, pensando que los enemigos huian, y abatió á sus contrarios para que huyesen, mientras que opinaban que así lo hacian los snyos. De este modo Labieno, desertor de César, transfuga y enemigo inexorable de su antiguo jefe, al cual queria arrastrar á su ruina, vino á darle una inesperada victo-

cohcrebant; murique officium ministrabant.

. . . .

Munda post praelium expugnata quidem a Caesare, sed ingenti prius sanguinis perfusa diluvia.

ria. En esta batalla, sin embargo, pereció él mismo y juntamente Accio Varo, y con ellos treinta mil hombres. Muchos más fueran muertos si no hubiese estado tan próximo el refugio de la ciudad. De los vencedores sucumbieron cerca de tres mil, y fuéron heridos muchos de los de á caballo y de los de á pié; así es que tratando César de cercar los muros, se levantó un vallado débil, pero horrendo, con los cadáveres, desde el cual se pudiese atacar la ciudad, y en el que estaban aquellos sujetos entre sí con los dardos y las espadas como con estrecha trabazon, haciendo el oficio de muralla... *Munda*, no obstante, fué tomada por César, despues de vertidos torrentes de sangre.

CATÁLOGO

DE

LOS MANUSCRITOS CONSULTADOS

PARA ESTA OBRA.

---

1. Alfonso el Sábio.—*Estoria de Espanna, que fizo el muy noble rey D. Alfonso,* dicha la *Corónica general de España*. Existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Es un códica membranáceo en fólio mayor, procedente de la Biblioteca del Escorial. Gr. J, Est. Y, núm. 2.

Aunque esta *Corónica* se halla publicada por Ocampo, el presente MS. es de importancia, atendida la necesidad de una nueva edicion más correcta que la del coronista de Cárlos V.

2. Anónimo.—*Disertacion sobre la moderna villa de Monda*. MS. en 4.° de la Biblioteca Episcopal de Málaga, comprendido en el tomo I del *Suplemento al Diccionario Geográfico Malacitano* de D. Cristóbal Medina Conde.

3. Antonino.—*Itinerario terrestre*. Se halla sin ninguna inscripcion, pero es el mismo atribuido á Antonino Augusto, dando principio al fól. 15 vto., en el códice membranáceo de la Biblioteca Nacional, letra L, núm. 129, en el cual se contienen las obras tituladas *Situs et Descriptio Orbis terrarum, Itinerarium terrestre, Itinerarium maritimum,* y varias atribuidas á Ethico, Antonino y otros escritores.

4. Baca. (El Ldo. D. Antonio).—*Historia de España*. Original en la Biblioteca Nacional, E e. 129.

5. Barrero Baquerizo. (D. Francisco Joseph).—*Anales de Antequera*. MS. original en fólio, que perteneció al Conde de la Bobadilla, y que hoy poseemos.

El autor de estos *Anales* empezó á escribirlos en el año 1732, y dejó de continuarlos en 1741, de modo que empleó nueve en su obra.

6. Bruna (D. Francisco).—*Apuntaciones sobre la colonia romana de Munda*. Año 1753. De la propiedad de los Sres. Lafuente Alcántara.

7. Bruna (D. Francisco).—*Carta á D. Benito Ramon de Hermida sobre el sitio de Munda*. Año 1793. En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia: *Papeles varios de Antigüedades*. E. 184, fól. 70.

Los Sres. Lafuente Alcántara poseen otra copia.

8. Cabello y Gomez (Fray Manuel).—Carta á D. José Lopez Ayllon y Gallo con *Apuntaciones sobre la colonia romana de Munda*. 1817. (4.°) De la propiedad del Sr. D. Pascual de Gayangos.

9. Cabrera (Fray Francisco).—*Descrip-*

cion de la fundacion y antigüedad, lustre y grandezas de la muy noble ciudad de Antequera, obra póstuma del muy reverendo padre maestro Fray Francisco de Cabrera, hijo suyo y religioso del Órden de San Agustin. Sácala á luz pública D. Luis de la Cuesta, canónigo de la santa iglesia colegial de esta ciudad con algunas adiciones de su tiempo hasta el presente año de 1679. MS. en fólio, de la Biblioteca Episcopal de Málaga.

El Excmo. Sr. D. Serafin Estébanez Calderon posee una copia, en la que equivocadamente se ha escrito *D. Luis de la Cueva* por *D. Luis de la Cuesta.*

10. C. Ivlii caesaris *Commentaria*. MS. en fólio menor, de la Biblioteca de la Universidad de Granada. Est. 26, tabla 5.ª núm. 1.

Este códice procede del Colegio de la Compañía de Jesus de Granada, de donde se trasladó á la Biblioteca de la Universidad, en la que fué descubierto por nosotros. Es un tomo bastante abultado, con doscientas cincuenta y nueve hojas escritas y sin foliar, á excepcion de las que corresponden á los números 50, 100, 150, 200 y 250, que se han puesto modernamente; varias de las hojas son de pergamino y las restantes de papel; fáltale la última. La letra parece ser del siglo xiv. Su primera inscripcion puesta con tinta purpurina, es la siguiente: Commentariorum C. Ivlii Caesaris de Bello Gallico Liber Primus Incipit. ivlivs Celsus Constantinus Vir Clarus emendavit: Lege Foeliciter: La cual se repite al comienzo de cada libro de las *Guerras de las Galias*, excepto en el octavo, en los tres de la *Guerra Civil* y en los de las *Guerras Alexandrina, Africana é Hispaniense*, que no tienen inscripcion alguna.

11. Cornide (D. José)—*Apuntaciones que iba haciendo... durante su viaje... por Extremadura. Año de* 1798. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 18, gr. 2.ª núm. 32.

12. Cornide (D. José).—*Cartas sobre el sitio en que estuvo Munda*. MS. en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia: *Papeles varios de antigüedades*, tom. I. fól. 55. Est. 27, gr. 6.ª E. 184.

13. Cornide (D. José).—*Itinerario de Antonino Pio por el Reyno de Portugal y Extremadura*. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 18, gr. 3.ª núm. 37.

14. Cueto y Herrera (D. Juan).—*Diccionario geográfico universal de la España antigua* y además un *Apuntamiento* remitido al Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, en carta de 11 de Diciembre de 1855.

Este mismo señor conserva en su poder inédito el *Diccionario*.

15. Egidius Zamorensis (Fr. Joannes).—*De Praeconiis Numantiae quam edidit Fr. Joannes Egidius doctor Fratrum minorum Zamorensium.* (4.º) Biblioteca de la Real Academia de la Historia, A. 189.

Es un códice membranáceo, letra al parecer del comienzo del siglo xiv, encuadernado al final de una coleccion de cronicones de letra del siglo xiii. Segun Florian de Ocampo, fray Juan Gil de Zamora, recopiló en lengua portuguesa sus antigüedades españolas. (*Corónica* de Ocampo, lib. 2, cap. 4). Cano en el prólogo que puso á su edicion de las *Antigüedades* de Morales, dice que esta obra de Egidio titulada de *Praeconiis Hispaniae* se encontraba en la Biblioteca del convento de San Francisco, en Zamora. Fr. Juan Egidio, ó Gil, es escritor del siglo xiii, y fué maestro de Sancho el Bravo.

16. Fariña del Corral (D. Macario).—*Antigüedades de Ronda.* (4.º) De nuestra propiedad, copia del que posee D. Cándido Gonzalez, vecino de Ronda.

Al frente de este ejemplar se dice que están *escritas por D. Fernando Reynoso y Malo.* Lo propio se expresa en otro diverso que posee el Excmo. Sr. D. Serafin Estébanez Calderon. Sin embargo, es indudable que estas *Antigüedades* fuéron compuestas por D. Macario Fariña del Corral; que Reynoso (anticuario tambien de Ronda, pero de época posterior) varió, interpoló, ó añadió algunas cosas al final de la obra, y á lo más lo que hizo fué ampliar la parte árabe y de la reconquista con los papeles de Fariña, que le dió el hijo de este, D. Cristóbal. Al frente del MS. del Sr Gonzalez, y de un traslado que hicimos sacar de toda la obra, hemos comprobado largamente nuestra opinion fundada en datos muy eficaces. Algunas de nuestras razones pueden verse en el *Diccionario Bibliográfico-Histórico* de D. Tomás Muñoz, pág. 321, art. Ronda, donde ha tenido la atencion de aceptarlas. Resta advertir que aun cuando en casi todos los códices é impresos el apellido de *Fariño* aparece *Fariñas*, nos hemos atenido á la afirmacion que hace sobre este punto D. Juan María de Rivera en sus *Memorias Eruditas*, el cual se propuso investigar la vida y escritos del referido anticuario de Ronda.

17. Fariña del Corral (D. Macario).—*Tratado de las Marinas, desde Málaga á Cádiz, y de algunos lugares, sus vecinos, segun fuéron en los siglos antiguos. Año de* 1663. MS. en 4.º con el título de *Discursos Académicos* en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, tom. VI., fólio 32 al 46.

Est. 27, gr. 6.ª, E. 181. Hállanse comprendidas además en las *Antigüedades de Ronda* antes citadas.

El Sr. Fernandez-Guerra posee otra antigua copia que fué del erudito D. A. Mosti.

18. Fariña del Corral (D. Macario). — *Carta al Lic. D. Félix Laso de la Vega sobre las antigüedades existentes en las inmediaciones de Ronda y varios puntos de geografía antigua; su fecha en Ronda á 22 de Octubre de 1650.* 18 hojas. (4.º) Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fólio 317 del tom. VI. de los *Discursos académicos*. Est. 27, gr. 6.ª E. 181.

19. Fernandez-Guerra y Orbe (D. Aureliano).—*Estudios geográficos sobre la Bética y la Bastitania.* MS. en fólio con varios mapas. (Véase el *Diccionario Bibliográfico* de D. Tomás Muñoz, art. *Bética* núm. 11.)

20. Fernandez de Sousa (D. Miguel Apolinario). — *Memoria histórico-crítica de la campaña de Julio César en la provincia Baética entre los rios* Baetis, Salsum *y* Singilis *contra los hijos del gran Pompeyo; seguida de consideraciones estratégicas, para venir en conocimiento del verdadero sitio en que dió la célebre batalla de* Munda, *donde venció á Gneo Pompeio.* MS. de catoree fojas y un plano, presentado á la Real Academia de la Historia.

21. Franco (Alonso).—*Cartas sobre monumentos desconocidos.* Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 11, gr. 3, número 81.

El Sr Fernandez-Guerra posee de estas y de todas las siguientes obras de Franco copia muy esmerada hecha en el siglo anterior por el docto Conde del Aguila.

En el discurso de la presente *Memoria* hemos citado el nombre de Alonso Franco, y el del Ldo Juan Fernandez Franco, segun que respectivamente aparecen de los MSS.

Esta diversidad da naturalmente ocasion á que puedan reputarse dos autores distintos. Nosotros hemos reflexionado detenidamente sobre tal punto, y creemos que son uno mismo.

Aunque estas cartas al Inquisidor Olivan resulten con el nombre de *Alonso*, es porque así tambien se llamaba el Ldo. Juan, al que todos conocen como anticuario. En carta que con fecha 20 de Abril de 1551 dirigió desde Ledesma D. Gaspar de Castro á D. Antonio Agustin, que se hallaba á la sazon en Roma, le dice; «Juan Alonso Franco conterraneo de Sepulveda, y no sé si deudo, que reside agora en Montoro y hace oficio de Abogado, me dió estos diez y seis letreros que él vió y copió con toda diligencia en los lugares aquí señalados» MS. de la Academia de la Historia: *Papeles varios de Antigüedades* tom. IV, fól. 201. Est. 27, gr. 6.ª E. núm. 187. Al márgen de la referida carta se halla la siguiente nota: «en Roma es MS. Vaticano núm. 6040.»

Conterraneo vale tanto como decir de la misma region ó país, porque Sepúlveda era natural de Pozo-Blanco, y Franco de Montoro, ambos pueblos del antiguo reino de Córdoba y hoy de su provincia.

El MS. original de estas ocho cartas se hallaba en la Biblioteca de los Sres. Obispos de Córdoba, pero en el traslado que de él sacó D. Cándido María Trigueros se hubo de escribir equivocadamente que el autor de las cartas era *Diego* Fernandez Franco. El Dr. Hübner, que ha hecho un particular estudio bibliográfico de los epigrafistas españoles, repasando varios MSS. de antigüedades que reunió y copió de su mano el Dr. Vazquez Siruela, ha encontrado parte de dos cartas al mismo Inquisidor Olivan, que resultan ser del Ldo. Juan Fernandez Franco. Así, pues, las cartas á que nos referimos, no autorizan para suponer dos Francos, sino uno solo, si bien este escritor ha sido citado en diversas copias por Alonso, por Juan y por Diego, en unas se le dice *Bachiller*, algunos le hacen *Doctor*, y generalmente es conocido por el *Licenciado*. Hasta en su patria andan discordes los MSS leyéndose en varios que es natural de Pozo-Blanco, cuando hoy no se duda que nació en Montoro. Su padre, que debió tambien llamarse Juan *Alonso*, como el hijo, es el que debió ser natural de Pozo-Blanco, y de esto, como de la identidad de nombres y decirle otros *conterraneo* de Sepúlveda, se han originado todas estas confusiones, dudas y controversias entre los eruditos.

Los monumentos desconocidos, que se trasladan en estas cartas, se consideran supuestos, y sorprendida con ellos la buena fe de Franco.

22. Franco (Juan Fernandez).—*Breve Exposicion y Compendio de Numismas*, que en 1564 escribió el Ldo. Juan Fernandez Franco, y dedicó al Marqués de Comares. (4.º) Biblioteca episcopal de Málaga.

23. Franco.—*Memorial ó cuaderno que contiene ciertas historias y antigüedades, que pasaron en término de la ciudad de Córdoba y en el estado del marquesado de Priego, ordenado por el Ldo. Juan Fernandez Franco, vecino de la villa de Buxalance, hombre muy leido y gran anticuario.* MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Est. 27, gr. 6, E, núm. 187, comprendido en el tom. IV de los *Papeles varios de antigüedades* de la misma Biblioteca, fól. 114—159.

El Cura de Montoro, hablando de este MS. en su *Franco ilustrado*, pág. 22, escribe: «No lo hemos visto, pero el que copió Zevallos es obra de un anónimo no muy amigo de Franco.»

24. Franco.—*Monumentos de inscripciones romanas de varias piedras halladas en Espejo, Montemayor, Córdoba, Montoro, Porcuna, Martos, Arjona, Lucena, Cabra, Linares, Pinos de la Puente, Écija, etc. Escritos y declarados por el Ldo. Juan Fernandez Franco. Dedicados al Sr. D. Pedro Fernandez de Córdoba, Marqués de Priego, salud y felicidad. Años de 1540, 1549 y 1560.* Biblioteca de la Academia de la Historia. Est. 11, gr. 3.ª núm. 82. Y en el tom. III de la *Coleccion* de Guseme. Est. 21, gr. 6.°, núm. 102.

25. Franco. — *Quaderno de inscripciones de la Bética*, comprendido bajo el epígrafe *Bética* en *Cartas y otros papeles de antigüedades.* MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 26, gr. 7.° D. número 164.

Tiene escrito de letra de D. Cándido María Trigueros: «Advertencia de Siruela.—D. Nicolás Antonio mi amigo me remitió de Madrid un quaderno de inscripciones antiguas en que estaban escogidas y declaradas las de la Provincia de Andalucía, por autor cuyo nombre no se expresaba, sólo se colegía por el discurso, que vivió en tiempo del emperador D. Cárlos». (pág. 327 del MS. citado). »Al márgen se advierte que esta obra es (como lo es) de Juan Fernando (sic) Franco:» (tambien de letra de Trigueros). Es efectivamente del Ldo Juan Fernandez Franco. Nicolás Antonio halló este MS. entre los papeles y libros del Mariscal de Alcalá. (*Censura de Historias Fabulosas*, lib. VI, cap. 8, pág. 300.) De Vazquez Siruela hubo de pasar el mismo cuaderno original á poder del señor Conde del Aguila, quien remitió copia al Cura de Montoro, la cual hoy posee D. Aureliano Fernandez-Guerra. Es obra distinta del *Monumento de inscripciones romanas.* Franco dedicó esta última al Marqués de Priego, que era D. Pedro Fernandez de Córdoba, y el *Quaderno* al Marqués de Comares, que fué D. Diego Fernandez de Córdoba. La primera fué escrita en el año 1565, y el segundo antes de 1564. El Cura de Montoro dice equivocadamente, hablando de este MS. en su *Franco Ilustrado*, pág. 22. que de Vazquez Siruela pasó á Nicolás Antonio, cuando fué precisamente al contrario.

26. Hernandez (D. Francisco).—*La Historia Natural de Cayo Plinio Segundo, trasladada y annotada por el doctor Francisco Hernandez, médico del invictissimo rey Don Philippo segundo nuestro señor.* Biblioteca Nacional, L. 22.

27. Hierro (P. José del).— *Discursos geográficos de la Bética romana.* (4.°) Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 26, gr. 7.°, D. 164, y Est. 27, gr. 6.ª, E. 169.

El primer ejemplar es todo de letra de D. Cándido María de Trigueros.

D. Aureliano Fernandez-Guerra posee otro con ampliaciones é ilustraciones de D. Patricio Gutierrez Bravo, presbítero en la villa del Arahal; códice que pertenecía en 1771 al laborioso P. M. Sanchez Sobrino.

28. Hierro (P. José del).—*Itinerarium Antonini Aug. Per Baeticam Romanam A. C. Josepho del Hierro S. J. correctum et illustratum.* Biblioteca de la Academia de la Historia, tom. III de la *Coleccion* de Guseme. Est. 21, gr. 6.°, núm. 102.

29. Jurado y Aguilar (D. Antonio Marcelo).—*Ulia romana y fundacion de Montilla. Razones y conjeturas que comprueban la identidad entre los dos pueblos. Satisfaccion general á los que dificultan la pretendida indivision, etc. Año de 1763.* MS. en fólio, de la Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli.

30. Jurado de los Dolores (Fray José María).— *Historia abreviada de la villa de Espejo. Año 1831.* MS. original, en fólio, de la propiedad del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

31. Lopez de Cárdenas (D. Fernando).—*Noticias pertenecientes á la topografía de muchos lugares antiguos de la Bética, con muchas inscripciones inéditas.* MS. de la propiedad del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

32. Medina Conde. (D. Cristóbal).—*Diccionario Geográfico Malacitano.* MS. en 4.° de la Biblioteca Episcopal de Málaga.

33. Medina Conde (D. Cristóbal).—*Suplemento al Diccionario Geográfico Malacitano.* MS. de la Biblioteca Episcopal de Málaga.

Consta de dos tomos, uno en fólio y otro en 4.° Contienen las cartas que de los pueblos de la diócesis de Málaga dirigian al autor, en contestacion á un interrogatorio, del que corre unido un ejemplar impreso en el tomo en fólio. En el tomo en 4.° está incluida la disertacion escrita por Medina Conde, titulada *Antigüedades de Cartama*, cuya villa visitó en el año 1768.

34. Medina Conde (D. Cristóbal).—*Diccionario Malacitano*. MS. en 4.º de la Biblioteca Episcopal de Málaga.

Esta obra comprende los materiales que sirvieron al autor para escribir sus *Conversaciones malagueñas*, de las que tiene formolados ya algunos *diálogos* en este MS.

35. Medina Conde (D. Cristóbal).—*La antigua Munda reducida á la villa de Monda del Obispado de Málaga*. MS. en fólio, de nuestra propiedad.

Consta de noventa y dos páginas. Está escrito por el amanuense de Medina Conde, y las enmiendas y las inscripciones son de letra del mismo autor.

36. Ortiz (D. José).—*Disertacion histórico-geográfica acerca del paraje de la célebre ciudad de Munda, junto á la cual venció J. César á los hijos de Pompeio*. MS. original y en fólio, de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia: *Varios de Historia*, tom. XI, fól. 116. Est. 27, gr. 5.ª, E. 144.

37. Padilla (D. Lorenzo).—*El libro de la Geografía de España, compuesto por D. Lorenzo de Padilla, Arcediano de Ronda*. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 27, gr. 3.ª, E. 94. Sin foliacion.

38. Padilla (D. Lorenzo).—*Historia general de España*. Biblioteca Nacional, Q. 19, sin título ni foliacion.

Empieza por la dedicatoria, cuyo epígrafe es: *A la S. C. Flavio M. de Don Philippo Hispaniarum Monarcha Flavio*.

Faltan en el MS. todas las inscripciones, de que hay sólo los claros, y las versiones.

39. Palencia (Alfonso de).—*Historici ante narrationem belli adversus Granatenses foeliciter coepti:* (fólio). Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 11, gr. 2.ª, núm. 56.

40. Perez Bayer (D. Francisco).—*Diario del viaje de Andalucía y Portugal, hecho en este año de* 1782. Dos tomos en fólio. Biblioteca Nacional, Y. 193 y 194.

En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia hay otro ejemplar, C. 77, copia del existente en Valencia, y escrito en un volúmen en 4.º mayor, muy abultado, con más primor y exactitud.

41. Plinii Secundi Novocomensis *Naturalis Historia*. Biblioteca nacional, L. 36.

Es un códice escrito sobre limpísimas membranas en nitidísimos caractéres, con bellísimas iniciales en oro, y elegantes adornos en oro y colores. Le faltan los diez y seis primeros libros. Alcanza hasta terminar el libro 37 y último. Al principio se expresa en el códice que tiene 321 fólios, mas no son sino 319.

42 Ptolomeo.—*Cosmografía*. En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia se hallan copias de los siguientes códices de Ptolomeo:

De un códice griego membranáceo, en 8.º, de la Biblioteca Laurenciana, núm. 38, pluteo 28: es del siglo xiv.

De otro de la misma Biblioteca, tambien griego y membranáceo, en fólio menor, del propio pluteo y siglo, con el núm. 49.

De otro griego de la Biblioteca Vaticana, núm. 84, en fólio.

De otro códice Vaticano, traducido al latin por Jacobo Ángelo Florentino, y dedicado al Pontífice Alexandro, con el núm. 5.699, fólio menor.

Las cuatro copias se encuentran en dos cuadernos en 4.º, Est. 19, gr. 4.ª núm. 58, bajo un legajo titulado: *Códices y ediciones de Ptolomeo*.

43. Rasis.—*La Crónica del Moro Rasis*. MS. en fólio, del archivo de la casa del señor Marqués de Valdeflores, en Málaga.

Este MS. comprende las copias de los dos códices, el Toledano y el de Morales.

D. Manuel Rodriguez de Berlanga posee un fiel traslado del de Valdeflores.

D. Aureliano Fernandez-Guerra posee las copias que de ambos códices hizo sacar para su uso el Cl. Florez, con enmiendas de su mano.

44. Rayon (Fr. Estéban).—*Historia de la muy noble y muy leal ciudad de Xerez de la Frontera, y de los Reyes y Señores que la han dominado desde su principio y primera fundacion*. (Fólio, 190 fojas, sin los índices.) Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

45. Rodriguez Carretero (Fr. Miguel).—*Memorias antiguas y modernas de Castro del Rio. Año* 1816. MS. en 4.º, de la propiedad del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

46. Rojas (Fr. Juan de).—*Memorias an-*

tiguas y modernas de la M. N. ciudad de Antequera: su autor el P. Cabrera, ilustradas por D. Luis de la Cuesta, y corregidas últimamente por el P. Fr. Juan de Rojas. Año 1790. MS. de la propiedad de don Bernabé Dávila, vecino de Málaga.

47. Ruano (P. Francisco). — *Historia general de Córdoba*, tom. II. MS. en fólio de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 11, gr. 6.ª, núm. 164.

Queda espresado en la nota 2, pág. 82 de esta *Memoria*, que no sabiemos las razones que el P. Ruano habia tenido para suponer otra *Hispalis* en la villa de Monturque. Habiendo examinado más detenidamente el MS. referido, el lib. II, cap. 23, párr. 10, hemos encontrado estas razones, que aunque fútiles, las transcribimos aquí para rectificar lo que hablamos escrito en la nota antes citada.

«Haciéndonos, pues, cargo del natural sentido de Hircio, del terreno, por donde caminaron los dos exércitos, i de la direccion que llevaron desde las cercanias de *Espejo*, no hácia el Occidente, donde les quedaba Sevilla, sino hácia el Mediodia, concluimos, que esta segunda HISPALIS estaba fundada en el sitio de la villa de *Monturque*, sobre la ribera meridional del rio de Cabra, distante dos leguas i media de Montilla. Y pudo suceder, que contemplando sus primitivos fundadores su situacion semejante á la de Sevilla, á la qual rodea el Bétis por Norte i Occidente, diesen á esta ciudad el mismo nombre, por estar rodeada del rio de Cabra por los mismos lados».

48. Rui-Bamba (D. Ambrosio).—*La Bètica de Ptolomeo, con un juicio sobre los geógrafos antiguos, y medidas de que se valieron para ajustar las distancias.* (Original, en fólio.) Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 19, gr. 3.ª, núm. 51.

49. Rui-Bamba (D. Ambrosio).—*Notas al Strabon.* (Sin foliatura.) Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Dos volúmenes en 4.º Est. 19, grada 3.ª, núms. 46 y 47.

50. Rus Puerta (D. Francisco). — *Corografia antigua y moderna del reino y obispado de Jaen. Año* 1646. MS. en fólio, de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, procedente de la de Salazar. H. 5.

51. Sanchez Palomino (Antonio José). — *Investigacion de la gran Munda ó antigua, por Antonio Josef Sanchez Palomino, catedrático de latinidad y rhetórica en la ciudad de Ronda.* MS. de la propiedad de D. Cándido Gonzalez, vecino de la misma ciudad.

52. Strabon.—*Geografía.* MS. de la Biblioteca Nacional, letra N, núm. 5.

Es un códice chartáceo, á modo de fólio, con 466 hojas, y contiene los diez y siete libros, aunque no íntegros.

53. Stran (Juan Andrés).—C. *Plinii Secundi in Naturalis Historiae libros XXXVII. Annotationes, Joanne Andrea Straneo, Valentino Hypodiacono Authore.* Biblioteca Nacional, V. 190.

Al fólio 332 termina con esta suscripcion: *Supremam vero manum transcribendi imposuit Michaelus Joannes Ortínus, Gandiae octavo idus junias, anno M.D.XXXI.* Otro ejemplar existia, segun Nicolás Antonio, en la Biblioteca del Señor Marqués de Mondexar, y otro tenia D. Gregorio Mayans en la suya de Valencia.

54. Trigueros (D. Cándido María).—*Coleccion de inscripciones.* MS. en 4.º en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 18, gr. 5.ª y 6.ª números 72, 73 y 74.

55. Vazquez Siruela (Dr. Martin).—*Inscripciones pertenecientes á la mitología de España.* MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, comprendido en la *Coleccion de Trigueros.* Est. 18, gr. 6.ª núm. 74.

56. Velazquez (D. José Luis, Marqués de Valdeflores).—*Algunos apuntes convenientes á la antigua geografía de España.* Biblioteca de la Real Academia de la Historie. Estante 22, gr. 6.ª núm. 81, tom. XXXXII de la *Coleccion de sus papeles.*

57. Velazquez.—*Corpus Inscriptionum Hispaniae*, tom. 62 de la *Coleccion de sus papeles*, en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 22, gr. 6.ª, núm. 100.

58. Velazquez.—*Disertacion sobre el teatro y ruinas de Acinipo.* Original en 4.º, de 28 páginas con varios dibujos y vistas del teatro. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 27, gr. 6.ª, E. 179.

59. Velazquez.—*Disertacion sobre la medalla de Tarragona que representa á Tiberio*

Augusto, á Julia Augusta y á Druso César. Original. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 22, gr. 4.ª, núm. 77, tom. XXXVIII de la *Coleccion de sus papeles.*

60. Velazquez. — *Excerptas Geográficas.* MS. del archivo de la casa del Marqués de Valdeflores, en Málaga.

61. Velazquez. — *Inscripciones*, tomos XXXII, XXXIII y XXXIV de la *Coleccion de sus papeles.* Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 22, gr. 4.ª, núms. 71, 72 y 73.

62. Velazquez. — *Monumentos antiguos, inscripciones y varios papeles*, tom. XXXV de su *Coleccion.* Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 22, gr. 4.ª, núm. 74.

63. Velazquez.—*Noticias geográficas de España*, comprendidas en la *Coleccion de sus papeles*, tom. XXXVIII. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Est. 22, gr. 4.ª, núm. 77.

Conocimiento y uso de las medallas antiguas. Legajo MS. de letra del mismo Velazquez, incluso en el tomo anterior.

64. Velazquez.— *Observaciones del viaje de Extremadura y Andalucía*, tom. XXV de la *Coleccion de sus papeles.* Real Academia de la Historia. Est. 22, gr. 4.ª, núm. 65.

TABLA

DE

LAS MATERIAS PRINCIPALES

CONTENIDAS

EN LA PRESENTE MEMORIA.

---

segun las primeras ediciones, pág. 168 y 169. —Cuando expresa que Munda fué en cierto modo metrópoli de *esta region*, ó sea la Turdetania, no fija su situacion, sino sólo alude á la importancia de que habia gozado, pág. 174.— El núm. ἐξ χιλίους καὶ τετρακοσίους, ó sea la distancia de Carteia á Munda, corregido por Xylandro, pág. 176.—Esta enmienda es aceptada por Casaubon: nueva correccion conjeturada por Palmier: idéntica conjetura y enmienda de Groskurd: aceptada por este, por Mr. Coray y por los traductores franceses en sus respectivas ediciones: Lopez (don Tomás) y Falconer opinan por la correccion de Palmier, pág. 177.—Conjetura de Kramer: opinion de Müller y Dubner, pág. 177, nota 4.—Examínanse las tres lecciones que hoy presenta el texto Straboniano, página 177 y 178.—Recházase la primera, pág. 178. —Impúgnase la segunda, pág. 179—183.— Conformidad de la tercera leccion, con los demás datos que se tienen de la situacion de Munda, pág. 184. —Códice *princeps* de Strabon: existe en la Biblioteca de Paris: su historia, pág. 334.—Semejanza que Strabon encuentra entre los celtas y turdetanos, página 401, nota.

Stran (J. Andrés). Enmienda cierto pasaje de Plinio, y el P. Florez y Cortés y Lopez lo aceptan, pág. 400, nota 1.

Strozzi (Los). A su biblioteca pertenecian dos antiguos códices de Strabon, uno de ellos con notas de Láscaris, y otro incompleto que Scringer colacionó, y Siebenkees cita en su edicion, pág. 332.

Teatro de Ronda la Vieja. Fariña fué el primero que lo describió. Velazquez hizo de él una reseña más detallada que la de Fariña. Cean ha publicado esta descripcion, página 295.—Noticia del MS. en que se encuentra, pág. 295, nota 1.—Situacion del teatro. En España no hay otro que conserve más completa la *escena*. Descripcion de los muros que la componen. Método inexacto que adoptó Velazquez para medir la altura de estos muros. Muros transversales, hoy en su mayor parte destruidos. Aposentos que formaban. Opinion de Fariña sobre lo angosto de estos aposentos, pág. 296.—Dictámen de Velazquez sobre lo mismo, y razones que alega. *Episcena* de que habla Hesychio, segun Velazquez. Observaciones que se ocurren contra los fundamentos de estas opiniones. Puertas que tenia el muro exterior de la *escena*. *Valvas regias*. Hoy ha desaparecido por completo la del muro exterior, pág. 297.—Única puerta que de este muro aún se conserva entera. No se reconocen señales de *porticum post scenam* ni de *odeum*. Fariña llama pórtico al muro exterior. Puertas del muro interior. Nichos colocados sobre estas puertas. El del centro se ha destruido y ha venido á doblar la altura de su puerta respectiva. Conjetura de Velazquez sobre que estos nichos podrian ser el *Theologeo*. Fariña parece tomarlos por las *células* para los vasos armónicos. Impúgnase esta opinion con el texto de Vitruvio, pág. 298.— Dónde debian estar colocadas estas *células*, segun P. B. Cavalerio, pág. 298, nota 1.— Segun Fariña este teatro tenia *escena*, *podio* y *púlpito*, pero no *proscenio*. En otro MS. del mismo autor se lee que no tenia *podio*, y si *proscenio*, pág. 298, nota 3.—Velazquez no descubrió el *púlpito*, ni hoy hemos podido hallarle en recientes excavaciones. Conjeturas de que tal vez existiese el *podio*. Observaciones en que esto se funda. Cimientos de la torre de la derecha del *proscenio*. No existen vestigios ningunos de la otra torre, pág. 299. —Inexactitud de Velazquez sobre este punto, y razones con que se comprueba. No se distinguen las *prescinciones*. Número de gradas segun Fariña y segun Velazquez. Hoy á causa de los escombros no puede decidirse este punto. Aserto inexacto de Velazquez acerca de la forma en que estaban hechas las gradas. Es muy probable todo cuanto este escritor asevera, acerca de los *vomitorios*, pág. 300.—Vestigios que aún se registran del muro superior. Entre este muro y la tercera *prescincion* habia tambien gradas que no contó Velazquez. Se ven todavía las *escalillas* que separaban los *cuneos*. Perforaciones del muro superior, advertidas ya por Velazquez. Número de espectadores que supone Fariña podia contener este teatro. Recházase y se establece la regla para hacer una computacion aproximada, pág. 301.



ÍNDICE.

CORRECCIONES.

Pág.	Not.	Col.	Lín.ª	Dice.	Léase.
12	1.ª	»	18	Segun Avieno, versos 268 y 269.	Segun Avieno (*Orae Maritimae*, lib. 1., versos 268 y 269).
13	3.ª	»	»	Flor. lib. 2, cap. 17.	Flor. lib. 2, cap. 17 y 6.
14	3.ª	»	»	Liv. lib. 24, cap. 19.	Liv. lib. 24, cap. 42.
15	6.ª	»	»	Liv. lib. 40, cap. 27.	Liv. lib. 40, cap. 47.
18	»	»	5	Ulterior.	Citerior.
18	4.ª	»	»	P. Oros., lib. 5,	P. Oros. lib. 6.
20	1.ª	»	»	Hirt. *Bell. Alex.* cap. 58.	Hirt. *Bell. Alex.* cap. 59.
23	»	»	24	*Ípagrin*,	*Ípagri*,
23	»	»	30	puesto	puerto
27	»	»	1	de vuelta del África.	de vuelta del África,
28	2.ª	»	»	Mor. *Corón.* lib. 7.	Mor. *Corón.* lib. 8.
29	2.ª	»	3	—*Ad*	—*Ab*
29	6.ª	»	»	Steph. *De Urbibus*, pág. 105	Steph. *De Urbibus*, pág. 505.
30	1.ª	2.ª	7	Eckel *Doctrina Nummorum Veterum*, y la de Sestini *Descrizione delle Medaglie Ispane* (Vol. I, Baetica, pág. 26 y 27).	Eckhel *Doctrina Numorum Veterum* (Vol. I, *Baetica*, pág. 26 y 27), y la de Sestini *Descrizione delle Medaglie Ispane* (pág. 71 y siguientes).
31	2.ª	»	5	capitulo 18.	epístola 18.
32	2.ª	»	1	Dion. *Hist. Rom.* lib. 43, cap. 42.	Dion. *Hist. Rom.* lib. 43, cap. 32.
36	1.ª	2.ª	12	*pontes*,	*pontis*,
33	2.ª	2.ª	6	cap. 7.	cap. 10
38	3.ª	2.ª	25	cap. 23.	cap. 33.
39	3.ª	»	»	cap. 2. § 2.	cap. 2. § 1.
40	»	»	1	*terrae*.	*terrae*.
40	»	»	2	*viro*	*viros*
40	3.ª	»	2	Letrenne.	Letronne.
40	4.ª	»	2	cap. 2.	cap. 20.
45	1.ª	»	2	*factum*	*factam*
47	7.ª	»	2	núm. 2.	núm. 3.
52	not.	1.ª	26	Hircheriano.	Kirckeriano

Pág.	Not.	Col.	Lín.	Dice	Léase.
54	4.ª	»	9	Scaligero	Oudendorpio
60	not.	2.ª	11	pag. 16	cap. 16
61	3.ª	»	1	página 195,	página 519,
65	»	»	27	AUG·.	AVG·
65	»	»	28	AUG·.	AVG·
67	3.ª	»	2	página 27	página XXVII.
68	2.ª	»	1	*aversione*	*adversione*
68	2.ª	»	2	*animadversione*	*animadversione* y *aversione*
68	3.ª	»	2	*dicentis*,	*dicentes*,
69	1.ª	2.ª	11	el número 16 del texto.	el número XVI del texto.
71	1.ª	»	5	al	el
74	1.ª	»	1	*Aspanias*	*Aspania*
79	not.	1.ª	2	*Soricam*	*Siricam*
82	2.ª	2.ª	5	est. 2.	est. 11
85	3.ª	»	»	*Itinner*.	*Itiner*.
85	4.ª	»	8	Fn	En
88	»	»	7	fudasmento	fundamento
88	»	»	8	inscripcione	inscripciones
88	1.ª	»	1	pág. 81.	pág. 80.
88	5.ª	2.ª	7	*Numam*.	*Numor*.
92	2.ª	»	3	*Canracam*	*Cauracam*
93	1.ª	»	2	not. 10, tom. II.	not. 10.
94	2.ª	»	2	q.	9,
94	2.ª	»	5	(Forchellini *Lexicon*.).	(Forcellini *Lexicon*, voz *Iter*.)
100	3.ª	»	5	*Favio*	*Fabio*
106	4.ª	2.ª	1	*Vit. Caes.*	*Vit. Caes.*, cap. 56.
109	2.ª	2.ª	19	*dimidia, parte*	*dimidia parte*
109	4.ª	»	1	(4)	(3)
111	not.	1.ª	6	pág. 52 y 54.	pág. 62 y siguientes.
121	2.ª	»	3	*Cilniana*	*Cilniana*
122	»	»	21	Conduik,	Conduit,
138	»	»	26	Ceosnio	Cesonio
156	2.ª	2.ª	3	Doweley;	Dodwell;
157	2.ª	2.ª	21	*recensent*.	*recens*.
164	1.ª	»	1	*recent*,	*recens*.
168	2	»	12	ἴξ	ἶξ
174	2.ª	2.ª	9	*lucus*	*locus*,
180	»	»	25	ἄτωθεν,	ἄπωθεν,
180	1.ª	»	1	*Rom. edente*, Salmas.	*Rom., edente* Salmas.
188	»	»	36	*Sacrana Obucula*	*Sacrana, Obucula*
227	»	»	1	*Batitillus*	*Batillus*
227	2.ª	»	3	núm. 14.	núm. 74
265	5.ª	2.ª	1	Paukouo,	Pankouc,



Pág.	Not.	Col.	Lín.	Dice.	Léase.
299	not.	2.ª	1	escribi	escribió
303	»	»	16	Valdeflores.	Valdeflores (2).
332	»	»	17	El tercero	Al tercero
333	»	»	7	*Scrimgerianae, queant ne deci*	*Scringerianae queant, ne dici*
341	»	»	15	Laso de Ooropesa, § XVI.	Laso de Oropesa, § XXVI.
342	»	»	3	le	la
342	»	»	31	sigl	siglo
357	»	»	23	Hircio,»	Hircio.»
359	»	»	24	nombre	nombres
368	»	»	34	Apolonio	Apolinario
369	»	»	11	Ronda	Monda
371	»	»	1	LXXVIX.	LXXIX.
382	»	»	8	compreuden	comprenden
387	1.ª	»	3	lib. 17.	lib. 18, cap. 13.
399	»	»	27	territorrio.	territorio.
402	1.ª	»	11	veces	voces
404	»	»	4	supuniéndola	suponiéndola
408	1.ª	»	3	est. 23.	est. 22.
409	1.ª	»	11	término	termino antiguo
419	not.	1.ª	32	socabamos	socavamos
464	»	1.ª	24	*equo*	*aequo*
468	»	1.ª	24	*est, Pompeius*	*est. Pompeius*








17.939



